





REFORMISMO O REVOLUCIÓN  
MARXISMO Y SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

(RESPUESTA A HEINZ DIETERICH)



ALAN WOODS

REFORMISMO O REVOLUCIÓN  
MARXISMO Y SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

(RESPUESTA A HEINZ DIETERICH)



LA PRESENTE EDICIÓN FUE POSIBLE GRACIAS A LA COLABORACIÓN  
DE LA **FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS**

© ALAN WOODS  
REFORMISMO O REVOLUCIÓN  
MARXISMO Y SOCIALISMO DEL SIGLO XXI  
(RESPUESTA A HEINZ DIETERICH)  
MAYO, 2008.

IMPRESA DE MÉRIDA, C.A.  
FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS



DISEÑO DE PORTADA:  
ALEJANDRO BRICEÑO  
ABGOMEZ@GMAIL.COM

DIAGRAMACIÓN:  
LUIS RUIZ  
ELUISRUIZ@GMAIL.COM

CORRECCIÓN DE TEXTOS:  
NÉSTOR GUERRERO

IMPRESIÓN:  
IMMECA / IMPRESA DE MÉRIDA, C.A.  
MÉRIDA EDO. MÉRIDA

DÉPOSITO LEGAL:  
ISBN:  
IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

*A los obreros y campesinos de Venezuela,  
los auténticos protagonistas  
de la Revolución Bolivariana y de este libro.*



## AGRADECIMIENTOS

A lo largo de los últimos meses he recibido mucho estímulo de bastante gente que tenía interés en ver este libro impreso. Esto supuso una gran ayuda para mí, ya que en más de una ocasión me he arrepentido de haber empezado esta tarea. Espero que el resultado final justifique el trabajo con el que tanta gente ha contribuido.

Deseo dar gracias a todos aquellos que, con su esmerado trabajo han hecho posible la aparición de este libro. En primer lugar, mis gracias a Mick Brooks por su inestimable ayuda con la sección sobre economía y la corrección de pruebas, a Harry Whittaker, Jordi Martorell y Fred Weston por su corrección de pruebas y sus valiosas sugerencias. Debo agradecer a Harry Nielsen, Luke Wilson y Alex Grant por sus observaciones tan acertadas del capítulo sobre ciencia.

Como decidimos publicar este libro simultáneamente en lengua inglesa y castellana, también me gustaría agradecer a Juana Cobo y a Pablo Roldán por su excelente traducción al español. Una mención especial vaya a Miguel Fernández, cuyos considerables conocimientos literarios me fueron de una gran ayuda para perfeccionar y pulir el texto final tanto en inglés como en español.

Por encima de todo, mis gracias más sinceras a mi camarada y compañera Ana Muñoz por su inestimable ayuda y ánimo, y por su inmensa paciencia en la última etapa de corrección de pruebas, que fue suficiente para poner a prueba la paciencia de un santo.



## CONTENIDO

### PRÓLOGO

FERNANDO BUEN ABAD DOMÍNGUEZ

13

### PRÓLOGO DEL AUTOR

23

I · LO QUE DIETERICH NOS PROMETE

29

II · FILOSOFÍA Y CIENCIA

61

III · DIETERICH Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO

117

IV · HISTORIA Y ECONOMÍA POLÍTICA

159

V · DEL SOCIALISMO CIENTÍFICO AL SOCIALISMO UTÓPICO

201

VI · UN ESBOZO DE ECONOMÍA MARXISTA

223

VII · LA ECONOMÍA DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

271

VIII · ¿SOCIALISMO O ESTALINISMO? (ERA VII ANTES)

335

IX · EL FUTURO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

383

X · ¿NACIONALISMO O INTERNACIONALISMO?

445

XI · EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN

471

XII · LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA

521



# PRÓLOGO

FERNANDO BUEN ABAD DOMÍNGUEZ

*La lucha de clases no se detiene en las puertas de los cuarteles,  
de las iglesias... ni de las burocracias.*

## UN LIBRO COMO HERRAMIENTA DE LUCHA

Tenemos mucho para aprender con esta obra. He aquí un trabajo científico necesario para el combate de las ideas que, apoyado en un método riguroso, ensaya su puntería crítica, claridad teórica, ánimo transformador y advertencias sistemáticas, contra todo reformismo. Trabajos como éste no son fáciles de conseguir. Se requiere experiencia rica en la lucha política y se requiere disciplina conceptual. He aquí, también en este libro, una contribución magnífica al arte de debatir, desde luego, pero mucho más que eso... he aquí un trabajo profundo que desmonta, denuncia y corrige toda falacia ideada por el capitalismo para sepultar al marxismo bajo las lápidas saliváceas de algunos intelectuales burgueses barnizados con “prestigios”. Aquí la crítica es motor de la conciencia... y el debate también.

En contra de aquellos que admiran y cultivan el debate sólo como una suerte de torneo de “silogismos” para halagar a ciertos séquitos, en contra también de todo goce lenguaraz que se agota en el gusto por las formas oratorias, en contra del regodeo academicista que se auto-complace con la invocación de santorales burocráticos en el mercado de los halagos... en contra de todo eso y a favor de mostrar el debate como herramienta de lucha revolucionaria, Alan Woods

despliega pacientemente, meticulosamente, con ánimo envidiable y humor finísimo, el método correcto para desmontar falacias. ¿Es esto un homenaje, nada indirecto, a Ted Grant?<sup>1</sup> Yo no lo dudo.

He aquí un libro que entiende el uso razonado del debate con un lenguaje transparente capaz de sincerar el origen y el objetivo de sus argumentos. Combate de ideas y acción cuya integridad y rigor, incluso cuando cita a su interlocutor, expresa su responsabilidad revolucionaria. Se trata de una lucha científica con análisis plenos de propuestas clarificadoras al enjuiciar, sin cansancio, al reformismo y al capitalismo. Veamos por qué.

El Socialismo científico, por el que luchan genuinamente muchos pueblos a estas horas, no es un almacén amorfo donde podemos amontonar o revolver “armónicamente”- *reconciliatoriamente*- aquellas ilusiones burguesas donde todos somos *hermanitos* de la amnesia, capaces de “amarnos como iguales” olvidando la justicia social. El socialismo no es coartada “humanista” para la desmemoria, la lentitud, la indiferencia y la negación de la lucha de clases. El Socialismo científico, que se puede entender incluso como una forma nueva del mejor amor humano en plena construcción, es el resultado histórico motorizado por la lucha de clases de los trabajadores hacia su emancipación, es un proceso permanente de la liberación humana que, con el ritmo de los pueblos, se enfrenta contra todas las cadenas que nos esclavizan y explotan para alcanzar la liberación dialéctica de todas las capacidades, esta vez potenciadas con todas sus fuerzas propias y mejores. Triunfo de la humanidad conciente y libre, al fin, del capitalismo.

Este debate que Alan Woods esgrime es, entre otras muchas cosas, una contribución armada con ideas dispuesta a estudiar línea por línea cualquier afirmación que tienda a confundir a los trabajadores en la lucha por su emancipación. Tal es una de sus razones de ser: contribuir a frenar –y eso es parte de una lucha mundial– el acecho de los reformistas y los socialdemócratas esmerados en desmoralizar, retardar, adormecer y derrotar a la Revolución Socialista y las ideas de Carlos Marx. Aunque se disfracen de “progres”.

Este trabajo, bien se ve, ha exigido de su autor mucha más paciencia y resistencia de la que él mismo confiesa. Uno de sus valores principales radica en demostrar, sin cansancio, hasta qué punto

---

1 <http://www.tedgrant.org/espanol/woods/ted-grant-marxismo.htm>

la demagogia reformista es capaz de manosear cualquier cosa para inyectar confusión y parálisis a las masas incluso al costo de inventar todas las mentiras y tergiversaciones históricas que a su antojo se presenten como útiles a sus tareas contrarrevolucionarias. Línea por línea Alan Woods ha desmenuzado, en este libro, las “tesis novedosas” que el reformismo oferta a diestra y siniestra para, ahora, disfrazado de redentor, descarrilar al “Socialismo del Siglo XXI” metiéndole confusiones de todo tipo. Pretenden los reformistas y sus cómplices burócratas suplantar la fuerza revolucionaria de los trabajadores, confundirla y llevarla al redil de la mansedumbre más criminal. Así lo han hecho siempre. Abundan los ejemplos.

### **EL RECHAZO A LAS BUROCRACIAS Y AL REFORMISMO ES UN CLAMOR POPULAR**

Hay países en los que un debate como este es imposible. Los reformistas se cubren las espaldas, se ayudan entre sí y crean camarillas burocratizadas en los gobiernos, las universidades, los sindicatos... los reformistas se blindan con baños mutuos de prestigio lustrado con títulos universitarios y con nombramientos *plenipotenciarios*. Los reformistas van por el mundo ufanos de impunidad, se dicen genios unos a otros, cada cual inventa un “hilo negro” para bordar su nombre en la historia como grandes redentores de la humanidad, mientras consiguen sueldos, becas, ayudas y premios. Ritual odioso del individualismo. Su misión principal es frenar el desarrollo de la Revolución Socialista —no sólo en el siglo XXI— y para eso ponen al servicio del capitalismo todo su talento de cachorros perversos. El amo les da palmaditas de dinero y de fama. Por eso es tan importante oponer, a los reformistas y sus burócratas, debate y combate.

El debate en las manos de un revolucionario debe servir, entre otras tareas, como un organizador de ideas y un movilizador de acciones concretas. De nada sirve el lucimiento personal, el desplante de sabihondos. De nada sirve la palabrería altisonante ni la payasada de trampear al interlocutor con canalladas aparentemente lógicas o efectistas. Lo que vale es el triunfo de la razón, de la verdad y del interés revolucionario de los trabajadores para terminar con el poder explotador de los banqueros, los *mass media* golpistas, las iglesias domesticadoras de rebeldías, las fuerzas represivas armadas con odio a sus pueblos, los terratenientes, los especuladores, el burocratismo, el sectarismo... el capitalismo todo.

Hace falta impulsar la Batalla de las Ideas dándole un lugar preponderante a la herramienta del debate científico que sea capaz de elevar el nivel de la conciencia de los revolucionarios haciendo visibles las trampas que el capitalismo nos tiende para hacerse *invisible* tras la palabrería de ciertos intelectuales y ciertos líderes movilizados por su desconfianza y odio hacia la revolución socialista. Hasta hoy, salvo excepciones magníficas, no se han publicado debates suficientes con respuestas estructuradas, hombro con hombro, al servicio de la lucha revolucionaria y socialista. Y este trabajo de Alan Woods se ofrece como una contribución, no la única.

Derrotar al reformismo no es un problema irresoluble pero es preciso identificar a qué intereses sirve. No es un problema de filosofía política abstracta, no es un problema terminológico o teórico, es un problema político de lo más importante y concreto. El reformismo adiestrado para subordinarse al control del capitalismo y a favor del saqueo y la explotación, debe ser derrotado contundentemente incluidos sus burócratas desde las oficinas, los talleres, las fábricas, las iglesias, las escuelas, los cerebros, las ideas y los sueños... porque muchas de las ideas del reformismo se han inoculado a los pueblos durante mucho tiempo para consolidar una mentalidad contrarrevolucionaria letal que funge como verdad suprema de los oligarcas.

Este debate impulsado por Alan Woods y la Corriente Marxista Internacional, la Campaña Manos Fuera de Venezuela y la Fundación Federico Engels tiene por interés mayor desmadejar la maraña de falacias en cada una de las “ideas” pretendidamente “novedosas” con que algunos intelectuales “listos” se creen capaces de “disolver” entre “pases mágicos” la lucha de clases y sus desafíos inmediatos. Este debate es una herramienta de lucha para la organización y la transformación socialista sin intermediarios ni interpretes asalariados por la burguesía. Este debate se propone contribuir con lo mejor de la lucha obrera mundial, a reconocer las amenazas y los estragos que el reformismo ha causado desde hace mucho tiempo. Contribuye a demostrar que se trata de una lucha añeja ya iniciada por los clásicos del marxismo y el movimiento obrero mundial que han denunciado al reformismo y lo han combatido sin tregua. Además este libro ofrece con toda claridad propuestas concretas para actualizar el combate. Nada menos.

## ESTE DEBATE NO ES UN “PLEITO” “PERSONAL”

Debate no implica pleito entre personas, aquí el pleito verdadero es contra el capitalismo y todos sus disfraces. Otro valor de este libro es que supera con creces cualquier alusión “personal”. Más temprano que tarde uno se da cuenta de que poco –o relativamente– importa que un reformista se llame Heinz o se llame Isaías. Que en este trabajo se aluda a una persona es, a poco andar, sólo una estrategia para una lucha de envergadura mayor. Detrás, arriba, adentro... de esa persona adalid del reformismo que escribe, habla y propaga sus tesis a destajo, hay un movimiento contrarrevolucionario empeñado en ganar adeptos gracias a mil circunstancias incluso la de la ignorancia... incluso la de abuso de la buena voluntad de los trabajadores. No importa cómo se llamen los individuos o las organizaciones reformistas, su peligro es inminente y la necesidad de denunciarlos y combatirlos es ineludible.

Este debate emprendido por Alan Woods se esfuerza en contribuir a que la clase trabajadora disponga de una herramienta más para no dejarse engañar por ninguna forma del reformismo burgués, se empeña en advertir que mientras el capitalismo quede intacto, detrás de cualquier dádiva, los obreros están bajo amenaza y tienden a perder fuerza. De lo que realmente se trata es que el movimiento obrero se desembarace, con sus fuerzas propias, de cualquier estrategia que se invente para engañarlo.

Debe quedar claro a lo largo de esta lectura que el propósito de cada línea es contribuir a consolidar la lucha socialista de los trabajadores ayudados con ideas claras y denuncias profundas, no sólo para contemplar las calamidades del reformismo sino para organizarse eficazmente en su combate contra el capitalismo, transformar al mundo. Una forma, y no la única, es desarrollar la discusión sobre las consecuencias perversas del reformismo no sólo para conocer su historia maligna o esas ideas pretendidamente “novedosas” de sus cachorros, sino para impedir su permanencia. Los problemas políticos, científicos o de dirección revolucionaria no se dirimen y resuelven con adjetivos dirigidos a las personas. Lo útil verdaderamente es conocer las argucias del enemigo para combatir y transformar con precisión todo aquello que distorsione la lucha del movimiento obrero. Conocer con precisión toda amenaza, todo espejismo, todo engaño y aplicar métodos revolucionarios.

## ATACAR EL MAL DESDE LA RAÍZ

¿Es este libro muy “radical”? Algunos dirán —especialmente algunos reformistas— que este libro es muy “radical”, y efectivamente lo es porque se propone combatir, desde sus raíces burguesas y capitalistas más hondas, las acechanzas y calamidades del reformismo y la burocracia. Eso le duele mucho a las oligarquías porque la naturaleza y especialidad del reformismo es hacer “la vista gorda” a la hora de tocar el fondo de los problemas para resolverlos definitivamente y entonces ellos hacen uso de los adjetivos más extravagantes y tramposos que incluyen las injurias personales, las calumnias y el asesinato. Habrá que hacer un día la lista de los luchadores sociales criminalizados y victimados, agredidos por los reformismos más diversos en aras de “defender” a la burguesía de esos “radicales” que proponen cambios “extremistas”. Para las oligarquías, y sus defensores, todo es “extremismo” y todo es “excesivo” cuando lo que quieren es el quietismo, la mansedumbre, los cambios lentos, lentos y largos, largos... cuando a lo que se dedican es a inventar cualquier cosa —incluso intelectuales— para liberar al capitalismo de toda *inquietud*. Y muchos cobran caro por eso.

El hambre en el mundo y la especulación con los alimentos, la explotación desalmada de los obreros y los campesinos, la represión contra los trabajadores, la falta de viviendas dignas, el saqueo de los recursos y riquezas naturales y la degradación de los ecosistemas... obra del capitalismo deben ser resueltos desde la raíz cualquier solución de superficie, reformista, es insuficiente. Suena a engaño. Millones de personas en el mundo viven a estas horas los estragos de la barbarie. ¿Podemos pedirles que esperen?

## EL REFORMISMO ES CAMALEÓNICO

El reformismo es camaleónico y se escurre por todas partes. Anda por el mundo sembrando confusiones y anda por el mundo poniendo en las mesas de su vaso vacío. Los reformismos, entre otras cosas, se hacen pasar por revolucionarios o se hacen pasar por “progresistas”, su papel consiste en frenar todo avance y adueñárselo para negociar con él a favor de sus sectas. El reformismo siempre se interpone como “interprete” o “traductor” del “sentir” de los pueblos, se dedica a bloquear toda organización y movilización.

ciones que no logra controlar para sus fines de secta. Eso es parte de la expresión de uno de los enemigos más perversos de la clase trabajadora.

El reformismo, de no pocas elites, cuenta con empleados del gobierno, desarrolla ya tareas administrativas y organizacionales. Administran violencia a favor de los intereses y la acumulación de la propiedad privada. Se hacen pasar por “demócratas” pero se trata de elites de control para perpetuarse en el poder, de un partido, de una asamblea, de una organización social cualquiera... si ésta les reporta beneficios de algún tipo, claro. Esas élites reformistas son una de sus expresiones más odiosas del capitalismo, se reagrupan, como fuerza contrarrevolucionaria, entre las capas dirigentes para gozar de todos los bienes posibles, mientras los pueblos viven en la miseria y ven postergados sus urgencias. Si no son los trabajadores quienes asuman el control del Estado con un programa revolucionario y hacia la desaparición de las elites burocráticas, no sólo no se producirán los cambios necesarios sino que el reformismo se encargara de postergarlos hasta derrotarlos.

Desconfían de los pueblos, los creen incapaces de tomar las riendas de su vida, dicen que son atrasados y que aun, en los trabajadores, no hay “madurez” para la revolución. Ellos se abrogan el derecho de dictaminar cuándo llegará tal madurez y mientras inventan paliativos. Esconderán con saliva de genios los triunfos de los pueblos que, incluso contra esos intelectuales, han sabido dar pasos revolucionarios excepcionales. Para los reformistas nada es mejor que hacernos creer que la revolución son ellos y sus ideas “brillantes” del “cambio” ilusorio para que nada cambie en lo concreto, acompañados y bendecidos por la misma vieja burocracia, la corrupción inmaculada, los capitalistas intocables, los terratenientes haciendo de las suyas con los campesinos y el sabotaje de alimentos... la misma policía, los mismos jueces, los mismos líderes traidores.

La diferencia entre el reformismo burgués y la lucha por ciertas reformas coyunturales, impulsadas por los trabajadores, radica en que la clase trabajadora no sueña con dejar intocable al capitalismo. Quienes creen que el mundo se transforma sólo con reformas superficiales, de maquillaje, deben ser combatidos o corregidos de la manera más seria, ellos los reformistas, los que pregonan un “cambio” sin cambios de fondo, expresan la manera en que la burguesía engaña a los obreros, a los campesinos, a todos los trabajadores que

no dejarán de ser esclavos asalariados por más “reformas” o “mejoras” que se inventen mientras subsista el dominio del capital.

Alan Woods desnuda tal pánico agazapado en la palabrería del reformismo, realiza una labor penetrante sin perder una sola oportunidad de denunciar. Toda “reforma” burguesa, además de efímera, es tarde o temprano una manera de engañar a los trabajadores. Borra con el codo lo que escribe con la mano. Terminan en la nada y suelen servir para *contentar* a los obreros sólo por un rato, para dividirlos, pelearlos entre sí y de esa manera garantizar la esclavitud asalariada de los trabajadores. Incluso en sus casos más *sinceros* el reformismo es un instrumento de la burguesía para corromper para sembrar impotencia, para hacer invisible a los trabajadores su fuerza verdadera para transformar al mundo desde sus raíces. La experiencia de todos los países demuestra que todo reformismo es tarde o temprano una burla a los pueblos. El ascenso de los obreros produce pánico en sus explotadores.

Este libro contiene, también, muchas referencias detalladas sobre la realidad actual de Venezuela y eso es de un valor inobjetable aunque hay que decir que mucho de lo que aquí se refiere al proceso revolucionario hacia el socialismo en Venezuela, y que esta amenazado permanentemente con intoxicaciones contrarrevolucionarias de todo tipo, vale también para muchos otros procesos que en estos momentos despiertan con energía -no sin amenazas- hacia una verdadera democracia socialista. Amenazados incluso desde adentro. Este libro de Alan Woods tiene la cualidad de aludir a un caso específico que refleja una totalidad ante la que es preciso elevar el nivel de la conciencia y elevar el nivel del debate.

El presidente Hugo Chávez declaró una guerra contra la burocracia que debe entenderse incluso contra el reformismo. Definió al burocratismo como “*contra-revolución burocrática*” capaz de derrotar a la revolución venezolana. Él sabe que el reformismo es una especie de colesterol de las instituciones. Que las instituciones gubernamentales deberían ser dirigidas por la clase obrera. El presidente ha dicho cosas como: “*Burocracia y corrupción son la fórmula venenosa que se tiene por dentro*”... “*es la cuarta república y hay que dar una batalla a muerte porque eso puede acabar con lo mejor de los sueños revolucionarios*”. Pide el presidente al mundo entero, romper con la mentalidad burocrática, con una cultura de la dilación, el manoseo y la especulación con las necesidades de los pueblos. Pide erradicar una cultura del

“sindicalerismo”, los grupos que enquistados en el gobierno se han acostumbrado a vivir con privilegios; pide enfrentar el desvío de los recursos y el descorazonamiento de la sociedad victimada por burócratas indolentes, ineficientes y “cancerígenos”. ¿Esta claro?

Es de importancia suprema solidarizar activamente con acciones directas tras declaratoria y convocatoria de guerra a la burocracia lanzada por el presidente Hugo Chávez. Se trata de una convocatoria que propone avanzar hasta la médula misma de una fórmula criminal que ha sido cáncer en las entrañas mismas de toda revolución. Se trata de una convocatoria cuya especificidad, relativa al gobierno venezolano, cobra resonancias extraordinarias si se mira la importancia de semejante guerra en el contexto latinoamericano y en el seno mismo de la cultura, hábitos y costumbres cotidianos de los pueblos. Ahora es necesario establecer los mecanismos, tácticas y estrategias concretas para semejante guerra cuya primera virtud es su separación de toda “moralaja”, de todo moralismo, para inscribirse de inmediato como proceso socialista contra todo lo que empantana y traiciona la voluntad social sus necesidades, recursos y luchas.

Aquel que se infiltra en el gobierno para cuidar sus intereses personales o de secta, para frena el avance de la revolución que es la toma del poder en manos de los trabajadores, debe ser expulsado de inmediato. Eso es un clamor popular que se extiende cada día más. Si alguien pretende convertirse o se ha convertido en punta de una pirámide privilegiada y dominante, incapaz resolver las demandas de los pueblos, incapaz de generar trabajo productivo, que de dedica sólo dar ordenes selectivamente, a dar órdenes caprichosas e individualistas, que se dedica a favorecer a sus amigos o cómplices y se dedica a castigar a quienes no le son funcionales... gozando para su bienestar de los impuestos que el pueblo paga... si alguien ya se propuso dominar a las masas trabajadoras para que guarden silencio u obediencia a favor del poderío de una secta... si alguien ya se dedica a derrochar en gastos para sí y su familia, sus amigos y cómplices mientras se olvida y margina las urgencias de los obreros, campesinos, indígenas... si alguien —llámese como de llame— se hace cómplice del uso de las fuerzas represivas para salvaguardar las propiedades de las clases privilegiadas... si ese alguien se apropia de manera enmascarada del producto del trabajo ajeno... es preciso denunciarlo y combatirlo desde abajo, dirigir una guerra social con-

tra todos él y todos ellos, contra esa clase burocrática, reformista, socialdemócrata... de disfrace de lo que se disfrace. Incluso si se disfraza de roja... rojita, en cualquier parte del mundo.

Con este libro Alan Woods se ha dado a la tarea científica de explicar detalladamente qué es, qué hace, cómo se infiltra el reformismo en las mejores luchas socialistas y cómo se le combate. Se trata de un libro necesario y urgente que ayudará, sin duda, a perfeccionar nuestras ideas para poner a salvo nuestras mejores luchas hacia el socialismo. Ayudará sin dudas a liberarnos de un parásito pertinaz y muy resistente que insiste en deformar nuestros mejores avances. No aceptemos las fórmulas mágicas de los gerentes del capitalismo porque no hay otra manera de que la revolución se torne irreversible más que expropiando a los terratenientes, banqueros y capitalistas, organizando las bases y métodos de la economía socialista planificada bajo control y administración democrática de la clase obrera.

Con este trabajo podemos, de verdad, aprender mucho. Abrazamos este libro con una bienvenida feliz gracias a su oportunidad, compromiso y valor como herramienta de lucha en plena Batalla de las Ideas y hacia el triunfo del socialismo. Se trata de una contribución rica en principios generales, rica en historia, rica en matices, rica en ideas... con humor y sencillez para nuestra labor de hoy que, entre otras cosas, exige una muy clara y decidida lucha para derrotar al reformismo camaleónico. Combatirlo, palmo a palmo, incluso en todas sus, como dicen ellos, muy “novedosas” modalidades. Manos a la obra.

## PRÓLOGO DEL AUTOR

La publicación de la presente obra requiere alguna explicación. Muchos amigos me han preguntado por qué estaba dedicando tanto tiempo a responder a un hombre cuyos libros son leídos por un público limitado, mayormente en universidades de América Latina, y que generalmente no están disponibles en inglés. He de contestar que fui persuadido por las constantes peticiones de mis amigos de Cuba y Venezuela, quienes, después de varios años, estaban ya hartos de las pretensiones teóricas de Heinz Dieterich y me urgían a que le respondiera.

Hace ya algunos años que Heinz Dieterich viene afirmando en una ruidosa campaña que ha “inventado” el socialismo del siglo XXI. Esto ha encontrado algún eco entre ciertos círculos de la izquierda en Venezuela y en algún otro país. Como todos sabemos, en Venezuela está teniendo lugar un debate importante sobre la naturaleza del socialismo, inspirado por las declaraciones de Hugo Chávez a favor de éste.

Esto es enormemente importante, no sólo para Venezuela, sino para el movimiento obrero internacional en su conjunto. Después del hundimiento de la Unión Soviética, hay un fermento de discusión dentro de la izquierda a escala mundial. El ignominioso fracaso del estalinismo y la contraofensiva ideológica sin precedentes de la burguesía en contra del socialismo ha llevado a algunos a la conclusión de que las “viejas ideas del marxismo” (el socialismo científico) ya no son válidas, y que es necesario inventar algo nuevo y original. Esto es justamente lo que Dieterich afirma haber logrado.

Durante la campaña del referéndum de diciembre de 2007 sobre la reforma constitucional, el nombre de Heinz Dieterich empezó, de repente, a adquirir una mayor importancia. Se opuso a la reforma y defendió públicamente al general Baduel, anterior Ministro de Defensa, que se pasó a la oposición e hizo campaña por el NO en

el referéndum. Después, Dieterich dijo que apoyaba el SÍ “como un mal menor”.

¿Cómo es posible que alguien que ha cultivado una imagen de hombre leal a Chávez y a la revolución bolivariana pudiera comportarse de esa manera? Todo esto conmocionó a muchos que, dentro de la izquierda, habían aceptado sin crítica las audaces pretensiones del profesor Dieterich. A mí, después de haber leído cuidadosamente sus artículos y sus libros durante meses, no me sorprendió en absoluto.

No es una casualidad que en un momento decisivo Heinz Dieterich tomara una postura claramente en contra del avance de la revolución hacia el socialismo. Es la conclusión lógica e inevitable a la que conducen todas sus teorías y su peculiar versión del “socialismo del siglo XXI” –un tipo de socialismo que nada tiene que ver con el socialismo, como veremos más adelante–.

### DEL ANTI-DÜHRING AL ANTI-DIETERICH

Para preparar mi respuesta, decidí releer el famoso *Anti-Dühring*, de Engels, en el que éste responde a los argumentos de un hombre que, hace más de un siglo, afirmaba haber desarrollado una teoría nueva y original del socialismo, que dejaría las ideas de Marx (y de todos los demás) obsoletas. Encontré que la similitud entre Dühring y Dieterich era increíble. No sólo en sus ideas, sino inclusive en la forma de expresarlas.

Las primeras palabras del prólogo al *Anti-Dühring* son: “El presente trabajo no es en modo alguno fruto de ningún *‘irresistible impulso interior’*. Al contrario”. Como Engels, yo no tenía deseo alguno de escribir el presente libro. Acepté a regañadientes por considerarlo una distracción inoportuna en relación a otras tareas más importantes. Pensé, inocentemente, que podría lidiar con ello de forma rápida. Pero estaba equivocado. Cuanto más me adentraba en esa espesa jungla de prosa enmarañada e ideas enrevesadas, más claro me parecía que sería imposible ofrecer una respuesta breve. Cuanto más escribía, más pensaba en las palabras de Engels en el prólogo del *Anti-Dühring*:

“A pesar de todo ello pasó un año antes de que me decidiera, descuidando otros trabajos, a hincar el diente en esa amarga manzana.

Pues era una manzana que había que comerse del todo si se daba el primer bocado. Y la manzana no era sólo amarga, sino también muy voluminosa. La nueva teoría socialista se presentaba como último fruto práctico de un nuevo sistema filosófico. Había, pues, que estudiarla en la conexión de ese sistema y, por tanto, había que estudiar el sistema mismo. Había que seguir al señor Dühring por un extenso territorio en el que trata de todas las cosas posibles y de algunas más”. (Federico Engels. *Anti-Dühring*. Barcelona. Editorial Grijalbo. 1977. p. 3)

Los escritos de Heinz Dieterich son una manzana aún más amarga y voluminosa que la que el viejo Engels hubo de tragarse. Como Herr Dühring, Heinz Dieterich escribe sobre muchas cosas diferentes y, como todo lo mezcla, tuve, por obligación, que seguirle en sus piruetas, giros y vueltas. Parece ser incapaz de escribir sobre economía política sin meter por medio la historia de la filosofía, o de las perspectivas de la revolución boliviana sin especular sobre la naturaleza del universo.

La intención del presente libro es, pues, doble: responder a las ideas de Heinz Dieterich y explicar tan claramente como sea posible las ideas clásicas del marxismo, que en todo contradicen a las de Dieterich. Soy consciente de que este hecho puede no facilitar su lectura. Hay algunas citas muy largas, algunas del camarada Dieterich y otras de Marx, Engels, Lenin y Trotsky.

Si este libro es, por consiguiente, más bien largo, el lector siempre podrá consolarse al pensar que el universo, por el que el camarada Dieterich se pasea con tan envidiable facilidad, es mucho mayor. Esperemos que algún día alguien le explique a Heinz Dieterich que “la brevedad es el alma del ingenio”. Pero hasta que ese día llegue, no tendremos más alternativa que responderle punto por punto, página por página, galaxia por galaxia, milenio por milenio.

En el presente libro he intentado examinar las extravagantes afirmaciones del camarada Dieterich, para determinar hasta qué punto éstas son válidas. ¿Es realmente verdad que ha descubierto un concepto del socialismo enteramente nuevo y original? Si fuera cierto, esto tendría implicaciones muy serias para los socialistas de todo el mundo. Tendríamos que reevaluar todas las ideas básicas del marxismo y crear un conjunto de ideas y principios enteramente nuevo.

Como autor de este trabajo, tengo el deber de dejar claro al lector

desde qué posición me dispongo a realizar mi tarea. Escribo como alguien que durante toda su vida ha defendido el marxismo. Considero que las ideas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky son ahora tan correctas y pertinentes como siempre lo han sido. De hecho, son ahora más necesarias y relevantes que en cualquier otro momento. Naturalmente, si alguien puede convencerme de que posee un cuerpo de ideas superiores al marxismo que hacen de él algo obsoleto, estoy dispuesto a cambiar de opinión. Sin embargo, durante casi 50 años he estudiado cuidadosamente no sólo todas las obras de los grandes escritores marxistas, sino también las de un buen número de sus críticos. Después de haber escuchado muchos argumentos de gente que afirmaba ofrecer una alternativa, no he oído nada que pudiera compararse ni remotamente con la profundidad y riqueza del marxismo. Está aún por aparecer un cuerpo de ideas que se acerque mínimamente a las alturas del marxismo para desplazarlo como herramienta científica para comprender el mundo en el que vivimos.

La enorme superioridad del método marxista puede apreciarse en *El Manifiesto Comunista*, el documento fundacional del socialismo científico. Escrito en 1848 por dos jóvenes revolucionarios, este texto es el libro más moderno que hoy se pueda leer. De hecho, es más relevante hoy que cuando fue escrito. Aquí tenemos una descripción y un análisis perfectos del mundo, no como era entonces, sino tal y como es ahora. ¿De cuántos libros escritos hace más de 150 años se puede decir lo mismo? ¡Ésta es una respuesta decisiva para todos aquellos que argumentan que las ideas marxistas son ideas “viejas”, sin relevancia para el mundo en el que vivimos!

### ¿‘IDEAS NUEVAS’?

En relación a las ideas “nuevas y originales” del siglo XXI diré sólo lo siguiente: a pesar del ruido y la fanfarria, entre toda la vasta producción literaria de los Dieterichs de este mundo, hasta el día de hoy, no he leído una sola idea que sea genuinamente nueva. He encontrado muchas nociones viejas y anticuadas que han sido rescatadas del vertedero de la historia, ideas no científicas y utópicas que fueron respondidas hace mucho tiempo por Marx, Engels y Lenin, ideas que pertenecen a la prehistoria del movimiento obrero. Estas ideas viejas y desgastadas del socialismo utópico y premarxista han

sido desempolvadas y presentadas como el socialismo del siglo XXI. Aún así, algunas almas cándidas lo han tomado en serio.

Toda esta charlatanería sobre “ideas enteramente nuevas y originales” resulta superficialmente atractiva. Después de todo, ¿quién no preferiría un bonito coche nuevo o un ordenador último modelo en lugar del modelo del año pasado? Pero en realidad, la analogía es falsa y contradice nuestra experiencia. Lo nuevo no es necesariamente mejor en todos los casos, tampoco algo por ser viejo es necesariamente malo. Un coche o un ordenador nuevo que no funcionen son peores que unos viejos que sí lo hagan. La rueda es una invención bastante vieja, pero después de miles de años sigue funcionando bastante bien. ¿Qué deberíamos pensar de alguien que nos pide que abandonemos la rueda (porque es vieja) y busquemos una rueda del siglo XXI? ¿Qué tipo de rueda sería ésta? ¿Triangular, quizás cuadrada? Sea cual fuera la forma que tomara, estamos convencidos de que no nos llevaría un solo paso más lejos.

Por nuestra parte, no creemos que haya necesidad alguna de reinventar el socialismo, de la misma manera que no necesitamos reinventar la rueda. Por supuesto, será necesario introducir esta o aquella modificación, pero lo extraordinario es los pocos ajustes que tenemos que hacer a las ideas elaboradas por Marx y Engels en el siglo XIX, y desarrolladas y enriquecidas por Lenin y Trotsky en el siglo XX. Quizás tengamos que cambiar algo aquí o allá, pero en lo fundamental, las ideas básicas mantienen todo su vigor y actualidad. Por supuesto, está muy bien debatir las ideas del socialismo, y nosotros participaremos en este debate con el mayor de los entusiasmos. Lo que no está tan bien es que Heinz Dieterich y otros se apropien el derecho a monopolizar cualquier interpretación sobre el socialismo en el siglo XXI. Y lo que es aún peor, como veremos más adelante, es que esta interpretación del “socialismo” resulte ser exactamente lo mismo que el capitalismo.

Heinz Dieterich se presenta en la arena internacional como un amigo de la revolución bolivariana. Esto es un punto a su favor. La revolución bolivariana necesita de todos los amigos que pueda conseguir. ¡Dios sabe que tiene enemigos más que suficientes! Pero hay amigos y amigos. En la Biblia, el infortunado Job tenía razones para lamentar el consuelo ofrecido por sus amigos en los momentos de mayor necesidad. No tenemos ninguna duda de que los revolucionarios de Venezuela tendrían mayores razones para lamentarse si

aceptasen como buena moneda los consejos generosamente ofrecidos por amigos como Dieterich. Este tipo de amistad nos trae a la mente el viejo dicho:

Dios me libre de los amigos, que de los enemigos me libraré yo.

*Londres, 1 de mayo de 2008*

# I

LO QUE DIETERICH NOS PROMETE



## CHÁVEZ Y DIETERICH: DOS CONCEPTOS DIFERENTES DEL SOCIALISMO

En la primera década del siglo XXI, la humanidad se encuentra en una encrucijada. Por una parte, los avances de la ciencia, la tecnología y la industria abren el camino a un futuro deslumbrante de prosperidad, bienestar social y avance cultural sin límites. Por otra, la propia existencia de la raza humana se ve amenazada por la devastación del planeta en nombre de los beneficios. Millones de personas viven en la pobreza al borde de la inanición. En un país tras otro aparecen elementos de barbarie. El futuro del planeta está amenazado por la degradación ecológica global.

La caída de la Unión Soviética dio luz verde a una ofensiva ideológica sin precedentes contra las ideas del socialismo. El colapso de las economías planificadas bajo control burocrático del Este se presentó como la prueba definitiva del fracaso del “comunismo” y, por supuesto, de las ideas de Marx. Los defensores del capitalismo vieron en la caída de la Unión Soviética la demostración de que su sistema era el único posible. Soñaron con un Nuevo Orden Mundial basado en la paz y la prosperidad. Se imaginaron que el actual auge económico temporal significaba no sólo un retorno a los días de su juventud sino también a la abolición de todas las crisis, algo que ni siquiera merece ser considerado como un pensamiento serio. Es como el patético autoengaño de una persona decrepita que se niega a mirarse al espejo.

Estas ilusiones se hicieron añicos rápidamente. Hoy no queda piedra sobre piedra de los sueños de la burguesía. Por todas partes vemos el despertar de las masas que buscan una salida. Se está abriendo un nuevo periodo. Existe un cuestionamiento creciente del capitalismo y un interés cada vez mayor por las ideas del socialismo

y del marxismo. En el próximo periodo, cientos de miles y millones de personas buscarán ansiosamente las ideas que hoy se discuten en pequeños grupos. Ya lo estamos presenciando en América Latina, donde la tendencia revolucionaria ha ido más allá que en ninguna otra parte. La revolución venezolana es la respuesta final a todos aquellos cobardes y apóstatas que dijeron que la revolución y el socialismo ya no estaban en el orden del día.

A Lenin le gustaba mucho el proverbio ruso que dice que “la vida enseña”. En una revolución la gente aprende muy deprisa. Esto es cierto en el caso de las masas, pero también de sus dirigentes. Sin duda, Hugo Chávez ha aprendido mucho de su experiencia de la revolución y también ha sacado conclusiones importantes. No es casualidad que Hugo Chávez haya abierto un debate sobre las ideas del socialismo. La revolución bolivariana ha avanzado rápidamente y está yendo más allá de los límites del capitalismo y desafiando la propiedad privada. La vieja sociedad está muriendo y la nueva sociedad lucha por nacer. Y lo que ha sucedido hoy en Venezuela, mañana sucederá en Gran Bretaña, en Rusia, en China y en los propios EEUU.

Las declaraciones de Hugo Chávez a favor del socialismo han abierto un debate muy serio en Venezuela donde las ideas del socialismo y del marxismo se discuten con entusiasmo en cada fábrica, en cada pueblo, en cada parada de autobús y en cada mercado. No se trata del típico debate académico de los círculos intelectuales de las universidades. Las masas tienen una actitud seria hacia las ideas, porque de lo que se trata no es de una tesis doctoral, sino de una cuestión de vida o muerte. Lo que esto significa es que el socialismo ha salido del estudio del académico y ha entrado a la luz del día.

Desde el punto de vista del marxismo este es un acontecimiento de extrema importancia. El marxismo es una filosofía que lleva a la acción y que es impensable sin acción. En palabras de Marx: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. Pero no todo el mundo está contento con esto. Al día siguiente, un auténtico ejército de escribas de “izquierdas” salió corriendo a “corregir” al presidente: “Sí, por supuesto, estamos a favor del socialismo”, dicen. “Pero, ¡cuidado! ¡lo que queremos es sólo socialismo *del siglo XXI*!” La gran ventaja de esta expresión es que nadie sabe lo que significa. Es una botella vacía que cada uno puede llenar con el contenido que quiera.

Cuando hablamos de socialismo del siglo XXI, en primer lugar tenemos que establecer: *¿de qué tipo de socialismo estamos hablando?*

### LO QUE NOS OFRECE DIETERICH

Heinz Dieterich es un profesor alemán que se describe a sí mismo como economista científico y sociólogo. Ha sido profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México desde 1977 y es uno de esos académicos que están ansiosos por contarnos *lo que Chávez realmente quiere decir*, como si el Presidente no fuera capaz de hablar por sí mismo.

Hace muchos años Heinz escribió libros defendiendo el marxismo. Pero ahora ha rechazado ya todas esas alocadas ideas revolucionarias y dice haber inventado algo totalmente nuevo y original, que él denomina “socialismo del siglo XXI” (o el “Nuevo Proyecto Histórico”). Sobre éste y otros temas ha publicado numerosos libros. Si la calidad de su producción literaria fuera del mismo calibre que la cantidad, la humanidad tendría motivos para regocijarse. Así que, después de considerables dudas, se me convenció para que examinara estas teorías nuevas y originales que prometen nada más y nada menos que la completa liberación de la humanidad en un mundo de paz y abundancia.

Por una extraña coincidencia, si uno cree lo que Dieterich escribe en sus libros, lo que Chávez realmente quiere decir coincide exactamente con lo que Dieterich entiende por socialismo del siglo XXI. Esto es bastante lógico, ya que según Heinz éste es el único tipo de socialismo que es posible o deseable, y cualquiera que lo cuestione está destinado a ser arrojado a la oscuridad exterior donde sólo hay llantos y lamentos y rechinar de dientes. En una entrevista publicada en el periódico alemán de izquierdas *Junge Welt* (17/01/06), Dieterich nos informa: “Yo también aporté la idea de un ‘socialismo del siglo XXI’, junto con algunas otras cosas en las que mis modestas aportaciones teóricas probablemente pueden ayudar positivamente a apoyar el proceso”.

Esta humildad nos impresiona sobremanera. Las “modestas aportaciones teóricas” de Heinz “probablemente pueden ayudar” a “apoyar el proceso”. Él ha “aportado” la idea de un socialismo del siglo XXI, es decir, él, y no Chávez, lo ha inventado (“junto a algunas otras cosas”). Y por lo tanto, *él*, y no Chávez o cualquier otra

persona, tiene el derecho divino a decirnos qué es. Nos complacería mucho si alguien pudiera explicarnos en un lenguaje sencillo cómo será la futura sociedad socialista. Nos complacería incluso más si pudieran explicarnos cómo derrocar el capitalismo con el mínimo coste y esfuerzo. Heinz Dieterich nos promete todo esto y más. Por lo tanto, consideramos que es nuestro deber seguirle en este gran viaje de descubrimiento, con la esperanza de encontrar, no sólo una olla llena de oro, como la que se supone que nos espera al final del arco iris, sino el secreto de la felicidad humana, la justicia y la igualdad. Esto sería maravilloso, si fuera verdad.

### DIETERICH Y DÜHRING

Los socialistas revolucionarios estamos acostumbrados a los ataques furiosos contra el socialismo y el comunismo, no sólo los de los defensores declarados del capitalismo y el imperialismo, sino también por parte de los reformistas (tanto de los de derechas como de los de izquierdas), y también por parte de los supuestos intelectuales radicales pequeño burgueses, algunos de los cuales tienen ganas de luchar contra el capitalismo, pero no tienen la menor idea de cómo hacerlo. Estas tendencias reformistas antirrevolucionarias siempre han existido. Marx y Engels ya las combatieron en *El Manifiesto Comunista*, en la sección sobre el socialismo pequeño burgués.

Más tarde, ambos encabezaron una feroz lucha ideológica contra los *Katheder Sozialisten* en Alemania –los “listos” profesores universitarios que pretendían ponerse a la cabeza del movimiento obrero y diluir sus ideas marxistas revolucionarias–. Tales tendencias siempre han jugado el papel más pernicioso en el movimiento obrero. Engels escribió un libro entero, el *Anti-Dühring*, para rebatir las ideas de Eugene Dühring, un ejemplo típico de los *Katheder Sozialisten*.

Después de un trabajo de demolición de tal calibre uno pensaría que ya se había dicho la última palabra, pero no. Las ideas que defiende Heinz Dieterich son la última expresión del mismo fenómeno que representaban Dühring y los *Katheder Sozialisten*, de los cuales Heinz Dieterich es el sucesor en línea directa. Dühring se vanagloriaba de haber descubierto un tipo de socialismo totalmente nuevo y original, que dejaba a Marx sin ningún tipo de relevancia. De la misma manera, Dieterich argumenta que su teoría “nueva y

original” del “socialismo del siglo XXI” supera al marxismo y todo lo que le ha precedido.

La moda actual de buscar nuevas ideas que supuestamente superan a las “viejas ideas desacreditadas” del marxismo, no es en absoluto accidental. La clase obrera no vive aislada de las demás clases y puede caer bajo la influencia de clases e ideologías ajenas. Esto es particularmente cierto en periodos de reacción, después de importantes derrotas históricas, cuando los trabajadores temporalmente caen en la inactividad. Entonces los elementos pequeño burgueses (que, al igual que los pobres, siempre están con nosotros), salen a la superficie, marginando a los obreros a codazo limpio. La voz de los trabajadores queda ahogada por el coro de la gente “inteligente” que ha perdido la voluntad de luchar y están ansiosos por persuadir a los obreros de que la revolución sólo trae lágrimas y desilusiones.

Si ya de por si es malo tener que estar constantemente respondiendo a las mentiras y distorsiones de la burguesía, ahora hay un gran número de ex-“comunistas”, que han abandonado abiertamente el marxismo y se han pasado al campo de la burguesía. Muchos de ellos atacan abiertamente las ideas que tan fervientemente defendieron en el pasado. Otros siguen hablando del marxismo, pero, al igual que Bernstein y Kautsky, quieren “revisarlo”, introducir algunas “pequeñas modificaciones”, para “actualizarlo”. Al igual que cualquier otra ciencia, el marxismo admite modificaciones y cambios. El marxismo debe tener en cuenta todos los cambios en la situación objetiva, de lo contrario no sería un método científico sino un dogma sin vida. Pero la dialéctica nos muestra cómo una cierta cantidad de pequeños cambios puede transformar una cosa en su contraria.

Lo cierto es que los revisionistas no quieren actualizar el marxismo, sino diluirlo y liquidar todo su contenido revolucionario. Este tipo de gente está moviendo cielos y tierra para levantar una barrera entre las masas y el marxismo, alegando que el marxismo está desfasado y que necesitamos crear un sistema de ideas nuevo y completamente novedoso que, nos aseguran, será el auténtico socialismo del siglo XXI. Sin embargo, cuando lo examinamos detenidamente, vemos que este tipo de ideas ni es nuevo ni es socialista, sino simplemente un refrito de los viejos intentos utópicos de los reformistas de crear un capitalismo con rostro humano.

La única intención de este ruidoso coro es desviar la atención de la juventud, causar la máxima confusión y actuar de barrera para impedir que la nueva generación tenga acceso a las ideas del marxismo.

Es sólo el reflejo de la campaña de la burguesía contra el socialismo y el comunismo, pero es mucho más peligrosa y dañina, porque es una campaña que se lleva a cabo bajo una falsa bandera. Sus defensores se oponen radicalmente al socialismo y a la revolución, pero no se atreven a admitirlo —probablemente ni siquiera a sí mismos (hasta qué punto se creen realmente las tonterías que escriben es algo que sólo un psicólogo experto podría determinar)—. Disfrazan su reaccionario mensaje antisocialista y antirrevolucionario con una densa capa de fraseología de izquierdas y radical que hace más difícil que la gente lo identifique.

Lejos de ser nuevo y original, éste es el método de los utópicos, cada uno de los cuales inventó un plan particular para la salvación de la humanidad y estaba firmemente convencido de que la única razón por la que la humanidad continuaba sufriendo era porque todavía no había tenido acceso a esos planes. Para los utópicos, la lucha de clases no existía. Ellos se dirigían a burgueses ilustrados con peticiones para que aplicaran sus planes utópicos. El papel revolucionario de la clase obrera no entraba en sus cabezas, de la misma manera que no entra en los planes reformistas del camarada Dieterich.

A pesar de sus ideas fantásticas, los viejos utópicos eran pensadores brillantes y originales, que hicieron una gran contribución al desarrollo de las ideas del socialismo. Ellos escribían en los albores del capitalismo, cuando la industria se limitaba prácticamente a un solo país —Inglaterra— y el proletariado todavía estaba en su infancia, por lo tanto era natural que no se basaran en la clase obrera. Pero Heinz Dieterich no tiene esa excusa. En la primera década del siglo XXI, el desarrollo del capitalismo ha creado una poderosa clase obrera en todos los países. Hoy en día, no se enciende una bombilla, no gira una rueda, ni suena un teléfono sin el permiso de la clase obrera. Ignorar este poder colosal y tratar de hacer retroceder el reloj dos siglos, descartando el método científico del marxismo por los planes fantásticos y la retórica sentimental de los utópicos, esa es una posición completamente retrógrada y reaccionaria.

El método del camarada Dieterich tiene más en común con el racionalismo del siglo XVIII que con la dialéctica marxista. El racionalismo en vísperas de la revolución francesa era una fuerza revolucionaria. Pero el racionalismo en la etapa de decadencia senil del capitalismo, cuando se dirige contra el materialismo dialéctico, sólo puede jugar un papel negativo. Es cierto que Dieterich todavía habla

de marxismo y dialéctica, pero su “marxismo” ha sido despojado de toda su esencia revolucionaria, extirpado de su base clasista y del método científico del materialismo dialéctico. En otras palabras, no es marxismo en absoluto.

De manera consciente o inconsciente, Heinz Dieterich está dando justificación teórica a todo esto. Bajo la falsa bandera del socialismo del siglo XXI, está realizando una estridente campaña contra el socialismo y la revolución socialista. Está introduciendo confusión en las mentes de los cuadros del movimiento bolivariano que no han tenido el tiempo suficiente o la oportunidad de familiarizarse directamente con las ideas del marxismo. ¿Acaso es consciente de su papel? Esta pregunta no la puedo responder y, en cualquier caso, no tiene la menor importancia. El camino hacia el infierno siempre ha estado empedrado de buenas intenciones.

### EL MÉTODO DE DIETERICH

El último trabajo de Dieterich sobre el tema es *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*. Este trabajo hace una serie de afirmaciones ambiciosas. Nos ofrece una teoría totalmente nueva del socialismo “que va más allá de la mera crítica al capitalismo global o a las interpretaciones históricas (hermenéuticas) de lo que Marx y Lenin ‘realmente querían decir’.” (Dieterich. *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, p. xvii.)

Dieterich empieza con el loable objetivo de explicar su objetivo, ya que “la psicología básica nos enseña que si no podemos definir el objetivo que pretendemos alcanzar, tampoco vamos a entender bien, si las tendencias de la realidad y los tiempos favorecen el éxito de nuestros empeños o si van en la dirección contraria”. (Ibíd.) Sí, eso es absolutamente cierto. Si nos fijamos el objetivo de viajar hacia el oeste, puede ser útil observar que nuestros pies no nos están llevando hacia el este. Esto es uno de los resultados de un estudio profundo de la psicología básica, que también nos enseña que si decidimos ir hacia arriba, debemos a toda costa evitar la tentación de ir hacia abajo. Pero, continuemos con la definición de nuestro objetivo.

No tan rápido, grita el camarada Dieterich, que está decidido a mostrarnos lo difícil que es definir nuestros objetivos, por no hablar de alcanzarlos. Continúa:

“Sin la orientación de objetivos concretos y específicos toda praxis humana es difusa y tiende a desanimarse o perder el rumbo ante los obstáculos que aparezcan sobre la marcha”. (Ibíd., p. 4)

Si no me marco objetivos concretos y específicos cuando me levanto de la cama por la mañana, como por ejemplo quitarme el pijama y vestirme, lavarme la cara y cepillarme los dientes, y ponerme los zapatos, asegurándome que me he anudado los cordones, puede ser que nunca consiga salir por la puerta de la casa. La *praxis humana* será *difusa* y puede tender a *desanimarme* y *perder el rumbo* debido a los obstáculos que aparezcan sobre la marcha al salir de mi casa y empezar mis actividades diarias.

Si quiero permanecer con vida no es una mala idea acordarme de respirar. Sí, todo esto es perfectamente cierto, y más o menos evidente para la mayoría de los hombres y de las mujeres, que no necesitan que un profesor universitario se lo explique. Pero este profesor tiene un cierto don para *afirmar lo que es obvio* y lo exhibe con entusiasmo en todos sus escritos. Muestra su erudición usando las palabras y expresiones más complejas, como “hermenéuticas”, amén de una abundancia de palabras alemanas y latinas, que nos hace sentir que estamos aprendiendo algo nuevo y muy profundo.

“Aprendemos a andar andando”, se nos informa (algo que no sabíamos antes). Pero sólo podemos andar eficazmente “si estamos orientados por una brújula”. (Ibíd.) La brújula que necesitamos para poder andar en la dirección correcta no es otra que las teorías de Heinz Dieterich. Así pues, brújula en mano, nos disponemos ansiosamente a seguir un placentero e instructivo paseo guiado que nos llevará a muchos sitios antes de llegar, sanos y salvos, a la tierra prometida del socialismo del siglo XXI.

El camarada Dieterich ahora describe no sólo su objetivo sino también su *método*. Éste “combina el poderoso método del razonamiento científico con los de la *solidaridad y la convivencia pacífica social*”. (Ibíd. El subrayado es mío.) Para empezar, observemos que este objetivo podría ser aceptado en principio por cualquier socialdemócrata, reformista, pastor o burgués filantrópico. En segundo lugar, no es nuevo ni original. Es típico de los sueños e ilusiones sentimentales de los socialistas utópicos y burgueses a los que ya Marx y Engels respondieron hace mucho tiempo en *El Manifiesto Comunista*.

Que todos los hombres y mujeres deberían vivir juntos en paz y armonía es el deseo ferviente de prácticamente todo el mundo; que los seres humanos deberían vivir según el principio de solidaridad es por lo menos tan viejo como el Nuevo Testamento (en realidad mucho más viejo). Deberíamos amarnos los unos a los otros y debería haber paz en lugar de guerra. ¡Amén! Pero ya en el Antiguo Testamento (Jeremías, 6:14) tenemos una respuesta adecuada a todos los filisteos sentimentalistas que dicen *Paz, paz, y No hay paz*.

Se nos invita a llegar a la conclusión de que todas las guerras, terrorismo, hambre, explotación y opresión son el resultado de un pequeño malentendido. Todo lo que necesitamos es informar a la raza humana de que todos debemos vivir en paz, armonía y solidaridad, y que esto se puede conseguir siguiendo unas cuantas sugerencias sencillas que el camarada Dieterich ha inventado y que ahora ofrece a la raza humana en el cómodo formato de un libro de tapas blandas de poco más de 200 páginas. En este fino volumen, como hemos dicho, Heinz Dieterich escribe sobre todas las cosas bajo el sol y algunas otras también. ¿Cuál es el objetivo de todo esto? La intención es llenar al lector inocente de un sentimiento de admiración y sobrecogimiento. Nos recuerda las palabras del poeta inglés del siglo XVIII Oliver Goldsmith que, en *La Aldea Desierta*, describe cómo los campesinos ignorantes escuchan maravillados al maestro de la aldea:

*“También en la argumentación, el maestro talento tenía,  
Pues, aún vencido, argumentar podía;  
Las palabras largas y eruditas y de sonido atronador  
Maravillaban a los rústicos congregados a su alrededor;  
Y seguían asombrados, y la admiración crecía,  
De que una cabeza tan pequeña pudiera contener tanta sabiduría”.*

Sería bueno saber qué es lo que el camarada Dieterich realmente quiere decir. Esto no es siempre fácil, ya que utiliza un vocabulario desconocido para otros mortales. Los libros de Heinz Dieterich son tan oscuros porque en ellos la confusión se añade a la confusión, y para disimular toda esta confusión, recurre a un lenguaje desconcertante e incomprensible, que se supone que debe crear la impresión de una profundidad de pensamiento que sobrepasa la comprensión.

Los escritos de Marx y Engels son tan claros porque tienen un

mensaje socialista claro. Marx y Engels escribieron en un lenguaje maravillosamente simple porque estaban escribiendo para los obreros, y cualquier obrero de inteligencia media puede entender sus escritos. Esto no es una casualidad. Un buen escritor es aquel que sabe cómo convertir ideas complejas en simples, mientras que un mal escritor sólo sabe cómo convertir ideas simples en complicadas. A Heinz Dieterich se le puede acusar de muchas cosas, pero nadie le podría acusar de ser un buen escritor. El motivo por el que estos libros son tan difíciles de leer no es porque tengan un contenido profundo, sino justamente por lo contrario. Aquí, la falta absoluta de contenido se ve generosamente compensada por una riqueza de lenguaje complicado, vocabulario poco claro y un auténtico laberinto de enredada sintaxis. Sobre este tipo de cosas el viejo Hegel comentó en una ocasión: “De la misma manera que hay una anchura que está vacía, también hay una profundidad que está vacía”. Estas palabras expresan todo lo que es necesario decir sobre el tema.

### CÓMO HEINZ ‘INTERPRETA’ A CHÁVEZ

Después de hacer algunas referencias elogiosas a Chávez, Dieterich se ha colocado a sí mismo –y a sus teorías– firmemente en el centro del escenario. Heinz no pierde tiempo en presentar su primera lista, que se saca del bolsillo con la misma habilidad que un ama de casa se saca la lista de la compra en el mercado. Se nos informa que la evolución humana se puede reducir a “tres complejas dimensiones estratégicas”. ¿Por qué tres y no treinta y tres? No lo sabemos. ¿Por qué el camarada Dieterich excluye de su estrategia compleja la genética, la economía, la religión, la filosofía, la política y otras dimensiones de la evolución humana? Es un completo misterio. Es una afirmación arbitraria, como todas las demás afirmaciones arbitrarias que llenan este libro.

Uno se da cuenta rápidamente de que Heinz está obsesionado con las iniciales. Empezamos con el NPH (*Nuevo Proyecto Histórico*), en oposición al viejo PH. Después conocemos los SDC (*Sistemas Dinámicos Complejos*) y sus primos, los SDCH (*Sistemas Dinámicos Complejos Humanos*) o SAH (*Sistemas Adaptivos Humanos*), seguidos por el BRP (*Bloque Regional de Poder*), el EG (*Estado Global*), el CPNR (*Capitalismo Proteccionista Nacional Regional*), las CTN (*Corporaciones Trans Nacionales*), los CIPC (*Complejos de Investigación-Producción-Comercializa-*

ción) [¡éste me gusta especialmente!], los ZD (Zonas de Dirección) y muchos, muchos más.

Este método, como el lenguaje incomprensible que habitualmente utiliza, sirve para confundir al lector hasta el punto que éste olvida de qué está escribiendo el camarada Dieterich. Al mismo tiempo, intenta dar a ideas ininteligibles la falsa apariencia de autoridad y rigor científico. De pronto las ideas más alocadas parecen tan respetables como UNICEF,  $H_2O$ , o  $e=mc^2$ . Todo lo que nos falta son las AAA (*Aberraciones Abstrusas y Abstractas*) y las TLA (*Tonterías de Intelectuales Académicos*). Pero permitamos al camarada Dieterich continuar con su labor de interpretación:

“Lo que el Presidente Hugo Chávez y los marginados de la humanidad buscan y necesitan, no es una nueva crítica (negación) a la mala realidad creada por el capital, sino la alternativa viable de una nueva civilización más humana, es decir una alternativa antisistémica y anticapitalista”. (<http://rebellion.org/docs/55395.pdf>)

Llegados a este punto, el camarada Dieterich se coloca en el lugar que ha aspirado a ocupar desde el principio: el de intérprete oficial de los pensamientos más recónditos del presidente Chávez. Debido a que, al parecer, el Presidente no es capaz de expresar sus pensamientos de manera suficientemente clara, Heinz, muy gentilmente, ofrece sus servicios para explicar estos pensamientos a toda la humanidad. No vemos por qué el presidente Chávez necesite un intérprete. Pero nada de esto importa a Heinz que, como veremos, frecuentemente “interpreta” las ideas del Presidente de una manera que las contradice directamente.

Antes de que consideremos la embrollada interpretación *social-demócrata reformista* de Dieterich, admiremos una vez más la belleza de su estilo literario. ¿Qué significa “una alternativa antisistémica y anticapitalista”? La palabra antisistémica (como tantas otras del lenguaje catedrático de Dieterich) no aparece en el Diccionario de la Real Academia Española. Si tiene algún sentido, es éste: *en contra de todos los sistemas en general*. Pero ya que sólo se puede reemplazar un sistema por otro (esperemos que mejor), por lo menos en el planeta tierra, la caracterización de Heinz de su “alternativa viable de una nueva civilización más humana”, nos deja desconcertados. Evidentemente, no es Hugo Chávez sino Heinz Dieterich quien necesita urgentemente un intérprete.

Si con esto quiere decir que el socialismo (que por lo que sabemos, es la única alternativa viable de una nueva civilización más humana) sólo se puede conseguir mediante la abolición revolucionaria del sistema capitalista, entonces debería de decirlo claramente. Sin embargo, Heinz prefiere tejer una interminable telaraña de confusión con frases ambiguas en lugar de decir claramente que la única alternativa ante la humanidad es socialismo o barbarie. El motivo de esta ambigüedad quedará más claro a medida que avancemos con paso firme por esta masa de palabras, cortando la prosa espesa e impenetrable del camarada Dieterich, comparado con lo cual, abrirse camino entre la espesa y rica vegetación de una selva tropical es un juego de niños.

Cuando se ataca a una sepia, ésta lanza a chorros una nube de tinta. Nuestro Heinz lanza a chorros una cantidad de tinta suficiente como para llenar varias veces el Mar Caribe. Cree que cuando estamos rodeados de una cantidad suficiente de esta sustancia negra, nos perderemos en la oscuridad y no podremos detectar el contenido real de su argumento, que es éste: que en el siglo XXI es imposible llevar a cabo una revolución socialista y que, por lo tanto, todo hombre, mujer y sepia sensatos, tienen que reconciliarse con el capitalismo y la propiedad privada lo mejor que puedan.

Tenemos curiosidad por ver cómo Heinz Dieterich pretende compatibilizar este mensaje con el marxismo y el socialismo. Por lo tanto, debemos armarnos de paciencia y hacer un esfuerzo decidido por comprender su significado, a pesar de todos los obstáculos que Heinz coloca en nuestro camino. Después de todo, un libro que promete tanto debe merecer el pequeño esfuerzo que se haga por leerlo. Y al final, esperamos con expectación que nos ilumine acerca del carácter de esta teoría maravillosa y original del socialismo, la sociedad humana, la historia, la cultura, la economía política, la ciencia y la ética que el camarada Dieterich nos promete.

## DIETERICH Y LA LUCHA DE CLASES

“Publicar este libro con el título *El Socialismo del Siglo XXI*, a poco más de una década de la caída del muro de Berlín, no es, por lo tanto, un acto utópico o de nostalgia. No hay frivolidad ni utopismo ni falta de memoria histórica en su creación. Son los propios tiempos de la evolución social que marcan su aparición”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p 25.)

Con estas palabras portentosas, el autor anuncia la publicación de su libro. Nos asegura que su trabajo no es ni “utópico” ni “frívolo”, sino el producto inevitable de la historia. Varios miles de años después de que Moisés bajara del Monte Sinaí con sus tablas de piedra bajo el brazo, el camarada Dieterich nos entrega su libro que, nos asegura, está destinado a jugar precisamente ese mismo papel para los ciudadanos del siglo XXI. Nos promete mucho: la reorganización del mundo sobre la base de la paz, la justicia y la democracia participativa. En pocas palabras, ha descubierto la fórmula mágica que la pobre y sufrida humanidad ha estado esperando 10.000 años. Veremos cuánto cumple.

“Abrumado por la angustia existencial y cotidiana de su reproducción precaria, sin trascendencia espiritual más allá del consumismo trivializador, el enajenado sujeto no puede remediar su situación dentro de la sociedad burguesa, sino solo en un tipo de convivencia cualitativamente diferente [¡], como es la democracia participativa”. (Ibíd.)

Como corresponde a un Moisés del socialismo del siglo XXI, Heinz Dieterich adopta una pose profética utilizando un lenguaje que haría estremecer incluso a Jean-Paul Sartre. Aquí dejamos atrás el mundo de la política y entramos en el delirio idealista pseudo-psicoanalítico del existencialismo. En lugar de la lucha de clases proletaria, aquí tenemos el “temor y temblor” de un Kierkegaard, en otras palabras, la ansiedad del pequeño burgués que siente cómo el mundo tiembla bajo sus pies y no sabe a dónde agarrarse para no perder el equilibrio.

En lugar del materialismo histórico de Carlos Marx, tenemos una regresión sin sentido al “sujeto enajenado” de Hegel. En el terreno de la economía política Dieterich trata de llevarnos de vuelta a las doctrinas anticuadas y premarxistas de los socialistas utópicos. De la misma manera, en el terreno de la filosofía trata de llevarnos de vuelta al mundo mistificado del idealismo hegeliano. La diferencia es que en los escritos de Hegel, la terminología idealista y oscura sirve para esconder una gran profundidad y riqueza de contenido, mientras que en los escritos de Dieterich, el oscuro modo de expresión sirve para encubrir una completa ausencia de contenido.

En todos sus escritos no hay ni un solo átomo de contenido revolucionario de clase. No es por casualidad que el camarada Die-

terich evita hacer ninguna declaración clara sobre el programa socialista. En lugar de eso, se refiere a los objetivos de la “paz, democracia real y justicia social”. (Ibíd., p. 24.) Estos objetivos loables los comparten el Papa de Roma, los cuáqueros, la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, el Consejo de Seguridad de la ONU, todos los vegetarianos y las ancianitas de familias respetables. La clase dominante ni siquiera levantaría una ceja ante semejante programa.

El camarada Dieterich nunca se aproxima a la lucha de clases desde un punto de vista marxista. En el documento *Socialismo del Siglo XXI en Preguntas y Respuestas*, publicado en [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org) dice: “¿Y porqué las clases sociales luchan?”. Y responde: “La respuesta es que las clases sociales, por ejemplo, obreros, trabajadores, campesinos, profesionales, pequeños y grandes empresarios, luchan por la riqueza social, es decir, el plusproducto o excedente económico que genera la sociedad. Lamentablemente, esta lucha es comparable a una lucha en una jauría de perros por una presa que no alcanza para todos. Los más fuertes se quedan con la presa y marginan o excluyen a los demás”.

Hablar de la lucha de clases como una *lucha de perros* nos dice mucho del punto de vista del autor. No es el punto de vista del marxismo, sino el de un pequeño burgués sentimental que se lamenta del hecho de que ricos y pobres no puedan vivir juntos en paz y armonía, en lugar de luchar entre ellos “como animales”. En vez de llegar a un acuerdo amistoso para compartir la presa, “los más fuertes se quedan con la presa y marginan o excluyen a los demás”. La respuesta es obvia: los más fuertes deben compartir con los más débiles en nombre de la justicia social: el león debe yacer con el cordero. ¡Pero este sermón ya lo conocemos!

Todos estos amaños y alborotos, simplemente, irritan al lector, que se ve obligado a vadear por páginas y más páginas de palabrería abstracta, con la vana esperanza de encontrar alguna idea coherente al final. Heinz nos informa que en el pasado los partidos obreros “configuraron su proyecto histórico también en torno a cuatro elementos constitutivos: la economía no-mercantil, basada en el valor de uso; la democracia real participativa; el Estado democrático y el sujeto racional-ético autodeterminado”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p. 24.)

A pesar de lo que dice, uno buscará en vano en los programas de todos los partidos obreros del mundo y no encontrará tales pro-

fundidades, que son totalmente características de la versión de Dieterich del socialismo del siglo XXI. En todos sus libros y artículos Dieterich se refiere constantemente a “las mayorías”, un término misterioso que nunca define, de manera que nadie sabe lo que significa realmente. Este término no sólo carece de contenido concreto de clase, sino que también desafía las leyes de la lógica formal. Aunque sí es posible hablar de *minorías* en plural, por definición no puede haber más que una mayoría, no dos. A lo sumo, uno podría hablar de la mayoría (explotada) de la humanidad, en oposición a la minoría de explotadores.

Este ejemplo nos muestra cómo, además de entender completamente la cosmología relativista, nuestro Heinz también tiene un conocimiento profundo de las matemáticas. Tomemos el ejemplo de un círculo dividido en dos sectores. El sector “mayoritario” más pequeño posible (en números enteros) sería uno de 181 grados. Este es el sector A-B. Añadamos otro sector mayoritario C-D, que sea también de 181 grados. Ahora tenemos un círculo de 362 grados, que por lo menos en el planeta Tierra, es matemáticamente imposible. Pero en el socialismo del siglo XXI, como veremos enseguida, todo es posible.

### MARIPOSAS Y GUSANOS

Con florido sonido de trompetas, el camarada Dieterich anuncia ahora su propósito, nada más y nada menos que “...de crear una teoría científica-ética-estética de la transformación social postcapitalista en el siglo XXI”. (*Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, <http://rebellion.org/docs/55395.pdf>)

Esto es realmente excelente. Tendremos una teoría enteramente nueva y original, que no sólo será la llave que abrirá todas las puertas en las esferas científica, ética y estética (es decir, en casi todos los ámbitos), sino que también sentará las bases para “la transformación social postcapitalista en el siglo XXI”. Esta extraordinaria nueva teoría ha sido elaborada “porque la nueva civilización de la democracia participativa será cualitativamente diferente al capitalismo actual, de hecho, tan diferente como, por ejemplo, una mariposa de un gusano”. (Ibíd.)

En caso de que alguien no sepa la diferencia entre una mariposa y un gusano, el camarada Dieterich comienza inmediatamente a ilus-

trarnos en este asunto: “Pese a que la mariposa y el gusano comparten un mismo genoma (nacieron de las mismas ‘raíces’), evolucionan hacia sistemas de vida cualitativamente diferentes”. (Ibíd.)

Habiéndonos revelado esta importante verdad, nuestro erudito amigo procede a explicar (en caso de que no lo supiéramos) en qué consisten estas formas de vida cualitativamente diferentes: “Mientras uno se arrastra por la tierra, el otro vuela por los aires”. (Ibíd.)

El lector no puede sino sentir admiración ante una reflexión tan original, que nos informa de que los gusanos se arrastran por el suelo, mientras que las mariposas tienden a volar. Tal profundidad de pensamiento es típica de esas nuevas y originales ideas de la Escuela del Socialismo del Siglo XXI. Y en caso de que nos preguntemos qué tiene todo esto que ver con la materia bajo escrutinio, nuestro amigo Heinz da inmediatamente descanso a nuestras inquietas almas. “Es decir, de los mismos orígenes pueden evolucionar sistemas de vida totalmente diferentes. Y este es el caso del capitalismo y de la democracia participativa”. (Ibíd.)

De hecho, no sólo los gusanos comparten el mismo genoma con las mariposas, también lo hace Heinz Dieterich y, hasta cierto punto, todos los organismos vivos. Sin embargo, esto no significa que Heinz puede convertirse en mariposa, por mucho que lo intente. Tampoco es posible que el socialismo (o la “democracia participativa”) evolucione de una democracia burguesa formal. La analogía es completamente incorrecta y engañosa. Como es habitual en sus escritos, todo aparece desesperadamente mezclado. Como una colorida mariposa que revolotea de flor en flor, sin posarse jamás en ninguna de ellas, nuestro Heinz revolotea de una idea a otra, sin ofrecernos jamás una posición o unos principios claramente definidos. Toma una o dos frases de Marx, añade un poco de Keynes, echa al azar una cita de Montesquieu, rebusca entre las sobras de Sócrates, Platón y Hobbes y, finalmente, se aleja aleteando en dirección a las tierras del postmodernismo. En simple castellano a esto se le llama *eclecticismo*.

Engels, en su polémica con Dühring (antepasado espiritual de Dieterich), se refería a los escritos de aquel como a “una sopa boba de eclecticismo”. Pero, comparados con los libros de Dieterich, los escritos de Dühring eran una mina de oro de sabiduría. El eclecticismo siempre ha sido popular en las universidades, y nunca más que en estos momentos. El nivel de la vida intelectual en la actualidad

es incluso más pobre de lo que lo fue en el pasado —al menos en las ciencias sociales—. La mayoría de la filosofía burguesa moderna no merece siquiera la pena ser leída. El sinsentido posmodernista (que ha dejado su marca indeleble en el pensamiento de Dieterich) refleja la desesperación de los intelectuales burgueses en el periodo de decadencia senil del capitalismo.

Con la mayor de las desganas, estamos obligados a seguir a esta mariposa a lo largo de su azaroso revoloteo, esperando pacientemente a que alguna idea coherente se desprenda de ella. Al final, nuestra paciencia es recompensada. Finalmente, nuestra mariposa se posa en lo que parece ser un pensamiento concreto: “Pero, si el animal da el salto cualitativo por medio de su predeterminación biológica, ¿qué es lo que generará el nuevo estado social en la humanidad? [sic] La respuesta es evidente: [¿de veras?] la praxis consciente del ser humano. Tal como el gusano desarrolla en su ciclo de vida las condiciones objetivas para el despegue de la mariposa, la sociedad capitalista genera las condiciones objetivas para el despegue de la sociedad humana hacia el socialismo de la nueva Era”. (Ibíd.)

No es siempre fácil interpretar los pensamientos de Heinz Dieterich, muy a menudo ni él mismo parece entenderlos. Pero hagamos un intento de traducir este idioma de mariposas a un lenguaje inteligible. Lo que parece que intenta decir es simplemente esto: el capitalismo está plagado de contradicciones internas y, por tanto, crea las condiciones objetivas para su derrocamiento. Dicho de esta forma, es inmediatamente comprensible y correcto. ¿Pero acaso es realmente nuevo y original? Ya veremos.

### LO QUE DIETERICH REPRESENTA

En una entrevista con Cristina Marcano, publicada en *Rebelión* el 2 de Enero de 2007 con el título *En Venezuela se han creado las condiciones para construir el Socialismo del Siglo XXI*, Dieterich fue preguntado si él había inventado el concepto de “Socialismo del Siglo XXI”. Con su habitual modestia, respondió: “Sí. Lo elaboré a partir de 1996. Fue publicado junto con la teoría correspondiente en forma de libro, a partir del 2000 en México, Ecuador, Argentina, Centroamérica, Brasil, Venezuela y, fuera de América Latina, en España, Alemania, la República Popular de China, Rusia y Turquía. Desde el 2001 ha sido asimilado en todo el mundo. Presidentes como Hugo Chávez y

Rafael Correa lo utilizan constantemente, al igual que movimientos obreros, campesinos, intelectuales y partidos políticos”.

Ahora bien, con todo el respeto debido a Heinz, hay más de una persona en el mundo que defiende el socialismo, no sólo como concepto sino como una proposición práctica y una necesidad para la raza humana. Y, ya que durante los últimos años todos hemos estado viviendo en el siglo XXI, hay más de una o dos personas que son socialistas del siglo XXI. Éstos no requirieron la ayuda de Heinz Dieterich para inventarlo. Pero, con o sin nuestro permiso, él lo ha inventado de todas maneras. ¿Qué es exactamente lo que ha inventado? Así continúa: “Junto con la teoría del socialismo del siglo XXI avancé la teoría de la transición latinoamericana que se plasmó en conceptos clave como el Bloque Regional de Poder (BRP), también ya de uso generalizado en América Latina. En cambio, el concepto Bloque Regional de Poder Popular (BRPP) fue propuesto por un amigo venezolano, Douglas Pérez, en una reunión de trabajo hace tres meses”. (Ibíd.)

Que este “concepto” fuera discutido en una reunión de trabajo es altamente apropiado, ya que, como veremos, todos los conceptos de Heinz Dieterich tienen un carácter exclusivamente burgués y no desafían al capitalismo en sentido, forma o modo alguno. Cuando se le pide que explique brevemente en qué consiste este nuevo socialismo, Heinz dice: “Dicho en una frase: [Un socialismo en el] que las mayorías tengan el mayor grado de decisión históricamente posible en las instituciones económicas, políticas, culturales y militares, que rigen su vida”. (Ibíd.)

Esta es una intención loable. Pero preguntémonos en qué consiste este “mayor grado de decisión históricamente posible”. En un régimen burgués formalmente democrático, se permite a los ciudadanos que participen en el proceso de toma de decisiones poniendo una cruz sobre un trozo de papel cada cuatro o cinco años. Pero las decisiones reales no se toman en un parlamento burgués o en un gabinete ministerial, sino en las juntas directivas de los grandes bancos y monopolios, que ejercen un poder absoluto sobre la vida económica de la nación. A menos que este poder sea roto, todo lo que sea hablar de poder de decisión es sólo un parloteo vacío.

¿Propone el modelo de Dieterich alguna medida para romper el poder de los terratenientes, banqueros y capitalistas? No, no lo hace. Cuando se le pregunta qué paso decisivo debería tomar el presidente

Chávez, primero nos dice enfáticamente qué es lo que no debería hacer: *no debería tocar la propiedad privada*. “No es la estatización generalizada de la propiedad privada, porque no resuelve el problema cibernético del mercado. No lo hizo en el pasado y no lo haría hoy. El socialismo hoy día es esencialmente un problema de complejidad informática”. (Ibíd.)

Más tarde volveremos sobre la idea de que el socialismo es “esencialmente un problema de complejidad informática” y “el problema cibernético del mercado”. Por el momento, tomaremos nota del hecho de que el inventor del socialismo del siglo XXI se *opone a la nacionalización de la propiedad de la oligarquía* (la inclusión del término “generalizada” no es más que una hoja de parra para ocultar este hecho). Hasta ahora hemos aprendido qué es lo que Chávez no debería hacer. ¿Pero qué es lo que debería estar haciendo? Permitamos a Heinz expresarse en su propia jerga:

“De ahí, que el paso trascendental consiste en establecer una contabilidad socialista (valor) al lado de la contabilidad capitalista (precio), en el Estado, en PDVSA-CVG, y en las cooperativas, a fin de construir un circuito económico productivo y de circulación paralelo al de la economía de mercado capitalista. La economía de las entidades estatales y sociales puede desplazarse paso a paso hacia la economía de valor y ganándole terreno al circuito de reproducción capitalista, hasta desplazarlo en el futuro. Dado que las escalas de valorización por precios, valores y también volúmenes, son comensurables, no hay rupturas en los intercambios económicos que podrían causarle un problema político al gobierno. En todo esto juegan un papel importante el Estado y las mayorías, pero ambas están hoy día mayoritariamente con el proyecto del Presidente”. (Ibíd.)

En primer lugar, ¿es realmente cierto que el Estado en Venezuela está “mayoritariamente” con el Presidente? Chávez ha manifestado en numerosas ocasiones que se enfrenta a la oposición sistemática y al sabotaje de la burocracia que ocupa lugares clave dentro del Estado. Se ha referido a ésta como la *burocracia contrarrevolucionaria* que sobrevive de la IV República y también una nueva burocracia —gente que viste camisetas rojas y que se declara chavista—, pero que son, de hecho, la Quinta Columna de la contrarrevolución. ¿Por qué el camarada Dieterich no menciona esto? ¿Por qué ignora este

hecho, que es conocido no sólo por el presidente Chávez, sino por todo obrero y campesino venezolano? ¿Acaso no puede ver lo que es evidente? O no lo ve, en cuyo caso está completamente ciego, o lo ve pero prefiere no mencionarlo, minimizarlo y tratar de ocultarlo. El primer caso indicaría estupidez extrema y frivolidad. El segundo sería un crimen contra la revolución.

Cualquier persona que piense con claridad sabe que el problema del poder del Estado es el problema central de la revolución, y también que este problema no ha sido resuelto todavía. La Revolución Bolivariana nunca triunfará a menos que se arme con una buena escoba para barrer toda la basura, la corrupción y el arribismo, todos los nidos de la contrarrevolución que han encontrado refugio en el Estado y están royendo las entrañas de la revolución y socavándola desde dentro. Esto significa una lucha feroz contra la burocracia y la contrarrevolución, que se resistirá con todos los medios a su alcance. Esto sólo se podrá lograr con la movilización revolucionaria de las masas. El Estado jamás se purgará a sí mismo.

La historia muestra que las fuerzas del viejo orden social se resistirán al cambio y que esta resistencia debe ser superada por medios revolucionarios. ¿Qué dice el camarada Dieterich sobre todo esto? La gran revolución propuesta por Heinz Dieterich, el *paso trascendental*, es una cuestión de *contabilidad*. Es una revolución que podemos llevar a cabo sin quitarnos las zapatillas de andar por casa. Es el tipo de revolución que ni rompe ventanas, ni ofende ni causa problemas a nadie. No perturba el sistema nervioso de nadie, ni causa úlceras pépticas. Puede realizarse durante la noche, para no perturbar el sueño de los ciudadanos respetables. Resumiendo, es el tipo de revolución con la que toda persona en sus cabales sueña. ¡Uno se pregunta por qué nadie ha pensado en ello antes!

¿Por qué tal revolución no ha de molestar a nadie? Por la sencilla razón de que *no supone cambio alguno en absoluto*, es sencillamente una *continuación del statu quo*. De lo que estamos hablando es de una economía mixta: la típica idea de reformistas y socialdemócratas. Aquí, por una vez, Heinz es excepcionalmente franco e inequívoco: “La economía de las entidades estatales y sociales puede desplazarse paso a paso hacia la economía de valor y ganándole terreno al circuito de reproducción capitalista, hasta desplazarlo en el futuro”. (Ver: *En Venezuela se han creado condiciones para construir el Socialismo del Siglo XXI*, en *Rebelión*, 2/1/07.) Esta idea no es nueva. Ha sido lanzada

una y otra vez por todo reformista y revisionista desde Bernstein. La idea es que el sector estatal coexista con el sector privado y, lenta, gradual y pacíficamente, el primero desplace al segundo, hasta que finalmente, el capitalismo desaparezca sin que nadie se dé cuenta.

Todo reformista ha soñado con ir paso a paso hacia el socialismo, con una transformación social pacífica, sin choques, sacudidas o disgustos, al igual que todo vegetariano sueña con un mundo en el que los tigres coman lechuga. Pero tales ejemplos en la historia de la humanidad son aún más raros que tigres vegetarianos en la naturaleza. Por supuesto, nada nos impide desarrollar tales “conceptos” –al igual que nada nos impide caer en un dulce sopor después de una copiosa comida–. Heinz Dieterich hace hincapié en que la transición del capitalismo al socialismo será gradual. En cierto sentido esto es verdad. No es posible saltar directamente del capitalismo al socialismo. Pero antes de que podamos dar un paso hacia el socialismo es necesario llevar a cabo una *ruptura decisiva con el capitalismo*. Es necesario expropiar a los terratenientes, banqueros y capitalistas. Y eso es lo que él se niega a aceptar. Heinz se extiende sobre su idea de un “circuito paralelo de la economía del valor”, en castellano simple, una economía mixta. “Generar este circuito paralelo de la economía de valor sería relativamente fácil, porque los valores existen en forma subyacente en la actual contabilidad capitalista. De tal manera, que con el desarrollo de un *software* respectivo sería muy fácil establecer este circuito económico socialista al lado del capitalista. Sin este paso a la economía de equivalencia, no hay posibilidad de tener una economía socialista”. (Ibíd.)

Más tarde veremos que, lejos de ser fácil, calcular la cantidad exacta de trabajo socialmente necesario dentro de una mercancía es una tarea prácticamente imposible, y en cualquier caso, algo totalmente innecesario para una economía socialista, lo que es exactamente lo opuesto a lo que nuestro Heinz mantiene. Y en qué sentido la presencia de la llamada contabilidad socialista desplazaría a la contabilidad capitalista (en precios) sólo Dios y Heinz Dieterich lo saben.

¿Cuál sería el paso decisivo que el presidente Chávez tendría que tomar para llegar al socialismo del siglo XXI en Venezuela? Así responde el camarada Dieterich a cuestión tan pertinente: “Son dos: 1. reemplazar gradualmente el principio regulador de la economía de mercado, el precio, por el principio regulador de la economía so-

cialista, el valor, entendido este como los insumos de tiempo (time inputs) necesarios para la generación de un producto; 2. avanzar la participación económica de ciudadanos y trabajadores en tres niveles: 1. en lo macroeconómico (p.e., el presupuesto nacional); 2. en lo mesoeconómico (municipio) y, 3. en lo microeconómico (empresa)". (Ibíd.)

Lidiaremos en otra sección con las teorías económicas del socialismo del siglo XXI. Por el momento, señalamos meramente que;

- 1) Heinz Dieterich se opone a la nacionalización y está a favor de una economía mixta – es decir, capitalismo.
- 2) Se opone a la revolución y está a favor del gradualismo (es decir, reforma gradual)
- 3) Esto no tiene nada que ver con Marxismo o socialismo revolucionario. Es meramente el viejo reformismo recalentado y servido como la última novedad en el menú del día.

### REFORMISMO EN AMÉRICA LATINA

El reformismo tiene una base material. Prosperó en países como Suecia y el Reino Unido durante el largo periodo de crecimiento económico que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Este crecimiento permitió a la burguesía ofrecer importantes concesiones a la clase obrera, utilizando políticas económicas keynesianas. Durante algunas décadas, la lucha de clases en Europa se suavizó. Pero este periodo fue interrumpido por la recesión de 1973-74. Durante los últimos 30 años, los gobiernos reformistas en Europa han llevado a cabo un programa de contrarreformas, recortes y ataques a los niveles de vida. En un capítulo posterior explicaremos las razones de esto. Valga por ahora decir que incluso en los países "ricos", como los Estados Unidos y los que forman Europa Occidental, bajo las condiciones actuales, el reformismo y el keynesianismo están en crisis.

Las cosas están aún más claras en América Latina. Aquí la crisis es demasiado profunda; las condiciones de la masas, demasiado desesperadas, como para permitir soluciones a medias. La existencia de altos déficits no permite la aplicación de esas recetas keynesianas que el camarada Dieterich considera como el remedio infalible contra todo mal. De hecho, el intento de seguir tales políticas en las décadas de 1960 y 1970 fue precisamente la causa de los déficits

enormes y de la hiperinflación, que tuvieron unos efectos tan catastróficos. Más adelante trataremos esta cuestión. Por ahora, es suficiente con señalar el hecho evidente de que la debilidad histórica del reformismo y la socialdemocracia en América Latina es el resultado de la extrema debilidad del capitalismo latinoamericano y la imposibilidad de resolver los más acuciantes problemas de los obreros y los campesinos sobre una base capitalista.

Recientemente ha habido algunos intentos de infundir un soplo de vida al reformismo y “la tercera vía” en América latina. No es casualidad. Los estrategas del capitalismo han comprendido el peligro del movimiento revolucionario en América Latina. Comprenden el peligro mortal que supone la revolución venezolana y temen (con razón) que pueda extenderse a lo largo y a lo ancho del continente. En el pasado ya habrían mandado a los marines. Pero esto ya no es tan fácil. De modo que tienen que echar mano de otros medios para detener la revolución y desviarla por canales más seguros para ellos. Aquí, los reformistas de diferentes tendencias pueden jugar un papel muy importante como segunda línea de defensa del capitalismo.

Un intento de promover el reformismo en América Latina fue el Foro Internacional de Porto Alegre, en Brasil, al que Heinz Dieterich toma como su punto de partida. Éste incluía grupos y movimientos tan heterogéneos como los zapatistas mexicanos, los colombianos de las FARC y el ELN, ATTAC y *Le Monde Diplomatique*, el Partido de los Trabajadores de Brasil, bolivarianos venezolanos y otros grupos e individuos. Algunas de estas organizaciones, como el PT brasileño o el movimiento bolivariano, representan una fuerza significativa con una base formidable de obreros y campesinos, mientras que otros representan sólo a pequeños círculos de intelectuales. Y hubo también un cierto número de intelectuales que sólo se representaban a sí mismos.

El Foro Social Mundial no supuso desafío alguno al capitalismo. Sus primeros mítines fueron financiados, entre otras entidades, por la Fundación Ford. Entrevistada a propósito de la participación de la Fundación Ford en el FSM, Lisa Jordan, una ejecutiva de la Fundación, tenía esto que decir (en OpenDemocracy):

**“¿Por qué ha participado Ford en el Foro Social Mundial?”**

“Lisa Jordan: Valoramos un diálogo cívico y global sobre problemas

globales. No creemos que las soluciones hayan de encontrarse sólo en un sector. Los gobiernos, los empresarios y la sociedad civil no pueden solucionar los problemas de forma separada. Debe haber diálogo entre estos tres grupos”.

Cuando algunos grupos criticaron el Foro por no ser revolucionario, esta persona contestó con una franqueza admirable: “Para ser justos, el Foro jamás ha dicho que es una agrupación revolucionaria. Sus principios declarados son los de la no violencia. La no violencia es fundamental para cómo se autodefine. Siempre ha habido una agenda pacífica muy fuerte en el Foro; el Foro del año pasado sacó una declaración muy hermosa y profunda a favor de la paz”.

Parece que el Foro estaba conectado por línea telefónica con otro Foro que tenía lugar al otro lado del mundo, la conferencia de banqueros y capitalistas en Davos, Suiza. Este pequeño detalle habla una enormidad sobre la mentalidad y posición política de los organizadores de la reunión de Porto Alegre. Desafortunadamente, la conexión telefónica con Davos no trajo fruto alguno, por la simple razón de que el conflicto entre opresores y oprimidos no puede ser resuelto por una conversación telefónica o de cualquier otro tipo. Es una cuestión de intereses mutuamente excluyentes. El Foro de Porto Alegre era tal guisado de diferentes grupos e individuos, que resultó difícil ponerse de acuerdo en algo. Dieterich nos informa de que, tan pronto como surgió la cuestión del socialismo, empezaron los problemas:

“Al día siguiente, el intelectual chileno Ariel Dorfman rechazó que en un foro ‘tan abierto’ se planteara que el socialismo fuera la única opción. ‘Creo que no hay que entrar en ampulósidades *grandilocuentes*’, dijo Dorfman, y recalcó que el Foro de Porto Alegre no era un foro para ‘un retorno al pasado’. ‘No puedo decir cuál es la opción viable y creo que ni aquí ni en Davos lo sabemos’, terminó el escritor, enfatizando que es demasiado pronto ‘para formular un programa único de acción’”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p. 29. Subrayado en el original.)

Sólo en una cosa podemos estar de acuerdo con Ariel Dorfman. Que aquel no tiene la menor idea de la naturaleza de la presente crisis mundial y, por tanto, no tiene absolutamente nada que ofrecer

como alternativa. También tendemos a la opinión de que, como él, el resto del Foro de Porto Alegre se encontraba en la oscuridad más absoluta. Al final, Porto Alegre representaba un callejón sin salida. No ofrecía ningún programa serio para cambiar la sociedad. Era necesario saltar por encima de las limitaciones del reformismo y poner en el orden del día la única alternativa real: la transformación socialista de la sociedad.

Recordemos que Hugo Chávez, que estaba presente en Porto Alegre, originalmente tenía ilusiones en la “tercera vía” (una frase inventada por Tony Blair) y creía en la posibilidad de reformar el capitalismo. Su ideal no fue originalmente el socialismo, sino el “capitalismo con rostro humano”. Pero tras la experiencia de los primeros años de la Revolución Bolivariana, Chávez sacó la conclusión de que eso era imposible, y que la tercera vía era un timo —en sus propias palabras, una farsa—. El presidente Chávez, para su gran crédito, planteó la cuestión del socialismo, mientras Dieterich está haciendo todo lo posible para arrastrar la Revolución Bolivariana lejos de la revolución socialista y hacia el pantano de políticas burguesas y reformistas. ¿Qué es lo que Heinz Dieterich esperaba del Foro de Porto Alegre? Citemos sus palabras:

“La gran interrogante para los de abajo es, por lo tanto, ¿cómo acumular este poder necesario y suficiente, para voltear el mundo sobre la cabeza? ¿Cómo convertir las mayorías en amos de la sociedad global? La respuesta es obvia [¿De veras?]: mediante el Nuevo Proyecto Histórico (NPH) construido por ellas. Su contenido: la democracia participativa. Este es el tema de este libro”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p 28.)

No es éste un propósito pequeño; es “voltear el mundo sobre la cabeza” y “convertir las mayorías en amos de la sociedad global”. ¿Y cómo lograremos este objetivo? La respuesta es obvia: mediante el Nuevo Proyecto Histórico (NPH). Ahora bien, es razonable pensar que, si algo es *obvio*, sólo un tonto puede no verlo. En el famoso cuento de Hans Christian Andersen, un estafador persuadió al emperador para que vistiera un traje invisible, que, según la opinión de todo el mundo, era *obviamente* muy elegante. Al final, un muchachito que ignoraba tal propósito comentó que el emperador se paseaba por ahí en pelota. Sus observaciones probablemente no

fueron del agrado del emperador ni de sus cortesanos, pero tenían el mérito de ser ciertas. Como el muchachito del cuento, nosotros tampoco somos lo suficientemente listos como para aceptar un argumento simplemente porque alguien nos asegura que es *obvio*. Nos gustaría tener algo más de información y, si es posible, alguna evidencia de que estas extraordinarias aseveraciones son, de hecho, correctas.

### LOS MENTORES DE DIETERICH

Heinz dice: “Hay dos escuelas de pensamiento que han avanzado de manera independiente esa opción [¿qué opción?] de la nueva sociedad en sus investigaciones sobre el Socialismo del Siglo XXI; la llamada ‘Escuela de Escocia’ [¿?], en los brillantes trabajos del experto en computación, Paul Cockshott y del economista Allin Cottrell; y la así denominada ‘Escuela de Bremen’ (RFA), en torno al genio universal Arno Peters, al matemático Carsten Stahmer, al físico cubano Raimundo Franco y el que suscribe”. (Dieterich, *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, <http://rebellion.org/docs/55395.pdf>)

Debemos creer lo que Heinz nos cuenta, ya que no nos dice precisamente en qué consiste el contenido de estas llamadas escuelas. Esto es sorprendente, pues si son realmente tan importantes como nuestro amigo sugiere, seguramente podría haber escrito unas pocas líneas más para revelarnos el secreto. Pero éste lo tiene bien guardado. Con todo el respeto debido a las escuelas Escocesa y de Bremen y sus genios universales, nosotros tenemos preferencia por otra completamente diferente: la escuela del marxismo revolucionario. Y, sin perjuicio para Dieterich y sus amigos, seguiremos defendiendo las ideas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky contra cualquier ataque; no sólo contra los ataques de los burgueses enemigos del socialismo, sino también contra los reformistas que representan la Quinta Columna de la burguesía dentro del movimiento obrero.

El tipo de reformismo encarnado por la socialdemocracia europea repele inmediatamente a los elementos radicales de América Latina. Pero hay otros tipos de reformismo con una coloración más radical e “izquierdista”. La mayoría de estos viene también de Europa (a pesar de los constantes llamados de Heinz Dieterich a la Patria Grande). Salen de las universidades de Alemania, Francia e Italia, donde ex revolucionarios achacosos purgan sus pecados de

juventud mientras se entretienen en la búsqueda del Santo Grial de la sociedad postcapitalista.

Heinz cita a otros correligionarios. Pero, aunque Dieterich encuentra sus escritos muy interesantes, éstos no son naturalmente suficientes para satisfacer su mente exigente: “Sin embargo, pese a su riqueza cognitiva, proporcionan una base de conocimiento insuficiente para responder adecuadamente al llamado del Comandante Chávez. Es decir, su lectura es una condición necesaria para la construcción de la nueva teoría, pero no es suficiente”. (Ibíd.)

Con tantas escuelas, todas ellas compitiendo por el honor de ser los verdaderos fundadores del socialismo del siglo XXI, el lector tiene la sensación de que la cabeza comienza a darle vueltas. Estamos acostumbrados a una situación donde no hay suficientes escuelas y demasiados alumnos. Pero en el mundo del siglo XXI de Heinz Dieterich existe un superávit de Escuelas y una escasez de alumnos. No obstante, se nos informa, que esto *no es suficiente*. Todos estos pensadores y todas estas Escuelas no pueden sino recordarnos a Juan Bautista y otros antiguos profetas, condenados a ser la voz que clama en el desierto, preparando la llegada de Heinz Dieterich, que viene, con una brújula en la mano y un libro bajo el brazo, para anunciar la buena nueva del socialismo del siglo XXI.

De la existencia de la supuesta Escuela de Bremen o de la Escuela de Escocia nunca habíamos sabido hasta que abrimos los libros de Heinz Dieterich. Parece ser que la primera se refiere a las ideas de Arno Peters (una escuela de un solo hombre, por tanto), y hacia allí dirigimos nuestra atención. Los catedráticos de universidad tienen una notoria tendencia a formar sociedades de admiración mutua, y el camarada Dieterich no podía ser una excepción. Para nuestro Heinz, Arno Peters es *uno de los grandes genios*, si no *el* más grande, de nuestra época. En la página 38 de *El Socialismo del Siglo XXI*, leemos lo siguiente: “Al científico Arno Peters pertenece el mérito de haber descubierto el principio de la futura economía socialista, partiendo de las deficiencias estructurales de la economía nacional de mercado”.

En nuestra inocencia, siempre pensamos que fue Carlos Marx quien descubrió el principio del socialismo y explicó cómo este nació de las contradicciones del capitalismo, es decir, de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo y las barreras de la propiedad privada y el Estado nacional. Pero Heinz Dieterich nos ha corregido, informándonos de que este des-

cubrimiento es fruto del trabajo de, y nada más que de, su amigo Arno Peters, y de ningún otro. Y si Heinz Dieterich lo dice, así será. Todo esto nos trae a la mente el viejo dicho: para el ratón ningún animal es más fuerte que el gato. Pero veamos en qué consiste su genio universal.

Como Heinz, Arno Peters es un diletante. Es decir, le gusta tocar tantos temas como sea posible. De esta manera, claro, nunca se aburrirá. Arno comenzó como realizador cinematográfico y, según dicen, produjo películas que no estaban nada mal. Pero luego se cansó de ello y decidió hacer algo nuevo. Consiguió su doctorado en la Universidad de Berlín con una tesis sobre propaganda política. Pero esto tampoco era suficiente para el inquieto espíritu de Arno.

Pasó a estudiar la Historia del Mundo de Synchronoptic. Para el que no lo sepa, esto es Historia que se centra en dar a todo el mundo la misma voz, haciendo una línea de tiempo en la que cada año consigue el mismo espacio en cada página. Esta fue la primera victoria del profesor Peters en su lucha por la igualdad.

Pero el mayor logro de Peters fue el desarrollo del Mapamundi de Peters. Este era un concepto enteramente nuevo que, de un golpe, estableció el principio de la *Igualdad Cartografía*. Aunque algunos críticos hicieron desagradables comentarios sobre su mapa (“las masas terrestres parecen ropa interior de invierno arrugada y mojada, que se ha colgado a secar sobre el Círculo Polar Ártico”, escribió uno de ellos), Peters había triunfado. Después de establecer el derecho de todo el mundo a *un espacio igual en la hoja impresa*, establecía también el derecho a *un espacio igual en el mapa*.

Los logros de Peters como cartógrafo han sido exagerados. Peters afirmaba haber descubierto algo nuevo. No fue así. Afirmaba que la nueva proyección no distorsionaría las áreas. Lo hace. Desde la época de Tolomeo, en el siglo II, los cartógrafos se las han visto con el problema de dibujar un mundo redondo en un trozo de papel plano, sabiendo que no hay una solución perfecta, ya que, si las formas continentales son correctas, el tamaño estará distorsionado, y a la inversa. Por ejemplo, si las latitudes bajas son descritas con precisión, entonces las regiones polares estarán burdamente distorsionadas.

De hecho, sólo un globo puede mostrar todas las relaciones geográficas con una perspectiva correcta. Por tanto, en el mejor de los casos, el mapa de Peters representa al mundo con distorsiones di-

ferentes de las distorsiones a las que ya estamos acostumbrados. He aquí la suma total de sus logros apoteósicos en la esfera de la cartografía.

Este logro genial tuvo lugar en 1974. Desde entonces, se han producido muchos atlas, pero, por desgracia, sólo una minoría de ellos presta alguna atención al modelo de Peters. Más aún, a pesar de haber proclamado la igualdad en mapas y letra impresa, las desigualdades en el mundo real son ahora incluso mayores de lo que lo eran en 1974. La brecha entre las naciones industrializadas y desarrolladas y las economías de África, Asia y América Latina ha crecido sin cesar. Si la diferencia fuera a expresarse en un mapa, los continentes estarían separados totalmente. Desgraciadamente, alcanzar igualdad verdadera requiere de medidas un tanto más drásticas que redibujar mapas.

Después de enviar a Tolomeo y Copérnico al baúl de los recuerdos, Arno Peters decidió pasar de la cartografía al ámbito de la política, la historia y la economía, donde inmediatamente prescindió de los Adam Smith, Ricardo, Marx y Engels. Para alguien que no encuentra ninguna dificultad en cambiar la forma entera del globo terrestre, abriendo la época de igualdad cartográfica, esto no debió suponer problema alguno. Arno Peters reveló entonces al mundo la verdadera manera de conseguir igualdad, la llave que abría todas las puertas, la piedra filosofal del siglo XXI: el principio de equivalencia.

Trataremos de éste y otros temas interesantes en uno de los siguientes capítulos. Ahora debemos volar en pos de la estela del camarada Dieterich, quien nos conducirá por los reinos etéreos de la ciencia y la filosofía, donde, sin duda alguna, experimentaremos nuevas y sorprendentes aventuras.



## II

FILOSOFÍA Y CIENCIA



## LA CRISIS DE LA FILOSOFÍA MODERNA

*Polonio: ¿Qué leéis, mi señor?*

*Hamlet: Palabras, palabras, palabras.*

(Shakespeare, *Hamlet*, Acto II, Escena II.)

La crisis del sistema capitalista se refleja en una crisis de los valores burgueses, la moralidad, la religión, la política y la filosofía. El pesimismo que aflige a la burguesía y a sus ideólogos en este periodo se manifiesta en la pobreza de su pensamiento, la trivialidad de su arte y el vacío de sus valores espirituales. Se expresa en el espantajo filosófico posmodernista, que se imagina superior a toda la filosofía anterior, cuando en realidad es absolutamente inferior. En su juventud, la burguesía fue capaz de producir grandes pensadores: Locke, Hobbes, Kant, Hegel, Adam Smith y Ricardo. En la época de su declive es sólo capaz de producir pigmeos intelectuales. Hablan del fin de las ideologías y de la historia. No creen en el progreso, porque la burguesía hace ya tiempo que dejó de ser progresista. Cuando hablan del fin de la historia, lo hacen porque han acabado en un callejón sin salida histórico y no ven luz alguna al final del túnel. Hablan del fin de las ideologías, porque ya no son capaces de producir una.

Los filósofos burgueses contemporáneos imaginan que han acabado con la vieja filosofía (o metafísica, como la llaman con desdén), pero su imaginaria victoria es como la del sastrecillo valiente de los hermanos Grimm, que “mató a siete de un solo golpe”. Una pena que las siete víctimas del sastrecillo fueran moscas, y no hombres. Nuestros filósofos contemporáneos son, por utilizar la expresión alemana, unos simples matapulgas (flohknacker). La filosofía

burguesa contemporánea supone la total disolución de la filosofía, reduciéndola por completo a la semántica (el estudio del significado de las palabras). Esta eterna discusión sobre las minucias de los distintos significados recuerda sobremanera a esos interminables debates de los escolásticos medievales a propósito del sexo de los ángeles y sobre cuántos de éstos podían bailar en la punta de una aguja.

Esta comparación no es tan absurda como podría parecer. En verdad, los escolásticos no eran tontos e hicieron algunos progresos en lógica y semántica (como hacen sus equivalentes modernos). El problema es que en su obsesión por las formas, olvidaron por completo el contenido. En tanto en cuanto se siguieran las reglas formales, el contenido podía ser tan absurdo como uno quisiera. El hecho de que a toda esta quisquillosería y juegos de palabras se le haya concedido el rango de filosofía es prueba del declinar del pensamiento burgués moderno. Hegel escribió en *Fenomenología*: “Por lo poco con lo que el espíritu humano se siente satisfecho, podemos juzgar la medida de su pérdida”. Ese podría ser un epitafio apropiado para la filosofía burguesa posterior a Hegel.

La filosofía burguesa contemporánea alega haber resuelto todos los grandes problemas filosóficos del pasado. ¿Cómo ha logrado tal proeza? Analizando las palabras. Todas las grandes batallas de la Primera y Segunda Guerras Mundiales junto a Austerlitz y Waterloo palidecen ante tamaña victoria. ¿Pero qué es el lenguaje sino ideas expresadas en el discurso? Si decimos que lo único que podemos conocer es el lenguaje, lo único que hacemos es restablecer de una manera diferente la vieja y desgastada noción del idealismo subjetivo, la cual afirma que sólo podemos conocer las ideas o, más correctamente, *mis* ideas. Filosóficamente, esto es un callejón sin salida y, como Lenin explicó hace ya algún tiempo, sólo puede conducir al solipsismo, es decir, a la noción de que *sólo yo existo*.

El obrero trabaja con sus herramientas y las materias primas que la naturaleza le suministra. Con la ayuda de estas cosas materiales, el hombre transforma el mundo y controla su entorno. Y, transformando el mundo en torno suyo, el hombre se ha transformado también a sí mismo. Gradualmente, el hombre se ha elevado por encima del nivel de los animales hasta llegar a ser humano. Es esta incesante actividad humana —la creatividad que nace del trabajo colectivo humano— lo que nos ha convertido en lo que somos. Es la base de todo progreso humano, cultura y conocimiento.

El albañil trabaja con ladrillos, el pintor con pintura, el herrero con hierro y el carpintero con madera. Pero el intelectual trabaja sólo con palabras. Se gana el pan diariamente con ellas, llenan su vida y le ofrecen trabajo y placer. Le enardecen o deprimen, le dan y le quitan su reputación. Actúan como un hechizo mágico, y encantos y hechizos han de ser invocados *con palabras*. También le dan poder sobre otros seres humanos. En las sociedades más primitivas ciertas palabras eran tabú, como ocurre también ahora. A los antiguos israelitas no se les permitía pronunciar el nombre de su Dios. Ahora no se nos permite pronunciar la palabra “capitalismo”. Debemos decir, por el contrario, “la economía de libre mercado”.

En sí mismo esto es producto del desarrollo de las fuerzas productivas y de las condiciones materiales para el desarrollo social humano. Una vez que los medios de producción se han desarrollado hasta un cierto nivel, se genera una plusvalía. La división del trabajo (presente en las primeras sociedades de forma embrionaria) es la base sobre la que se levanta una clase de individuos que, libres de la necesidad de trabajar para producir su manutención, pueden dedicarse a actividades especializadas. Con un mayor desarrollo de la capacidad productiva de la sociedad, viene una mayor intensificación de la división social del trabajo, expresada en el surgir de las castas y las clases. La sociedad se divide entre quienes gobiernan y aquellos que son gobernados, explotadores y explotados. En ese punto la conciencia adquiere una vida propia e independiente. Se abre una brecha entre el trabajo mental y manual. Los sacerdotes y escribas del antiguo Egipto fueron conscientes del poder material de las ideas y las palabras, que les conferían poder y autoridad sobre sus semejantes. La división de la sociedad entre pensadores y hacedores data de aquella época, como Aristóteles señala en su obra *Metafísica*. Desde esos tiempos remotos, las capas privilegiadas que disfrutaban el monopolio de la cultura han considerado el trabajo manual con desprecio.

Para el intelectual, la realidad está hecha de palabras. Para él, es cierto que “Al principio fue el verbo, y el verbo era con Dios y el verbo era Dios”. La idea –o más correctamente, el prejuicio– del intelectual que otorga a las palabras una importancia sobrenatural, es meramente un reflejo de las condiciones reales de la existencia de éste. En el post-modernismo la narrativa es todo, y sólo podemos conocer el mundo a través de las palabras de los individuos. Aquí, el

lenguaje no aparece como un fenómeno que conecta a la gente con el mundo y entre sí, sino como algo que los separa y aísla. Es una barrera, más allá de la cual no podemos conocer nada.

La mistificación de la palabra por el intelectual no es, por tanto, nueva. Tiene sus raíces en la división entre trabajo mental y manual. Pero en la filosofía burguesa contemporánea ha adquirido su última expresión. Esto no parece sorprendente, dado que la brecha entre ricos y pobres, entre los que tienen y los que no, entre “cultos” e ignorantes es mayor ahora que nunca antes en la Historia. Las masas han sido expropiadas, no sólo físicamente, sino también moral y culturalmente. El lenguaje de la ciencia es completamente inaccesible para la gran mayoría de ciudadanos educados, no hablemos ya de los no educados. Y la situación es aún peor con la filosofía, que está completamente empantanada en un miasma de oscurantismo terminológico, que, comparado con él, el lenguaje de los escolásticos medievales se revela como modelo de claridad. La prosa del profesor Dieterich es una muestra perfecta de este género literario.

### LA NECESIDAD DE LA DIALÉCTICA

La filosofía burguesa moderna se ha convertido en algo árido y atrofiado. Está lejos de la realidad y muestra un absoluto desprecio por la vida de la gente corriente. No es sorprendente, por tanto, que la gente la trate también con desprecio. En ningún otro momento de la historia la filosofía ha parecido tan irrelevante como en el presente. La total bancarrota de la filosofía burguesa moderna puede ser explicada en parte por el hecho de que Hegel llevó la filosofía tradicional a sus límites, dejando muy poco espacio para continuar desarrollando la filosofía como filosofía. Pero la razón más importante para esta crisis de la filosofía es el desarrollo de la ciencia. Durante miles de años, los humanos hemos intentado entender el mundo en el que vivimos. Esta constante búsqueda de la verdad es parte esencial del ser humano. Pero durante la mayor parte de nuestra Historia, este intento de comprender el funcionamiento del universo no contó con las herramientas necesarias. El insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas, la ciencia y la tecnología significó que el único instrumento disponible era el cerebro humano —un instrumento verdaderamente maravilloso, es cierto, pero no totalmente adecuado para la inmensidad de tal tarea—.

Sólo en los últimos dos siglos, más o menos desde la revolución industrial, el desarrollo de la ciencia nos ha provisto de las herramientas necesarias para enfrentarnos al estudio de la naturaleza con una base firme. En particular, los espectaculares avances de la ciencia y la tecnología en los últimos cincuenta años han dejado en la sombra cualquier otro periodo histórico de avances humanos. En tales condiciones, las viejas especulaciones filosóficas sobre la naturaleza de la vida y el universo resultan inocentes e incluso ridículas. ¿Se puede decir que la ciencia se ha liberado de una vez por todas de la filosofía? A esta pregunta Engels respondió afirmativamente, pero añadió que lo que seguía siendo válido dentro de la filosofía eran la lógica formal y la dialéctica. La ciencia todavía necesita de una metodología que le permita ahorrar tiempo y evitar errores innecesarios.

En los escritos filosóficos de Marx y Engels no encontramos un sistema filosófico, sino una serie de brillantes elementos de comprensión que, marcando un camino a seguir, si fueran desarrollados, proveerían a la ciencia de un arma metodológica de gran valor. Desgraciadamente, esta tarea nunca ha sido llevada a cabo seriamente. Con todos sus colosales recursos, la Unión Soviética no lo hizo. Las ideas profundas de Marx y Engels acerca de la filosofía y la ciencia no han sido seriamente trabajadas y elaboradas. ¿Significa esto que la dialéctica ha permanecido totalmente ausente del desarrollo científico moderno? En absoluto, la ciencia moderna nos ofrece una gran cantidad de ejemplos que demuestran la validez de la dialéctica. Los últimos desarrollos en las teorías del caos, de la complejidad y de la ubicuidad tienen un claro carácter dialéctico.

La dialéctica nos enseña a estudiar las cosas en movimiento, no estáticamente; en su vida, no en su muerte. Todo desarrollo está enraizado en etapas anteriores, y, a la vez, es el embrión y punto de partida de nuevos desarrollos —una interminable red de relaciones que se refuerzan y perpetúan—. Hegel ya había desarrollado esta idea en su *Lógica* y en otras obras. La dialéctica estudia las cosas y los procesos en todas sus interconexiones. Esto es importante como metodología en áreas tales como la morfología animal. No es posible modificar una parte de la anatomía sin producir cambios en todas las demás.

Es imposible comprender la historia sin el método dialéctico. Esto puede apreciarse en la propia historia de la ciencia. Un gran avance en la aplicación del método dialéctico a la historia de la cien-

cia fue la publicación del extraordinario libro de T.S. Khun, *La estructura de las revoluciones científicas*. Éste demostraba lo inevitable de las revoluciones científicas y mostraba de forma aproximada el mecanismo por el cual ocurren. “Todo lo que existe merece perecer” es una afirmación cierta no sólo para organismos vivos, sino también para las teorías científicas, incluyendo aquellas que actualmente consideramos como verdades absolutas.

### UNA VISIÓN DINÁMICA DEL MUNDO

La dialéctica es un método de pensamiento e interpretación del mundo, tanto natural como social. Es una manera de mirar al universo, que surge del axioma que afirma que todo está en constante estado de cambio y flujo. Pero no sólo eso. La dialéctica explica que el cambio y el movimiento implican contradicción y que sólo a través de la contradicción pueden éstos tener lugar. De tal modo, en vez de una línea ininterrumpida de suave progreso, tenemos una línea que es repentina y explosivamente interrumpida por periodos en los que, los cambios graduales acumulados (cambio cuantitativo) sufren una rápida aceleración, en los que la cantidad es transformada en calidad. La dialéctica es la lógica de la contradicción.

La proposición fundamental de la dialéctica es que todo está en constante proceso de cambio, movimiento y desarrollo. Incluso cuando nos parece que nada ocurre, en realidad, la materia está cambiando siempre. Moléculas, átomos y partículas subatómicas están constantemente cambiando de lugar y de forma, y siempre en movimiento. La dialéctica es así una interpretación esencialmente dinámica de los fenómenos y procesos que ocurren a todos los niveles, tanto en la materia orgánica como en la inorgánica. Es, como decía Engels, la ley más general de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano. Cuando por primera vez contemplamos el mundo a nuestro alrededor, vemos una inmensa e increíblemente compleja serie de fenómenos, una intrincada red de cambio aparentemente sin fin, de causa y efecto, de acción y reacción. La fuerza motriz de la investigación científica es el deseo de obtener una comprensión racional de este laberinto enloquecedor, comprenderlo para conquistarlo. Buscamos leyes que puedan separar lo general de lo particular, lo accidental de lo necesario, que nos permitan comprender las fuerzas que dan pie a los fenómenos con los que nos enfrentamos.

Los críticos burgueses del marxismo (y también los revisionistas) han concentrado sus ataques contra la dialéctica, que constituye su fundamento metodológico. Uno de los puntos clave de este ataque es la afirmación de que Engels se basó en la ciencia antigua, la ciencia del siglo XIX, que ha quedado completamente obsoleta por los descubrimientos de la ciencia moderna (teoría de la relatividad y física cuántica). Este argumento, repetido por el camarada Dieterich como parte de su asalto general contra los principios básicos del marxismo, es enteramente falso. En primer lugar, Marx y Engels no eran en absoluto acrílicos con la ciencia del siglo XIX, y respecto a muchas cuestiones se adelantaron a su tiempo. En segundo lugar, los resultados de la ciencia moderna han vindicado enteramente el enfoque dialéctico. Esto es un libro sellado con siete cerraduras para nuestro Heinz, quien muestra que su comprensión de la ciencia moderna es tan pobre como su comprensión de la filosofía marxista.

Al camarada Dieterich le gusta citar a Hegel. Hace esto, como es habitual, para impresionar al lector con su colosal erudición. Hegel era un genio del pensamiento. Hizo importantes descubrimientos y desarrolló la dialéctica a un nivel nuevo y más elevado. Pero en Hegel la dialéctica aparecía de forma mistificada, idealista. La dialéctica hegeliana era, por citar a Engels, el mayor aborto de la historia del pensamiento. Para recuperar lo que era importante de la dialéctica hegeliana, Marx hubo de desnudarla de todo idealismo y colocarla sobre una sólida base materialista. Hegel ya había elaborado las leyes de la dialéctica en los primeros años del siglo XIX. Sin embargo, fueron Marx y Engels quienes primero concedieron a la dialéctica una base científica, es decir, materialista. “Hegel escribió antes que Darwin y que Marx”, escribió Trotsky, “gracias al poderoso impulso dado al pensamiento por la revolución francesa, Hegel anticipó el movimiento general de la ciencia. Pero porque sólo era una anticipación, aunque fuera la de un genio, recibió de Hegel un carácter idealista. Hegel operó con sombras ideológicas como si fueran una realidad perfecta. Marx demostró que el movimiento de esta ideología de sombras no reflejaba nada salvo el movimiento de los cuerpos materiales”. (León Trotsky, *En defensa del marxismo*. Barcelona. Editorial Fontamara. 1977. p. 79)

En los escritos de Hegel hay muchos ejemplos llamativos de la ley de la dialéctica, que están sacados de la historia y la naturaleza. Pero su idealismo dio necesariamente a su dialéctica un carácter

altamente abstracto y arbitrario. Para que la dialéctica sirviera a la “idea absoluta”, Hegel se vio forzado a imponer un esquema sobre la naturaleza y la sociedad, en total contradicción con el propio método dialéctico, que requiere que derivemos las leyes de los fenómenos dados a través de un escrupuloso análisis del objeto de estudio, como Marx hizo en *El Capital*. Así, lejos de regurgitar los conceptos idealistas de Hegel superpuestos arbitrariamente sobre la historia y la sociedad, como sus críticos a menudo afirman, el método de Marx era precisamente el contrario. Como él mismo explica:

“Mi método dialéctico difiere del hegeliano no sólo por su fundamento, sino que es directamente su opuesto. Para Hegel, el proceso del pensamiento, que incluso transforma en sujeto independiente con el nombre de ‘idea’, es el demiurgo de lo real, que no constituye más que su fenómeno externo. Para mi, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transferido y traducido en el cerebro humano”. (Carlos Marx, *El Capital, Epílogo a la segunda edición alemana*. Madrid. Editorial Akal. 1976. pp. 29-30.)

El lector que quiera estudiar las leyes de la dialéctica y ver cómo se aplican a una gran variedad de campos y materias debería leer el *Anti-Dübring* y *La dialéctica de la naturaleza*, de Engels. En mi libro *Razón y revolución*, del que el presidente Chávez ha hecho comentarios positivos en varias ocasiones, he intentado mostrar, con ejemplos de la ciencia moderna, cómo el materialismo dialéctico ha sido completamente vindicado por los últimos descubrimientos de la física, la química, la biología, la paleontología, la geología y la genética.

Las leyes de la dialéctica pueden, grosso modo, ser reducidas a estas tres:

La ley de la transformación de la cantidad en calidad y viceversa.

La ley de la interpenetración de los opuestos.

La ley de la negación de la negación.

En *La dialéctica de la naturaleza*, Engels escribe: “Las tres han sido desarrolladas por Hegel, en su manera idealista, como simples leyes del pensamiento: la primera, en la primera parte de la *Lógica*, en la teoría del Ser; la segunda ocupa toda la segunda parte, con mucho la más importante de todas, de su *Lógica*, la teoría de la Esencia; la tercera, finalmente, figura como la ley fundamental que preside la estructura

de todo el sistema. El error reside en que estas leyes son impuestas, como leyes del pensamiento, a la naturaleza y a la historia, en vez de derivarlas de ellas. De ahí proviene toda la construcción forzada y que, no pocas veces, pone los pelos de punta: el mundo, quiéralo o no, tiene que organizarse con arreglo a un sistema discursivo, que sólo es, a su vez, producto de una determinada fase de desarrollo del pensamiento humano. Pero, si invertimos los términos, todo resulta sencillo y las leyes dialécticas, que en la filosofía idealista parecían algo extraordinariamente misterioso, resultan inmediatamente sencillas y claras como la luz del sol”. (Federico Engels. *La dialéctica de la naturaleza*. La Habana. Editorial Ciencia y Educación. 1991. p. 41. El subrayado en el original)

En los últimos años, la crisis de la ideología burguesa ha sido expresada, entre otras cosas, por una deriva hacia el idealismo, el misticismo y la superstición. Así, la filosofía tiene una gran importancia para la política, al igual que para la ciencia. Para desenmascarar la naturaleza reaccionaria de la ideología burguesa, uno debe poseer una ideología revolucionaria consistente, una filosofía revolucionaria. Habiendo expuesto brevemente las ideas básicas de la filosofía marxista, posemos ahora nuestra atención en las ideas filosóficas enteramente nuevas y originales del camarada Dieterich.

### LA ‘FILOSOFÍA DE LA PRAXIS’

Como el camarada Dieterich ha inventado un socialismo totalmente nuevo y original, debe también inventar una filosofía novedosa que lo acompañe. Ha bautizado a ésta *la filosofía de la praxis*, que es ni más ni menos que un intento de construir un “Nuevo Proyecto Histórico (NPH) para la liberación de la humanidad”, de la que nos informa que “en su núcleo cognitivo ese NPH tiene que resolver tres complejas dimensiones estratégicas de la evolución humana: la científico-crítica, la ética y la estética”. (Dieterich, *La Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez*, 5/3/2005.) Nadie sabe de dónde ha salido esta Nueva Filosofía de la Praxis. No hay mención alguna a ella en el discurso de Chávez sobre el que el camarada Dieterich supuestamente estaba comentando. Sea lo que fuera, lo que la denominada Nueva Filosofía de la Praxis signifique, nos asegura que “requiere la concurrencia de los mejores esfuerzos de la humanidad”, (Ibíd.) comenzando, por supuesto, por el propio Heinz Dieterich.

¿Necesitamos una filosofía nueva? Eso implicaría que el materialismo dialéctico ya no es válido. En ningún lugar nos dice el camarada Dieterich por qué éste debería ser el caso. Todos los descubrimientos más recientes de la ciencia, desde el “equilibrio puntuado”, de Stephen Jay Gould, en el terreno de la evolución, a los últimos avances en la teoría del caos, han confirmado la completa validez del método dialéctico. Esta es otra de esas afirmaciones gratuitas de Dieterich, que precisamente denota una actitud *frívola e irresponsable* hacia la teoría. A pesar de haber inventado la novedosa *filosofía de la praxis*, Dieterich sigue haciendo referencias al materialismo dialéctico. Pero no hay ni un solo átomo de materialismo en todos sus escritos —todo su enfoque es puramente idealista en el peor sentido de la palabra—. Tampoco hay ni rastro de dialéctica —a menos que nos refiramos a la *dialéctica del sofismo*, es decir, al *vacuo juego de palabras*—.

Una vez más, sus pretensiones de originalidad resultan no ser totalmente correctas. El término “filosofía de la praxis” está copiado del celebrado marxista italiano Gramsci, quien sólo lo usaba para burlar la atención de los censores fascistas. Más tarde, en Europa ciertos intelectuales pequeño burgueses encontraron el término “praxis” irresistible (porque nadie sabía lo que significaba) y empezaron a repetirlo como papagayos. Nuestro Heinz continúa ahora con la misma ruidosa tradición. Sabemos, por tanto, *cómo se llama*, pero todavía no sabemos *lo que es*. Esto, en general, es bastante consistente con el socialismo del siglo XXI. Ni carne ni pescado, como la señora Quickley en *Enrique IV* de Shakespeare, cuyo sexo era tan indeterminado que “un hombre no sabría por donde tomarla”.

De hecho, no se adhiere a método alguno, sino que, tomando de aquí y allá (nada en su pensamiento es original), lo echa todo al puchero, como un aprendiz de cocinero que prepara un guisado con las sobras de la comida del día anterior. Todo su método (en tanto en cuanto podemos hablar de método en medio de este serpiente amorfo) está profundamente impregnado del método de la filosofía burguesa contemporánea. ¡Y este eclecticismo superficial se nos presenta como algo enteramente nuevo y original! Mostraremos cómo esta supuesta filosofía no tiene nada en común con la filosofía revolucionaria y marxista del materialismo dialéctico. Nada nuevo ni original, todo ha sido tomado directamente de la escuela filosófica burguesa más superficial y vacía de toda la modernidad, el postmodernismo. A primera vista, esto parece extraño, porque

en más de una ocasión, Dieterich ha criticado el postmodernismo. Pero, como sabemos, su lema es: una de cal y otra de arena. He aquí lo que escribe Heinz acerca del postmodernismo:

“De hecho, una extraña moda intelectual se ha apoderado de una gran parte de la clase pensante global y de los líderes de ‘izquierda’, que los hace columpiarse con alegre frivolidad entre posiciones de un crudo empirismo decimonónico y las falacias del posmodernismo reciente, enriquecidos con añejas fórmulas anarquoides y poses de un falso escepticismo agnóstico”. Sobre la influencia dañina de la llamada filosofía del postmodernismo, estamos de total acuerdo con el camarada Dieterich, quien, tomamos nota, no se incluye a sí mismo como parte de la “clase pensante global” (quienquiera que ésta sea). Nuestro Heinz continúa sus diatribas contra el postmodernismo y todas sus obras: “El segundo polo de la supuesta contradicción, la prescripción de no caer en ‘grandiosas profecías globales de largo plazo’, nos regresa bruscamente a la ideología de los ‘metarrelatos’ y de las ‘grandes narrativas’ del posmodernismo burgués que, por falta de sustancia, no merece mayor consideración discursiva”. (Dieterich, *Entre topos y gallinas. La bancarrota de la “izquierda” y sus intelectuales*, en *Rebelión*, 28/2/2004.)

Como los inquisidores medievales, Heinz castiga a los posmodernistas a la hoguera de la condenación eterna, donde se encontrarán con un final bien merecido. Pero para gran consternación del lector, habiendo echado a patadas el postmodernismo por la puerta principal, lo readmite inmediatamente por la puerta de atrás. Aunque no les cree dignos de consideración discursiva, silenciosamente se apropia del lenguaje, el método y el contenido de los posmodernistas como parte integral de la filosofía de la praxis, como pronto veremos. Este método nos recuerda el proverbio japonés acerca de un carnicero deshonesto: “¡Usted cuelga una cabeza de oveja y vende carne de perro!”

### ¿NO MÁS IDEOLOGÍA?

Heinz Dieterich hace tiempo que ha abandonado las posiciones marxistas, y ha caído bajo la influencia de las ideas burguesas de última moda —incluido, como veremos, el posmodernismo—. Ha

tomado prestada la noción del “fin de las ideologías” del postmodernismo sin ni siquiera reconocer su deuda. En sus escritos habla acerca de la sociedad “postcapitalista” y claramente se considera con el proponente principal del “poscomunismo” y el “posmarxismo”. Sin embargo, nadie, excepto Heinz Dieterich, tiene la menor idea de en qué consiste todo eso. Esto sin duda le reafirma en su convicción de que somos *gente muy mediocre*, dado que carecemos de la capacidad de reconocer la genialidad, incluso cuando ésta se revela ante nuestros ojos. Dieterich afirma que la ideología en general —es decir, toda ideología— es una *falsa conciencia*, y atribuye esta idea errónea a Marx, quien dijo justo lo contrario. Si aceptamos esta idea, aterrizaríamos inevitablemente en una posición burguesa reaccionaria. En su juventud, como hemos visto, la burguesía poseía una ideología revolucionaria. En Inglaterra y en Francia defendía el materialismo (en Inglaterra, en forma del empirismo) y sometió la reaccionaria ideología feudo-medieval a una crítica despiadada. Pero ahora, en la época de su decadencia senil, la burguesía es incapaz de producir grandes ideas. Es sólo capaz de producir *pensadores mediocres* que producen *ideas mediocres*.

¿Es cierto que Marx consideró a toda ideología como “objetivamente falsa conciencia”? No, no es cierto en absoluto. *El marxismo es en sí mismo una ideología*, y una que representa una conciencia que refleja la realidad con certeza y precisión. Las tendencias en la sociedad encuentran su reflejo en la ideología, incluyendo la ciencia. Ideas reaccionarias pueden ser expresadas en la ciencia; por ejemplo, teorías reaccionarias en genética intentan ofrecer una base científica para el racismo. Marx explica que las ideas dominantes de cada época son aquellas de la clase dominante. Pero en todas las épocas hay también otras ideas (incluyendo ideologías), que expresan las aspiraciones de la clase revolucionaria que lucha por afirmarse. El hecho de que la burguesía en la primera década del siglo XXI haya agotado su papel progresista y se haya convertido en un freno para el desarrollo de la civilización se expresa con precisión en la pobreza de la cultura burguesa. Esto, a su vez, se expresa en la total ausencia de escuelas de filosofía burguesa dignas de tal nombre. Incapaz de grandes pensamientos, la burguesía llega a la conclusión (perfectamente lógica desde su punto de vista) de que *los grandes pensamientos ya no son posibles*.

Esta estrechez de miras de la burguesía encuentra plena expre-

sión en la llamada filosofía del postmodernismo, que es meramente una tediosa repetición en filosofía de la idea del *fin de la historia*, que se expresa como *el fin de las ideologías*. Todos los libros y artículos de Heinz Dieterich están impregnados del espíritu de esta filosofía burguesa. Y esto no es casual. La intelectualidad pequeño burguesa (en tanto en cuanto no rompa con su clase y adopte la perspectiva de la clase obrera) tiende a reflejar las ideas y estados de ánimo de la burguesía. Los académicos que viven en el enrarecido mundo de las universidades dan a estas ideas –que son una expresión deformada de las auténticas relaciones sociales– una forma abstracta e “ideológica” (es decir, fantástica). Después las devuelven a la burguesía, quien pone a buen uso toda esta “sabiduría” universitaria, utilizándola para engañar y desorientar a la juventud estudiantil y levantar una nueva barrera entre ésta y el marxismo.

“¡Basta de ideologías!” es el nuevo lema de la burguesía y la intelectualidad pequeño burguesa. “¡Las viejas ideas están anticuadas!” (lo que se aplica en su mayor parte a las “viejas ideas” del marxismo, por supuesto). “¡Dadnos nuevas ideas!”, gritan a coro de forma ensordecedora. Gritan tan alto y lo repiten tan a menudo como pueden, con la esperanza de que nadie note la evidente ausencia de esas “nuevas ideas”. Severamente nos ordenan que no prestemos atención a las “viejas ideas”, pero, cuando pedimos alguna evidencia sobre las novedosas y asombrosas ideas que habrán de transformar nuestras vidas para siempre, somos obsequiados con una mirada de desprecio. “¡No sea tan vulgar! Todavía estamos buscándolas. Y si nunca las encontramos, tampoco importa, dado que la ideología es sólo *falsa conciencia*”.

### ‘FALSA CONCIENCIA’

Desde un punto de vista marxista, en tanto en cuanto es posible hablar de “falsa conciencia”, esto se refiere, no a la ideología en general, sino a un tipo específico de ideología que existe en la conciencia de los grupos y clases explotados y sirve para justificar y perpetuar esa explotación. El mejor ejemplo de falsa conciencia es la religión, una influencia muy poderosa en las vidas de los hombres y las mujeres, basada en una idea completamente distorsionada y alienada de la relación de la humanidad con la naturaleza. La filosofía idealista es también una forma de falsa conciencia (de hecho,

todas las formas de idealismo, a la larga, conducen a la religión).

La clase dominante hace uso de este tipo de ideología para perpetuar su dominio. Para combatir la ideología reaccionaria de la clase dominante es necesario defender una ideología revolucionaria alternativa. El marxismo, basado en el materialismo dialéctico, es precisamente tal ideología revolucionaria. Pero antes del marxismo también hubo pensadores de vanguardia que intentaron luchar contra las ideas reaccionarias de la clase dominante y defendieron una ideología revolucionaria. Este fue el caso de los grandes filósofos materialistas en la Francia prerrevolucionaria, quienes, con sus atrevidas ideas revolucionarias, prepararon el camino que condujo a la toma de la Bastilla.

La gran ventaja de usar el término “falsa conciencia” es que puede ser usado como un insulto. En círculos universitarios no se usan términos vulgares, como “sinvergüenza” o “imbécil”, que suenan demasiado plebeyos. Pero siempre se puede decir de alguien que tiene *falsa conciencia* para describirlo, que significa, más o menos, que no sabe dónde están sus intereses —aunque tú sí lo sepas—. Es decir, uno puede llamar a alguien *imbécil* sin necesidad de abandonar las buenas maneras.

Dieterich erróneamente atribuye la expresión falsa conciencia a Marx, quien nunca la usó. Engels la usó una sola vez en 1893, en una carta privada a Mehring. Usó el término para explicar cómo ni Marx ni él habían enfatizado lo suficiente en sus escritos el papel que desempeña el pensamiento en determinar la acción social. En 1920 Lukács introdujo la noción de falsa conciencia como concepto para explicar *por qué la clase trabajadora no es revolucionaria*. Definió “falsa conciencia” en contraposición a una “conciencia imputada”, un término jurídico que se refiere a lo que la gente pensaría de sí misma si tuviera la información suficiente y el tiempo para reflexionar sobre ella, lo que “deberían saber”, por decirlo de alguna manera. En su ensayo, *Sobre la conciencia de clase*, leemos:

“Puede parecer como si (...) estuviéramos denegando a la conciencia un papel decisivo en el proceso histórico. Es cierto que los reflejos conscientes de los diferentes estadios de crecimiento económico siguen siendo hechos históricos de la mayor importancia; es cierto que mientras el propio materialismo dialéctico es producto de este proceso, éste no niega que los hombres mismos materializan sus ac-

ciones históricas y que lo hacen conscientemente. Pero como Engels enfatizó en una carta a Mehring, esta consciencia es falsa. Sin embargo, el método dialéctico no nos permite proclamar simplemente la ‘falsedad’ de esta consciencia y persistir en una confrontación inflexible entre verdadero y falso. Al contrario, requiere de nosotros que investiguemos esta ‘falsa consciencia’ concretamente como un aspecto de la totalidad histórica y como una fase en el proceso histórico”. (En la edición inglesa)

Al menos Lukács usó comillas donde quiera que usara el término “falsa consciencia”. Tuvimos que esperar la llegada del ultra-revisionista Hubert Marcuse y los demás esnobs intelectuales de la llamada Escuela de Frankfurt para revivir la “falsa consciencia”. ¿Cómo podría uno explicar la estabilidad del capitalismo en los primeros años de la década de los sesenta del pasado siglo? Marcuse no percibió el pernicioso papel de los líderes socialdemócratas y estalinistas de la clase obrera. En vez de eso, culpó a la clase obrera europea por su supuesto “aburguesamiento” y “americanización”, en libros como *El hombre unidimensional*. Estas ideas profundamente antimarxistas expresaban la desorientación y frustración de la pequeña burguesía radical en las universidades europeas del momento. Denigraron a la clase obrera de Europa y buscaron “otras fuerzas” como motores de la revolución, tales como los estudiantes (ellos mismos, por ejemplo), el lumpemproletariado y el campesinado del tercer mundo. Miraban con desprecio no disimulado a la clase obrera de sus propios países, con la que no tenían contacto alguno y a la que no comprendían lo más mínimo.

Estos pseudo-revolucionarios estaban completamente divorciados de la realidad –entonces igual que hoy–. Vivían en un mundo de ensueño habitado por partidos revolucionarios fantasmas compuestos por tres hombres y un perro. Pasaban sus días en la universidad hablando sin cesar sobre la revolución, involucrándose en debates sin fin sobre esta o aquella oscura teoría. Como dijo Hegel: “De la nada, a través de la nada, hacia la nada”. Es una descripción muy acertada de esos estudiantes radicales de los años 60 que acabaron en su mayoría convertidos en unos cínicos y en unos burgueses reaccionarios de la peor calaña. La falsedad de estas ideas fue revelada por la magnífica huelga general revolucionaria de mayo de 1968 en Francia. La clase obrera pasó a ocupar las fábricas. Aunque había

menos de cuatro millones de obreros organizados en sindicatos, diez millones ocuparon las fábricas a lo largo y ancho de Francia.

La clase dominante fue sorprendida con la guardia bajada. El “hombre fuerte”, De Gaulle, estaba desmoralizado. Le dijo al Embajador de los EEUU: “Todo está perdido y en unos días los comunistas estarán en el poder”. Esto debería haber sido así, pero los líderes estalinistas del Partido Comunista Francés traicionaron al movimiento, y la oportunidad se perdió. Este no es el lugar para entrar en detalles acerca de la huelga general francesa. Baste decir que todas esas tonterías acerca de la “falsa conciencia” y el carácter supuestamente no revolucionario de la clase obrera, tan asiduamente repetido por Marcuse y aceptado por gente como Ernest Mandel y Heinz Dieterich, fue reventado por la realidad. A pesar de ello, 40 años después, Heinz Dieterich repite las mismas tonterías, y tiene la osadía de atribuírselas a Marx.

### ¡SE BUSCAN GENIOS!

El principal problema al que la humanidad se enfrenta en la primera década del siglo XXI, según Dieterich, es, por una parte, *la mediocridad intelectual* y, por otra, *la escasez de genios*. Habiendo rendido homenaje a Chávez con algunas frases retóricas, no puede sino hacer algunos comentarios agradables sobre los fundadores del socialismo científico. Les da generosas palmaditas en la espalda, pero luego se queja: “Lamentablemente no hay ningún Karl Marx o Friedrich Engels a la vista, quienes tuvieron la genialidad de concebir en apenas tres meses la ruta crítica hacia la sociedad postcapitalista, plasmada en el ‘Manifiesto Comunista’ (1847)”. (Dieterich, *La Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez*, 5/3/2005) ¿Quién, entonces, puede ayudarnos a salir de nuestros problemas, incluso si esto llevara un poco más de tres meses? El lector tiene que pensar largo y tendido antes de encontrarle respuesta. Entre tanto, Heinz continúa lamentándose de la crónica escasez de genios en el siglo XXI:

“Tampoco se vislumbra a un Albert Einstein, quien en el mismo lapso de tiempo sentó las bases del mundo postnewtoniano (1905) con la teoría cuántica (en marzo) y la teoría de la relatividad (en junio)”. Y así concluye con un profundo suspiro: “Al carecer de estos pensadores extraordinarios que en tiempo de gestión record resolvieron incógnitas fundamentales de una realidad virtual —el perfil de

un futuro antisistémico— que el resto de los científicos ni siquiera había planteado, nosotros, los mortales, tenemos que echar mano del Espíritu Mundial, la famosa criatura de Hegel. No estamos hablando, por supuesto, de uno de esos fantasmas teologizados o esotéricos del oscurantismo que recorren el mundo, sino del Espíritu Colectivo de la Humanidad en su *Gestalt* o concreción empírica”. (Ibíd.)

De Marx a través de Einstein, retornamos a la visión del mundo de Hegel. El gran filósofo alemán fue, sin duda alguna, un genio cuyos trabajos contienen muchos elementos que ayudan a una comprensión más profunda de la historia. Pero la visión del mundo de Hegel tenía también un lado débil, impregnado de idealismo y una visión mística de la historia. Marx decía que en Hegel encontró a la dialéctica al revés. Él, por tanto, procedió a darle la vuelta, asentándola sobre sus pies. ¿De qué manera se acerca nuestro Heinz a Hegel? Agarra firmemente al anciano por el cuello de su camisa y le sienta de nuevo sobre su cabeza idealista.

El modo en el que Dieterich enfoca todas las cuestiones es completamente “Hegeliano” —en el sentido negativo de la palabra—. Al igual que en economía y en política pretende empujarnos de vuelta a las anticuadas ideas premarxistas del socialismo utópico, en filosofía pretende mandarnos de vuelta a los pantanos del idealismo y la mistificación. Es la *débil cara idealista de Hegel*, y no la semilla racional de su pensamiento, lo que impresiona a nuestro Heinz. El “Espíritu Mundial” hegeliano es precisamente un ejemplo de su idealismo y su mistificación de la historia. Es precisamente este fantasma esotérico hegeliano lo que atrae al fundador del socialismo del siglo XXI.

“Pero, ¿cómo se usa el recurso del método del Espíritu Mundial en la práctica? ¿Cómo se le ‘echa mano’? ¿Y cuál es el equivalente funcional científico de las mistificaciones comunicativas divinas de los católicos, el rezo y la eucaristía, en esta misión de evolucionar la teoría socialista del siglo XXI?” (Ibíd.)

A estas alturas sólo nos queda exclamar: ¡Que Hegel nos ayude! ¡Nuestro Heinz no necesitó tres meses, sino sólo una fracción de segundo para pasar de Marx a Einstein, de Einstein a Hegel, y del Espíritu Mundial de Hegel a los rezos católicos y la Eucaristía! Si existe el más mínimo átomo de lógica o coherencia en este enre-

vesado razonamiento, haría falta un genio como el fundador del Socialismo del siglo XXI para descubrirlo. Continúa su rápido descenso a los abismos del delirio de la siguiente manera: “Marx decía que la humanidad sólo se plantea tareas que está en condiciones de resolver. Esta afirmación es correcta, porque en la conciencia o pre-conciencia que permite la interrogante, está ‘escondida’ su respuesta”. (Ibíd.)

Sea lo que fuera lo que Marx dijera o no dijera, es muy dudoso que podamos encontrar respuesta a pregunta alguna en los escritos de Heinz Dieterich. Nuestro amigo imagina que toda la historia está determinada, no por factores objetivos, sino por Proyectos Históricos que, pareciera, están escondidos en “la conciencia o pre-conciencia”. Más tarde examinaremos la teoría de la Historia del camarada Dieterich. Pero primero hemos de hacer una pregunta. Sabemos qué es la conciencia, pero ¿qué diablos es la “pre-conciencia”? Si es que significa algo, debe referirse a un estado embrionario de la conciencia, como los procesos mentales de un niño recién nacido. Un bebé, como sabemos, es incapaz de pensar coherentemente y sólo puede expresarse en un *balbuceo sin sentido*, que es todo lo que tenemos aquí. Como sabemos, Heinz se considera un experto intérprete. El único problema es que sus interpretaciones normalmente son erróneas, y ésta no es una excepción. Como de costumbre, no presenta las ideas de Marx correctamente, sino que les da una interpretación *dieterichiana*. He aquí lo que Marx escribió realmente en el conocido pasaje del *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política*, que el camarada Dieterich parafrasea y en el proceso malinterpreta:

“En la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la

sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua”.

“Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización”. (Carlos Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid. Editorial Comunicación. 1978. pp. 43-44)

Sí, Marx dijo que la humanidad “sólo se plantea tareas que está en condiciones de resolver”, (para usar el parafraseo de Dieterich). Pero esto no era porque la respuesta estuviera “escondida” en la conciencia o la “pre-conciencia” (sea eso lo que fuera). No es en absoluto una cuestión de conciencia, sino del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que en un cierto estadio entran en conflicto con las condiciones legales y sociales existentes (“el marco de la sociedad antigua”). Aquí, una vez más, Dieterich o no comprende o tergiversa a Marx, y le hace decir *exactamente lo opuesto* de lo que dijo.

“El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”. (Ibíd.) No hay ambigüedad alguna. Esto está perfectamente claro, ¿no? Aún así, Dieterich se las arregla para darle a todo la vuelta. En vez de hacer la conciencia dependiente del desarrollo de las fuerzas productivas, hace a lo que está “escondido en la conciencia” la base de toda la historia humana. En otras palabras, convierte a Marx en un triste idealista.

### ‘MEDIOCRIDAD’

Heinz se refiere a la mediocridad de las ciencias sociales y la filosofía de “los países del socialismo histórico”, que, nos informa, está íntimamente “vinculada al actual problema de transición cubana”. “De hecho”, nos dice, “constituye, junto al problema cibernético del Partido-Estado, una de sus dos raíces más profundas”. Aquí lo tenemos, pues. La caída de la Unión Soviética se debió a la *mediocridad de sus ciencias sociales y su filosofía*. Aquí el método idealista de Heinz Dieterich aparece en toda su crudeza. Permitámonos corregirle educadamente con una pequeña dosis de materialismo. *No fue la mediocridad de las ciencias sociales y de la filosofía lo que causó la degeneración burocrática de la Unión Soviética, sino que fue la degeneración burocrática la causa de la mediocridad de las ciencias sociales y la filosofía de la URSS y el resto de los llamados países del socialismo histórico.*

Un régimen burocrático y totalitario es mediocre por su propia esencia. El rasgo esencial de cualquier maquinaria burocrática es la rutina. Al funcionario le gusta realizar su trabajo sin que nadie le interrumpa, sin inoportunas preguntas y sin el molesto escrutinio del público —es decir, de la gente que se encuentra fuera de los estrechos rangos de los Mandarines—. Al burócrata le gustan las normas y las regulaciones, e insiste en que se sigan al pie de la letra. El mundo del libre pensamiento, las amplias generalizaciones filosóficas o la imaginación artística le es completamente extraño. El espíritu vivo del arte, la literatura y la ciencia es libertad para discutir, para experimentar, para cometer errores y aprender de ellos. El ahogo de la libre discusión impone severas restricciones en el desarrollo de la ciencia y esto significa la muerte de todo verdadero arte. En tanto en cuanto el arte y la ciencia hicieron importantes avances en la Unión

Soviética (y ése fue el caso) esto fue gracias al estímulo colosal que la Revolución de Octubre y la economía nacionalizada y planificada imprimieron a la educación y la cultura en general. Pero estos logros fueron conquistados a pesar de la burocracia, no gracias a ella. Lo mismo se puede decir de la economía planificada en general.

Esto es cierto de cualquier burocracia, incluso en el Estado más democrático. Pero en un país donde la burocracia ha tomado el poder y se ha constituido en una casta dominante, estas reglas se convierten en leyes absolutas. En la Rusia de Stalin, todo era controlado por la burocracia. La burocracia exigía obediencia absoluta a su dominio. El culto a Stalin, el Gran Líder y Maestro, era sólo una expresión de esto. La burocracia se postró delante del Líder y, a su vez, esperaba que las masas se postraran ante del Estado, es decir, la burocracia. La casta de usurpadores vio cualquier manifestación de pensamiento libre como subversivo. Servilismo, amiguismo y conformismo intelectual eran la norma. Los efectos negativos de tal régimen sobre el arte y la ciencia son evidentes. Ninguna parte de la vida cultural o intelectual se libró de la atención de los burócratas. En ausencia de partidos o tendencias de oposición, aquellos buscaron signos de pensamiento crítico en otros campos: filosofía, economía política, arte, literatura e, incluso, música. Todos los aspectos de la vida cultural eran vigilados por sabuesos inquisitoriales como Zhdanov.

Cuando el camarada Dieterich se queja de la mediocridad del pensamiento de la URSS, debería explicar la base material para ello. No lo hace. No puede hacerlo, porque no enfoca esta cuestión desde un punto de vista marxista, sino que lo hace como un idealista de lo más superficial. Habiendo sido incapaz de explicar la degeneración burocrática en la Unión Soviética, nuestro amigo pasa a afirmar que esta misma mediocridad también existe en Cuba, lo que amenaza con socavar también la revolución allí. El autor de este libro no conoce lo suficientemente bien las ciencias sociales y la filosofía cubanas para emitir una opinión informada sobre sus méritos. Pero en todas mis relaciones con intelectuales cubanos nunca he tenido la impresión de mediocridad. Bien al contrario, la impresión que tengo es la de una vida intelectual vibrante, con sed de ideas y disposición al debate y la discusión.

Es cierto que en el pasado el colosal potencial de los intelectuales cubanos estaba limitado por todo tipo de mezquinas restricciones

burocráticas y por la censura. Una capa de oficiales burócratas se adjudicaron el derecho a sofocar el debate y la discusión, forzando a Cuba en la camisa de fuerza del estalinismo, en línea con la URSS. Pero las cosas han cambiado mucho últimamente. A principios de 2007, cuando uno de esos viejos censores estalinistas fue entrevistado en la televisión cubana, hubo una reacción espontánea con protestas de cientos de escritores, artistas e intelectuales cubanos que, en presencia del Ministro de Cultura, exigieron que no hubiera retorno a los viejos malos tiempos. ¡Ningún signo de “mediocridad” ahí! No obstante, Heinz Dieterich nos asegura que son decididamente mediocres, y él debería saberlo. ¿Cuál es la razón para tan triste estado de cosas? El camarada Dieterich nos informa de que: “La razón de esta mediocridad la comparte con la filosofía latinoamericana. Ambas nacen de la mistificación de la verdad histórica. Son, en el sentido de Marx, ideología, es decir, conciencia objetivamente falsa”. (Dieterich. *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo*.)

¡Horror de horrores! Es suficientemente triste que a uno le hagan consciente del lamentable estado de las ciencias sociales y la filosofía en Cuba, pero parece además que la misma terrible situación existe a lo largo y a lo ancho del continente latinoamericano. Se nos informa de que el continente entero está infectado con la misma mediocridad, que aparentemente es fruto de la “mistificación de la verdad histórica” y la ideología, o la “conciencia objetivamente falsa”. La filosofía latinoamericana, dice (con pocas excepciones) “es hija del mito fundacional de la élite criolla, que se basa en tres grandes mentiras históricas: a) el ‘descubrimiento’ de América por los europeos; b) el homo novo del mestizaje y c) la misión evangelizadora de la Iglesia Católica”. (Ibíd.)

¿A qué filósofos latinoamericanos se está refiriendo Heinz Dieterich? Lo desconocemos, y él tampoco hace ningún esfuerzo para iluminarnos con relación a ello. Dado que no cita fuentes, estamos obligados a tomar por buena su palabra de que toda la filosofía de América Latina (con sólo algunas excepciones, que desgraciadamente tampoco son nombradas) es mediocre, “mistificación de la verdad histórica” e ideología, o “conciencia objetivamente falsa”. ¡Dixit Dieterich! Dieterich ha hablado, y todos tenemos que aceptar todo lo que dice sin rechistar, o seremos acusados de mediocridad, mistificación o cosas mucho más desagradables. Como ahora sabemos, esto es un elemento bastante típico en el método de Dieterich:

haz una afirmación sin sustanciar (cuanto más escandalosa, mejor), luego insulta a quien la cuestione y más tarde pasa a la siguiente afirmación indocumentada. No sabemos si esto es o no mediocre, pero ciertamente no es el mejor ejemplo de rigor científico que uno pueda pensar.

### ¿ES EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO ‘MEDIOCRE’?

En América Latina, como en cualquier otra parte del mundo, ha habido siempre dos ideologías: la ideología de la clase dominante y la ideología de las masas oprimidas y los hombres y las mujeres que defendían sus intereses y luchaban contra la reacción. El continente ha producido muchos revolucionarios y pensadores de vanguardia, no sólo marxistas, sino brillantes demócratas revolucionarios como Martí, Bolívar, Miranda y otros. ¿Eran todos ellos pensadores mediocres? ¿Se situaban en defensa de una falsa conciencia? Ésta parece ser la opinión del camarada Dieterich. Lamentablemente, no podemos darle la razón. América Latina ha producido pensadores muy brillantes y originales.

Sabemos poco sobre el pensamiento temprano de este continente. Pero de lo que ha sobrevivido del holocausto cultural, sabemos que las culturas indígenas, particularmente los aztecas, mayas, incas y tupi-guaraní, produjeron interesantes y sofisticados sistemas de pensamiento mucho antes de la llegada de los europeos. Las cosmologías indígenas contenían abundantes complejidades y sutilezas e importantes elementos de comprensión de los fenómenos del mundo natural.

Los incas gobernaron sobre el mayor imperio de la tierra hasta que el último emperador, Atahualpa, fue asesinado por los conquistadores españoles en 1533. La civilización inca de los Andes fue extremadamente avanzada, pero por mucho tiempo se pensó que no poseía escritura, aparte de la de hilos elaboradamente anudados conocida como *quipu*. Los arqueólogos pensaban de ellos que eran la única gran civilización de la Edad de Bronce sin lenguaje escrito. Se pensaba que el *quipu* era sólo un sistema simple para anotar cuentas. Sin embargo, el profesor Gary Urton, un antropólogo de la universidad de Harvard, especialista en estudios precolombinos, cuestiona este punto de vista. En su libro *Signos del inca Khipu*, el profesor Urton sostiene que los incas inventaron un lenguaje escrito

en la forma de un código con siete bits de información binaria para almacenar información, y esto más de 500 años antes de la invención del ordenador.

Los mayas, además de sus hermosos templos, compleja escritura jeroglífica, exquisitas joyas y esculturas, delicada orfebrería y sofisticados trabajos de arte, hicieron asombrosos descubrimientos científicos, que son tan interesantes como los del antiguo Egipto. Esta gente poseía increíbles conocimientos sobre plantas y sobre el sistema solar. Sus matemáticas poseían una gran precisión. El sistema contable maya estaba por delante del usado en Europa. Usaban el cero y crearon un sistema vigesimal (con base en el 20) separando los dígitos en grupos de cinco unidades. Los manuscritos que se conservan muestran que los mayas habían calculado el movimiento de Venus alrededor del Sol (584 días). También calcularon el de la Tierra en 365,2420 días. Esto es más preciso que el calendario gregoriano que en aquella época se usaba en Europa. Desgraciadamente, no muchos de estos brillantes manuscritos sobrevivieron. El obispo español Diego de Landa consignó a la hoguera todos los manuscritos y obras de arte mayas que pudo encontrar, porque pensaba que todo lo que contenían eran supersticiones y mentiras del diablo. Lo poco que nos ha quedado, revela lo que el mundo ha perdido a consecuencia del vandalismo cultural de la Iglesia.

Las destructivas actividades de los españoles pronto redujeron a los orgullosos pueblos de Mesoamérica a una miserable condición de servidumbre y desesperación. La esclavitud física era acompañada de desmoralización, enfermedad, depresión y alcoholismo. Pero el genocidio de los pueblos nativos de América no se detuvo en la exterminación física. Implicaba también el intento de destruir su arte, religión y cultura. Para erradicar todo vestigio de la cultura nativa, los españoles construyeron iglesias cristianas sobre los restos de sus pirámides y centros de culto. Podemos apreciar la perfecta ejecución del arte mexicano anterior a la conquista, pero sólo de forma tenue podemos apreciar la idea que yace detrás. Estas obras de arte son más que meras representaciones: son símbolos religiosos. Estas impresionantes imágenes de dioses de piedra contienen una idea. La serpiente, por ejemplo, representa el renacimiento a través del cambio de piel: al igual que la siembra crece y renace cada año, así lo hace también la serpiente.

Pero inmediatamente encontramos una contradicción aquí. Las

enormes mandíbulas de la serpiente se abren de par en par dispuestas a devorar cualquier cosa que se encuentre a su alcance. Dentro hay oscuridad y destrucción —el final de todas las cosas—. Esta es una representación del ciclo eterno de vida y muerte. Es una perfecta representación artística de la unidad de los opuestos, retratando el equilibrio de la naturaleza. No puede haber vida sin muerte. De hecho, comenzamos a morir en el momento en que nacemos. Esta contradicción yace en el corazón del arte de Mesoamérica. Contemplamos una constante repetición de pares opuestos: vida y muerte, día y noche, la muerte es el sol cuando se oculta, etc. Aquí, de una forma primitiva y mistificada, ya encontramos los elementos embrionarios del pensamiento dialéctico. Es una manera simple de expresar las contradicciones reales que existen en todos los niveles de la naturaleza, el pensamiento y la sociedad. Es el amanecer de la genuina conciencia humana, esforzándose por comprender el funcionamiento del universo. En esta lucha no se ha liberado todavía de la religión. En esta temprana etapa, el arte, la ciencia y la religión son realmente aspectos diferentes de una misma cosa.

Después de que los conquistadores esclavizaran a los aztecas a sangre y fuego, hordas de sacerdotes fanáticos descendieron sobre ellos, como una plaga de langostas hambrientas, ávidos de almas cautivas. No contentos con robar a los nativos de América sus tierras y riquezas, se dispusieron a destruir sus almas. La agonía de este pueblo extraordinario es transmitida en los conmovedores versos del poeta azteca:

*“El humo se alza, la niebla se extiende.  
Llorad, amigos y sabed que por sus actos  
Nuestra historia perdimos”.*

## FILOSOFÍA Y ACCIÓN

El poeta alemán Goethe escribió: *Am Anfang war die Tat* (En el principio fue el acto). Una de las peculiaridades del pensamiento filosófico y social en América Latina es que desde sus tempranos inicios siempre estuvo ligado a la acción. Mientras que en Europa la filosofía se desarrolló en la tranquila atmósfera del claustro y la universidad, en América Latina se desarrolló en gran parte en la lucha. El contraste entre “hombre de ideas” y “hombre de acción”,

tan claramente definido en la tradición europea, es abolido de forma radical. La agudeza de las contradicciones sociales hizo que tan clara distinción fuera casi imposible.

La filosofía académica empezó en el siglo XVI, cuando la Iglesia Católica comenzó a fundar escuelas, monasterios, conventos y seminarios en América Latina. Ya en el siglo XVI, América Latina produjo pensadores notables y originales, como el monje dominico Bartolomé de las Casas. Aunque nació en Sevilla, se volvió famoso por su trabajo en el Nuevo Mundo. Él era un pensador original, con ideas muy avanzadas para su época, y un temprano progresista que defendía los derechos de los pueblos indígenas y africanos, así como su cultura. Las ideas ilustradas de este gran hombre abandonaron inmediatamente la tranquilidad del claustro y entraron en el mundo social y político.

Es cierto que desde el siglo XVII en adelante, el pensamiento académico y filosófico se usó en general para mantener el statu quo. El escolasticismo era la tendencia dominante, y la principal tarea de la “ciencia” oficial consistía en justificar y proteger la fe católica frente al protestantismo y la ciencia. No obstante, incluso en ese tiempo, hubo varias figuras filosóficas notables, como Antonio Rubio, cuyos estudios sobre lógica son tremendamente avanzados para su época. ¿Y qué hemos de decir sobre Juana Inés de la Cruz? A pesar de todos los problemas a los que se enfrentaban las mujeres en aquel entonces, no sólo fue una poetisa de categoría, sino que poseía una brillante mente filosófica y podría, con justicia, ser considerada una de las primeras pensadoras feministas de América.

A mediados del siglo XVIII, nuevos vientos que soplaban provenientes de la Francia prerrevolucionaria, donde la Ilustración se desarrollaba a toda velocidad, infundieron nuevo vigor al pensamiento en América Latina. Esto tuvo cierta influencia dentro de la Iglesia en este continente, donde ya desde De las Casas, siempre había habido una tendencia progresista, al igual que una reaccionaria. Una generación de jesuitas intentó romper con el pensamiento de Aristóteles para modernizarlo, pero la expulsión de los jesuitas en 1767 desbarató todo esto e hizo retroceder el desarrollo de la filosofía en América Latina.

El siglo XIX estuvo dominado por los “hombres de acción” –los libertadores–. La explicación es bien sencilla. Lo que estaba en el orden del día era la liberación de los pueblos de América Latina y el

Caribe del yugo del dominio extranjero. Esto sólo podía lograrse por medios revolucionarios –a través de la guerra revolucionaria–. Brasil fue el único país latinoamericano que adquirió su independencia sin guerra. Hubo destacadas figuras como José de San Martín y José Miguel Carrera, Antonio José de Sucre, Bernardo O’Higgins, José Gervasio Artigas, quienes venían principalmente de los burguesía criolla (gentes nacidas en América de origen europeo, generalmente con antepasados españoles o portugueses). En todos los casos estuvieron influidos por el liberalismo y las ideas políticas y filosóficas de vanguardia en Europa.

Una guerra revolucionaria se diferencia de cualquier otra guerra porque es inseparable de las ideas. Para que los oprimidos se liberen de la esclavitud, deben ser primero despertados por una gran idea. Una revolución sin una ideología revolucionaria es una contradicción. Los libertadores fueron hombres de acción, no eunucos universitarios, pero todos se inspiraron en una idea. Ésta vino directamente de los ideales revolucionarios de la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad. El revolucionario venezolano Francisco de Miranda (1750-1816), considerado como un precursor de Simón Bolívar, concibió un plan visionario para la liberación y unificación de toda la América hispánica.

Simón Bolívar, “El libertador”, fue un general con talento, pero también un político, un revolucionario y un hombre de ideas visionarias. Simón Rodríguez, tutor y mentor de Bolívar, fue un filósofo y un educador. Rodríguez vivió en Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia. Más tarde diría, refiriéndose a aquellos tiempos: “Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial (...) concurrí a juntas secretas de carácter socialista; (...) estudié un poco de literatura; aprendí lenguas, y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia”.

Llevando a cabo actividades revolucionarias unas décadas después, Ezequiel Zamora, el líder de la Guerra Federal (un alzamiento nacional campesino en las décadas de los 40 y 50 del siglo XIX), era bien consciente de las ideas del socialismo utópico, que habían sido llevadas a Venezuela por exiliados de las revoluciones europeas de 1848. Bajo el lema “Tierra y hombres libres, horror a la oligarquía” lideró a las masas campesinas inspiradas por el ideal de justicia social. Su visión era la de un mundo en el que “No habrá ni pobres ni ricos, ni esclavos ni dueños, ni poderosos ni desdeñados,

sino hermanos que, sin descender la frente, se traten de vis a vis, de quien a quien”. Esta era una forma primitiva de socialismo que no podía ir más allá de los límites impuestos por la Venezuela agraria de mediados del siglo XIX. Sin embargo, la visión de Zamora de una revolución campesina continúa inspirando hasta el día de hoy a los campesinos venezolanos en su lucha contra la oligarquía, la misma que engañó a Zamora, asesinandole a traición y enterrando sus ideales en el Tratado de Coche.

El cubano José Martí no sólo fue un luchador revolucionario, sino también un pensador, escritor y poeta. En muchos círculos literarios es considerado el padre del Modernismo, antecediendo e influyendo en poetas como Rubén Darío y Gabriela Mistral. Algunos de sus “versos sencillos” parecen contener la premonición de su muerte: “Que no me entierren en lo oscuro/ A morir como un traidor/ Yo soy bueno y como bueno/ Moriré de cara al sol”. Al detener nuestra mirada en estos grandes revolucionarios latinoamericanos, es imposible separar sus acciones de su ideología, que era la de la revolución democrático-burguesa. *Encontramos aquí la unidad revolucionaria de acción y pensamiento*. Es posible decir que, en la mayoría de los casos, sus acciones eran mucho más avanzadas que sus ideas y que aquellas dieron unos resultados más permanentes que estas últimas. Pero nadie puede decir que fueran mediocres.

Simón Bolívar y sus contemporáneos fueron grandes revolucionarios y representaban la ideología más avanzada del periodo en el que vivieron: el periodo de la revolución democrático-burguesa. Pero la época en la que vivimos ahora es la época de la revolución proletaria —la época del socialismo—. Uno buscaría en vano tal ideología en los escritos de los primeros libertadores, porque su hora todavía no había llegado. Como mucho, se puede encontrar alguna influencia de los primeros socialistas utópicos, es decir, ideas socialistas en una forma embrionaria y no desarrollada. La ideología del socialismo nació después de que la mayoría de los libertadores hubieran muerto. Pero tan pronto como emergió, el marxismo encontró tierra fértil en América Latina, porque describe con precisión la realidad del continente. Desde el principio, la filosofía marxista ha tenido gran influencia en América Latina, reflejando las aspiraciones revolucionarias de las masas y la juventud e intelectualidad revolucionarias.

El peruano José Antonio Mariátegui fue un original pensador marxista latinoamericano, respetado internacionalmente por su

profunda comprensión de las ideas y filosofía del marxismo. Fue el primero en intentar un análisis marxista de la sociedad peruana. Erróneamente pensó que el sistema de propiedad común de la tierra en los pueblos de los incas (Ayllú) era comunismo primitivo. En realidad, por encima del Ayllú estaba un aparato de Estado similar a las formaciones del modo de producción asiático. Sin embargo, su idea de que el Ayllú podría servir como base para el socialismo en el campo, una vez la clase obrera hubiese tomado el poder en las ciudades, es increíblemente similar a los comentarios de Marx a Zasulich sobre el Mir ruso. No era sólo un pensador profundo, sino también un hombre de acción revolucionario, que fundó el Partido Socialista Peruano (que se unió a la Internacional Comunista), la primera federación de sindicatos y la primera federación de campesinos de Perú.

Otros pensadores y activistas revolucionarios de la misma generación (antes de la degeneración estalinista de los partidos comunistas de América Latina) fueron, entre otros, Julio Antonio Mella (Fundador del Partido Comunista Cubano y defensor de la teoría de la revolución permanente en América Latina), Farabundo Martí (fundador del Partido Comunista de América Central y del Partido Comunista de El Salvador, que fue asesinado por su intervención en el alzamiento revolucionario de 1932 en ese país), Luís Emilio Recabarren (fundador del Partido Socialista Obrero de Chile que luego se unió a la Internacional Comunista) entre otros.

Por último, pero en absoluto menos importantes, tenemos a los revolucionarios, Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara. ¿Acaso no hicieron contribución alguna? Che Guevara, en particular, mostró un gran interés en la teoría marxista y desarrolló una actitud crítica hacia el modelo burocrático soviético cuando Heinz Dieterich era todavía un ferviente admirador del “socialismo realmente existente”. ¿Fueron todos estos pensadores “mediocres”, como nuestro Heinz sugiere? Podemos estar en desacuerdo con algunas de sus ideas, pero de ninguna manera las describiríamos como mediocres. Algunos podrían decir, sin embargo, que ese epíteto se aplica con mayor justificación a los escritos del propio Heinz Dieterich.

## HEINZ DIETERICH Y EL UNIVERSO

A Heinz Dieterich le gusta pensar de sí mismo que es un cientí-

fico y frecuentemente nos proporciona analogías y ejemplos científicos sacados de campos impresionantemente amplios: física, cosmología, biología, genética, etc. Esto crea una impresión de lo más favorable e inmediatamente nos reafirma en la creencia de que estamos ante una persona de formidable erudición. Como es habitual, usa la terminología más complicada y difícil que puede encontrar, lo que profundiza aún más nuestro sentimiento de admiración y respeto. Esto nos hace bajar la guardia y anula nuestras facultades críticas. ¿Quiénes somos nosotros para discutir con tal autoridad? En uno de sus libros (*Identidad nacional y globalización. La tercera vía. Crisis en las ciencias sociales*) afirma con gravedad que es imposible expresar una opinión sobre cualquier tema a menos que se haya comprendido que vivimos en un universo cilíndrico. Esta implacable afirmación elimina de golpe, al menos, al 99,9 por ciento de la humanidad de la discusión sobre el socialismo del siglo XXI —o sobre cualquier otra cuestión—.

Heinz se basa en una autoridad muy respetable: Albert Einstein y su Teoría de la Relatividad. Esto nos trae a la mente la siguiente anécdota. Una vez alguien señaló al celebrado científico inglés Eddington que se decía que sólo había tres personas en el mundo que comprendieran a Einstein, a lo que Eddington respondió: “¿De verdad? ¿Quién es el otro?” Todos sabemos ahora que esa tercera persona no era otra que Heinz Dieterich, quien, así parece, es capaz de escribir sobre todas las cosas que hay bajo el sol... y algunas más. La intención es impresionar al lector con una amplitud de conocimiento inigualada desde Leonardo Da Vinci. Pero esta impresión inicial se echa a perder con un examen más cercano, que revela algunas formulaciones menos que perfectas. Esto nos conduce a sospechar que el conocimiento de nuestro Heinz sobre física, matemáticas, cosmología y biología quizás no sea siempre tan impresionante como a él le gustaría que creyéramos. Por ejemplo, en la página 32 de *El Socialismo del Siglo XXI* escribe:

“1. El universo tiene sólo dos modos de existir: como sustancia (materia) y como energía”.

Dieterich piensa que la materia y la energía son dos cosas diferentes. Esto es erróneo. La teoría de Einstein de la relatividad especial afirma que la energía y la masa son en realidad equivalentes. Esta es una asombrosa confirmación del postulado filosófico fundamental

del materialismo dialéctico —el carácter inseparable de la materia y la energía—. La idea de movimiento (“energía”) es sólo el modo de existencia de la materia. La materia y la energía no son sólo dos cosas “intercambiables”, como los dólares se pueden cambiar por euros; son una y la misma sustancia, a la que Einstein caracterizó como “masa-energía”. Esta idea es mucho más profunda y precisa que la vieja concepción mecanicista según la cual, por ejemplo, la fricción se transforma en calor. Aquí, la materia es sólo una forma particular de energía “congelada”, mientras que cualquier otra forma de energía (incluyendo la luz), tiene una masa asociada. Por esa razón, no es acertado decir que la materia “desaparece” cuando es transformada en energía.

El descubrimiento de Einstein de la ley de equivalencia entre la masa y la energía se expresa en su famosa ecuación  $E=mc^2$ , que expresa las energías colosales atrapadas en el átomo. Esta es la fuente de toda la energía concentrada en el universo. El símbolo  $e$  representa energía (en ergios),  $m$  quiere decir masa (en gramos) y  $c$  es la velocidad de la luz (en centímetros por segundo). Para ofrecer un ejemplo concreto de lo que esto significa, la energía contenida en un solo gramo de materia es equivalente a la producida al quemar 2.000 toneladas de petróleo. El conocimiento que Heinz tiene de Einstein no es tan íntimo como a él le gustaría hacernos creer. Esto es confirmado, como hemos visto, por su referencia al “universo cilíndrico” que, según nos asegura, es la piedra angular del conocimiento humano. En la Biblia, Jesús nos informa de que, a menos que tengamos fe y nos convirtamos en niños, jamás entraremos en el Reino de los Cielos. Por su parte, Heinz Dieterich nos informa de que, a menos que creamos en el Universo Cilíndrico, nunca seremos admitidos en el reino del socialismo del siglo XXI.

Heinz dice basarse en las ecuaciones de Einstein. Da por supuesto que sólo un tipo de universo puede ser deducido de las ecuaciones de Einstein. Pero las ecuaciones de Einstein permiten universos diferentes, no sólo uno como nuestro Heinz imagina. La idea inicial de Einstein fue que el universo era espacialmente esférico (“la superficie de una hiper-esfera con cuatro dimensiones”) que no cambiaba a lo largo del tiempo, conduciendo a un universo cilíndrico en el espacio-tiempo. Sin embargo, la solución a las ecuaciones de Einstein depende de *incógnitas tales como la densidad media del universo*. Todas están basadas en el supuesto de que el universo es homogé-

neo e isotrópico. Dependiendo de tus supuestos (si hubo o no Big Bang, si existe o no la materia oscura, etc., etc., etc.) puedes obtener muchas respuestas diferentes.

Según Einstein, el universo real puede tener uno de tres tipos diferentes de evolución, dependiendo de su densidad promedio y de la fuerza de la repulsión universal que Einstein postuló (la constante cosmológica). Según esta teoría, puede expandirse desde un punto de singularidad para contraerse de nuevo; puede expandirse indefinidamente desde un punto; o puede contraerse desde un tamaño indefinido hasta formar un diámetro mínimo y luego expandirse de nuevo. Se permiten también tres formas diferentes en el espacio. La densidad local del universo determina la curvatura local del tiempo-espacio. Suponiendo que el universo es homogéneo e isotrópico (lo que es mucho suponer), sería posible teóricamente deducir la geometría global del universo, que podría ser cerrado como una esfera, liso como un plano, o abierto, dependiendo de la densidad promedio.

No obstante, todo esto tiene un carácter teórico y especulativo. Contrariamente a lo que piensa Heinz Dieterich, las ecuaciones de Einstein no nos dicen nada de la topología del universo, una cuestión sobre la cual no existe consenso alguno entre los científicos. Posteriormente, otros teóricos han aparecido defendiendo formas diferentes, de modo que no hay una forma de la que pudiera decirse que es predominante. Este libro no es el lugar para explicar la actitud filosófica de los marxistas hacia las últimas teorías de la cosmología. He intentado hacerlo en el libro *Razón y Revolución*. Lo que está claro es que cuestiones tan complicadas como la topología del universo, su pasado y su futuro, siguen siendo enormemente controvertidas y no han sido todavía resueltas por la cosmología en la actualidad.

Pero todo esto es un asunto de suprema indiferencia para nuestro Heinz. Él quiere un universo cilíndrico y un universo cilíndrico tendrá. Y si alguien se atreve a estar en desacuerdo con él, se le prohibirá automáticamente expresar su opinión, no ya acerca de la forma del universo, sino *sobre cualquier otro tema*. En el Reino Unido hay una sociedad de gente que cree que el mundo es plano (The Flat Earth Society), compuesta por excéntricos inofensivos. Invitamos a Heinz Dieterich a que forme una Sociedad de Universalistas Cilíndricos. Seguro que, al menos, tendrá un miembro.

## ¿ES EL MATERIALISMO IRRELEVANTE?

En otra parte de su libro *Identidad nacional y globalización. La tercera vía. Crisis en las ciencias sociales*, Heinz Dieterich nos dice en otras tantas palabras que *la vieja filosofía* (aunque no, por supuesto, su *filosofía de la praxis*) *está muerta como un fósil*:

“Las discusiones sobre idealismo y realismo o materialismo adquieren cada vez más el carácter de extravagancias académicas, ante las evidencias elaboradas por la ciencia: ante el maravilloso descubrimiento del Big Bang acerca del origen macrocósmico; ante el cada vez más seguro conocimiento sobre el comportamiento de este macrocosmos, compuesto por materia visible e invisible (dark matter), atravesado por ondas de gravitación (Einstein), con “tiempos” estelares, constantes de expansión (Hubble) y agujeros negros; el desciframiento microcósmico de los planes de construcción de los sistemas biológicos, escritos en lenguaje químico de cuatro caracteres (A, T, G, C) del ADN; la lógica del comportamiento caótico de la molécula individual del gas que, sin embargo, coexiste perfectamente bien con las leyes macroscópicas de los gases perfectos; la lógica de comportamiento de los sistemas sociales humanos que se asemeja en gran medida a la lógica cuántica del comportamiento de los fenómenos del microcosmos; la forma cilíndrica del universo y la interacción entre espacio-tiempo-gravitación descubierta por Einstein; la visibilidad de un átomo bajo el microscopio electrónico y la observación mediante técnicas de cristalografía de un virus del SIDA, atacando a una célula del organismo humano; la imagenología de los procesos mentales y el paso de análisis cualitativos o conceptuales de estados mentales, como la alegría, la ira, el humor, la depresión, etc., hacia análisis (y remedios) cuantitativos bioquímicos; la calculación del tiempo mediante relojes que registran las vibraciones de átomos de cesium que se “zangolotean” 9,2 mil millones de veces por segundo; en fin, ante el cúmulo de esos conocimientos objetivos sobre la realidad, la insistencia en las viejas discusiones de los filósofos sólo puede parecer una necesidad”. (Dieterich, *Identidad nacional y globalización. La tercera vía. Crisis en las ciencias sociales*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 2000, pp. 63-64.)

Aquí, la ruptura de Dieterich con el marxismo se revela con claridad. Considera que las “viejas” discusiones sobre el idealismo y el realismo o el materialismo son meras “extravagancias académicas”

o incluso “necesidades”. Así, de un plumazo, nuestro Heinz imagina haber liquidado más de mil años de filosofía, y, de paso, *ha “liquidado” también al marxismo*, que se basa en la filosofía del materialismo dialéctico y es, por tanto, incompatible con cualquier tipo de idealismo. En última instancia, no defender el materialismo frente al idealismo representa *una capitulación ante la ideología burguesa*. Y no hay ninguna duda de que Heinz Dieterich ha tomado esa ruta. Lenin, en uno de sus trabajos más importantes, *Sobre el significado del materialismo militante* (1922) criticaba con dureza a aquellos “que corrían con frecuencia en pos de las doctrinas filosóficas reaccionarias en boga, cegados por la apariencia de la supuesta ‘última palabra’ de la ciencia europea y sin ser capaces de ver, tras las apariencias, tal o cual variedad de servilismo a la burguesía, a sus prejuicios y a su carácter reaccionario burgués”. (Lenin. Obras Escogidas. Vol. III. Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 682).

En el mismo artículo Lenin escribe: “Para no abordar semejante fenómeno de un modo inconsciente, debemos comprender que sin una sólida fundamentación filosófica ningunas Ciencias Naturales, ningún materialismo podrían soportar la lucha contra el empuje de las ideas burguesas y el restablecimiento de la concepción burguesa del mundo. Para soportar esta lucha y llevarla a cabo con pleno éxito hasta el fin, el naturalista debe ser un materialista moderno, un partidario consciente del materialismo representado por Marx, es decir, debe ser un materialista dialéctico”. (Ibíd. p. 686)

Creemos que Lenin estaba en lo cierto y que Dieterich está equivocado en la cuestión de la filosofía. Es cierto que los increíbles avances de la ciencia han resuelto en la práctica muchas de las cuestiones que ocuparon las mentes de los filósofos del pasado (recordemos que Isaac Newton, el científico más grande del siglo XVIII, se describía a sí mismo como un filósofo). Las viejas especulaciones sobre la naturaleza del universo han sido en gran medida resueltas por los resultados de las observaciones y los experimentos. Por tanto, según el camarada Dieterich, la discusión entre materialismo e idealismo ya no es relevante. ¿Es esto correcto? No, no lo es. Es cierto que la ciencia y la tecnología se han desarrollado en los últimos 200 años hasta niveles de los que jamás se oyó hablar. Pero bajo el capitalismo, el auténtico potencial de la ciencia no puede ser realizado. Los avances en ciencia y tecnología están completamente subordinados a la codicia del beneficio empresarial. Los intereses de

las grandes compañías transnacionales prevalecen sobre las necesidades de la humanidad y la ciencia. Los científicos han de servir a los intereses de gigantescas maquinarias militares, produciendo armas de destrucción masiva en vez de medicinas y tecnología de la que la humanidad pudiera beneficiarse.

En el periodo de decadencia senil del capitalismo estamos presenciando el resurgir de ideas primitivas, superstición, fanatismo religioso (fundamentalismo), misticismo y oscurantismo. Las filosofías reaccionarias han penetrado incluso el mundo de la ciencia. Científicos genetistas han usado y abusado de la ciencia para justificar la desigualdad, el racismo y la discriminación sexual. Algunos físicos han intentado usar descubrimientos como la física cuántica para defender posiciones idealistas, místicas y reaccionarias. Enfrentados con tal fenómeno, ¿deberían los marxistas encogerse de hombros y adoptar la posición de neutralidad filosófica que el camarada Dieterich propone? En un momento en el que la clase dominante está organizando un ataque feroz contra el marxismo y el materialismo, y cuando el idealismo y el misticismo se extienden como una epidemia venenosa, ¿es legítimo abogar por una tregua filosófica, con el pretexto de que “las discusiones sobre idealismo y realismo o materialismo adquieren cada vez más el carácter de extravagancias académicas”? ¿No es esto extremadamente *frívolo e irresponsable*?

## CIENCIA Y FILOSOFÍA

No hace falta decir que los avances de la ciencia son de suprema importancia. Pero no es el caso que la ciencia pueda prescindir por completo de la filosofía. Hace ya tiempo que Hegel señaló: “De hecho, es la búsqueda de una comprensión racional, y no la ambición por amasar una montaña de nuevas adquisiciones, lo que debería en cada caso apoderarse de la mente del aprendiz en el estudio de la ciencia”. (Hegel. *Filosofía de la historia*, III., Historia Filosófica.) Hegel sabía de lo que hablaba. Los científicos estudian hechos, pero los hechos no se seleccionan a sí mismos. Uno debe hacer hipótesis, y no es indiferente cómo se llega a estas hipótesis y por qué método.

La ciencia no puede separarse de la sociedad, y los científicos pueden ser influidos por ideas filosóficas y políticas incorrectas. Tomemos un ejemplo de la ciencia paleontológica y el estudio de los orígenes humanos. Desde aproximadamente cien años, el estudio

de los orígenes del hombre fue completamente socavado por la filosofía idealista prevaleciente. Siguiendo la noción idealista de que el cerebro lo determina todo, se asumió que nuestros primeros antepasados deberían por necesidad tener un cerebro grande. La búsqueda del “eslabón perdido” se redujo, por lo tanto, a la búsqueda de un fósil humanoide que exhibiera ese rasgo.

Tan convencidos estaban los antropólogos de esta teoría, que fueron engañados por el llamado Hombre de Piltdown, que más tarde se demostró no era más que una burda falsificación, en la que el cráneo de un humano fue combinado con la mandíbula de un simio. De hecho, al basarse en el idealismo, la ciencia ha estado siguiendo una pista falsa durante cien años. Lo contrario era el caso. *El cerebro de los primeros antropoides era del mismo tamaño que el de un chimpancé*. Esto ya había sido predicho por Engels hace alrededor de un siglo en su impresionante estudio *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*.

Engels explicó que los primeros antepasados del hombre se separaron primero de otros simios al adoptar una postura erguida, que liberó sus manos para el trabajo. Esta fue la condición previa al desarrollo de la humanidad. Pero el auténtico salto cualitativo fue la producción de herramientas de piedra. Esto provocó el desarrollo de la sociedad, el lenguaje y la cultura que de forma definitiva nos diferencia del resto de los animales. Stephen Jay Gould señaló que si los científicos hubieran prestado más atención a lo que Engels había escrito, se hubieran ahorra cien años de errores. ¿Cuál era el problema aquí? Era un problema filosófico: la mayoría de los científicos seguía las nociones predominantes del idealismo filosófico y, por tanto, formularon una hipótesis incorrecta. Ha habido muchos casos similares en la historia de la ciencia, y esto aún continúa siendo así, como veremos cuando examinemos la teoría del Big Bang.

Lenin hizo este comentario sobre la relevancia del materialismo dialéctico: “Los naturalistas modernos encontrarán (si saben investigar y si nosotros aprendemos a ayudarles en ello) en la interpretación materialista de la dialéctica de Hegel una serie de respuestas a las cuestiones filosóficas que plantea la revolución en las Ciencias Naturales y con las cuales ‘caen’ en la reacción los admiradores intelectuales de las modas burguesas”.

“Sin plantearse semejante tarea y sin cumplirla sistemáticamente, el materialismo no puede ser materialismo combativo. Seguirá siendo,

empleando una expresión de Schedrín, no tan combativo, como combatido. Sin ello, los grandes naturalistas seguirán siendo, con tanta frecuencia como hasta ahora, impotentes en sus conclusiones y generalizaciones filosóficas, ya que las ciencias naturales progresan con tanta rapidez, atraviesan un periodo de tan profundo viraje revolucionario en todas las ramas, que no pueden pasarse de ninguna manera sin las conclusiones filosóficas”. (Lenin, *Sobre el significado del materialismo militante*. Obras Escogidas. Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 686)

Es sorprendente que de todos los maravillosos descubrimientos de la ciencia moderna que se pueden citar, Dieterich haya elegido el campo donde ha habido la mayor controversia y donde la especulación más mística e idealista predomina. Nos referimos a la llamada teoría del Big Bang sobre el origen del universo. Ni que decir tiene que Heinz Dieterich es un firme partidario de esta teoría:

“Con el paradigma del Big Bang que explica y data la existencia del universo en un lejano horizonte de 16 mil millones de años (...) con este conjunto de conocimientos científicos, la insistencia de la prioridad de la idea en el comportamiento del universo —o como una cualidad ontológicamente separada de la sustancia— es simplemente infantil. En términos científicos, Dios es un placebo, producido por la angustia existencial del ser humano y en nada diferente a otras formas de autosugestión y proyección mental del homo sapiens. Que este placebo se haya convertido en un buen negocio para las burocracias teológicas que viven de él o, también, para muchos filósofos que viven del misticismo, no cambia en nada la situación”. (Heinz Dieterich, *Identidad nacional. La tercera vía. Crisis en las ciencias sociales*; Editorial Nuestro Tiempo; México, 2000; páginas 64-65.)

La teoría del Big Bang es un modelo del que se dice que responde a muchas cuestiones sobre el universo. Pero debemos tener presente que es sólo una hipótesis, que ciertamente no responde a *todas* las cuestiones. Tanto es así que, con el transcurrir del tiempo, más y más preguntas y discrepancias aparecen. La evidencia contra el Big Bang abunda. Se supone que el Big Bang ha de producir de la nada energía en gran escala. Esto contradice una de las leyes de la física más rigurosamente validadas: la conservación de la energía. Rechazar esta

ley básica de la conservación para preservar la teoría del Big Bang es algo que jamás sería aceptado en otros campos de la física. Aún así, aquí se acepta sin sentido crítico alguno.

En primer lugar, señalemos que no es correcto referirse a la “teoría del Big Bang”. Ha habido al menos cinco teorías diferentes, cada una de las cuales ha tenido problemas importantes. Lemaître, Gamow, Robert Dicke y otros han intentado racionalizar esta teoría, pero sigue siendo una hipótesis no validada, abierta a serias objeciones. La mayor parte del trabajo realizado para respaldarla es de un carácter puramente teórico, apoyándose pesadamente en formulaciones matemáticas. La evidencia empírica a favor de la teoría del Big Bang sigue siendo bastante tenue. Para encubrir las numerosas contradicciones entre el esquema preconcebido del Big Bang y la evidencia observada se mueven constantemente los palos de la portería.

La teoría del Big Bang se sustenta en un número creciente de entidades hipotéticas: cosas que nunca hemos observado. La teoría no puede sobrevivir sin asumir todo tipo de elementos tales como la inflación cósmica, la materia oscura y la energía oscura. Sin ellos, habría fatales contradicciones entre las observaciones realizadas por los astrónomos y las predicciones de la teoría del Big Bang. En ningún otro campo de la física podría ser aceptado este recurso continuo a nuevos objetos hipotéticos como medio para salvar las distancias entre teoría y observación. Levantaría, al menos, serios interrogantes sobre la viabilidad de la teoría subyacente. Pero Dietrich no tiene ninguna duda ni hace pregunta alguna.

A pesar de su ferviente admiración por el Big Bang, no es capaz de expresar correctamente la teoría. Según la última versión de la teoría (conocida como la teoría de la inflación cósmica), no puede haber nada en el universo más viejo de 14 mil millones de años, y no 16 mil millones como Heinz afirma. Pero hay evidencias que contradicen esta proposición. Ya en 1986, Brent Tully, de la Universidad de Hawái, descubrió enormes aglomeraciones de galaxias (superclusters) con alrededor de mil millones de años luz de longitud, 300 millones de años luz de anchura y 100 millones de años luz de espesor. Para que tan vastos objetos se formaran, se necesitarían entre 80.000 millones y 100.000 millones de años, es decir, cuatro o cinco veces más de lo que permitiría la teoría del Big Bang. Desde entonces, ha habido otros resultados que tienden a confirmar estas observaciones.

La historia de la ciencia demuestra que incluso una teoría tan aparentemente segura y amplia como la mecánica clásica de Newton, que durante mucho tiempo fue universalmente aceptada por los científicos como la última palabra, finalmente demostró ser incompleta y parcial. En un momento determinado, emergen pequeñas discrepancias que no pueden ser explicadas. Éstas son inicialmente desestimadas como algo trivial o irrelevante, pero finalmente conducen al destronamiento de la teoría aceptada y a su sustitución por una nueva teoría revolucionaria, que es aceptada hasta que surgen nuevas discrepancias, etc. No hay razón alguna para suponer que la situación actual en cosmología y física teórica será diferente. Especialmente, si tenemos en cuenta que el estudio del universo implica numerosos factores desconocidos. Necesariamente, nos basamos en observaciones parciales del universo visible, y muchos errores pueden aparecer como consecuencia de la falta de información. Hasta cierto punto, esto se puede superar recurriendo a modelos matemáticos abstractos y a los resultados que ofrece la física de las partículas, etc. Pero en última instancia, estos resultados deberán ser contrastados por los experimentos y la observación. Nada puede sustituir a estos últimos.

En el pasado, hubo muchas teorías que fueron aceptadas incondicionalmente por los científicos, porque parecían explicar algunas cosas, pero resultó que esto era falso —por ejemplo la Teoría del Flogisto y el Éter—. Existen paralelismos muy llamativos entre estas teorías y la idea de materia fría y oscura propuesta por los partidarios de la teoría del Big Bang, *con la intención de escamotear el hecho de que no hay suficiente materia en el universo visible que se ajuste a la teoría*. Naturalmente, nuestro Heinz acepta esta idea sin rechistar. Se refiere a “*el maravilloso descubrimiento del Big Bang acerca del origen macrocósmico; (...) compuesto por materia visible e invisible (dark matter)*”. Desgraciadamente para él, después de muchos años de intentar descubrir esta materia oscura todavía no ha habido éxito. La única materia oscura que existe se encuentra en el cerebro de Heinz Dieterich, donde sirve como fuente inagotable de pensamientos mucho más oscura que cualquier cosa conocida por la ciencia o, incluso, la ciencia ficción.

## MARX, ENGELS Y LA CIENCIA

“Fue, de hecho, el rechazo de Marx y Engels a la aplicación del de-

terminismo newtoniano –que es útil para la descripción y explicación del movimiento mecánico, que es el más simple de los cambios, pero no para explicar un sistema de dinámica compleja (SDC) como la sociedad–, lo que les permitió desarrollar una perspectiva político-científica *sui generis*, que era la única posible para obtener su extraordinaria pugna por el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías de su época”. (Ibíd.)

Marx y Engels recibieron calurosamente todos los avances de la ciencia de su tiempo, pero no adoptaron la actitud acrítica de Heinz Dieterich. Las teorías dominantes de la física en el siglo XIX eran las del mecanicismo, y estaban enormemente influidas por las ideas elaboradas por Isaac Newton en el siglo XVIII. Marx y Engels, siguiendo a Hegel, eran extremadamente críticos con este enfoque mecanicista sobre el funcionamiento del universo. Al contrario que Heinz, quien toma como buena moneda la teoría del Big Bang y otros elementos sueltos de la ciencia moderna para luego vulgarizarlos, los fundadores del socialismo científico estaban dispuestos a rechazar algunos puntos de vista predominantes en la ciencia de su época, y muchos años después se comprobó que estaban en lo cierto.

En la correspondencia de Marx y Engels encontramos frecuentes críticas al método mecanicista de Newton. Enfatizando la naturaleza dinámica del materialismo moderno, Engels escribió: “...el movimiento de la materia no es meramente un burdo movimiento mecánico, un mero cambio de lugar, es luz y calor, electricidad y tensión magnética, combinación química y disociación, vida y, finalmente, consciencia”. (Engels, *Correspondencia*.) Engels criticó abiertamente la estrechez de las opiniones filosóficas de Newton, su tendenciosa sobrestimación del método de inducción y su actitud negativa hacia las hipótesis, que él mismo expresó en su conocida *Hypotheses non fingo* (No invento hipótesis). Se refería a él como al “asno inductivo de Newton” (Engels, *Dialéctica de la Naturaleza*, Filosofía natural y ciencia, p. 273).

En los escritos preparatorios para *La dialéctica de la naturaleza* leemos lo siguiente: “La atracción y la fuerza centrífuga de Newton, ejemplo de modo metafísico de pensar: el problema no se resuelve; no hace más que *plantearse*, presentándose el planteamiento como solución”. E inmediatamente debajo sigue: “*La gravitación de Newton*.

Lo mejor que de ella puede decirse es que no explica, sino que ilustra plásticamente el estado actual del movimiento planetario. El movimiento es algo dado. Y lo mismo la fuerza de atracción del sol. ¿Cómo explicarse el movimiento, partiendo de estos datos? Por el paralelogramo de las fuerzas, por una fuerza tangencial, convertido ahora en un postulado necesario que *debemos* aceptar. Lo que quiere decir que, supuesta la *eternidad* del estado de cosas existente, necesitamos un *primer impulso*, necesitamos a Dios. Ahora bien, ni el estado planetario actual es eterno, ni el movimiento es originariamente compuesto, sino una *simple rotación*, y el paralelogramo de las fuerzas, aplicado aquí, resulta falso, por cuanto no se limita a poner en claro la magnitud que constituye todavía la incógnita, la  $x$ ; es decir, por cuanto Newton pretende, no simplemente plantear la cuestión, sino resolverla”. (Federico Engels. *La dialéctica de la naturaleza*. La Habana. Editorial Ciencia y Educación. 1991. p. 234. El subrayado en el original).

Estas líneas demuestran que Marx y Engels no se contentaban con regurgitar las opiniones comunes sobre la ciencia del siglo XIX, sino que tenían un punto de vista crítico e independiente. Mucho antes de que los descubrimientos de la física cuántica y la relatividad trajeran consigo la revolución de la física en los primeros años del siglo XX, ya habían rechazado las ideas prevaletes del mecanicismo desde el punto de vista del materialismo dialéctico. En ciertos sentidos estaban más adelantados que los científicos de sus tiempos.

Encontramos un buen ejemplo de esto en el importante campo de la evolución. Marx y Engels sentían una gran admiración por Charles Darwin. Hasta tal punto de que Marx quería dedicar *El capital* al gran científico inglés. Pero esto tampoco les impidió adoptar una posición crítica en relación a Darwin. En particular, eran críticos del gradualismo de Darwin, que negaba la posibilidad de saltos en la naturaleza. Darwin veía la evolución como un proceso lento y gradual, ininterrumpido por cambios bruscos. De hecho, consideraba a la naturaleza de la misma manera que Heinz Dieterich considera hoy a la sociedad.

El notable científico norteamericano Stephen Jay Gould cuestionó la teoría gradualista de Darwin. En el campo de la paleontología, la revolucionaria teoría del equilibrio puntuado de Stephen Gould, ahora generalmente aceptada como correcta, ha destronado a la vieja

noción de la evolución como un proceso lento, gradual, ininterrumpido por catástrofes repentinas y saltos. Gould estaba influido por las ideas del marxismo y, en particular, por la obra maestra de Engels *El papel del trabajo en la transición del mono al hombre*, del que siempre hablaba con gran admiración. De hecho, como hemos visto, Gould señaló que, si los científicos hubieran prestado más atención a lo que Engels había escrito, la investigación sobre los orígenes del hombre se hubieran ahorrado cien años de errores. En su libro *Desde Darwin*, comenta sobre el ensayo de Engels, *El papel del trabajo en la transición del mono al hombre*, del que dice lo siguiente:

“Ciertamente, el siglo XIX produjo una brillante revelación proveniente de una fuente que, sin duda, sorprenderá a muchos lectores –Federico Engels (un poco de reflexión reducirá la sorpresa–. Engels tenía gran interés en las ciencias naturales y buscaba asentar su filosofía general del materialismo dialéctico en cimientos ‘positivos’. No vivió para completar su *Dialéctica de la naturaleza*, pero incluyó largos comentarios sobre ciencia en tratados como el *Anti-Dübring*). En 1876, Engels escribió un ensayo titulado *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Fue publicado póstumamente en 1896 y, desgraciadamente, no tuvo impacto visible alguno sobre la ciencia occidental”.

“Engels considera tres rasgos fundamentales en la evolución humana: el discurso, un cerebro grande, y la postura erguida. Argumenta que un primer paso debió ser el descender de los árboles con la consiguiente evolución a una postura erguida. “Estos simios una vez en el suelo empezaron a abandonar el hábito de usar sus manos para moverse y fueron adoptando una postura erguida. Este fue el paso decisivo en la transición del simio al mono. La postura erguida liberó las manos para ser usadas como herramientas (trabajo, en la terminología de Engels): el incremento en la inteligencia y el lenguaje vinieron después”.

Gould comprendió las limitaciones del pensamiento occidental y escribió que “prejuicios profundamente enraizados en el pensamiento occidental nos predisponen a seguir buscando un cambio gradual”. Gould rindió un cálido homenaje a Engels por anticipar los descubrimientos que un siglo después de su muerte habrían de cambiar la faz de la paleontología y la evolución. Engels fue capaz

de dar ese importante paso adelante porque se basó en el método dialéctico. Éste no es nuevo, sino más bien antiguo. Más viejo que Engels y Marx, y que Hegel. Es tan antiguo como Heráclito —y eso es muy antiguo—. Aún así, es mucho más actual que la llamada filosofía de la praxis que, en la práctica, resulta que ni explica ni anticipa nada.

### DIETERICH CONTRA MARX

Dieterich fija ahora su atención en los fundadores del socialismo científico. En la página 74, Dieterich nos presenta un esquema, que, en su típico estilo escolástico, ocupa una página entera. Compara la revolución científica de Einstein, Plank, Heisenberg, y Gell-Mann respecto a Newton con su propio “Socialismo teórico del siglo XXI” respecto a Marx. Lo único bueno de todo esto es el reconocimiento que el propio Dieterich hace del hecho de que *su teoría es bastante diferente tanto en forma como en contenido de la de Marx*. ¡Por fin encontramos algo en lo que estamos de acuerdo!

“En primer lugar, es necesario distinguir entre los enunciados de alcance regional y temporal limitados (decimonónicos), y los enunciados universales. Además de esa valorización en espacio y tiempo hay que tomar en cuenta que, en segundo lugar, existen nuevas realidades objetivas que o no existían en los tiempos de Marx y Engels o que no tenían mucha importancia relativa (p.e., la ecología), y que, por lo tanto, tienen que integrarse en el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías. En tercer lugar, el avance de las ciencias y de su epistemología nos permite determinar la correcta metodología del análisis de Marx y Engels, sin violar los elementos estructurales de los procedimientos de la ciencia contemporánea más avanzada. Tal determinación sólo se puede realizar a partir de las ciencias físico-matemáticas más avanzadas y no, desde las interpretaciones científicas de la realidad del siglo XIX que Marx y Engels tenían a su disposición. En cuarto término, es preciso desarrollar un nuevo discurso, no sólo en cuanto a sus contenidos, sino en lo referente a sus formas. Finalmente, habrá que integrar las artes, la estética, etcétera en la lucha transformadora por el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías del siglo XXI”. (Dieterich, *Identidad nacional y globalización. La tercera vía. Crisis en las ciencias sociales*, página 61.)

El camarada Dieterich cree que en el caso de Marx y Engels se trataba sólo de una “pugna por el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías de su época”. Es decir, estaban intentando hacer *exactamente lo mismo que Heinz Dieterich*. La diferencia es que su Nuevo Proyecto Histórico sólo era adecuado para “las mayorías de su época”, y no, claro está, para el siglo XXI. En otras palabras, sus ideas son viejas, anticuadas y pasadas de moda. Y de todas maneras, sólo eran capaces de una “pugna por el Nuevo Proyecto Histórico de las mayorías de su época”, mientras que nuestro Heinz *ha encontrado realmente uno*. Naturalmente, el NPH y el Socialismo del siglo XXI son inconmensurablemente superiores a *El Manifiesto Comunista*, *El capital* y todo ese rollo viejo.

En español la palabra “decimonónico” tiene dos posibles significados: que pertenece al siglo XIX o *anticuado*. No tenemos duda de que Heinz considera que las ideas de Marx y Engels pertenecen al siglo XIX y *están, por tanto, anticuadas*. Por el contrario, Heinz Dieterich no está anticuado en absoluto, sino que es muy moderno. No sólo ha inventado un Socialismo del siglo XXI enteramente nuevo y original, sino que también ha inventado un lenguaje del siglo XXI igual de nuevo y original que su Socialismo. Afirma que Marx y Engels también “desarrollaron un nuevo discurso” –“discurso” es una de las palabras de moda tan queridas por los posmodernistas, quienes han causado tan profunda impresión en nuestro Heinz–. Pero el “discurso” de Marx y Engels no era para nada nuevo: estaba construido en un buen alemán de los viejos tiempos, que cualquier persona de inteligencia media podría leer y comprender.

Muy por el contrario, el “nuevo discurso” del Fundador del Socialismo del siglo XXI es tan enrevesado que nadie puede entenderlo, excepto el propio Dieterich –e incluso eso es dudoso–. Es de esperar que en algún momento todos los ciudadanos del Socialismo del siglo XXI conversen felizmente entre ellos con este nuevo y universal discurso. Discutirán en detalle no sólo de la Economía de Equivalencias, sino también del Arte y la Estética y de otros muchos asuntos interesantes. Más aún, harán todo esto sin “violiar los elementos estructurales de los más avanzados procedimientos de la ciencia actual” y evitarán cuidadosamente hacer “enunciados de alcance regional y temporal limitados”. En resumen, todo será de lo mejor en el mejor de los mundos del siglo XXI.

## CIENCIA O PEDANTERÍA

En la página 65 del mismo libro leemos: “Vinculada a esta problemática de la abolición o banalización de las grandes interrogantes de la filosofía, está el problema de la complejidad de los nuevos paradigmas de las ciencias naturales que hacen prácticamente imposible su interpretación filosófica adecuada para personas que no tengan una profunda y sólida formación en las ciencias físico-matemáticas y, cada vez más, de la biología molecular. Es obvio, que para poder inferir sobre las implicaciones no estrictamente científicas de conocimientos como la forma cilíndrica del universo, el concepto de espacio-tiempo, la curvatura de espacio y tiempo por los campos de gravitación, etc., se tiene que dominar primero la disciplina científica respectiva”.

Traducido a simple y llano castellano esto viene a decir: la ciencia moderna es muy complicada y difícil de comprender para la gente de a pie. Es incluso más difícil de comprender cuando se expresa en el nuevo lenguaje del siglo XXI. ¿Qué otras perlas de sabiduría encontramos aquí? Se nos informa de que para comprender la ciencia ayuda el hecho de haberla estudiado primero, lo que es también cierto con relación a otras muchas actividades humanas, como la cocina, la carpintería, la jardinería o el bailar salsa. Por ahora, estamos intentando estudiar la asignatura más difícil de todas, a saber, los meandros mentales de Heinz Dieterich. Este empeño nuestro nos ha llevado a través de la curvatura del espacio-tiempo por los campos gravitacionales hasta los mismísimos límites del universo cilíndrico, y más allá, donde sin duda alguna encontraremos la misma inscripción que se solía escribir en los antiguos mapas del mundo: “A partir de aquí, monstruos”. Pero valerosamente nos aventuraremos donde ningún hombre se ha atrevido a pisar jamás. ¡Adelante!

“Sólo sobre la base de un sólido conocimiento de este tipo es posible, tratar de transponer las lógicas [sic], conceptos y métodos interpretativos usados, digamos, en la física teórica, a otros campos de investigación como son, por ejemplo, las ciencias de la sociedad. No dominar los complejos paradigmas físico-matemáticos y dar, sin embargo, lecciones y cátedras sobre sus significados implícitos para la política, la estética, la ética, significa simplemente, querer dar el segundo paso antes del primero; procedimiento que sólo puede ter-

minar en la charlatanería del discurso nebuloso, de las analogías sin sentido y de la pretensión de la precisión, donde impera el pseudoconocimiento”. (Heinz Dieterich, *Identidad nacional y globalización. La tercera vía. Crisis en las ciencias sociales*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 2000, páginas 65-66.)

Sin pretenderlo, el camarada Dieterich ha ofrecido aquí una caracterización muy precisa de su propia obra. Pero centrémonos en su proposición básica, que es ésta: para poder expresar una idea sobre la sociedad, la economía o la política, es necesario en primer lugar tener un dominio completo de las matemáticas, la física y la biología molecular. Ahora bien, nosotros seríamos los últimos en negar que tales conocimientos serían extremadamente útiles. El problema, que tan enfáticamente ha expresado nuestro amigo, es que cada una de estas esferas del conocimiento es altamente compleja. Sólo para dominar por completo una de ellas necesitaríamos una vida entera de trabajo y estudio. Dominar las tres, requeriría el tipo de genial capacidad que sólo el camarada Dieterich afirma poseer. De hecho, sería demasiado incluso para él.

La mera idea de que es imposible hablar sobre la sociedad y la política, a menos de que se tenga un doctorado en física teórica es un ridículo sinsentido. Es muy típico de *la charlatanería del discurso nebuloso, de, las analogías sin sentido y de la pretensión de la precisión* que llenan cada una de las páginas de los libros del camarada Dieterich. Y su imprudente tentativa al dárselas de experto en todos y cada uno de estos campos nos conduce precisamente a un lugar donde *imperea el pseudoconocimiento*, pues el conocimiento de verdad brilla por su ausencia. Nadie duda de la colosal importancia de los descubrimientos de la ciencia moderna. Pero, en primer lugar, sería estúpido pensar que la ciencia ha dicho su última palabra, por ejemplo, sobre la naturaleza del universo (nuestro Heinz piensa que sí lo ha hecho y se está acomodando en su rincón del universo cilíndrico).

De todas maneras, no es en absoluto cierto que las mismas leyes se puedan aplicar a todos los casos. Las leyes que gobiernan la física no son necesariamente las mismas que aquellas que gobiernan la biología, la química o la geología. En cada caso, las leyes de diferentes fenómenos naturales deben ser derivadas de una cuidadosa investigación empírica de los hechos. Las relaciones dialécticas en la naturaleza y los diferentes niveles de complejidad encuentran su

reflejo en las diferentes ramas de la ciencia. No es posible aplicar las mismas teorías científicas al movimiento de las partículas subatómicas y al movimiento de las galaxias. He aquí la razón por la cual Einstein desarrolló dos teorías completamente separadas: la Teoría de la Relatividad Especial, que trata de las partículas subatómicas moviéndose a grandes velocidades, y la Teoría de la Relatividad General, que trata de los efectos de la gravitación sobre grandes objetos como las galaxias.

Todo esto, por supuesto, le da lo mismo a nuestro Heinz, pero no a los científicos. Uno puede saber mucho de la Teoría de la Relatividad, pero no de la física cuántica. Las interacciones atómicas y las leyes de la química determinan las leyes de la bioquímica, pero la vida propiamente dicha es cualitativamente diferente. ¿Puede alguien pensar que es posible expresar las complejidades de la vida en todas sus múltiples expresiones en términos químicos? No, los dos son diferentes y esa es la razón por la que son dos campos de estudio separados. Las leyes de la bioquímica explican todos los procesos de la interacción humana con su medio. No obstante, la actividad humana y el pensamiento son cualitativamente diferentes a los procesos biológicos que los constituyen. Cada persona es el producto de su desarrollo psicológico y medioambiental. Aún así, las complejas interacciones de la suma total de los individuos que conforman una sociedad son también cualitativamente diferentes. En cada uno de estos casos, el todo es más grande que la suma de las partes y obedece a leyes diferentes.

¿Es posible comprender las leyes que gobiernan la sociedad estudiando la psicología individual de cada uno de sus ciudadanos? Sólo es necesario hacer la pregunta para ver su carácter completamente absurdo. Uno puede ser un experto en psicología y no entender nada de economía, sociología, historia y otras ciencias sociales. No es posible derivar las leyes de la sociedad de las leyes de la física, como el camarada Dieterich imagina. Es cierto, por supuesto, que en última instancia toda la existencia y la actividad humanas se basan en las leyes del movimiento de los átomos. Somos parte de un universo material, que es un todo continuo, funcionando de acuerdo a sus leyes inherentes. Y no obstante, cuando pasamos del movimiento de los átomos a la sociedad, hacemos una serie de saltos cualitativos y debemos operar con diferentes leyes a diferentes niveles.

En última instancia la sociedad tiene una base biológica y la bio-

logía, en última instancia, tiene una base física y química, pero nadie en su sano juicio intentaría explicar los complejos movimientos sociales en términos de fuerzas atómicas. Sistemas complejos como la sociedad humana tienen propiedades emergentes que no pueden ser deducidas mediante un examen de las reglas simples de interacción de las partes componentes del sistema. Es precisamente este tipo de crudo reduccionismo que ha conducido a algunos a reducir el problema de la delincuencia a las leyes genéticas, como los reaccionarios hacen de manera habitual. Semejante reduccionismo no tiene base científica alguna. Quien quiera que intentara tal cosa sería considerado, y con razón, un necio o un charlatán por un auténtico científico.

Por consiguiente, cuando el camarada Dieterich nos informa severamente de que, a menos que sepamos que el universo es cilíndrico, no podemos expresar una opinión útil sobre la sociedad y la lucha de clases, sólo podemos encogernos de hombros. Éste es precisamente el tipo de banalidad pedante y pretenciosa al que estamos acostumbrados en las obras de este escritor. Muy por el contrario, estamos convencidos de que es enteramente posible llegar a una comprensión científica de la sociedad sin entrar en el reino de los universos cilíndricos o estudiar sus leyes, aunque no dudamos que estas últimas serán de estudio obligatorio en cada escuela primaria del socialismo del siglo XXI.

## GENÉTICA Y SOCIALISMO

Con su característica pedantería, Dieterich emborriona varias hojas de su libro *Socialismo del Siglo XXI*, hablando de ciencia, el universo, materia y energía, evolución y otras profundas cuestiones. En apenas seis páginas nos da un rápido paseo por el universo, desde el átomo, pasando por la célula y el organismo humano, hasta el cosmos, entre otros fenómenos. Somos conducidos a velocidad de vértigo desde la bacteria a la invasión de Kosovo. Incluso la lectura más superficial de este material es suficiente para plantar algunas dudas en nuestra mente, en cuanto a los conocimientos de Heinz Dieterich sobre ciencia y sociología. Haciendo uso de una lógica peculiar, Dieterich argumenta que una de las principales razones para la caída de la URSS fue que *el genoma humano no había sido descubierto todavía*. Escribe: “Los intentos históricos de construir sociedades más

justas han sido, en cierto sentido, intentos contra el sentido común. Sin conocer científicamente el elemento constructivo principal, el ser humano, la voluntad de fundar una sociedad justa equivalía a querer construir el techo de un edificio (una superestructura), antes de tener sus fundamentos y paredes.

“No hubo, por supuesto, otro camino posible. Ante la ignorancia sobre ‘la naturaleza humana’, los buenos deseos, las especulaciones metafísicas y religiosas y, en lo metodológico, los pasos del ‘ensayo y error’ tuvieron que suplantar bases más firmes de la evolución consciente y planeada de la sociedad. Pese a este camino artesanal del progreso, limitado a la sabiduría de la experiencia empírica y a sólo un paso del pensamiento ‘salvaje’, los últimos milenios han visto avances considerables en muchos aspectos de la existencia humana. Hoy, sin embargo, puede abordarse la tarea con mayor eficiencia, realismo y optimismo que en cualquier otro momento del pasado, porque empezamos a entender sistemáticamente los dos elementos claves del enigma humano: su genoma y su sistema neuronal”. (Heinz Dieterich, *El socialismo del siglo XXI*; 2.3.1 El conocimiento científico sobre el ser humano, pp. 67-68.)

¿Qué significa todo esto? Sólo lo siguiente: que durante los últimos 2.000 años no fue posible establecer una sociedad más “justa” (nos imaginamos que quiere decir socialismo) porque el genoma humano todavía no había sido descubierto. Consecuentemente, todos los intentos de Lenin y los bolcheviques para cambiar la sociedad estaban condenados a fracasar de antemano, puesto que no entendían “los dos elementos claves del enigma humano: su genoma y su sistema neuronal”. ¡Ojalá hubiesen tenido la paciencia de esperar otros 90 años!

El genoma humano es ciertamente enormemente importante para los socialistas, pero no por las razones expuestas por Heinz Dieterich. Los descubrimientos realizados por el Proyecto Genoma Humano han confirmado concluyentemente la posición del marxismo. Durante décadas, un gran número de genetistas ha sostenido que todo, desde la inteligencia a la homosexualidad y la criminalidad, estaba determinado por nuestros genes. Esto era un ejemplo muy bueno de cómo la ciencia puede separarse de la política y los intereses de clase, y de cómo los más eminentes científicos pueden

ser presionados, consciente o inconscientemente, para servir a la reacción. Ahora, sin embargo, el Proyecto del Genoma Humano ha hecho añicos el mito del racismo. Hay muy poca diferencia entre blancos y negros, indios y chinos.

Sin duda alguna, los genes desempeñan un papel importante, pero no son más que la materia prima de la que se desarrolla el carácter humano. El papel principal lo tienen la sociedad y las interacciones sociales entre hombres y mujeres. No existe nada que se parezca a una moralidad suprahistórica. La moralidad es socialmente determinada y cambia continuamente a lo largo de la historia. Un reciente documental en el Servicio Mundial de la BBC, *La ciencia en acción* (“una buena mentira”) trataba de la investigación de un antropólogo norteamericano sobre las mentiras. Puesto que este científico también trabajaba con la CIA ayudándoles en sus técnicas de interrogación, difícilmente podría ser acusado de tendencias izquierdistas. Su investigación mostraba que la gente es muy mala mintiendo y detectando mentiras. *Mentir es algo que los humanos hemos de aprender*. El investigador también hizo estudios de tribus aisladas del Amazonas y descubrió que no mentían. Postuló que en primitivas sociedades cooperativas si uno mentía o engañaba sería rechazado por el resto del clan. Como los humanos somos unos animales bastante indefensos en soledad, esto suponía una condena a muerte. Por lo tanto, no hay base evolucionista para la deshonestidad humana; es algo que aprendemos en la sociedad de clases.

Es lo mismo con actitudes tales como el individualismo, el egoísmo, la ausencia de solidaridad, la egolatría y la indiferencia hacia el sufrimiento ajeno. Estos rasgos hubieran sido una receta perfecta para la total extinción de la raza humana en el paleolítico, pero ahora son considerados como algo bien “normal” en las condiciones inhumanas del capitalismo moderno con mentalidad de ley de la jungla. Margaret Thatcher, la encarnación suprema de la moralidad burguesa, declaró: “No existe eso que llaman sociedad”, y ensalzó la avaricia y el egoísmo como ideales a seguir. Veinte años después, la burguesía británica se pregunta por qué hay una epidemia de crimen, crueldad y asesinatos sin sentido. No debería sorprenderse: es sólo la expresión de la podrida moralidad del individualismo burgués puesto en práctica en las calles de Londres. Dado que la moralidad es sólo el reflejo de las condiciones sociales, es inútil hacer llamamientos a los hombres y las mujeres para que sean mejores de

lo que son. Es inútil esperar que la gente sea justa, honesta y recta en una sociedad que es manifiestamente injusta, deshonesta y retorcida para la mayoría. Para alcanzar una nueva moralidad es necesario primero cambiar la sociedad.

Los marxistas, por supuesto, aceptan el importante papel de los genes. Hasta cierto punto, éstos ofrecen la materia prima a partir de la cual los individuos humanos se desarrollan. Pero representan sólo una parte de una compleja ecuación. El problema surge cuando ciertas personas intentan presentar los genes como el único agente condicionante del desarrollo y el comportamiento humanos, como ha venido siendo el caso durante ya bastante tiempo. En realidad, los genes (“naturaleza”) y los factores del entorno (“educación”) interaccionan el uno sobre el otro, y así, en este proceso, el papel del entorno, que ha sido negado y minimizado sistemáticamente por los biólogos deterministas, es absolutamente crucial.

Las revelaciones del proyecto sobre el genoma humano han resuelto definitivamente la vieja controversia entre “naturaleza” y “educación”. El número relativamente pequeño de genes en el ser humano excluye la posibilidad de que genes individuales controlen y condicionen las pautas del comportamiento como la criminalidad o la preferencia sexual. Se han extraído las conclusiones más reaccionarias de estos supuestos: por ejemplo que los negros y las mujeres están genéticamente condicionados a ser menos inteligentes que los blancos y los hombres; y los hombres que violan y asesinan lo hacen, de alguna manera, naturalmente, pues están genéticamente condicionados a hacerlo; que no tiene sentido malgastar dinero en escuelas y viviendas para los pobres, porque su pobreza está enraizada en la genética y, por tanto, no puede ser redimida. Sobre todo, concluyen que la existencia de desigualdades es natural e inevitable, y toda tentativa de abolir la sociedad de clases es en vano, ya que, de alguna manera, su causa se encuentra en nuestros genes.

Sin duda alguna, éste es un avance muy importante en la historia de la ciencia. Pero ¿acaso existe alguna razón para afirmar que el descubrimiento del genoma humano es el secreto que abrirá todas las puertas al progreso del hombre, y que, por consiguiente, su descubrimiento hace posible lograr el socialismo? Esto es justo lo que Heinz Dieterich dice. Según él, el socialismo no fue posible antes, porque los hombres y las mujeres no tenían tales conocimientos. Supuestamente, ésta fue también una de las causas (si no la causa)

para el hundimiento del “socialismo realmente existente”. ¿Si Gorbachov hubiera tenido acceso al genoma humano, la historia hubiera sido completamente diferente! Una vez más, nos aventuramos en los místicos dominios del idealismo en su forma más cruda. Es cierto que el genoma humano ha creado las condiciones para un avance espectacular del progreso humano. Permite a la ciencia curar enfermedades que hasta ahora habían sido consideradas incurables. Significa que a lo largo de nuestra vida los ciegos verán, los inválidos andarán, y otras proezas, que previamente eran consideradas dominio de los milagros religiosos, se podrán lograr de forma rutinaria por la ciencia. En el futuro, podremos incluso dominar nuestros propios genes y determinar, al menos hasta cierto punto, nuestra evolución biológica. Esto puede tener importantes implicaciones para los viajes espaciales y la supervivencia de la raza humana bajo condiciones de cambio, a medida que el planeta se convierta en un lugar más inhóspito.

Sí, todo esto es cierto. Pero lo mismo se podría decir de muchos otros descubrimientos científicos importantes. ¿Significa esto que estamos más cerca del socialismo —del salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad—? En cierto sentido, sí. Los espectaculares avances de la ciencia y la tecnología crean las condiciones materiales para una revolución cultural y para el completo dominio del medio ambiente, lo que permitiría afrontar el próximo gran reto de la humanidad: la conquista del espacio. Sí, todo esto es cierto en *potencia*. Pero un mero potencial en absoluto nos proporcionará los resultados anticipados. La existencia de la lotería significa que puedo convertirme en multimillonario. Pero entre un multimillonario en *potencia* y un multimillonario en *realidad* hay una pequeña diferencia, un hecho que un vistazo a mi saldo bancario mensual me lo hace dolorosamente evidente.

En el periodo de decadencia senil del capitalismo, los avances de la ciencia y la tecnología no garantizan el avance de la civilización, sino, al contrario, amenazan su propia existencia. Lo que debería traducirse en un incremento de la libertad humana, en la práctica se traduce en una mayor intensificación de la esclavitud. Tomemos sólo un ejemplo. La introducción de nueva maquinaria sirve para incrementar la productividad del trabajo. Y es el incremento de la productividad del trabajo lo que sienta las bases para el progreso humano. Una de las mayores causas del colapso de la URSS fue que,

aunque la economía soviética alcanzó resultados espectaculares, —sobrepasando en términos absolutos al occidente en la producción de bienes como el acero, el cemento, el carbón y la electricidad—, la productividad de la Unión Soviética iba a remolque de la de occidente.

La razón de esta diferencia no era que el genoma humano no había sido todavía descubierto, o que la URSS no tuviera suficientes ordenadores. Era que la burocracia estalinista formaba una corrupta casta dominante que asfixiaba la economía nacionalizada y planificada, taponando sus poros y creando un caos colosal con ineficiencia, derroche y mala administración a todos los niveles. En el primer plan quinquenal, la economía soviética creció mucho más deprisa que las economías capitalistas occidentales, pero en las dos últimas décadas la tasa de crecimiento se frenó y cayó por debajo de occidente. Al final, a pesar de las enormes ventajas de la economía nacionalizada y planificada, la burocracia no podía conseguir mejores resultados que el capitalismo. Esto significaba que a la larga estaba destinada al fracaso. He aquí un claro ejemplo de lo acertado del postulado básico del marxismo de que en última instancia la viabilidad de un sistema socioeconómico dado está determinada por su capacidad para desarrollar las fuerzas productivas.

Los genes se modifican sólo muy lentamente. Tenemos los mismos genes que nuestros antepasados tenían hace 10.000 o incluso 100.000 años. Es decir, el potencial físico y mental de los humanos no ha cambiado sustancialmente a lo largo de la Historia. Tenemos exactamente el mismo potencial que los hombres y las mujeres del neolítico. La pregunta es: ¿por qué no se ha realizado este potencial? La respuesta no tiene nada que ver con la genética, y todo que ver con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Hegel escribió que, cuando deseamos ver un roble con su robusto tronco y tupido follaje, no nos sentimos satisfechos si se nos muestra una bellota. Una bellota no es un roble, sino sólo un roble en potencia. Si ese potencial será o no realizado depende de muchos factores: la calidad del suelo, la presencia de agua y luz solar, y de si la bellota acabará o no en la barriga de un cerdo.

El camarada Dieterich ni siquiera nos ofrece una bellota, sino *sólo la idea de una bellota*; no un programa real para establecer el socialismo, sino *sólo un Nuevo Proyecto Histórico*; no la sustancia, sino sólo la *sombra*. Si se planta una bellota real, bajo condiciones favorables, ésta puede convertirse en un robusto roble. Pero si sólo se planta

la idea de bellota, esto sólo producirá un roble ideal, es decir, un roble imaginario que sólo existe en la cabeza de alguien. Bajo la sombra de este imaginario roble del Socialismo del siglo XXI, uno puede sentarse durante horas, soñando con una sociedad en la que los capitalistas y los trabajadores viven juntos, alegres y felices en una economía de equivalencias, en la que la ganancia empresarial habrá desaparecido, donde los círculos tienen circunferencias de 362 grados, el universo es un cilindro, los leones yacen en la hierba junto a los corderos, y los cerdos vuelan.

### III

#### DIETERICH Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO



## ¿QUÉ ES EL MATERIALISMO HISTÓRICO?

El materialismo histórico parte de la premisa de que el motivo principal para el desarrollo histórico es, en último análisis, el desarrollo de las fuerzas productivas —es decir, el poder de la humanidad sobre la naturaleza—. Desde el principio, los hombres y las mujeres han tenido que luchar para sobrevivir, para cubrir sus necesidades básicas: comida, vestido y cobijo. La diferencia fundamental que separa a los humanos de otros animales es el modo en el que hacemos esto: a través de la manufactura y el empleo de herramientas. En *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels nos ofrece un breve esbozo de los principios básicos del materialismo histórico:

“La concepción materialista de la historia parte de la tesis de que la producción, y tras ella el cambio de sus productos, es la base de todo orden social; de que en todas las sociedades que desfilan por la historia, la distribución de los productos, y junto a ella la división social de los hombres en clases o estamentos, es determinada por lo que la sociedad produce y cómo lo produce y por el modo de cambiar sus productos. Según eso, las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres ni en la idea que ellos se forjen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el modo de producción y de cambio”. (Federico Engels. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Madrid. Ricardo Aguilera Editor. 1968. p. 64)

Ésta es una expresión más elaborada de ideas desarrolladas mucho antes, en *La ideología alemana*, donde Marx escribe: “La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estadio que cabe constatar

es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza. (...) Podemos distinguir los hombres de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero los hombres mismos comienzan a ver la diferencia entre ellos y los animales tan pronto comienzan a producir sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”. (Carlos Marx y Federico Engels. *Feuerbach, oposición entre las concepciones materialista e idealista*. I Capítulo de *La ideología alemana*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2006. pp. 65-66).

La viabilidad de una formación socioeconómica dada depende, en último análisis, de su capacidad para garantizar estas cosas. Esta proposición es tan obvia que no admite contradicción alguna. Todo depende de esta actividad productiva. El modo de producción e intercambio ha variado muchas veces a lo largo de la historia. Con cada cambio ha habido una revolución en las relaciones sociales. La formulación más clara de Marx al respecto se encuentra en el prefacio de 1859 a su libro *Una contribución a la crítica de la economía política*. Para que los hombres y mujeres sean capaces de pensar y desarrollar su intelecto, escribir poesía o filosofía, inventar religiones o pintar cuadros, deben primero producir la comida suficiente, construir las moradas suficientes y disponer de ropa y calzado suficientes.

En los famosos diálogos de Platón nos encontramos con el filósofo Sócrates, que se pasa el día sentado en el Ágora de Atenas, parando a los viandantes y preguntándoles cuestiones como: “¿Qué significa lo Bueno?” Lo que nosotros preguntamos es lo siguiente: para que Sócrates pudiera hacer esto, debió de haber alguien que le alimentara, le vistiera, le calzara y pusiera un techo sobre su cabeza; ¿quién era este “alguien”? La respuesta es: los esclavos, cuyo trabajo producía la mayor parte de los bienes que los atenienses consumían. La base de la democracia ateniense, el arte, la arquitectura, la escultura y la filosofía era el trabajo de los esclavos, quienes vivían una vida de sufrimiento, no tenían ningún tipo de derechos y ni siquiera eran considerados seres humanos.

## UNA CARICATURA MECÁNICA

Muy a menudo se intenta desacreditar el marxismo recurriendo

a caricaturizar su método de análisis histórico. No hay nada más fácil que levantar un espantapájaros para luego derrumbarlo. La distorsión habitual consiste en afirmar que Marx y Engels redujeron todo a lo económico. Este absurdo fue contestado muchas veces por Marx y Engels, como en el siguiente fragmento de una carta de Engels a Bloch:

“Según la concepción materialista de la historia, el factor que *en última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda”. (Federico Engels. *Obras Escogidas*. Vol. III. Moscú. Editorial Progreso. 1981. p. 514. El subrayado en el original)

El materialismo histórico no tiene nada en común con el fatalismo. No estamos predestinados, ni por dioses ni por el desarrollo de las fuerzas productivas. Los hombres y las mujeres no son meros títeres a expensas de ciegas “fuerzas históricas”. Pero tampoco son enteramente libres, capaces de dar forma a su destino independientemente de las condiciones existentes, impuestas por el nivel de desarrollo económico, científico y técnico, que, en última instancia, determina si el sistema socioeconómico es viable o no. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx explica:

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”. (Carlos Marx. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 13)

Más tarde Engels expresó la misma idea de una forma diferente:

“Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influen-

cia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia”. (Federico Engels. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2006. p. 43.)

Opuesto a las ideas del socialismo utópico de Robert Owen, Saint-Simon y Fourier, el marxismo se basa en una visión científica del socialismo. El marxismo explica que la clave del desarrollo de toda sociedad es el desarrollo de sus fuerzas productivas: trabajo, industria, agricultura, técnica y ciencia. Cada nuevo sistema social —esclavitud, feudalismo y capitalismo— ha servido para llevar adelante a la sociedad a través del desarrollo de las fuerzas productivas.

### LOS PERIODOS HISTÓRICOS

El prolongado periodo del comunismo primitivo, la más temprana fase de desarrollo para la humanidad, donde las clases, la propiedad privada y el Estado no existían, dio paso a la sociedad de clases tan pronto como nuestros antepasados fueron capaces de producir un excedente por encima de lo necesario para sobrevivir. En este punto, la división de la sociedad en clases se convirtió en una posibilidad económica. En las grandes escalas de la historia, la emergencia de una sociedad de clases fue un fenómeno revolucionario, en tanto en cuanto liberó a una sección privilegiada de la población —las clases dominantes— de la carga directa del trabajo, permitiéndoles el tiempo necesario para desarrollar el arte, la ciencia y la cultura. La sociedad de clases, a pesar de su explotación despiadada y de las desigualdades, fue el camino que la humanidad debió de tomar si había de construir los necesarios prerequisites materiales para una futura sociedad sin clases.

En cierto sentido, una sociedad socialista es un retorno al comunismo primitivo pero en un nivel productivo infinitamente superior. Antes de imaginar una sociedad sin clases, todas las contradicciones de la sociedad de clases, especialmente las desigualdades y la escasez, tendrían que ser abolidas. Sería absurdo hablar de la abolición de las clases cuando la desigualdad, la escasez y la lucha por la existencia prevalecen. Sería una contradicción en términos. El socialismo sólo puede aparecer en un cierto estadio de la evolución de la sociedad, a un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

En contraste con los socialistas utópicos de principios del siglo

XIX, quienes consideraban el socialismo como una cuestión moral, algo que podría ser introducido por gente ilustrada en cualquier momento de la historia, Marx y Engels lo vieron como algo enraizado en el desarrollo de la sociedad. La precondition para tal sociedad sin clases es un desarrollo de las fuerzas de producción por el cual la superabundancia resulta posible. Para Marx y Engels, ésta es la tarea de la economía socialista planificada. Para el marxismo, la misión histórica del capitalismo —el más alto estadio de la sociedad de clases— era proporcionar la base material a escala mundial para el socialismo y la abolición de las clases. El socialismo no era simplemente una buena idea, sino el siguiente estadio de la sociedad.

No es posible para la sociedad saltar directamente del capitalismo a una sociedad sin clases. La herencia cultural y material de la sociedad capitalista es inadecuada para ello. Hay demasiada escasez y desigualdad que no puede ser superada inmediatamente. Después de la revolución socialista, deberá haber un periodo de transición que preparará el terreno para la superabundancia y la sociedad sin clases.

Marx llamó a este primer estadio de la nueva sociedad “el estadio inferior del comunismo” en oposición “al estadio superior del comunismo”, donde los últimos residuos de desigualdad material desaparecerían. En ese sentido, el socialismo y el comunismo han sido asociados, respectivamente, a los estadios “inferior” y “superior” de la nueva sociedad. Al describir el estadio inferior del comunismo, Marx escribe: “De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede”. (Carlos Marx. *Crítica al programa de Gotha*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2004. p. 27. El subrayado en el original.)

“Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista”, escribe Marx, “media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”. Como todos los grandes teóricos marxistas han explicado, la tarea de la revolución socialista es llevar a la clase trabajadora al poder y aplastar a la vieja maquinaria del Estado capitalista, que es el órgano represivo diseñado para mantener subyugada a la clase obrera. Marx explicó que este Estado

capitalista, junto a su burocracia estatal, no puede servir los intereses del nuevo poder. Hay que deshacerse de él. Sin embargo, el nuevo Estado creado por la clase trabajadora sería diferente del de todos los Estados previos en la historia, un “semi-Estado” diseñado de tal forma que estaba destinado a desaparecer.

Sin embargo, para Marx –y éste es un punto crucial– este estadio inferior del comunismo se situaría desde el principio en un nivel superior, en términos de su desarrollo económico, que el más avanzado y desarrollado capitalismo. ¿Y por qué es esto tan importante? Porque sin un desarrollo masivo de las fuerzas productivas, la escasez prevalecería y, con ella, la lucha por la existencia. Como Marx explicó, esa situación supondría un peligro de degeneración: “Este desarrollo de las fuerzas productivas [del comunismo] constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la escasez y, por tanto, con la pobreza, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior”. (Carlos Marx y Federico Engels. *La ideología alemana*. Barcelona. L’Eina Editorial. 1988. p. 32)

## EL NUEVO PROYECTO HISTÓRICO

Éstas, en líneas generales, son las principales proposiciones de la visión marxista de la historia. ¿Qué es lo que nuestro Heinz tiene que decir sobre esto? Con pompa ceremonial el camarada Dieterich anuncia a los lectores de *Junge Welt* el *final del capitalismo global* y el amanecer del *Nuevo Proyecto Histórico*:

“El primer ciclo de vida de la sociedad moderna está llegando a su fin. Por más de doscientos años, desde la Revolución Francesa (1789) hasta la actualidad, *el género humano ha transitado por las dos grandes vías de evolución* que tenía a su disposición: el capitalismo y el socialismo histórico (realmente existente).

“Ninguno de los dos ha logrado resolver los apremiantes problemas de la humanidad, entre ellos: la pobreza, el hambre, la explotación y la opresión de tipo económico, sexista y racista; la destrucción de la naturaleza y la ausencia de la democracia real participativa. Lo que caracteriza nuestra época es, por lo tanto, el agotamiento de los pro-

yectos sociales de la burguesía y del proletariado histórico, y la apertura de la sociedad global hacia una nueva civilización: la democracia participativa”. (Heinz Dieterich. *Socialismo del siglo XXI*. p. 9. El subrayado es mío)

¡Aquí lo tenemos! Durante los últimos 200 años (al menos) la raza humana ha languidecido bajo la ilusión de que las únicas alternativas que se le presentaban eran el capitalismo o *el socialismo histórico*. Éste último, comúnmente conocido como marxismo, ha fallado, como vimos con el colapso de la Unión Soviética. Heinz es demasiado culto para decir esto en pocas palabras, pero es lo que realmente piensa. Por tanto, ya era hora de echar por la borda las viejas ideas del *socialismo histórico* para recibir con los brazos abiertos las nuevas y originales ideas del socialismo del siglo XXI y el Nuevo Proyecto Histórico, salido de la sesera de Heinz Dieterich, como Minerva salió de la cabeza de Júpiter.

Dieterich empieza más o menos bien. Después de todo, no es muy difícil denunciar las tragedias del capitalismo, aunque es algo más difícil decir cómo remediarlas. Produce, sin embargo, algunas estadísticas útiles sobre desigualdad:

“En todo el mundo se necesitan productos y servicios de todo tipo urgentemente, pero a pesar de ello, en Europa occidental 35 millones de personas están sin empleo; en el mundo son 820 millones, casi un tercio de las personas en edad productiva. Y las corrientes globales de capital que se concentran crecientemente, no crean nuevos empleos ni valores materiales; ya no están enfocadas hacia la ganancia, sino únicamente a generar intereses. El volumen de los flujos de capital se ha multiplicado por diez en los últimos seis años. Ahora, más de un billón de dólares cambia de propietario cada año —sólo el uno por ciento de esta cantidad (diez mil millones diarios) para las transacciones del comercio mundial— el noventa y nueve por ciento de las transacciones monetarias son netamente especulativas”. (Ibíd., pp. 44-45.)

Nos informa también de que 600 millones de personas han muerto de hambre desde 1945, y que 44 millones de personas en la Unión Europea viven en la pobreza (el 14 por ciento de la población), de que en los Estados Unidos la figura correspondiente es

del 10 por ciento para blancos y del 31 por ciento para los negros; de que los ricos en los Estados Unidos se hacen más ricos cada día, y de que en ese país los ingresos del 20 por ciento más rico de la población se han incrementado en un 62 por ciento en los últimos 10 años, mientras que los ingresos del 20 por ciento más pobre han caído en un 14 por ciento. Todo esto es cierto. La cuestión es: *¿qué hay que hacer?* Introducir el socialismo, obviamente. En esto estamos de acuerdo. Pero entonces surge una nueva pregunta: *¿qué tipo de socialismo?* Y aquí inmediatamente aparecen las diferencias. Desde el principio ha levantado bien alto su bandera: en definitiva, el problema que la humanidad ha enfrentado en los últimos 10.000 años es el *intercambio desigual*.

“La marcha triunfal del *valor de cambio* por la historia, dinamizada hace siete mil años con el paso del trueque al comercio, para después avanzar sobre hecatombes de víctimas del ‘progreso’ de la civilización, se acerca a su fin. En su última etapa, desde hace doscientos años, el capitalismo moderno ha revolucionado incesantemente las fuerzas productivas y las relaciones sociales. Pero no paró ahí. Generó la correspondencia antropológica que requería su modo de producción: el ser humano, funcional a sus intereses, como productor de mercancías y realizador de la plusvalía”.

“El máspreciado don de la humanidad, la razón, está siendo despojado de todos los elementos críticos, para quedar en un estado puramente instrumental. Por más criminales y amorales que sean los fines, la razón instrumental está a su servicio, con la única función de aportar los medios: desde el robo cotidiano de la plusvalía del trabajador, hasta la matanza científica de los opositores en el inframundo de la aldea global. La ética de la convivencia cívica y solidaria ha sido desplazada por la moral del más fuerte, que justifica la agonía de la mitad del género humano, en aras de su ‘incapacidad’ para competir en el moderno circo romano que es el mercado mundial”. (Ibíd., pp. 62-63.)

Dieterich se refiere a las transformaciones históricas como “proyectos”, es decir, define los grandes cambios históricos en términos de ideología, poniendo la historia patas arriba. Este es precisamente el método opuesto al materialismo histórico de Marx. El materialis-

mo histórico no explica la evolución de la humanidad en términos de las ideas de hombres y mujeres, sino que más bien explica la evolución de las ideas en relación a procesos objetivos que tienen lugar en las fuerzas productivas y las relaciones de propiedad que se desarrollan independientemente de la consciencia y voluntad humanas. Esto está muy claramente explicado en uno de las obras decisivas del materialismo histórico, *Contribución a la crítica de la economía política*, donde Marx explica la relación entre las fuerzas productivas y la superestructura.

“En la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. (...) El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. *No es la consciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su consciencia*”. (Federico Engels. Recensión de la *Contribución de la economía política*. Apéndice *Contribución a la crítica de la economía política* de Carlos Marx. Madrid. Editorial Comunicación. 1978. p. 259. El subrayado es mío.)

Más adelante, en la misma obra, escribe: “Cuando se estudian esas transformaciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren consciencia de este conflicto y luchan por resolverlo”. (Carlos Marx. *Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid. Editorial Comunicación. 1978. p. 43.)

Esto es justamente lo que Heinz Dieterich no hace. Es completamente falso y acientífico referirse al capitalismo, el feudalismo y las sociedades esclavistas como a un “proyecto histórico”. No fueron las ideas, planes y proyectos de las clases dominantes las que trajeron el cambio a la sociedad, sino que los profundos cambios en la sociedad en ciertos momentos encontraron en las mentes de hombres y mujeres una expresión confusa y deformada.

## UNA VISIÓN SENTIMENTAL DE LA HISTORIA

En la cita anterior hemos apreciado cómo Heinz puede enfurecerse y despotricar contra los males del capitalismo, cómo puede lloriquear y quejarse de la falta de ética y el robo, pero *no hay ni un solo átomo de análisis científico en ese pasaje entero*. En vez de eso, tenemos retórica sentimental y confusión teórica. Empieza por establecer su visión acientífica que divide toda la historia de la humanidad en dos periodos: antes y después de la producción de valores de cambio. Dado que el único sistema socioeconómico que se basa en la producción de valores de cambio es el capitalismo, que, como el propio camarada Dieterich señala, sólo ha existido en los últimos 200 años, todo esto es claramente erróneo.

Con su retórica sobre “hecatombes de víctimas del ‘progreso’ de la civilización”, el camarada Dieterich desea levantar la indignación del lector y puede que, incluso, lo logre. Pero es imposible llegar a una comprensión racional de la historia humana desde una posición puramente moralista y sentimental. Ciertamente, ha habido hecatombes de víctimas de las sociedades de clases en los últimos 6.000 años, y más. Pero, ¿hemos de deducir de este hecho que no ha habido progreso alguno en todo este periodo? Tal visión entraría en confrontación directa con el marxismo. Es meramente una repetición de la posición de Edward Gibbon, quien en el siglo XVIII mantenía que la historia es: “poco más que un registro de los crímenes, disparates e infortunios de la humanidad”.

A diferencia de Dieterich, el autor de *La historia de la decadencia y caída del imperio romano* era un excelente escritor y un historiador muy bueno. Sin embargo, Gibbon escribía en un tiempo en el cual el materialismo histórico no había sido todavía desarrollado. No era consciente de las principales fuerzas motrices de la historia y, particularmente, no apreciaba el papel de los factores económicos. Estaba bajo la influencia de las ideas racionalistas de la Ilustración francesa. Era, por tanto, normal que Gibbon enfocara la historia desde una posición moralista e idealista. Aún se puede aprender mucho de los escritos de Gibbon, pero este enfoque de la historia estaba condicionado por las limitaciones de su tiempo y presentaba, por tanto, sólo una cara de la moneda.

Desde el momento en que Dieterich coloca la palabra progreso entre comillas se puede deducir que no piensa que haya habido al-

gún progreso en los últimos 6.000 años. ¿No hubo avance alguno al pasar del arado de madera y el carro de bronce a la ciencia informática y la investigación sobre las células madre? Algunos intelectuales de clase media responderán a esta cuestión con la negativa. Se emocionan con los “buenos y viejos tiempos”, cuando los hombres y las mujeres trabajaban la tierra de sol a sol, dedicados a la agricultura de subsistencia y tareas agotadoras, viviendo de poco más que de pan y cerveza, y durmiendo en humeantes chozas sin las más mínimas medidas higiénicas. Luego vuelven a sus cómodos pisos de clase media, beben su ginebra con tónica y duermen a pierna suelta en dormitorios con aire acondicionado.

Los marxistas no enfocamos la historia desde una posición sentimental y moralista. Toda la historia ha sido una larga y ardua lucha de hombres y mujeres para elevarse por encima del nivel animal y convertirse en lo que siempre eran potencialmente: seres humanos libres. La condición previa para esto es la satisfacción de todas las necesidades humanas, de modo que los hombres y las mujeres cesen de ser esclavos de sus propios requerimientos materiales. Esto sólo se puede lograr cuando la industria, la agricultura, la ciencia y la tecnología alcancen un nivel de desarrollo suficiente que permita satisfacer todas las necesidades. Por tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas es la llave de todo el progreso humano, cultura y civilización. Quien no entienda esta verdad elemental estará siempre condenado a un enfoque filisteo de la historia.

El marxismo encuentra en el desarrollo de las fuerzas productivas, la construcción y creación de maquinaria, puentes, factorías, escuelas, universidades, carreteras, ferrocarriles y el desarrollo de la ciencia, la técnica y las habilidades, la clave para el desarrollo de la sociedad y de la lucha de clases por el excedente producido por el trabajo de la clase trabajadora. Vivimos en un periodo en el que el capitalismo ha demostrado ser incapaz de seguir desarrollando la sociedad. Esa es la premisa fundamental para la revolución socialista.

Hace más de 2.000 años, el gran filósofo griego Aristóteles escribió en su libro *Metafísica*: “Pues la filosofía apareció sólo cuando las necesidades básicas y las comodidades físicas y mentales habían sido satisfechas”. (Aristóteles, *Metafísica*, p. 55, Everyman’s Library, 1961.) La cultura y la civilización comienzan cuando el suficiente excedente es producido para liberar a, por lo menos, una sección de la sociedad de la necesidad de trabajar. Aristóteles también señala que las mate-

máticas y la astronomía surgieron originalmente en Egipto porque los sacerdotes no tenían que trabajar. Sin embargo, el desarrollo de las fuerzas productivas permaneció todavía a un nivel relativamente bajo. El excedente producido por el trabajo de los campesinos no era suficiente para liberar a todo el mundo de lo que la Biblia describe como la maldición del trabajo. Así, a lo largo de la historia, la cultura ha sido monopolizada por una minoría privilegiada. La estrecha base de producción social no permitía nada más. Por eso, el socialismo era materialmente imposible en el pasado. Es cierto que incluso hace 2.000 años había gente que defendía ideas comunistas, pero como la base material para el socialismo estaba ausente, sus ideas tenían necesariamente un carácter utópico y fantástico.

Engels señala que en cualquier sociedad donde el arte, la ciencia y el gobierno estén en manos de una minoría, esa minoría usará y abusará de su posición para su propio interés. Y esta tiene que ser la situación en tanto en cuanto el desarrollo de las fuerzas productivas permanezca en un nivel bajo. Sin embargo, durante los últimos 6.000 años ha habido un desarrollo casi continuo de las fuerzas productivas, aunque este fuera alcanzado por los métodos más brutales de explotación y opresión sobre la mayoría. Es posible indignarse ante la esclavitud, un sistema monstruoso e inhumano. Pero ha de reconocerse que toda nuestra cultura, ciencia y civilización vienen de las antiguas Roma y Grecia, cuya base era el trabajo de los esclavos. De la misma manera, el capitalismo entró en la escena de la historia exudando sangre por todos los poros. A pesar de ello, en pos de su propio beneficio, los capitalistas desarrollaron los medios de producción y, por tanto, inconscientemente sentaron las bases para una nueva fase cualitativamente superior del desarrollo humano: el socialismo.

Heinz Dieterich también se enfurece y despotrica contra la forma en la que el capitalismo explota a los trabajadores, a quienes describe como “el ser humano, funcional para sus intereses en cuanto productor y realizador de plusvalía”. “El don más precioso de la humanidad, la razón, está siendo desnudada de todo elemento crítico, para permanecer en un estado puramente instrumental”. Esto es “criminal” y “amoral” nos informa. Más aún, el capitalista no es nada más que un *vulgar ladrón* que perpetra un “*robo diario* de la plusvalía del trabajador”. La indignación moral del camarada Dieterich no conoce límites. Pero una vez más, aquí su análisis es defectuoso.

Su “máspreciado don, la razón”, ha sido de tal manera desnudada de sus elementos críticos que Heinz *confunde a Marx con Proudhon*.

Fue Proudhon, el precursor del anarquismo, quien afirmó que “la propiedad es un robo”, un argumento que Marx rechazó de plano. Tal afirmación puede ser útil como una proclama para la agitación, pero está completamente vacía de contenido científico. Marx respondió extensivamente a Proudhon en uno de sus primeros escritos, *La miseria de la filosofía*. O el camarada Dieterich no ha leído nunca esta obra o, como ocurre con el 99 por ciento de las obras de Marx, considera que ésta ha sido también superada por las teorías del Socialismo del Siglo XXI. Pero antes de considerar con más detalle esta notable y novedosa teoría, es necesario explicar brevemente esas ideas marxistas que, debido a las reveladoras nuevas teorías de Peters y Dieterich, son ahora supuestamente redundantes.

### SOBRE LOS ‘PROYECTOS HISTÓRICOS’

La concepción de la Historia de Peters y Dieterich no tiene nada en común con la posición del materialismo histórico. De una manera completamente acientífica, dividen toda la historia en dos compartimentos: el primer estadio, cuando supuestamente existía “el intercambio de equivalencias” (a través del trueque), y el resto de la historia, comenzando hace unos 12.000 años aproximadamente, desde cuando ha existido “intercambio desigual”. Trataremos de las teorías económicas de Dieterich y Peters en las siguientes dos secciones. Por el momento, nos limitaremos a la siguiente observación: la apropiación de excedente creado por la población trabajadora ha existido durante los últimos 10.000 a 12.000 años. Pero la manera en la que este excedente ha sido apropiado por una clase determinada y sobre la base de unas relaciones de propiedad determinadas ha cambiado muchas veces. Ésta no es una cuestión baladí, como Peters y Dieterich imaginan. Las leyes que mueven el capitalismo no son las mismas que las de la sociedad feudal o esclavista. El descubrimiento de estas leyes puede realizarse sólo a través de un análisis de las características concretas de cada sistema.

En *La ideología alemana*, Marx expone cuatro fases en el desarrollo de la sociedad y los medios de producción (excluyendo la etapa inicial de comunismo primitivo tribal): El modo de producción asiático, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo. ¿Fue llevada a cabo

la transición del comunismo primitivo tribal hacia la sociedad de clases por la decisión consciente de los jefes y sus bandas guerreras en el periodo neolítico? ¿Hubo algún Heinz Dieterich de la edad de piedra que persuadiera a nuestros ancestros de que cesaran de cazar pacíficos mamuts y osos de las cavernas y se convirtieran en vegetarianos? Basta con situar la cuestión en el terreno de lo concreto para darse cuenta de su carácter absurdamente idealista y ridículo.

Nosotros estamos más bien inclinados a buscar una explicación materialista, basada en los cambios climáticos que cambiaron la pauta migratoria de las manadas de animales salvajes y provocaron escasez de caza, forzando a la gente a depender más y más de productos silvestres, que gradualmente aprendieron a cultivar. El cultivo de cereales les llevó a adoptar una existencia sedentaria, creando los primeros asentamientos permanentes, de los que surgieron los primeros pueblos y ciudades. Esta es la base de lo que Gordon Childe ha llamado la revolución neolítica, probablemente la revolución más importante de toda la historia de la humanidad.

¿Es posible argumentar que la esclavitud fue el resultado del “proyecto histórico” de la clase dominante romana? En absoluto, el Estado romano se formó como consecuencia de una larga serie de guerras, primero con las tribus latinas vecinas y luego, más decisivamente, en las guerras con Cartago, una civilización más avanzada. La economía esclavista nació de las circunstancias concretas de esos tiempos. Estas guerras, como todas las otras guerras de ese periodo, dieron como resultado la captura de vastas cantidades de presos, que inflaron el colectivo de esclavos dedicados al trabajo en las minas y los grandes latifundios romanos.

Por citar sólo un ejemplo, cuando Tiberio Sempronio Graco asaltó Cerdeña, tomó cautivas a 80.000 personas, a quienes vendió en el mercado de esclavos de Roma, donde la expresión “tan barato como un sardo” se hizo popular. Este constante flujo de esclavos a bajo precio jugó un papel fundamental para estimular la economía esclavista. El trabajo esclavista tiene una contradicción fundamental: la productividad de un esclavo es muy baja, por razones obvias, y sólo resulta rentable si se emplea a escala masiva. Puesto que los esclavos no se reproducen en número suficiente, la constante reproducción de la mano de obra esclava sólo puede conseguirse a través de guerras u otros medios violentos. Desde ese momento, las guerras emprendidas por Roma a menudo tomaron el carácter de

cacerías de esclavos a gran escala. La guerra era un elemento necesario en la economía esclavista romana.

La extensión del trabajo esclavista no sólo destruyó la clase de campesinos libres, también degradó el valor del trabajo libre en general, reduciendo a los proletarios libres al mismo nivel de miseria que los propios esclavos. Por otra parte, una nueva clase de capitalistas romanos surgió puramente en base al dinero y la economía esclavista. Estos eran los “jinetes” o *equites* —quienes poco a poco apartaron a la vieja nobleza de los patricios y estaban en contienda permanente con estos últimos por el poder político—. Todos estos factores crearon graves antagonismos clasistas en el seno de la República Romana, llevando a una guerra feroz entre las clases.

## FEUDALISMO

¿Quizás el feudalismo se implantó en Europa como resultado del “proyecto histórico” de Atila rey de los Hunos? No, aunque sea triste decirlo, a las tribus bárbaras que conquistaron Europa como resultado de la caída del Imperio Romano no les guiaba ningún proyecto histórico, a menos que quemar ciudades, saquear y violar constituyera tal proyecto. Es cierto que sus acciones contribuyeron a acelerar la desintegración de un sistema socioeconómico que estaba ya en un avanzado estado de decadencia. Hacía tiempo que la economía esclavista se había agotado, hasta el punto de que la mayoría de los hacendados romanos había “liberado” a sus esclavos, convirtiéndoles en muchos casos en *coloni* ligados a la tierra. Este fue el embrión del vasallaje y el sistema feudal, perfeccionado posteriormente por los bárbaros, quienes erigieron una sociedad agrícola sobre las ruinas del Imperio Romano. Pero nada de esto fue el resultado de un plan consciente.

¿Es posible hablar de un proyecto para el capitalismo en el periodo de decadencia del feudalismo en Europa, desde la segunda mitad del siglo XIV? ¿Poseía la burguesía en el periodo de su ascensión un proyecto histórico? Vamos a ver. Las burguesías inglesa y holandesa de los siglos XVI y XVII tenían lo que podría ser descrito como tal proyecto. ¿En qué consistía ese proyecto? *Estaba basado en la religión y básicamente planteaba la perspectiva de la creación del reino de Dios en la tierra.* Este “proyecto” tuvo mucho éxito a la hora de inspirar a amplias masas a luchar contra la vieja sociedad feudal y su ideología que, da-

das las circunstancias, asumió un pelaje religioso. La Iglesia Católica Romana constituyó un baluarte poderoso contra el cambio y fue uno de los apoyos más importantes que encontró el orden feudal. Una de las primeras tareas de la naciente burguesía fue, por tanto, criticar y desenmascarar a la Iglesia. Esto se consiguió con Lutero, Calvino y otros defensores del Protestantismo.

En su esencia, la Reforma representa una lucha ideológica entre la burguesía y el viejo orden feudal. *Pero este contenido de clase no era en absoluto evidente en aquellos tiempos y no es acertado suponer que la burguesía tenía un plan consciente para tomar el poder y remplazar al feudalismo por el capitalismo.* Creían de verdad que estaban luchando por principios religiosos fundamentales, por las almas inmortales de los hombres y las mujeres, por el derecho de todo individuo a rendir culto como escogiera, sin la interferencia de sacerdotes y obispos. Debemos distinguir cuidadosamente entre los auténticos intereses de clase detrás de las grandes batallas revolucionarias de los siglos XVI y XVII en Europa y las formas ideológicas a través de las cuales estas luchas eran reflejadas en las mentes de los hombres y las mujeres de la época.

¿Cuál es la diferencia central entre las doctrinas protestante y católica? Es la diferencia entre la salvación a través de la fe y la salvación a través de las obras. La Iglesia de Roma enseñaba que incluso el mayor de los pecadores podía reducir su periodo en el purgatorio comprando perdones papales. Esta era una doctrina altamente conveniente, especialmente para los ricos señores feudales, quienes, después de una vida de libertinaje, podían obtener la salvación dejando sus riquezas a la Iglesia. Era aún más conveniente para la Iglesia, que gracias a ella se enriqueció enormemente.

La religión católica estaba firmemente enraizada en el modo de producción feudal, basado en la propiedad de la tierra y la servidumbre. El trabajo de los siervos proveía a los señores feudales de riqueza y privilegios. El terrateniente no necesitaba reinvertir en nueva maquinaria o tecnología moderna por la misma razón que en Roma los dueños de esclavos no necesitaban invertir en artefactos que ahorraran trabajo. Como los esclavos, los siervos eran forzados a prestar sus servicios gratis, trabajando en las tierras del señor por cierto número de días al año. El único uso que el señor daba a la riqueza extraída de sus siervos era relucir a través de imponentes manifestaciones de lujo, joyas, vestidos caros, etc. Podía permitirse también algo de generosidad, organizando fiestas y dando limosna

a los pobres. Cuando moría, podía incluso legar generosas sumas a la Iglesia para que se rezaran oraciones por su alma durante generaciones o se le dedicara una iglesia o una catedral. No es ningún accidente que la Baja Edad Media en Europa estuviera marcada por un auge en la construcción de iglesias de un lujo esplendoroso.

La burguesía en el periodo de su ascenso revolucionario (contrariamente a lo que ocurre ahora) despreciaba toda muestra de ostentación pública, incluyendo (sobre todo) la ostentación de la Iglesia. Las escrituras dicen: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy en medio de ellos”. (Mateo 18:20). La palabra griega *ekklesia*, de la que viene la palabra eclesiástico, no hacía referencia a un edificio, sino a una reunión. Por tanto, para los protestantes la construcción de enormes catedrales no era sólo un pecado, al malgastar el dinero, sino también una blasfemia. Sólo hemos de comparar el estilo de vida de la aristocracia feudal a la moralidad de la naciente burguesía en la fase de lo que Marx llamó la Acumulación Primitiva de Capital. El burgués medio vivía frugalmente, ahorrando cada moneda con el sólo propósito de su acumulación. Los burgueses y sus familias de aquellos tiempos vestían simples ropas negras. En la Holanda calvinista, después de la victoria de la primera revolución burguesa, toda manifestación de lujo fue prohibida. Esta austeridad puede apreciarse claramente en las pinturas de la época.

Frente a la doctrina eclesiástica de la salvación por las *obras*, la burguesía contrapuso la salvación por la *fe*. Esto significaba que cualquiera que creyera en Jesucristo podía esperar ser salvado. Esto era mucho más barato que la alternativa, y mucho más eficaz. Mi fe no me cuesta nada, mientras que la caridad y otras “buenas obras” pueden hacerme un buen agujero en el bolsillo. Los protestantes se opusieron al clero, insistiendo en que todo cristiano podía tener acceso directo a Dios a través de la Palabra Revelada, es decir, la Biblia. Ésta era una idea muy revolucionaria. Asestó un terrible golpe a todo el edificio de la Iglesia y, por tanto, a todo el orden feudal.

Dado que la Biblia contiene muchas ideas revolucionarias, denuncias a los ricos y demás, la Iglesia no permitía que los hombres y las mujeres de a pie tuvieran acceso directo a ella. Sólo los sacerdotes podían explicar sus contenidos al pueblo, y para erigir un muro inquebrantable entre la Biblia y el pueblo, ésta sólo estaba disponible en latín. Aquellos que intentaron traducirla a otras lenguas vernáculas fueron encarcelados y quemados en la hoguera

(William Tyndall, que tradujo la Biblia al inglés en el siglo XVI, fue ejecutado). Cuando Martín Lutero ofreció la Biblia al pueblo alemán en su propio idioma, encendió la llama que prendió la Reforma y la Guerra Campesina.

## LA REVOLUCIÓN INGLESA

No satisfecho con la afirmación (enteramente falsa) de que el socialismo no es posible a menos que todo el mundo acepte su Nuevo Proyecto Histórico, Dieterich quiere también infligir a todas las revoluciones del pasado su irrisorio esquema. Así, si aceptamos que el revolucionario “debe poseer un plan con un nuevo modo de producción y una nueva superestructura” para alcanzar el éxito, se sigue que Oliver Cromwell debió de haber tenido tal plan antes de tomar el poder. En otras palabras, debió de haber poseído su equivalente NHP para el siglo XVII, y Cromwell, como Jesucristo, debió haber sido también un moderado reformista social —justo como Heinz—.

En el siglo XVII en Inglaterra, la burguesía llevó a cabo una revolución que depuso al monarca y le cortó la cabeza. No era la primera vez en la historia que un rey había sufrido tal destino. Ésta, sin embargo, fue la primera vez que un rey había sido juzgado, sentenciado y ejecutado en nombre del pueblo. ¿Cuál era el “proyecto” de Oliver Cromwell? ¿Era establecer el capitalismo en Inglaterra? No, esta idea nunca entró en la cabeza de este pequeño propietario de East Anglia. Luchaba por el derecho de todo hombre a rezar como deseara, libre de toda interferencia de los obispos.

En realidad, Oliver Cromwell no tenía plan alguno ni para la superestructura ni para la economía. Y si lo tuvo, debió de mantenerlo muy en secreto, ya que no hay ninguna mención de tal plan en su voluminosa correspondencia y en sus numerosos discursos. Cualquiera que sepa algo sobre Cromwell, por mínimo que sea, sabe que su mayor motivación era religiosa. Sabemos que las luchas religiosas de los siglos XVI y XVII eran la expresión exterior de conflictos de clase más profundos, y que el significado histórico interior de estas luchas sólo podía encontrarse en la ascensión de la burguesía y las nuevas relaciones de producción (capitalistas). Pero atribuir a los líderes de tales luchas una conciencia previa de estos hechos es una majadería.

Uno puede decir que, objetivamente, Cromwell estaba sentando

las bases para el dominio de la burguesía en Inglaterra. Pero para hacer esto, para limpiar del camino toda la basura monárquico-feudal, tuvo primero que apartar a un lado a la atemorizada burguesía, disolver su parlamento y apoyarse en la pequeña burguesía, los pequeños granjeros de East Anglia (de los que formaba parte), y las masas plebeyas o semiproletarias del campo y la ciudad. Si despertó la voluntad luchadora de las masas, no fue a base de planes para la superestructura y la economía, sino apelando a la Biblia, los Santos y el Reino de Dios en la Tierra. Sus soldados no entraban en batalla cantando las glorias del Nuevo Proyecto Histórico, sino himnos religiosos.

Este espíritu de evangelización, que fue pronto cubierto con un contenido revolucionario (a veces comunista), fue lo que inspiró a las masas a luchar con tremendo valor y entusiasmo contra las huestes de Belcebú. Pero una vez en el poder, Cromwell no pudo ir más allá de las fronteras establecidas por la historia y los límites de las fuerzas productivas de la época. Se vio obligado a volverse contra el Ala Izquierda, suprimiendo por la fuerza a los *levellers*, persiguiendo una política que favorecía a la burguesía y el reforzamiento de las relaciones de propiedad capitalistas en Inglaterra. Al final, Cromwell disolvió el parlamento y gobernó como dictador hasta su muerte, cuando la burguesía inglesa, temerosa de que la revolución hubiera ido demasiado lejos y de que pudiera suponer una amenaza para la propiedad, devolvió la corona a los Estuardo. Una vez más, el gobierno de la burguesía se estableció, no de acuerdo a un plan preconcebido, sino como resultado de las condiciones objetivas de producción y las relaciones de clase que surgían de estas. El resultado final no guardaba relación alguna con las intenciones subjetivas (los “proyectos”) de Cromwell y sus camaradas.

### LAS METEDURAS DE PATA DE DIETERICH

Está muy bien que Heinz sea capaz de escribir sobre los temas más diversos. Pero de un escritor científico tenemos derecho a esperar un enfoque riguroso sobre los diferentes temas de los que trata. Si esto no es así, no le consideraremos un científico, sino un charlatán pretencioso. Veamos si nuestro Heinz es tan erudito como pretende. Puesto que le encantan las listas, hagamos nosotros una lista con algunas de sus meteduras de pata. Entre las innumerables

materias sobre las que escribe, está también la Revolución Inglesa del siglo XVII. En un artículo publicado en *Rebelión* bajo el título: *¿Existe una situación revolucionaria en América Latina?* (18/04/07) nos deja, como muestra de su sabiduría, las siguientes perlas:

“Cromwell sustituye las tres instituciones dominantes del viejo régimen, la monarquía, el Vaticano y la aristocracia, con el parlamento, la iglesia nacional protestante y la economía de mercado desarrollista”.

En una sola frase encontramos un error fundamental en cada línea, y a veces más.

*Metedura de pata número 1:*

Oliver Cromwell, colocándose a la cabeza de la pequeña burguesía revolucionaria y las masas semiproletarias, derrocó a la monarquía, resolviendo este problema con nítida precisión al separarle a Carlos I la cabeza del cuerpo. Pero es absolutamente incorrecto que el Vaticano, es decir la Iglesia Católica de Roma, fuera una de las “tres instituciones dominantes del viejo régimen”. De hecho, el Vaticano había sido expulsado de Inglaterra antes de que naciera Cromwell, y aquel jugó un papel escaso o nulo en la Revolución Inglesa. Carlos I estaba casado con una francesa católica, pero ésta estaba obligada a practicar su religión en privado, ya que la celebración de los ritos de la Iglesia Católica *estaba prohibida por la ley* en Inglaterra, lo cual es una situación hartamente extraña si realmente fuera una de las “tres instituciones dominantes del antiguo régimen”.

*Metedura de pata número 2:*

Carlos I no era católico, sino protestante y, de hecho, *era la cabeza de “la iglesia protestante nacional”, que, según nuestro amigo Heinz, sólo fue establecida tras su derrocamiento.* De hecho, la iglesia protestante nacional (la Iglesia de Inglaterra) fue establecida por Enrique VIII, quien rompió con Roma en el siglo anterior. Como Enrique, Carlos I ostentaba el título de *fidei defensor* (Defensor de la Fe). ¿A qué fe se refería este título? No a la Católica Romana, sino a la Protestante (Anglicana).

*Metedura de pata número 3:*

El establecimiento de la Iglesia Anglicana (mucho antes de Cromwell y la Revolución Inglesa) condujo a una ruptura completa

con el Vaticano. Exceptuando el breve reinado de la reina María, los agentes del Vaticano tuvieron que desarrollar sus actividades clandestinamente en Inglaterra, teniendo que recurrir a conspiraciones e intentos de asesinato contra el monarca inglés. Es verdad que el ritual de la Iglesia no cambió sustancialmente. La principal diferencia era que la Iglesia Nacional Protestante reconocía al monarca inglés como su cabeza, y no al Papa de Roma. Carlos I, como titular de la Iglesia Nacional Protestante, nombraba a los obispos, que tenían considerable poder. Esta Iglesia no fue fundada por Cromwell, a la que ni siquiera pertenecía. Pertenecía a una Iglesia Protestante más radical, la de *los Independientes* —llamada así precisamente porque eran independientes de la iglesia nacional establecida—.

Los Puritanos, quienes estaban divididos en una multiplicidad de Iglesias y sectas, que fueron precursoras de los clubes de la Revolución Francesa y de los partidos políticos modernos, tenían muchas diferencias, pero todos estaban unidos en una cosa: su *total oposición a la iglesia nacional establecida*, a la que correctamente veían como un instrumento en manos de la monarquía reaccionaria. El nombramiento de los obispos y la obligación de pagar a la iglesia establecida (protestante), al igual que los lujosos rituales, eran anatema para ellos. *Oliver Cromwell no estableció la iglesia nacional, sino que la abolió*. Esto es precisamente lo opuesto a lo que Dieterich escribe. Lo que Cromwell en realidad estableció fue la libertad individual de rezar como cada uno deseara.

#### *Metedura de pata número 4:*

La lucha entre la burguesía y el viejo régimen en Inglaterra empezó como una lucha entre el Rey y el Parlamento. Pero el Parlamento de Londres estaba dominado por los ricos mercaderes que no tenían deseo alguno de abolir la monarquía, y constantemente intentaban alcanzar un compromiso con el rey y establecer una monarquía constitucional en la que el poder estaría dividido entre la burguesía y la aristocracia representativa del viejo orden. Incluso en el siglo XVII la burguesía estaba jugando un papel contrarrevolucionario dentro de su propia revolución. La burguesía en el parlamento hacía la guerra al rey sin mucho entusiasmo, perdiendo al principio todas las batallas, hasta el punto de que parecía que el rey ganaría. Sólo cuando Cromwell y otros líderes más radicales de la pequeña burguesía revolucionaria entraron en escena, tomando el control del

movimiento, empezó el campo revolucionario a ganar una batalla tras otra.

Vemos el mismo fenómeno en los primeros pasos de cada revolución. El ala moderada se levanta e intenta frenar a las masas, mantener la revolución dentro de los límites aceptables para la clase dominante y llegar a un compromiso. Esta es precisamente la posición de Heinz Dieterich hoy. No tenemos ninguna duda de que si nuestro amigo hubiera vivido en la Inglaterra del siglo XVII hubiera apoyado, no a Cromwell, y aún menos a las tendencias comunistas representadas por los *levellers* y los *diggers*, sino a los moderados presbiterianos del parlamento que intentaron llegar a un acuerdo con el Rey.

Oliver Cromwell finalmente *hizo uso del ejército revolucionario para disolver el parlamento*, y gobernó como dictador hasta su muerte. No es, por tanto, cierto que Cromwell “sustituyera la monarquía por el parlamento”, como Dieterich afirma. Más bien sustituyó a la monarquía y al parlamento por él mismo. Sólo después de la muerte de Cromwell, la cobarde burguesía inglesa se atrevió a restablecer el parlamento que él había abolido e invitó al último hijo del rey, Carlos Estuardo, a volver de su exilio francés para gobernar de la mano de la burguesía. Tal arreglo tampoco duró mucho. A Carlos II le sucedió Jaime, que era verdaderamente católico y estúpidamente intentó volver atrás en el tiempo. La burguesía se vio obligada a sacar a los Estuardo del trono y a invitar al holandés Guillermo de Orange a que se convirtiera en el Rey Protestante de Inglaterra, en un golpe de estado que cómicamente fue bautizado como la “revolución gloriosa”. Esto fue en 1688, cuando hacía ya algún tiempo que Cromwell había muerto. Este es el verdadero origen de la monarquía constitucional inglesa, un compromiso entre la monarquía y la burguesía del que el “experto constitucionalista” Dieterich parece ignorarlo todo.

#### *Metedura de pata número 5:*

La verdadera razón por la que Heinz Dieterich saca a colación a Oliver Cromwell no es exactamente su deseo de encontrar una verdad histórica (como hemos visto, no hay ni un solo átomo de verdad en todo su análisis de la revolución inglesa). Su verdadero motivo es escamotear su noción antimarxista y acientífica del “proyecto histórico”. La economía de mercado, a la que Dieterich se refiere, no fue inventada por Cromwell. Ya existía y, de hecho, había existido

en Inglaterra durante, al menos, los últimos dos siglos en forma embrionaria. Indudablemente, la victoria de Cromwell sobre las fuerzas de la reacción aristocrática y feudal dio un impulso poderoso para el posterior desarrollo de estas tendencias capitalistas. Las brillantes victorias militares de Cromwell y sus generales, especialmente sobre Holanda, establecieron la superioridad incuestionable del poder marítimo inglés. Esto, por su parte, preparó el camino para el rápido desarrollo del comercio de ultramar y la conquista de las colonias. La victoria de los Puritanos en la Guerra Civil reforzó la agricultura capitalista en Inglaterra y una política educativa ilustrada ayudó al desarrollo de la investigación científica. Pero nada de esto fue resultado de un plan preconcebido por Cromwell o ningún otro. Fue el resultado lógico de una particular concatenación de circunstancias históricas.

¿Qué conclusiones podemos sacar de todo lo anterior?:

- 1) Heinz Dieterich no sabe nada sobre la Revolución Inglesa.
- 2) No obstante, Heinz Dieterich escribe sobre la Revolución Inglesa.
- 3) Por tanto, no es necesario saber sobre algo para escribir sobre ello.
- 4) *La prueba de esto se encuentra en todos los demás escritos de Heinz Dieterich.*

### LA REVOLUCIÓN FRANCESA

No están mejor las cosas cuando examinamos la Revolución Francesa de 1789-93. Es cierto que la revolución fue precedida y preparada por una intensa lucha ideológica. Los mejores representantes de la ascendente burguesía francesa chocaron con las ideas, moralidad y filosofía del decadente régimen feudal-absolutista. Las ideas de los *philosophes* y enciclopedistas, materialistas como D'Alambert, Holbach, Diderot, y pensadores radicales como Voltaire y Rousseau representan uno de los puntos más altos de la historia de la filosofía. La crítica de las ideas y valores existentes encontró su reflejo en la literatura, notablemente en las obras de Beaumarchais. ¿Acaso aquí no podemos hablar de un proyecto histórico burgués? Hace ya mucho tiempo que esta pregunta fue respondida por Engels en *Anti-Dübring*.

“Los grandes hombres que iluminaron en Francia las cabezas para la revolución en puerta obraron ellos mismos de un modo sumamente revolucionario. No reconocieron ninguna autoridad externa, del tipo que fuera. Lo sometieron todo a la crítica más despiadada: religión, concepción de la naturaleza, sociedad, orden estatal; todo tenía que justificar su existencia ante el tribunal de la razón, o renunciar a esa existencia. El entendimiento que piensa se aplicó como única escala a todo. Era la época en la que, como dice Hegel, el mundo se puso a descansar sobre la cabeza, primero en el sentido de que la cabeza humana y las proposiciones descubiertas por su pensamiento pretendieron valer como fundamento de toda acción y toda asociación humanas; pero luego también en el sentido, más amplio, de invertir de arriba, abajo en el terreno de los hechos, la realidad que contradecía a esas proposiciones. Todas las anteriores formas de sociedad y de estado, todas las representaciones de antigua tradición, se remitieron, como irracionales, al desván de los trastos; el mundo se había regido hasta entonces por meros prejuicios; lo pasado no merecía más que compasión y desprecio. Ahora irrumpía finalmente la luz del día; a partir de aquel momento, la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión iban a ser expulsados por la verdad eterna, la justicia eterna, la igualdad fundada en la naturaleza y los inalienables derechos del hombre.

*“Hoy sabemos que aquel Reino de la Razón no era nada más que el Reino de la Burguesía idealizado, que la justicia eterna encontró su realización en los tribunales de la burguesía, que la igualdad desembocó en la igualdad burguesa ante la ley, que como uno de los derechos del hombre más esenciales se proclamó la propiedad burguesa y que el Estado de la Razón, el contrato social roussoniano, tomó vida, y sólo pudo cobrarla, como república burguesa democrática. Los grandes pensadores del siglo XVIII, exactamente igual que todos sus predecesores, no pudieron rebasar los límites que les había puesto su propia época”.* (Federico Engels. *Anti-Dühring*, Madrid. Editorial Grijalbo. 1977. pp. 17-18. El subrayado es mío.)

¿No queda la cuestión lo suficientemente clara? Engels, el materialista, explica que el “proyecto histórico” de la burguesía francesa era *sólo una ilusión* —de la misma forma que las ideas de la burguesía inglesa en el siglo XVII habían sido también una ilusión—. De hecho, todo periodo histórico tiene sus ilusiones —las ideas fantásticas que representan un reflejo distorsionado de las auténticas relaciones

sociales en la mente de la gente—. Esto ya fue explicado por Marx y Engels en una de las primeras obras del socialismo científico, *La ideología alemana*.

“Este método histórico, que en Alemania ha llegado a imperar, y la causa de su dominio en este país, preferentemente, deben ser explicados en relación con las ilusiones de los ideólogos, en general, por ejemplo, con las ilusiones de los juristas y los políticos (incluyendo entre éstos a los estadistas prácticos), en relación con los dogmáticos ensueños y tergiversaciones de estos individuos. Estas ilusiones, ensueños e ideas tergiversadas se explican de un modo muy sencillo por la posición práctica de los mismos en la vida, por los negocios y por la división del trabajo existente”. (Carlos Marx. *Feuerbach: Oposición entre las concepciones materialista e idealista*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2006. p. 103)

Más de 150 años después está claro que ciertos ideólogos alemanes no han conseguido liberarse todavía del punto de vista idealista que Marx y Engels ridiculizaban en esas líneas. Toda esta charlatanería acerca del “proyecto histórico” se reduce a eso.

### SOCIALISMO Y CAPITALISMO

Es enteramente falso decir que el capitalismo surgió como resultado de un plan consciente o proyecto de la burguesía. Contrariamente al socialismo, el capitalismo puede surgir espontáneamente del desarrollo de las fuerzas productivas, y así lo hace. Como sistema de producción, el capitalismo no requiere la intervención consciente de hombres y mujeres. El mercado funciona de la misma manera que un hormiguero o cualquier otro tipo de comunidad animal que se autoorganice, es decir, ciega y automáticamente. El hecho de que esto tenga lugar en forma anárquica, convulsiva y caótica, que sea extremadamente derrochadora e ineficiente y provoque los más monstruosos sufrimientos humanos, es irrelevante desde este punto de vista. El capitalismo funciona y ha estado funcionando —sin la necesidad de ningún control humano o plan— alrededor de 200 años. Para crear tal sistema, no es necesario ningún conocimiento especial. Este hecho tiene relación con la diferencia fundamental entre la revolución burguesa y la revolución socialista.

El socialismo es diferente al capitalismo porque, en contraposición a este último, requiere el control consciente y la administración de los procesos productivos por la propia clase trabajadora. No funciona, y no puede hacerlo, sin la intervención consciente de mujeres y hombres. La revolución socialista es cualitativamente diferente a la revolución burguesa porque sólo puede llevarse a cabo por el movimiento consciente de la clase obrera. El socialismo es democrático o no es nada. Desde el mismo principio, en el periodo transitorio entre el capitalismo y el socialismo, la administración de la industria, la sociedad y el Estado debe estar firmemente en las manos de los trabajadores. Debe haber el mayor grado de participación de las masas en el control y la administración. Sólo de esta manera es posible prevenir la ascensión de la burocracia y crear las condiciones materiales para moverse en dirección al socialismo: una formación social superior caracterizada por la total ausencia de explotación, opresión y coerción. Finalmente, llegamos a la progresiva y gradual desaparición de esa monstruosa reliquia de la barbarie, el Estado.

Aquí encontramos otra diferencia. Para conquistar el poder, la burguesía tuvo que movilizar a las masas contra el antiguo orden. Esto hubiera sido imposible si se hubiera declarado el propósito de establecer las condiciones necesarias para el gobierno de la renta, el interés y el beneficio empresarial. En vez de eso, la burguesía se posicionó a la cabeza como representante de toda la sufrida humanidad. En el caso de la Inglaterra del siglo XVII se suponía que luchaba por establecer el Reino de Dios en la Tierra. En la Francia del siglo XVIII la burguesía se presentaba como la digna representante del Gobierno de la Razón. Sin duda alguna, muchos de aquellos que lucharon bajo tales estandartes creían sinceramente que eran verdad. Nadie lucha contra viento y marea, arriesgándolo todo, sin esa especial motivación que nace de la convicción en la justicia de su causa. Los propósitos declarados en cada caso resultaron ser pura ilusión. El contenido real de las revoluciones inglesa y francesa era burgués y, dado el periodo histórico, no podía haber sido otra cosa. Y como el sistema capitalista funciona de la manera ya descrita, no importaba demasiado si la gente comprendía o no este funcionamiento. Sobre este tema, Trotsky escribió:

“Es completamente imposible buscar las causas de los fenómenos de la sociedad capitalista en la conciencia subjetiva —en las intenciones

o planes— de sus miembros. Los fenómenos objetivos del capitalismo fueron formulados antes de que la ciencia comenzara a pensar seriamente sobre ellos. Hasta hoy día la mayoría preponderante de los hombres nada saben acerca de las leyes que rigen a la economía capitalista. Toda la fuerza del método de Marx reside en su acercamiento a los fenómenos económicos, no desde el punto de vista subjetivo de ciertas personas, sino desde el punto de vista objetivo del desarrollo de la sociedad en su conjunto, del mismo modo que un hombre de ciencia que estudia la naturaleza se acerca a una colmena o a un hormiguero.

“Para la ciencia económica lo que tiene un significado decisivo es lo que hacen los hombres y cómo lo hacen, no lo que ellos piensan con respecto a sus actos. En la base de la sociedad no se hallan la religión y la moral, sino la naturaleza y el trabajo. El método de Marx es materialista, pues va de la existencia a la conciencia y no en el orden inverso. El método de Marx es dialéctico, pues observa cómo evolucionan la naturaleza y la sociedad y cómo la misma evolución es la lucha constante de las fuerzas en conflicto. (León Trotsky. *Qué es el marxismo*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 9.)

### ¿UN PROYECTO PARA EL SOCIALISMO?

Aún así, es incorrecto hablar de un *proyecto* para el socialismo. Esto implica un esquema o plan para la futura sociedad socialista. *Ese no era el método de Marx y Engels, sino el de los socialistas utópicos de principios del siglo XIX —Saint Simon, Fourier, Robert Owen y Weitling—*. Todos ellos tenían un proyecto histórico, es decir, un plan perfectamente elaborado para la futura sociedad socialista. Marx y Engels no tenían tales planes, y ésta es una de las mayores críticas que Dieterich *eleva* contra los fundadores del socialismo científico. Esto muestra que Dieterich gira en la órbita de la tradición del socialismo utópico del siglo XIX y no en la del socialismo científico. La elaboración de proyectos esquemáticos para la sociedad socialista del futuro nunca formó parte del método materialista de Marx y Engels, quienes se contentaron con dejar que las futuras generaciones dieran forma a tales detalles. Pero esto no significa que no ofrecieran idea alguna sobre el aspecto que el socialismo tendría. Al contrario, las líneas generales fueron ya trazadas por Marx y Engels en obras como la *Crí-*

*tica del programa de Gotha; El capital; La guerra civil en Francia y; Orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, entre otros escritos. Estas ideas fueron posteriormente desarrolladas por Lenin en sus escritos sobre el Estado, especialmente en *El Estado y la revolución*.

Contrariamente a los socialistas utópicos, Marx y Engels no inventaron esquemas (“proyectos históricos”) para la futura sociedad, sino que intentaron derivar sus ideas acerca del socialismo de las auténticas condiciones históricas y del movimiento real de la clase obrera. Hay elementos de la futura sociedad socialista ya presentes en el capitalismo, al igual que los elementos del capitalismo ya estaban tomando forma en las últimas fases del feudalismo. El poder obrero y el socialismo no son inventados por utópicos o por catedráticos de universidad a través de sus investigaciones ni nacen en los chat de Internet, sino que surgen de la lucha de clases y de la experiencia histórica concreta del proletariado.

Veamos un importante ejemplo del método materialista de Marx. En sus primeros escritos, incluyendo *El Manifiesto Comunista*, la cuestión del Estado no está realmente desarrollada, y la cuestión de las formas concretas de un Estado obrero (“la dictadura del proletariado”) no se trata para nada. Marx no inventó un proyecto para un Estado obrero ideal, sino que derivó su teoría de la dictadura del proletariado de la experiencia real de los trabajadores de París en 1871. La Comuna de París fue la base concreta sobre la que Marx desarrolló su teoría del Estado obrero en la transición del capitalismo al socialismo.

En la introducción a la segunda edición alemana, Marx y Engels escriben que consideraban que no podían alterar el texto de *El Manifiesto Comunista*, en parte porque ya era un documento histórico, y en parte porque en sus líneas generales, su mensaje había sido validado por la historia. Sin embargo, una importante modificación era necesaria a la vista de la experiencia de la Comuna de París, “donde el proletariado, por vez primera, tuvo el Poder político en sus manos por espacio de dos meses. La comuna ha demostrado, principalmente, que *‘la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado en bloque, poniéndola en marcha para sus propios fines’*”. (Carlos Marx y Federico Engels. *El Manifiesto Comunista*. Madrid. Fundación Federico Engels. 1996. p. 20. El subrayado en el original)

La concepción de Marx del poder obrero (la dictadura del proletariado) no era un proyecto utópico, sino un programa práctico para

el poder obrero, para la democracia obrera, que Marx no se sacó de la manga ni de sombrero de copa alguno, sino que derivó de la auténtica experiencia histórica de la clase obrera francesa. No fue Marx, ni ningún otro teórico socialista, quien inventó la “dictadura del proletariado”, sino los trabajadores de París, hombres y mujeres normales y corrientes. Este era el método que Trotsky tenía en mente al escribir:

“La ciencia no alcanza su meta en el estudio herméticamente sellado del erudito, sino en la sociedad de carne y hueso. Todos los intereses y pasiones que despedazan a la sociedad ejercen su influencia en el desarrollo de la riqueza y de la pobreza. La lucha de los trabajadores contra los capitalistas obligó a los teóricos de la burguesía a volver la espalda al análisis científico del sistema de explotación y a ocuparse en una descripción vacía de los hechos económicos, el estudio del pasado económico y, lo que es inmensamente peor, una falsificación absoluta de las cosas tales como son, con el propósito de justificar el régimen capitalista. La doctrina económica que se ha enseñado hasta el día de hoy en las instituciones oficiales de enseñanza y se ha predicado en la prensa burguesa no está desprovista de materiales importantes relacionados con el trabajo, pero no obstante es completamente incapaz de abarcar el proceso económico en su conjunto y descubrir sus leyes y perspectivas, ni tiene deseo alguno de hacerlo. La economía política oficial ha muerto. (León Trotsky. *Qué es el marxismo*. Madrid Fundación Federico Engels. 2003. p. 10)

A propósito, el tipo de Estado obrero que Marx tenía en mente nada tenía que ver con los monstruosos regímenes totalitarios y burocráticos que Dieterich, para su vergüenza, aún describe como “socialismo realmente existente”. Marx usaba el término “dictadura del proletariado” en un tiempo en el que la palabra “dictadura” no estaba acompañada por las connotaciones que hoy tiene, después de la pesadilla de los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini, Franco y Stalin, Pinochet y Videla. Tomó su idea de la República Romana, donde en tiempo de guerra, poderes especiales eran concedidos al “dictador” por un periodo de un año.

El Estado es siempre un instrumento para la dominación de una clase sobre otra, y el Estado obrero no es una excepción. El objeto del Estado obrero es vencer la resistencia de la vieja clase do-

minante, los antiguos propietarios, que jamás entregarán su poder, riquezas y privilegios sin luchar. Pero hay una gran diferencia entre un Estado obrero y todos los otros Estados que han existido anteriormente: estos eran y son Estados que representan los intereses de una pequeña minoría sobre la gran mayoría de la sociedad. Por tanto, el Estado fue siempre un monstruo burocrático, absorbiendo en gastos policiales, militares, judiciales, de prisiones, etc., una gran proporción de la riqueza creada por la clase obrera. Por el contrario, un Estado obrero será un estado que represente a la gran mayoría contra la pequeña minoría. Esto le dará un carácter completamente diferente.

La Comuna de París fue, de hecho, un modelo de democracia proletaria: “En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser remplazado por una milicia popular, con un plazo de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el mandato imperativo (instrucciones) de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un Gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables”. (Carlos Marx. *La guerra civil en Francia*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 65-66.)

### ¿QUIÉN INVENTÓ LOS SOVIETS?

Si Marx y Engels no inventaron la idea de un Estado obrero, tampoco Lenin inventó los soviets. La creación de los soviets en el curso de la Revolución Rusa de 1905 es otro ejemplo maravilloso del genio creativo del pueblo trabajador, una vez entra en el camino de la lucha. En ningún escrito de los grandes pensadores marxistas anterior a 1905 aparece la idea de los soviets. No se previeron en las páginas de *El Manifiesto Comunista*, y tampoco fueron la creación de

ningún partido político. *Fueron la creación espontánea de los trabajadores en lucha, el producto de la iniciativa y el genio creativo de la clase obrera.*

Los soviets representaban en primer lugar comités de lucha, asambleas de delegados elegidos en las fábricas. En la Rusia zarista no había oportunidad alguna de crear un movimiento de masas reformista con una aristocracia obrera privilegiada y una burocracia anquilosada a su cabeza. Existía un vacío que fue llenado por los soviets. Estos órganos embrionarios del poder obrero empezaron como *comités de huelga ampliados*. Los soviets surgieron primero al calor de la huelga general de octubre que cubrió toda Rusia. En ausencia de sindicatos de masas bien establecidos, los trabajadores en huelga pasaron a elegir delegados que comenzaron a reunirse en improvisados comités de huelga, que se generalizaron para incluir a todas las secciones de la clase.

Una vez más, vemos cómo la clase obrera, a través de la lucha, establece las formas organizativas que necesita para llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. Lenin comprendió inmediatamente la importancia de los soviets, al igual que Trotsky, quien fue elegido presidente del más importante de todos ellos: el soviet de San Petersburgo. Los bolcheviques de San Petersburgo, al contrario que Lenin, no entendieron los soviets. No actuaron como marxistas, sino como formalistas burocráticos. Aparecieron en el primer mitin del Soviet y leyeron una declaración por la cual el soviet debía unirse al partido o disolverse. Los delegados, alucinados, se encogieron de hombros y pasaron al siguiente punto en el orden del día.

Los marxistas se han basado siempre en el auténtico movimiento de la clase trabajadora. En Venezuela el movimiento por el control obrero vino de abajo. Es aún muy pronto para hablar de soviets en Venezuela, pero los elementos de los soviets existen en realizaciones como los comités de trabajadores y la “cogestión”. Los reformistas y burócratas están haciendo todo lo que pueden para evitar el desarrollo del movimiento por el control obrero. Todos ellos tienen sus “proyectos”, de un tipo o de otro (ninguno de los cuales cuestiona el capitalismo), pero insisten en que no hay condiciones para el control obrero en Venezuela, que los trabajadores están “demasiado atrasados” (porque no entienden el Nuevo Proyecto Histórico) y esto y lo otro.

Es realmente un escándalo que personas que se llaman a sí mismas socialistas (e incluso comunistas) se quejen del supuesto atraso

de los obreros y campesinos de Venezuela. A lo largo de todo el proceso revolucionario, las masas han mostrado un nivel muy alto de conciencia revolucionaria y madurez. Han sido en todo momento el auténtico motor de la revolución. La han salvado en cada momento crítico cuando ésta estaba en peligro. Aún así, hasta el día de hoy todavía hay esnobs de clase media que se atreven a hablar del “atraso” de las masas, de su supuesto escaso nivel político, inmadurez, etc. En realidad son los reformistas quienes carecen de conciencia revolucionaria y quienes están frenando el movimiento. Escondidos detrás de un lenguaje extravagante y de todo tipo de esquemas utópicos y reformistas, planes y “proyectos históricos”, su único papel es confundir y desorientar a los intelectuales y estudiantes que les toman en serio. Pero el auténtico movimiento de obreros y campesinos les dejarán muy atrás. Como los obreros en el soviet de San Petersburgo, simplemente se encogerán de hombros y pasarán al siguiente punto del orden del día.

### EL MARXISMO Y LA RELIGIÓN

La segunda parte del libro *El Socialismo del Siglo XXI*, Dieterich la dedica a la cuestión de Chávez y el cristianismo y la historia de éste. Algunos marxistas han criticado a Chávez por sus frecuentes referencias a Jesucristo como el primer socialista. Naturalmente, nuestro amigo Heinz tiene algo que decir sobre esto (él siempre tiene algo que decir). Incluso dedica su primer capítulo a ello. Como es habitual, desea “ayudar” al Presidente a aclarar algunas de sus ideas. Como es habitual, en vez de aclarar nada, todo lo enmaraña y lía. Hugo Chávez está a la cabeza de una nación mayoritariamente católica, y él mismo es creyente. Siempre ha distinguido cuidadosamente entre la reaccionaria jerarquía eclesiástica y los millones de trabajadores y campesinos religiosos. Esto es absolutamente correcto y cualquier marxista haría lo mismo. A pesar de sus creencias religiosas, los trabajadores y campesinos son revolucionarios, como los primeros cristianos también lo fueron. En su programa semanal de televisión *Aló Presidente* (el 27 de marzo de 2005) Chávez comentó:

“Soy un socialista de la nueva era, del siglo XXI, y decimos que el mundo debería revisar la tesis cristiano-socialista. Si Cristo viviera ahora sería socialista, y Simón Bolívar iría derecho hacia el socialismo”.

En una entrevista con la revista *Time* (en su edición del domingo 24 de septiembre de 2006) afirmaba: “Cuando me liberaron de la prisión (en 1994) y comencé mi vida política, ingenuamente tomé como punto de referencia la propuesta de Tony Blair de una ‘tercera vía’ entre capitalismo y socialismo: capitalismo con rostro humano. Ya no. Después de ver el fracaso de las reformas capitalistas en Latinoamérica apoyadas por Washington, ya no creo que sea posible una tercera vía. El capitalismo es la vía del diablo y la explotación, del tipo de miseria y desigualdad que destruye los valores sociales. Si usted mira las cosas realmente a través de los ojos de Jesucristo —quien yo creo que fue el primer socialista—, sólo el socialismo puede crear realmente una sociedad genuina”.

Más recientemente, Chávez ha recomendado a la jerarquía de la Iglesia Católica que leyera los trabajos de Marx y Lenin junto a la Biblia. No sabemos si han seguido su consejo, pero, como materialistas dialécticos, no creemos en la existencia del cielo o del infierno. Hay sólo un mundo y debemos luchar para que los hombres y las mujeres puedan vivir en él. Nuestro propósito es luchar por la transformación socialista de la sociedad a escala nacional e internacional. De todo corazón, damos la bienvenida a esta lucha a toda persona progresista, independientemente de cuáles sean sus creencias. Por tanto, damos la bienvenida a la oportunidad de diálogo entre marxistas y cristianos.

Está claro para cualquier persona con una cabeza sobre los hombros que el sistema capitalista es un sistema monstruosamente opresivo e inhumano que implica miseria indescriptible, enfermedad, opresión y la muerte de millones de seres humanos en el mundo. El deber de cualquier persona con algo de humanidad es apoyar la lucha contra tal sistema. Sin embargo, para luchar eficientemente, es necesario elaborar un programa, una política y unas perspectivas serias que puedan garantizar el éxito. Creemos que sólo el marxismo (el socialismo científico) proporciona tal perspectiva. Nosotros, como marxistas, invitamos todos a luchar para transformar sus vidas y crear una sociedad genuinamente humana, que permita a la humanidad alcanzar su auténtica estatura. Creemos que los humanos tienen sólo una vida, y deberían dedicarse a hacer de ésta algo hermoso y provechoso. Luchamos por un paraíso en esta tierra, porque pensamos que no hay ningún otro.

En diciembre de 2006 fui invitado a participar en una conferencia panamericana de fábricas ocupadas. Tuvo lugar en la fábrica ocupada Cipla en Joinville, Brasil. En el estrado, junto a los luchadores de clase, la juventud revolucionaria y los representantes del movimiento de los campesinos sin tierra, MST, había un obispo. Ofreció un discurso muy revolucionario, apoyando al movimiento de los trabajadores y condenando a los explotadores a las llamas del infierno. En América Latina hay muchos sacerdotes honestos que viven junto a los obreros y campesinos, que se han situado en la perspectiva de clase de las masas, denunciando valientemente la explotación y la opresión. Es absolutamente correcto y necesario para los marxistas tender una mano amiga a estas personas honestas y, donde sea posible, involucrarlos en el movimiento revolucionario. Sin una actitud de total escrupulosidad hacia esta cuestión nunca conseguiríamos ganar a las masas para el socialismo.

El cristianismo comenzó como un movimiento revolucionario de los pobres y oprimidos en el periodo de decadencia del imperio romano. Hace 2.000 años los primeros cristianos organizaron un movimiento de masas de los sectores más pobres y oprimidos de la sociedad. No es sorprendente que los romanos acusaran a los cristianos de ser un movimiento de esclavos y de mujeres. Los cristianos primitivos fueron comunistas, como se desprende de *Los Hechos de los Apóstoles*. El propio Cristo se movía entre los pobres y desposeídos y atacaba con frecuencia a los ricos. No es casual que su primer acto al entrar en Jerusalén fuera echar del Templo a los mercaderes. Dijo también que es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el Reino de Dios. La Biblia está plagada de expresiones como ésta.

El comunismo de los primeros cristianos se hace evidente en el hecho de que en sus comunidades toda la riqueza era poseída en común. Cualquiera que quisiera unirse, tenía primero que despojarse de todos sus bienes mundanos. Por supuesto, este comunismo tenía un carácter algo inocente y primitivo. Esto no es una crítica de los cristianos de esa época, que eran muy valientes y no tenían miedo a perder la vida en la lucha contra el monstruoso Estado esclavista romano. Pero el auténtico logro del comunismo (es decir, de una sociedad sin clases) era imposible en aquellos tiempos, porque las condiciones materiales para ello estaban ausentes.

## CRISTIANISMO Y COMUNISMO

La investigación arqueológica moderna y, en particular, el descubrimiento de los Manuscritos del Mar Muerto han confirmado completamente las tesis de Karl Kautsky en su brillante libro *Los orígenes y fundamentos del cristianismo*. Kautsky explicó hace ya cien años que los primeros cristianos eran miembros de una secta radical judía, los esenios, que propugnaban ideas comunistas y practicaban una comunidad de bienes hasta que los romanos acabaron con ellos. Los Padres de la Iglesia fueron francos en sus denuncias de la propiedad privada y abogaron por compartir la riqueza. En el siglo III, Juan Crisóstomo, obispo de Bizancio, era partidario del comunismo. Pero, gradualmente, los que ocupaban los puestos superiores de la Iglesia se fueron separando de las masas y cayeron cada vez más bajo la influencia de clases ajenas. Se inclinaban a buscar un acuerdo con las autoridades, especialmente cuando la clase gobernante se dio cuenta de que era imposible suprimir la nueva religión por la fuerza y que era necesario desarmarla incorporando a sus líderes al Estado.

Más tarde, cuando la Iglesia Cristiana fue tomada por el Estado bajo el emperador Constantino, el mensaje revolucionario originario del cristianismo fue expurgado de los registros históricos y las escrituras fueron purgadas para satisfacer los intereses del Estado romano. De una forma similar, las genuinas ideas de Lenin y del Partido Bolchevique fueron retorcidas y tergiversadas por la burocracia estalinista de Rusia después de la muerte de Lenin en 1924. El Emperador Constantino ordenó a los obispos que se pusieran de acuerdo en una versión ortodoxa de la Biblia y, cuando éstos se demoraron en la tarea, rodeó con sus soldados el edificio donde se reunían e impidió la entrada de agua y comida. Y pronto, claro está, llegaron a una conclusión satisfactoria.

Las prolongadas y sangrientas guerras contra los movimientos heréticos a finales del imperio romano fueron la forma en la que la genuina herencia del cristianismo primitivo fue destruida a sangre y fuego. Hoy sólo conocemos las opiniones de los herejes a través de los escritos de la Iglesia –sus enconados enemigos–. Es como intentar comprender las ideas de Hugo Chávez leyendo los documentos del Departamento de Estado Norteamericano. Pero está claro que sectas como los donatistas en el norte de África defendieron ideas

comunistas hasta que fueron exterminados por el Estado romano con el apoyo entusiasta de la jerarquía de la Iglesia.

Desde entonces, la Iglesia Cristiana se convirtió en fiel servidor del Estado y la clase dominante. Los obispos, que obtuvieron riquezas y poder, sirvieron los intereses de los emperadores y más tarde los de los monarcas feudales y terratenientes. Pero había todavía un problema. A pesar de los intentos sistemáticos de purgar la Biblia de todo su contenido revolucionario, aún quedaban muchos pasajes con un carácter claramente subversivo. Este problema se solucionó manteniendo la Biblia en latín, un idioma que nadie entendía fuera de un grupo muy restringido de sacerdotes y eruditos. La traducción de la Biblia por un puñado de hombres valientes (muchos de los cuales pagaron con su vida tal osadía) tuvo un importante papel en los movimientos revolucionarios de la Baja Edad Media. Aquellos que se revelaban contra el sistema feudal en su periodo de decadencia buscaron inspiración en los escritos y discursos de John Wicliffe (Inglaterra), Jan Hus (Bohemia) y Martín Lutero (Alemania).

Las ideas dominantes de cada época son las ideas de la clase dominante. Pero hay siempre otras que contradicen a aquellas y que reflejan los pensamientos y aspiraciones de las clases revolucionarias de la sociedad. En la Edad Media, e incluso después, la Iglesia dominaba la vida intelectual de la sociedad y, por tanto, todo movimiento revolucionario tenía primero que ajustar cuentas con la religión existente. Para hacer esto atacaron a la jerarquía de la Iglesia y desenmascararon su corrupción, mientras defendieron el mensaje original revolucionario de los primeros cristianos.

Las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII fueron realmente guerras de clase bajo el estandarte de la religión. Los husitas de Bohemia y los anabaptistas de Alemania expresaron ideas comunistas, tal y como hicieron los *levellers* y *diggers* durante la revolución inglesa de 1640-49. En todos estos casos se tomó como punto de partida al comunismo de los primeros cristianos y la Biblia.

Marx y Engels dieron por primera vez al comunismo un carácter científico. Explicaron que la auténtica emancipación de las masas depende del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (la industria, la agricultura, la ciencia y la tecnología), que crearán las condiciones necesarias para una reducción general de la jornada de trabajo y el acceso a la cultura para todos, como la única manera de transformar el modo en que los hombres y las mujeres piensan y se

comportan los unos con los otros. Las condiciones materiales en los tiempos del cristianismo primitivo no eran lo suficientemente avanzadas como para permitir tal desarrollo y, por tanto, el comunismo de los primeros cristianos permaneció en un nivel primitivo —el nivel de consumo (compartiendo la comida, la ropa, etc.), no fue un comunismo real basado en la propiedad colectiva de los medios de producción—.

Sin embargo, las tradiciones revolucionarias de los primeros cristianos no guardan relación alguna con la situación presente. Desde el Siglo IV después de Cristo, cuando el movimiento cristiano fue secuestrado por el Estado y convertido en un instrumento de los opresores, la Iglesia Cristiana ha estado al lado de los ricos y poderosos contra los pobres. Hoy, las principales Iglesias son instituciones extremadamente ricas, con estrechos vínculos con el gran capital. El Vaticano es dueño de un gran banco y posee enorme riqueza y poder, la Iglesia de Inglaterra es la mayor terrateniente del Reino Unido, etc.

Políticamente, las iglesias han apoyado sistemáticamente a la reacción. Sacerdotes católicos bendecían a los ejércitos de Franco en su campaña para aplastar a los obreros y campesinos españoles. El Papa apoyó a Hitler y Mussolini. En Brasil la jerarquía de la Iglesia no tuvo escrúpulo en colaborar con la dictadura militar, aunque muchos sacerdotes del bajo clero tomaron la posición de los trabajadores.

¿Qué significa esto? Que en realidad hay dos Iglesias: una que se solidariza con los intereses de los ricos y poderosos, la Iglesia de los terratenientes y capitalistas, y otra que se identifica con la causa de los pobres, los obreros y los campesinos. Es absolutamente necesario tender una mano amiga y entrar en diálogo con esta última, mientras se lleva a cabo una lucha implacable contra la primera. Nuestra tarea es poner punto final a la dictadura del Capital, que mantiene a la raza humana en estado de esclavitud. Para conseguir esto hemos de enfrentarnos a todo tipo de obstáculos. A lo largo de la historia las jerarquías de las Iglesias que han arraigado se han puesto siempre a favor del rico y poderoso. Pero los trabajadores y campesinos de a pie que también son creyentes quieren cambiar la sociedad.

Aunque desde un punto de vista filosófico el marxismo es incompatible con la religión, ni qué decir que nos oponemos a cualquier idea de prohibir o reprimir la práctica religiosa. Defendemos la completa libertad individual para profesar cualquier creencia religio-

sa, o ninguna. Lo que decimos es que debería haber una separación radical entre Iglesia y Estado. Las Iglesias no deben ser financiadas directa o indirectamente por el Estado, la religión tampoco debería ser enseñada en las escuelas. Si la gente quiere religión, debería entonces mantener a las iglesias exclusivamente a través de las contribuciones de cada congregación y predicar sus doctrinas en sus propios espacios.

El socialismo permitirá el libre desarrollo del ser humano, sin los constreñimientos de las necesidades materiales. En la medida en que los hombres y las mujeres sean capaces de tomar el control sobre sus vidas y desarrollarse como seres humanos libres, creemos que el interés en la religión —es decir, la búsqueda de consuelo en otra vida— declinará de forma natural. Por supuesto, se puede estar en desacuerdo con esta predicción. El tiempo dirá quién tiene razón. Entretanto, desacuerdos en tales asuntos no deberían impedir que todos los cristianos honestos se den la mano con los marxistas en la lucha por un mundo mejor. La lucha de clases encuentra su expresión en la iglesia, y esto es particularmente cierto en América Latina. Se refleja en la Teología de la Liberación y en tendencias progresistas similares dentro de la Iglesia. Los marxistas consideramos importantísimo este fenómeno. Entendemos que es nuestro deber entrar en discusiones amistosas con esta tendencia y animar a la evolución de los cristianos hacia el socialismo y el marxismo.

### ¿ERA JESUCRISTO UN REFORMISTA?

En la Biblia Dios crea al hombre a su imagen y semejanza. Ahora Heinz Dieterich trasplanta al pasado su reformismo del Siglo XXI y lo recrea a su propia imagen y semejanza. El presidente Chávez siempre se refiere a Jesús como a un *revolucionario y un socialista*. ¿Qué pasa con Dieterich? Éste transforma a Jesucristo en un *socialdemócrata reformista*. En vez de valerosos revolucionarios y comunistas, los primeros cristianos se convierten en respetables *reformadores sociales y liberales*. “La referencia a Jesús como a primer socialista es aplicable desde el plano ético de la praxis reformadora del Nazareno y de las convivencias sociales de las primeras comunidades cristianas, es decir, desde el tercer y cuarto nivel de la existencia humana (antropológica)”. (Dieterich, *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, p. 21.)

La prosa de Heinz, siempre de pesado caminar, empieza aquí a

arrastrarse de una forma más dolorosa de lo habitual. Pero no importa. Hagamos, al menos, el intento de descubrir de qué pie cojea. Aquí continúa, ignorante de la perplejidad del lector o indiferente a ella:

“Las primeras comunidades solían llamarse *Ekklesia*, tomando el término y la praxis [¿cómo le encanta a Dieterich esta palabra!] de las asambleas populares del sistema político de Atenas, que era la primera democracia participativa en una sociedad de clases de occidente, regida por una combinación de sistemas electorales y aleatorios (por sorteo), una democracia participativa que, sin embargo, no era universal, sino elitista, porque excluía a las mujeres, los metecos, esclavos y libertos”. (Ibíd., p. 22.)

No es correcto decir que las primeras comunidades cristianas se moldearan en las instituciones de la democracia ateniense esclavista. Karl Kautsky señaló hace cien años que las primeras comunidades cristianas derivaban de las comunidades esenias, que eran rigurosamente judías y rechazaban toda mezcla con extranjeros. Las últimas investigaciones sobre las comunidades esenias de Qmran, en Galilea, confirman plenamente este análisis. Los esenios eran una secta judía revolucionaria, que profesaba posiciones comunistas increíblemente similares a las ideas contenidas en *Los Hechos de los Apóstoles*. Se dice que su fundador fue torturado y ejecutado por los romanos, quienes finalmente destruyeron la comunidad Qmran en el Siglo I. Pero dejémosle continuar:

“Este avance de la democracia participativa real en la ‘iglesia de las catacumbas’, que después se pierde con su conversión en iglesia imperial, se repite en la praxis individual de Jesús. *La ética de la solidaridad, del respeto al otro, de la compasión con el pobre, el excluido, el discriminado y de la igualdad de los derechos humanos y oportunidades prácticas de la vida*, que predicaba y practicaba el Nazareno, fue, sin duda, un elemento progresista y antisistémico en el entorno represivo-tribal-machista de dominación palestino-romana que sufrían los habitantes de Palestina”. (Ibíd. El subrayado es mío.)

Habiendo demostrado que no entiende nada sobre la primitiva Iglesia Cristiana, Heinz se dispone a presentarnos a Jesús como si

fuera un *reformista del siglo XXI*, un tipo de *Tony Blair de Galilea*. El reverendo Tony Blair diría *amén* a todo esto con gran entusiasmo, como también lo harían todos los otros hipócritas, liberales y reformistas que encubren la naturaleza opresiva de la sociedad de clases con cortinas de humo levantadas por expresiones como “*igualdad de derechos*”, “*igualdad de oportunidades*”, “*la ética de la solidaridad*”, “*la compasión por los pobres*”, “*el respeto a los otros*” y similares sinsentidos vacíos y moralistas que sirven para dar cobertura al rico y al poderoso con su servilismo y su cobarde aprobación del statu quo. ¿Acaso no tenemos todos *iguales derechos* para convertirnos en multimillonarios a través de nuestra disposición al trabajo e iniciativa personal? ¿Acaso no tenemos todos *iguales oportunidades* para mejorar nuestra situación trabajando duro? ¿Acaso los ricos no practican la *ética de la solidaridad* cuando dan dinero para obras de caridad? ¿Acaso no muestran *compasión por los pobres* cuando lloran por el destino de los millones que se mueren de hambre en África? Quizás lo hagan, pero nada de ello cambia la situación en lo más mínimo.

El escritor francés Anatole France puso en evidencia esta hipocresía de una manera muy eficaz al escribir: “En su majestuosidad, la ley hace a los ricos iguales a los pobres: a ambos se les prohíbe dormir bajos los puentes de París”. Engels señaló que *todos los derechos presuponen desigualdad* y, por tanto, son derechos *burgueses*. Los primeros cristianos no luchaban por la igualdad de derechos, sino por el Nuevo Jerusalén. No eran reformistas sociales como Dieterich, sino revolucionarios y comunistas. Esa es la razón por la que fueron fieramente perseguidos por el Estado romano.

# IV

## HISTORIA Y ECONOMÍA POLÍTICA



## ¿TRATA EL MARXISMO DE LA ECONOMÍA ‘EN GENERAL’?

El marxismo, como hemos visto, trata de la historia en forma concreta, no de manera abstracta. El materialismo histórico trata cuidadosamente de las diferentes fases históricas a través de las cuales la humanidad se ha desarrollado, y explica las leyes particulares que gobiernan las diferentes formaciones socioeconómicas. Las leyes que gobiernan la sociedad esclavista no son las mismas que las leyes que gobiernan el feudalismo, y éstas últimas no son iguales a la ley que mueve la sociedad capitalista. Cada una de ellas debe ser examinada separadamente, y la tarea del materialismo histórico no es imponer una teoría preconcebida, sino derivar las leyes del movimiento de la sociedad de un estudio detallado de cada caso particular. Trotsky explica todo esto con mucha claridad en su magnífica introducción a *Qué es el marxismo*:

“La finalidad de Marx no era descubrir las ‘leyes eternas’ de la economía. Negó la existencia de semejantes leyes. La historia del desarrollo de la sociedad humana es la historia de la sucesión de diversos sistemas económicos, cada uno de los cuales actúa de acuerdo con sus propias leyes. La transición de un sistema a otro ha sido determinada siempre por el aumento de las fuerzas de producción, por ejemplo, de la técnica y de la organización del trabajo. Hasta cierto punto, los cambios sociales son de carácter cuantitativo y no alteran las bases de la sociedad, entre ellas, las formas prevalecientes de la propiedad. Pero se alcanza un nuevo punto cuando las fuerzas productoras maduras ya no pueden contenerse más tiempo dentro de las viejas formas de la propiedad; entonces se produce un cambio radical en el orden social, acompañado de conmociones. La comuna primitiva fue reemplazada o complementada por la esclavitud; la esclavitud

fue sucedida por la servidumbre con su superestructura feudal; el desarrollo comercial de las ciudades llevó a Europa, en el siglo XVI, al orden capitalista, el que pasó inmediatamente a través de diversas etapas. Marx no estudia en *El Capital* la economía en general, sino la economía capitalista, que tiene sus leyes específicas propias. Sólo de pasada se refiere a otros sistemas económicos con el objeto de poner en claro las características del capitalismo.

“La economía de la familia de agricultores primitiva, que se bastaba a sí misma, no tenía necesidad de la ‘economía política’, pues estaba dominada, por un lado, por las fuerzas de la naturaleza y, por el otro, por las fuerzas de la tradición. La economía natural de los griegos y romanos, completa en sí misma, fundada en el trabajo de los esclavos, dependía de la voluntad del propietario de los esclavos, cuyo “plan” estaba determinado directamente por las leyes de la naturaleza y de la rutina. Lo mismo puede decirse también del Estado medieval con sus siervos campesinos. En todos estos casos las relaciones económicas eran claras y transparentes en su crudeza primitiva. Pero el caso de la sociedad contemporánea es completamente diferente. Ha destruido esas viejas conexiones completas en sí mismas y esos modos de trabajo heredados. Las nuevas relaciones económicas han relacionado entre sí a las ciudades y las villas, a las provincias y las naciones. *La división del trabajo ha abarcado a todo el planeta. Habiendo destrozado la tradición y la rutina, esos lazos no se han compuesto de acuerdo con algún plan definido, sino más bien al margen de la conciencia y de la previsión humana.* La interdependencia de los hombres, los grupos, las clases, las naciones, consecuencia de la división del trabajo, no está dirigida por nadie. Los hombres trabajan los unos para los otros sin conocerse entre sí, sin conocer las necesidades de los demás, con la esperanza, e inclusive con la seguridad, de que sus relaciones se regularizarán de algún modo por sí mismas. Y lo hacen así o, más bien, quisieran hacerlo”. (León Trotsky. *Qué es el marxismo*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. pp. 8-9.)

Estas líneas explican con admirable precisión y claridad la esencia del método del materialismo dialéctico de Marx. ¿Cómo comparar esta claridad científica con el método de Dieterich? En su obra *El Socialismo del Siglo XXI*, página 39, éste nos da un paseo apresurado por la historia de la humanidad, empezando con las primeras he-

rramientas de piedra hace aproximadamente 800.000 años. Calcula que la división del trabajo (en la forma de división de actividades dentro de la familia) empezó hace cerca de 80.000 años. Salta luego a la domesticación de los animales y el descubrimiento de la agricultura, que él calcula aproximadamente desde hace 12.000 años. Luego inmediatamente introduce el trueque y el intercambio. Todo esto parece haber sido tomado de Arno Peters, pero la ausencia de comillas en las citas hace imposible saber dónde acaba Peters y dónde comienza Dieterich. Pero, como ambos comparten las mismas confusas ideas, éste es sólo un asunto secundario.

De una manera completamente acientífica y ahistórica, Dieterich divide toda la historia de la humanidad en dos partes: la temprana fase del comunismo primitivo tribal, que, afirma, estaba basado en el principio de “equivalencias”, y el resto. Sin el menor fundamento, pone juntos en un mismo grupo a la sociedad esclavista, el feudalismo y el capitalismo. Todas estas sociedades, dice él, estaban basadas en hacer dinero (crematísticas) y en el “intercambio desigual”, mientras que previamente el intercambio se realizaba sobre una base equivalente.

Esta perspectiva completamente ahistórica viene de Arno Peters, hombre de consumado éxito en el arte de mezclarlo todo en un lío irremediable. *Es absolutamente erróneo meter en un mismo saco a diferentes sistemas socioeconómicos con diferentes leyes del movimiento, y diferentes formas de extraer la plusvalía.* Es también completamente erróneo describir el trueque, la primera forma de intercambio, como un *intercambio de equivalentes*. Igualmente, es falso decir que el sistema capitalista está basado en un intercambio desigual. Marx dice *precisamente lo contrario* en el primer volumen de *El Capital*. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

La presentación que Dieterich hace de las etapas del desarrollo humano es extremadamente esquemática y superficial. En particular, los orígenes del comercio están presentados de una manera sumamente confusa. En las páginas 41-42 del mismo libro, se nos informa de que la transición del trueque al intercambio comercial se produjo hace alrededor de 7.000 años, y que “Hace más de cinco mil años, este nuevo orden económico, creado por el comercio y la guerra, se impuso en una parte tan grande del mundo poblado en aquel entonces, que podemos hablar del inicio de una nueva época, de la economía nacional, la cual lentamente dejó a un lado la economía

local. En este contexto, entendemos por ‘nación’ a un ente estatal que ha crecido históricamente con su propia tradición y con orientación hegemónica; incluimos aquí entonces todas las comunidades que rebasan el marco de la autosuficiencia local, tal como se han sostenido desde la formación de las primeras ciudades-Estados hace cinco mil años, en su carácter y estructura, hasta la actualidad”.

“Esta nueva época, la economía nacional, comenzó alrededor del año 3.000 antes de nuestra cronología, cuando en los valles de los ríos Nilo, Éufrates y Tigris, del Indos y del Huang-Ho se unió una mayor cantidad de gente para domar la fuerza de los ríos y usar el agua para sus fines”.

A esta altura, según Dieterich, “el comercio y la apropiación privada de la tierra conducen a una sumisión del hombre por el hombre”. En realidad, no había propiedad privada de la tierra en las tempranas civilizaciones de Mesopotamia, Egipto, China y el río Indo. En todos estos casos la tierra era propiedad del Estado, que estaba en las manos del monarca y la casta sacerdotal. En el Egipto bajo los otomanos, el sultán (es decir, el Estado) poseía casi la totalidad de la tierra de cultivo. El Estado imponía gravámenes a los campesinos y controlaba el riego por medio del trabajo obligatorio (*corvée*). En su base, como fue a menudo el caso con el modo de producción asiático, los clanes tenían control de la tierra y el Estado les permitía continuar con la agricultura de subsistencia sin intervenir, salvo para extraer los impuestos y el corvée. La propiedad privada de la tierra fue introducida sólo a partir del siglo XIX con las reformas de Muhammad Ali, aunque el viejo sistema ya había sido socavado por la extensión de la propiedad privada a través de las hipotecas, empeños, etc. Sin embargo, todo esto tuvo lugar a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX y no “3.000 años antes de nuestra cronología”.

La auténtica propiedad privada de la tierra no empieza con Egipto, Mesopotamia, China e India, hace 5.000 años, sino con Grecia y Roma en fecha muy posterior. En *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels explica que la propiedad en la antigua Atenas era originalmente de las gens, pero que en una fase superior de la barbarie esta estructura se vino abajo:

“En la época heroica, las cuatro tribus de los atenienses aún se hallaban establecidas en distintos territorios del Ática. Incluso parece ser que las doce fraternidades que las componían tuvieron su ubicación solariega en las doce ciudades de Cécrope. La constitución era la misma de la época heroica: asamblea del pueblo, consejo del pueblo y basileus. Hasta donde alcanza la historia escrita, se ve que el suelo estaba ya repartido y era propiedad privada, lo que se corresponde con el comercio y la producción mercantil relativamente desarrollados que observamos ya hacia el final del estadio superior de la barbarie. Además de granos, se producían vinos y aceite. El comercio marítimo en el mar Egeo iba pasando cada vez más de los fenicios a los griegos del Ática. Muy pronto los miembros de las gens, fraternidades y tribus tuvieron que mezclarse a causa de la compraventa de la tierra y de la creciente división del trabajo entre la agricultura y los oficios manuales, el comercio y la navegación. En las comarcas de las fraternidades y las tribus se establecieron habitantes que, aun siendo del mismo pueblo, no formaban parte de dichas corporaciones y, por consiguiente, eran extraños en su propio lugar de residencia, ya que cada fraternidad y cada tribu administraban ellas mismas sus asuntos en tiempos de paz, sin ir a Atenas a consultar al consejo del pueblo o al basileus. Naturalmente, todo residente en el territorio de la fraternidad o de la tribu que no perteneciese a ellas no podía tomar parte en esa administración”. (Federico Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2006. pp. 117-118.)

El debilitamiento de la vieja constitución gentilicia dio paso a la propiedad privada de la tierra, a una creciente diferenciación social y a la lucha de clases, que en la historia posterior de Atenas fue muy aguda. Esto apenas fue el caso en las civilizaciones más antiguas mencionadas por Dieterich, donde las diferenciaciones de clase existían pero sólo en forma no desarrollada. Encontramos manifestaciones ocasionales de conflictos de clase en el antiguo Egipto (la primera huelga de la que existe noticia es una huelga de trabajadores en las pirámides), pero nada remotamente similar a las luchas de clase y revoluciones políticas que conmovieron Grecia y Roma.

No es casualidad que el desarrollo del feudalismo y el capitalismo tuviera primero lugar en Europa, y no en Asia, donde el modo de producción asiático ha permanecido, hasta hace relativamente poco, ralentizando el desarrollo económico y social. En verdad, la “eco-

nomía asiática”, en la que la propiedad privada de la tierra era prácticamente desconocida, fue sólo suplantada por el capitalismo en el siglo XIX. En sus famosos artículos sobre la India, Marx señaló que cuando los ingleses conquistaron la India, éstos no podían comprender el sistema de propiedad de la tierra, que era completamente diferente a las relaciones capitalistas que existían en su país.

En junio de 1853 Engels escribía a Marx: “La base de todos los fenómenos orientales debe hallarse en la ausencia de propiedad privada de la tierra”. Y atribuye la diferencia a factores climatológicos: “¿Pero por qué los orientales no llegan a la propiedad territorial, ni siquiera en su forma feudal? Creo que se debe principalmente al clima, junto a la naturaleza del suelo, especialmente con las grandes extensiones de desierto que, desde el Sahara, cruzan Arabia, Persia, India y Tartaria, llegando a la más elevada meseta asiática. El riego artificial es aquí la condición primera de la agricultura, y esto es cosa de las comunas, las provincias y el gobierno central”. (Carta de Federico Engels a Carlos Marx, 6 de junio de 1853. En la edición inglesa.)

Éste es sólo un ejemplo más del impresionismo de Dieterich y de su acientífica y descuidada presentación de los estadios históricos. Vamos a ver muchos más cuando salta, sin parpadear, 5.000 años hasta el siglo XX, e, ignorando completamente todas las fases intermedias (sociedad esclavista, feudalismo y el modo de producción asiático), llevándonos inmediatamente de las primeras ciudades estado al día de hoy. Para un hombre capaz de pasar en un par de páginas de las bacterias a la invasión de Kosovo, la descripción de la historia entera de la humanidad es un mero juego de niños. Heinz Dieterich muestra el mismo rigor en relación a la evolución humana que el que ya mostró en relación al universo. Con la misma alegría, Dieterich pasa por encima de 5.000 años de historia. Mete alegremente en el mismo saco a diferentes sistemas socioeconómicos, sin preocuparse en absoluto por exactitud histórica alguna.

El confuso método que Dieterich utiliza no es una casualidad. En la página 49 del libro mencionado leemos lo siguiente: “Si analizamos la economía y su historia con respecto a la totalidad de los principios que crearon su base, encontramos sólo dos arquetipos: la economía equivalente, bajo cuyo régimen la humanidad ha vivido durante casi 800 mil años desde el inicio de su historia económica, y la economía no-equivalente, la cual hace aproximadamente 6 mil

años empezó a poner la economía sobre una nueva base, y que sometió a todo el mundo a su sistema”.

Aquí, como en el resto de su libro, Dieterich pone la realidad patas arriba. Los diferentes sistemas productivos que caracterizan a la sociedad humana desde sus comienzos en los albores de la historia hasta la actualidad no fueron nunca construidos sobre principios de ningún tipo. Esa es una manera enteramente idealista de concebir la historia de la humanidad. *Por el contrario, los principios de la economía política han sido derivados en cada periodo de las relaciones productivas y sociales existentes.* En segundo lugar, ¿qué quiere decir Dieterich con una “economía de equivalentes”? Se refiere al intercambio de equivalentes. En el periodo al que apunta —alrededor de 800.000 años, desde la producción de útiles de piedra más simples a los principios de la sociedad de clases en el neolítico— no había intercambios sistemáticos, al igual que tampoco hubo equivalentes o nada que se le pareciera, como vamos a ver.

### MARX SOBRE EL TRUEQUE

Se cree que ha existido comercio a lo largo de buena parte de la historia humana escrita. Hay evidencia de la existencia de comercio desde hace más de 7.000 años. Peter Watson fecha la historia del comercio a larga distancia desde hace alrededor de 150.000 años. (P. Watson, *Ideas: a History of Thought and Invention from Fire to Freud*, Introducción. 2005.) Pero tal intercambio tenía un carácter accidental. No existían ni el dinero ni una clase mercante, y el comercio necesariamente tomó forma de trueque. En el primer tomo de *El Capital*, Marx trata del trueque. Merece la pena citar lo que tenía que decir sobre ello:

“El intercambio directo de productos reviste por una parte la forma de la expresión simple del valor, pero por otra parte no llega aún a revestirla. Dicha forma era:  $x$  mercancía A =  $y$  mercancía B. La forma del intercambio directo de productos es:  $x$  objeto para el uso A =  $y$  objeto para el uso B. Aquí, las cosas A y B no son mercancías con anterioridad al intercambio, sino que sólo se transforman en tales gracias precisamente al mismo. El primer modo en que un objeto para el uso, potencialmente, llega a ser valor de cambio es su existencia como no-valor-de-uso, como cantidad de valor de uso que rebasa las

necesidades inmediatas de su poseedor. Las cosas, en sí y para sí, son ajenas al hombre y por ende enajenables. Para que esta enajenación sea recíproca, los hombres no necesitan más que enfrentarse implícitamente como propietarios privados de esas cosas enajenables, enfrentándose, precisamente por eso, como personas independientes entre sí. Tal relación de ajenedad recíproca, sin embargo, no existe para los miembros de una entidad comunitaria de origen natural, ya tenga la forma de una familia patriarcal, de una comunidad índica antigua, de un estado inca, etcétera. El intercambio de mercancías comienza donde terminan las entidades comunitarias, en sus puntos de contacto con otras entidades comunitarias o con miembros de éstas. Pero no bien las cosas devienen mercancías en la vida exterior, también se vuelven tales, por reacción, en la vida interna de la comunidad. *La proporción cuantitativa de su intercambio es, en un principio, completamente fortuita. Si las cosas son intercambiables, ello se debe al acto de voluntad por el que sus poseedores resuelven enajenarlas recíprocamente. Aun así se consolida, de manera paulatina, la necesidad de objetos para el uso ajenos. La repetición constante del intercambio hace de él un proceso social regular. Con el paso del tiempo es forzoso que se produzca por lo menos una parte de los productos del trabajo con la intención de volcarlos en el intercambio. A partir de ese momento se reafirma, por una parte, la escisión entre la utilidad de las cosas para las necesidades inmediatas y su utilidad con vistas al intercambio. Su valor de uso se desliga de su valor de cambio. De otra parte, la proporción cuantitativa según la cual se intercambian, pasa a depender de su producción misma. La costumbre las fija como magnitudes de valor*". (Carlos Marx. *El capital*. Libro I. Tomo I. Madrid. Editorial Akal. 1976. pp. 122-123. El subrayado es mío)

En las sociedades primitivas el modo predominante de producción es o bien caza y recolección o agricultura local de subsistencia. *La gente no produce artículos para su intercambio* (mercancías) sino principalmente para su propio consumo (valores de uso). Ocasionalmente, estos productos se intercambiaban por los productos de otras comunidades. Esto toma la forma de trueque y tiene un carácter meramente accidental. Sólo gradualmente, después de un largo periodo, los bienes intercambiados adquieren con la costumbre un cierto valor. Marx continúa:

“En el intercambio directo de productos toda mercancía es directamente medio de cambio para su poseedor, y equivalente para su no-

poseedor, pero sólo en la medida en que tenga valor de uso para él. *Por tanto, el artículo que se cambia aún no ha adquirido una forma de valor independiente de su propio valor de uso o de la necesidad individual que experimentan los sujetos del intercambio.* La necesidad de esta forma se desenvuelve a la par del número y variedad crecientes de las mercancías que entran al proceso de intercambio. El problema surge simultáneamente con los medios que permiten resolverlo. Nunca se efectúa un tráfico en el que los poseedores de mercancías intercambien sus artículos por otros, y los comparen con éstos, sin que las diversas mercancías de los diversos poseedores de éstas, se intercambien dentro de ese tráfico con una tercera mercancía, siempre la misma, y se comparen con ella en cuanto valores. Dicha tercera mercancía, en la medida en que se convierte en equivalente de otras mercancías diversas, adopta directamente la forma de equivalente general o social, aunque dentro de límites estrechos. Esta forma de equivalente general brota y se desvanece con el contacto social momentáneo que le dio vida. Alternativa y fugazmente recae en esta mercancía o en la de más allá. Pero con el desarrollo del intercambio mercantil, se adhiere de manera firme y exclusiva a clases particulares de mercancías, o sea cristaliza en la forma de dinero. A qué clase de mercancías queda fijada es, en un comienzo, un hecho fortuito. Dos circunstancias, sin embargo, son en general las determinantes. La forma de dinero se adhiere o a los artículos de cambio más importantes provenientes del exterior, que de hecho son las formas naturales en que se manifiesta el valor de cambio de los productos locales, o al objeto para el uso que constituye el elemento principal de la propiedad local enajenable, como por ejemplo el ganado. Los pueblos nómades son los primeros en desarrollar la forma de dinero, porque todas sus pertenencias son móviles y revisten por tanto la forma de directamente enajenables, y porque su modo de vida los pone de continuo en contacto con entidades comunitarias distintas de la suya, incitándolos en consecuencia al intercambio de productos. A menudo los hombres han convertido al hombre mismo, bajo la forma de esclavo, en material dinerario original, pero nunca a la tierra. Esta idea sólo podía aflorar en la sociedad burguesa ya desarrollada. Data del último tercio del siglo XVII, y hasta un siglo más tarde, durante la revolución burguesa de los franceses, no se intentó llevarla a la práctica a nivel nacional”.

“En la misma medida en que el intercambio de mercancías hace sal-

tar sus trabas meramente locales y que el valor de las mercancías, por ende, se expande hasta convertirse en concreción material del trabajo humano en general, la forma de dinero recae en mercancías adecuadas por su naturaleza para desempeñar la función social de equivalente general: los metales preciosos”. (Ibíd. pp. 124-125. El subrayado es mío.)

El carácter accidental del trueque significa que los productos eran intercambiados de una forma más o menos azarosa. Gradualmente, a través de la experiencia y la costumbre, podría establecerse un cálculo aproximado en relación al valor de los diferentes productos: tantas pieles de castor a cambio de tanto tabaco, salmón, o maíz. Si estas relaciones reflejaban o no un intercambio de equivalentes es difícil de decir. La cuestión es que a esas alturas del desarrollo humano, tratamos no con el intercambio de valores de cambio, sino de *valores de uso*. Los miembros de una tribu del interior se sienten atraídos por las coloridas conchas que la gente de la costa les ofrece, quienes, a su vez, se sienten atraídos por las pieles de castor que los otros les muestran. Regatean y finalmente llegan a un acuerdo satisfactorio. ¿Están intercambiando equivalentes? En absoluto. Lo que están intercambiando son *valores de uso*. El valor toma aquí una expresión enteramente accidental. Esto no tiene nada en común con el intercambio bajo el capitalismo.

En el pasaje que acabamos de citar Marx se expresa con la claridad más absoluta. Lo que se intercambia en el trueque son valores de uso. A esa altura, por tanto, los artículos intercambiados “no han adquirido una forma de valor independiente de su propio valor de uso o de la necesidad individual que experimentan los sujetos del intercambio”. Los valores de uso son artículos para usar, y por consiguiente su valor está confinado, de un lado a sus características físicas, y del otro al hecho de que otra persona desee poseerlo. La forma en la que tales cosas son intercambiadas tiene un carácter mayormente arbitrario. Sólo más tarde, cuando el intercambio se convierte en norma, y el dinero (la “mercancía de las mercancías”) aparece en escena, esta situación comienza a cambiar. Es posible hablar de un intercambio universal de equivalentes sólo bajo el capitalismo. Esto es precisamente lo opuesto a lo que Dieterich y Peters defienden.

Dieterich basa todo su análisis histórico en la idea de una era de

equivalencia (modos de producción precapitalistas), que fue seguida del intercambio desigual (capitalismo). ¿De dónde saca esto? Ciertamente, no de Marx, quien explicó con gran detalle en las páginas de *El capital* que el capitalismo se basa en la producción de mercancías –la producción de valores de cambio– y el intercambio de equivalentes. No comprender que la explotación tiene lugar bajo el capitalismo a través del intercambio de iguales y por el intercambio de iguales, muestra una fundamental incomprensión de *El capital*. Al contrario que el capitalismo, los modos de producción precapitalistas están dominados por la producción de *valores de uso*. El intercambio es ocasional; el ratio de intercambio es accidental. Regalos y donaciones rituales son más importantes que el cálculo frío del interés personal. Aún así, según Dieterich y Arno Peters ésta fue la *era de la equivalencia*. Así, ponen la realidad patas arriba.

En el primer tomo de *El capital*, Marx muestra que el intercambio tiene su origen en *comunidades intercambiando con comunidades*, no *individuos con individuos*. ¿Por qué habrían de molestarse en intercambiar nada si podían producirlo ellos mismos? Pero comunidades dedicadas a diferentes tipos de actividades económicas tienen pocas probabilidades de conocer el valor de bienes que nunca han producido. Se dice que los nativos americanos vendieron Manhattan a los europeos por un puñado de abalorios. En qué forma representaba esto un “intercambio de equivalentes” nadie sabe. Como en todas las otras cuestiones, también en economía política Dieterich y Peters adoptan una actitud moralista y sentimental en vez de un enfoque científico. No siguen los pasos de Marx y Engels, sino de *Proudhon*. En una nota a pie de página en *El Capital*, Marx ridiculiza las teorías de Proudhon y revela su carácter utópico:

“Proudhon comienza por tomar su ideal de Justicia, de ‘justicia eterna’, de las relaciones jurídicas que corresponden a la producción de mercancías: de ese modo, se ha de notar, prueba, para consuelo de todo buen ciudadano, que la producción de mercancías es una forma de producción tan eterna como la justicia. Luego da la vuelta y busca reformar la producción real de mercancías, y el sistema legal que le acompaña, de acuerdo a su ideal. ¿Qué opinión deberíamos tener de un químico que, en vez de estudiar las leyes concretas de los cambios moleculares en la composición y descomposición de la materia, y sobre esa base resolviera problemas concretos, afirmara regular la

composición y descomposición de la materia con el uso de las ‘ideas eternas’ de ‘naturaleza’ y ‘afinidad’? ¿Acaso sabemos algo más sobre la ‘usura’ cuando afirmamos que contradice la ‘justicia eterna’, ‘la equidad eterna’, ‘la solidaridad eterna’, y otras verdades eternas que los padres de la iglesia cuando afirmaron que era incompatible con ‘la gracia eterna’, la ‘fe eterna’ y ‘la eterna voluntad de Dios?’” (Carlos Marx. *El Capital*. Libro I. Tomo I. Madrid. Editorial Akal. 1976. pp. 119-120.)

En otra nota escribe: “Con esto podemos hacer una estimación de cuán sagaz es el socialismo pequeño burgués, que, mientras perpetúa la producción de mercancías, pretende abolir el ‘antagonismo’ entre dinero y mercancías, y consecuentemente, ya que el dinero existe sólo en virtud de este antagonismo, persigue también la abolición del dinero mismo. De igual manera, podríamos intentar conservar el catolicismo sin Papa”. (Ibíd., p. 122).

Leer estas líneas no podemos sino preguntarnos: El enfoque de Peters-Dieterich sobre la historia económica de la sociedad ¿está más cercano a Marx o a Proudhon? La respuesta es bastante obvia. En una entrevista publicada en *Rebelión* el 2 de Enero de 2007 (*En Venezuela se han creado condiciones para construir el Socialismo del Siglo XXI*), leemos:

“P. ¿La economía del socialismo del siglo XXI es, entonces, un trueque?”

“R. No, esto es tan erróneo como la afirmación de que nadie sabe como construir el socialismo del siglo XXI. El problema de la injusticia económica no reside en el dinero. No tiene que ver con que una economía sea monetarizada o si funciona con el intercambio en especie (por permuta). En la relación explotativa entre el esclavo y el amo, una vez amortizado el pago inicial, no interviene el dinero, y es una de las más brutales que conoce la historia.

“Injusticia existe, cuando se intercambia un producto ‘A’ por un producto ‘B’, y sus valores —el tiempo laboral necesario para producir cada uno de ellos— no son iguales; es decir, cuando no se cambian equivalentes. Si se monetariza ese intercambio de valores desiguales (esfuerzos laborales desiguales), es decir, si se expresa en forma monetaria o natural, es secundario”.

Aunque en todas las sociedades de clase quien posee los medios de producción expropia la plusvalía creada por las clases explotadas, el modo de explotación es muy diferente en cada uno de los casos y éstos deben ser analizados concretamente. Es necesario analizar las diferentes formas de explotación desde un punto de vista científico, no desde la perspectiva de la moralidad abstracta y el sentimentalismo. Dieterich no hace esto. En vez de eso, coloca juntos, bajo un título puramente moralista (“injusticia”), la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado. Con tal método no aprenderemos nada sobre el fenómeno bajo consideración. Ya hemos visto que el trabajo asalariado en las sociedades poseedoras de esclavos era la excepción, no la regla. Mientras que la clase obrera moderna produce plusvalía que constituye la base de toda riqueza, el proletariado de la antigua Roma era una clase parasítica que vivía del trabajo de la clase productiva —los esclavos—. El proletariado antiguo y el moderno tienen, por tanto, muy poco en común.

Cuando Dieterich cita alguna autoridad en apoyo de sus teorías económicas, ¿a quién elige? No a Marx, tampoco a Adam Smith o Ricardo, ni a los fisiócratas franceses, ni a Hobbes ni a Locke, sino a Aristóteles. Este gran pensador, la mente más enciclopédica de la antigüedad, fue probablemente el primero en tratar de la economía política. La economía de Grecia, como la romana, era una economía esclavista. La mayor parte de la producción era agrícola (aunque hubo un desarrollo significativo de la industria de cerámica en Atenas) y era realizada por trabajo esclavo.

En la página 50 de *El Socialismo del Siglo XXI*, Dieterich se refiere a Aristóteles como al fundador de la ciencia económica (Marx había señalado esto hace ya tiempo). Heinz está muy impresionado por el hecho de que *Aristóteles tenía una actitud muy negativa hacia la “crematística”*. La “crematística” viene de la palabra griega para dinero, y Dieterich la usa como sinónimo de búsqueda de riqueza y ganancia. El gran filósofo consideraba esto como un uso anti-natural de las habilidades humanas, y una alteración de la economía. En la página 51, cita a Aristóteles:

“Con razón es criticada, porque no se orienta en la naturaleza, sino sólo pretende la explotación. Se le junta el oficio de usureros que es odiado por buenas razones porque obtiene su ganancia del dinero mismo y no de las cosas para cuya venta se inventó el dinero. Ya que

éste sólo pretendía facilitar el intercambio, pero el interés provoca que éste se multiplique por sí solo. Por esta razón, tal tipo de adquisición es el que más atenta contra la naturaleza”.

Heinz Dieterich nos ofrece otras citas en contra del egoísmo. Intenta asignar el origen de todos nuestros males a algún tipo de equivalente económico del Pecado Original, y requiere la presencia aprobadora de Aristóteles como testigo de su defensa. La conclusión que supuestamente debemos sacar es que Aristóteles fue, de alguna manera, un socialista primitivo —de hecho, un precursor del socialismo del siglo XXI—. Tal conclusión, sin embargo, sería enteramente falsa y ahistórica. ¿Por qué Aristóteles era hostil a la acumulación de dinero? *Porque la sociedad en la que Aristóteles vivió no se basaba en el intercambio o la usura, sino en la esclavitud. Para la aristocracia griega, cuya expresión ideológica era Aristóteles, la acumulación de dinero era considerada como una actividad despreciable. La búsqueda egoísta de dinero por el propio dinero era vista como una abominación.* En un tiempo en el que el centro del universo era la ciudad estado, el mayor objetivo en la vida no era hacer dinero, sino *servir al Estado*.

Por tanto, cuando Aristóteles expresó una actitud negativa hacia la práctica de acumular dinero, no hacía sino expresar la psicología de la clase dominante de su periodo. A propósito, *el mismo Aristóteles que denunciaba la práctica de acumular dinero también defendía la esclavitud.* No deberíamos culparle por esto, de la misma manera que tampoco deberíamos elogiarle por atacar la avaricia. En ambos casos, expresaba solamente la moralidad y las ideas aceptadas en su época e incluso este gran pensador fue incapaz de elevarse por encima de ese punto de vista. Nuestro Heinz entiende tan poco de la sociedad griega como de la Revolución Inglesa o la forma del universo. Pero esto no importa; en la oscuridad todos los gatos son pardos. Su punto de vista, vulgarmente abstracto y supra-históricamente moralizante, está mejor expresado en la vieja canción que dice: “El dinero es la raíz de todos los males”.

### ¿CAPITALISMO EN EL MUNDO ANTIGUO?

Si Dieterich quiere encontrar aliados en su cruzada contra lo “crematístico” puede encontrar montones de gente a quienes citar, no sólo a Aristóteles y otros escritores de la época de la sociedad

esclavista, sino a autores de formaciones socioeconómicas más anteriores y posteriores. De acuerdo con la teoría de la historia de Peters y Dieterich, todas estas formaciones tuvieron la misma base durante los últimos 6.000 años: la “crematística” y el “intercambio desigual”.

De hecho, la mayoría de las sociedades de la antigüedad no estaban basadas ni en el comercio ni el intercambio. No eran en absoluto economías de dinero. En tanto en cuanto el comercio existía, lo hacía en los márgenes de la sociedad antigua, aunque hubo, excepcionalmente, algunas naciones comerciantes como Fenicia. Pero estas no eran la norma. En cuanto el dinero y el comercio comenzaron a desarrollarse en el mundo antiguo se convirtieron en instrumento para socavarlo y allanar el camino hacia su disolución. En los *Grundrisse* Marx escribe:

“No se encuentra ni un solo trabajo de investigación entre los antiguos acerca de las formas de propiedad territorial, etc., que resultan más productivas o crean un máximo de riqueza. Este no es el objetivo de la producción, por más que Catón investigue cuál es el cultivo más provechoso de los campos, o Bruto preste dinero a la tasa más elevada de interés. La investigación se refiere siempre a encontrar la clase de propiedad que da lugar a los mejores ciudadanos”. (Carlos Marx. Incluido en *Formaciones económicas precapitalistas*. Madrid. Editorial Ayuso. 1977. p. 135.)

A la vista de todo esto no debería sorprender a nadie, salvo a nuestro amigo Heinz, que Aristóteles hablara en términos negativos sobre el comercio y cualquier otro tipo de actividad económica orientada a la extracción de beneficios. *El pensamiento económico antiguo en general era hostil al enriquecimiento y la acumulación privada de riqueza*. Esta actitud era consecuente con una economía mayormente cerrada y estática, basada en la agricultura y el trabajo esclavo. La usura (en el sentido original de cualquier interés) fue denunciada por numerosos líderes espirituales y filósofos de los tiempos antiguos, no sólo Aristóteles, también Platón, Cicerón, Catón, Séneca, Plutarco, Mahoma (el interés de cualquier tipo está prohibido por el Islam), Filo, Buda y Moisés. En la *De Re Rustica* de Catón leemos: “¿Y qué piensas de la usura?” – “¿Qué piensas tú del asesinato?” Encontraremos la misma actitud negativa hacia el comercio y la ganancia empresarial, no sólo

a lo largo de la Antigüedad, sino también en la Edad Media. Tan sólo con la disolución del feudalismo y el surgimiento de relaciones económicas capitalistas, encontramos el inicio de un cambio.

Los Diez Mandamientos condenan la avaricia (Éxodo 20:17). Salomón advirtió que la gente malvada es “dada a la codicia” (Proverbios 1:1019). Los profetas alzaron su voz contra la egoísta adquisición de bienes materiales: “¡Ay de los que en sus camas planean iniquidad y traman el mal! ... Codician los campos y los roban; codician las casas y las toman... He aquí, yo pienso traer sobre esta familia *un mal del cual no podrán sacar sus cuellos*”. (Miquea, 2:1-3). El profeta Amós advirtió a los Israelitas de que a causa de su avaricia rampante y de la explotación de los pobres, “Yo golpearé la casa de invierno junto con la casa de verano, y las casas de marfil perecerán. ¡Muchas casas serán arruinadas!” (Amós 2:6-7;3:1,14-15). Amós advirtió a los líderes Israelitas, quienes vivían en el lujo: “He aquí, vienen días sobre vosotros, en que se os llevará con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescar... e Israel definitivamente será llevado cautivo de su tierra”. Amós 4:1-3,5:27;7:11,17).

### ¿CAPITALISMO EGIPCIO?

No había clase capitalista en Egipto. Había pequeños comerciantes y prestamistas, pero no constituían una clase económica separada con influencia basada en la riqueza comercial. Existía el dinero pero no una economía monetaria. Se daba a las cosas un valor en oro, plata y cobre en pesos fijos. Los lingotes de plata eran marcados por los tesoreros del templo para facilitar el comercio, pero esto no condujo a un sistema monetario merecedor de tal nombre. El comercio se efectuaba mayormente sobre la base del trueque. La vida económica del país no se medía en dinero, sino por el número de barcos que pertenecían al tesoro del Estado. No se pagaba a los artesanos con dinero, sino en especie –grano, cebada, pescado, cerveza, etc.–. Bajo los Ramisssdes las cosas eran valoradas en sacos de cebada. Incluso en la literatura egipcia la riqueza se expresaba en graneros llenos, manadas de animales y pantanos abundantes en caza, y no en términos de oro y plata. Por lo tanto, no podemos hablar de una economía de intercambio en Egipto, sino sólo de un intercambio de valores de uso. ¿Significa esto que no había explotación? En absoluto. La explotación no necesitaba ponerse el disfraz

del intercambio. Tenía lugar abiertamente, ya fuera como esclavitud o, más a menudo, como un servicio obligatorio y no remunerado de trabajo (corvée) al templo o al Estado.

Aquí tratamos con lo que Marx denominaba el modo de producción de la antigüedad o asiático. Los principales factores eran la distribución nacional de la fuerza de trabajo (obras públicas), la acumulación de reservas de comida para evitar las peores consecuencias sociales de los años de escasas inundaciones, la provisión para los Dioses (es decir, para el faraón y la casta sacerdotal) y, por último, el comercio exterior. Como la población de Egipto era relativamente pequeña y las inundaciones en las riveras del Nilo creaban condiciones favorables para la agricultura, se producía normalmente un excedente por encima de las necesidades inmediatas, que podía intercambiarse. Esto era la condición inicial para el comercio, pero éste fue efectuado con mercaderes extranjeros fuera de las fronteras de Egipto. Dentro de las fronteras, la mayoría de la vida económica se conducía sobre la base de la economía de subsistencia y el trueque.

Un buen ejemplo de este tipo de comercio exterior fue la expedición que se envió hasta la tierra de Punt, exclusivamente para obtener incienso para quemar en el templo. El comercio estaba enteramente monopolizado por el Estado, que practicaba un proteccionismo estricto. En la Biblia leemos que los hermanos de Josué no podían comerciar sin informar al visir a cargo de los graneros. Los productos más importantes que Egipto importaba eran madera (del Líbano), y especias, cobre y bronce (de Asia). El comercio se realizaba principalmente a través del trueque, aunque gradualmente, en el Nuevo Reino, el oro y la plata fueron usados como medida de valor.

Por supuesto, había clases en Egipto. El idioma egipcio poseía un vocabulario complejo para describir las diferencias entre el hijo de un hombre de importancia y el de alguien que no poseía nada. La clase dominante egipcia disfrutaba de gran lujo sobre la base de explotación del campesinado. Pero cuando un faraón o un noble morían, su riqueza material y mundana era enterrada con él, casi como si formara parte de su cuerpo. Este detalle revela la diferencia con respecto al capitalismo. El propósito de la acumulación era una suerte de ostentación personal y extravagante, y, finalmente, el entierro de estas riquezas en preparación para la vida de ultratumba. De esta manera se sacaban, de hecho, enormes riquezas de la eco-

nomía, lo que a los antiguos egipcios les parecía algo completamente natural.

Una situación similar existía, con ciertas peculiaridades, en todas las otras sociedades que funcionaban sobre la base del modo de producción asiático. La villa comunal, la unidad básica de estas sociedades, era casi enteramente autosuficiente. Los pocos lujos accesibles a una población que practicaba la agricultura de subsistencia eran obtenidos en el bazar o de vendedores ambulantes que vivían en los márgenes de la sociedad. El dinero era escasamente conocido. Los impuestos del Estado eran pagados en especie. No había conexión alguna entre una población y otra y el comercio interior era débil. La auténtica cohesión la confería el Estado. Los horizontes mentales de los hombres eran limitados. La fuerza más poderosa en la vida de los hombres no era la “nación” (que es realmente un producto del capitalismo), sino la familia o el clan, que les educaban y enseñaban su historia, religión y tradiciones. Sobre política y el mundo en general sabían poco o nada. Su único contacto con el Estado era el jefe de la población, que era responsable de recaudar los impuestos. El sistema de impuestos y otros métodos de explotación, como el servicio de trabajo obligatorio para el Estado, eran opresivos pero eran tolerados como algo inevitable y como parte del orden natural de las cosas, sancionados por la tradición y la religión.

En semejante sociedad, las clases no podían desarrollarse de la misma manera que en Europa Occidental y la acumulación del capital permaneció a un nivel primitivo como capital mercantil y usura. Estas sociedades no estaban basadas en dinero, que existía en los márgenes de la sociedad, como explica Marx en *El Capital*. Mercaderes ricos se encontraban bajo la amenaza constante de impuestos extorsionadores, confiscación, encarcelamiento y tortura. En la mejor de las situaciones, los mercaderes eran tolerados y sometidos a gravámenes, en la peor se les arrebatában todas sus posesiones. Incluso sin esto, había problemas debido al sistema legal. Normalmente las leyes de herederos decretaban que las propiedades del fallecido fueran divididas entre sus herederos, produciendo una tendencia a la fragmentación del capital. Consecuentemente, el modo de producción asiático era, en sentido histórico, un callejón sin salida.

Aunque el comercio interior era débil, el comercio exterior tuvo un papel importante en aquellos imperios de la antigüedad. Las ascensiones y caídas de civilizaciones antiguas están muy a menudo

ligadas a cambios en las rutas comerciales. El comercio conectaba a los grandes imperios de oriente con occidente (por ejemplo, la Ruta de la Seda). Esto, al final, les llevó a su propia caída a causa de la expansión del capitalismo en los siglos XVIII y XIX. Cuando los navegantes europeos doblaron el Cabo de Buena Esperanza, al sur de África, para evitar a los invasores turco-mongoles, Asia se abrió rápidamente de par en par. La Rusia zarista (ella misma medio asiática en carácter) empujó hacia el este en dirección al Pacífico, conquistando los khanates de Asia Central, mientras que los británicos se movieron con paso seguro en dirección norte a través de la India. Los holandeses, franceses, portugueses y españoles ocuparon el resto. Después de una débil resistencia, China fue reducida al estatus de una semicolonía bajo la órbita de diferentes poderes imperialistas. Los imperios necesitan burócratas y contables. Éstos habían existido durante miles de años. Lo único que hicieron los imperialistas fue apoderarse de ellos y usarles para sus propios propósitos, como los mongoles habían hecho siglos antes. Pero esta vez las cosas eran diferentes. El sistema capitalista estaba en un nivel superior al modo de producción asiático y, consecuentemente, lo socavó y destruyó.

### **LA AMÉRICA PRECOLOMBINA**

Las cosas no se presentan mejor para la “economía de equivalencias” cuando posamos la mirada sobre los pueblos del continente americano. Si la comparación de la antigua Roma con el capitalismo moderno es engañosa, el intento de incluir en la ecuación las sociedades de la antigua América ofrece un resultado aún peor. Antes de la llegada de Colón en el año 1492, la mayoría de los pueblos de este continente no sabía lo que era el dinero, e incluso la propiedad privada existía sólo de una manera muy limitada.

Los incas se encontraban todavía en la época neolítica cuando los españoles los invadieron. No conocían el dinero. Estas sociedades precolombinas tienen un cierto parecido con aquellas basadas en el modo de producción asiático. El inca supremo era considerado como un descendiente del Sol. Sus oficiales controlaban los almacenes y los templos y organizaban el cultivo de las tierras del templo. Aunque la esclavitud existía (prisioneros de guerra), estas sociedades no se basaban en la esclavitud. En el México de los aztecas, los prisioneros de guerra eran sacrificados a los dioses, y el principal

objetivo de la guerra era la captura de prisioneros para este propósito. El trabajo no era voluntario, pero quienes lo practicaban no eran esclavos. Había probablemente un elemento de coerción, pero lo más importante era la costumbre, la tradición y la religión. La comunidad servía al rey-dios (o reina). Servía al templo (como en el antiguo Israel). Éste estaba asociado al Estado, y era el Estado. Los orígenes del Estado aparecen aquí mezclados con la religión, y este aura religiosa se ha mantenido a lo largo del tiempo hasta el día de hoy. Se enseña a la gente a considerar al Estado con sobrecogedora admiración y reverencia, como si fuera una fuerza por encima de la sociedad, por encima de los hombres y mujeres de a pie, quienes deben servirle ciegamente.

No queremos decir con esto que estos pueblos fueran atrasados. Habían obtenido un nivel muy alto de desarrollo económico y cultural. Incluso antes que los incas, los peruanos construyeron enormes murallas y fuertes. Fueron levantados por el Estado con equipos increíblemente numerosos de trabajadores. Igualmente impresionantes eran las demás obras públicas, como la construcción de carreteras. Hernando Pizarro escribió que nunca antes en toda la cristiandad había visto carreteras como las construidas por los incas en las montañas de los Andes. Las comunicaciones estaban altamente desarrolladas y los incas estaban muy bien informados, incluso sobre las partes más remotas de su imperio. Los mexicanos tenían sus postas de relevos cada dos leguas (casi 10 kilómetros) a lo largo de las carreteras. En el México precolombino existían códigos escritos, que registraban las formas de tenencia de la tierra y las obligaciones que éstas conllevaban. En Perú parece que este tipo de registros nunca se dio, no obstante, los incas mantenían archivos en forma de nudos (Quipus), que, según algunos expertos, podrían haber sido una forma de escritura.

A pesar de todos estos logros, es erróneo idealizar estas sociedades. Toda esta gigantesca estructura se apoyaba en la explotación de la base campesina. Aunque no eran esclavos, los campesinos estaban sujetos a una forma de trabajo obligatorio (corvé), reconocida por la costumbre y, si era necesario, impuesta por la fuerza. Como todas las otras sociedades basadas en la división en clases, las antiguas sociedades precolombinas de América Central y Perú dependían de la explotación del trabajo de los campesinos, quienes estaban obligados a ceder parte de su trabajo al Estado que, como en Egipto, estaba en manos de una casta sacerdotal privilegiada.

*Así, las sociedades precolombinas se basaban también en la explotación del trabajo y en la alienación de la plusvalía.* Los resultados de este trabajo alienado fueron a menudo espectaculares, y nos han legado algunos de los más grandiosos monumentos de la antigüedad. Estos monumentos fueron levantados para la mayor gloria de los gobernantes de estas sociedades. En el antiguo México, el rey de Tetzcuco, el segundo miembro más grande de la federación azteca, empleó, según se dice, a más de 200.000 trabajadores en la construcción de su magnífico palacio y parque. Pero el modo de apropiación era totalmente diferente al que existe bajo el capitalismo. Al igual que Egipto, su base no era el intercambio, ni igual ni desigual.

## GRECIA

Hegel dice que en oriente el espíritu que gobernaba era el de libertad para el Uno (es decir, el amo, el rey-dios), pero que en Grecia este espíritu era el de libertad para la mayoría, aunque correctamente lo definía como libertad para los ciudadanos de Atenas que no fueran esclavos, extranjeros o mujeres. En última instancia, toda la grandeza de la civilización griega estaba basada en el trabajo de los esclavos. A diferencia de Egipto, en Grecia la minería estaba en manos de capitalistas autorizados (dueños de esclavos). Los esclavos, que podían ser comprados y vendidos como enseres, eran objetos de producción, una herramienta con voz (*instrumentum vocale* como decían los romanos). *La esclavitud era la base de la democracia ateniense.* Pero para los ciudadanos libres era una democracia de lo más avanzada. Hasta octubre de 1917 no vio el mundo una forma más avanzada de democracia participativa. Este nuevo espíritu, infundido de humanidad e individualismo, afectó a la religión, la filosofía y arte griegos, que eran cualitativamente diferentes a los de Egipto y Mesopotamia.

En Grecia había una clara división entre clases, basada en la propiedad. La principal división era entre hombres libres y esclavos. Los hombres libres no solían pagar impuestos, que se consideraban degradantes (al igual que el trabajo manual). Cuando Atenas fue la joya de toda Grecia, no tenía ni tesorería ni un sistema de impuestos fijo. Esto era completamente diferente del sistema asiático en Persia y de otras civilizaciones anteriores. En estas últimas, como Hegel señala, todos los hombres eran esclavos de un amo, el rey-dios. Así,

las divisiones en clases estaban escasamente desarrolladas en relación a Grecia. La superioridad del sistema griego fue demostrada en el campo más decisivo: el de guerra. Derrotaron a los persas y procedieron a invadir y conquistar el imperio más poderoso de oriente. Los griegos reconocían las grandes cualidades de los guerreros orientales de élite, pero despreciaban a la masa de soldados auxiliares escasamente entrenada, que claramente había sido reclutada a la fuerza. La mayoría de ellos, por tanto, no tenían ni la disciplina ni la combatividad, que eran el orgullo y el distintivo de los ejércitos de ciudadanos griegos.

La Grecia antigua tenía una estructura socioeconómica diferente a la del modo de producción asiático, y, por consiguiente, un espíritu y una forma de ver el mundo también diferente. No era igual al de Egipto, Mesopotamia, Perú o México. La sociedad griega se había formado bajo condiciones diferentes. Las pequeñas ciudades estado de Grecia carecían de vastas extensiones de tierra cultivable, en contraste con las grandes llanuras del Valle del Indo y Mesopotamia. Enclavadas entre montañas poco fértiles, su horizonte era el mar, y este hecho determinó el curso de su desarrollo. Mal dotada para la agricultura, Grecia se vio forzada a echarse a la mar, convirtiéndose en una nación comerciante e intermediaria, como los fenicios lo habían sido antes. Esta fue la razón para el crecimiento del comercio y, hasta cierto punto, de la industria (cerámica ateniense). Parece ser que el dinero fue primero desarrollado por los Lidios de Asia Menor. Al principio, los metales preciosos eran usados como un medio para calcular el valor, luego sellos personales, originalmente introducidos para elaborar documentos, fueron usados para marcar los metales preciosos, produciendo monedas. Alrededor del año 600 a.C. las monedas se habían desarrollado como un medio de cambio. La mejora de los métodos de grabado y manufactura hizo posible la creación de un sistema de acuñación en masa, en lugar del más problemático sistema de estampar lingotes.

A finales del siglo VI a.C. nuevas técnicas permitían la separación de la plata del plomo. Esto condujo a un enorme incremento en la producción de plata en las minas atenienses de Laurion. Los estados de la Grecia Central fueron de los primeros en introducir monedas de plata. Aún así, cada ciudad tenía su propia acuñación. Esto significa que el intercambio no había alcanzado aún un carácter universal en esta fase. Atenas se desarrolló como un centro manufacturero y

comercial, especializándose en la producción de alfarería, particularmente las famosas vasijas negras con detalles figurativos, que alcanzaron la cima de su refinamiento entre los años 600 y 300 a.C.

Había una permanente escasez de buenas tierras agrícolas y, con una población creciente, un hambre de tierras constante. Esto fue parcialmente solucionado con la emigración y el establecimiento de colonias griegas en Sicilia, Italia, Francia y España. Pero a pesar del auge de la industria y el comercio, los atenienses aún consideraban la riqueza fundamentalmente en términos de la tierra, que era trabajada por esclavos y poseída por unas pocas familias ricas. Esto explica la actitud despreciativa y desconfiada mostrada por Aristóteles hacia la búsqueda de riqueza.

### ¿CAPITALISMO ROMANO?

Términos como proletariado romano y capitalismo romano son igualmente engañosos. Se basan en una analogía histórica superficial. En el último periodo de la República, las victorias romanas, especialmente en las guerras contra Cartago, añadieron nuevos territorios a su creciente imperio, incluyendo las prósperas colonias griegas y fenicias en la costa española. Esto dio nuevo ímpetu a la clase de capitalistas romanos que comerciaban en el Mediterráneo. España abrió de par en par sus valiosas minas de hierro y plata, que también eran trabajadas por esclavos en condiciones terribles. Roma simplemente tomó el relevo a Cartago. Esto condujo también a un desarrollo posterior del comercio y del intercambio y, por tanto, al surgimiento de la economía basada en el dinero. En cierto sentido, todo esto puede recordar a la ascensión del capitalismo en Europa en el siglo XVIII, y, en efecto, la palabra “capitalismo” es frecuentemente usada al hablar de esta fase del desarrollo romano. Aún así, aunque hay ciertos rasgos análogos, la comparación no es exacta. El capitalismo moderno depende del libre mercado de trabajo y bienes. La esclavitud a gran escala es incompatible con el capitalismo moderno, que abole la esclavitud a medida que se desarrolla. La Guerra Civil Americana es prueba suficiente para esta afirmación.

La base del capitalismo moderno es la acumulación de capital para su reinversión. Tal concepción habría resultado enteramente incomprensible a un capitalista romano. Una de las contradicciones más chocantes de la antigüedad es que, habiendo llegado tan cerca

de una economía capitalista, se quedara siempre en los límites, sin desarrollarse, cuando uno podría pensar que existía potencial para ello. Tomemos sólo un ejemplo. Los griegos alejandrinos inventaron una máquina de vapor que funcionaba, pero la consideraban como una mera curiosidad, un juguete. Nunca se les ocurrió pensar en su potencial productivo. ¿Y por qué deberían haberlo hecho? Con la disponibilidad de una masa enorme de trabajo esclavo barato, no había necesidad alguna de desarrollar la tecnología. Más aún, la tecnología es incompatible con el trabajo esclavo. Esclavos trabajando a la fuerza no tratarán con cuidado los instrumentos delicados, los romperán adrede. La mula se desarrolló en los estados sureños de los Estados Unidos porque no se podía confiar a los esclavos un animal como el caballo, demasiado delicado para sobrevivir al trato que éstos le daban. Sólo los instrumentos más rudimentarios y resistentes podían ser confiados a los esclavos.

Así, durante todo el periodo de la esclavitud, no se hicieron grandes avances en tecnología y la productividad permaneció en un nivel bajo. Los dueños de esclavos, como los señores feudales que les sucedieron, no estaban interesados en acumular para invertir. El propósito de la acumulación era su propio disfrute y consumo personal en una escala extravagante. Nos han llegado descripciones de extraordinarios banquetes, fiestas y orgías, en las que se consumían manjares tales como lenguas de alondra rellenas o perlas disueltas en vino. Este era el resultado final del trabajo esclavo, junto a festivales y juegos estrambóticos, vestidos de seda, edificios públicos colosales y, no menos importante, la distribución gratuita de grano a los desempleados romanos. Al igual que la nomenclatura “capitalista” no es realmente adecuada para describir las funciones de los romanos poseedores de esclavos, la palabra “proletariado” resulta engañosa cuando se aplica a los residentes de las ciudades en el Bajo Imperio Romano, por razones que ya hemos explicado. Existe una diferencia fundamental entre el proletariado moderno y el del mundo antiguo. La clase obrera moderna es la única clase realmente productiva (junto al campesinado, allí donde éste todavía existe), pero el proletariado romano no trabajaba, tenía un carácter enteramente improductivo y parasítico.

En los primeros tiempos de Roma el dinero no tuvo un papel importante en la vida económica de la sociedad. En sus comienzos, la República era una economía rural basada en la agricultura de

subsistencia. Su columna vertebral era la clase de los campesinos libres. Pero un largo periodo de guerras y conquistas acabaron por transformarla de forma radical. El dinero asumió entonces un papel cada vez mayor, primero como plata, más tarde como cobre y oro. Las relaciones monetarias llegaron a ser más importantes con el alza del comercio a escala internacional. Y, junto al comercio y la economía monetaria, el poder de los capitalistas romanos también se incrementó. Con el auge de la economía monetaria la antigua igualdad es destruida y en su lugar se observa un incremento de la polarización entre ricos y pobres que no corresponde ya a las viejas divisiones tribales entre plebeyos y patricios, nobles y comunes. Muy a menudo, el nuevo rico es plebeyo, incluso liberto. De esta manera nació la clase de “capitalistas” romanos –los caballeros o *equites*–, a quienes los Gracchi confirieron poder político, convirtiéndoles en una fuerza importante en la vida social y política romana.

En la medida en que se puede hablar de capitalismo al final de la República y durante el Imperio Romano, éste existía sólo en los márgenes de la economía romana, que no estaba basada en el comercio y el intercambio, sino en la propiedad de la tierra y la esclavitud. En cuanto al proletariado romano, éste consistía en campesinos sin tierra, arruinados por el auge de la esclavitud y los latifundios después de las Guerras Púnicas (264-241, 218-201 y 149-146 a.C.). El coste humano y económico de estas guerras fue inmenso. En la primera Guerra Púnica, en un periodo de cinco años, el censo de ciudadanos romanos se redujo en unos 40.000, un sexto de la población total. Y estas cifras no incluyen la devastación sufrida por los aliados de Roma, quienes sufrieron grandes pérdidas en el mar. Fue una disputa larga, sangrienta y difícil, que duró décadas.

En esos momentos la posición del pequeño agricultor romano e italiano estaba siendo inexorablemente erosionada por una combinación fatal de deudas, esclavitud y por la ocupación e incorporación de nuevas tierras a los grandes latifundios. El campesinado libre entró en un proceso de decadencia, incapaz de competir con el trabajo esclavo. Constantes guerras, deuda y empobrecimiento les arruinaron. Las *Leges Liciniae* estipulaban que los terratenientes debían emplear una cierta proporción de trabajadores libres junto a los esclavos y que el peso de la deuda debía ser reducido. Pero era imposible revertir el proceso. El trabajo esclavo a gran escala desbancó al trabajo libre. Todas las leyes que se diseñaron para atajar este pro-

ceso fueron en vano. La necesidad económica dejó obsoletas estas leyes antes de que fueran promulgadas.

A lo largo de un extenso periodo, los campesinos desposeídos acudieron en masa a Roma, donde al menos podían conseguir asistencia del Estado. Aunque fueron reducidos al status de *proletarii* —la capa más baja de los ciudadanos no propietarios— permanecieron siendo ciudadanos romanos y tenían ciertos derechos. La presencia de un gran número de ciudadanos empobrecidos dio un nuevo ímpetu a la lucha de clases en Roma. Hubo insurrecciones violentas contra las cargas que imponían las deudas. Pero, a pesar de la existencia de cierta lucha de clases en los años de madurez republicana, es ciertamente erróneo concluir que el proletariado romano era lo mismo que la clase obrera moderna. El término lumpemproletariado sería mucho más apropiado en este caso.

Hubo un momento en el que el emperador importaba grano para alimentar a más de 100.000 personas sólo en Roma. Hace ya algún tiempo que Marx señaló esto. En 1877, escribió al editor de *Otchiebénie Zapiski*:

“En diversos pasajes de *El Capital* aludo al destino que les cupo a los plebeyos de la antigua Roma. En su origen habían sido campesinos libres, cultivando cada cual su propia fracción de tierra. En el curso de la historia romana fueron expropiados. El mismo movimiento que los divorció de sus medios de producción y subsistencia trajo consigo la formación, no sólo de la gran propiedad fundiaria, sino también del gran capital financiero. Y así fue que una linda mañana se encontraron con que, por una parte, había hombres libres despojados de todo a excepción de su fuerza de trabajo, y por la otra, para que explotasen este trabajo, quienes poseían toda la riqueza adquirida. ¿Qué ocurrió? *Los proletarios romanos se transformaron, no en trabajadores asalariados, sino en una chusma de desocupados más abyectos que los “pobres blancos” que hubo en el Sur de los Estados Unidos, y junto con ello se desarrolló un modo de producción que no era capitalista sino que dependía de la esclavitud. Así, pues, sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolas luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica*”. (Carta de Carlos Marx

al director de *Otichéstvennie Zapiski*. 1877. <http://marxists.anu.edu.au/espanol/m-e/cartas/m1877.htm>. El subrayado es mío).

El sistema entero dependía del suministro constante de esclavos, y esto, a su vez, del éxito en las guerras extranjeras. Cuando el imperio alcanzó sus límites físicos, el flujo de esclavos se detuvo, conduciendo a lo que se conoce como la crisis de mano de obra del Bajo Imperio Romano. En el Bajo Imperio, el Estado burocrático militar supuso un pesado lastre para la sociedad romana, asfixiada por las cargas impositivas. Una vez los romanos detuvieron las conquistas de nuevas tierras, el flujo de oro hacia la economía romana decreció. Aún así, enormes cantidades de oro estaban siendo gastadas por ricos parásitos en artículos de lujo. En la época de Nerón, Séneca estimó que el coste para Roma de importar sus lujos de oriente era el equivalente de cinco millones de dólares al año (una suma colosal cuando se calcula en dinero actual). Esto significaba que había menos oro para usar en la acuñación de moneda. A medida que la cantidad de oro en las monedas decrecía, el valor de las monedas también decrecía.

La pérdida de valor de la moneda condujo a la inflación, lo que dislocó el comercio, llevando a un incremento de la miseria y el caos económico. Tras el reinado de Marco Aurelio el incremento de los precios se hizo inexorable. Para compensar la pérdida de valor, los mercaderes incrementaron los precios de los bienes que vendían. No deseando seguir siendo pagados con moneda devaluada, los soldados y los ciudadanos ricos preferían, en cambio, que se les pagara con auténticos objetos de valor. Mucha gente dejó de usar monedas y recurrió al trueque para conseguir lo que necesitaba. Finalmente, se hubo de pagar los salarios en comida y ropa, y los impuestos hubieron de ser recaudados en frutas y verduras.

Se hizo difícil para el gobierno retener ningún dinero para él mismo, y hubo de recurrir con mayor frecuencia a mercenarios baratos para defenderlo. Como era imposible para el gobierno controlar el vasto suministro de grano, los terratenientes fueron legalmente requeridos para recaudar impuestos. El colapso de la economía esclavista encuentra sus raíces en estas condiciones. De hecho, el sistema feudal ya existía en esbozo cuando los dueños de esclavos convirtieron a estos en *coloni* (siervos). El *colonus* era formalmente libre, pero estaba legalmente vinculado a su papel como campesi-

no inquilino para facilitar la recaudación de impuestos. El gobierno imperial recogía cantidades fijas de impuestos en grano de los campesinos arrendatarios. Gradualmente, este pesado sistema comenzó a derrumbarse, creando las condiciones para el colapso final. Los bárbaros sólo dieron al Imperio su golpe de gracia. Pero la estructura ya estaba podrida hasta los cimientos, a punto de caerse.

En *El Manifiesto Comunista*, Marx explica que la lucha de clases puede conducir a la reconstrucción revolucionaria de la sociedad, o a la ruina común de las clases en contienda. El destino de Roma es un ejemplo gráfico de la segunda variante. Sería interesante especular sobre lo que podía haber sido si Espartaco y los esclavos hubiesen conquistado Roma. Pero esto no ocurrió porque la única manera de triunfar hubiera sido mediante la unificación de los esclavos con el proletariado romano. Esto no sucedió y existen razones concretas de por qué no podía haber sucedido. Aunque las masas desposeídas de Roma estaban en constante conflicto con las clases superiores, y este conflicto de clase asumió un carácter particularmente violento en la última fase de la República, preparando el camino para el Cesarismo, la única clase productiva eran los esclavos. En última instancia, el proletariado romano casi siempre se unió a la clase dominante esclavista, para acabar con los levantamientos de los esclavos. Sólomente de este ejemplo podemos ver cuán incorrecto es enfocar la historia desde una perspectiva basada en las analogías superficiales, o intentar imponer sobre el pasado categorías y conceptos derivados del presente. Pero esto es justamente lo que Dieterich hace continuamente.

### LA 'CREMATÍSTICA' BAJO EL FEUDALISMO

Los poseedores de plusvalía en la época precapitalista no eran los mercaderes, sino los dueños de esclavos, el señor feudal, y el Estado (por ejemplo, el déspota oriental). No estaban interesados en la inversión productiva, sino en el consumo de riqueza y lujo. Pero incluso en estas sociedades la riqueza era obtenida, en última instancia, a través de la producción, no del intercambio. Con el capitalismo la conservación y acumulación de dinero se convierte en un fin en sí mismo. Vemos esto incluso en los primeros días del capitalismo, cuando los avaros atesoraban sus dineros sin buscarles rendimiento económico. Incluso en el mundo Antiguo estos elementos existie-

ron durante ciertos periodos, aunque sólo de manera excepcional, como Marx señala:

“Los pueblos comerciantes de la antigüedad existían como los dioses de Epicuro en los intersticios del mundo, o mejor dicho como los judíos en los poros de la sociedad polaca. El comercio de las primeras ciudades y pueblos comerciales independientes y de grandioso desarrollo se basaba, en cuanto comercio intermediario puro, en la barbarie de los pueblos productores entre los cuales hacían el papel de intermediarios”. (Carlos Marx. *El Capital*. Libro III. Tomo I. Madrid. Editorial Akal. 1976. p. 434).

Bajo el feudalismo, que era una sociedad jerárquica basada en la propiedad de la tierra y la explotación del trabajo de los siervos, hacer dinero estaba también considerado con desdén. La Iglesia Católica, que era baluarte ideológico del feudalismo, prohibió la usura (prestar dinero con intereses), que era considerada pecado mortal. Desde 1179 la Iglesia Católica prohibió la usura so pena de excomunión. No es en absoluto difícil encontrar citas de eclesiásticos y nobles de la Edad Media denunciando la acumulación de dinero y el egoísmo en términos similares a los usados por Aristóteles. San Anselmo pensó que cobrar intereses era lo mismo que robar. Santo Tomás de Aquino mantenía que cobrar interés está mal porque supone una “tarifa doble”, cobrando por el artículo y el uso de éste. Aquino dijo que esto sería moralmente reprensible, de la misma manera que si alguien vendiera una botella de vino, cobrándola, y luego le cobrara al comprador por beberla. Simplemente, invertir dinero y esperar un retorno del mismo independientemente del éxito de la empresa era hacer dinero gracias a tener dinero y no por asumir riesgos o invertir trabajo, esfuerzo o sacrificio alguno. Esto es usura. Santo Tomás cita a Aristóteles diciendo que “vivir de la usura es extremadamente innatural”.

Nada de esto evitó que estos mismos nobles y curas tomaran prestadas grandes cantidades de dinero de los judíos (que frecuentemente no devolvían). Tampoco les hace precursores del socialismo del siglo XXI, ni de ningún otro tipo de socialismo. De hecho, la razón por la que la usura fue asociada con los judíos es porque éstos fueron excluidos del sistema feudal. Se les prohibió poseer tierra y la práctica de numerosas profesiones. Fueron empujados hacia

ocupaciones marginales a las que se consideraba como socialmente inferiores, tales como la recaudación de impuestos y alquileres y el préstamo de dinero. Así es como los judíos adquirieron la reputación de usureros avariciosos. Las tensiones entre acreedores y deudores, junto a otras de carácter religioso, fueron la fuente del antisemitismo medieval europeo, que resultó muy útil para reyes, príncipes y aristócratas, quienes usaron pogromos periódicos como una forma conveniente de saldar sus deudas.

En su gran poema *El Infierno*, Dante coloca a los usureros en el añillo interior del séptimo círculo del infierno, por debajo de los suicidas, donde los usureros tenían el placer de pasar toda la eternidad en compañía de blasfemadores y sodomitas. En la obra de Shakespeare, *El mercader de Venecia*, escrita en el siglo XVI, el judío Shylock tuvo que convertirse a la fe cristiana y renunciar a la usura antes de que se le pudiera redimir. Hasta el siglo XVIII la Iglesia Católica continuó condenando la usura, aunque el desarrollo del capitalismo y la banca la obligó a modificar su posición. En 1745 el Papa Benedicto XIV en su encíclica *Vix Pervenit* prohibió estrictamente el cobro de intereses sobre préstamos, pero añadía que “hay razones completamente justas y legítimas para exigir algo por encima de la cantidad debida en el contrato” a través de contratos paralelos. Todos estos personajes se oponían a la crematística. ¿Qué nos dice todo esto? ¿Quiere decir que las ideas de Heinz Dieterich son tan antiguas como las de Aristóteles y Moisés? No, nos dice que la economía basada en hacer dinero de la que tanto y tan amargamente se queja nuestro Heinz, después de todo, no es tan antigua. Se desarrolló a lo largo del siglo XVII en Inglaterra y Holanda, y finalmente vino a ser dominante a principios del siglo XIX, como resultado de la revolución industrial en Gran Bretaña.

Todas las mercancías son expresión del trabajo social. Pero no son valores de igual magnitud. Al principio el ratio cuantitativo por el que los productos se intercambian es bastante arbitrario. Pero con la expansión del comercio y el consiguiente desarrollo del dinero esta arbitrariedad se reduce más y más. *Es el capitalismo el que establece la equivalencia*. En el tercer tomo de *El capital* Marx trata de la cuestión de la conversión del Capital-mercancía y el Capital-dinero en Capital-comercial desde una perspectiva histórica. El beneficio del mercader surge del proceso de circulación, de comprar y vender. El ideal del comerciante es comprar barato para vender caro. Claramente, esto no es el intercambio de equivalentes.

Antes del verdadero desarrollo del capitalismo en el siglo XVIII, el comercio estaba estrechamente ligado al saqueo, la piratería, el secuestro de esclavos, y la conquista colonial: como en Cartago, Roma y posteriormente los venecianos, portugueses y holandeses. (Véase *El capital*, Tomo III, Parte IV. Capítulo XX. *Consideraciones históricas sobre el capital comercial*.)

### LA VIOLACIÓN DE AMÉRICA LATINA

La historia de lo que llamamos civilización (es decir, de la sociedad de clases) se caracteriza, por una parte, por el desarrollo del potencial productivo de la humanidad, del arte, la ciencia y la tecnología y, por la otra, por la expropiación material y cultural de la gran mayoría de la humanidad. En *El Manifiesto Comunista*, Marx explica el papel del “descubrimiento” de América en el desarrollo del capitalismo: “El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición”.

Pero este desarrollo fue alcanzado a costa de los pueblos indígenas de América. Estos sufrieron lo que sólo puede ser descrito como un genocidio. Cifras precisas sobre las poblaciones precolombinas son imposibles de obtener, y cualquier estimación deber ser extrapolada de datos muy limitados. De acuerdo con William Devenan, alrededor de 54 millones de personas murieron, aunque algunos cálculos elevan la cifra a más de 100 millones. Si estimamos como punto de referencia una población aproximada de 50 millones en 1492 (incluyendo 25 millones en el Imperio Azteca y 12 millones en el Inca), los cálculos más bajos ofrecen un número de víctimas mortales del 80 por ciento hacia el final del siglo XVI. América Latina sólo recuperó esos niveles de población al principio del siglo XIX, con 17 millones en 1800; 30 millones en 1850; 61 millones en 1900; 105 millones en 1930; 218 millones en 1960; 361 millones en 1980 y 563 millones en 2005.

El infortunio del pueblo mexicano fue entrar en contacto con los

europeos justo en el momento en el que la acumulación primitiva de capital avanzaba a toda marcha. No hay necesidad de repetir aquí las bien conocidas historias de violencia, traición y engaño protagonizadas por Hernán Cortés y sus hombres. Moctezuma recibió educadamente a los españoles, creyéndoles dioses, pero su hospitalidad fue violada inmediatamente. La enorme y bulliciosa ciudad-lago de Tenochtitlan fue quemada, saqueada y destruida sin piedad.

Los nativos americanos también sufrieron la brutal destrucción de su cultura. En ningún otro país la expresión “expropiación cultural” posee un significado más profundo y trágico que en México. Antes de la llegada de los españoles, el pueblo mexicano había establecido una de las civilizaciones más grandiosas y notables del mundo. La causa de su ruina no fue ningún Proyecto Histórico de los conquistadores españoles, sino *la simple avaricia* —la avidez de oro—, “el sudor del sol”, como los aztecas lo llamaban. “Padecemos una enfermedad que sólo el oro puede curar” los invasores les dijeron, a modo de explicación, antes de arrebatarles sus tierras y riquezas y esclavizarlos. La misma enfermedad aflige hoy al mundo entero y causa los mismos terribles resultados.

Los aztecas, aunque habían alcanzado un alto nivel de desarrollo social y cultural, no tenían defensas contra las armas de fuego, el acero y los caballos de los españoles, o los microbios que éstos llevaron consigo. Después de una guerra corta y brutal, fueron reducidos a la esclavitud y su asombrosa civilización fue destruida. El último jefe azteca, Cuhátemoc, fue torturado con fuego para que revelara dónde estaba el oro, y luego ahorcado, cuando los españoles no encontraron las cantidades de oro que esperaban. Los resultados de la conquista fueron incalculables. Cuando los españoles llegaron por primera vez a México, el país era un estado floreciente con una población de unos 25 millones. Ochenta años después, su cultura estaba destruida, su economía en ruinas y su pueblo esclavizado. El 90 por ciento de la población había perdido la vida, masacrados por los españoles y sus aliados o a causa del hambre y las enfermedades que, como la viruela, diezmaron a comunidades enteras. En las últimas tres décadas del siglo XVI, la población mexicana bajó considerablemente, cayendo a sólo un millón de personas en 1600.

Groseros, ignorantes y despreciativos de la cultura nativa, los españoles la aplastaron bajo sus botas sin dedicarle un solo pensamiento. Invalorables piezas de arte fueron fundidas en lingotes

de oro y pérdidas para siempre para la humanidad. Parte del oro y la plata se utilizó para producir reliquias cristianas de valor estético escaso o nulo. Recuerdo la indignación que sentí hace unos 25 años cuando me mostraron los retablos de oro, los cofres de plata y las demás piezas sin gusto alguno del tesoro de la catedral de Cádiz. Otros grandiosos monumentos a la idiotez y el fanatismo que decoran las iglesias de muchas ciudades españolas fueron igualmente forjados con las riquezas artísticas fundidas de una cultura centenaria. Los mexicanos, debilitados y traumatizados, fueron incapaces de evitar su esclavización espiritual, pero recurrieron a una táctica de resistencia pasiva que, en última instancia, salvó importantes elementos de las tradiciones y la cultura de sus padres. Los escultores, artesanos y albañiles mexicanos que se vieron forzados a trabajar en la construcción de enormes iglesias y catedrales, monumentos triunfales que celebraban su propia servidumbre, se tomaron la revancha al inyectar elementos nativos en el arte cristiano de los invasores. De esta manera, a pesar de todo, se preservó el espíritu de México.

#### LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA DE CAPITAL

“Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza”. (Carlos Marx y Federico Engels. *El Manifiesto Comunista*. Madrid. Fundación Federico Engels. 1996. p. 43).

La bárbara destrucción de una gran cultura fue indudablemente un crimen terrible contra la humanidad. Pero esto no es una excepción, sino parte de un proceso general, íntimamente ligado a la génesis del capitalismo, lo que Marx describió como la acumulación primitiva del capital. Para despejar el camino al establecimiento del capitalismo, era necesario destruir despiadadamente todas las formas socioeconómicas existentes hasta el momento: la esclavitud, el

feudalismo y otras formaciones económicas precapitalistas. Esto se logró con extrema brutalidad entre los siglos XVI al XIX en Europa y en las Américas. En el primer tomo de *El capital* Marx escribió:

“El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata en América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento de la población indígena en las minas, la incipiente conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en una reserva de caza comercial de pieles negras, son los rasgos distintivos de la aurora de la era de producción capitalista (...) Si el dinero, según Augier, ‘viene al mundo con manchas naturales de sangre a las espaldas’, el capital nace chorreando sangre y lodo por todos los poros, de pies a cabeza”. (Carlos Marx. *El Capital*. Libro I. Tomo III. pp. 243-255).

Los crímenes del capitalismo sobrecogen a todo ser humano normal con una sensación de horror e indignación. Pero ni el horror ni la indignación nos ayudan a entender los fenómenos con los que tratamos, y es inapropiado para un hombre que se describe a sí mismo como un “economista científico” enfocar la historia desde un punto de vista moralista y sentimental. Si Heinz Dieterich fuera al dentista con un dolor de muelas, éste podría expresar todo el horror e indignación del mundo ante los sufrimientos de Heinz, pero eso no le ayudaría en nada a extraer la muela cariada. Hegel dijo una vez “no fue tanto *de* la esclavitud como *a través* de la esclavitud que la humanidad se emancipó”. (Hegel, *Filosofía de la historia*, Parte IV: el mundo alemán.) Siglos de opresión de clase y explotación han desarrollado los medios de producción (ciencia, tecnología, industria y agricultura) y al hacerlo han sentado la base para la creación de una nueva y más elevada forma de sociedad: el socialismo. Tal y como Marx escribió en un famoso pasaje de *El capital*:

“Con el número cada vez menor de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aumenta la masa de miseria, de opresión, de esclavitud, de degeneración, de explotación; pero también la indignación de la clase obrera, cada vez más numerosa, educada, unida y organizada por el mecanismo del proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del modo de producción que florece con y bajo él. La centralización de los medios de producción

y la socialización del trabajo llegan a un punto en que resultan incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados”. (Ibíd., p. 258)

### DIETERICH CONTRA LA EXPROPIACIÓN

Es bien conocido que Marx defendía la expropiación de los capitalistas. ¿Qué piensa Dieterich sobre esto? En un artículo publicado en *Aporrea* (19/02/07), Heinz Dieterich es explícito sobre sus auténticas intenciones, que son muy bien transmitidas por el título: “La economía mixta es la vía al socialismo del siglo XXI”. Podemos leer aquí lo siguiente: “Si la propiedad del Estado fuese socialismo, ya con (el rey) Carlos V tendríamos socialismo en América Latina, porque cuando llega la Corona Española a América, toda la propiedad de la tierra, el subsuelo y lo que está arriba es patrimonio del rey, pero eso era feudalismo, no socialismo. La única vía posible es una economía mixta, que tendría tres sujetos, el Estado, la empresa privada y la propiedad social, como cooperativa”.

¡Maravilloso! Aprendemos ahora de nuestro amigo que *el socialismo no es feudalismo*. Tuvimos que esperar a que Heinz Dieterich nos señalara esto, al igual que tuvimos que esperar a que nos explicara que los gusanos se arrastran y que las mariposas vuelan. Pero esta mariposa no puede aventurarse en su vuelo más allá de unos pocos centímetros sin caer en un error. Con todo el debido respeto a nuestro amigo Heinz, *el feudalismo no se basa en la propiedad del Estado, sino en la propiedad privada de la tierra, incluidas las tierras privadas del rey*. En realidad, cuando la monarquía española llegó a América, toda la tierra era poseída en común y la propiedad privada era desconocida. Tan pronto desembarcaron, los españoles proclamaron que todas las tierras de Nueva España eran propiedad de la Corona española. ¿Acaso esto significa que Hernán Cortés llevó a cabo la nacionalización de la tierra en América? ¡En absoluto! *Esto fue sólo el primer paso en la expropiación de la tierra, que fue luego dividida entre diferentes grupos de ladrones feudales, y este es el auténtico origen de la propiedad de la tierra en América Latina hasta el día de hoy*. Qué relación hay entre esto y el socialismo es un misterio que sólo un genio de la estatura de Heinz Dieterich puede comprender.

La primera cuestión que surge de esta interesante analogía histórica es: *¿Qué nos sugiere Dieterich que hagamos con la propiedad de la tierra en Venezuela, donde los grandes latifundios ocupan la mayoría de la tierra productiva?* Toda esta tierra fue originariamente robada a la población nativa por la Corona española. Más aún, los grandes latifundistas han sido incapaces de desarrollar la agricultura. Es un escándalo que en una tierra tan fértil, como Venezuela, la mayoría de los alimentos haya de ser importada. La respuesta más obvia es la expropiación de los latifundistas y la nacionalización de la tierra. Esta no es siquiera una medida socialista, sino parte del programa de la revolución democrático burguesa. ¿Está Dieterich a favor de esta medida revolucionaria, sí o no? La vieja y desprestigiada teoría menchevique estalinista de la revolución por etapas postergó la revolución socialista a un futuro remoto alegando que primero es necesario llevar a cabo la revolución democrático burguesa. Lo que Dieterich aboga es aún peor: ¡él ni siquiera está a favor de luchar por el programa de la revolución democrático burguesa!

Los latifundistas constituyen la columna vertebral de la oligarquía contrarrevolucionaria. La expropiación de los grandes hacendados es, por tanto, una necesidad absoluta y una tarea urgente de la revolución bolivariana. Se han dado algunos pasos en esa dirección, pero hasta ahora la política agraria ha sido tímida, inconsistente y lenta. A pesar de esto, ha encontrado la feroz resistencia de los terratenientes. ¿Qué demuestra esto? Que cualquier intento de mejorar las condiciones de las masas bajo el capitalismo será opuesto y saboteado por los ricos y poderosos. Cualquier sugerencia en relación a tocar la tierra de los latifundistas tropezará con la oposición de los capitalistas y banqueros porque esto cuestiona el “sagrado derecho a la propiedad privada”. Los terratenientes, banqueros y capitalistas venezolanos constituyen un bloque reaccionario que se ha opuesto a la revolución bolivariana desde el mismo principio de esta, mucho antes de que Chávez planteara la cuestión del socialismo. Para llevar adelante una reforma agraria seria, que es la piedra angular de la revolución democrático burguesa, es necesario vencer la resistencia de la oligarquía en su conjunto: eso significa la expropiación no sólo de la tierra, sino también de los bancos y los grandes negocios.

La referencia a la propiedad estatal y Carlos V es un intento de liberado de confundir el asunto de la propiedad. Heinz Dieterich se opone a la expropiación de la tierra, de la misma manera que se

opone a la nacionalización en general (aunque no se atreve a criticarla cuando ésta ha sido ya llevada a cabo) porque no quiere que la revolución cuestione el “derecho sagrado” a la propiedad privada. Sabe que los grandes terratenientes están íntimamente ligados a los banqueros y a los capitalistas, y que juntos constituyen un bloque reaccionario que se opone rabiosamente a la revolución bolivariana y que está empeñado en acabar con ella y revertir todas sus medidas progresistas. A Heinz Dieterich la contrarrevolución le atemoriza mortalmente, y es escéptico en relación a las posibilidades de éxito de la revolución, que desea detener.

La esencia de la cuestión es ésta: Heinz no se opone al capitalismo *per se*, sino sólo a un “modelo” particular de capitalismo —el neoliberalismo— al que encuentra muy desagradable. Esto, dice Heinz, es inaceptable “porque simplemente la gente no lo acepta más, la opción es por lo tanto si me quedo en el desarrollismo o si trato de combinar el desarrollismo con un intento de llegar a una sociedad postcapitalista, y el Presidente ha declarado que esta es su intención, pero es opcional y la gente va a decidir”. (*Aporrea*, 19/02/07.)

Este es un ejemplo perfecto de cómo Heinz Dieterich intentar aguar y tergiversar las ideas del socialismo. Chávez ha dicho una y otra vez que el capitalismo es esclavitud, que los objetivos de la revolución bolivariana son incompatibles con el capitalismo y que la única salida es el socialismo, nacional e internacionalmente. Pero lo que Dieterich dice aquí es algo completamente diferente. En primer lugar, no se opone al capitalismo, sino sólo al neoliberalismo. Y no aboga por el socialismo como alternativa, sino sólo por una vaga y ambigua “sociedad poscapitalista”, que puede significar cualquier cosa que a uno le dé la gana. En caso de que alguien caiga en la tentación de suponer que esta “sociedad poscapitalista” es lo mismo que el socialismo, Dieterich toma la precaución de aguar este nuevo concepto todavía más. Ha de ser combinado con el “desarrollismo”, es decir, con un modelo capitalista de desarrollo.

Más aún, incluso este “desarrollismo” no es una perspectiva inmediata, sino que es *opcional*, como las lentejas —las tomas o las dejas—. Pero toda la historia ha mostrado que una lucha consistente por un programa de democracia revolucionaria conduce inevitablemente a la cuestión de la propiedad privada y, de esta manera, al socialismo. Esa fue la lección de Rusia en 1917, de Cuba en 1959-60 y es hoy el caso de Venezuela.

Lo que propone Dieterich es aún peor que la vieja teoría de las dos etapas. Es la perspectiva de una *progresión infinita de etapas* que Dieterich ha erigido antes de que se pueda plantear la cuestión del socialismo. Las justificaciones “teóricas” churriguerescas para esto carecen de importancia. De lo que se trata es de convencer a las masas a toda costa de que no deben luchar por el socialismo ahora. Aunque parlotea mucho acerca del socialismo del siglo XXI, Dieterich no está pensado para nada en esto, sino en socialismo en un futuro lejano –tan lejano que se pierde de la vista totalmente–. Esto nos recuerda las palabras inmortales de *Alicia en el País de las Maravillas*: “La regla es: mermelada ayer, mermelada mañana, pero nunca mermelada hoy”.

### UNA CONCEPCIÓN FILISTEA

Para dejar las cosas bien claras, Dieterich explica que su versión del socialismo del siglo XXI no tocará la propiedad de la oligarquía, sino que se basará en la economía mixta. *Es decir, ¡será lo mismo que el capitalismo!* El auténtico modelo de socialismo para Dieterich es *Costa Rica*, ¡“donde hay seguridad en la calle”! (Aporrea, 19/2/2007.) Notaremos de paso que hasta el lenguaje aquí es el de un filisteo pequeño burgués asustado, que identifica la revolución con anarquía e “inseguridad en las calles”. Pero, de cualquier modo, sigamos adelante... Los ciudadanos del socialismo del siglo XXI experimentarán una marcada mejora en sus condiciones materiales, su calidad de vida, y también en sus “condiciones de tipo psicológico o espirituales” (Ibíd.) ¿Qué más querría uno desear? En el paraíso socialista de Dieterich, se podrá caminar por las calles de Caracas sin miedo alguno, experimentando los beneficios del nivel de vida de Costa Rica y prescindiendo por completo de los servicios del psiquiatra. Todo el mundo será feliz, excepto los desafortunados psiquiatras que se encontrarán sin trabajo. Pero no es posible satisfacer a todo el mundo, incluso en el socialismo del siglo XXI.

¡Qué perspectiva tan maravillosa! El único problema es que, una vez más, nuestro Heinz ha olvidado explicar un pequeño detalle, a saber, *cómo pasar de A a B*. La primera cuestión que se nos presenta es ésta: ¿Cómo es posible llegar a este paraíso poscapitalista dejando el poder económico en manos de los terratenientes, banqueros y capitalistas? Mientras éstos continúen poseyendo y controlando los

medios de producción (la tierra, los bancos y las industrias) todas las decisiones más importantes sobre empleo, vivienda, salud, educación, etc., seguirán subordinadas a los intereses de los ricos. El gobierno puede estar preñado de muy buenas intenciones, pero acabará chocando con un sólido muro de ladrillo, ya que no se puede planificar lo que no se controla y no se puede controlar lo que no se posee. Y esto nos lleva de nuevo a la cuestión fundamental: *la cuestión de la propiedad privada*. Esta es la línea de demarcación que separa a reformistas de revolucionarios. Nuestro Heinz, simpático como es, no quiere verse envuelto en conflicto alguno. Quiere satisfacer a los trabajadores pero no quiere molestar a los terratenientes, banqueros y capitalistas. Renuncia, por tanto, a la revolución socialista en favor del reformismo y la socialdemocracia.

“El proyecto tiene una estrategia dual de desarrollo, el desarrollismo, que es una vía socialdemócrata de desarrollo, donde el Estado utiliza su fuerza económica y normativa para fomentar, por ejemplo, la reindustrialización, se reparte gran parte de la riqueza, a través de Pdvs, etc. creas el estado de bienestar al lado del de derecho, esto te lleva a un crecimiento hacia la mejora de una situación material, pero el límite, es que no sales de la economía de mercado, y eso significa siempre vivir con el miedo de perder tu trabajo... Uno de los grandes logros del socialismo histórico fue que no había desempleo y ese terror diario de que tienes que producir más y más porque si no te corro a la calle desaparece, es una extraordinaria liberación”. (Ibíd.)

Hemos señalado ya que el régimen estalinista de la Unión Soviética no tenía nada que ver con el socialismo, ni histórico ni ahistórico. Pero, dejando esto a un lado, surge una nueva cuestión: ¿Por qué no había desempleo en Rusia? Dieterich no plantea esta cuestión, y mucho menos la responde. *La razón era que la revolución rusa nacionalizó la tierra, los bancos y las industrias e instituyó una economía socialista planificada*. La nacionalización de las fuerzas productivas todavía no significa la existencia de una sociedad sin clases, pero indudablemente constituye la premisa fundamental y la condición *sine qua non* para avanzar en este sentido. La planificación socialista de la economía representa un enorme avance en comparación a la anarquía de la producción capitalista. No es posible solucionar el problema del desempleo mientras los sectores clave de la economía permanezcan en manos privadas.

Aquí nuestro Heinz empieza a enredarse en sus contradicciones. No es posible solucionar el problema del desempleo mientras que los puntos clave de la economía permanezcan en manos privadas. Él mismo dice: “La misión de toda empresa es generar un excedente o al menos cubrir una necesidad social, y cuando una gente administra un bien de manera óptima no habría motivo para cambiarla”. (Ibíd.) He aquí otro ejemplo más de su capacidad para eludir la cuestión. Los capitalistas sólo invierten en busca de ganancias y las ganancias sólo pueden venir del trabajo no pagado de la clase trabajadora. Esto es el abecé de la economía política marxista. Pero Dieterich se ve obligado a añadir: “o al menos cubrir una necesidad social”. Esto es suficiente para matar de risa a un caballo. ¿Desde cuándo los capitalistas invierten para “cubrir una necesidad social”? Esto es un sinsentido absoluto que Heinz Dieterich ha inventado para cubrir su trasero. Porque si a) los capitalistas están trabajando para el bien común, no en busca de ganancias y b) lo hacen eficientemente, ¿para qué cambiar nada? A lo que respondemos: *si los cerdos tuvieran alas, volarían.*

Heinz Dieterich nos presenta un Nuevo Proyecto Histórico, que, asegura, nos permitirá construir el socialismo del siglo XXI. Pero antes de que podamos hablar de un proyecto de construcción, hemos primero de despejar de basura los terrenos de la obra. Antes de tener un proyecto para la construcción del socialismo necesitamos primero un programa para derrocar el orden capitalista. Pero buscaremos en vano este programa en todos los artículos y libros del camarada Dieterich, porque él cree que es posible alcanzar el socialismo sin expropiar a los terratenientes y capitalistas, en otras palabras, sin lucha de clases y sin revolución. En este punto, una vez más, deja bien claro que ha abandonado por completo el marxismo y regresado a las anticuadas y desacreditadas ideas del socialismo premarxista, a la prehistoria del movimiento: *al socialismo utópico.*

# V

DEL SOCIALISMO CIENTÍFICO AL SOCIALISMO UTÓPICO



El socialismo no es una idea nueva. La idea de una sociedad donde todos los hombres y mujeres sean iguales es muy vieja y ha reaparecido constantemente en diferentes épocas y en distintas formas. Se encuentra en el *Nuevo Testamento*, especialmente en los *Hechos de los Apóstoles*. Fue propuesta por Tomás Moro en el siglo XVI en su famoso libro *Utopía* (que significa “ninguna parte”, de donde viene la palabra utópico). Fue expuesta de modo brillante por los primeros socialistas: Saint Simon, Fourier y Mably en Francia y por el galés Robert Owen, quien fundó el movimiento cooperativista en Inglaterra a principios del siglo XIX.

Estos pensadores eran grandes y originales, llegaron muy lejos en su época, a diferencia de Heinz Dieterich, que nunca ha expresado una sola idea original y además está muy desfasado. Pero, a pesar de toda su brillantez y originalidad, Marx los describió como socialistas utópicos, mientras que a su propia doctrina la caracterizaba de socialismo científico. ¿En dónde está la diferencia? Todos los pensadores socialistas y comunistas anteriores a Marx veían el socialismo principalmente en términos éticos y morales. Era sencillamente una buena idea (un Nuevo Proyecto Histórico) que, por alguna razón, a nadie se le había ocurrido antes. De haberlo hecho, la humanidad podría haberse ahorrado miles de años de sufrimiento innecesario.

La rebelión de los oprimidos contra los opresores es tan vieja como la sociedad de clases. La primera huelga de la que se tienen noticias fue de los obreros de las pirámides egipcias. En Roma tuvimos la revuelta de los esclavos bajo ese maravilloso revolucionario que fue Espartaco. En la Edad Media los campesinos se rebelaron contra el *corvée* y otros impuestos feudales. En Inglaterra los campesinos se levantaron y ocuparon Londres en 1381. En Alemania, Engels hizo una crónica de la guerra campesina, señalando las tendencias comunistas de los escritos de Thomas Muentzer y los anabaptistas.

Igualmente, uno de los líderes de la revuelta campesina inglesa, John Ball, expresaba ideas comunistas en sus famosos versos:

*Cuando Adán y Eva se juntaron,  
¿quién era entonces el caballero?*

(When Adam delved and Eve span,  
Who was then the gentleman?)

Los precursores del socialismo moderno nunca podrían haber conseguido la sociedad nueva e igualitaria que ellos soñaban, porque no existían las bases materiales para una sociedad sin clases. Así que los primeros movimientos revolucionarios de las masas dirigidos contra los viejos opresores sólo pudieron servir como un medio a través del cual una nueva clase de explotadores se consolidaba en el poder. Las revueltas campesinas inglesas de finales del siglo XIV ayudaron a derrocar el viejo sistema feudal, pero no llevaron a un mundo de igualdad social como imaginaba John Ball, sino sólo al desarrollo de las relaciones capitalistas en el campo inglés. En realidad, muy a menudo, aquellos que hablaban contra la desigualdad social y a favor de la igualdad, tenían un elemento reaccionario, remontando la memoria a una sociedad más temprana donde los hombres eran más libres y más iguales. Estas ideas se expresaron en el mito de la Edad de Oro, que con frecuencia se repite en la literatura de la antigüedad. Se puede encontrar ya en el siglo VII a.C., en los escritos del poeta griego Hesíodo. Con frecuencia tenía un carácter religioso y mesiánico, como los primeros cristianos, que esperaban con impaciencia, de un día para otro, el segundo advenimiento.

Los esclavos, los siervos, los artesanos y los jornaleros fueron los ancestros del proletariado moderno. Sin embargo, sólo bajo el capitalismo nace la clase obrera y con ella la base de clase del socialismo moderno. El terreno para el marxismo lo prepararon los primeros pensadores utópicos, que llegaron a conclusiones e ideas que eran brillantes y originales para su época. El socialista utópico francés Saint Simon (1760-1825) nació aristócrata. En esencia, su doctrina socialista iba dirigida contra la aristocracia, la monarquía, el clero, los banqueros y los ricos empresarios, más que contra la nueva burguesía industrial. Esta circunstancia era natural, porque la clase obrera en Francia era todavía una clase incipiente. Cuando él

hablaba de los “trabajadores” incluía no sólo a los proletarios sino también a los industriales.

En opinión de Saint Simon, la industria y el trabajo eran las dos fuerzas motrices gemelas del progreso. Sus ideas encontraron eco no sólo entre los trabajadores sino también entre los liberales burgueses. El segundo gran socialista utópico francés fue Charles Fourier (1772-1837). Éste desató un ataque fulminante contra la base de la sociedad burguesa: la propiedad privada. Sometió a una crítica despiadada cosas como la división del trabajo, en particular la división entre la agricultura y la industria (la ciudad y el campo), la producción de mercancías, la economía monetaria, la familia burguesa y la opresión de la mujer.

Estas ideas eran muy avanzadas y muchas de ellas influyeron más tarde en Marx y Engels. Sin embargo, Fourier y su fiel lugarteniente, Víctor Considérant, creían que la solución a estos problemas se encontraba en la creación de los *falansterios*. Estos eran comunidades autogestionadas formadas por 1000 o 2000 personas que trabajaban como campesinos, artesanos y artistas. Mi gran compatriota, el socialista utópico galés Robert Owen (1771-1858), intentó encontrar un remedio contra la pobreza de los trabajadores de Gran Bretaña. Fundó un modelo de comunidad obrera en Escocia (New Lanark), basada en principios muy avanzados para su tiempo. Pero al igual que Saint Simon, apelaba a la burguesía ilustrada para que ésta respaldara sus planes de reformas sociales. Decepcionado con los resultados, se fue a América donde fundó colonias comunistas. Pero este experimento sólo sirvió para demostrar que es imposible establecer islas de socialismo en un mar de capitalismo. En cada uno de los casos estas comunidades igualitarias terminaron en fracaso.

Hoy en América Latina hay algunas personas que creen ser revolucionarias, muy modernas y superiores a Marx y Engels, a quienes consideran anticuados. Dicen que no es necesario que los trabajadores tomen el poder y recomiendan a las masas que tomen el poder localmente, que creen comunidades modelo que circunvalarán el Estado capitalista y el sistema burgués. Sin darse cuenta, repiten los errores utópicos de Robert Owen, ¡casi dos siglos después!

Robert Owen tenía alguna excusa para cometer este error, pero los “modernistas” del socialismo del siglo XXI no tienen ninguna. Intentan hacer retroceder el movimiento a su prehistoria. Marx y Engels enfocaron la cuestión de una manera totalmente diferente.

Por primera vez, explicaron que el socialismo no sólo era una buena idea sino el producto del desarrollo de la sociedad. Por primera vez dieron una explicación científica-materialista del socialismo, no idealista-utópica. Ahora Heinz Dieterich quiere que abandonemos el punto de vista científico del marxismo y que regresemos a las viejas ideas desacreditadas de los socialistas utópicos. Es como defender que un adulto olvide todo lo que ha aprendido en el transcurso de su vida y regrese a su etapa embrionaria de desarrollo. Los niños son encantadores precisamente debido a su ingenuidad, pero cuando una persona crecida regresa a su infancia no se vuelve encantadora en absoluto, sino sólo infantil.

En la última parte de su vida, Robert Owen intentó rectificar su error. Abandonó la idea de las colonias comunistas y regresó a Inglaterra, donde jugó un papel significativo en la creación del sindicalismo. Defendió la formación de una única confederación nacional (la Grand National Union, 1834) e incluso fue precursor de la idea de una huelga general, a la que llamó la “gran fiesta nacional”. En todo esto Robert Owen demostró ser muy superior a esos “listos” utópicos del siglo XXI que imitan el lado *débil* de Owen pero que son incapaces de aprender de su lado *fuerte*.

Nuestros utópicos modernos recuerdan vagamente que Robert Owen fue responsable de la creación del movimiento cooperativista y adoran fervorosamente las cooperativas, a las que consideran como una alternativa adecuada a la toma del poder por parte de la clase obrera. Pero no son conscientes de que, en primer lugar, los trabajadores británicos formaron cooperativas, como parte del movimiento huelguístico, para proporcionar a las familias obreras comida barata durante las huelgas. Y en segundo lugar, Owen estaba especialmente interesado en las cooperativas obreras de producción, la primera se estableció en Rochdale en 1844. Aquí, por primera vez, se demostró en la práctica que los trabajadores pueden dirigir una industria sin empresarios. Ese era un mensaje revolucionario muy avanzado para su tiempo. Incluso hoy, las cooperativas pueden jugar un papel importante en una economía planificada, *una vez que la clase obrera haya tomado el poder*. Pero plantear las cooperativas como una alternativa al poder obrero y la nacionalización de los medios de producción es totalmente reaccionario.

En lugar de una economía nacionalizada y planificada Dieterich defiende una economía mixta basada en cooperativas. El movimien-

to hacia las ocupaciones de fábrica y control obrero en América Latina demuestra que los trabajadores, a través de su propia experiencia, se mueven en dirección hacia el socialismo. Los reformistas están alarmados por este movimiento que amenaza con ir más allá de los límites del capitalismo y cuestiona los sagrados derechos de la propiedad privada. Donde no se oponen abiertamente al control obrero, intentan diluirlo, vaciarlo de su contenido revolucionario, desviarlo hacia canales seguros que no amenacen el capitalismo y la economía de mercado. Utilizan fórmulas como la “cogestión” y la cooperación para confundir a los trabajadores y desviar su atención del control obrero y la nacionalización.

Cuando Marx emprendió las actividades de la Asociación Internacional de Trabajadores, escribió a Engels que el movimiento había retrocedido tanto, debido a la derrota de las revoluciones de 1848, que ya no se podía utilizar el lenguaje revolucionario de *El Manifiesto Comunista*. “Será necesario *fortiter in re, suaviter in modo*”. (Suave en los modos y audaz en el contenido). Un ejemplo excelente de esta aproximación es el *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores* de 1864. Da la bienvenida al crecimiento del movimiento cooperativista como un avance para el movimiento obrero. Pero para asegurar los logros y los beneficios a los que aspira la cooperación, demuestra cuidadosamente cómo la clase obrera, en última instancia, debe tomar el poder.

“Pero estaba reservado a la Economía política del trabajo el alcanzar un triunfo más completo todavía sobre la Economía política de la propiedad. Nos referimos al movimiento cooperativo, y, sobre todo, a las fábricas cooperativas creadas, sin apoyo alguno, por la iniciativa de algunas ‘manos’ audaces. Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción en gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, puede prescindir de la clase de los patronos, que utiliza el trabajo de la clase de las ‘manos’; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han mostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que

cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría. Roberto Owen fue quien sembró en Inglaterra las semillas del sistema cooperativo; los experimentos realizados por los obreros en el continente no fueron de hecho más que las consecuencias prácticas de las teorías, no descubiertas, sino proclamadas en voz alta en 1848.

“Al mismo tiempo, la experiencia del periodo comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. *Este es, quizá, el verdadero motivo que ha decidido a algunos aristócratas bien intencionados, a filantrópicos charlatanes burgueses y hasta a economistas agudos, a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista.* Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles. Recuérdense las burlas con que lord Palmerston trató de silenciar en la última sesión del parlamento a los defensores del proyecto de ley sobre los derechos de los colonos irlandeses. ‘¡La Cámara de los Comunes —exclamó— es una Cámara de propietarios territoriales!’ “*La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera*”. (Carlos Marx. *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864fait.htm>. El subrayado es mío).

Estas palabras se podrían aplicar con toda justificación a Dieterich y Peters. Hoy en Venezuela la idea genuinamente revolucionaria de Robert Owen se resume en la consigna lanzada por el presidente Chávez: “Fábrica cerrada, fábrica tomada”. Los trabajadores han ocupado una fábrica tras otra y las dirigen bajo control obrero. Si los dirigentes sindicales hubieran sido dignos de tal nombre, inmediatamente habrían elaborado una lista de las fábricas citadas por el

presidente y llamado a los trabajadores a ocuparlas y exigir su nacionalización. Desgraciadamente, no lo hicieron y el resultado fue una oportunidad de oro perdida. Algunas de esas fábricas que fueron ocupadas por los trabajadores se convirtieron en cooperativas. El resultado era previsible. Muchas de estas cooperativas se administraban en líneas capitalistas porque estaban obligadas a funcionar en las condiciones del mercado. Se ha desarrollado en los dirigentes de estas empresas una tendencia inevitable a elevarse por encima de la plantilla, a adquirir una posición privilegiada y corromperse, actuando como los anteriores empresarios o aún peor. Esto ha ocurrido muchas veces en la historia del movimiento cooperativista, empezando con las cooperativas creadas por Robert Owen en el siglo XIX. ¡Y éste aún es el modelo que Heinz Dieterich defiende como un ejemplo radiante del “socialismo del siglo XXI”!

Estos grandes pioneros de nuestro movimiento, pese a las limitaciones de sus ideas utópicas, anticiparon las ideas de Marx y Engels. La debilidad principal del socialismo utópico fue que no partía de las contradicciones objetivas del capitalismo para explicar la necesidad del socialismo. Marx y Engels, al contrario, explicaban que el desarrollo de las fuerzas productivas y la socialización del trabajo bajo el capitalismo creaban las condiciones materiales para que la clase obrera transformara la sociedad en líneas socialistas. Todos los utópicos veían la sociedad sin clases como una meta deseable a la que había que aspirar. Sólo podría alcanzarse cuando la raza humana aceptara ciertos preceptos y dogmas elaborados por determinados individuos. En este sentido, el camarada Dieterich es un descendiente directo de la escuela utópica, aunque sólo de sus características más débiles, más caducas y retrógradas. Marx y Engels, en cambio, explicaban que el socialismo debe tener unas bases materiales y que éstas sólo se podrían crear mediante el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo.

Para los socialistas utópicos la manera de llegar a la nueva sociedad era mediante la educación y la propaganda, es decir, a través del trabajo educativo de individuos e instituciones. No estaba incluida la lucha de clases. Como veremos, éste también es el punto de vista de Heinz Dieterich y sus correligionarios. Marx insistía en que la emancipación de la clase trabajadora es la tarea de la clase trabajadora misma. Por el contrario, los utópicos (incluidos los utópicos del siglo XXI) no ven a los trabajadores como la fuerza fundamen-

tal para el cambio de la sociedad (ése es un papel que se reservan para sí mismos), sino como niños pequeños a los que se debe “educar”. Y ¿quién debería educarles? ¡Vamos, las personas “cultas”, por supuesto! En Venezuela, estas damas y caballeros nunca se cansan de decirnos que las “condiciones para el socialismo están ausentes porque el nivel de conciencia de las masas es demasiado bajo”. En más de una ocasión me he visto obligado a escuchar los sermones interminables de estos tristes excomunistas, regañando a los trabajadores por su “bajo nivel de conciencia” y su falta de comprensión del socialismo. Estos son los mismos trabajadores que en cada una de las etapas decisivas de la revolución, cuando ésta se encontraba en peligro mortal, la salvaron con su maravilloso movimiento, mientras estos tristes “educadores” se ocultaban debajo de la cama con la manta encima de la cabeza.

Para Marx y Engels, y sobre todo para Lenin y Trotsky, la abolición del capitalismo requiere de la participación activa de la mayoría de la población, es decir, de la clase obrera. *El socialismo es democrático o no es nada*. Por supuesto, cuando los marxistas hablamos de democracia tenemos en mente no la caricatura de la democracia burguesa formal, sino una verdadera democracia donde la industria, la sociedad y el Estado estén controlados por la clase obrera.

### MARX, DIETERICH Y LOS SOCIALISTAS UTÓPICOS

Los utópicos (y Heinz Dieterich) tratan el socialismo desde el punto de vista de la distribución, mientras que la distribución y el intercambio no se pueden considerar aparte de la producción. En palabras de Marx: “las llamadas relaciones de distribución son ellas mismas relaciones de producción”. (Carlos Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. México. Editorial Siglo XXI. 1980. p. 80). Incluso en los tiempos prehistóricos, antes de que las mercancías se pudieran cambiar a través del trueque, primero debían ser producidas. Pero el cambio en la forma de trueque, como hemos visto, tiene un carácter accidental. Una tribu particular tiene exceso de pescado seco, pieles o hachas de madera e intercambia este excedente por el excedente de otra tribu. Lo que se intercambia en el trueque no son mercancías (valores de cambio) sino valores de uso. Se podrían intercambiar por encima o por debajo de su valor, porque el cambio en este nivel es puramente accidental. Por

lo tanto, es incorrecto decir que en esta etapa existía un intercambio igual. *Todo lo contrario, en nueve de cada diez casos el trueque provocará un intercambio desigual.*

Mientras que en el periodo de comunismo primitivo la gente producía valores de uso, es decir, objetos para su propio consumo, y el intercambio era una actividad excepcional realizada en los márgenes de la sociedad, bajo el capitalismo toda la producción tiene como objetivo la materialización del valor de cambio: los productos se producen para ser vendidos y conseguir un beneficio. *Sólo bajo el capitalismo la producción de mercancías (valores de cambio) se convierte en el modo normal de producción.* En lo esencial, a Dieterich y Peters les gustaría tener el capitalismo sin sus características explotadoras. Les gustaría que los precios expresaran el valor real. Les gustaría que los capitalistas aceptaran los salarios de equivalencia y renunciaran a los beneficios. Les gustaría sustituir los grandes monopolios por pequeñas asociaciones de productores organizadas en cooperativas. ¡Les gustaría tantas cosas! ¡Ay! No siempre podemos tener lo que nos gustaría... Marx explica en sus notas preparatorias para *El Capital (Grundrisse)* que es *imposible expresar directamente el tiempo de trabajo como precio:*

“Por consiguiente, si bien el dinero es solamente el valor de cambio desvinculado de la sustancia de las mercancías y debe su origen sólo a la tendencia de este valor de cambio a ponerse como algo puro, sin embargo la mercancía no puede ser transformada de inmediato en dinero; o sea el certificado auténtico de la cantidad de tiempo de trabajo realizado en ella no puede valer como su precio en el mundo de los valores de cambio”. (Ibíd., p. 86)

Marx era muy consciente de la tecnología de la información, que ya en su día había dado grandes zancadas. En realidad, algunos economistas modernos han señalado que la invención del telégrafo, junto con los ferrocarriles y los barcos de vapor tuvieron un efecto mucho más grande en unir el mercado mundial (“globalización”) que los ordenadores e Internet. Sin embargo, ninguno de estos inventos ha eliminado las contradicciones centrales del capitalismo. Todo lo contrario, sólo han creado las condiciones para la reproducción de estas contradicciones a una escala aún mucho mayor, preparando el camino para crisis incluso más profundas y catastróficas en el futuro.

Bajo el capitalismo el producto del obrero está alienado de él y se transforma en Capital, donde el trabajo del obrero se le presenta ante él como una fuerza ajena. Mientras esta situación siga así todas las categorías de la economía política continuarán teniendo un carácter contradictorio y mistificado. Sólo en una economía socialista planificada será posible llegar a un sistema económico racional donde la anarquía del mercado sea sustituida por la toma de decisiones conscientes por parte de los hombres y de las mujeres. Las cosas ya no controlarán a las personas, sino que las personas controlarán sus vidas y destinos. Sin embargo, mientras el capitalismo siga existiendo, lo cual quiere decir, para que quede claro a Dieterich y Peters, mientras exista propiedad privada de los medios de producción e intercambio, es imposible tener un sistema económico racional.

Bajo el capitalismo, por ejemplo, el dinero *no es una medida* del valor de cambio sino sólo un medio de *intercambio*, que ha evolucionado históricamente pero que, en última instancia, se expresa en oro. Los precios están determinados por la oferta y la demanda en el mercado mundial, que implica el intercambio constante, cada segundo del día, de un gran número de mercancías, acciones, etc. Esta interconexión espontánea, “que es independiente del conocimiento y voluntad de los individuos, y que presupone su independencia recíproca e indiferencia” (Ibíd.) que constituye la anarquía de la producción capitalista. El desarrollo espontáneo del mercado mundial es una de las principales conquistas del capitalismo, como Marx explica en *El Manifiesto Comunista*:

“La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones”.

“La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios, destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que

ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal”. (Carlos Marx y Federico Engels. *El Manifiesto Comunista*. Madrid. Fundación Federico Engels. p. 31).

Es muy cierto que el capitalismo consiguió esto a través de métodos muy brutales y que la existencia del mercado mundial (“globalización”) bajo el capitalismo es un medio de esclavización y explotación de millones de trabajadores y campesinos. Sin embargo, desde un punto de vista marxista, es un acontecimiento progresista porque pone las bases para una etapa cualitativamente superior del desarrollo humano: el socialismo mundial. Lo que hace falta no es la “antiglobalización” moralista y sentimental, sino un análisis consciente y científico, una *lucha mundial contra el capitalismo y el imperialismo y por el socialismo internacional*. En realidad, la idea de Peters y Dieterich presupone el regreso a una etapa de la historia que está más allá del recuerdo. Expresa el ansia de la pequeña burguesía de regresar a la producción a pequeña escala (el único tipo de producción que puede comprender la pequeña burguesía). En la misma obra, Marx responde de este modo al filisteísmo pequeño burgués:

“El grado y la universalidad del desarrollo de las facultades en las que se hace posible esta individualidad, suponen precisamente la producción basada sobre el valor de cambio, que crea, por primera vez, al mismo tiempo que la universalidad de la enajenación del individuo frente a sí mismo y a los demás, la universalidad y la multilateralidad de sus relaciones y de sus habilidades. En estadios de desarrollo precedentes, el individuo se presenta con mayor plenitud precisamente porque no ha elaborado aún la plenitud de sus relaciones y no las ha puesto frente a él como potencias y relaciones sociales autónomas. Es tan ridículo sentir nostalgias de aquella plenitud primitiva

como creer que es preciso detenerse en este vaciamiento completo. La visión burguesa jamás se ha elevado por encima de la oposición a dicha visión romántica, y es por ello que ésta lo acompañará como una oposición legítima hasta su muerte piadosa”. (Marx. *Grundrisse*, p. 90.)

Estas palabras podrían haberse escrito pensando específicamente en Heinz Dieterich.

## INDIVIDUALISMO

El contenido de clase de este socialismo utópico es el de la clase media, que se sitúa entre la burguesía y el proletariado. La pequeña burguesía envidia y odia a los grandes capitalistas, que la aplastan mediante la competencia desigual, pero también teme a la clase obrera hacia la cual se ve constantemente empujada. El punto de vista del proletariado es el de la lucha de clases colectiva. El trabajador aprende las virtudes de la organización y el colectivismo a través de las condiciones de la vida fabril. Un campesino puede decir: “Yo cultivé esa patata”, pero un obrero individual de Ford no puede decir: “Yo hice ese coche”. El automóvil fue hecho con los esfuerzos colectivos de muchos obreros, tanto dentro como fuera de la fábrica. Por esa razón es absurdo plantear la cuestión de la producción de mercancías en términos del individuo, como intenta hacer Arno Peters.

De aquí vemos que la llamada teoría de la equivalencia no tiene absolutamente nada en común con la teoría marxista del valor. Al tratar la producción de mercancías, Marx no lo hacía desde el punto de vista de los trabajadores individuales. Explica que no tratamos con el trabajo concreto de un carpintero, un tornero o un electricista, sino trabajo en general, trabajo social en abstracto. Lo que aquí tenemos es, en realidad, sólo una regurgitación de las ideas premarxistas de Proudhon y los socialistas utópicos. Este fue el punto de vista del socialismo pequeño burgués, que intentaba eliminar las contradicciones del capitalismo sin eliminar las relaciones capitalistas de producción. Ignoraba la lucha de clases y planteaba la cuestión de la transformación de la sociedad a través de la reforma pacífica. En lugar de basarse en la clase obrera, hablaba un lenguaje vago sobre la humanidad y el individuo, igual que Peters y Dieterich.

El individualismo es precisamente el punto de vista de la clase media, la clase de los pequeños propietarios. El campesino individual cultiva su pequeña parcela de tierra. El comerciante individual gestiona su propio negocio. El abogado individual dirige su propio bufete. El estudiante individual compite contra todos sus compañeros en los exámenes y así sucesivamente. Cuando Peters se basa en el individuo, parece estar hablando de sentido común, ¿qué puede ser más concreto y familiar que el hombre y la mujer individual? Parece decir: dejemos atrás todas las abstracciones vacías y en su lugar concentrémonos en lo individual. Todos los hombres y mujeres tienen los mismos derechos y deben vivir juntos como hermanos y hermanas, recibiendo los mismos salarios de equivalencia “independientemente del tipo de actividad que realicen”.

En realidad, el individuo de Peters es la más hueca de todas las abstracciones vacías. Esta retórica moralista-utópica sólo sirve como hoja de parra para ocultar las contradicciones de clase de la sociedad y, por tanto, para apartar el espantoso espectro de la lucha de clases. Bill Gates y el resto de multimillonarios propietarios de la industria puede que todos sean individuos, como tú y como yo, pero sin embargo forman parte de una clase que tiene intereses directamente contrapuestos a los intereses de los obreros y campesinos, y lucharán con todos los medios a su disposición para evitar que estos últimos les arrebaten su riqueza. Esa es una cuestión de la que nuestros socialistas del siglo XXI nunca se ocupan, y no es casualidad, *ya que su idea central es evitar la revolución recurriendo a la reforma pacífica*.

Peters afirma que en la era de la economía global la producción está “arraigada en la condición de que cada ser humano tiene la misma categoría, el mismo valor y los mismos derechos, incluido cada individuo, independientemente del tipo de actividad que realice”. ¿De dónde surge este disparate? ¡Ciertamente no de las realidades de la vida en la primera década del siglo XXI! Más bien sería correcto decir que bajo el capitalismo cada obrero individual está igualmente esclavizado al mercado global, igualmente privado de derechos, igualmente oprimido y explotado, igualmente despojado de su valor como ser humano individual e igualmente reducido a un simple objeto, un “factor de producción”.

¿Es correcto, no obstante, hacer referencia en este contexto a “cada individuo, independientemente del tipo de actividades que realice”? Bill Gates también es un individuo, realizando la actividad

de explotar a un gran número de otros individuos. ¿Realmente tiene los mismos derechos que los obreros a los que explota? Algunos sentimentales nunca se cansan de repetir el tópico de que el dinero no compra la felicidad y que los ricos nunca son felices. Esto nos recuerda algo que escribió Hegel, en el sentido de que cuando se dice que los reyes son infelices en sus tronos, deberíamos de concluir que los reyes, y no nosotros, deberían estar sentados en ellos. Es posible decir que los capitalistas están tan alienados como los trabajadores. Pero hay una pequeña diferencia aquí: los capitalistas están bastante contentos con su situación alienada, mientras que puedan disfrutar de la riqueza y de privilegios que les reporta serlo. En realidad, lucharán ante cualquier intento de salvarles de esta alienación, incluso cuando Peters y Dieterich les expliquen las maravillas del socialismo del siglo XXI de un modo tan conmovedor.

### DE DÓNDE VIENEN LAS IDEAS DE DIETERICH

La “teoría revolucionaria del futuro” de Dieterich resulta ser tan vieja como la tos. Su socialismo del siglo XXI se presenta nada más que *como la expresión idealizada de las relaciones económicas capitalistas*, que ya hace mucho tiempo fueron descritas por Ricardo, por no hablar de Marx. Incapaz de ofrecer ningún análisis o perspectiva real a la nueva generación, el camarada Dieterich ha revuelto en el cubo de la basura de la Historia y ha encontrado *unas cuantas ideas viejas de la prehistoria del movimiento socialista*, las ha desempolvado y las presenta ahora como la última palabra de la modernidad. Dieterich escribe:

“Ocho años después de la muerte de Ricardo, John Gray amplió la *Doctrina sobre el salario-dinero como realización del derecho al producto íntegro del trabajo*, creada por Robert Owen, hacia un sistema coherente: después de haberse asegurado del tiempo de trabajo empleado, un banco central entrega certificados que se refieren a una hora laborada, un día laborado o una semana laborada, y los cuales tienen validez como orden de pago de un producto que requirió el mismo tiempo de trabajo. Esta equiparación consecuente del valor del producto con el tiempo laborado, contenido en cada producto, deduce de la teoría sobre el valor del trabajo la medida absoluta que Ricardo buscaba. Y también concuerda con la teoría de Smith, quien dijo en su obra principal: ‘De iguales cantidades de trabajo se puede decir que en

todos los tiempos y todos los lugares, siempre son del mismo valor para el trabajador?” (Heinz Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*. p. 90. Subrayado en el original).

Dieterich cita con aprobación a John Gray. Pero parece que no ha leído los trabajos del propio Gray, sino que sólo conoce su existencia de segunda mano, aparentemente siguiendo a ese otro gran genio moderno llamado Arno Peters. Como en este párrafo la puntuación es muy confusa, es imposible ver dónde acaba Peters y dónde comienza Dieterich. Pero como uno es tan confuso como el otro, realmente esta cuestión no supone demasiada diferencia. Marx respondió a las teorías utópicas de Gray incluso antes de escribir *El Capital*. Se ocupa de ellas extensamente en sus manuscritos preparatorios, conocidos como *Grundrisse*, en *El capítulo del dinero*. ¿En qué consiste esta teoría? Parte de la siguiente idea: bajo el capitalismo, el trabajador no recibe todos los frutos de su trabajo, porque el capitalista retiene una parte de él en forma de plusvalía. Esto se consigue mediante el intercambio desigual. La solución, por tanto, es alterar la naturaleza del intercambio, eliminar su carácter desigual y proporcionar a cada trabajador todo el valor de su trabajo.

¿Cómo llegamos a este sistema de intercambio igual? Cada obrero recibirá un recibo (vale) que representa la cantidad real de tiempo de trabajo que ha utilizado en la producción de mercancías. Estos vales-trabajo son emitidos por un banco especial o de intercambio de trabajo y circularán en lugar del dinero, que así desaparecerá. El intercambio, por tanto, se mantendrá pero perderá su carácter explotador y se transformará en *intercambio igual*. Esta idea, que ya estaba anticuada en el siglo XIX, se suponía que pondría la base para una sociedad no explotadora e igualitaria, conocida de otra manera como *socialismo del siglo XXI*.

Heinz Dieterich introduce la idea del intercambio igual como un intento de superar las contradicciones del capitalismo sin abolirlo. En primer lugar, la existencia del intercambio (incluso “intercambio igual”) presupone la existencia de relaciones de mercado capitalistas, de valor de cambio y dinero. El hecho de que al último se le de otro nombre (vales-trabajo o cualquier otro) no cambia nada, ya que, contrariamente a las ilusiones de los socialistas universitarios, no se cambia la esencia de nada simplemente porque se la cambie de nombre. El camarada Dieterich, al igual que los socialistas utópicos

Owen y Gray, no comprende la naturaleza del dinero. Pero esa es otra cuestión.

La teoría del intercambio igual fue desarrollada, no por Marx, sino por John Bray, un seguidor de Owen (1809-1897), no confundir con John Gray, al que ya hemos mencionado. Impresor de oficio, Bray desarrolló su teoría del dinero-trabajo siguiendo los pasos de Ricardo. Aquí encontramos el origen y la génesis de las teorías económicas del socialismo del siglo XXI, ¡en 1839! Dieterich simplemente *copió* la idea del intercambio igual y la de bancos del trabajo de este utópico inglés del siglo XIX y las presenta como ideas originales y maravillosas para el nuevo milenio.

El camarada Dieterich no sale muy bien parado de una comparación entre su enrevesada prosa y el lenguaje sencillo, claro y preciso, de John Bray. Tampoco nuestro Heinz fue el primero en plagiar al socialista utópico Bray. Proudhon lo hizo hace más de 150 años. Fue respondido por Marx en una de las obras pioneras del socialismo científico: *Miseria de la filosofía*. Aquí Marx rinde tributo a la brillante originalidad de Bray, particularmente a su destacada obra: *Labour's Wrongs and Labour's Remedies* (Los males del trabajo y sus remedios). Pero también somete a una profunda crítica la idea utópica del intercambio igual y los bancos de trabajo, exactamente la misma crítica que se puede hacer contra el fundador del socialismo del siglo XXI. Marx cita extensamente la obra de Bray, *Labour's Wrongs and Labour's Remedies*, que fue publicada en Leeds en 1839:

“Sólo el trabajo crea valor... Cada hombre tiene derecho indudable a todo lo que puede procurarse con su trabajo honrado. Apropiándose así de los frutos de su trabajo, no comete ninguna injusticia contra otros hombres, porque no usurpa a nadie el derecho a proceder del mismo modo... Por la naturaleza misma del trabajo y del intercambio, la estricta justicia exige que todos los que intercambian obtengan beneficios, no sólo *mutuos*, sino *iguales*. No hay más que dos cosas que los hombres puedan cambiar entre sí, a saber: el trabajo y los productos del trabajo. Si los cambios se efectuasen según un sistema equitativo, el valor de todos los artículos se determinaría *por su coste de producción completo; y valores iguales se cambiarían siempre por valores iguales* [...]. Si, por ejemplo, un sombrerero que invierte una jornada de trabajo en hacer un sombrero y un zapatero que emplea el mismo tiempo en hacer un par de zapatos (suponiendo que la materia

que empleen tenga idéntico valor) cambian estos artículos entre sí, el beneficio obtenido de este cambio es al mismo tiempo mutuo e igual. La ganancia de una de las partes no puede ser una pérdida para la otra, puesto que ambas han suministrado la misma cantidad de trabajo y han empleado materiales de igual valor. Pero si el sombrerero recibiese *dos* pares de zapatos por un *sombrero*, no variando las condiciones arriba supuestas, es evidente que el cambio sería injusto. El sombrerero usurparía al zapatero una jornada de trabajo; y procediendo así en todos sus cambios, recibiría por el trabajo de *medio año* el producto de *todo un año* de otra persona. Hasta aquí hemos seguido siempre este sistema de cambio eminentemente injusto: *los obreros han dado* al capitalista el trabajo de todo un año a cambio del valor de medio año [...]. De ahí, y no de una supuesta desigualdad de las fuerzas físicas e intelectuales de los individuos, es de donde proviene la desigualdad de riquezas y de poder. La desigualdad de los cambios, la diferencia de precios en las compras y las ventas, no puede existir sino a condición de que los capitalistas sigan siendo capitalistas, y los obreros, obreros; los unos, una clase de tiranos, y los otros, una clase de esclavos... Esta transacción prueba, pues, claramente que los capitalistas y los propietarios no hacen más que dar al obrero, por su trabajo de una semana, una parte de la riqueza que han obtenido de él la semana anterior, es decir, reciben *algo* y a cambio no le dan nada [...]. La transacción entre el trabajador y el capitalista es una verdadera farsa: en realidad no es, en miles de casos, otra cosa que un *robo* descarado, aunque *legal*". (John Bray, *Labour's Wrongs and Labour's Remedies*, pp. 45, 48, 49 y 50).

"La ganancia del empresario será siempre una pérdida para el obrero, hasta que los cambios entre las partes sean iguales; y los cambios no pueden ser iguales mientras la sociedad esté dividida en capitalistas y productores, dado que los últimos viven de su trabajo, en tanto que los primeros engordan a cuenta de beneficiarse del trabajo ajeno..."

"Es claro, continúa el señor Bray, que, cualquiera que sea la forma de gobierno que establezcáis..., por mucho que prediquéis en nombre de la moral y del amor fraterno..., la reciprocidad es incompatible con la desigualdad de los cambios. La desigualdad de los cambios, fuente de la desigualdad en la posesión, es el enemigo secreto que nos devora [...]. (Ibíd., pp. 51 y 52.)

“Con la igualdad de los cambios, el beneficio de uno no puede ser pérdida para otro, porque todo cambio no es más que una simple *transferencia* de trabajo y de riqueza, no exige ningún sacrificio. Por tanto, bajo un sistema social basado en la igualdad de los cambios, el productor podrá llegar a enriquecerse por medio de sus ahorros, pero su riqueza no será sino el producto acumulado de su propio trabajo. Podrá cambiar su riqueza o donarla a otros; pero, si deja de trabajar, no podrá seguir siendo rico durante un tiempo más o menos prolongado. Con la igualdad de los cambios, la riqueza pierde el poder actual de renovarse y de reproducirse, por decirlo así, por sí misma: no podrá llenar el vacío creado por el consumo; porque, una vez consumida, la riqueza es perdida para siempre si no es reproducida por el trabajo. Bajo el régimen de cambios iguales no podrá ya existir lo que ahora llamamos *beneficios e intereses*. Tanto el productor como el distribuidor recibirán igual retribución, y el valor de cada artículo creado y puesto a disposición del consumidor será determinado por la suma total del trabajo invertido por ellos...

“El principio de la igualdad en los cambios debe, pues, conducir por su propia naturaleza al *trabajo universal*”. (Bray. pp. 109 y 110). (Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*. Moscú. Editorial Progreso. 1980. pp. 59-60-61 y 62. El subrayado en el original.)

A partir de estas citas es perfectamente obvio de dónde han sacado nuestros amigos Peters y Dieterich la idea del intercambio igual. Marx, al mismo tiempo que rendía tributo a la obra pionera de Bray, también señalaba ya la naturaleza utópica de sus ideas: “En principio, no hay intercambio de productos, sino intercambio de trabajos que participan en la producción. Del modo de cambio de las fuerzas productivas depende el modo de cambio de los productos. En general, la forma del cambio de los productos corresponde a la forma de la producción. Modificad esta última, y como consecuencia se modificará la primera. Por eso, en la historia de la sociedad vemos que el modo de cambiar los productos es regulado por el modo de producirlos. El intercambio individual corresponde también a un modo de producción determinado, que, a su vez, responde al antagonismo de clases. No puede existir, pues, intercambio individual sin antagonismos de clases.

“Pero la conciencia del buen burgués se niega a reconocer este hecho evidente. Como burgués, no puede por menos de ver en estas relaciones antagónicas unas relaciones basadas en la armonía y la justicia eterna, que no permite a nadie velar por sus intereses a costa del prójimo. A juicio del burgués, el intercambio individual puede subsistir sin antagonismos de clase: para él estos dos fenómenos no guardan la menor relación entre sí. El intercambio individual, tal como se lo figura el burgués, tiene muy poca afinidad con el intercambio individual tal como se practica.

“El señor Bray convierte la *ilusión* del buen burgués en el *ideal* que él quisiera ver realizado. Depurando el intercambio individual, eliminando todos los elementos antagónicos que en él se encierran, cree encontrar una relación ‘*igualitaria*’, que quisiera instaurar en la sociedad.

“El señor Bray no ve que esta relación igualitaria, este *ideal correctivo* que él quisiera aplicar en el mundo, no es sino el reflejo del mundo actual, y que, por tanto, es totalmente imposible reconstruir la sociedad sobre una base que no es más que una sombra embellecida de esta misma sociedad. A medida que la sombra toma cuerpo, se comprueba que este cuerpo, lejos de ser la transfiguración soñada, es el cuerpo actual de la sociedad”. (Ibíd., pp. 66-67.)

La idea del “intercambio igual” es, por citar a Marx, “*nada sino el reflejo del mundo actual*”. En otras palabras, la idea del intercambio igual no es la receta para una sociedad socialista nueva, sino sólo un intento de modificar las relaciones económicas existentes del capitalismo, mientras mantiene su esencia (el intercambio de mercancías). Es el sueño eterno de la pequeña burguesía: *construir el capitalismo con rostro humano*. Este proyecto utópico estaba equivocado en la teoría y fue desastroso en la práctica. No tuvimos que esperar al siglo XXI para averiguarlo. A diferencia del camarada Dieterich, cuyas utopías, como todos los productos de los izquierdistas universitarios, se limitan al papel, los utópicos del siglo XIX tuvieron el coraje de sus convicciones y realmente intentaron llevar a la práctica sus teorías. Robert Owen se arruinó intentando establecer comunidades comunistas ideales en EEUU. Los seguidores de Bray crearon

tiendas de intercambio equitativo de trabajo en Londres, Sheffield, Leeds y otras ciudades de Inglaterra. Todo terminó en fracaso y con la pérdida de cantidades considerables de dinero.

Proudhon planteó la misma idea. Él decía que una cierta cantidad de trabajo es equivalente al producto creado por esta misma cantidad de trabajo, el trabajo de cada día vale tanto como el trabajo de otro día. Es decir, si las cantidades son iguales, el trabajo de un hombre vale tanto como el trabajo de otro hombre, no hay una diferencia cualitativa. Por lo tanto, con la misma cantidad de trabajo, el producto de un hombre puede ser intercambiado por el producto de otro hombre. Todos los hombres son obreros asalariados que consiguen igual salario por un tiempo de trabajo igual. La igualdad perfecta gobierna el intercambio y todo el mundo contento. En 1849 Proudhon creó un nuevo Banco de Intercambio en París, estrictamente dentro de las líneas defendidas por Dieterich y Peters. ¿Qué ocurrió? Colapsó casi inmediatamente y su fundador se encontró ante un tribunal. La idea del “intercambio igual” que ahora es pregonada como una panacea para el socialismo del siglo XXI demostró su bancarrota hace mucho tiempo, en el sentido más literal de la palabra. Como dicen los franceses: “¡Plus ça change, plus c’est la même chose!” (“Cuanto más cambian las cosas, más siguen igual”).

# VI

## UN ESBOZO DE ECONOMÍA MARXISTA



Antes de examinar las teorías económicas del camarada Dietrich, intentaremos proporcionar al lector un breve resumen de las leyes económicas básicas del capitalismo, que Marx explicó hace tiempo. Se analizan con gran detalle en los tres tomos de *El Capital* y en otras obras. Sobre el futuro funcionamiento de una sociedad comunista escribió menos, pero lo que sí escribió fue obras como *Crítica del programa de Gotha* que es más que suficiente para establecer el funcionamiento básico de una economía socialista, que difiere básicamente del capitalismo y, por tanto, también de la concepción de Heinz Dieterich del socialismo del siglo XXI. En su introducción a *El pensamiento vivo de Carlos Marx*, Trotsky explica las proposiciones básicas de Marx de una forma magistral:

“En la sociedad contemporánea el vínculo cardinal entre los hombres es el intercambio. Todo producto del trabajo que entra en el proceso de intercambio se convierte en mercancía. Marx inició su investigación con la mercancía y dedujo de esa célula fundamental de la sociedad capitalista las relaciones sociales que se han constituido objetivamente como la base del intercambio, independientemente de la voluntad del hombre. Únicamente si se sigue este camino es posible resolver el enigma fundamental: cómo en la sociedad capitalista, en la cual cada hombre piensa sólo en sí mismo y nadie piensa en los demás, se han creado las proporciones relativas de las diversas ramas de la economía indispensables para la vida.

“El obrero vende su fuerza de trabajo, el agricultor lleva su producto al mercado, el prestamista o el banquero conceden préstamos, el comerciante ofrece un surtido de mercancías, el industrial construye una fábrica, el especulador compra y vende acciones y bonos, y cada uno de ellos tiene en consideración sus propias conveniencias, sus

planes privados, su propia opinión sobre los jornales y los beneficios. Sin embargo, de este caos de esfuerzos de acciones individuales surge cierto conjunto económico que aunque ciertamente no es armonioso sino contradictorio, da sin embargo a la sociedad la posibilidad no sólo de existir, sino también de desarrollarse. Esto quiere decir que, después de todo, el caos no es en modo alguno un caos que de algún modo esté regulado automáticamente, si no conscientemente. Comprender el mecanismo por el cual los diversos aspectos de la economía llegan a un estado de equilibrio relativo es descubrir las leyes objetivas del capitalismo.

“Evidentemente, las leyes que rigen las diversas esferas de la economía capitalista –jornales, precios, arrendamiento, beneficio, interés, crédito, bolsa– son numerosas y complejas. Pero en último término todas proceden de una única ley descubierta por Marx y examinada por él hasta el final: es la ley del *valor del trabajo*, que es ciertamente la que regula básicamente la economía capitalista. La esencia de esa ley es simple. La sociedad tiene a su disposición cierta reserva de fuerza de trabajo viva. Aplicada a la naturaleza, esa fuerza engendra productos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. Como consecuencia de la división del trabajo entre los productores individuales, los productos toman la forma de mercancías. Las mercancías se cambian entre sí en una proporción determinada, al principio directamente y más tarde por medio del oro o de la moneda. La propiedad esencial de las mercancías, que en cierta relación las iguala entre sí, es el trabajo humano invertido en ellas –trabajo abstracto, trabajo general–, la base y la medida del valor. La división del trabajo entre millones de productores diseminados no lleva a la desintegración de la sociedad porque las mercancías son intercambiadas de acuerdo con el tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en ellas. Mediante la aceptación y el rechazo de las mercancías, el mercado, en su calidad de terreno de intercambio, decide si contienen o no contienen en sí mismas el trabajo socialmente necesario, con lo cual determina las proporciones de las diversas clases de mercancías necesarias para la sociedad, y en consecuencia también la distribución de la fuerza de trabajo de acuerdo con las diversas clases de comercio.

“Los procesos reales del mercado son inmensamente más completos

que lo que hemos expuesto aquí en pocas líneas. Así, al girar alrededor del valor del trabajo, los precios fluctúan por encima y por debajo de sus valores. Las causas de esas desviaciones están completamente explicadas en el tercer volumen de *El Capital* de Marx, en el que se describe ‘el proceso de la producción capitalista considerado en su conjunto’. Sin embargo, por grandes que puedan ser las diferencias entre los precios y los valores de las mercancías en los casos individuales, la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores, pues en último término únicamente los valores que han sido creados por el trabajo humano se hallan a disposición de la sociedad, y los precios no pueden pasar de estos límites, inclusive si se tiene en cuenta el monopolio de los precios o ‘trust’; donde el trabajo no ha creado un valor nuevo nada puede hacer ni el mismo Rockefeller.

“Pero si las mercancías se intercambian de acuerdo con la cantidad de trabajo invertido en ellas, ¿cómo se deriva la desigualdad de la igualdad? Marx resolvió ese enigma exponiendo la naturaleza peculiar de una de las mercancías, que es la base de todas las demás mercancías: la fuerza de trabajo. El propietario de los medios de producción, el capitalista, compra la fuerza de trabajo. Como todas las otras mercancías, la fuerza de trabajo es valorizada de acuerdo con la cantidad de trabajo invertida en ella, esto es, de los medios de subsistencia necesarios para la vida y la reproducción del trabajador. Pero el consumo de esta mercancía –fuerza de trabajo– se produce mediante el trabajo, que crea nuevos valores. La cantidad de esos valores es mayor que los que recibe el propio trabajador y gasta en su conservación. El capitalista compra fuerza de trabajo para explotarla. Esa explotación es la fuente de la desigualdad.

“A la parte del producto que contribuye a la subsistencia del trabajador la llama Marx producto *necesario*; a la parte excedente que produce el trabajador le llama *sobreproducto* o *plusvalía*. El esclavo tenía que producir plusvalía, pues de otro modo el dueño de esclavos no los hubiera tenido. El siervo tenía que producir plusvalía, pues de otro modo la servidumbre no hubiera tenido utilidad alguna para la clase hacendada. El obrero asalariado produce también plusvalía, sólo que en una escala mucho mayor, pues de otro modo el capitalista no tendría necesidad de comprar la fuerza de trabajo. La lucha de clases no es otra cosa que la lucha por la plusvalía. Quien posee la plusvalía es

el dueño de la situación, posee la riqueza, posee el poder del Estado, tiene la llave de la iglesia, de los tribunales, de las ciencias y las artes”. (León Trotsky, *El pensamiento vivo de Carlos Marx*. Buenos Aires. Editorial Losada, 1984. pp. 12-15.)

## EL GRAN DESCUBRIMIENTO DE MARX

La base de la economía política marxista es la teoría del valor: el regulador básico del capitalismo. Esta maravillosa y profunda ley que Marx descubrió determina los precios y el reparto de capital a los distintos sectores de la economía. Así que, a pesar de su naturaleza anárquica, el capitalismo posee un mecanismo que le permite funcionar. Lleva funcionando aproximadamente 200 años, sin un plan, sin proyecto histórico y con poca o ninguna intervención humana consciente. Por supuesto, el funcionamiento de la economía capitalista es muy complicado. Hay leyes separadas que rigen las distintas esferas de la economía capitalista: salarios, precio, tierra, renta, beneficio, interés, crédito, banca y la bolsa, la especulación, el comercio internacional, etc. Pero, en última instancia, el regulador básico de la economía capitalista es la ley del valor.

Aunque los grandes economistas clásicos, como David Ricardo, se basaron en la ley del valor, fue Marx quién clarificó la teoría y descubrió el carácter dual de la fuerza de trabajo y, de esta manera, el verdadero secreto de la economía capitalista. Toda la plusvalía surge del trabajo de la clase obrera. La clase obrera vende su fuerza de trabajo por todo su valor, y no obstante es capaz de crear nuevos valores mayores que el suyo propio. Por lo tanto, el capitalismo se debe comprender no por el intercambio de tiempos de trabajo equivalentes, sino por la apropiación capitalista de la plusvalía. La lucha de clases no es otra cosa que la lucha por la plusvalía. “El aumento del salario”, afirma Marx, “disminuye la plusvalía, mientras que la prolongación de la jornada de trabajo y el incremento de la intensidad del trabajo la aumentan”. (Carlos Marx, *El capital*. Vol. 3. Cap. III. *Relación entre la cuota de ganancia y la cuota de plusvalía*. Madrid. Editorial Akal. 1978. p. 64).

El capitalista ve esta relación como una relación de mercado, en términos de *precios y costes de producción*. Por tanto, la práctica habitual de la economía política burguesa es buscar la fuente de beneficios en el *intercambio*. Pero detrás de estas relaciones de mercado se encuen-

tran cantidades de tiempo de trabajo congelado que se incorporan a las mercancías en el proceso de *producción*. El tiempo de trabajo total gastado por la sociedad capitalista se divide entre los salarios y los beneficios. Los medios de producción representan el gasto pasado de trabajo (“trabajo muerto”). Sin embargo, hace falta una aplicación continua del trabajo humano para que sean rentables. En una sociedad capitalista, son los propietarios del “trabajo muerto” (medios de producción) los que dominan el trabajo vivo y lo subyugan. “Sólo el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital”. (Carlos Marx, *Trabajo asalariado y capital*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 91.)

Como un cuerpo de carne y tejidos que debe ser continuamente renovado si se quiere mantener con vida, la sustancia física del capital debe asumir constantemente nuevas formas. Una fábrica o una máquina que permanecen ociosas se deterioran y se vuelven obsoletas, no producen ningún beneficio. Pero si están en uso añaden su valor a las mercancías producidas y, una vez vendidas, los capitalistas recuperan los valores de este “trabajo muerto” más los nuevos valores añadidos por el trabajo vivo. Para el capital la vida es hacer beneficio. El capital vive para ser utilizado. Debe pasar incesantemente a través de su ciclo de transformaciones de dinero a materias primas, máquinas y salarios de los obreros que utilizan estos medios de producción para crear nuevas mercancías que son vendidas y transformadas de nuevo en dinero. Este es el ciclo o renovación del capital. Cuanto más rápida sea la renovación mayor será el beneficio. Si se detiene, los beneficios se pierden. La existencia misma del capital gira sobre esta incesante renovación, que está sustentada en una serie de límites impuestos por el mercado.

El capital, sin embargo, se divide entre distintos capitales. Cada sector reporta diferentes cantidades de plusvalía. Cada uno emplea distintas relaciones de medios de producción (capital constante) respecto a la fuerza de trabajo (capital variable). Cuando el beneficio es plusvalía y se mide respecto al capital total, parece ser que los beneficios son más altos donde se ha empleado más capital variable que capital constante. Pero no es así debido a que la competencia entre diferentes capitalistas tiende a dar como resultado la igualación de la tasa de beneficio, es decir, una tasa media de beneficio. Los monopolios se convierten en una barrera de este proceso al excluir

a los competidores inexorablemente, mediante todo tipo de formas. Intel, por ejemplo, la empresa fabricante de chips para ordenadores, controla el 90 por ciento de todos los procesadores y su poder de mercado, según dice la Comisión de Comercio Federal de EEUU, está “magnificada debido a su enorme base instalada, el reconocimiento de la marca y los efectos de red”. Pero la magnitud de esta tasa media de beneficio está determinada por la masa total de beneficio conseguida por el capital social total.

A través del mercado, y de sus fluctuaciones de la oferta y la demanda, el capital tiende a moverse de las industrias más estancadas a las que están más en expansión y en desarrollo, donde hay una tasa de beneficio más elevada. Esta última es temporalmente más alta que la tasa media hasta que la afluencia de capital impulsa lo suficiente la producción como para absorber el exceso de demanda. Esta búsqueda de beneficio extra caracteriza la competencia capitalista. Una vez más, la creación de monopolios rebasa este proceso, distorsionando el mercado y manteniendo los precios de monopolio. Si el valor o valor de cambio de las mercancías se forma a partir de la cantidad de trabajo socialmente necesario implicado en su producción, un aumento de la inversión que lleve a un incremento de la productividad del trabajo, hace que cada mercancía individual contenga menos tiempo de trabajo necesario que antes.

La cantidad de trabajo involucrada en la producción se extiende cada vez a más y más mercancías. El abaratamiento de las mercancías permite a los capitalistas, que introducen nueva maquinaria y tecnología, derrotar a sus rivales y aumentar su cuota de mercado. El descenso del valor de cada mercancía individual es compensado por el aumento del número de mercancías producidas. Hasta que no se generaliza la nueva tecnología, esta producirá unos beneficios de monopolio. La rentabilidad del capital aumenta, a pesar de los precios más bajos. La mercancía contiene menos valor recién añadido, pero su proporción no pagada crece con relación a su parte pagada.

Como explicaba Marx, el sistema capitalista tiene el potencial de romperse en toda una serie de puntos. La separación de la venta y la compra de mercancías puede ser el punto de partida de la crisis. “Mediante el desdoblamiento del proceso de producción (directo) y del proceso de circulación, vuelve a desarrollarse y se desarrolla más la *posibilidad* de la crisis, que se había manifestado con motivo de la

*simple metamorfosis* de la mercancía”, afirma Marx (Carlos Marx. *Teorías de la plusvalía*, Tomo II. México. Fondo de Cultura Económico. 1980. p. 467. El subrayado en el original). El proceso de producción y circulación capitalistas se resumen en la fórmula: M-D-M, o la metamorfosis de la mercancía. La producción de plusvalía es sólo la primera etapa para el capitalista. Aquí la plusvalía permanece encerrada dentro de las mercancías. La siguiente tarea es vender estas mercancías en el mercado y *materializar* la plusvalía, es decir, convertirla en dinero. En el momento de la venta, si el capitalista no puede encontrar ningún comprador, el proceso fracasa. “La posibilidad de la crisis...” dice Marx, “se da por tanto, exclusivamente, en la disociación de la venta y la compra”. (Ibíd., p. 468) Aquí la crisis aparece en su forma más simple.

### ¿DÓNDE SE PRODUCE LA EXPLOTACIÓN?

En todo sistema basado en la explotación de una clase por otra, *la explotación tiene lugar no en el intercambio sino en la producción*. Uno podría pensar que el camarada Dieterich sería consciente de esta proposición elemental, pero ya que parece no estar enterado del abecé de la economía política marxista nos vemos obligados a repetirlo aquí. En el primer tomo de *El Capital*, Marx explica con gran detalle el desarrollo histórico de la forma de las mercancías, desde el intercambio fortuito en el comunismo primitivo tribal a través de todas sus múltiples transiciones, hasta llegar a la producción capitalista, la producción de mercancías por excelencia. La forma en la que los trabajadores son explotados bajo el capitalismo difiere de todas las anteriores formas de explotación.

En la esclavitud, en primer lugar, no hay posibilidad de intercambio, a menos que digamos que el esclavo intercambia su trabajo por los golpes del capataz. La esclavitud es trabajo forzado. El esclavo no es libre y está obligado a trabajar a la fuerza. Por esa razón el trabajo esclavo está basado en un nivel sumamente bajo de productividad. Sólo puede funcionar como sistema económico a condición de que exista una gran masa de esclavos que puedan trabajar hasta la muerte en las minas y plantaciones, y ser sustituidos de modo barato gracias a las guerras.

Como ya hemos explicado, no hay incentivo para invertir en maquinaria que ahorre trabajo, en parte porque los esclavos romperían

la frágil maquinaria y, en parte, porque la existencia de trabajo barato a gran escala haría la maquinaria innecesaria. Por eso, los griegos y los romanos, con todo su ingenio, nunca desarrollaron la máquina de vapor con propósitos productivos. Aunque Herón de Alejandría inventó una bola rotatoria alimentada por vapor alrededor del año 100 d.C. —la primera energía de vapor que se conoce—, permaneció como un simple juguete sin aplicación productiva ninguna.

Bajo el feudalismo las cosas son algo diferentes. Los siervos no eran esclavos legales, pero estaban atados a la tierra y obligados a dar una parte de su producto a sus amos. Tanto en la esclavitud como en la servidumbre la explotación es abierta y transparente. Aquí no hay ningún misterio. Como en la esclavitud y el capitalismo, en el feudalismo la explotación tiene lugar no en el intercambio sino en la producción: el siervo trabaja su parcela de tierra y entrega una proporción de su producto (el excedente) al terrateniente. Ni la esclavitud ni la servidumbre dependían del intercambio, aunque el comercio y el dinero existían y jugaban un papel creciente, siendo un factor importante en la disolución de ambos sistemas, como señala Marx. Pero el dinero no jugaba el mismo papel en el feudalismo que bajo el capitalismo. La base del feudalismo era la agricultura de subsistencia. Los señores feudales no tenían más razón para acumular capital, invertir e impulsar la producción, la ciencia y la técnica que los propietarios de esclavos en Grecia y Roma. Gastaban sus fortunas en banquetes o donaban a la Iglesia para que dijeran oraciones por su alma después de la muerte. Las magníficas catedrales medievales de Europa son testigos mudos de la total falta de interés de la clase dominante feudal por la inversión productiva.

El capitalismo es un sistema completamente diferente de la esclavitud y del feudalismo, y funciona de una manera totalmente distinta. La condición previa para su existencia es una clase de trabajadores libres que vendan a los capitalistas la única mercancía que poseen: su capacidad de trabajar. A través del robo de las propiedades comunales, las leyes de cercamiento (Enclosure Acts) y otras leyes de saqueo y opresión en los albores del capitalismo, los campesinos se empobrecieron y fueron expulsados de sus tierras ancestrales. La ruina del campesinado proporcionó una reserva de fuerza de trabajo en las ciudades y pueblos. La estructura de clase se simplificó más. Por un lado, estaban los capitalistas y por otro los proletarios sin propiedad. La única manera de que pudieran seguir vivos era vender

su fuerza de trabajo a los capitalistas a cambio de salarios. En el proceso de producción, el proletario produce más valor del que recibe en salario, esa es la plusvalía que los capitalistas expropian.

### EL VALOR DE LA FUERZA DE TRABAJO

La posibilidad del capitalista de comprar fuerza de trabajo en el mercado presupone, por lo tanto, la existencia de una clase de asalariados libres. “Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo”. (Carlos Marx, *El Capital*. Libro I. Tomo I. Madrid. Editorial Akal. 1976. p. 225). La creación de esta clase de asalariados libres es un fenómeno histórico, el producto de toda una serie de revoluciones económicas y sociales.

El capitalista considera el mercado laboral como otra rama del mercado general de mercancías. La fuerza de trabajo, para él, es sólo otra mercancía. En realidad, aunque el capitalista no entiende y no le preocupa la explicación teórica, tiene bastante razón en esta suposición. La fuerza de trabajo es una mercancía, gobernada por las mismas leyes que otras mercancías. Su valor está determinado por el tiempo de trabajo necesario para su producción. La fuerza de trabajo es la capacidad de trabajar del obrero. Es “consumida” por el capitalista en el proceso laboral real. Pero este proceso presupone la existencia de un obrero sano y fuerte.

La producción de fuerza de trabajo, por tanto, significa el automantenimiento del obrero y la reproducción de su especie. El tiempo de trabajo necesario para el mantenimiento de los obreros es el tiempo de trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia: la comida, la ropa, la calefacción, etc., necesario para su supervivencia como animal y su capacidad de trabajar cada día. Este varía en diferentes países, distintos climas y diferentes periodos históricos. En contraste con otras mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene, pues, un elemento histórico y moral. Sin embargo, en un país y

en un periodo determinados viene dado el promedio de los medios de subsistencia necesarios.

Aparte de esto, el obrero debe tener suficiente para reproducir su especie, proporcionar nuevas generaciones de trabajadores que sustituyan a la fuerza de trabajo gastada. En segundo lugar, según aumenta la complejidad del trabajo, una cierta cantidad debe ir a la educación de los obreros y aumentar así su productividad. A diferencia de la mayoría de las mercancías, la fuerza de trabajo se paga sólo *después* de haber sido consumida. ¡Los trabajadores en realidad le conceden al capitalista un crédito! También hay todo tipo de pequeñas trampas, como obligar a los trabajadores a aceptar trabajar horas extras gratuitas, la bancarrota de la empresa conduciendo a la pérdida de los salarios, y otras similares. Sin embargo, en el capitalismo desarrollado estos aspectos son elementos totalmente secundarios en la extracción de plusvalía.

La fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía, se compra abiertamente en el mercado, pero es utilizada fuera de la esfera del mercado, tras puertas cerradas, en la esfera de la producción. Se llega libremente al contrato entre el Capital y el trabajo, en interés de ambas partes, sobre la base del intercambio justo y el intercambio de *equivalentes* (desde el punto de vista del mercado). El precio de mercado de la fuerza de trabajo (salario) está determinado, como cualquier otra mercancía, por la oferta y la demanda, aunque puede estar influida por la organización sindical y la lucha de clases, que es, en última instancia, una lucha entre el trabajo asalariado y el Capital por la división de la plusvalía producida por la clase obrera.

Dieterich está, por tanto, totalmente equivocado cuando hace referencia al “intercambio desigual” bajo el capitalismo. Marx fue el primero que señaló que lo que el obrero vende realmente al capitalista no es su trabajo (como suponen los economistas vulgares), sino la *fuerza de trabajo*. Ésta se vende a su valor de mercado y, como ocurre con cualquier otra mercancía, el valor de la fuerza de trabajo (salario) está determinado por la cantidad de fuerza de trabajo socialmente necesaria gastada en su producción. No es robo o intercambio desigual, como imagina el camarada Dieterich, sino precisamente el *intercambio de equivalentes*. Presentarlo de cualquier otra manera es abandonar la postura científica de Marx a favor del impresionismo superficial y una pose moralista.

## MAQUINARIA Y JORNADA LABORAL

Si examinamos las mercancías como valores de uso (es decir, desde el punto de vista de su utilidad), las vemos como un “zapato”, un “reloj”, etc., y también como productos de un tipo particular de trabajo: el trabajo del relojero o del zapatero. Pero en el intercambio, el carácter especial de las mercancías se pierde de vista y aparecen como tantas unidades de trabajo medio. En el intercambio lo que se compara son las cantidades de trabajo humano en general que contienen las mercancías: trabajo humano abstracto, no el trabajo de los trabajadores individuales. En el proceso de intercambio todo el trabajo se reduce a unidades simples de trabajo.

Las mercancías producidas por el trabajo cualificado contienen más valor que las producidas por el no cualificado. Por lo tanto, en el intercambio, las unidades de trabajo cualificado se reducen a tantas unidades de no cualificado, trabajo simple. Por ejemplo, la razón de 1 unidad cualificada = 3 unidades no cualificadas, o, para expresar la misma idea de otra manera, el trabajo cualificado vale tres veces más que el no cualificado. Explicado de modo sencillo, el valor de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo medio utilizada en su producción (o cuánto se tarda en producir). Pero dicho así puede parecer que un trabajador perezoso o ineficaz produce más valores que el trabajador más eficiente. Un zapatero que utiliza métodos anticuados para producir zapatos tardaría todo un día en hacer un par de zapatos. Pero cuando intenta venderlos en el mercado se encontrará con que sólo se vende por el mismo valor que tienen los zapatos fabricados con mejor maquinaria y fábricas más modernas.

Si estas fábricas producen un par de zapatos en, digamos, media hora, dichos zapatos contendrán menos trabajo (y por tanto, tendrán menos valor) y se venderán más baratos. Este proceso echará de los negocios al zapatero que utiliza métodos más derrochadores de tiempo. Su trabajo para producir un par de zapatos después de media hora es trabajo despilfarrado e innecesario en las condiciones modernas. Si no quiere desaparecer, tendrá que introducir técnicas modernas y producir zapatos en un tiempo al menos igual al tiempo necesario desarrollado por la sociedad. En otras palabras, todas las mercancías deben ser producidas en un tiempo socialmente necesario. En cualquier momento dado, la utilización del trabajo medio,

las máquinas, los métodos, etc., todas las mercancías requieren un tiempo concreto para su fabricación. Este proceso está determinado por el nivel de la técnica en la sociedad. Cualquier trabajo invertido que supere este nivel será trabajo inútil, provocando un aumento de costes y hará que la empresa no sea competitiva. De este modo, el valor de una mercancía está determinado por la cantidad de *trabajo socialmente necesario* contenido en ella. Naturalmente, este tiempo de trabajo cambia continuamente con la introducción de nuevas técnicas y métodos de producción. La competencia empuja al ineficiente a la bancarrota.

La diferencia entre el trabajo cualificado y no cualificado es una diferencia de grado. “El trabajo considerado como trabajo más complejo, más elevado que el trabajo social medio, es la manifestación de una fuerza de trabajo que representa gastos de preparación superiores a los normales, cuya producción representa más tiempo de trabajo y, por tanto, un valor superior al de la fuerza de trabajo simple”.

El trabajo que figura como superior, más completo que el trabajo social medio, es la manifestación de una fuerza de trabajo que representa gastos de preparación superiores a los normales, cuya producción cuesta más tiempo de trabajo y que, por tanto, tiene un valor superior al de la fuerza de trabajo simple” (Carlos Marx, *El Capital*. Libro I. Tomo I. Madrid. Editorial Akal. 1976. p. 267). En la producción de valor es inevitable expresar el trabajo cualificado en términos de no cualificado, una hora de cualificado es igual a tres de no cualificado, etc.

Heinz Dieterich parece fascinado por la tecnología informática, pero el hecho de que el capitalismo moderno haya desarrollado esta tecnología en absoluto significa una reducción de la jornada laboral, aunque, lógicamente, debería ser así. ¿Cuál es la razón de esta contradicción? Hace tiempo Marx explicó, que bajo el capitalismo, la introducción de nueva tecnología, lejos de llevar a una reducción de la jornada laboral y reducir la carga de trabajo, significa precisamente lo contrario: *la introducción de nueva tecnología bajo el capitalismo siempre lleva a un aumento de las horas trabajadas.*

Esta regla general es confirmada por toda la historia del capitalismo, y la llegada de la tecnología de la información, lejos de negarla, es un ejemplo muy llamativo de este proceso. En el pasado, los “expertos” de la burguesía nos prometían una visión gloriosa del futuro

cuando, sobre la base de la aplicación de la ciencia y la tecnología, la carga de trabajo desaparecería, se reduciría la jornada laboral y el problema central de la sociedad sería qué hacer con nuestro tiempo de ocio. ¡Qué irónicos suenan hoy estos argumentos de que la tecnología llevará a un exceso de ocio! Mientras millones de desempleados languidecen en condiciones de “ocio” forzoso, otros millones que tienen la buena suerte de seguir trabajando se encuentran sometidos a presiones cada vez mayores para trabajar más horas, con menos salarios y peores condiciones, y emplear el máximo esfuerzo de su sistema nervioso y fuerza muscular por la causa de una mayor “productividad” (léase, rentabilidad).

El camarada Dieterich piensa que inventos como el ordenador, Internet y cibernética resolverán todos nuestros problemas y llevarán directamente al socialismo. Este argumento, como todas las primeras predicciones relacionadas con la posibilidad de reducir la jornada laboral, es en parte correcto. Pero es abstracto, porque se olvida del pequeño detalle de que bajo el capitalismo, como explica Marx, la introducción de nueva maquinaria y tecnología, que en principio debería poner las bases para una reducción de la jornada laboral y la abolición de la esclavitud del trabajo asalariado, realmente lleva a una prolongación de la jornada laboral. El camarada Dieterich repetidamente comete el mismo error: *confundir el potencial abstracto con la realidad concreta*. El potencial para la reducción universal de las jornadas laborales, y por tanto la desaparición del desempleo, está implícito en el avance espectacular de la tecnología durante estas últimas décadas. Además, este argumento no se limita a la tecnología de la información, sino que se aplica a los avances de la ciencia y la tecnología en general. Consideremos por ejemplo la implicación que tiene la utilización de robots industriales.

Hace veinte años había 500.000 de estas máquinas en el mundo. Japón, con sólo el 0,5 por ciento de la superficie del planeta y el 2,5 por ciento de su población, tenía más de 300.000 del total, un número que había doblado en un periodo de cinco años. En EEUU, el número de robots creció un 50 por ciento en el mismo periodo, según las cifras publicadas por McKinsey Global Institute. Italia, Francia, España y otros países aumentaron de la misma manera su número de robots. La introducción de estas máquinas significa que el número de obreros en una fábrica se puede reducir drásticamente, mientras que la productividad de quienes permanecen, enormemen-

te aumentada por la maquinaria, registra un incremento sustancial. En Francia, por ejemplo, los dos principales fabricantes de automóviles redujeron su fuerza laboral en no menos de 200.000 trabajadores en un periodo de 12 años desde finales de la década de los años ochenta, con un aumento de la productividad del 12 por ciento en el mismo periodo. Cifras similares se pueden encontrar en España, Alemania, EEUU y otros países. ¿Llevó la introducción de nueva tecnología a una caída de las horas de trabajo? *No, sólo llevó a una reducción de la plantilla, más desempleo e incluso mayor presión sobre los que permanecieron para que produjeran más.*

La misma tecnología de producción de robots se puede aplicar a muchos otros terrenos, la transformación de plásticos, por ejemplo, o la industria textil. Incluso en la industria de la alimentación, operaciones como el empaquetado de queso las hacen robots, que podrían también ser utilizados para eliminar la participación humana en ocupaciones peligrosas. Los robots significan más calidad, más flexibilidad y más velocidad de producción. La aplicación universal de esta tecnología en el contexto de un plan de producción armónico y racional, con la participación democrática de los trabajadores a todos los niveles, significaría una transformación total de la vida de la sociedad.

La semana laboral inmediatamente se podría reducir a treinta horas sin pérdida salarial y al mismo tiempo la producción podría aumentar rápidamente tanto en cantidad como en calidad. Después de eso, la jornada laboral podría reducirse de forma continuada, proporcionando así las condiciones materiales para un florecimiento de la democracia, el arte, la ciencia y la cultura nunca visto en el mundo. Estas son precisamente las bases materiales para el socialismo, una nueva forma de sociedad humana y cualitativamente superiores. No son sueños utópicos, sino conclusiones que fluyen lógicamente e inevitablemente de la situación actual del conocimiento y las exigencias reales de las fuerzas productivas.

Y aún así, a cada paso, la realidad se da de bruces contra el potencial de la producción y la técnica. En lugar de un mundo de ocio y realización de toda la potencialidad, tenemos, por un lado, la pesadilla social de incesante desempleo “estructural” de masas y, por el otro, una opresión inhumana sobre la fuerza de trabajo. Este proceso es especialmente cierto en el caso de la tecnología informática. Inventos como el ordenador personal, los buscapersonas, los

localizadores, los teléfonos móviles, etc., significan que el trabajador puede estar a disposición del empresario 24 horas al día, siete días a la semana, y así, consiguientemente, la jornada laboral se puede prolongar de modo indefinido.

Este proceso también significa que los trabajadores de cuello blanco, que en el pasado tenían una posición relativamente privilegiada, y que ni siquiera se ven como miembros de la clase obrera, se han proletarizado cada vez más y sufren ahora una explotación tan dura como la que se encuentra en muchas fábricas. De este modo, la nueva tecnología, que en teoría debería llevar a un alivio de la carga de trabajo, lleva en la práctica a un nuevo aumento de la explotación y la esclavitud para la clase obrera. ¿Cómo se puede explicar esta contradicción tan llamativa?

### MARX SOBRE LA MAQUINARIA

En el primer tomo de *El Capital*, Marx explica las razones por las que la introducción de la maquinaria bajo el capitalismo significa necesariamente una prolongación de la jornada laboral. El propósito del empleo de maquinaria es abaratar el producto mediante el ahorro de trabajo. Sin embargo, este proceso lleva implícita una contradicción. Los beneficios de los capitalistas se extraen del trabajo no pagado a la clase obrera. El aumento de la productividad del trabajo, hecho posible mediante la introducción de maquinaria, se consigue gracias a una costosa inversión inicial en maquinaria cara, que, en sí misma, no añade nuevo valor al producto final, sino que simplemente le transmite, durante un periodo, poco a poco, su propio valor:

“Como cualquier otro componente del capital constante, la maquinaria no crea ningún valor, sino que transfiere su valor al producto que contribuye a fabricar. (Carlos Marx. *El Capital*. Madrid. Editorial Akal. 1978. Vol. I. Tomo II. p. 100). La única manera de garantizar un mayor reembolso de este gasto es hacer que la maquinaria funcione día y noche, sin interrupciones, mientras que al mismo tiempo exprime cada átomo de plusvalía del trabajador, tanto prolongando la jornada laboral a través de las horas extras, supresión de los descansos, etc., (“plusvalía absoluta”), como aumentando enormemente la intensidad del trabajo mediante aceleraciones, acuerdos de productividad y todo tipo de presiones (“plusvalía relativa”).

Marx explica que “la maquinaria amplía desde un principio junto con el material de explotación humano, el verdadero campo de explotación del capital, también el grado de explotación”. (Ibíd., p. 110). Y de nuevo: “Si la maquinaria es el medio más poderoso para aumentar la productividad del trabajo, es decir, para reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, en cuanto portadora de capital en las industrias de que se apodera primero se convierte en medio poderoso para prolongar la jornada de trabajo más allá de todo límite natural”. (Ibíd., p. 121).

La competencia, la revolución constante de las fuerzas productivas y la técnica, el deseo de “hacerse con el mercado” y sacar ventaja a los demás, eran los factores que, en el pasado al menos, obligaban constantemente al capitalista a reinvertir en maquinaria cara. Sin embargo, una vez introducida la nueva maquinaria, el interés del capitalista es utilizarla al máximo. No puede permitirse que esté ociosa ni un instante, en parte porque se deteriora y, en parte, porque rápidamente puede volverse obsoleta. Por eso, bajo el capitalismo, la introducción de maquinaria lleva a una mayor explotación y a un incremento de la jornada laboral.

La introducción de nuevas tecnologías en una rama determinada de la producción significa que en esa rama, durante un tiempo, se pueden conseguir enormes beneficios. Más tarde, sin embargo, los capitalistas de la competencia alcanzan el mismo nivel de modernización, y la tasa de beneficios se nivela. En última instancia, la cantidad de plusvalía obtenida por el capitalista depende de dos cosas: a) la tasa de plusvalía y b) el número de trabajadores empleados. Sin embargo, la introducción de maquinaria tiende a reducir el número de trabajadores y, por tanto, cambia la relación (ratio) del capital variable respecto al constante. La maquinaria (capital constante), como hemos visto, no añade ningún nuevo valor al producto final sobre y más allá del que ya está presente en ella. “Así pues, en el empleo de la maquinaria para la producción de plusvalía subyace una contradicción inmanente”. (Ibíd., p. 127.)

De lo visto hasta ahora, la pregunta que se debería hacer no es por qué hay crisis bajo el capitalismo, sino por qué el sistema capitalista no siempre está en crisis. La explicación hay que encontrarla en el hecho de que bajo el capitalismo la producción está dividida en dos partes: la producción de mercancías y la producción de medios de producción (maquinaria, etc.). En *El Manifiesto Comunista*,

Marx y Engels explicaban: “La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente”. (Carlos Marx y Federico Engels. *El Manifiesto Comunista*. Madrid. Fundación Federico Engels. 1996. p. 31).

Para cualquier marxista es el abecé que los capitalistas deben encontrar constantemente caminos de inversión nuevos y rentables. En cada periodo de desarrollo capitalista ha habido estos campos de inversión: la energía de vapor y los textiles en la revolución industrial; los ferrocarriles, los barcos de vapor y el telégrafo en la última parte del siglo XIX; el modo de producción en cadena que llevó a la práctica Henry Ford en sus fábricas de coches (fordismo) en los años veinte y treinta del siglo XX; después la electricidad, los aviones, la radio, el teléfono, la química, los plásticos, los ordenadores y otros similares. Más recientemente la tecnología de la información ha sido el principal campo de inversión. En los años noventa desplazó a los automóviles y al acero como principal fuerza motriz de la economía norteamericana. Nueve millones de personas trabajan ahora en este sector, más que en el acero y los automóviles. Es el modelo clásico de acumulación capitalista. Al invertir en maquinaria, los capitalistas en este sector tienen garantizado un gran aumento de la productividad, lo que les permite obtener simultáneamente beneficios elevados en ese momento. No es casual que, en su día, Bill Gates se convirtiera en el hombre más rico del mundo, aunque ahora haya sido desplazado por el mexicano Carlos Slim.

Junto a la mayoría de los economistas burgueses, Heinz Dieterich piensa que la llegada de la tecnología de la información ha transformado completamente la economía. En realidad, la relativa importancia de la tecnología de la información en fomentar la globalización e impulsar la economía mundial es mucho menor que la invención de los ferrocarriles, los barcos de vapor y el telégrafo en el siglo XIX. En EEUU desde 1869 a 1893 se cuadruplicaron las millas de ferrocarriles, el coste de los viajes por ferrocarril cayó abruptamente, abriendo grandes zonas del país a la manufactura y la agricultura comercial. Los propios ferrocarriles consumían la mayor parte del acero y de la producción de carbón norteamericana, y suponía casi el 20 por ciento de toda la inversión. Sobre todo, la expansión de los

ferrocarriles estimuló una economía que crecía una media anual del cinco por ciento.

Esta forma de proceder siempre ha sido practicada a través de la historia del capitalismo, los capitalistas invierten para ganar el máximo beneficio. Donde se abre un nuevo terreno de inversión rentable, el primero en explotarlo puede obtener beneficios muy grandes. Pero, inevitablemente, cuando otros se lanzan al ataque, la tasa de beneficio tiende a nivelarse. Los precios y los beneficios comienzan a caer. La inversión inicial requerida para construir fábricas de alta tecnología o crear un programa de microprocesador es enorme, aunque el coste real de producción de los chips o el software para su venta sea relativamente bajo. El aumento de la demanda empuja los costes medios aún más a la baja, haciendo posible cargar precios más bajos y estimular aún más la demanda. Este abaratamiento de los elementos de producción ha sido –junto a la presión sobre los salarios de los trabajadores y el saqueo constante de las economías de los países capitalistas subdesarrollados– una de las principales razones de la ausencia de presiones inflacionistas en la economía norteamericana durante los ciclos recientes. Pero ahora esta situación ha alcanzado sus límites y la economía mundial está entrando en una recesión con consecuencias imprevisibles. La extrema inestabilidad de los mercados mundiales indica el nerviosismo de la burguesía ante una ralentización de la economía estadounidense, que era la primera advertencia del comienzo de una recesión a escala mundial.

### CRISIS DE SOBREPDUCCIÓN

Para materializar el valor en el acto de intercambio, una mercancía debe satisfacer una necesidad real, debe también contener sólo esa cantidad de trabajo que es el promedio para su producción en una etapa determinada. Suponiendo que sólo se ha invertido el tiempo de trabajo socialmente necesario, entonces el precio (dejando a un lado la consideración de cualquier mal cálculo accidental, que pronto será rectificado por el mercado) es simplemente una expresión en términos monetarios del valor de la mercancía, la cantidad de trabajo socialmente necesario incorporada a ella. Sin embargo, la revolución constante de los medios de producción puede significar que de la noche a la mañana, el trabajo socialmente necesario se convierta en socialmente innecesario: la reducción de precios de las

mercancías fabricadas por nuevos métodos de producción socavan el mercado para los demás. Incluso sin esto, es posible un exceso en el mercado. “Si el estómago del mercado no es capaz de absorber la cantidad total de tela que afluye a él al precio normal de 2 chelines la vara, eso demuestra que se gastó en forma de tejeduría una cantidad excesiva de tiempo total social de trabajo”. (Marx, *El capital*, tomo I. p. 147.)

El mercado está limitado en términos de necesidad social y poder adquisitivo: si la cantidad de un producto dado excede los límites del mercado entonces una parte de ese producto no sirve para nada. No es posible materializar su valor ni la plusvalía contenida en él. Esto da pie a crisis periódicas que sacan a relucir todas las contradicciones inherentes al sistema. “Lo que es más extraño en la sobreproducción”, comenta Marx, “es que los productores reales de las mismas mercancías que sobresaturan el mercado —los trabajadores— sufren la escasez de ellos”.

“Las condiciones de la explotación directa y de su realización no son idénticas. No sólo difieren en el tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Unas están limitadas solamente por la fuerza productiva de la sociedad, otras por la proporcionalidad entre las distintas ramas de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad”. (Op. Cit. Vol. III. Tomo I. p. 242). Esta caída de la demanda tiene consecuencias funestas para la materialización de la plusvalía incluida en las mercancías. Si no se venden, el valor contenido en estas mercancías es inútil, y el trabajo empleado en ellas también es trabajo improductivo. Así, el elemento de crisis existe potencialmente en el mismo inicio de la acumulación de capital. Es la contradicción implícita en la mercancía entre valor de uso y valor de cambio. La crisis “real sólo puede exponerse a base del movimiento real de la producción capitalista, de la competencia y el crédito”. (Carlos Marx. *Teorías sobre la plusvalía*. Vol. II. México. Fondo de Cultura Económico. 1980. p. 472).

Mientras que bajo el capitalismo la sobreproducción da lugar a la crisis, desde el punto de vista de la sociedad no hay sobreproducción; todo lo contrario, hay escasez de medios de producción capaces de satisfacer las necesidades humanas. Pero el capitalismo funciona sobre la base no de la demanda o necesidades generales, sino de lo que

los economistas burgueses denominan “demanda real”, es decir, *la demanda basada en el dinero*. Así que no trata de una crisis de escasez, como todas las crisis previas de las sociedades precapitalistas, sino crisis de sobreproducción. La gente pasa hambre no como resultado de la escasez, sino porque se ha producido demasiado. Este es un fenómeno único, una característica exclusiva del capitalismo. Si las mercancías no pueden encontrar compradores, no se puede materializar su plusvalía, y los capitalistas se ven obligados a reducir la producción y echar a los trabajadores de sus empleos.

Mientras los elementos de la crisis están contenidos en la producción de las propias mercancías a través de la producción y la apropiación de plusvalía, al principio aparece en el proceso de materialización, en la circulación, o en la reproducción de capital. “El proceso total de circulación o el proceso total de reproducción del capital constituye la unidad de su fase de producción y de su fase de circulación, un proceso que recorre ambos procesos como sus fases. En ello va implícita una posibilidad más desarrollada o forma abstracta de la crisis... [La crisis] es el restablecimiento por la fuera de la unidad entre [momentos] sustantivados y la sustantivación por la fuerza de momentos que esencialmente forman una unidad”. (Ibíd., p. 472).

Y de nuevo: “La *sobreproducción* tiene como condición, especialmente, la ley general de producción del capital, [que consiste en] producir a tono con las fuerzas productivas (es decir, de la posibilidad de explotar el mayor volumen posible de trabajo con un volumen dado de capital) sin preocuparse de los límites establecidos por el mercado o por las necesidades solventes, y [llevar a cabo] esto mediante la ampliación constante de la reproducción y la acumulación, es decir, mediante la constante retroconversión del ingreso en capital, mientras que, de otra parte, la masa de los productores sigue ateniéndose a la medida *average* de las necesidades y a la base de la producción capitalista”. (Ibíd., p. 491. El subrayado en el original).

## INTERCAMBIO DESIGUAL?

La ley del valor afirma que el valor de un producto está determinado por la cantidad media de trabajo socialmente necesario empleado en su producción. Este proceso se manifiesta a través del intercambio. En el intercambio, sin embargo, las mercancías se ven-

den por encima o por debajo de su valor. Sólo de manera accidental una mercancía se vende a su valor real. El “economista científico” Dieterich tiene una posición que se parece a la noción vulgar de que los beneficios se consiguen de *comprar barato y vender caro*. Marx responde a este argumento en *Salario, precio y ganancia*:

“Lo que uno ganase constantemente como vendedor, tendría que perderlo continuamente como comprador. No sirve de nada decir que hay gentes que son compradores sin ser vendedores, o consumidores sin ser productores. Lo que éstos pagasen al productor tendrían que recibirlo antes gratis de él. Si una persona toma vuestro dinero y luego os lo devuelve comprándoos vuestras mercancías, nunca os haréis ricos, por muy caras que se las vendáis. Esta clase de negocios podrá reducir una pérdida, pero jamás contribuir a obtener una ganancia”. (Carlos Marx, *Salario, precio y ganancia*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 38).

Siguiendo los pasos de Proudhon, Dieterich imagina que los beneficios de los capitalistas son una especie de *estafa* a la que llama intercambio desigual. Toda la idea es que estableciendo el “precio real” de una mercancía mediante el cálculo de la cantidad de trabajo empleado en su producción, podemos descubrir la estafa y de este modo crear el nivel necesario de conciencia para introducir el socialismo del siglo XXI.

En realidad, el capitalismo no se basa en la estafa. Puede, por supuesto, existir estafa en casos particulares y en las primeras etapas del capitalismo, cuando la economía de mercado gradualmente fue saliendo del viejo sistema de trueque que Heinz y Peters encuentran tan atractivo. En aquel entonces la estafa era bastante frecuente, ya que los comerciantes sistemáticamente engañaban y vendían productos de baja calidad y por debajo de su peso real. Pero el desarrollo del mercado inevitablemente produce dinero, crédito y estandarización de pesos y medidas. Cuando los capitalistas individuales intentan estafar, timan no sólo a los consumidores y accionistas, sino también a otros capitalistas: lo que uno gana otro lo pierde. Esta situación no interesa a la clase capitalista en su conjunto y, por tanto, interviene el Estado y cuando este tipo de prácticas se descubren, los responsables son encarcelados.

Aparte de a la reproducción diaria de su fuerza de trabajo y a

la reproducción de la especie, en cierta etapa del desarrollo de la técnica capitalista, una cantidad concreta tiene que dedicarse a la formación de los trabajadores para adecuarlos a las condiciones de la industria moderna y aumentar su productividad. A diferencia de la mayoría de las mercancías, la fuerza de trabajo se paga sólo después de haberse consumido. ¡Los trabajadores de este modo filantrópico conceden un crédito a sus empresarios! *A pesar de esto, al trabajador no se le estafa.* Ha llegado a un acuerdo por propia voluntad. Como con todas las demás mercancías, se intercambian valores equivalentes: la mercancía del trabajador, la fuerza de trabajo, se vende al empresario a la “tasa vigente”. Todo el mundo está satisfecho. Y si el trabajador no lo está, entonces es libre de abandonar y encontrar trabajo en cualquier otra parte, si puede.

Por supuesto, hay casos donde capitalistas individuales engañan a los trabajadores y utilizan todo tipo de trucos miserables para reducir los salarios, trampas pequeñas y bancarrota, que lleva a la pérdida de salarios, etc. En los primeros días del capitalismo existía el sistema de trueque mediante el cual los trabajadores tenían que comprar su comida, herramientas y otras necesidades en la tienda de la empresa, que sistemáticamente engañaba a los trabajadores y les cobraba de más, lo que conducía a deudas abrumadoras que prácticamente esclavizaban a los trabajadores a sus empresarios. También existía un sistema de multas de fábrica, que los empresarios imponían a los trabajadores por todo tipo de razones triviales.

Estas prácticas casi han desaparecido en los países capitalistas desarrollados, pero son más comunes en Asia, África y América Latina. En general, cuanto más atrasada es una economía, más se dan este tipo de prácticas. Y los trabajadores inmigrantes en los países capitalistas desarrollados (como los inmigrantes mexicanos en EEUU o los trabajadores de Europa del Este en Europa Occidental) con frecuencia son robados, engañados y mal pagados por empresarios sin escrúpulos. Pero con el desarrollo del capitalismo y el fortalecimiento del proletariado y sus organizaciones sindicales, los empresarios se han visto obligados a abandonar esta opresión que, en cualquier caso, y contrariamente a la opinión de Dieterich y Peters, nunca ha sido la base de la explotación capitalista.

La venta de fuerza de trabajo representa un problema. Si “nadie es engañado”, si el trabajador recibe todo el valor de su mercancía, ¿de dónde procede la explotación? La respuesta es que los trabaja-

dores venden al capitalista no su trabajo (que es materializado en el proceso laboral), sino su *fuerza de trabajo*, su capacidad de trabajar. Después de haber comprado esto como una mercancía, el capitalista es libre de utilizarlo como le plazca. Como explicaba Marx: “Desde el instante en que él entra en el taller, el valor de uso de su fuerza de trabajo, y por tanto también su uso, que es trabajo, pertenece al capitalista”. (Marx, *El capital*, tomo I, capítulo 7.)

El secreto de la producción de plusvalía es que el trabajador continúa trabajando mucho después de que haya producido el valor necesario para reproducir el valor de su fuerza de trabajo (sus salarios). “El hecho de que la mitad de una jornada laboral sea necesaria para mantener vivo al trabajador de ninguna manera impide que trabaje la jornada completa”. (Ibíd.) El trabajador ha vendido su mercancía y no puede quejarse de la forma en que es utilizada, no más que un sastre puede vender un traje y después exigir que su cliente no lo pueda llevar puesto tantas veces como desee. La jornada laboral está, por tanto, organizada para dar al capitalista el máximo de beneficio de la fuerza de trabajo que ha comprado. Ahí reside el secreto de la transformación del dinero en capital.

### UNA APROXIMACIÓN MORALISTA

Heinz Dieterich se indigna con la injusticia, y podríamos estar de acuerdo en que hay mucha injusticia en el trato que los trabajadores reciben bajo el capitalismo. Pero si voy al médico con un problema, no espero que comience a llorar y que se apiade de mí, sino que me dé un diagnóstico científico de mi mal y me recete algo que lo cure. Enfurecerse ante la injusticia puede ser aceptable en la agitación revolucionaria, pero está fuera de lugar en lo que, después de todo, se supone que es el trabajo de un “economista científico”. Esta *aproximación sentimental y moralista* no hace avanzar nuestra comprensión del funcionamiento del capitalismo ni un milímetro.

Como hemos explicado, el valor de la fuerza de trabajo (el nivel de los salarios) está determinado de la misma manera que cualquier otra mercancía, por la cantidad de trabajo socialmente necesario contenida en él. Sin embargo, el precio de la fuerza de trabajo, como de otras mercancías, está determinado por las leyes de la oferta y la demanda. Cuando abunda la oferta de trabajo (por ejemplo en periodos de alto desempleo), el nivel de los salarios tenderá a caer,

mientras que en periodos de intensa actividad económica, cuando la demanda de trabajo excede a la oferta, tenderá a subir. Este proceso podría verse afectado por otros factores, como la fuerza de los sindicatos o las leyes antilaborales, congelaciones salariales, etc., pero en general prevalecerán las leyes de la oferta y la demanda.

Marx explicó que los salarios subirán en determinadas condiciones y caerán en otras. Pero, incluso en los periodos más prósperos del capitalismo, la mejora relativa de los niveles de vida nunca puede abolir la plusvalía y nunca puede cambiar la posición social del obrero. “Pero así como la mejora en la vestimenta, la alimentación y el trato, y un peculio mayor no eliminaban la relación de dependencia ni la explotación del esclavo, tampoco las suprimen en el caso del obrero asalariado. El aumento del precio del trabajo debido a la acumulación del capital sólo significa, en realidad, que el volumen y el peso de la cadena de oro que se ha forjado el obrero asalariado para sí mismo, le permiten ahora una tensión más floja”. (Carlos Marx. *El Capital*. Tomo I. Madrid. Editorial Akal. 1978. pp. 76-77.)

Cuando la productividad del trabajo aumenta, es posible que el trabajador pueda ser capaz de comprar una cantidad mayor de valores de uso, debido a una caída de los precios. Incluso con una caída del valor monetario de la fuerza de trabajo, esto podría representar un aumento de los salarios reales en la forma de un aumento del poder adquisitivo de los trabajadores: “De este modo, el precio de la fuerza de trabajo podría disminuir constantemente, al aumentar la fuerza productiva del trabajo, junto con un crecimiento simultáneo y continuo de la masa de medios de subsistencia del obrero. Mas, en términos relativos, es decir, comprado con la plusvalía, el valor de la fuerza de trabajo disminuiría constantemente y, por tanto, se ampliaría el abismo existente entre el nivel de vida del obrero y del capitalista”. (Ibíd., Tomo II, p. 274.)

Cuando los capitalistas están consiguiendo superbeneficios del trabajo de la clase obrera, cuando la demanda aumenta y los libros de pedidos están llenos, los trabajadores se sienten lo suficientemente fuertes como para, a través de sus sindicatos, exigir un incremento de la parte del producto de su fuerza de trabajo. En éste contexto, el capitalista puede aceptar desprenderse de una parte del botín. En el mejor de los casos, un aumento de salarios en un periodo favorable significaría una reducción relativa de la cantidad de trabajo no pagado “dado” por el trabajador al capitalista. Lo que nunca puede

significar es la desaparición de la explotación. Todo lo contrario, el crecimiento de los salarios frecuentemente va acompañado de un incremento de la tasa de explotación y el empeoramiento relativo de la situación del trabajador frente al capitalista.

Marx no calcula el valor de los salarios sobre la base del poder adquisitivo, sobre la cantidad de mercancías que un trabajador puede comprar, sino por la relación de su *parte del valor total de lo que produce, es decir*, la relación *de salarios* respecto a la *plusvalía*. El crecimiento de la productividad puede llevar a una mayor riqueza personal al mismo tiempo que aumenta la explotación. “La posición de unas clases con respecto a otras se halla determinada más por los salarios proporcionales que por el importe absoluto del salario”. (Carlos Marx, *Teorías sobre la plusvalía*. Vol. II. México. Fondo de Cultura Económico. 1980. p. 384). Las necesidades de la clase obrera son relativas a la sociedad y en particular a esos lujos disfrutados por la clase capitalista, que proporcionan una imagen tentadora de la riqueza inalcanzable, placer y cultura, y acentúa la insatisfacción de los trabajadores. Como señala Marx: “Nuestras necesidades y nuestros goces tienen su fuente en la sociedad y los medimos, consiguientemente, por ella, y no por los objetos con que los satisfacemos. Y como tienen carácter social, son siempre relativos”. (Carlos Marx. *Trabajo asalariado y capital*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 94).

Es verdad que muchos trabajadores, en el último periodo, han podido comprarse cosas como televisores, teléfonos móviles, lavavajillas, equipos de alta fidelidad y cosas por el estilo que habrían sido impensables para la generación anterior. Esta situación crea una sensación de bienestar y prosperidad. Sin embargo, por un lado, esto en parte refleja el abaratamiento general de las mercancías manifestado en la rápida caída de los precios de lo que anteriormente se consideraban bienes de lujo (los ordenadores son un buen ejemplo). Por otro lado, el boom del consumo de EEUU se ha conseguido a costa de un aumento colosal del endeudamiento a través del crédito, que ahora está preparando una recesión grave. El crédito sólo es una forma de llevar el mercado más allá de sus límites naturales. Puede evitar una recesión hoy, pero sólo a costa de preparar mañana una recesión incluso aún más seria, un hecho del que la burguesía de EEUU ahora comienza a ser consciente.

Marx explica que *los beneficios son la savia del capitalismo y deben venir de la plusvalía, es decir, del trabajo no remunerado a los trabajadores*. Una de

dos: o Heinz Dieterich no comprende esta proposición elemental de la economía marxista o no la acepta. Cree que la explotación no ocurre en la producción sino en el intercambio (a través del “intercambio desigual”) y, además, que es posible tener socialismo dejando los medios de producción en manos de los capitalistas individuales. Esto se consigue simplemente reajustando el mecanismo de los precios, mientras que las relaciones de producción y propiedad se mantienen inalterables. La burguesía renunciará voluntariamente a los beneficios y recibirá con gratitud los “salarios de equivalencia”. Examinaremos esta idea con más detalle después, pero ahora analicemos la economía del socialismo del siglo XXI.

### LA ECONOMÍA DE EQUIVALENTES

Aunque aquí sólo hemos presentado un esbozo aproximado de las ideas que están desarrolladas con abundante detalle en los tres tomos de *El Capital*, vemos con cuánto rigor Marx elaboró sus teorías económicas. ¿Qué pasa con los argumentos económicos de Heinz Dieterich? Dejemos que hable él mismo: “La democracia participativa como ‘reino de la mariposa’, descansará sobre una economía de equivalencias democráticamente organizada, un Estado de las mayorías y una democracia directa en los asuntos públicos que son trascendentales para los ciudadanos. Esas tres instituciones básicas que regularizarían la vida de la sociedad y del Estado, permitirán al ser humano encontrar su plena evolución racional-crítica, ética y estética”. (Heinz Dieterich. *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*. p. 21.)

Ignoraremos la torpe prosa sobre cómo los seres humanos “encuentran” su evolución (¿cuándo la perdieron?), ya que estamos impacientes por entrar en el reino de la mariposa y descubrir sus maravillosas leyes, y parece poco probable haber visto algo igual en el mundo hasta ahora. Incluso un mundo de mariposa, parece, debe estar gobernado por la economía. ¿En qué consiste esta economía mariposa? En la página 107 de *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI* se incluye una larga cita de Arno Peters, donde éste explica su “teoría de la equivalencia”. Reproducimos aquí íntegramente este pasaje:

“Los países comunistas, igual que los capitalistas [...] sólo pueden

realizar históricamente el regreso a la economía equivalente a un nivel superior, si *combinan la teoría sobre el valor del trabajo con el principio de la equivalencia*. Entonces, el salario equivaldría al tiempo de trabajo invertido, independientemente de la edad, del sexo, del estado civil, del color de la piel, de la nacionalidad, del tipo de trabajo, del esfuerzo físico, de la preparación escolar, del desgaste, de la habilidad, de la experiencia profesional, de la entrega personal al trabajo; independientemente también, de la pesadez del trabajo y de los peligros que implique para la salud. En pocas palabras: el salario equivale *directa y absolutamente* al tiempo laborado”. (Ibíd., p. 107. El subrayado en el original).

Arno Peters está a favor de un sistema donde el trabajador reciba los frutos plenos de su trabajo, nada más y nada menos. Todo el mundo recibirá en forma de salario lo que “*equivale directa y absolutamente al tiempo laborado*”. Es la misma idea que Marx rebatió en *Crítica al programa de Gotha*. Las teorías económicas del socialismo del siglo XXI fueron rebatidas de forma exhaustiva por Marx hace mucho tiempo. Las describió muy correctamente como “dogmas, ideas que en un determinado periodo tuvieron algún significado, pero que ahora se han convertido en basura verbal obsoleta” [...] “estupidez ideológica” y “basura”. Nosotros nos expresaremos de manera más educada para no ofender la sensibilidad de nadie. Pero una cosa si está suficientemente clara: bajo el disfraz de una teoría “nueva” y “original”, Peters y Dieterich proponen que regresemos a las viejas ideas de Lasalle y Proudhon. Y nosotros repetimos la pregunta que Marx hizo más de cien años después: ¿por qué retroceder de nuevo a la etapa infantil del movimiento, a las ideas obsoletas del socialismo utópico premarxista?

Siguiendo los pasos de Lasalle, Arno Peters dice que no habrá *ninguna excepción* a su ley de hierro de los salarios, que se aplicará a todo el mundo por igual. Es el imperativo categórico del socialismo del siglo XXI, y, según su autor, es absoluta e irrefutable como cualquiera de los imperativos categóricos de Kant. Veremos más tarde lo absoluta e irrefutable que es en verdad. Pero por ahora intentaremos seguir la línea de argumentación de Arno Peters. En la economía de equivalentes, dice: “*Los precios equivalen a los valores*, y no contienen otra cosa que no sea la absoluta equivalencia del trabajo incorporado en los bienes. De esta manera se cierra el circuito de la economía en

valores, que sustituye a la de precios. Se acabó la explotación de los hombres por sus prójimos, es decir, la apropiación de los productos del trabajo de otros, por encima del valor del trabajo propio. *Cada ser humano recibe el valor completo que él agregó a los bienes o a los servicios*". (Ibíd., pp. 107-108. El subrayado es mío.)

Aquí no hay posibilidad de error y ninguna duda sobre ello: bajo el socialismo del siglo XXI cada obrero *recibirá los frutos completos de su trabajo*. Esto significará el final de la explotación y todo será lo mejor en el mejor de los mundos del socialismo del siglo XXI. Pero aquí nos encontramos con el primer problema. Marx explicó extensamente en *El Capital* que el precio y el valor en absoluto son la misma cosa. El valor de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario (no sólo "trabajo" como dice incorrectamente Arno Peters) invertido en su producción. Además, este trabajo no se limita al trabajo del obrero individual, sino que incluye el trabajo acumulado de muchos otros obreros incorporado en otros componentes (maquinaria, materias primas, electricidad, etc.). El cálculo del valor de las mercancías individuales es, por tanto, una cuestión muy complicada y en absoluto tan simple como imagina Arno Peters.

En segundo lugar, los precios están determinados por la oferta y la demanda, que en la época moderna significa que los precios en el mercado mundial están determinados por billones de transacciones individuales que tienen lugar cada día a escala global. Es verdad que, en última instancia, los precios de todas las mercancías están determinados por el valor. Pero el precio de una mercancía individual nunca coincide con su valor de cambio real, y si esto ocurre es por razones totalmente casuales. Los precios fluctúan alrededor del valor de cambio y finalmente se estabilizan. Pero casi en cada caso *una mercancía se venderá por encima o por debajo de su valor*.

Sin embargo, después de haber proclamado con dureza la naturaleza absoluta e irrefutable del principio de equivalencia, Arno Peters inmediatamente comienza a dar marcha atrás: "Este proceso sencillo, claramente comprensible, que cambia las bases de la economía, está sujeto a algunas condiciones. Habrá que incluir en la teoría sobre el valor del trabajo todas las actividades humanas que trasciendan el autoabastecimiento del individuo. Se trata, ante todo, de actividades que hoy en día se reúnen bajo el término 'servicios': el trabajo que realizan los médicos, jueces, enfermeros, mecanógra-

fos, carteros, abogados, maestros, dirigentes de plantas industriales, operadores de camión, directores, barrenderos, cocineros, ministros, peluqueros, periodistas, tipógrafos; en pocas palabras, todas las actividades cuyos resultados no entran directamente a los bienes”. (Ibíd., p. 108).

Inmediatamente, lo que se suponía un principio *absoluto e irrefutable* se vuelve *condicional*. Hay gente como los maestros, enfermeros, médicos y transportistas que no producen mercancías ni plusvalía, pero que sin embargo son de gran importancia para la sociedad. ¿Cómo calculamos el valor de su fuerza de trabajo? Aparte de los maestros, enfermeros, artistas y bailarines, la economía equivalente parece que no puede pasar sin los servicios de jueces, abogados, burócratas, policías y directores de fábrica. ¿Cómo se calcula el valor de sus salarios? Cualquiera que sea la respuesta a esta pregunta, es evidente que sus salarios deben proceder de la riqueza producida por la clase obrera y, por tanto, deben ser deducidos de la plusvalía. Puesto que, incluso bajo la economía de equivalencia la gente aún necesitará algún tipo de educación y cuidado sanitario, y necesitará beber agua potable y andar por calles suficientemente iluminadas para ver por dónde camina por la noche, habrá que pagar estos servicios, y lamentablemente sólo se puede hacer deduciendo una cantidad determinada de la plusvalía producida por la clase obrera.

En el caso de los servicios sociales necesarios como la educación y la sanidad, amén de las carreteras, la iluminación y limpieza de calles, servicio de alcantarillado y basura, suministro de agua, etc. normalmente se pagan con los impuestos. Los impuestos los recoge el Estado, bien de los salarios de la clase obrera y de la clase media o bien de los beneficios de los capitalistas. En cualquier caso, en última instancia, son extraídos de la plusvalía producida por la clase obrera. Así, el principio absoluto e irrefutable de la equivalencia se viene abajo ante el primer obstáculo. Bajo el socialismo del siglo XXI, el trabajador no recibirá el valor íntegro del trabajo que ha gastado en la producción. Ésta es sólo la primera de muchas retiradas hechas por el genial creador del principio de equivalencia. Pero no nos desanimaremos, sino que nos armaremos de valor para seguir paso a paso y ver a dónde nos quiere llevar el genio:

“Cuando hayamos analizado el tiempo invertido y, en consecuencia, el valor de cada bien, podremos reducirlo a un común denominador

con los servicios mediante el cálculo del tiempo invertido [sic!]. Esta conmensurabilidad de los servicios con los trabajos de la producción (que sólo se puede lograr deduciendo ambos de la medida de valor objetiva [?], absoluta), pone a toda la economía bajo un principio uniforme, y su circuito puede cerrarse sobre una base equivalente: *una base que siempre empieza con el individuo y concluye con él*; una base que en la era de la economía global –que radica en la condición de que cada ser humano tenga la misma categoría, el mismo valor y los mismos derechos– incluye a todo individuo, independientemente del tipo de actividad que realice”. (Ibíd., p. 108. El subrayado es mío).

Esto es tan perfectamente simple y fácilmente comprensible que sólo un genio del siglo XXI puede entenderlo. No está claro si Arno Peters se ha considerado alguna vez marxista. Si lo hizo, entonces tanto él como su admirador Heinz Dieterich han malentendido totalmente el procedimiento de Marx en *El Capital*. Parece que piensan que es posible calcular la cantidad de trabajo socialmente necesario contenido en una *mercancía individual*. ¿Pero cómo se llega a eso? Marx explica que el tiempo de trabajo socialmente necesario se establece mediante la competencia entre los productores. Este proceso en realidad se realiza a sus espaldas. Es el efecto inconsciente de las fuerzas del mercado (“la mano invisible del mercado” como decía Adam Smith). Además, los valores sólo se establecen como *norma* por los precios, que, como hemos señalado, se desvían constantemente del valor. El economista británico del siglo XIX, J.S. Mill, utiliza una analogía del nivel del mar y las olas. Marx *no* calcula cuánto trabajo hay incorporado en las mercancías individuales. No *calcula* el tiempo de trabajo en 20 yardas de lino y el tiempo de trabajo necesario para hacer un abrigo. Señala que lo único que tienen en común, aparte de su utilidad, es que son productos del trabajo humano, no formas concretas de trabajo sino del trabajo humano en abstracto. También señala que *son iguales en valor*. El uso del valor de Marx es ordinal, no cardinal.

César Augusto Sención, un economista dominicano residente en El Salvador, respondió a Dieterich en *Rebelión* (13/8/07). En un artículo con un título muy acertado, *La pretenciosa tarea de Heinz Dieterich*, Sención escribe:

“¿Y cómo se construye el socialismo? Dieterich dice que por medio

de una economía de equivalencias, donde los precios de las mercancías sean iguales a sus valores. Según él, a través de la informática eso es muy fácil de hacer. Veamos un ejemplo de su propuesta:

*“Al conocerse el valor y el precio, la mercancía de la empresa socialista se pone a la venta con las dos unidades de medición. El empaque de un litro de leche, por ejemplo, llevaría la siguiente denominación: Precio: 2000 bolívares; Valor: 10 minutos. Al comprar diversos productos, el comprador se dará cuenta que la relación entre valor y precio varía. Por ejemplo, que en un producto 10 minutos de trabajo se expresan en 2000 bolívares y que en otro producto valen 10.000 bolívares. La disonancia cognitiva que entrañan ambas expresiones genera inevitablemente un proceso de reflexión y discusión social que genera conciencia socialista. (Ver ‘Hugo Chávez pide acelerar el socialismo del Siglo XXI’, en Rebelión, 22/06/2006. El subrayado en el original).”*

“El valor de una mercancía lo determina el tiempo de trabajo socialmente empleado en su elaboración y el precio es la expresión del valor de dicha mercancía. Sin embargo, eso no significa que si un producto A se hiciera en 8 horas, necesariamente deba tener el mismo valor que un producto B elaborado en el mismo tiempo, pues el valor hace referencia a una media social, que está determinada por los medios técnicos empleados en la producción. Además, si las partes que integran al producto A (materia prima transformada y maquinaria desgastada) tienen un valor acumulado mayor que las del producto B, entonces el producto A vale más.

“Digámoslo de otra manera: un vehículo hecho en 100 horas no debe tener el precio de una computadora hecha en el mismo tiempo, porque los componentes de ambas mercancías tienen tiempos de trabajo diferentes. El vehículo carga con piezas para cuya elaboración se invirtió más tiempo. De acuerdo a la teoría del valor, el vehículo vale más que la computadora.

“Es cierto que en la sociedad capitalista se da un intercambio no equivalente, ya que hay mercancías que tienen un precio mayor a su valor, porque son monopolizadas o por otras razones. Es decir, en el intercambio de mercancías hay transferencias de valores en beneficio de determinados burgueses. Pero esa no es la esencia del capitalismo, sino la explotación (plusvalía), que se da en la producción de

mercancías, no en su intercambio. Cuando el proletario transforma la materia prima en mercancía crea un valor nuevo que se divide en dos partes: la que le corresponde a él (trabajo necesario) y la que le corresponde al burgués (trabajo excedente). Ese excedente es la plusvalía, que es la misma explotación. Como el burgués se apropia de la mercancía creada por el proletario, desde que ésta fue elaborada ya tiene incorporado el excedente, se venda o no se venda. En otras palabras, la plusvalía se crea en la producción, no en el comercio.

“¿Qué quiere decir lo anterior? Que si se establece una equivalencia exacta entre el valor y el precio de las mercancías, no desaparece la plusvalía, pues el burgués siempre se queda con esa parte de la riqueza creada por el proletario. Y donde hay plusvalía hay capitalismo. Lo central, entonces, no es cómo se intercambian las mercancías en el mercado, sino bajo qué condiciones ellas se producen. La explotación es la esencia del capitalismo. Y ella no desaparece con el intercambio equivalente de mercancías, sino mediante la abolición de la propiedad privada de los medios de producción de que disfruta una minoría (burguesía) y el establecimiento de una economía colectiva. Ello supone, por supuesto, cambiar las relaciones de producción. Si eso no se hace, habrá plusvalía, que expresada en dinero se llama masa de ganancia. Esa ganancia es la explotación. Y donde hay explotación hay clases sociales. Y donde hay clases no hay socialismo, al menos en la concepción clásica. Socialismo significa la abolición de las clases (Lenin, *La economía y la política de la dictadura del proletariado*. Año 1919).

“De lo anterior no se desprende, por supuesto, que baste con expropiar a la burguesía para hacer el socialismo. Solo los estalinistas dicen eso. Marx le llamó dictadura del proletariado (no socialismo) a la fase de transición que se abre con dicha expropiación. Trotsky señaló que no bastaba con eliminar las clases administrativamente (cambios en las relaciones de producción), que había que superarlas económicamente, o sea, crear condiciones de producción que eliminen la propensión humana a acumular bienes y a luchar entre sí por su control. Pero ese es otro tema. No pretendo valorar cómo hacer el socialismo, que no podría ser una sociedad individual, sino necesariamente mundial.

“Dieterich parte de una idea básica que no compartimos. Para él no hay que atacar primero la propiedad privada, sino establecer un intercambio equivalente que de al traste con la propiedad y engendre el socialismo. Leamos: *‘La forma de propiedad en los medios de producción no tiene mayor importancia para la realización del principio de equivalencia para una primera fase en la transición hacia la economía equivalente. Sin embargo, en la medida en que la economía equivalente venza la economía de mercado, desaparecerá la ganancia y la propiedad privada de los medios de producción perderá su base, se eliminará por sí sola’*. (Ver *El Socialismo del Siglo XXI. Sobre la economía planificada de equivalencias*. El subrayado en el original).

“¿Por qué la economía equivalente vencerá a la economía de mercado? No lo sabemos. Economía de mercado quiere decir economía con producción de mercancías, no importa si éstas se venden a un precio igual, superior o inferior a su valor. Si el intercambio de mercancías responde a una equivalencia de valor y se mantiene la propiedad privada capitalista, también permanece la plusvalía, aunque esta se reparta de forma ‘justa’ entre los sectores de la burguesía. O sea, seguiríamos en una economía de mercado. Creemos, por lo tanto, que Dieterich está equivocado: la ganancia solo desaparecerá si cambian las relaciones de producción, no la relación valor-precio de las mercancías.

“Dieterich solo ve la injusticia al intercambio desigual, no en la propiedad privada capitalista, que es el fundamento de la ganancia y de la acumulación de capital. Según él, Injusticia existe, cuando se intercambia un producto ‘A’ por un producto ‘B’, y sus valores —el tiempo laboral necesario para producir cada uno de ellos— no son iguales; es decir, cuando no se cambian equivalentes. (Ver: *En Venezuela se han creado condiciones para construir el Socialismo del Siglo XXI*, en *Rebelión*, 2/1/07.) De nuevo comete el error de no tomar en cuenta que el valor es una media social y que incluye el tiempo de trabajo invertido en elaborar los medios de de producción que se transforman en otras mercancías”.

Estas observaciones de César Augusto Sención van al meollo de la cuestión. ¿Es realmente posible calcular la cantidad de trabajo empleado por un trabajador individual en la producción de una mercancía? Tomemos un ejemplo concreto, tengo una chocolatina y

un bolígrafo sobre mi escritorio. Ambos cuestan aproximadamente un dólar, probablemente requieran la misma cantidad de tiempo de trabajo para su producción. El bolígrafo es principalmente plástico, que procede del petróleo. ¿Es posible calcular la depreciación de una plataforma petrolífera en el Mar del Norte (que podría duplicar el tamaño de la catedral de San Pablo, de Londres) que entra en el valor del rotulador? Eso sería necesario para calcular el trabajo muerto y el vivo incluidos en el valor del bolígrafo.

Evidentemente, la tarea es imposible. En cualquier caso, ¿cuál sería el propósito de semejante operación? Como señala Marx a los defensores del dinero trabajo, la cuestión es suprimir la producción de mercancías. Algunos de los primeros socialistas utópicos veían el banco de trabajo como una etapa de transición hacia la abolición de la producción de mercancías. Pero Dieterich lo ve como una alternativa a la revolución socialista. Es bastante ignorante contrastar una economía de valor (socialismo del siglo XXI) con la del precio (capitalismo), como hacen Arno Peters y Dieterich. Marx explicó muchas veces que el precio es la forma monetaria del valor. Es inevitable, cuando se generaliza el intercambio, que la forma dinero (precio) aparezca como equivalente universal.

De las formas relativa y equivalente del valor, Marx pasa al equivalente universal: el dinero. Como explican Bray y compañía, las mercancías no son inmediatamente trabajo social. En la producción de mercancías el trabajo privado se convierte en su contrario, trabajo social, en el proceso de intercambio. El propio dinero no es ningún tipo de estafa impuesta en el intercambio, sino algo que surge de modo natural hasta el punto que el intercambio se generaliza, frente al intercambio accidental de los productos individuales, como en el trueque.

### EL HOMBRE QUE QUERÍA VOLAR

Dieterich y Peters imaginan que pueden eliminar las características negativas del capitalismo sin tocar la propiedad privada, es decir, piensan que pueden cuadrar el círculo. ¿Cómo se puede hacer ese milagro? *Con simple contabilidad*. Basándose en un modo de razonamiento muy peculiar, llegan a la conclusión de que debe haber no uno sino dos precios para cada mercancía: uno, el precio regular de mercado y, otro, que representa el valor real. La transformación de valor en precio es vista por Peters y Dieterich como la estafa central

mediante la cual los trabajadores son explotados y los capitalistas se enriquecen. De este modo, como hemos visto, contradicen todo lo que escribió Marx. El primer tomo de *El Capital* comienza con el intercambio aislado de productos, –veinte yardas de lino equivalen a un abrigo–. Aquí tenemos una forma equivalente y relativa del valor. El valor de uso de una mercancía sirve como equivalente del valor de cambio de la otra. La forma equivalente es ya el germen de un *equivalente universal*, el dinero, que gradualmente se desarrolla cuando se generaliza el intercambio. Dieterich propone que se llegue al socialismo del siglo XXI sustituyendo el *precio* (cálculo monetario) por el *valor* (cálculo en tiempo).

Dieterich afirma que el mercado juega un papel dual. Por un lado, un papel “cibernético” al diseminar la información. Esta percepción original realmente procede del economista de derechas austriaco Friedrich Hayek, en particular de su ensayo de 1945 titulado: *El uso del conocimiento en la sociedad*. Este folleto burgués pasó mucho tiempo desapercibido hasta el colapso de las economías estalinistas. Entonces fue resucitado como una explicación completa a la supuesta imposibilidad del socialismo y la planificación. Aparte de esta función cibernética benigna, el mecanismo del precio desgraciadamente sirve para explotar a los trabajadores. La noción de que los trabajadores son explotados en el proceso de intercambio es totalmente falsa y no tiene nada que ver con el marxismo.

¿Es posible eliminar la ley del valor bajo el capitalismo? Consideremos la siguiente historia. Érase una vez un hombre que quería volar. Cada mañana miraba al cielo y veía con envidia el espíritu libre de los pequeños pájaros remontando el vuelo hacia las nubes, y un sentimiento profundo de melancolía le encogía el corazón. “¿Por qué no puedo ser tan libre como un pájaro?” se preguntaba una y otra vez, y cada día se deprimía más al pensar en esta terrible injusticia. Un día tuvo una idea: ¿por qué no intentar volar? Después de todo, si los tontos de los pájaros lo hacen, por qué no podría hacerlo un hombre, los hombres, obviamente, ¡son más inteligentes que los pájaros! Así que subió las escaleras de su casa, abrió la ventada de su dormitorio y saltó. Al día siguiente se despertó en el hospital con dos piernas rotas y terribles dolores por todo el cuerpo. Ahora estaba no sólo deprimido, sino indignado. Se había dado cuenta de que el problema era ¡la ley de la gravedad!

Cada vez se inquietaba más cuando pensaba en esta monstruosa

injusticia. Ahora entendía que todos los males de la humanidad se debían a la ley de la gravedad. Esa era la razón por la que los hombres tenían tantas dificultades para levantarse cada mañana. Por eso era tan duro el trabajo. Por esa razón hombres y mujeres envejecían prematuramente. ¡Y sólo pensar en toda la gente muerta o herida al caerse...! ¡Si calculásemos la cantidad serían millones de personas a lo largo de los siglos! Cuanto más pensaba en ello, más injusto le parecía que la gente hubiera tenido que sufrir tanto durante miles de años debido a la ley de la gravedad. Decidió que ya era suficiente y que se debía hacer algo al respecto. Se entregó a la agitación, escribiendo panfletos y repartiéndolos por las calles. Habló en reuniones y allí donde hablaba salían lágrimas de sus ojos y su voz temblaba de emoción cuando relataba a su asombrada audiencia todo lo que habían sufrido debido a la ley de la gravedad.

En una nueva reflexión llegó a la conclusión de que esta ley ridícula e irracional era contraria a las Leyes de la Naturaleza y que, por tanto, en el principio todos los hombres y mujeres podían volar, pero entonces, por alguna excentricidad de la evolución, hace unos 12.000 años, fuimos confinados al suelo y quedamos sometidos a la tiranía ciega de la ley de la gravedad. Hizo muchos cálculos, ayudado por ordenadores e Internet, a través del cual consultó regularmente a gente de todo el mundo que compartía sus inquietudes antigraavitacionales. Escribió muchos libros sobre el tema y viajó por todo el mundo intentando que reyes y presidentes se interesaran por sus teorías. Consideró la ley de la gravedad desde cada uno de los ángulos posibles, descontando los efectos de la presión atmosférica, la resistencia del viento y otras cosas por el estilo. Finalmente, una mañana soleada completó una ecuación muy complicada que llevaba años realizando. “¡Eureka!”, gritó cuando saltó de la cama, desafiando la ley de la gravedad. Corrió a su jardín hacia un cobertizo, donde tenía un pequeño taller bien equipado, en el que trabajaba con algunos de sus vecinos en régimen de empresa cooperativa antigraavitacional. Rápidamente fabricó un par de alas con fino contrachapado. Después cogió el autobús y se fue a lo alto de un acantilado que se elevaba sobre la orilla del mar. Se acercó al borde del acantilado con mucha confianza, desplegó sus alas y saltó desafiante hacia el espacio. En esta ocasión no sólo se rompió las piernas, sino otros miembros y órganos vitales, y así murió: otra más de las incontables víctimas de la ley de la gravedad.

Ahora, como en toda buena historia, está la moraleja final. No es posible vivir en el planeta Tierra y eliminar la ley de la gravedad, y de la misma manera, es imposible mantener el sistema capitalista y suprimir la ley del valor. Si aceptas el capitalismo, entonces debes aceptar sus leyes. Por lo tanto, independientemente de quién gane las elecciones, si los ganadores no están preparados para adoptar medidas serias de expropiación, si permiten que los capitalistas continúen ostentando los medios de producción, entonces estos últimos serán los que decidirán todas las cuestiones importantes, no el gobierno. Las leyes del mercado continuarán aplicándose, igual que la ley de la gravedad, y es inútil quejarse de ello.

### TRABAJO SIMPLE Y TRABAJO COMPUESTO

Peters comienza ahora a patinar sobre una capa de hielo muy fina: “Para poder asegurar el derecho a la vivienda y habitación para todos los hombres, la comunidad que está organizada en el Estado, tiene que ordenar el uso del suelo y de los inmuebles conforme a las necesidades generales. Todas las actividades públicas que no crean valores (como la educación, la atención médica, la previsión para el retiro, la jurisprudencia, la administración) podrán pagarse mediante los impuestos conforme al tiempo laborado. La equiparación de los trabajos de la producción con la prestación de servicios, sugiere el uso del mismo nombre para ambas actividades, para lo cual se ofrece la palabra ‘esfuerzo’ (*Leistung*). De esta manera, todo el curso de la economía se reduce a esfuerzos individuales para satisfacer las necesidades generales de la mejor manera posible. El principio de equivalencia queda realizado en todos los niveles por medio de la equivalencia entre esfuerzo y compensación (*Gegenleistung*). (Dieterich, *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, p. 110.)

Nos gusta la frase los “individuales para satisfacer las necesidades generales de la mejor manera posible”, que nos trae a la mente al doctor Pangloss de Voltaire en *Cándido*, que estaba convencido de que en todas las circunstancias “todo es lo mejor en el mejor de los mundos posibles”. Y ¿qué mundo sería mejor que el mundo del socialismo del siglo XXI a lo Arno Peters y Heinz Dieterich? Sin embargo, cuanto más nos sumergimos en este hipotético mundo, más problemático se vuelve. Ahora entramos en el mundo bizantino de los impuestos y la burocracia, que, naturalmente, tendrá un

lugar de honor en el nuevo paraíso de la equivalencia. Arno Peters se enreda en el problema de cómo transformar el trabajo *improductivo* en *productivo*. ¿Cómo se puede calcular el valor de médicos, jueces, enfermeros, mecanógrafos, carteros, abogados, profesores, directores de fábrica, camioneros, managers, barrenderos, cocineros, ministros, peluqueros, periodistas e impresores?

Aquí Arno Peters y Dieterich tropiezan con otro problema más. Peters dice: “Los países comunistas igual que los capitalistas [...] sólo pueden realizar históricamente el regreso a la economía equivalente a un nivel superior, si *combinan la teoría sobre el valor del trabajo con el principio de equivalencia*. Entonces, el salario equivaldrá al tiempo de trabajo invertido, independientemente de la edad, del sexo, del estado civil, del color de la piel, de la nacionalidad, del tipo de trabajo, del esfuerzo físico, de la preparación escolar, del desgaste, de la habilidad, de la experiencia profesional, de la entrega personal al trabajo; independientemente también, de la pesadez del trabajo y de los peligros que implique para la salud. En pocas palabras: el salario equivale *directa y absolutamente* al tiempo laborado”. (Ibíd., p. 107. El subrayado en el original).

Peters y Dieterich muestran un compromiso loable con el *principio de igualdad*. ¿Por qué la igualdad es un principio? Porque el NPH así lo dice. Pero no existe igualdad bajo el capitalismo ni la ha habido durante aproximadamente 12.000 años. ¿Por qué? ¡Debido al intercambio desigual! ¿Por qué? ¡Presumiblemente debido al mecanismo inexplicable que convierte valores iguales en precios desiguales! En esta idea hay dos cuestiones separadas. Las mercancías no se venden al precio equivalente de la cantidad de tiempo de trabajo que se tarda en producirlas individual o casualmente. Se venden a precios que corresponden con el tiempo de trabajo socialmente necesario, al nivel existente de productividad. Así, si yo carezco de destreza, por utilizar uno de los conceptos de la lista de Peters, y me cuesta dos horas de mi tiempo de trabajo directo hacer una silla, cuando todos los demás carpinteros tardan una hora, ¿qué ocurriría? Con la ley del valor que funciona bajo el capitalismo tendré que vender mi silla al mismo precio que todos los demás. ¿Acaso esto es injusto? ¿Deberían los otros carpinteros subvencionarme? ¿O deberían los compradores de sillas pagar un poco más para que yo mantenga mi empresa? Ninguna de estas soluciones parece estar de acuerdo con el principio de equivalencia. La existencia de la ley del valor me

indicará de una forma característica y muy brutal que quizá debería encontrar otra forma de ganarme la vida. Al fin y al cabo, esta es la manera en que se establece la división del trabajo bajo el capitalismo.

El segundo problema es: si los trabajadores contribuyen con valores desiguales en el mismo tiempo, ¿está de acuerdo con el principio de equivalencia que ellos deberían recibir el mismo salario? Marx deja claro que los trabajadores cualificados pueden añadir más valor en el mismo tiempo que los trabajadores no cualificados: “El trabajo más complejo no es más que trabajo simple *potenciado* o más bien *multiplicado*, de suerte que una cantidad menor de trabajo complejo equivale a otra mayor de trabajo simple. La experiencia nos enseña que esta reducción se efectúa de una manera constante. Cabe que una mercancía sea producto del trabajo más complejo, pero su *valor* la equipara al producto del trabajo más complejo, pero su *valor* la equipara al producto del trabajo simple y, por eso, no representa más que una cantidad determinada de trabajo simple. Las diversas proporciones en las que distintos géneros de trabajo se reducen a trabajo simple como unidad de medida, se establecen mediante un proceso social a espaldas de los productores”. (Carlos Marx, *El Capital*. Madrid. Editorial Akal. 1978. pp. 67-68).

Aquí hay otro problema: diferentes tipos de trabajo contribuyen diferentes cantidades de valor en el mismo tiempo. Es precisamente por eso que los trabajadores reciben una remuneración diferente por su fuerza de trabajo dependiendo de los distintos niveles de cualificación, etc. He aquí otro pecado contra el espíritu de equivalencia. Como a Peters y Dieterich, a los marxistas también nos gustaría que los salarios fueran más igualitarios. Pero la primera interrogante es: ¿por qué son desiguales? No es una pregunta moral, como imagina Peters cuando habla de “injusticia”, y, por tanto, hay que responderla de manera científica, como hizo Engels:

“En la sociedad de productores privados, los particulares o las familias cargan con los costes de formación del trabajador calificado; por eso corresponde a los particulares el precio, más alto, de la fuerza de trabajo calificada: el esclavo hábil se vende más caro, y el obrero hábil cobra salario más alto. En la sociedad organizada de un modo socialista, es la sociedad la que carga con esos costes, y por eso le pertenecen también los frutos, los valores mayores producidos por el trabajo compuesto”. (Federico Engels. *Anti-Dühring*. Barcelona. Editorial Grijalbo. 1979. p. 208).

¿Cómo aborda una sociedad socialista el hecho de que hay diferente niveles de trabajo cualificado? Ya que la mayor energía del trabajo cualificado no surge de ninguna propiedad misteriosa poseída por este propio trabajo, o por su portador humano, es evidente que sólo se puede basar en una diferencia empíricamente concreta y medida en los costes de formación de los propios trabajadores cualificados y no cualificados.

Asumimos que 100 trabajadores que trabajan diez días son necesarios para completar un proyecto particular, sin embargo diez de ellos deben estar equipados con cualificaciones particulares, por encima de la media, especialmente para este proyecto. Para entrenar a estos trabajadores la sociedad debe hacer frente a ciertos gastos que, digamos, suponen 200 jornadas laborales. Está claro entonces que estas 200 jornadas laborales también deben contar para la sociedad si quiere que sus planes económicos tengan una base sólida. Por lo tanto, no serían necesarias 1000 jornadas laborales sino 1200 para realizar el proyecto. Así la distinción entre trabajo cualificado y no cualificado en última instancia se reducirá a la diferencia en el periodo de formación de los distintos tipos de trabajo. (Ver Roman Rosdolsky en *The making of Marx's Capital*, p. 518. Pluto Press, 1977.)

La conclusión siempre es la misma: *primero socializar la economía, después proceder a la igualación de los salarios*. Pero esto es lo que Peters y Dieterich no están dispuestos a aceptar. A menos que se elimine la propiedad privada de los medios de producción es inútil ni siquiera hablar de reducción de la desigualdad, menos aún de su desaparición. Pero ¿cómo tratamos la cuestión del trabajo simple y complejo en un Estado obrero?

En primer lugar, no es posible pasar directamente del capitalismo al socialismo, ya sea en el siglo XXI o en el XXXI. En la fase de transición entre el capitalismo y el socialismo, como explicó Marx hace mucho tiempo, habría elementos de la vieja sociedad dentro de la nueva. A través de la expropiación, se llevaría a cabo de forma inmediata la abolición de los enormes beneficios y la obscena riqueza de los capitalistas, por un lado, y la pobreza extrema, por el otro. Pero durante cierto tiempo existiría un determinado diferencial. No sería posible introducir inmediatamente la plena igualdad de salarios. Existiría un diferencial entre los trabajadores cualificados y no cualificados, aunque este diferencial capitalista sería mucho menor

que el actual y tendería a desaparecer según la sociedad se moviera hacia el socialismo.

No hay duda de que una sociedad socialista necesitará médicos, enfermeras y profesores, y cuantos más mejor. Los profesores puede que no produzcan directamente mercancías para el consumo, pero ayudan a formar y educar a la nueva generación de trabajadores, que, sobre todo en la nueva era de la tecnología, requieren cada vez habilidades nuevas y más complejas. Es esto, y no cualquier tipo de inquietud por la cultura y la educación per se, y aún menos consideraciones sobre la “justicia” o la “injusticia”, lo que hace a los capitalistas aceptar la necesidad de construir escuelas y pagar los salarios de los profesores, aunque constantemente se quejan de los costes que todo esto acarrea e intentan limitar el alcance de la educación a lo estrictamente necesario para la producción capitalista.

Así, en un sentido, la educación es una forma de trabajo productivo que crea una fuerza laboral educada y cualificada. Puede ser considerada inversión productiva para el futuro. Aquellas naciones capitalistas, como Gran Bretaña, que se quedan atrás en la educación, se encontrarán en el futuro superadas por naciones que han desarrollado la educación hasta el nivel exigido por la actual demanda de los modernos métodos de producción y la tecnología.

Los capitalistas también necesitan mantener una fuerza laboral sana y en forma que cumpla con las necesidades de la producción y, por tanto, aceptan, en las naciones más desarrolladas al menos, algún tipo de servicio sanitario. Aquí, una vez más, se quejan de los costes y hacen todo lo que pueden para reducir el dinero destinado a sanidad a lo mínimo imprescindible. Pero en la época moderna, la gente no está dispuesta a ver que ponen su salud en riesgo y exigen, correctamente, buenos servicios sanitarios. Las luchas de la clase obrera, especialmente (pero no sólo) en Europa han obligado a los capitalistas a conceder lo que es conocido como “salario social”, que implica una cierta cantidad de gasto en cosas como sanidad, educación y pensiones. En muchos países desarrollados esto forma una parte importante del salario del trabajador y está sometido a feroces luchas, cuando los capitalistas intentan reducir el gasto del bienestar para incrementar la tasa de beneficio a costa de los trabajadores.

Es verdad que las enfermeras, profesores y médicos no producen directamente valor en forma de mercancías, pero indirectamente hacen una contribución importante al mantenimiento y mejora de la

fuerza de trabajo tanto de las presentes como de las futuras generaciones. También representan un avance respecto a las bárbaras condiciones del pasado, cuando la enfermedad y el analfabetismo eran considerados las condiciones normales de la vida de las masas. Por lo tanto, representan elementos de una vida civilizada en medio de la barbarie capitalista, y deben ser defendidos a toda costa por el resto de la clase obrera. Sólo alguien completamente miope podría hacer muecas ante el hecho de que sectores de la clase obrera reciban la plusvalía producida por la clase obrera en su conjunto.

### ‘ESFUERZO’

La cuestión del trabajo improductivo da a Arno Peters un mal dolor de cabeza. Alejandro Magno, como sabemos, también tenía un problema con un nudo, que resolvió fácilmente atravesándolo con su espada. Si Alejandro pudo hacer esto, ¿cómo puede hacerlo peor Arno Peters? Como buen profesor que es, corta el nudo gordiano que él mismo ha hecho, no con la *espada* sino con una *palabra*: todos los trabajadores hacen un *esfuerzo*, ¿veis?, y esto es lo que les corresponde. De un foganazo todos los problemas se han resuelto. Todos los trabajadores, produzcan latas de estaño o trasplanten corazones o cojan ratas o escriban tesis doctorales, *todos hacen un esfuerzo*.

El policía hace el esfuerzo de coger a los ladrones y golpear a los manifestantes en la cabeza con porras y el juez hace un esfuerzo al enviarles a prisión por periodos lo más largo posibles. Los vigilantes de prisión hacen el esfuerzo de reformar a los presos volviendo sus vidas tan inaguantables como sea posible. Los generales hacen el esfuerzo de matar tantos enemigos como sea posible. Los especuladores bursátiles hacen el esfuerzo de ganar fortunas fáciles a costa del público. Los burócratas aceleran la destrucción de los bosques amazónicos para poder escribir resmas interminables de memorandos inútiles. Los políticos burgueses hacen el esfuerzo de engañar al electorado. Heinz Dieterich hace el esfuerzo de escribir libros. La lista es interminable, y todas estas personas valiosas, según la teoría de la equivalencia, deben ser remuneradas de la plusvalía producida por la clase obrera, *porque todos hacen un esfuerzo*.

Ahora bien, para cualquier persona sensata la diferencia entre estas actividades es bastante clara. Los médicos, enfermeras y pro-

fesores son, en general, considerados parte necesaria de la sociedad civilizada, pero no todo el mundo piensa lo mismo sobre todos los demás, no importa el esfuerzo que hagan en sus distintas actividades. Son mayoritariamente gastos improductivos del capitalismo, *que bien serían eliminados o reducidos al mínimo en una sociedad genuinamente socialista*, aunque no en la utopía socialista de Arno Peters, ya que él ha admitido a los directores de fábrica, jueces, abogados, capitalistas (junto con los beneficios), las Fuerzas Armadas, junto con la jerarquía del Estado, están obligados de necesidad a encontrar una forma de financiar todos estos “esfuerzos”.

### ¿CÓMO FUNCIONARÍA UN ESTADO OBRERO?

La Comuna de París demostró hace mucho cómo sería posible eliminar de un golpe el ejército de parásitos profesionales que forman el Estado burgués: los miles de burócratas sobrepagados, jueces, abogados, jefes de policía y generales del Ejército. La primera medida de la revolución socialista será abolir el viejo aparato del Estado y sustituirlo por uno mucho más sencillo, un Estado más democrático, cuya administración estaría en manos de los propios trabajadores. Marx escribió lo siguiente en *La guerra civil en Francia*:

“El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. [...]

“Ese tópico de todas las revoluciones burguesas, ‘un gobierno barato’, la Comuna lo convirtió en realidad al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia suponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la República de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni el gobierno barato, ni la ‘verdadera República’ constituían su meta final, no eran más que fenómenos concomitantes”. (Carlos Marx. *La guerra civil en Francia*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. pp. 70-71).

Una vez que los trabajadores tomen en sus manos la dirección

de la sociedad, asumirán el control de todas las funciones de la administración de la industria (mediante el control y gestión obrera), la sociedad y el Estado. “¡Pero los trabajadores son ignorantes! ¡No pueden dirigir la industria y la sociedad sin empresarios ni burócratas!” Esa es la respuesta habitual del intelectual de clase media que no tiene conocimiento de la clase obrera o de las realidades de la vida en la fábrica, excepto por los libros de texto.

En realidad, los trabajadores son las personas más cualificadas para dirigir las fábricas, en las que llevan años y décadas trabajando. La experiencia del sabotaje de los empresarios en Venezuela en 2002-2003 demostró que los trabajadores son bastante capaces de dirigir la industria sin los “esfuerzos” de los burócratas y los capitalistas. Y si hay ciertas tareas que requieren el conocimiento especializado de contables e ingenieros, hay muchas personas honestas que cada año se gradúan en las universidades, que están dispuestas a ponerse al servicio de la clase obrera y de la revolución, que deben hacer uso de sus conocimientos, pero siempre bajo el control democrático de los propios trabajadores.

La experiencia no sólo de la Comuna de París, sino de todas las demás revoluciones, demuestra que la clase obrera está más que preparada para hacerse cargo de la administración de la sociedad en sus manos. La revolución rusa de 1917 y la revolución española de los años treinta están llenas de ejemplos que demuestran la colosal creatividad y el talento que está dormido en la masa y que se libera con la revolución. Vemos lo mismo hoy en Venezuela. Las masas son capaces de dirigir cada uno de los aspectos de la vida social mucho mejor que los miles de burócratas corruptos y parásitos. Pueden mantener el orden en las calles mucho mejor que los policías. Una milicia obrera vinculada a los comités democráticos en cada barrio rápidamente erradicaría el crimen y la corrupción mediante la acción directa.

Adoptando el programa democrático simple de la Comuna de París y la Revolución de Octubre, habría un límite estricto a los salarios de todos los funcionarios elegidos, que estarían sometidos a la revocación. Desde el principio, los salarios inflados de los funcionarios serían eliminados. Los salarios de los funcionarios se limitarían al salario de un trabajador cualificado. En las grandes fábricas sería necesario un plan de producción global y hasta esa administración tendría derecho a salarios de superintendencia como recompensa

por el trabajo productivo. Al día siguiente de la revolución social continuará habiendo directores de empresa, pero más tarde, cuando la clase obrera se forme para dirigir la industria, las tareas de la administración se ejercerán colectivamente o por delegación a miembros de la fuerza laboral, que será la que controlará.

No es posible conseguir la completa igualdad de repente, pero según aumente la producción gracias a los beneficios de la economía nacionalizada planificada, con un aumento general de los niveles de vida y la cultura de las masas, con la reducción de la jornada laboral, los diferenciales gradualmente se reducirán y finalmente serán eliminados. Pero nada de esto será posible a menos que la clase obrera tome el poder, derroque el viejo aparato del Estado represor de explotadores y expropie a los terratenientes, banqueros y capitalistas. Esta es la concepción marxista de un semiestado transicional entre el capitalismo y el socialismo. Ahora veamos lo que proponen Peters y Dieterich.



# VII

LA ECONOMÍA DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI



En un artículo titulado *Hugo Chávez pide acelerar el Socialismo del Siglo XXI*, publicado en *Rebelión*, el 22 de junio de 2006, a Dieterich se pregunta:

“¿Qué es una economía socialista? Y responde de la siguiente manera:

“El primer paso para implementar una economía socialista es saber, en qué se diferencia esa economía de la economía de mercado capitalista que sufrimos actualmente. Las diferencias principales, es decir las características principales de la economía socialista, son seis: cuatro que pertenecen a la democracia económica y dos que pertenecen a la economía política de valor.

**“A. Los cuatro elementos de la democracia económica:**

“1. La incidencia real de los ciudadanos en las decisiones macroeconómicas, por ejemplo, el presupuesto nacional. 2. La incidencia real de los trabajadores en las decisiones microeconómicas (la empresa), particularmente sobre la tasa de plustrabajo, que decide el grado de explotación de la mano de obra, y la tasa de inversión. 3. La incidencia real de los ciudadanos en las decisiones económicas de la comunidad, por ejemplo, a través del presupuesto participativo municipal. 4. La planeación de la economía sobre esas incidencias de las mayorías.

**“B. Los dos elementos de la economía de valor:**

“1. La contabilidad y operación de la economía se realiza mediante el valor (los insumos de tiempo), no sobre el precio de mercado. 2. El intercambio de los productos se realiza mediante valores iguales.

Este es el principio de la equivalencia que instala la justicia social a nivel de la producción, no de la distribución empresarial o redistribución estatal. La justicia social se realiza, de esta manera, desde el primer nivel de toda actividad económica: la producción.

“Estas son las seis instituciones básicas de la economía socialista. Solo cuando un sistema económico opera sobre ellas, puede hablarse de economía socialista. Cuando no existen o no son operativas, no se ha salido de la economía de mercado, porque la base económica no ha entrado a una civilización postcapitalista. Intentos de trascender la economía de mercado que no alcancen esta institucionalidad socialista, revertirán tarde o temprano al capitalismo pleno, por más que se declare el socialismo o comunismo como intención o realidad por parte de los gobiernos.

### **“3. El paso decisivo: la sustitución del precio por el valor**

“El paso decisivo en la transformación de la economía de mercado hacia la economía socialista reside en la sustitución del precio por el valor. Para entender este paso decisivo hay que entender el papel que juega el precio en la economía de mercado. Este papel es doble. El precio cumple dos funciones vitales para el sistema: a) es el centro cibernético de la economía nacional, regional y global, que dirige los flujos de mercancías (productos), servicios, dinero y capitales; sin el precio, la economía de mercado no se mueve, es un sistema muerto; b) es el principal mecanismo de apropiación del plusproducto o excedente económico (ganancia); es decir, es el principal instrumento de enriquecimiento y de la acumulación de capital de los empresarios.

“¿Y cual es la relación entre el precio y la propiedad sobre los medios de producción? La forma de propiedad sobre los medios –estatal, privada, social o mixta– es la base jurídica de la economía: es la Magna Carta o Constitución del quehacer económico. Pero esta normatividad general no sirve para el enriquecimiento empresarial cotidiano. Este enriquecimiento cotidiano requiere de un instrumento operativo y este instrumento es el precio de mercado.

“El precio es el equivalente funcional del revolver en el asalto bancario: quien tiene el revolver (el poder) se lleva la riqueza. En este

sentido, toda economía de mercado es una economía gansteril, anti-ética, en la cual rige la ley del más fuerte. Hoy día, los sujetos económicos más fuertes son las empresas transnacionales y los Estados burgueses.

“Toda transformación socialista pasa, por lo tanto, por quitarle el revolver al capital, es decir, el poder del precio. En el socialismo histórico se hizo esto quitándole los medios de producción a los empresarios y asumiendo el Estado la doble función del precio. De esta forma se bloqueó efectivamente la acumulación de capital en manos de los empresarios privados, pero se fracasó esencialmente en la función cibernética, la optimización de los flujos económicos. En otras palabras: se neutralizó la función clasista del precio y se malogró su función sistémica.

“Una transición socialista en el mundo actual solo será exitosa si logra sustituir la institución ‘burguesa’ del precio, de tal manera, que sus dos funciones fundamentales, la cibernética y la acumulativa, pueden resolverse satisfactoriamente, mediante una institución cualitativamente diferente: eficiente en la optimización económica y carente de capacidad explotativa de otros seres humanos. Esta institución es el valor”.

¿Por qué esta aparente igualdad de cambio (en contraste con la opinión de Dieterich) demuestra ser una ilusión? ¿Por qué el trabajador no está realmente en una posición igual de negociar frente al capitalista? Por que no tiene nada que vender a parte de su fuerza de trabajo. Por que la clase capitalista monopoliza la propiedad de los medios de producción. Ese es el punto más importante y Dieterich no quiere admitirlo. Describe la propiedad de los medios de producción como la Carta Magna o constitución del capitalismo. Pero el instrumento de explotación, en su opinión, es el precio de mercado. Claramente esta no es la idea de Marx. Uno se podría preguntar si Dieterich alguna vez ha leído en serio las obras de Marx y Engels. Ciertamente su propia teoría de la explotación no tiene nada en común con la de Marx y es sólo un repetición mecánica de la “teoría de la fuerza” de Dühring. Fue Dühring y no Marx quien *pretendía que la propiedad privada era el resultado del robo y la violencia, que la explotación tiene lugar en el intercambio, no en la producción.* Esta presentación extre-

madamente superficial y errónea de la naturaleza de la explotación fue respondida hace mucho tiempo por Engels:

“La economía política es, en su más amplio sentido, la ciencia de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los medios materiales de vida en la sociedad humana. Producción e intercambio son dos funciones distintas. *La producción puede tener lugar sin intercambio, pero el intercambio —precisamente porque no es sino intercambio de productos— no puede existir sin producción.*

“*La propiedad privada no aparece en absoluto en la historia como resultado exclusivo del robo y de la violencia.* Antes al contrario: existe ya, aunque limitada a determinados objetos, en las arcaicas comunidades espontáneas de todos los pueblos de cultura. Se desarrolla ya en el seno de esas comunidades...”

“Lo que importa es explicar el origen de las clases y de las relaciones de dominio, y si el señor Dühring no dispone para esa explicación más que de la repetida palabra “violencia”, no nos puede hacer avanzar ni un paso”. (Federico Engels. *Anti-Dühring*. Barcelona. Editorial Grijalbo. 1979. pp. 151-166-184. El subrayado es mío.)

¿Cómo funciona el “instrumento de trabajo”? Dieterich describe el precio de mercado como un revólver en el robo de un banco. Es un error doble. En primer lugar, como ya hemos explicado, la explotación del trabajador no se produce en el mercado a través del precio, sino en el centro de trabajo mediante la extracción de plusvalía. En segundo lugar, la coacción sobre el trabajador para que trabaje para el capitalista (que hace una mofa de esta aparente libertad en el mercado) es *la propiedad de los medios de producción por parte del capitalista*. Ese, y no el precio, es su “revólver”. Y ese revólver está a su vez asegurado por otros revólveres, reales en este momento, en manos del poder estatal. Para eliminar el revólver de las manos de los capitalistas es necesario derrocar el Estado burgués y nacionalizar los medios de producción. A pesar de su retórica sobre los revólveres, que suena a revolucionaria, ese no es el propósito de Dieterich. Su retórica está bastante hueca —como es habitual— y pretende ocultar el hecho de que él propone conseguir “el socialismo” mientras se mantiene la propiedad privada y el Estado burgués.

## ‘DOBLE PODER’

El camarada Dieterich propone lo que él describe como “doble poder” dentro de la fábrica, como un peldaño hacia el socialismo del siglo XXI. De nuevo esto suena muy revolucionario. Nos trae a la mente la revolución rusa, con los trabajadores asaltando las ciudades del poder burgués con las armas en la mano. Pero si lo examinamos más de cerca, veremos que el objetivo real de luchar por el “doble poder” a lo Dieterich se convierte en algo mucho más modesto. ¿Cuál es el objetivo? El objetivo de esta lucha titánica es *poner una etiqueta extra en las botellas de leche*. Pero antes de entrar al tema importante de las etiquetas en las botellas de leche primero preguntaremos qué es el doble poder.

La frase fue utilizada primero por Lenin en un artículo, publicado en abril de 1917, llamado *La dualidad de poderes*. La primera frase del artículo de Lenin dice lo siguiente: “El problema del poder del Estado es el fundamental en toda revolución. Sin comprenderlo claramente no puede ni pensarse en participar de modo consciente en la revolución y mucho menos dirigirla”. (Lenin. *La dualidad de poderes*. Obras Escogidas. Vol. II. Moscú. Editorial Progreso. 1960. p. 40).

Esta cuestión es el abecé para cualquier marxista. Pero la cuestión del poder del Estado no es tratada por el camarada Dieterich aquí ni en ninguna otra parte. Por lo menos no lo trata en el sentido marxista, que se basa en la idea de que la clase obrera derroca el viejo Estado burgués y toma el poder en sus propias manos. ¿Qué pretendía Lenin con este artículo? En febrero de 1917 los trabajadores y soldados rusos derrocaron el régimen zarista. Empezaron esta tarea aunque el Estado zarista era uno de los más poderosos del mundo, con un gran ejército, policía y policía secreta.

Los trabajadores inmediatamente comenzaron a crear los soviets, que Lenin caracterizaba como órganos embrionarios de poder obrero. Los trabajadores y soldados eligieron delegados a los soviets, que convivían con el viejo Estado zarista, que, aunque muy agitado, todavía estaba en su lugar. Los contrarrevolucionarios se juntaron alrededor de este Estado, bajo la cobertura de los reformistas del Gobierno Provisional. Estaban a la espera del momento favorable para contraatacar. De haberlo conseguido, habrían liquidado la revolución, disuelto los soviets y habría llegado al poder un régimen fascista.

Cuando regresó a Rusia a finales de marzo, Lenin comenzó inmediatamente una campaña destinada a convencer a los trabajadores de los soviets de la necesidad de tomar el poder bajo la consigna: “todo el poder a los soviets”. Se encontraron con la oposición de los dirigentes reformistas en los soviets y también por Stalin y Kámenev que dirigían el ala oportunista de los bolcheviques. En el mencionado artículo Lenin escribía:

“¿En qué consiste la dualidad de poderes? En que junto al Gobierno Provisional, junto al gobierno *de la burguesía*, se ha formado *otro gobierno*, débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los soviets de diputados obreros y soldados.

“¿Cuál es la composición de clase de este gobierno? El proletariado y los campesinos (con uniforme de soldado). ¿Cuál es el carácter político de este gobierno? Es una dictadura revolucionaria, es decir, un poder que se apoya directamente en la conquista revolucionaria, en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo *y no en la ley* promulgada por el poder centralizado del Estado. Es un poder completamente diferente del de la república parlamentaria democrático-burguesa del tipo general que impera hasta hora en los países avanzados de Europa y América. Esta circunstancia se olvida con frecuencia, no se medita sobre ella, a pesar de que en ella reside toda la esencia del problema. *Este poder* es un poder *del mismo tipo* que la Comuna de París de 1871. Los rasgos fundamentales de este tipo de poder son: 1. La fuente del poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar, en la ‘toma’ directa del poder, para emplear un término en boga. 2. Sustitución de la policía y del ejército, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este poder guardan el orden público los *mismos obreros* y campesinos armados, el *mismo* pueblo en armas. 3. Los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el poder directo del pueblo o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples mandatarios, no sólo elegibles, sino *amovibles* en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman de casta privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus ‘puestecitos’, en obreros de un ‘arma’ especial, cuya remuneración *no exceda*

al salario corriente de un obrero cualificado”. (Ibíd., pp. 40-41. El subrayado en el original).

Está bastante claro y es una reafirmación clásica de la posición marxista sobre el Estado. Al tratar la cuestión del doble poder, Lenin no utilizaba una simple frase, como hace Dieterich. Explica que los trabajadores y soldados podían y deberían haber tomado el poder pero fracasaron y esto llevó al aborto del doble poder, que sólo era media revolución. Pero una revolución no se puede detener a medio camino. O la clase obrera termina el trabajo de tomar el poder en sus manos, o en determinado momento el péndulo batirá hacia el otro lado, creando las condiciones para una contrarrevolución. Quien tenga dudas a este respecto debería estudiar la experiencia de Chile y Nicaragua.

La situación en Venezuela, en muchos aspectos, es similar a la que se enfrentó la revolución rusa después de febrero de 1917. La revolución ha comenzado, pero no se ha completado. El viejo Estado y la burocracia permanecen, y los terratenientes y capitalistas todavía poseen partes importantes de la economía. Pero los reformistas como Heinz Dieterich hacen todo lo posible para frenarla, argumentando que no es necesario nacionalizar la propiedad de la oligarquía. Esta es precisamente la posición contraria a la defendida por Lenin.

Se podría decir que el camarada Dieterich no habla de “doble poder” en la sociedad sino sólo en empresas individuales. En Venezuela, en muchas fábricas, los trabajadores están tomando el control en sus manos. En fábricas como Inveval han introducido el control obrero. En otras fábricas, aunque no han establecido el control obrero, los trabajadores constantemente cercenan los “sagrados derechos de la dirección”. En cierto sentido, por tanto, se podría hablar de doble poder en las fábricas. Este es un subproducto de la propia revolución, que ha removido a las masas y despierta el potencial ilimitado de actividad creativa. Los trabajadores ya no están dispuestos a dejar los aspectos más importantes de sus vidas a los empresarios y burócratas. Este es el secreto del movimiento por el control obrero. No está en los libros sino que es la experiencia de la vida misma.

Los marxistas venezolanos están totalmente a favor del control obrero y están en primera línea de los que luchan por él. En cam-

bio, los reformistas como Heinz Dieterich no defienden el control obrero sino sólo las cooperativas. Así es como entienden el “doble poder”. Pero la experiencia demuestra que las cooperativas dentro de la economía de mercado siempre tienden a degenerar en empresas capitalistas corrientes. Se ven obligadas a funcionar dentro de los principios del mercado de beneficios y pérdidas. Los directivos adquieren privilegios y comienzan a actuar como empresarios, presionando a los trabajadores para conseguir máximos beneficios, eliminar el “trabajo superfluo” y otras cosas por el estilo.

Incluso el control obrero no es un fin en sí mismo, sólo un medio para conseguir un fin. No es posible construir islas de socialismo en un mar de capitalismo. El control obrero sólo es una etapa de transición hacia la nacionalización. O se nacionaliza la empresa o el control obrero se convierte en un episodio pasajero. Por tanto, es incorrecto yuxtaponerlo a la nacionalización como si fuera una alternativa. Lo que hace falta es movilizar a los trabajadores para ocupar las fábricas, echar a los empresarios y exigir la nacionalización. La única perspectiva real es la nacionalización de la tierra, los bancos y las industrias bajo el control y administración democráticos de los trabajadores. Sólo esto puede llevar al socialismo.

### LA CUESTIÓN DEL PODER

Hay un famoso libro de cocina británica escrito hace más de cien años por la señora Beeton. Una de sus recetas de liebre comienza con las inmortales palabras: “primero cazar y matar la liebre”. Nos reímos de la señora Beeton, porque es excesivamente obvio que no se puede servir una liebre en un plato sin cazarla primero (incluso mejor, haberla cazado y matado por otra persona). Nos enfrentamos a una dificultad similar con lo que propone el camarada Dieterich. ¿Cómo es posible llegar al socialismo sin comenzar con la toma del poder por la clase obrera? La diferencia es que, mientras la señora Beeton no podía encontrar una liebre preparada en las tiendas, la clase obrera no puede basarse en nadie más para que haga ese trabajo.

Pero el camarada Dieterich no se desanima ante estas pequeñas dificultades. Está preparando el “doble poder” en las fábricas. ¿Y en qué consiste éste? Los trabajadores en la lechería (podría ser, por supuesto, cualquier otro centro de trabajo) establecerán el do-

ble poder mediante el siguiente procedimiento: además del precio monetario habitual, ellos calcularán el tiempo de trabajo del valor de la leche que ellos producen. Pero, en primer lugar, Dieterich no ha demostrado que el proceso de explotación tenga lugar mediante la transformación del tiempo de trabajo en dinero por medio de una “estafa”. En segundo lugar, ¿por qué los trabajadores deberían luchar por poner etiquetas extras en las botellas de leche? ¿Cómo ayudará esto a llevar más comida a casa para sus familias? Más les valdría poner etiquetas en las que se pudiera leer: “¡Socorro!, estamos explotados”.

Pero aquí surge inmediatamente un problema. ¿Acaso el empresario no objetaría? Es razonable suponer que objetaría bastante. Es igualmente razonable suponer que intentaría acabar con este doble poder tan pronto como fuera posible. ¿Y acaso los trabajadores se movilizarían en defensa de su derecho a poner etiquetas extras en las botellas de leche? Si lo hicieran, probablemente les echarían a la calle para que jugaran en otra parte al doble poder. Y, como el capitalista continúa siendo el dueño indiscutible de su fábrica, no hay mucho que se pueda hacer para evitarlo.

Pero Dieterich dice que las etiquetas duales crearían “disonancia cognitiva”. ¿Qué se supone que significan estas palabras? Pienso que significa que los compradores de leche se quedarían *perplejos*. Probablemente lo estarían. La cuestión principal para el comprador de leche probablemente es: “¿cuánto estoy pagando realmente?” ¿Acaso esta *perplejidad* genera conciencia socialista, como sugiere Dieterich? Estar perplejo no necesariamente lleva a conclusiones revolucionarias. El Palacio de Invierno no se tomó porque la clase obrera de Petrogrado pensara: “Me pregunto dónde estarán las llaves”.

El doble poder, como hemos explicado, no es una situación que dure mucho tiempo. Dieterich sugiere que los trabajadores deberían participar en discusiones con el empresario en los centros de trabajo sobre la tasa de plusvalía y qué hacer con ella. ¿Pero no es obvio que esta situación generaría conflictos de interés (o lucha de clases, como se le solía llamar)? El empresario quiere un yate, el trabajador salarios más altos o más inversión para crear empleos. ¿Quién decide? Esta es la cuestión más importante. En realidad, es la única cuestión. Sólo hay dos alternativas: *o el empresario hace algo para eliminar el doble poder, o los trabajadores, si quieren mantener sus conquistas, tendrán que tomar el poder del Estado*. Incluso Lasalle (cuyas formulaciones en

el *Programa de Gotha* son criticadas por Marx y cuya noción de los “frutos plenos de su trabajo” son tan similares al concepto de “equivalencia” de Dieterich) contemplaba estos planes *después de haber socializado la producción*.

En el pasado, algunos socialistas utópicos hicieron experimentos basados en intercambio igual, estableciendo comunidades comunistas en EEUU y en otras partes del mundo. Todos estos intentos fracasaron y terminaron en desastre. En México, los zapatistas, a quienes el camarada Dieterich en el pasado admiraba tanto, aparentemente han introducido planes similares en las zonas que ellos controlan. El subcomandante Marcos cree que iniciativas de este tipo son una alternativa a la toma del poder por medios revolucionarios. En realidad, estos experimentos utópicos no trastocan en lo más mínimo a la clase dominante.

La clase dominante mexicana estaba aterrorizada ante el movimiento de las masas, cuando le robó a López Obrador la victoria electoral, pero no le hizo perder el sueño en lo más mínimo la actuación de Marcos y los dirigentes zapatistas, que, cuando el movimiento de millones de trabajadores y campesinos pusieron en el orden del día la cuestión de la toma del poder, jugaron un papel totalmente reaccionario y actuaron *de facto* como defensores del orden burgués existente. Tampoco le hacen perder el sueño en lo más mínimo los planes utópicos del profesor Dieterich, en particular siempre que actúe con “responsabilidad” en los momentos clave, como hizo en el referéndum constitucional en Venezuela.

### ¿CÓMO SE CONSIGUE EL INTERCAMBIO IGUAL?

Nos preguntamos cómo se consigue en la práctica este intercambio igual. Presumiblemente, habría algún tipo de banco laboral que emitiría certificados basados en las horas de trabajo, susceptibles de ser intercambiados por mercancías que contengan la misma cantidad de tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo se necesita verificar auténticamente, porque, a pesar de la existencia de ordenadores, no es tan fácil como imagina Dieterich.

En realidad, estos certificados serían una *especie de dinero*. Serían sólo pagarés que al final se deben cambiar por mercancías según una relación definida. Pero toda la historia demuestra que, para cumplir su función como medio de cambio, el dinero debe ser aceptado por

la sociedad. La gente debe aceptar que realmente vale la cantidad que en él va impresa, es decir, tan bueno como el oro. De otra manera, los pagarés en circulación son simplemente pedazos de papel impresos. ¿Cómo este “dinero trabajo” puede circular fuera del banco? ¿Cómo se hace convertible?

Para determinar el valor de una mercancía es necesario determinar el tiempo de trabajo que hay en las mercancías producidas, como la media de los medios de producción disponibles en una industria dada, es decir, el tiempo de trabajo en el que se han producido. Pero tampoco eso sería suficiente. Habría que determinar el tiempo en el que cierta cantidad de productos se han producido y situar a los productores en las condiciones en las que hicieran su trabajo igualmente productivo, y también la cantidad de tiempo de trabajo empleado en las diferentes ramas de la producción.

No es una cuestión de cálculo individual aislado de cuántas horas él o ella ha trabajado, ya que el valor de una mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario empleado en su producción. Una economía basada en el intercambio disuelve todas las relaciones individuales de producción y distribución y las sustituye por la dependencia universal. En lugar del mercado local tenemos el desarrollo, primero, del mercado nacional y, después, del mercado mundial. El valor de las mercancías en la era moderna está determinado por la suma total de producción y distribución a escala mundial.

El que el tiempo de trabajo invertido en la producción en una fábrica de Caracas sea el socialmente necesario o no, está determinado no en esa fábrica particular, sino en cientos de miles de fábricas de China, India, etc. La producción de cada individuo es dependiente de la producción y el consumo de todos los demás a escala mundial. Así que, lo que al principio parecía una sencilla operación aritmética, ahora se convierte en un cálculo infinitamente más completo.

## ADAM SMITH

Aquí vemos el resultado del error del camarada Dieterich al agrupar diferentes periodos históricos y establecer una identidad falsa entre sistemas socio-históricos cualitativamente distintos. Los precios, el dinero y el intercambio tienen una larga historia, determinando el valor de los artículos intercambiados por los costes de producción,

pero sólo se convierten en dominantes en el sistema capitalista. En las primeras sociedades el intercambio tiene un carácter más o menos individual.

Comenzando por Adam Smith, los economistas burgueses imaginan que cada individuo privado persigue su interés privado, y, por tanto, inconscientemente sirve al interés general, a través de la “mano invisible del mercado”. Esta es una expresión del triunfo del mercado y del intercambio bajo el capitalismo. Como buen burgués, Adam Smith asumía que el modo de cambio capitalista ya existía en el periodo prehistórico. Dieterich no anda demasiado lejos, limitándolo a los últimos 5.000 años o así. En realidad, sólo bajo el capitalismo se desarrolla el intercambio hasta su nivel máximo. En la sociedad burguesa la sociedad de la producción para la libre competencia adquiere el dominio absoluto sobre todas las relaciones de producción.

Esta dependencia recíproca de productores y consumidores se expresa en la necesidad constante del intercambio, y halla su mediación generalizada en el valor de cambio. Esta interconexión universal no tiene nada que ver con individuos aislados como Robinsón Crusoe, como Marx explica:

“La dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social. Este nexo social se expresa en el *valor de cambio*, y sólo en éste la actividad propia o el producto se transforman para cada individuo en una actividad o en producto para él mismo. El individuo debe producir un producto universal: *el valor de cambio* o, considerado éste en sí aisladamente e individualizado: *dinero*”. (Carlos Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. México. Editorial Siglo XXI. 1980. p. 84. El subrayado en el original).

Esto es muy diferente de las sociedades anteriores, donde el individuo o miembro individual de una familia, clan o comunidad “se reproduce sobre bases directamente naturales, o en las que su actividad productiva y su participación en la producción está orientada hacia una determinada forma de trabajo y de producto, y su relación con los otros está determinada precisamente de ese modo”. (Ibíd.) Este tipo de intercambio no era posible en las formas anteriores de sociedad: la relación patriarcal, la comunidad de la antigüedad, el

feudalismo y el sistema de gremios. Este último tuvo que ser destruido antes de que las relaciones económicas capitalistas pudieran avanzar más allá de la etapa embrionaria, como explica Marx:

“Tanto las condiciones patriarcales como las antiguas (y también feudales) se disgregan con el desarrollo del comercio, del lujo, del *dinero*, del *valor*, del *valor de cambio*, en la misma medida en que a la par va creciendo la sociedad moderna”. (Ibíd., p. 85. El subrayado en el original).

La contradicción central del capitalismo es la que existe entre el carácter social de la producción y la apropiación privada de la riqueza. En el valor de cambio, el producto de la mano del trabajador aparece ante él como algo ajeno y objetivo, enfrentando al individuo como una fuerza ajena sobre la que él o ella no tienen control. La manera de eliminar esta contradicción no es retocar la economía de mercado con planes utópicos y de esta manera crear las condiciones para una economía socialista planificada, donde los trabajadores puedan ejercer el control consciente sobre su actividad social y productiva.

“Por consiguiente, nada es más falso y absurdo que presuponer, sobre la base del *valor de cambio*, del *dinero*, el control de los individuos asociados sobre su producción global, como ocurría en el caso ya tratado más arriba con el banco de bonos horarios”. (Ibíd., p. 86. El subrayado en el original).

Marx puso al descubierto el carácter absurdo y erróneo de la idea del intercambio igual defendido por los socialistas utópicos y respondió por adelantado hace más de cien años a los argumentos del descendiente de aquellos en línea directa Heinz Dieterich. Es un intento de eliminar las contradicciones del capitalismo, mientras se mantiene una economía basada en el intercambio realizado por productores individuales. Pretende crear el capitalismo con rostro humano, es decir, es un intento de cuadrar el círculo.

El desarrollo del capitalismo crea todo tipo de contradicciones: aglomeración, combinación, cooperación, la antítesis de los intereses privados, intereses de clase, competencia, concentración de capital, monopolio, sociedades anónimas y otras similares. De la

competencia nace el monopolio, y del mercado nacional surge la economía mundial. Los socialistas utópicos veían sólo los aspectos negativos de este proceso: explotación e injusticia. Pero el desarrollo del capitalismo también crea las condiciones para su derrocamiento. El desarrollo de los medios de producción crea la base material para una forma superior de la sociedad humana, el socialismo, y también crea la clase destinada a actuar como su sepulturera, la clase obrera.

La sociedad burguesa descansa sobre el valor de cambio, que es sólo una expresión de las relaciones socio-económicas existentes, incluidas las relaciones de circulación y producción. Hay también muchas contradicciones en este sistema, que es imposible suprimirlas aislando un único elemento (intercambio). Los socialistas utópicos como Gray (que es la verdadera fuente de las ideas de Dieterich en economía) creían que una *reforma del mercado monetario* podría eliminar las bases internas o externas del comercio privado. Mediante reformas pacíficas, como el establecimiento de un banco de trabajo y el “intercambio igual”, el carácter explotador del capitalismo se podría eliminar sin dolor ni conflictos desagradables.

### EL CAPITALISMO NO SE PUEDE REFORMAR

Marx explica que este “carácter antitético [del capitalismo], sin embargo, *no puede ser nunca hecho estallar a través de una metamorfosis pacífica*. Por otra parte, si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y de circulación para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas”. (Ibíd., p. 87. El subrayado es mío.)

Aquí vemos el abismo que separa el pensamiento de Dieterich del marxismo. Para Marx, el sistema capitalista tenía que ser derrocado por el movimiento revolucionario de la clase obrera; para los socialistas utópicos y para Dieterich, se puede metamorfosear en una “sociedad nueva y justa” eliminando el “intercambio desigual”, mientras se mantiene el sistema económico en el que se basa el intercambio y el dinero, es decir, el capitalismo. ¿Qué significan estas palabras? Para Marx, el socialismo no sólo era una buena idea, o, por citar la frase favorita de Dieterich, “un proyecto histórico”. Era el resultado inevitable del desarrollo del propio capitalismo. En su codicia de beneficio personal, la burguesía desarrolló las fuerzas

productivas hasta un nivel no visto y por tanto creó las condiciones objetivas para el socialismo.

Marx señalaba que “un banco que crea directamente la imagen especular de la mercancía en forma de dinero-trabajo es una utopía”. En realidad, el punto de partida del socialismo es el desarrollo del capitalismo. El desarrollo de los gigantescos monopolios en la época actual es el resultado lógico de la libre competencia, la cual liquida. Pero la existencia de grandes monopolios, verdaderos ejércitos industriales de trabajadores extendidos por todo el globo terráqueo, elimina cualquier papel necesario que el capitalista individual pudiera haber jugado alguna vez en la producción.

Los días en que el empresario dirigía personalmente la fábrica hace tiempo que han desaparecido. En su lugar, hoy los propietarios de la industria pagan a directivos profesionales para que administren sus fábricas, mientras que ellos se limitan a sus actividades de parasitismo y especulación. La burguesía, que se ha enriquecido a un nivel sin precedentes a expensas de la clase obrera, es tan superflua como los zánganos en una colmena. Por lo tanto, el siguiente paso debe ser eliminar este papel junto con la expropiación de los expropiadores.

Hoy en todos los principales países capitalistas los grandes monopolios están estrechamente ligados al Estado. Aunque constantemente se quejan del Estado, los impuestos y la interferencia del gobierno, los capitalistas reciben generosos subsidios del Estado, que les alivia de la necesidad de pagar por la educación y la sanidad de los trabajadores, paga a la policía, que defiende su propiedad, y a los ejércitos, que hacen sus guerras para acceder a mercados extranjeros, a materias primas y a esferas de influencia, mientras ese mismo Estado reduce los impuestos a los ricos y aprueba leyes contra la clase obrera y la clase media.

El siguiente paso lógico es, por tanto, la estatalización (nacionalización) de los grandes bancos y monopolios, bajo el control democrático y administración de la clase obrera.

## ¿PARA QUÉ?

El principio de indeterminación dice que no es posible determinar con certeza la posición y la velocidad de una partícula subatómica individual, pero la física cuántica es capaz de hacer predicciones

muy precisas sobre los movimientos de números muy grandes de electrones y otras partículas. Igualmente, no es posible determinar la posición exacta de una molécula gaseosa, pero es posible hacerlo con relación a números muy grandes de moléculas gaseosas. Del mismo modo, no es posible ni necesario determinar el “valor real” de una única mercancía para comprender la evolución de los precios en conjunto. Esto es absolutamente necesario para una economía planificada socialista, pero trivializar y alborotar por el valor exacto de las mercancías individuales es una *pérdida ridícula de tiempo*.

En interés de la discusión, asumamos que, con la ayuda de uno de los ordenadores de Heinz Dieterich, somos capaces de calcular el “valor real” de las mercancías, ¿qué consecuencias prácticas tendría? El trabajador entonces tendría la inmensa satisfacción de conocer que tal o cual cantidad de su fuerza de trabajo se ha utilizado este o ese día en hacer tal o cual producto. ¿Entonces, qué? ¿Exigirá que el empresario le aumente el salario? No, porque ya ha acordado la cuantía de su salario con el empresario antes de poner el pie en la fábrica. Como ya hemos visto, los salarios no son el precio del trabajo, sino sólo de la fuerza de trabajo, que, una vez se ha comprado, el empresario puede utilizar a voluntad.

Además, si el trabajador desea recibir su salario, entonces el producto de su trabajo se debe vender. De otra manera, su valor real será precisamente cero. Pero aquí comienzan a complicarse las cosas. ¿A qué precio se venderá el producto? ¿A su “valor real” o al precio dictado por el mercado? ¡A su precio de mercado, por supuesto!

Uno, perplejo, se rasca la cabeza. ¿Merece la pena gastar tanto tiempo y esfuerzo elaborando el valor de las mercancías, cuando al final se venden según las leyes de la oferta y la demanda? ¿Qué ventaja tiene todo esto para el trabajador, el capitalista, el consumidor o cualquier otra persona, cuando el resultado es exactamente el mismo: el trabajador recibe exactamente los mismos salarios, el capitalista consigue el mismo beneficio (derivado de los salarios no pagados a los trabajadores) y el consumidor debe pagar el mismo precio, determinado por las fuerzas del mercado? ¿Para qué sirve todo esto?

Aquí está la esencia de toda la cuestión. Heinz Dieterich ha hecho a los trabajadores gastar una cantidad colosal de tiempo y energías para elaborar un “precio” *puramente simbólico*, que puede ser escrito sobre un papel y mostrado en el escaparate junto al precio corriente

de mercado. Sabemos que, en el mercado real, nadie prestará atención a este precio simbólico, no más que la que los fumadores prestan a las advertencias sanitarias impresas en las cajetillas de tabaco.

“¡Ah!”, dice Heinz, “pero entonces la gente podrá comparar el precio y el ‘valor real’.”

¿Y qué? (Insistimos en nuestro interrogatorio).

“Después comenzarán a observar que hay diferencia entre los dos”, responde Heinz.

¿Y qué? (Insistimos).

“Entonces dirán: ¡Un momento! ¡Esto significa que los capitalistas están explotando a los trabajadores! ¡Es injusto! ¡Exigimos la introducción inmediata del socialismo del siglo XXI!”.

### **DESPUÉS, TODO IRÁ BIEN.**

Realmente se requiere un genio de la estatura de Heinz Dieterich para pensar algo así. Supone a) que la mayoría de las personas no saben que los empresarios explotan a los trabajadores, b) que la mayoría de las personas no saben que la sociedad es fundamentalmente injusta y c) que han tenido que esperar hasta ahora para que Heinz Dieterich se lo explique. Por nuestra parte, tenemos una opinión bastante más elevada que la del profesor Dieterich sobre la inteligencia de las masas.

Si nos hubiera preguntado (que, sobra decir, no lo hizo), podríamos haberle aclarado que no es necesario tener millones de trabajadores armados con calculadoras malgastando su precioso tiempo para calcular el “valor real”. La tarea es mucho más simple. Todo lo que se requiere es que Heinz salga de su cómodo despacho universitario (no durante mucho tiempo, un día sería suficiente) y que hable con los hombres y las mujeres corrientes de las calles de Caracas o de Ciudad de México. Si se hubiera tomado la molestia de hacerlo se habría llevado una gran sorpresa. Pronto descubriría que la mayoría de los trabajadores son bien conscientes de que los empresarios les explotan y que la sociedad capitalista es injusta.

El problema aquí es que el profesor Dieterich, como todos los demás reformistas, trata a los trabajadores como si fueran niños pequeños, y no demasiado inteligentes. Realmente imagina que sin él y su maravillosa teoría del socialismo del siglo XXI las masas ignoran-

tes nunca serían capaces de cambiar la sociedad. Esto es exactamente contrario a la idea de Carlos Marx, quien dijo que *la emancipación de la clase obrera es tarea de la propia clase obrera*.

Piensa que las masas no son capaces de comprender el socialismo y que éste es el verdadero problema. Si con esto el profesor Dieterich quiere decir que las masas no son capaces de entender lo que él escribe en sus libros, entonces estamos de acuerdo con él. Pero entonces también, las masas están en muy buena compañía. El autor del presente trabajo puede confirmar que abrirse paso en la maraña de los escritos de Dieterich es una tarea penosa para la que hace falta mucho tiempo, que la mayoría de la sufrida humanidad no posee. Las masas sufren ya bastante en la lucha diaria por la existencia sin la necesidad de padecer más torturas.

Heinz Dieterich se queja de que no le comprenden y llega a la conclusión de que este hecho refleja el bajo nivel de conciencia de las masas. Si la gente no comprende lo que él escribe sólo es culpa suya. En realidad, tiene suerte de que no entiendan lo que escribe, porque, si lo hicieran, entonces tendría aún menos seguidores de los que ahora tiene.

### ¿POR QUÉ LA NACIONALIZACIÓN?

Después de rechazar la nacionalización y la planificación centralizada, el siguiente paso de Dieterich es *reformular el mercado* y pasar al reino del intercambio igual. ¿Cómo se consigue este milagro? ¡Por supuesto que con una red de ordenadores! Esto garantizará, nos asegura Dieterich, que podremos *calcular el tiempo de trabajo* y de este modo asegurar *el intercambio igual*. El proyecto del socialismo del siglo XXI se basa en una *red de ordenadores*. Esto es aproximadamente como hacer un cerebro que no conectase con ninguno de los miembros. No puedes hacer lo que quieras con los instrumentos de producción, si no los posees. No obstante, Heinz ha rechazado toda sugerencia sobre la nacionalización de las fuerzas productivas, así que debemos asumir que el paraíso socialista del siglo XXI, la tierra, los bancos, las industrias y, también, los ordenadores seguirán seguros en manos privadas.

Heinz es capaz de decir cuál es el problema, pero no proporciona una solución satisfactoria. Una vez hayamos tomado los puntos clave de la economía, será posible planificar las fuerzas productivas de

una manera racional. Será posible movilizar la capacidad productiva de la nación para resolver los problemas más acuciantes. Con esta condición, *y sólo con esta condición*, la tecnología moderna, incluida la informática, sería utilizada al máximo alcance de su potencial. En estas circunstancias, Heinz Dieterich tendría razón cuando escribe:

“Hay millones de ingenieros, economistas, matemáticos, activistas y luchadores sociales en la India, Europa, Estados Unidos, América Latina y otras latitudes que tienen capacidades computacionales y de tiempo no usada que, sin duda, estarían dispuestos a colaborar solidariamente en la construcción de la próxima fase de la evolución humana. Simplemente es cuestión de activarlos con un proyecto ético-político que les dé un sentido de trascendencia en la vida, del cual carece el capitalismo actual por completo”. (Dieterich, *La Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez*, en *Rebelión*, 6/3/2005.)

Es verdad que hay millones de ingenieros, economistas, matemáticos, científicos y otras personas cualificadas en todo el mundo cuyos talentos y capacidades no están siendo utilizados en beneficio de la humanidad, *porque el capitalismo es incapaz de utilizarlas*. En todos los países, hay muchos graduados en situación de paro o trabajando en supermercados, porque un sistema económico basado totalmente en la producción por el beneficio no necesita de sus servicios.

Millones de personas necesitan doctores, profesores, enfermeras, etc., pero la producción capitalista no está dirigida a la satisfacción de las necesidades humanas sino sólo a una mayor acumulación de capital y al enriquecimiento de unos pocos a costa de la mayoría. La única manera de poner fin a esta situación es arrebatando el poder económico de las manos de los ricos parásitos y ponerlo en las manos de los trabajadores y campesinos que forman la aplastante mayoría de la sociedad.

### ¿CAPITALISTAS SIN BENEFICIOS?

Platón, como sabemos, prohibía los poetas en su República ideal. Arno tiene una mente mucho más abierta. En su república socialista ideal tendremos no *sólo poetas, sino jueces, directores de fábrica, directores y ministros, pero también capitalistas, generales del Ejército, policías y una jerarquía de burocracia estatal*.

“También las actividades que hoy en día tienen como fin el enriquecimiento personal, tienen que incluirse, en la medida en que la economía las necesite. En esto, el comercio se limita a la distribución de los bienes, su transporte y almacenamiento; estas actividades, como acciones necesarias en un mundo con división del trabajo, se convierten en una parte del valor y tienen que remunerarse como cualquier otro trabajo: conforme al tiempo laborado. Normas similares deben aplicarse a los dueños de empresas que no pertenecen al comercio, sino al ámbito de la producción. Después de que desaparezca su ganancia, su actividad empresarial —que como cualquier otro trabajo forma parte proporcional de los bienes— debe pagarse de manera equivalente, mientras la economía tenga una estructura jerárquica y, por lo tanto, siga manteniendo una organización militar que requiera de su actividad. En la actualidad, ésta es la situación en casi todos los países”. (Dieterich, *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, pp. 108-109).

Se podría perdonar al lector por pensar que este socialismo del siglo XXI comienza a parecerse cada vez más al capitalismo de siempre. Pero no, ¡hay una diferencia! Bajo el socialismo del siglo XXI habrá capitalistas, que continuarán teniendo bancos e industrias, pero que serán totalmente diferentes a los capitalistas que existen en “casi” todos los países actualmente, o en cualquier otro tiempo pasado. Los capitalistas de Arno Peters continuarán ostentando y controlando sus empresas como antes, pero lo harán de una manera completamente altruista, renunciando a todo beneficio personal y aceptarán gustosamente los “salarios de equivalencia” por sus molestias.

El señor Peters ha conseguido aquí un milagro, comparado con el cual la transformación del plomo en oro es un simple juego de niños. Ha conseguido algo que incluso los viejos alquimistas nunca soñaron hacer: ha convertido a los capitalistas en santos. Actividades que hoy son realizadas para el enriquecimiento personal, dice Arno: “tienen que incluirse, en la medida en que la economía las necesite”. Pero si aceptamos que los capitalistas privados son necesarios, entonces debemos dejarles seguir con sus empresas, como hacen actualmente. Y todo el propósito del capitalista privado no es otro que la búsqueda de beneficio. Resulta un tanto embarazoso tener que decir cosas que son obvias para cualquier persona normal.

Pero, como estas cosas no parecen de ninguna manera obvias para Arno y Heinz, no tenemos más remedio que hacerlo.

*La única locomotora de la producción capitalista es el beneficio privado.* Imaginar un sistema económico donde individuos privados continúan controlando y administrando los medios de producción sin el móvil del beneficio es imaginar a Hamlet sin el príncipe de Dinamarca o a la Iglesia Católica sin la Inmaculada Concepción. Si los capitalistas privados aún son necesarios, a esto le sigue, tan lógicamente como el día sigue a la noche, que los beneficios son aún necesarios y, por lo tanto, que la extracción de plusvalía es aún necesaria y la explotación también lo es, y el mercado también es necesario.

Los capitalistas de Arno Peters son, por supuesto, *individuos*, y, como cualquier otro en la economía de equivalencia, persiguen su actividad individual. Pero en el mercado se encuentran con otros muchos capitalistas que hacen justo lo mismo. La competencia entre estos capitales individuales es lo que hace aparecer la anarquía de la producción capitalista, volviendo imposible totalmente la planificación y provocando crisis periódicas de sobreproducción, desempleo y cierres de fábricas, y todas las demás cosas que se supone están prohibidas en el paraíso socialista de Arno Peters, pero que ahora reaparecen como parte integral y necesaria de la economía de equivalencia. Ahora vemos muy claramente que, con el pretexto de eliminar las relaciones económicas capitalistas, esta teoría (si podemos darle tal nombre) simplemente las reproduce de una forma diferente (y absolutamente fantástica).

La primera pregunta que necesitamos responder es: *¿por qué son necesarios los capitalistas privados?* En la época de Marx los propietarios de las fábricas jugaban un papel directo en la producción, como administradores de sus propias fábricas. Pero dejó de ser así hace mucho tiempo. Los propietarios modernos de la industria no juegan en absoluto ningún papel en la producción, más que proporcionar el capital para la inversión y lo hacen exclusivamente para conseguir beneficios del trabajo no pagado a la clase obrera. Las fábricas propiedad de Ford no podrían funcionar ni un solo minuto sin los trabajadores, pero la misma fábrica podría funcionar muy bien si Henry Ford y todos los demás capitalistas desaparecieran de la faz de la tierra.

¿Pero quizá Peters no se refiere a los capitalistas sino a los *mánagers*? No, es bastante explícito en este punto, hace referencia especí-

fica a los *propietarios de la industria*. En una economía socialista habría un papel para los administradores e ingenieros, que podrían jugar un papel importante, participando junto con los trabajadores en la elaboración del plan de producción y poniéndolo en práctica de la manera más eficiente posible. En palabras de Marx, tendrían derecho a los “salarios de superintendencia”. *Pero ningún papel en absoluto para los propietarios privados de la industria*. Desde el principio los medios de producción, la tierra, los bancos, las instituciones financieras y los grandes monopolios estarían en manos del Estado, y el Estado estaría en manos de los trabajadores.

Peters silenciosamente introduce la idea de que bajo el socialismo los medios de producción podrían permanecer en manos privadas. Esta situación es una burla de la idea misma del socialismo. ¿Por qué insiste en esta idea absurda de “socialismo capitalista”? Porque no le gustan los conflictos y se da cuenta de que los capitalistas no permanecerán con los brazos cruzados mientras los trabajadores les arrebatan su poder y sus privilegios. Desea calmar los nervios de la clase dominante y al mismo tiempo canta nanas a los trabajadores sobre lo bonito que es la colaboración de clase y una sociedad maravillosa, en la cual los capitalistas voluntariamente renunciarán a sus beneficios y trabajarán por el bien común de los “salarios de equivalencia”.

Al final todo se reduce a un truco barato de prestidigitación, por medio del cual se mantienen todas las relaciones económicas básicas del capitalismo, pero que supuestamente se han transformado en algo menos desagradable. De este modo, el comercio se “limita a la distribución de mercancías, su transporte y almacenaje; estas actividades, como parte necesaria de la división del trabajo, se convierten en una parte del valor y deben ser remuneradas como cualquier otro trabajo: de acuerdo con el tiempo trabajado”. Esta situación sería correcta en una economía socialista planificada, donde el Estado se hiciera cargo de todas las tareas de distribución, transporte, etc.

Una de las primeras tareas sería nacionalizar los ferrocarriles y todas las demás formas de transporte por tierra, mar y aire. Esto permitiría la introducción de un sistema integrado de transporte, que funcionase no para el beneficio privado, sino en beneficio de la sociedad. Nos permitiría resolver el problema de las carreteras y centros urbanos congestionados, algo que ningún gobierno capitalista en el mundo ha sido capaz de hacer, a pesar de todas las pala-

bras sobre la política “ecologista”. La introducción del transporte público gratuito en las ciudades haría posible prohibir la circulación de los automóviles privados en las ciudades. La locura de pesados camiones articulados propiedad de empresas privadas atascando las carreteras se podría evitar transportando la mayoría de las mercancías por ferrocarril y mejorando el sistema ferroviario para poder llevar a más pasajeros y aliviar así la presión de las carreteras y autopistas congestionadas. Pero la condición previa es la eliminación de la propiedad privada. Eso es precisamente lo que Peters y Dieterich no quieren.

### CÓMO HACER DESAPARECER LOS BENEFICIOS

Arno Peters es muy claro en esta cuestión: no sólo el transporte, sino también la industria permanecerán en manos privadas. “*Normas similares deben aplicarse a los dueños de empresas que no pertenecen al comercio, sino a la producción.* Después de que desaparezca su ganancia, su actividad empresarial –que como cualquier otro trabajo, forma parte proporcional de los bienes– debe pagarse de manera equivalente [...]”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p. 101.) Esto es bastante típico del método de Peters-Dieterich. Primero dan por supuesto lo que hay que demostrar y después se expresan en términos categóricos que no admiten ninguna contradicción. Aquí tenemos un ejemplo clásico:

*Primer paso:* Se nos informa que el socialismo se puede conseguir mientras se mantiene la propiedad privada de los medios de producción.

*Segundo paso:* Se nos informa que los “beneficios han desaparecido”, aunque precisamente cuándo y cómo esto ha ocurrido no se explica.

*Tercer paso:* Se nos informa que a partir de ahora los capitalistas estarán dispuestos a trabajar por salarios de equivalencia, como todas las demás personas en el socialismo del siglo XXI. ¿Por qué? *Porque lo deben hacer.* ¿Por qué deben hacerlo? Porque lo dice Arno Peters.

La palabra “debe” implica un grado de coacción. Se debe hacer algo porque estoy obligado a hacerlo. La coacción puede ser física o

moral; puede venir de compulsiones externas (amenaza de prisión, multas, etc.) o de aceptar un cierto código moral, como, digamos, los Mandamientos de la Ley de Dios (no robarás, etc.).

Nos parece bastante posible que cuando los defensores del siglo XXI informen de manera solemne a Bill Gates de que los beneficios han desaparecido y que, por tanto, sólo debe recibir los salarios de equivalencia, él podría albergar algunas pequeñas dudas sobre este asunto. Podría decir, por ejemplo, “he invertido miles de millones de dólares en mis fábricas, en maquinaria e investigación científica y ahora me pedís que reciba en compensación una miseria con la que apenas puedo pagar una propina en un restaurante decente. ¿Por qué debería yo aceptar una oferta tan amable?” A lo que Arno y Heinz responderían: *porque debes hacerlo*.

Utilicemos un poco la imaginación para recrear lo que sería la conversación entre Bill Gates y Heinz Dieterich:

Dieterich: Buenos días, señor Gates, muchísimas gracias por dedicar un momento de su valioso tiempo para recibirme.

Bill Gates: Encantado, señor Dieterich. ¿En qué puedo ayudarle?

D: Vengo a informarle de que han desaparecido sus beneficios.

BG: ¿De verdad? No me había dado cuenta. Llamaré a mi contable y le preguntaré dónde han ido a parar.

D: No, no, señor Gates, no lo entiende. No han desaparecido exactamente, sólo que ya no los verá más.

BG: ¿Y eso?

D: Porque estamos construyendo el socialismo del siglo XXI y, por tanto, sólo debe recibir un salario de equivalencia.

BG: ¿Y cuánto sería eso?

H: Es la cantidad exacta de trabajo que usted ha gastado en la producción de mercancías, ni más ni menos.

BG: Pero no creo que yo solito haya producido ninguna mercancía últimamente.

D: No se preocupe, señor Gates, nosotros, los teóricos de la economía equivalente, ya hemos pensado en eso, y, como sus servicios son necesarios para la sociedad, consideraremos su trabajo como equivalente al de cualquier otro individuo.

BG: ¡Es extremadamente amable por su parte! Pero me gustaría saber exactamente cuánto recibiría por mis servicios necesarios.

H: Deberíamos hacer algunos cálculos difíciles. ¿Tiene usted a mano una calculadora?

BG: No, me aburre la tecnología complicada.

D: Bien, tendremos que hacerlo sin ella. ¿Cuánto tiempo dedica a trabajar?

BG: Es difícil de decir. Usted ve que tengo una tremenda cantidad de personas inteligentes que hacen el trabajo por mí.

D: ¿Quizá usted dedique un poco de tiempo a la administración?

BG: No, tengo administradores de sobra.

D: ¿Qué pasa con el ángulo de la ciencia y la tecnología?

BG: También tengo muchos científicos y técnicos capacitados.

D: ¡Pero usted llevará todo el control!

BG: ¿Está bromeando? Una empresa como Microsoft es demasiado grande para que un solo hombre la controle, incluso uno tan inteligente como yo.

D: ¡Pero usted debe hacer algún trabajo!

BG: ¡Oh, sí! De manera ocasional voy al despacho para ver cómo van las cosas.

D: ¡Por fin! ¿Cuántas horas le lleva eso?

BG: ¿Perdón?

D (Irritado): ¿Con qué frecuencia va usted a la oficina?

BG: Es difícil de decir. Verá... dedico la mitad del año a asuntos importantes.

D: ¿Qué negocios son esos?

BG: Montar a caballo en mi rancho de Texas, cazar y pescar en Escocia, hacer submarinismo en el Caribe, jugar en los casinos de Las Vegas, asistir a la ópera en La Scala de Milán... ese tipo de cosas. Realmente es una agenda agotadora.

D: Pero eso no es trabajo. Eso es lo que nosotros llamamos vivir la vida. ¡No pagamos por eso!

BG: ¡Qué pena! De todas formas, debe admitir que entraña grandes riesgos. ¡Seguro que debería ser recompensado por eso!

D: ¿Pero qué tipo de riesgos, cuando Microsoft tiene al monopolio virtual del negocio global de ordenadores?

BG: Bueno, estoy tomando el gran riesgo de que algún día pudiera perder mi monopolio.

D: Eso parece poco probable. Pero, ¡seguro que debe haber algún tipo de trabajo que haga usted!

BG: Creo que voy a la oficina unas cuantas horas a la semana cuando estoy en la ciudad. Supongo que podría decir que inspiro con mi presencia a la fuerza laboral. ¿Eso cuánto vale?

D: Unos cien dólares al mes.

BG (Después de una pausa): No es mucho, ¿no?

D: Es la tasa del salario equivalente. Todo el mundo la tiene.

BG: Bien, si no le importa, señor Peters, pasaré de ello.

D: No puede hacerlo.

BG: ¿Por qué?

D: Porque va en contra de todos los principios del socialismo del siglo XXI.

BG: ¡Mala suerte!

D: Bien, entonces, porque las *mayorías* dicen que debe hacerlo.

BG: Y yo digo: “¡váyase al cuerno!” ¿No soy el propietario de Microsoft?

D: Sí lo es, señor Gates. Nadie puede tocar su propiedad. Va estrictamente en contra de los principios del siglo XXI.

BG: ¡Muy bien! En ese caso, salga de mi oficina.

D: No puede ir en contra de los deseos de las mayorías. La marea de la Historia va en su contra...

BG (Echándole) Las mayorías pueden hacer lo que quieran, pero yo haré lo que quiera yo. Cerraré mis fábricas y echaré a todos los trabajadores a la calle antes que renunciar a mi sagrado derecho a conseguir beneficio del trabajo honesto, y usted se puede ir al infierno”.

Probablemente esta es una reconstrucción bastante acertada del contenido de una conversación imaginaria, excepto que Bill Gates, sin duda, se expresaría con un lenguaje más contundente. La lucha de clases es en esencia la lucha por la división de la plusvalía creada por la clase obrera. Esta lucha continúa de modo ininterrumpido, en ocasiones abierta, en ocasiones encubierta. Los intereses del trabajo asalariado y el capital son incompatibles. A pesar de toda la indignación moral, Dieterich cree que es posible reconciliarlos. Cree que el cordero puede descansar junto al león y que el tigre en lugar de carne comerá ensaladas, que los capitalistas pueden renunciar a los beneficios y aceptar con una sonrisa los “salarios de equivalencia”, *en otras palabras, cree que es posible cuadrar el círculo.*

En el *Hamlet* de Shakespeare, el viejo Polonio dice: “Aunque eso es locura, hay método en ella”. Y aquí ocurre lo mismo. Si acep-

tamos que todo es una cuestión moral, que los trabajadores son estafados por los empresarios, entonces lo que hace falta es convencer a los empresarios para que se comporten como Dios manda y dejen de robar, y después todo irá bien. Tarde o temprano veremos la luz y nos precipitaremos a abrazar los gozos del socialismo del siglo XXI. Después de todo, Dieterich asegura que los empresarios pueden mantener las fábricas, los terratenientes pueden mantener las tierras, los banqueros, los bancos, y los obreros y campesinos pueden mantener también lo que tengan.

Podría, por supuesto, costar un poco de tiempo convencer a los ricos de la superioridad moral del socialismo del siglo XXI, pero, después de todo, aún tenemos casi otros 92 años por delante. Y si para entonces no hemos tenido éxito, sin duda surgirá algún nuevo Heinz Dieterich que anunciará una nueva teoría del socialismo del siglo XXI, que transformará el mundo, si aún hay mundo que transformar.

### CÓMO NO HACER UNA REVOLUCIÓN

Que el planeta está en peligro es evidente para todos excepto para la mayoría de miopes reaccionarios. El medioambiente es destruido sistemáticamente por las llamadas fuerzas del mercado. Las gigantes empresas transnacionales hacen estragos y saquean al Tercer Mundo, fomentando la destrucción de la selva amazónica, contaminando ríos y mares, mermando los bancos de peces, y envenenando el Antártico. La supervivencia futura de la humanidad está amenazada. Pero la única manera de evitar el desastre para futuras generaciones es abordando el problema de raíz: eliminando el capitalismo e instituyendo una economía socialista planificada mundial. ¿Cómo resolverían el problema los fundadores del socialismo del siglo XXI?

“El suelo y los recursos naturales se convertirían en propiedad común, tal como fue el caso durante la mayor parte de la época de la economía local equivalente. Pero no como en aquel entonces, cuando estaban disponibles ilimitadamente para todo el mundo, como el aire y el agua, sino como un bien valioso controlado por el Estado, cuya conservación y utilización debe tener prioridad para toda la humanidad ante cualquier interés particular”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p. 101-102.)

Muy cautelosamente, Arno Peters *insinúa* (sólo insinúa) la nacionalización, una palabra que evita como el demonio el agua bendita. En su lugar, la tierra y los recursos naturales misteriosamente “*se convierten en propiedad común*”. Pero ¿cómo ocurre? Presumiblemente, los propietarios de las grandes haciendas tendrán algo que decir sobre el tema, como los propietarios de las grandes empresas mineras, que consiguen jugosos beneficios explotando los recursos naturales de todo el globo terráqueo. Lucharán contra esto, como están haciendo ahora en Venezuela.

Si vamos a triunfar, hay que superar esta resistencia. No se puede conseguir nada predicando a los terratenientes y capitalistas las virtudes de la equivalencia. Sólo se puede hacer expropiando a la oligarquía por medios revolucionarios. Pero esta idea es rechazada enérgicamente por Peters, cuya principal obsesión es precisamente *evitar la revolución*. Peters es bastante claro sobre esta cuestión como veremos a continuación:

“Más difícil es, regular el trabajo materializado o acumulado. Al socializarse los medios de producción, este porcentaje del valor que forma parte de cualquier nuevo bien, favorecería a la comunidad representada por el Estado, la cual también está obligada a renovar y modernizar los medios de producción. Si se mantuviera la propiedad privada en los medios de producción, el porcentaje del valor que resulte del trabajo materializado y que se integraría en los bienes, podría seguir siendo parte de los ingresos del empresario. Combinados con la obligación de una completa reinversión, aquí podrían conservarse algunos elementos estructurales de la economía no-equivalente en la transición a la economía equivalente”. (Ibíd., p. 101).

A estas alturas, Arno está en plena retirada. Después de haber deducido del “valor total del trabajo” todos los costes de escuelas, hospitales, jueces y abogados, y haber deducido además los costes de la jerarquía estatal, militar y la fuerza policial, ahora cerramos el círculo y deducimos los *beneficios de los capitalistas* (que, como recordarán, se supone han desaparecido), pero sólo con la condición estricta de que sean destinados a la “reversión total”. De esta manera, el beneficio, que Arno Peters hace desaparecer del reino del siglo XXI por la puerta principal, bruscamente se abre paso por la puerta de atrás.

En el periodo de transición que, se nos asegura, finalmente nos llevará al paraíso de la equivalencia, a los capitalistas se les permitirá mantener sus beneficios (que, después de haber *desaparecido* misteriosamente, ahora igual de *misteriosamente reaparecen*), pero sólo a condición de que inmediatamente se reinviertan. ¡Un momento! *Si los capitalistas poseen los medios de producción ¿quién les ordena reinvertir?* Las decisiones de invertir o no, cuánto y cuándo invertir, son competencia total de los propietarios de las empresas en cuestión. Lo harán sólo sobre la base del ya conocido funcionamiento de la economía capitalista, es decir, *el beneficio*.

Capitalistas como Bill Gates invierten grandes sumas que podrían ascender a miles de millones de dólares. El Estado y el gobierno no tienen un control real de estas actividades, porque no puedes controlar lo que no tienes. Todos los intentos de regular el capitalismo (porque de eso es de lo que realmente están hablando Peters y Dieterich) han llevado al fracaso. Si el Estado acepta las relaciones capitalistas de propiedad y después actúa de una manera que no gusta a los propietarios de la industria, estos últimos dejarán de invertir, o se irán al extranjero. Cerrarán sus fábricas, como si fueran cajas de cerillas, echando a miles de trabajadores a la calle.

Toda la Historia demuestra este hecho, incluida la reciente Historia de Venezuela, donde los capitalistas han estado organizando una huelga de capital durante años para desestabilizar al gobierno de Hugo Chávez. En su favor hay que decir que Chávez se ha resistido a los capitalistas y respondido nacionalizando partes de la economía venezolana. Es del dominio público que Heinz Dieterich no es un entusiasta de las nacionalizaciones y que ha hecho todo lo que ha podido para disuadir al presidente Chávez de no “ir demasiado lejos” y de no “provocar a la contrarrevolución”.

Quizá está esperando que los empresarios venezolanos lean sus libros y se convenzan de que es buena idea abstenerse del enriquecimiento personal, aceptar los “salarios de equivalencia” e invertir todos sus beneficios en la revolución bolivariana. La idea es tan absurda que haría reír incluso a Pedro Carmona. Pero los altos sacerdotes del socialismo del siglo XXI se lo toman muy en serio. Son las únicas personas del mundo que lo hacen.

## UNA UTOPIA PEQUEÑO BURGUESA

Ya hemos señalado que la teoría marxista del valor del trabajo no hace referencia al valor del trabajo de un obrero individual sino al trabajo medio socialmente necesario, trabajo humano en abstracto. Nunca será posible calcular el valor de las mercancías individuales producidas por un trabajador particular, a menos que hagamos referencia al zapatero medieval o al pequeño campesino propietario individual en su pedazo de huerta. Y este es realmente el tipo de trabajo en el que piensan Heinz y Arno, no en el tipo de producción que encontramos en las modernas grandes empresas capitalistas a gran escala, como Ford o IBM, sino en *empresas a pequeña escala*, es decir, el tipo de unidades productivas que eran comunes en los primeros días del capitalismo cuando éste aún estaba en la fase embrionaria de su desarrollo.

Aquí vemos la mentalidad esencialmente pequeño burguesa que subyace en todo este pensamiento utópico. El pequeño burgués idealiza la pequeña empresa, el tipo de empresa característica de la clase de pequeños propietarios. El pequeño burgués tiene una profunda aversión a las grandes empresas capitalistas, que le empujan a la bancarrota. Maldice a los grandes bancos y monopolios, pero al mismo tiempo teme perder su posición “privilegiada” y ser arrojado a las filas de la clase obrera; desea a toda costa mantener lo que él considera su estatus superior como poseedor de propiedad. Esta situación crea una psicología contradictoria. La clase media vacila constantemente entre la burguesía y el proletariado.

La posición confusa, ambigua y contradictoria de Dieterich y Peters es absolutamente típica de esta clase. Odian y temen a los grandes capitalistas e imperialistas, y despotrican contra ellos. Al mismo tiempo, son orgánicamente incapaces de situarse en el campo del proletariado, al que miran por encima del hombro y del que desconfían. Constantemente pregonan la paz social y el “camino intermedio”. Predican humanidad y democracia a los capitalistas, les hacen llamamientos para que sean razonables y den sus beneficios a cambio de los “salarios de equivalencia”. Al mismo tiempo, piden a los trabajadores que no vayan “demasiado lejos”, que sean pacientes, que respeten la propiedad privada, y otras por el estilo. En otras palabras, a pesar del sonido radical de sus frases, actúan como vulgares reformistas.

Aunque se consideran los mayores realistas, la verdad es que son el peor tipo de utópicos. Sus peticiones a la burguesía no tienen absolutamente ningún efecto y, en cambio, sí tienen algún efecto en la clase obrera, o, más bien, en sectores de la dirección, que sirven para desorientar y paralizar el movimiento. Aunque sus intenciones subjetivas podrían ser las mejores posibles, lo que hacen es jugar un papel totalmente reaccionario.

### CONCENTRACIÓN DE CAPITAL

*El Manifiesto Comunista*, escrito en 1848, es un documento excepcionalmente moderno. Predijo con mucha anticipación el proceso inevitable de concentración de capital, la concentración inexorable de riqueza obscena en un lado y pobreza extrema en el otro. Los economistas burgueses han intentado argumentar que Marx estaba equivocado cuando pronosticó la concentración de capital y que el futuro no son las pequeñas empresas. Durante décadas los sociólogos burgueses intentaron desacreditar estas afirmaciones y “demostrar” que la sociedad cada vez era más igualitaria y que, consiguientemente, la lucha de clases estaba tan pasada de moda como el telar manual y el arado de madera. La clase obrera había desaparecido, decían, y ahora todos somos clase media. En cuanto a la concentración de capital, el futuro era de las pequeñas empresas y lo “pequeño es bello”.

Hoy, sólo los ingenuos irremediables pueden creer esta estupidez. Todas las estadísticas confirman el hecho de que la concentración de capital ha alcanzado niveles inimaginables para Marx. En realidad, la marcha del capitalismo hace mucho tiempo que le quitó el terreno a la pequeña burguesía y a sus representantes políticos. Resulta irónico que, precisamente en esta época, cuando toda la economía mundial está dominada por las grandes multinacionales, los apolo-gistas del capital intenten demostrar que el futuro está en la pequeña empresa. Estas ilusiones son como los sueños de un libertino viejo y decrepito que intenta olvidar sus achaques actuales recordando el vigor de su juventud. Sin embargo, la fase juvenil del capitalismo está más allá del recuerdo.

Marx explica cómo la libre competencia inevitablemente engendra monopolio. En la lucha entre el gran capital y el pequeño, los resultados siempre son los mismos: “Siempre termina con la ruina

de muchos capitalistas menores, cuyos capitales pasan en parte a manos del vencedor, y en parte desaparecen”. (Carlos Marx. *El Capital*. Vol. 1. Tomo III. Madrid. Editorial Akal. 1978 p. 88) Hoy, los monopolios y las multinacionales, con su gran poder, ejercen un dominio completo del mundo. Con el acceso a asombrosas sumas de dinero, sus economías a gran escala, su capacidad para manipular los precios de las mercancías e, incluso, su poder para determinar la política de los gobiernos, son los verdaderos amos del planeta.

La brillantez del método de Marx se ve precisamente en el hecho de que fue capaz de predecir la tendencia inevitable hacia la monopolización cuando la libre competencia todavía era la norma. Hoy en día, a pesar de las tonterías demagógicas de publicaciones como *The Economist* con el lema de que lo “pequeño es bello”, no hay ninguna posibilidad de revertir esta tendencia histórica general. Más bien lo contrario. Durante las últimas décadas se ha desarrollado una tendencia sin precedentes hacia la concentración de capital. La amplia tendencia histórica hacia la concentración del capital es absolutamente incontrovertible. La situación con relación a Alemania, Gran Bretaña, Francia y todos los demás países del capitalismo no es diferente.

En el periodo de ascenso capitalista, la burguesía jugó un papel progresista en el desarrollo de las fuerzas productivas, invirtiendo en la industria, la ciencia y la tecnología. En la época de declive capitalista vemos aparecer una imagen muy diferente. La actividad e inversión especulativas en el parasitario sector de los servicios está desplazando a la inversión en la actividad productiva como fuente de beneficio. Cuando se amasan grandes fortunas con la sola llamada telefónica de un especulador monetario, ¿para qué molestarse en arriesgar el capital en maquinaria costosa que puede que nunca genere beneficios? La especulación en la bolsa ha alcanzado proporciones epidémicas. Cientos de miles de millones de dólares cada año en EEUU van a adquisiciones financieras especulativas, mientras que se cierran continuamente fábricas.

Toda la economía mundial ahora está dominada por no más de 200 empresas gigantescas, la gran mayoría con sede en EEUU. El proceso de monopolización ha alcanzado proporciones sin precedentes. En el primer trimestre de 2006, las fusiones y adquisiciones en EEUU alcanzaron los 10.000 millones de dólares al día. Esta actividad febril no significa un desarrollo real de las fuerzas productivas,

sino lo contrario. Y el ritmo de la monopolización no disminuye, sino que aumenta. En noviembre de 2006, el valor de las fusiones y adquisiciones en EEUU alcanzó la cifra récord de 75.000 millones de dólares, ¡en sólo 24 horas! Las adquisiciones son un tipo de canibalismo corporativo al que inevitablemente siguen acaparamientos de los activos con vistas a venderlos, cierres de fábricas y despidos, es decir, la destrucción en masa y desenfrenada de los medios de producción y el sacrificio de miles de empleos en el altar del beneficio.

Al lado de la más espantosa miseria y sufrimiento humano existe una orgía de riqueza obscena y ostentosa. En el mundo hay 945.000 multimillonarios con una riqueza total de 3,5 billones de dólares. Muchos son ciudadanos de EEUU. Bill Gates tiene una fortuna personal estimada en, aproximadamente, 56.000 millones de dólares. Warren Buffet no le queda muy a la zaga con 52.000 millones de dólares. Ahora ellos se jactan de que esta riqueza indecorosa se extiende a las naciones pobres. Entre los superricos hay 13 chinos, 14 indios y 19 rusos.

¡Y no debemos olvidarnos de América Latina! El hombre más rico del mundo es un ciudadano de la patria grande. El mexicano Carlos Slim es ahora más rico que Bill Gates. Sin embargo, millones de mexicanos viven en condiciones de pobreza espantosa. La misma historia se puede decir de cada uno de los otros países de América Latina.

Los oligarcas, los terratenientes, los banqueros y los capitalistas, se han enriquecido, mientras la mayoría vive en la pobreza, y a menudo en la línea fronteriza de la absoluta miseria. La polarización entre ricos y pobres nunca ha sido tan extrema como en la actualidad. Es imposible salvar este abismo que separa a las clases. La única solución es romper el dominio económico de la oligarquía, y esto sólo puede ser conseguido por los obreros y los campesinos, apropiando a los terratenientes, banqueros y capitalistas por medios revolucionarios.

## ANARQUÍA DEL CAPITALISMO

En el tercer tomo de *El Capital*, Marx explica el precio de la producción de mercancías. Señala que el capitalista sólo consigue el coste de producción de su mercancía más la tasa media de beneficio. Algunos capitalistas recibirán por debajo de la tasa real, otros por

encima, debido a la diferente composición orgánica de los distintos capitales, que se revela a través de la competencia. Los monopolios pueden arrancar un precio superior al valor de las mercancías, pero sólo por otras mercancías que se venden por debajo de su valor. Los valores totales producidos por la sociedad aún valdrían lo mismo.

En el mercado mundial, miles de millones de mercancías se intercambian cada día. Los precios de las mercancías suben y bajan de una manera totalmente anárquica, de acuerdo con el juego ciego de las fuerzas del mercado. La ley del valor, en última instancia, regula la oferta y la demanda, pero no de una manera automática. El mecanismo del mercado es un fenómeno muy complejo y contradictorio. Los precios fluctúan constantemente por encima o por debajo del valor de las mercancías, pero tarde o temprano la teoría del valor del trabajo se impondrá. La manifestación más notable de este proceso son las crisis de sobreproducción.

Ésta es la contradicción central del capitalismo. Dentro de una empresa capitalista hay un plan. Ford e IBM no dejan sus planes de inversión o la dirección de sus fábricas al azar. Utilizan los métodos científicos más modernos para planificar cada aspecto de sus operaciones, hasta el más pequeño de los detalles. Ingenieros y científicos preparados miden cada aspecto del trabajo para maximizar la productividad del trabajo, mantienen inventarios precisos y analizan cuidadosamente las tendencias del mercado. Ejércitos de científicos, técnicos y economistas son movilizados.

Las ventajas de este plan de producción inmediatamente son evidentes en las mejoras constantes de la técnica y el aumento de la productividad del trabajo. Ésta es la base de todo el progreso humano. En realidad, la principal fuerza motriz del avance de la civilización en última instancia se puede reducir a la lucha por el aumento de la productividad del trabajo, economizar tiempo de trabajo. Nunca en toda la Historia ha estado a nuestra disposición una capacidad productiva tan masiva. En una sociedad racional sería utilizada para el bienestar de toda la sociedad, satisfacer todas las necesidades humanas, reducir las horas de trabajo y elevar el nivel cultural de la sociedad.

Sin embargo, bajo el capitalismo la producción no pretende satisfacer las necesidades de la sociedad sino sólo maximizar beneficios mediante la extracción de plusvalía. Mientras los medios de producción permanezcan en manos privadas, esta situación continuará. En lugar de ser un medio para mejorar la condición humana, todo

avance en la producción y la técnica es un paso hacia una mayor esclavización de los trabajadores y hacia un mayor enriquecimiento de los capitalistas.

Además, el elemento de la planificación racional está limitado a la empresa. Una vez las mercancías abandonan la fábrica, entran en otro mundo: un mundo de anarquía total, el mundo de la economía de mercado. Este proceso es despilfarrador y destructivo en extremo. El destino de millones de hombres y mujeres está determinado por el juego ciego de las fuerzas de mercado, que deciden si ellos trabajarán o no, si tendrán pan para alimentar a sus hijos o un techo sobre sus cabezas.

Los apologistas del capitalismo dicen que el libre mercado es la manera más eficiente de distribuir los recursos, el capital y el trabajo. Hacen referencia a la mano invisible del mercado, que a largo plazo corregirá todos los desequilibrios y resolverá todos nuestros problemas. A esta idea el economista inglés Keynes respondió que, a largo plazo, todos estaríamos muertos. Más recientemente, George Soros, el inversor húngaro-norteamericano, comparó las fuerzas del mercado con una bola destructora para derrumbar edificios viejos. Era una comparación adecuada.

La única manera de cambiar esta situación y disfrutar de los beneficios de la planificación para toda la sociedad es nacionalizar los medios de producción. Sin dar este paso, todas las palabras sobre socialismo son sólo demagogia vacía y un engaño. ¿Por qué los socialistas insisten en la nacionalización de la economía? Porque ésta es la única manera de acabar con la anarquía del mercado e introducir una economía socialista planificada. A menos que tomemos esta medida, todas las palancas del poder económico seguirán en manos de los capitalistas. Sea cual fuera el partido que gobierne o el líder que se siente en el palacio presidencial, todas las decisiones más importantes, que afecten a la vida de las masas, se tomarán en otras partes, por un grupo pequeño no elegido de ricos, por los consejos de administración de los bancos y de las grandes empresas.

Hemos señalado que la planificación ya existe dentro de la empresa capitalista. Convirtiendo los instrumentos de producción en la propiedad común de toda la sociedad, llegaremos a una situación donde el conjunto de la economía funcionará como una sola empresa con diferentes departamentos, en lugar de una serie de productores independientes compitiendo entre sí.

## LA NECESIDAD DE UN PLAN SOCIALISTA

El sistema capitalista, entonces, es un sistema anárquico. No se puede planificar. El financiero George Soros hace unos años escribió un libro en el que describía con gran detalle la naturaleza anárquica de los mercados financieros internacionales, pero después pasó a defender (un poco como Attac) medidas para *regular* los mercados financieros internacionales, lo cual era una broma de mal gusto. Ni que decir que no tuvo el más mínimo efecto sobre los mercados financieros internacionales o sobre cualquier otro.

Para resolver problemas como el desempleo o la falta de viviendas y escuelas, es necesario que el gobierno introduzca la planificación económica, elaborar un plan económico basado en las necesidades de la mayoría, no para el beneficio de la minoría. Pero no puedes planificar lo que no controlas y no puedes controlar lo que no tienes. Esto puede verse en el problema de la vivienda. En todas las grandes ciudades del mundo hay muchas casas privadas sin ocupar, mientras que el problema de la vivienda se ha convertido en un azote moderno, incluso en los países capitalistas más desarrollados. Junto al desempleo, la falta de vivienda y la mala vivienda subsisten una epidemia de delincuencia, abuso de las drogas y alcoholismo, que amenazan con desmoralizar a toda una generación de jóvenes. ¿Cómo proponen Peters y Dieterich resolverlo?

“Para poder asegurar el derecho a la vivienda y habitación para todos los hombres, la comunidad que está organizada en el Estado, tiene que ordenar el uso del suelo y de los inmuebles conforme a las necesidades generales. Todas las actividades públicas que no crean valores (como la educación, la atención médica, la previsión para el retiro, la jurisprudencia, la administración) podrían pagarse mediante los impuestos conforme al tiempo laborado”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, p. 102.)

En primer lugar debemos observar que este Estado de Arno Peters no es algo para los pusilánimes. Tiene dientes. No pide: *ordena y manda*. Pero, ¿quién ordena y con qué propósito? Acaba de decir que el suelo se ha convertido en propiedad común y que está bajo el control del Estado. ¿Acaso el Estado tiene que darse órdenes a sí

mismo? La frase no tiene sentido lógico, *a menos que la idea sea subarrendar la tierra a los propietarios privados*. Con relación a los edificios, la cuestión está mucho más clara: ya que no menciona que la construcción se convierta en propiedad común, debemos suponer que, junto a los capitalistas privados (y sus beneficios), el casero privado (y su alquiler), también existirán en la economía de equivalencia, de ahí la orden perentoria de que los edificios sean utilizados “de acuerdo con las necesidades generales”.

De la misma forma que es imposible para el Estado controlar las decisiones de inversión de las empresas privadas, toda la experiencia demuestra que es muy difícil conseguir que los caseros privados actúen de una manera socialmente responsable. A menudo imponen exorbitantes alquileres y maltratan a los inquilinos. Si el Estado actúa para reducir los alquileres, los caseros desahuciarán a los inquilinos y dejarán sus propiedades sin ocupar.

La *Biblia* dice: “Los zorros tienen madrigueras y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”. El derecho a una vivienda decente debería ser un derecho humano básico, junto con el derecho al trabajo, a un salario digno, buena educación y cuidado sanitario. Pero hoy en ningún país capitalista estas cosas están garantizadas. En un país como Gran Bretaña el coste de la vivienda significa que nadie, excepto los muy ricos, puede contemplar la idea de comprarse una casa. Pero los alquileres en el sector privado son tan elevados que normalmente se llevan la mitad o más de los ingresos de una persona. La escandalosa especulación de los años recientes ha traído consigo un aumento del precio de la vivienda a niveles no conocidos, así que la mayoría de los jóvenes no pueden ya contemplar la idea de tener una vivienda en propiedad, mientras que la vivienda pública barata se ha convertido en un sueño del pasado. Incluso la clase media que puede comprarse una casa, lo hace por el pago de grandes sumas de dinero a los bancos y otras instituciones financieras. Esta forma moderna de usura se lleva más de la mitad de las ganancias de una pareja, incluso aunque ambos tengan empleos bien pagados.

En todos los países hay un problema serio de vivienda. El problema es particularmente grave en Venezuela. Millones de familias viven en casuchas, chabolas o viviendas no aptas para ser habitadas por seres humanos. Otros están a merced de los caseros privados, que vergonzosamente explotan la escasez de vivienda disponible

para cobrar exorbitantes alquileres, aumentando la pobreza de los más pobres y de los sectores más vulnerables de la sociedad.

Problemas serios exigen remedios serios. Después de la Revolución de Octubre en Rusia, los bolcheviques expropiaron todas las viviendas vacías o infraocupadas, además de los palacios de los ricos y la propiedad de la Iglesia, y las utilizaron para albergar a los sin techo y proporcionar viviendas socialmente útiles, como clubes juveniles, centros para la tercera edad, clínicas, galerías de arte y museos. La solución real para la cuestión de la vivienda, sin embargo, es la nacionalización de la tierra, los bancos, las financieras y las grandes empresas de la construcción. Esto nos permitiría movilizar a los obreros de la construcción desempleados en un programa de construcción de viviendas, que, en el espacio de uno o dos planes quinquenales, construirían suficientes casas para resolver este problema de una vez por todas.

Arno Peters no propone este tipo de medidas. En su paraíso socialista no sólo habrá jueces, generales y capitalistas, sino también *caseros privados*. Pero el todopoderoso Estado “instruirá” a estos últimos para que se comporten adecuadamente, mientras financian todas las operaciones sociales necesarias mediante los impuestos. Como los desafortunados capitalistas no tienen beneficios para los impuestos (sólo reciben salarios de equivalencia), el cobrador de impuestos del siglo XXI, para pagar por esta generosidad, no tendrá otra alternativa que cobrar impuestos a los trabajadores. ¿Y ahora qué queda del “valor total del trabajo”? ¡Absolutamente nada!

Para encubrir esta situación evidentemente embarazosa, Peters recurre a un subterfugio. “Combinados con la obligación de una completa reinversión, aquí podrían conservarse algunos elementos estructurales de la economía no-equivalente en la transición a la economía equivalente”, admite avergonzado. Este ataque repentino de timidez contrasta con los primeros imperativos categóricos y el irrefutable principio de equivalencia. ¿Cuáles son estos “algunos elementos” que permanecerán durante la transición que probablemente se prolongará durante el resto del siglo XXI y varios siglos más? Sólo *la propiedad privada de los medios de producción, los capitalistas, los terratenientes, la renta y el beneficio, los impuestos y el Estado jerárquico*. Describir estos sólo como “algunos elementos” nos recuerda la respuesta de cierta joven que, cuando su padre le exigió saber si ella había tenido un hijo ilegítimo, respondió: “Sí, pero sólo uno pequeño”.

## KEYNESIANISMO Y SOCIALISMO

En una entrevista publicada por *Junge Welt*, que también apareció en el número 21 de *Marxistische Blätter Flugschriften*, Dieterich explica su posición sobre el sistema bancario y la política monetaria:

“Q.: En 2005 Venezuela introdujo un nuevo banco nacional. ¿Cuál es el plan allí?”

Dieterich. — La idea clave implica la modernización del papel del banco central, librarse del monetarismo caduco que ha bloqueado el desarrollo social y económico de Venezuela.

“Básicamente hay dos nociones de lo que debería hacer un banco central. Una es la idea monetarista ortodoxa, que se restringe a la manipulación de la liquidez en un intento de controlar la inflación. Este papel fue abandonado hace años por las naciones más grandes. El prototipo de la nueva interpretación del papel del banco central es el de Alan Greenspan, que por un lado actúa como guardián del valor de la moneda y, por el otro, da un peso igual al desempleo, todo mientras mantiene un ojo en el ciclo comercial.

“El banco central en Venezuela estaba ocupado por personas que se oponían al proyecto bolivariano. Se negaron a aceptar que el gobierno elegido democráticamente tenía el derecho a reestructurar la institución de acuerdo con los nuevos requerimientos. Bloquearon los intentos de utilizar la plusvalía de inversión de capital y bloquearon todo tipo de ayuda productiva del tipo de la que Greenspan o el Banco Central Europeo podrían dar...” (*Weighty Alternatives for Latin America Discussion with Heinz Dieterich*. <http://mrzine.monthlyreview.org/schiefer070206.html>. En la edición inglesa).

Primero debemos observar que no hay aquí ni una sola palabra sobre la nacionalización de los bancos, sin lo cual no se puede plantear una economía planificada socialista en Venezuela. Dieterich da por supuesto que Venezuela continuará funcionando sobre la base de la *propiedad privada de los bancos y el sistema financiero*, y que esto es perfectamente consistente con su versión del socialismo del siglo

XXI, es decir, un sistema económico que funciona sobre la base de la economía de mercado.

Después continúa señalando, correctamente, que el “banco central de Venezuela estaba ocupado por personas que se oponían al proyecto bolivariano” y que estas personas utilizaban su posición para sabotear al gobierno y bloquear su política económica. ¿A qué conclusiones tenemos que llegar? Lógicamente, si los bancos son propiedad privada y están controlados por los enemigos de la revolución, la revolución tiene el derecho a defenderse expropiando a los bancos. Pero al profesor Dieterich no le gustan estas medidas tan radicales. En su lugar, habla sólo de “modernización del papel del banco central”.

¿En qué consiste esta modernización del sistema bancario? Consiste en el abandono de un “*monetarismo caduco* que ha bloqueado el desarrollo social y económico de Venezuela”. Es decir, defiende, no la abolición del capitalismo, sino sólo la sustitución de un modelo económico capitalista a favor de otro modelo capitalista. Dice que hay “básicamente dos nociones de lo que debería hacer un banco central”. ¿Cuáles son estas nociones?

“Una es la visión monetarista ortodoxa, que se limita a la manipulación de la liquidez en un intento de controlar la inflación. Este papel fue abandonado hace años por las naciones más grandes”. (Ibíd.)

No sabemos qué libros de textos sobre economía se leen hoy en día en las universidades de México, pero debemos decir que es el profesor Dieterich, y nadie más, quien *está caduco en cuestiones económicas*. Nos informa someramente de que “la visión monetarista ortodoxa” ha sido abandonada por las “naciones más grandes” hace años. ¿A qué naciones grandes se refiere? Desde luego no se refiere a los Estados Unidos, que es la mayor economía capitalista del mundo. Este país desde hace décadas funciona sobre la base de esta política y no hay síntomas de que vaya a ser abandonada. Tampoco es cierto en el caso de Gran Bretaña, Japón, Alemania, Francia o cualquier otro país miembro de la zona euro.

La realidad es que todas las principales naciones capitalistas siguen políticas económicas similares, que pueden describirse ampliamente como monetaristas. El llamado modelo económico neoliberal se ha impuesto en todas partes, a partir del ignominioso colapso

del modelo keynesiano, basado en déficits presupuestarios, a finales de la década de los años setenta. En todas partes vemos la cara fea del capitalismo, con recortes salariales, liquidación de las reformas, abolición del estado del bienestar y ataques a los niveles de vida.

Nuestro amigo Heinz no aprueba esto. Por otro lado, no quiere proponer nada tan radical como la abolición de la economía de mercado, que es la responsable de esta triste situación. Tiene una propuesta mucho más realista: ¿por qué no regresar a los buenos viejos días del keynesianismo, con déficits presupuestarios y capitalismo controlado? Heinz Dieterich quiere mantener el capitalismo, pero no quiere el actual modelo feo del capitalismo. Quiere el tipo de capitalismo en el cual el sentimiento humanitario y la solidaridad tengan prioridad sobre el sórdido móvil del beneficio. Quiere capitalismo con rostro humano, es decir, pide peras al olmo.

Se queja de que el monetarismo está pasado de moda. Pero los capitalistas y los banqueros no comparten sus opiniones. Ellos aplicaron su modelo keynesiano durante un par de décadas después de 1945 y durante un tiempo parecía funcionar. Los reformistas estaban encantados. El Estado intervenía para “dirigir” el capitalismo, utilizando los fondos del Estado para “enderezar” el ciclo comercial y evitar las recesiones. Esto era una receta acabada para la inflación. Es la explicación de la inflación galopante que se dio a finales de los años setenta y provocó una enorme inestabilidad social y política tanto en Europa como en América Latina, donde la inflación alcanzó en todas partes niveles astronómicos.

### ¿ES EL KEYNESIANISMO LA RESPUESTA?

Los capitalistas no tienen la respuesta al problema del desempleo, que es el resultado inevitable de que el sistema capitalista haya ido más allá de sus propios límites. El crecimiento de las fuerzas productivas ha sobrepasado los estrechos límites de la producción privada y el Estado nacional. He aquí la verdadera razón del fenómeno del desempleo (estructural) orgánico. ¿Tiene Dieterich solución a este problema sobre el que los economistas burgueses se han estrujado el cerebro en vano? ¡Por supuesto!

La respuesta, como cabía esperar, si viene del Nuevo Proyecto Histórico, *es nueva, moderna y original*. Si hay desempleo, el Estado simplemente debe aumentar el déficit presupuestario subvencionan-

do a las empresas que crean empleo. El problema es que esta idea no es nueva ni original. Se llama *política de déficit presupuestario* y hace mucho fue inventada por el economista inglés John Maynard Keynes.

Keynes era un burgués inteligente, que comprendía el peligro de la revolución social después del final de la Primera Guerra Mundial. Defendió algo que entonces sí era una idea totalmente nueva, moderna y original. Esta idea popularmente se expresa de la siguiente manera: si hay obreros desempleados, el Estado debería pagar a un grupo de ellos para que cave una zanja y después pagar a otro grupo para que la llene. Los trabajadores entonces pagarán impuestos, el gobierno recuperará su dinero, se creará demanda que creará más empleo y así sucesivamente en una espiral ascendente.

Esta teoría, aparentemente tan lógica y atractiva, está basada en una suposición errónea, porque el Estado no tiene dinero propio para pagar a nadie para que haga algo. Sólo puede conseguir dinero a través de los impuestos. Aquí tiene dos opciones, impuestos a los ricos o impuestos a los obreros y a la clase media. Si aumenta los impuestos a los capitalistas, reduce los márgenes de beneficio y crea desincentivo para invertir, y de este modo aumenta el desempleo. Si pone impuestos a los trabajadores y clase media, reduce la demanda y crea desempleo. No hay salida a este círculo vicioso.

¿Hay solución? Sí, si la hay. El Estado tiene el monopolio de imprimir pagarés que nosotros llamamos dinero. En el pasado, este papel moneda estaba respaldado por valores reales: reservas de plata y oro. Cada billete de banco contenía una promesa de pagar al portador una determinada suma, basada en el valor de un metal precioso, normalmente una cierta cantidad de plata. A diferencia del papel moneda, que no contiene ningún valor intrínseco, el valor del oro y la plata está determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario empleado en su producción. En los buenos viejos tiempos, antes de la Primera Guerra Mundial, se podía ir a un banco y exigir una moneda de plata a cambio de un billete. El dinero era tan “bueno como el oro”, pero todo eso ha cambiado.

Si un individuo privado imprime billetes en el sótano de su casa, corre el riesgo de ser detenido por falsificación. La ley dice, con mucha razón, que estos billetes no valen nada, porque no hay valores objetivos que los respalden. Pero si el Estado decide aumentar la oferta monetaria, es decir, aumentar la cantidad de papel moneda en circulación, incluso cuando no está respaldado por el oro u otras

mercancías, nadie puede decir nada al respecto. Claro que, al hacerlo, el Estado está cambiando la relación entre la cantidad de papel moneda en circulación y las mercancías que se pueden comprar. El resultado inevitable es la inflación.

La historia de la economía política conoce muchos periodos en que la devaluación de la moneda llevó a un aumento general de los precios. Hace mucho tiempo en Inglaterra, Enrique VIII necesitaba dinero para pagar su flota. Uno de sus asesores le propuso un plan brillante (era el NPH del siglo XVI). Aconsejó al rey retirar todas las monedas de oro en circulación, mezclarlas con cobre y distribuirlas a la población. Tendrían exactamente la misma apariencia que antes y nadie observaría la diferencia.

A Enrique, como era natural, le encantó el consejo de este predecesor de J.M. Keynes y Heinz Dieterich. El plan fue puesto en práctica y dio excelentes resultados. El rey tenía dos veces más dinero que antes. Pero, desgraciadamente, después de unos meses se habían doblado todos los precios en el mercado. El keynesiano del siglo XVI recibió la recompensa que merecía: perdió la cabeza.

### EL KEYNESIANISMO EN ACCIÓN

El llamado modelo keynesiano fue adoptado por la burguesía en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando de nuevo se veía amenazada por la revolución y el “comunismo”. Durante un periodo parecía que daba buenos resultados. El periodo posterior a 1945 vio cómo se desplegaban unos asombrosos fuegos artificiales de las fuerzas productivas. En los países capitalistas industrializados había pleno empleo. Los economistas burgueses, y, en particular los reformistas y socialdemócratas, atribuyeron esto a los resultados milagrosos de la economía keynesiana y el “capitalismo dirigido” (el capitalismo con rostro humano).

En realidad, el auge económico posterior a 1945 no fue el resultado del keynesianismo, que jugó un papel subordinado. Las razones del auge económico de la posguerra fueron explicadas por los marxistas ya en los años cincuenta (ver artículo de Ted Grant: *¿Habrá una recesión?*). Hubo muchos factores diferentes, como la reconstrucción de la posguerra, el descubrimiento de nuevas industrias durante la guerra y hasta cierto punto la mayor implicación del Estado (“capitalismo de Estado”) a través del gasto en armas, la financiación del

déficit, la nacionalización y, sobre todo, la expansión del comercio mundial, que, durante un periodo temporal y parcial, mitigaron la contradicción central de la propiedad privada de los medios de producción.

El factor principal que actuó como fuerza motriz que impulsó la economía mundial fue la expansión sin precedentes del comercio mundial. En el periodo entre 1950 y 1991, el volumen total de las exportaciones mundiales creció veinte veces, mientras que la producción mundial creció seis. Más notable aún es que el volumen de las exportaciones mundiales de manufacturas aumentó veintitrés veces, en parte porque es donde se concentró la liberalización comercial, mientras que la producción crecía ocho veces.

Estas cifras demuestran claramente cómo la rápida expansión del comercio mundial en el periodo de la posguerra actuó como una poderosa fuerza motriz que empujó el crecimiento de la producción. Éste es el secreto del auge capitalista desde 1948 a 1974. Significa que, durante todo un periodo histórico, el capitalismo fue capaz de superar parcialmente su otro problema fundamental, la contradicción entre la estrechez del mercado nacional y la tendencia de los medios de producción a desarrollarse a escala global.

Durante el periodo de auge capitalista de 1948-1974, vimos un impresionante aumento de las fuerzas productivas, estimulado e impulsado por una expansión sin precedentes del comercio mundial. Los capitalistas, sobre todo en Japón, EEUU y Europa Occidental, estaban dispuestos a invertir colosales sumas en expandir las fuerzas productivas a la caza del beneficio. La productividad del trabajo aumentó enormemente como resultado de una revolución constante de los medios de producción. Se crearon nuevas ramas de producción: plásticos, energía atómica, informática, transistores, láser, robots, etc.

Desde un punto de vista marxista, fue un proceso históricamente progresista, que ayudó a crear las bases materiales para una sociedad socialista. El fortalecimiento de la clase obrera y la reducción del campesinado en Europa Occidental, Japón y EEUU también cambiaron la correlación de fuerzas de clase dentro de la sociedad a favor del proletariado.

Los teóricos del reformismo realmente estaban convencidos de que el capitalismo había resuelto sus problemas, que el desempleo, las crisis y las recesiones eran cosas del pasado. Hablaban en términos irónicos del “marxismo pasado de moda”, que pertenecía al

siglo XIX. Sin embargo, todos estos sueños de la burguesía y la socialdemocracia fueron destrozados por los acontecimientos. El prolongado periodo de expansión capitalista llegó a su final con la recesión de 1973-74. Ya en ese periodo vimos el resurgimiento del desempleo de masas, no visto desde los años treinta.

### **POR QUÉ LA BURGUESÍA ABANDONÓ EL KEYNESIANISMO**

¿Cuál fue la razón del abandono del keynesianismo y el triunfo del monetarismo en el último periodo? ¿Por qué la burguesía en todos los países ha pasado de la reforma a la contrarreforma? ¿Fue el resultado de un capricho de una parte de la burguesía o la locura de Margaret Thatcher? En absoluto, hubo razones objetivas arraigadas en todo el periodo anterior. El periodo de los años setenta se caracterizó por una elevada inflación en todas partes. En América Latina alcanzó niveles tan tremendos que crearon caos económico. La misma situación comenzaba a amenazar la estabilidad económica de Europa y EEUU. La burguesía pagó un precio elevado por las distorsiones causadas por la política de déficits presupuestarios.

En el periodo de 1945-1974, el capitalismo había ido más allá de sus límites naturales. Los enormes déficits presupuestarios causaron una tasa incontrolable de inflación por todas partes. Trotsky en cierta ocasión dijo que la inflación es la sífilis de la economía planificada, pero también es aplicable a una economía capitalista de mercado. La burguesía tuvo que expulsar el veneno de la inflación fuera de su sistema. Ese fue el verdadero significado del monetarismo y de las teorías económicas de gente como Milton Freedman. Realmente no había nada nuevo en las teorías de Freedman. Todas ellas representaban un intento de regresar a las viejas ideas y métodos del pasado, del capitalismo en estado puro, la economía de mercado “pura” como en los buenos tiempos del siglo XIX, antes de que los gobiernos comenzaran a entrometerse en los funcionamientos del mercado.

Era una teoría puramente reaccionaria, basada en la noción de la “economía del goteo”. Fue descrita de manera jocosa pero acertada por el economista norteamericano John Kenneth Galbraith como la teoría de que todos nuestros problemas están causados por el hecho de que los pobres tienen demasiado dinero y los ricos no tienen suficiente. Ha llevado a un fuerte aumento de los impuestos indirectos

sobre los hombros de los pobres y una considerable reducción de impuestos a los ricos. También llevó a grandes recortes del estado del bienestar en todas partes, como un intento de la burguesía de reducir el déficit público que había acumulado durante el pasado medio siglo o más.

Ésta es la razón del “modelo neoliberal” del que tan amargamente se queja el camarada Dieterich. En común con todos los demás reformistas pequeño burgueses, Dieterich no quiere abolir el capitalismo, sino sólo cambiar el *modelo*. Por eso todos utilizan el capitalismo y el neoliberalismo como si fueran una y la misma cosa. No lo son. El neoliberalismo y el keynesianismo son sólo la bota derecha y la bota izquierda del capitalismo. Es la elección entre la inflación y la deflación. Pero para el obrero sólo es una elección entre la muerte en la horca o la muerte lenta ardiendo en la hoguera, es decir, no es en absoluto ninguna elección.

### DEL KEYNESIANISMO AL ‘NEOLIBERALISMO’

El abandono del keynesianismo fue seguido por un regreso al viejo modelo del capitalismo de “libre mercado” (“neoliberalismo”). Los países subdesarrollados se han visto obligados a aplicar los dictados del FMI y del Banco Mundial para abrir sus mercados y privatizar las industrias nacionalizadas. En realidad, es un saqueo del Estado con consecuencias trascendentales en el próximo periodo.

Lejos de ser un avance, como los economistas burgueses pretenden, es una expresión de la crisis del capitalismo. Han creado todo un nuevo lenguaje (“reducciones”, “liberalización”, “apertura a los mercados”, etc.) para encubrir lo que en realidad es una masiva destrucción de las fuerzas productivas y el empleo. Nos recuerda al *Newspeak* de George Orwell en la novela *1984*, donde el Ministerio de la Abundancia conduce a la escasez, el Ministerio de la Paz era el ministerio de la guerra y el Ministerio del Amor era la Policía Secreta.

Los defensores del libre mercado olvidan, convenientemente, que el capitalismo se desarrolló precisamente debido a las altas barreras arancelarias y el proteccionismo. En la primera fase del capitalismo, el capitalismo británico se protegió con altos aranceles para defender sus nacientes industrias nacionales. Sólo cuando su industria fue lo suficientemente fuerte, la burguesía británica se convirtió en una ferviente defensora del principio de libre comercio. Lo mismo se

aplica a Francia, Alemania, EEUU, Japón y a todos los demás países que ahora predicán las virtudes del libre comercio a las naciones de África, Asia y América Latina. Pero este proceso crea nuevas contradicciones. Sectores del aparato del Estado y de la burguesía nacional ven cómo esta política recorta su propia parte del pastel y temen una explosión de las masas.

A la caza de los beneficios a corto plazo, los imperialistas están provocando a las masas en el mundo excolonial hasta los límites de su resistencia. En determinado momento, todo el proceso que hemos visto en los últimos veinte años se volverá en su contrario. Por lo tanto, podemos concluir que en el próximo periodo, dado el callejón sin salida del capitalismo en los países coloniales, la reacción contra la privatización y las apremiantes necesidades de las masas en estos países, presenciaremos nuevos movimientos en la dirección hacia la revolución. Esto se pudo ver en la revolución bolivariana en Venezuela, que en sí misma fue el resultado del caracazo, que a su vez fue el resultado de la aplicación de la economía de libre mercado por parte de Carlos Andrés Pérez, siguiendo los dictados del FMI.

EEUU en los años novena consiguió una tasa de crecimiento relativamente alta, en parte, a costa de la clase obrera y, en parte, a expensas de sus rivales. Pero lo consiguió gracias al boom del consumo, que ahora ha llegado a sus límites. Los economistas burgueses ahora están advirtiendo del riesgo de recesión y de que, cuando llegue, promete ser severa. El largo periodo de relativa paz y prosperidad en los países capitalistas desarrollados está llegando a su fin. En la primera década del siglo XXI, el mundo se enfrenta a un nuevo periodo de guerras, guerras civiles, revolución y contrarrevolución. En el transcurso de este periodo, el destino de la humanidad se decidirá, de una manera u otra.

Durante muchas décadas todas las contradicciones se han ido acumulando. ¿Qué salida puede haber bajo el capitalismo? Como Lenin solía decir, la verdad siempre es concreta. La burguesía ha intentado el keynesianismo y el monetarismo. Ambos finalmente han fracasado, el segundo más rápidamente que el primero. Los burgueses pueden intentar una mezcla de los dos brebajes, lo que traerá el peor de todos los mundos, una mezcla de inflación y deflación, que rápidamente provocará nuevas convulsiones políticas y sociales. Esto significa que las contradicciones del capitalismo se deben expresar en un conflicto cada vez mayor entre las clases.

## LA PERSPECTIVA CAPITALISTA DE DIETERICH

El reciente boom se mantuvo por una expansión masiva del crédito y la deuda en EEUU. Como explica Marx, el crédito temporalmente puede llevar al capitalismo más allá de sus límites, antes de recuperarse como una goma elástica estirada hasta su punto máximo. Hubo un colosal incremento del endeudamiento público, privado y empresarial en EEUU, que creó un boom artificial del consumo que durante un tiempo benefició al resto del mundo, y que ahora ha colapsado.

Los economistas burgueses manifiestan su total confusión e incapacidad de comprender la naturaleza de la crisis actual. Tuvieron que abandonar las ideas desacreditadas del keynesianismo basadas en los déficits presupuestarios, después de quemarse los dedos. Pero ahora la política del neoliberalismo también les ha llevado a un callejón sin salida. Sin embargo, el camarada Dieterich se mantiene impertérrito ante todo ello. Como los Borbones en Francia, no ha olvidado nada ni ha aprendido nada. El entrevistador de *Junge Welt* continúa:

“JW. – Usted afirma que, a medio y largo plazo, la élite económica es la que impone el rumbo político en un país. Usted defiende un nuevo tipo de proceso keynesiano. Pero su keynesianismo propone estabilizar el capitalismo en lugar de eliminarlo. Se podría deducir de ello que usted quiere fortalecer la economía privada en lugar de preparar el camino hacia el socialismo, parece una paradoja”.

Esto es correcto. Toda la perspectiva de Heinz Dieterich se basa en la continuación del capitalismo durante un futuro previsible y su objetivo es precisamente estabilizar el capitalismo en lugar de eliminarlo. Si el objetivo realmente es moverse hacia el socialismo, eso efectivamente sería una paradoja. Pero como Heinz Dieterich hace tiempo abandonó cualquier idea de la revolución socialista, no hay absolutamente ninguna paradoja, sino sólo una defensa sistemática y consistente del capitalismo.

Sin embargo, consciente de que las masas en Venezuela y otros países se oponen enérgicamente al capitalismo, nuestro Heinz siente la necesidad de cubrirse las espaldas con referencias ocasionales al

socialismo. Respondiendo a la pregunta algo embarazosa del periodista de *Junge Welt*, recurre al subterfugio y la evasión: “Dieterich. – Tendremos que ver qué sectores de la economía se fortalecen. Si los subsidios llegan a la gran industria, a las empresas transnacionales o los terratenientes ricos, eso, por supuesto, fortalecería al capital internacional y a la oligarquía. Algunas de estas empresas por supuesto se han aferrado a ciertos subsidios, es simplemente una cuestión de su poder”. (Ibíd.)

Sí, amigo mío, es precisamente una cuestión de poder. ¿Y quién puede negar que, diez años después del comienzo de la revolución bolivariana, la oligarquía aún tiene demasiado poder, y que este poder se basa en su propiedad y control de la tierra, los bancos y los sectores clave de la industria? El presidente Chávez, siguiendo los deseos de las masas, se adentra en la solución al problema de la propiedad privada, aunque no lo suficiente. Pero usted hace todo lo que puede para retrasar el proceso, evitar nuevas nacionalizaciones y defender el poder de la oligarquía contrarrevolucionaria. Y ningún tipo de subterfugio y evasión puede ocultar esta circunstancia.

Después Heinz continúa: “Por ejemplo, Chávez no está en posición de romper con las grandes empresas petroleras. Las grandes petroleras de EEUU y Rusia están en vigor y las concesiones petroleras son un método de poner freno a las presiones de EEUU. Pero el grueso del desarrollo económico se debe organizar alrededor de los pequeños productores”. (Ibíd.)

¡Ya ves! Chávez no está en posición de romper con las grandes empresas petroleras. Y, por tanto, el profesor concluye que aquel debe aceptar sumisamente el dominio de las grandes empresas norteamericanas sobre la economía venezolana. ¿No es esto un escándalo? ¿No va en contra de todo lo que ha defendido la revolución bolivariana? ¡Y este hombre aún tiene la cara de pretender defender el “socialismo del siglo XXI”! Venga, Heinz, ¡seamos serios! Usted no defiende el socialismo, ni en el siglo XXI ni en el XXII, sino la continuación del dominio de los grandes bancos y monopolios *per secula seculorum*, amén.

El grueso del desarrollo económico debe ser organizado alrededor de los pequeños productores, nos informa el profesor Dieterich, y de alguna manera consigue mantener la cara seria. Esta economía no procede de Marx, sino directamente de la Escuela de Chicago, que durante las pasadas dos décadas nos ha estado ase-

gurando que el futuro pertenece a las pequeñas empresas y que lo “pequeño es bello”. El propósito de esta propaganda burguesa es desviar nuestra atención del hecho de que hoy, más que en cualquier otro momento de la Historia, la economía está dominada totalmente por monopolios gigantescos. Si los pequeños productores juegan un papel en la economía moderna, es un papel totalmente subordinado. Los pequeños campesinos, comerciantes, etc., están totalmente bajo el dominio de los bancos y los grandes monopolios.

### DIETERICH Y EL KEYNESIANISMO

En una entrevista en la revista *Mariátegui*, con fecha del 12/08/2006, es decir, después de que el presidente Chávez dijera que el socialismo era la única respuesta, el entrevistador Yásser Gómez le pregunta a Dieterich: “Aceptar que la única salida al Neoliberalismo es el keynesianismo, para muchos puede sonar a escepticismo o derrotismo ante cambios más radicales ¿Qué piensa de esto?” A lo que responde:

“La salida estratégica al Neoliberalismo, es por supuesto, el socialismo, es decir una civilización post capitalista, pero en estos momentos *tu no tienes condiciones para hacer el socialismo*, porque en primer lugar no tienes el proyecto histórico del nuevo socialismo, divulgado masivamente ni en los líderes de los movimientos sociales, ni en los políticos, ni en los gobiernos. Apenas esa teoría ha alcanzado su grado de madurez que permite realizarla a través de la obra de cuatro escuelas científicas. Además tú no tienes movimientos de masas integrados a nivel latinoamericano que pudieran implementar esto y tampoco tienes vanguardia. Entonces, si no tienes la teoría divulgada entre la gente, si no tienes movimientos de masas ni vanguardias para implementarla, *será una quimera hablar del socialismo como una alternativa al capitalismo neoliberal*. La alternativa inmediata el keynesianismo, el capitalismo desarrollista de Estado. Esto, por supuesto, con el horizonte estratégico del socialismo, se tienen que combinar los dos elementos, porque los campesinos, los desempleados quieren una respuesta inmediata y no puede ser *el socialismo la respuesta inmediata*. Se tienen que vincular los dos proyectos históricos: el keynesianismo y el Socialismo del Siglo XXI”. (El subrayado es mío).

Los antiguos israelitas tuvieron que esperar mucho tiempo al pie del Monte Sinaí para que Moisés les entregara las tablas de piedra que contenían los Diez Mandamientos. Ahora tendremos que esperar mucho más para que Heinz Dieterich y sus amigos elaboren los detalles del Nuevo Proyecto Histórico. Presumiblemente, la razón de este retraso es la bien conocida falta de fiabilidad de las conexiones de Internet, una dificultad irritante contra la que Moisés, con unas sencillas tablas de piedra y en línea directa con el Todopoderoso, no tuvo que enfrentarse.

El hecho de que nadie tenga la más mínima idea de en qué consiste esta teoría, podría dar alguna explicación a su singular falta de apoyo fuera de las “misteriosas cuatro escuelas científicas”, sobre las que nadie conoce nada. Parece, por tanto, un poco injusto por parte de Heinz quejarse amargamente de que su Nuevo Proyecto Histórico no encuentre ningún apoyo, *ni en los líderes de los movimientos sociales, ni en los políticos, ni en los gobiernos, ni movimientos de masas o vanguardias.*

Debido a la notable falta de éxito en “divulgar masivamente” sus teorías, Heinz, lógicamente, concluye que la humanidad no está todavía preparada para el socialismo y que, por tanto, debe conformarse con *algo menos*. Este “algo” es llamado capitalismo. Pero nuestro Heinz, como muchos otros profesores universitarios, tiene una profunda alergia a llamar las cosas por su nombre, prefiere utilizar la expresión keynesianismo. Esto es lo que él ahora bautiza como otro *proyecto histórico*, que está destinado a coexistir felizmente con elementos de socialismo en un futuro previsible, hasta que toda la humanidad finalmente abrace el NPH e inmediatamente proceda a “hacer el socialismo”.

Como Dieterich tiene tanto cariño a las listas, presentaremos sus argumentos de una manera que él y todo el mundo pueda comprender:

- 1) El modelo neoliberal del capitalismo ha fracasado.
- 2) La “solución estratégica” es el socialismo.
- 3) Para “hacer” el socialismo todo el mundo necesita comprender el Nuevo Proyecto Histórico de Heinz Dieterich.
- 4) Nadie comprende el Nuevo Proyecto Histórico de Heinz Dieterich.
- 5) Por lo tanto, el socialismo es imposible.
- 6) Por lo tanto, debemos aceptar el capitalismo.
- 7) Pero el capitalismo es inaceptable.

- 8) De ahí que debamos inventar un Nuevo Proyecto Histórico para que el capitalismo sea aceptable.
- 9) Lo llamaremos keynesianismo, o “capitalismo con rostro humano”.
- 10) Por supuesto, tendremos el socialismo en el horizonte, pero estará tan lejano que no preocupará a nadie en particular.
- 11) El Estado gobernará.
- 12) Los capitalistas serán felices.
- 13) Los trabajadores serán felices.
- 14) Heinz Dieterich será feliz.
- 15) Todo el mundo será feliz.
- 16) Per secula seculorum, amén.

### SOCIALISMO EN ‘EL HORIZONTE’

Durante décadas los socialdemócratas han intentado reformar el capitalismo para darle un “rostro humano”. Para hacer eso, propusieron utilizar el Estado, al que imaginaban como un instrumento de la política social y económica por encima de los intereses de las clases. La idea de un “Estado democrático” bajo el capitalismo es tan vieja como la idea del Estado Popular (Volkstaat), que Marx y Engels sometieron a una crítica despiadada. Es totalmente falso desde el punto de vista teórico y un completo desastre desde un punto de vista práctico. Marx, Engels y Lenin explicaron que el Estado – cualquier Estado– es el instrumento de opresión de una clase sobre otra. Mientras la clase obrera no tenga el poder, el Estado seguirá siendo un Estado burgués, que será utilizado por los explotadores para oprimir a la clase obrera.

Es verdad que después de la Segunda Guerra Mundial, por razones históricas totalmente excepcionales, en varios países (principalmente, pero no exclusivamente, las naciones privilegiadas de Europa Occidental), los capitalistas utilizaron los métodos keynesianos para ayudar al auge económico y fueron capaces de hacer ciertas concesiones a la clase obrera. Sin embargo, fue una excepción histórica y en los años setenta esta política llegó a su límite. El modelo keynesiano demostró su total bancarrota y la burguesía lo arrojó al cubo de la basura, de donde ha sido sacado por Heinz Dieterich, que lo presenta como lo último en teoría económica y como la piedra angular del socialismo del siglo XXI.

El entrevistador de la revista *Mariátegui* tenía toda la razón cuando

decía que esta defensa del keynesianismo (es decir, el capitalismo) es precisamente una expresión de total escepticismo y derrotismo con relación a la posibilidad de llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. Para cubrirse las espaldas, Dieterich está obligado a hacer todo tipo de salvedades: “*por supuesto*” el socialismo es la respuesta a largo plazo; *por supuesto*, cuando introduzcamos el capitalismo de estado, el socialismo todavía estará en “*el horizonte*”, etc. Pero son, como es habitual, sólo cortinas de humo calculadas para engañar a los trabajadores, mientras que en la práctica Dieterich defiende una *política capitalista y antisocialista*.

No hay absolutamente ninguna ambigüedad en la posición de Dieterich: la única solución posible es el capitalismo en un futuro previsible. Pero, como se trata de una píldora amarga de tragar para los obreros y campesinos, Dieterich inmediatamente endulza la amarga píldora: esto no es el viejo capitalismo brutal y desagradable, dice, *sino keynesianismo, capitalismo con rostro humano*. Y mientras tanto, por supuesto, tendremos el socialismo en “*el horizonte*”. Esto me trae a la mente un viejo chiste que escuché hace muchos años, cuando estudiaba en la Unión Soviética en la época de Breznev. La economía ya estaba prácticamente estancada, pero la burocracia estalinista aún hablaba de “construir el socialismo”.

Un secretario del Partido explicaba los resultados del último plan quinquenal a los trabajadores de una granja colectiva. Uno por uno, le preguntan que por qué no hay huevos, mantequilla, zapatos, etc. A cada pregunta el secretario del Partido responde con una amplia sonrisa: “Sí, no tenemos ninguna de estas cosas, pero no os preocupéis camaradas. Recordad: el socialismo está en el horizonte”. Después de la reunión, uno de los campesinos, que no comprendía todas estas palabras tan largas, busca la palabra “horizonte” en el diccionario y encuentra la siguiente definición: *una línea imaginaria que, según te acercas, se aleja*.

### LA SOLUCIÓN ES... DÉFICITS

En la misma entrevista, al fundador del socialismo del siglo XXI se le pregunta si Bolivia puede realizar la transformación socialista de la sociedad. En esta cuestión se muestra vehemente: “No, *no hay una vía hacia el socialismo en Bolivia*, porque no puedes volar si no tienes un avión, las condiciones objetivas y de teorías en nuestros pueblos

no están dadas para el socialismo, porque tienes que crearlas”. (El subrayado es mío).

Esta es exactamente la misma melodía que cantaban los mencheviques rusos cuando se oponían a las ideas “utópicas” de Lenin y Trotsky: “¿Cómo se puede hablar de socialismo en Rusia, cuando ‘nuestro pueblo’ carece ‘de las condiciones teóricas y objetivas’ para él? No debemos intentar introducir el socialismo, sino que debemos luchar por una república democrático-burguesa, que es lo mejor que podemos conseguir. Primero, construiremos un capitalismo nacional democrático fuerte. Después, quizás, en cincuenta o cien años, podremos empezar a hablar de socialismo en Rusia”.

La posición de los mencheviques rusos, que Lenin atacó despiadadamente, era una caricatura mecanicista del marxismo. Como Dieterich, los mencheviques presentaban el marxismo de una forma castrada, un marxismo sin lucha de clases, sin revolución, sin dialéctica, una caricatura inerte que no tenía nada en común con las verdaderas ideas revolucionarias de Marx y Engels. Sin embargo, las ideas de los mencheviques eran infinitamente más correctas y lógicas que las de Heinz Dieterich. Ellos no parlotearan de ningún Nuevo Proyecto Histórico ridículo, que hubiesen inventado para salvar a la sufrida humanidad. Presentaban argumentos muy sólidos, basados en el atraso material y cultural de Rusia, para demostrar que las bases materiales para la construcción del socialismo en ese país estaban ausentes.

Ese argumento era correcto hasta cierto punto. Nadie, menos aún Lenin, defendía que el socialismo se pudiera construir en la atrasada Rusia. Pero Lenin y Trotsky también comprendían que era imposible llevar a la práctica el programa de la revolución democrático burguesa en Rusia sin derrocar y expropiar a los terratenientes y capitalistas. No tenían tomar el poder en un país económicamente subdesarrollado, pero no consideraban la revolución socialista en Rusia como un acto autosuficiente, sino sólo como el primer acto de la revolución Europea y mundial.

En su consejo al pueblo de Bolivia, Dieterich se opone a la posición de Lenin y los bolcheviques, repite casi palabra por palabra los argumentos de los mencheviques. Los trabajadores y campesinos bolivianos no deben tomar el poder, porque “nuestro pueblo” carece de “las condiciones teóricas y objetivas” para ello. Lo que los pueblos de Bolivia y Venezuela necesitan, según Dieterich, no es el socialismo sino una buena dosis de keynesianismo:

“Lo que pasa es que los gobiernos keynesianos te mejoran las condiciones para trabajar con la gente y crear conciencia. Es lo que –correctamente– hace Hugo Chávez. El 95 por ciento de los recursos del trabajo lo invierte en la defensa de la revolución frente a la oligarquía de los gringos y en la construcción de la economía keynesiana, y generar condiciones para pasar al socialismo. En Bolivia hay movimientos fuertes con conciencia política del socialismo del pasado como la Central Obrera Boliviana (COB) y algunos elementos del socialismo conservador del pasado. Entonces, necesitas en Bolivia un trabajo sistemático con la gente para que pase a la visión del Socialismo del Siglo XXI. Porque el socialismo histórico, hoy, no es viable. En el siglo XXI, sólo puedes tener capitalismo del siglo XXI o Socialismo del Siglo XXI”. (Ibíd.)

Ya hemos aprendido que el socialismo no es el feudalismo, que los gusanos se arrastran y que las mariposas vuelan. Ahora aprendemos que “no puedes volar si no se tiene un avión”. Además, se nos informa que en el socialismo del siglo XXI, sólo puedes tener capitalismo del siglo XXI o socialismo del siglo XXI. ¡Qué lástima que no podamos aspirar al capitalismo o al socialismo de, digamos, el siglo XV o el XXIII, sino que tenemos que conformarnos con lo que nuestro siglo nos ofrezca! Esta puerilidad es presentada ¡como un pensamiento profundo y original! Lo que realmente significa, sin embargo, es que la única elección real no es (como ingenuamente pensábamos) entre capitalismo y socialismo, sino entre capitalismo y el *Nuevo Proyecto Histórico de Heinz Dieterich*. Ya que, como hemos visto, éste último es lo mismo que el capitalismo pero con otro nombre (dejando el socialismo en el lejano horizonte), concluimos que no tenemos ante nosotros demasiado donde elegir.

He aquí lo que Dieterich dice sobre Venezuela: “En el caso de Venezuela, ésta se encuentra en la fase declaratoria del Socialismo del Siglo XXI, las condiciones sistémicas para un sistema socialista no se han hecho. La primera condición, por ejemplo, es cambiar la contabilidad de las empresas hacia el valor, hacia los insumos de tiempo, dejando atrás el precio, que es el elemento clave de la economía de mercado, no se ha hecho esto. Se confunde socialismo con cooperativas con propiedades del Estado, todas esas son nociones que están en el pasado, que no logran nada hoy”. (Ibíd.)

¿No es esto sencillamente asombroso? Los dos países de América Latina donde las masas se han movido para tomar el poder en varias ocasiones, demostrando una enorme energía revolucionaria y un alto nivel de conciencia de clase son precisamente Bolivia y Venezuela. Que estos dos países están maduros para la revolución socialista está fuera de toda duda. Pero este pedante intelectual nos asegura que el socialismo es imposible en ambos casos. ¿Por qué? ¡Porque las masas en estos países no han alcanzado un nivel suficiente de madurez para leer los libros de Heinz Dieterich y descubrir por sí mismas los profundos secretos del socialismo del siglo XXI a lo Dieterich!

Ya hemos dicho suficiente sobre el tema de la “teoría” de la equivalencia de Peters-Dieterich para demostrar que es una total estupidez sin bases teóricas y absolutamente sin ninguna aplicación práctica. Aún así, Dieterich quiere que los trabajadores de Venezuela (y de todas partes) dejen de lado todas las demás tareas y ocupen su tiempo intentando realizar exactamente la misma cantidad de tiempo de trabajo empleado en todas y cada una de las mercancías. Y según este hombre, hasta que no cumplan esta tarea (que es imposible) el socialismo está descartado. Esto nos recuerda las tareas que le imponían deliberadamente a Hércules para que fracasara. Hércules estaba mucha determinación y realizó todas esas tareas imposibles. Pero los trabajadores venezolanos tienen mejores cosas que hacer que malgastar su tiempo en pedantes sinsentidos que no tienen absolutamente nada que ver con el socialismo en este siglo ni en cualquier otro.

### ¿DOBLE PODER?

En una entrevista publicada en *Rebelión* (*Hugo Chávez pide acelerar el socialismo del Siglo XXI*, 22/6/2006) Dieterich pregunta: “¿Cuál es el primer paso hacia una economía socialista en América Latina?” Y responde: “El primer paso político-económico hacia la economía socialista en América Latina *no es, en consecuencia, la estatización generalizada de la propiedad privada* —porque no resuelve el problema cibernético— sino la sustitución del sistema de precio-mercado por el cálculo en valores y el intercambio de valores iguales (equivalencia). El primer paso no es nada espectacular ni glorioso: *es la prosaica tarea de establecer una contabilidad socialista, la del valor, al lado de la contabilidad capitalista, la del precio*”. (El subrayado es mío).

Estamos de acuerdo con Heinz en que su propuesta no es “espectacular ni gloriosa”: es el jugueteo trivial y quisquilloso reformista de siempre combinado con una copiosa dosis de utopismo. ¿Cómo es posible establecer una contabilidad socialista sin una economía socialista planificada? Lo que Dieterich quiere es combinar el socialismo con el capitalismo (eso es lo que significa “establecer una contabilidad socialista, la del valor, al lado de la contabilidad capitalista, la del precio”). En otras palabras, lo que quiere es una economía mixta, donde los terratenientes posean la tierra, los banqueros los bancos e instituciones financieras, y los capitalistas sean los dueños de las fábricas, pero habrá algunas empresas nacionalizadas y cooperativas a pequeña escala. Eso significa que la situación que teníamos en Venezuela antes de Chávez continuará y cesarán las nacionalizaciones.

Heinz continúa: “Este primer paso consiste en el registro de todas las transacciones internas y externas de la empresa en términos de insumos de tiempo (time inputs), es decir, de valores. Esto es fácil de hacer, porque todo proceso productivo se basa en el factor (vector) tiempo. De hecho, los empresarios calculan sobre tiempos de producción, pero expresan esos tiempos en unidades monetarias, es decir, como costos/precios, que les permiten apropiarse de la riqueza de los demás.

“A esa relación valor-precio se debe que en las empresas modernas digitalizadas los valores pueden ‘extraerse’ con suma rapidez. En una de esas empresas latinoamericanas donde estamos llevando a cabo un estudio piloto de una economía socialista, los ingenieros de sistema confirmaron lo que por inferencia deductiva era una verdad a priori: que en tres semanas podrían proporcionar todos los valores (insumos de tiempo) necesarios para una contabilidad socialista.

“El segundo paso para la instalación de la economía socialista consiste en la formación de un grupo de especialistas de software que escriba los programas que permitan contabilizar todos los flujos de la empresa en precios (dinero), valores (tiempo) y volúmenes (toneladas, litros, etc.). Mediante las tres escalas conmensurables de medición y expresión del valor del producto, la empresa puede seguir comerciando con su entorno de economía de mercado, sin violentar las relaciones económicas establecidas, es decir, sin pérdidas de pro-

ductividad, producción o mercados. Hablando con Lenin, se establece una dualidad de poder dentro de la empresa: la lógica socialista al lado de la lógica capitalista”. (Ibíd.)

He aquí otro ejemplo estupendo del humor inconsciente de Heinz. Parece que el camarada Dieterich, además de todas sus demás dotes extraordinarias también es un espiritista capaz de conversar con los muertos. Si está “hablando con Lenin”, ¿quienes somos nosotros para contradecirle? A pesar de este diálogo espiritual con el líder de la Revolución de Octubre, no estamos totalmente convencidos. No repetiremos lo que ya hemos dicho sobre su economía de equivalencia, excepto que es una amalgama completamente científica de reformismo y utopía. Pero, ¿cómo podemos pasar de esta contabilidad trivial a Lenin y el doble poder?

El doble poder es un concepto que Lenin planteó por primera vez en un artículo titulado *El doble poder*. En él describía la situación en víspera de la Revolución de Febrero en la que dos poderes, los consejos de obreros (soviets) y el aparato del Estado oficial del gobierno provisional, coexistían y competían entre sí por el poder. Lenin decía que esta era una situación inestable, que constituía una oportunidad para que los soviets tomaran el poder derrocando al gobierno provisional y estableciéndose ellos como la base de una nueva forma de poder estatal. Lenin señalaba que si los dirigentes de los soviets estaban dispuestos a actuar con decisión para tomar el poder, entonces lo podrían hacer pacíficamente, sin una guerra civil. Pero los dirigentes reformistas no estaban dispuestos a hacerlo. Al igual que el camarada Dieterich, ellos insistían en que no había condiciones para la toma del poder, que el nivel de las masas era demasiado bajo, etc.

¿Qué tiene que ver la idea revolucionaria de Lenin con el pensamiento reformista de Dieterich? En lugar de defender el establecimiento del control obrero y los comités de acción (soviets), lo que provocaría una situación de doble poder en Venezuela, Dieterich se opone al control obrero y en su lugar apela a los trabajadores venezolanos a que malgasten su precioso tiempo calculando el “valor real” y en cada mercancía pegar dos etiquetas donde antes había sólo una. Eso no amenaza en lo más mínimo al capitalismo, no nos hace avanzar ni un solo paso hacia el socialismo. Por lo tanto, el “doble poder” sólo está dentro del cerebro del camarada Dieterich.

Inalterado, nuestro Heinz persiste con su visión gloriosa del futuro: “Logrados estos *dos grandes avances* ha llegado el momento de dar el tercer paso de la implantación de la *economía socialista en la economía de mercado*”. (Ibíd. El subrayado es mío).

Hay un poema de E.V. Rieu, titulado *Pensamiento nocturno de una tortuga sufriendo insomnio en un césped*, que dice lo siguiente:

“El mundo es muy liso,  
No hay duda de eso”.  
(*The world is very flat,  
There is no doubt of that.*)

La tortuga en cuestión era un filósofo muy profundo y según avanzaba lentamente a través del césped sacaba las conclusiones más portentosas. Por una u otra razón, esta tortuga filosófica me vino a la mente cuando leí las líneas antes mencionadas. Nuestro Heinz puede ver dos grandes avances donde nosotros, meros mortales, no vemos ninguno. Pero es que la tortuga también imaginaba que se movía muy rápidamente... Nos limitaremos a la observación de que al camarada Dieterich, como a la tortuga filosófica, no le gustan los movimientos repentinos ni ningún tipo de violencia. Avanza lentamente hacia el socialismo con el pesado caparazón sobre su espalda, en el que se puede esconder cuando ve cualquier signo de peligro. Una cosa está clara: en este mundo del socialismo a paso de tortuga no hay lugar para la revolución. ¡No! Poco a poco, imperceptiblemente, tendremos la “implantación de la economía socialista en una economía de mercado”. ¿Y qué pasa con los propietarios de los medios de producción mientras se produce esta “implantación”? Presumiblemente, se quedarán tranquilamente arrojados en sus camas, igual que los propietarios del césped de la tortuga. Pero dejemos que la tortuga socialista continúe su camino:

“Al conocerse el valor y el precio, la mercancía de la empresa socialista se pone a la venta con las dos unidades de medición. El empaque de un litro de leche, por ejemplo, llevaría la siguiente denominación: Precio: 2000 bolívares; Valor: 10 minutos. Al comprar diversos productos, el comprador se dará cuenta que la relación entre valor y precio varía. Por ejemplo, que en un producto 10 minutos de trabajo se expresan en 2000 bolívares y que en otro producto valen 10.000

bolívares. La disonancia cognitiva que entrañan ambas expresiones genera inevitablemente un proceso de reflexión y discusión social que genera conciencia socialista.

“Es decir, al expresarse el valor del producto con una medida objetiva y transparente, la socialista (tiempo) y, al mismo tiempo, una medida dictatorial y explotativa, la capitalista (precio), se extiende la dualidad de la lógica económica socialista y capitalista desde la empresa hacia la vida cotidiana de los ciudadanos: desde la esfera de producción de las mercancías hacia la esfera de circulación, el mercado, el corazón del sistema capitalista. No puede haber forma más pedagógica e impactante de acercar al ciudadano a la problemática de la economía socialista que esta.

“La semana pasada un grupo de jóvenes venezolanos me pidieron asesoría sobre la posibilidad de construir un núcleo de desarrollo endógeno, basado en la economía de equivalencias. Se la di en el sentido de este ensayo. Junto con la gran empresa de miles de trabajadora, que está en algún lugar de la Patria Grande, estos jóvenes representan los primeros modelos de implementación de una economía socialista que representa un modelo civilizatorio cualitativamente diferente a la economía de mercado.

“Al avanzar sobre las experiencias de estos dos modelos o prototipos de empresa socialista se puede gradualmente extender el número de empresas nacionales que operan sobre principios de la economía de equivalencias, hasta que finalmente sean el elemento económico dominante del sistema nacional-regional. Es a través de la multiplicación de esas experiencias de economía política que sentaremos bases sólidas para el Socialismo del Siglo XXI en la Patria Grande”.

Y Heinz termina con la siguiente recomendación: “¡Si el Presidente busca el acelerador de su proyecto socialista, aquí está!”. (Heinz Dieterich. *Hugo Chávez pide acelerar el socialismo del Siglo XXI*).

En toda nuestra lectura de las obras de Heinz hemos encontrado muchas cosas, pero nunca nada que se parezca remotamente a un sentido del humor. Por lo tanto, sólo podemos suponer que esta frase la expresa con toda seriedad. Heinz Dieterich aprieta el fre-

no furiosamente y al mismo tiempo grita estrepitosamente: “¡Así es como hay que acelerar!” Ya hemos observado que en el socialismo del siglo XXI cualquier cosa es posible, así que es probable que bajo este sistema a los conductores de automóviles se les requiera por ley acelerar frenando. Pero como todavía no hemos llegado al paraíso del socialismo del siglo XXI, aconsejamos encarecidamente a aquellos que deseen viajar más rápido que no presten la más mínima atención a nuestro Heinz.



## VIII

¿SOCIALISMO O ESTALINISMO?



## SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Desde la caída de la URSS, ha nacido todo un nuevo género literario, más que un género una industria, que además es una industria con una tasa de beneficios bastante satisfactoria. Cada año se publican montañas de libros y artículos, cada uno de ellos con “asombrosas y nuevas revelaciones” sobre Lenin, Trotsky y los bolcheviques. El objetivo de esta altamente rentable línea de producción es bastante evidente. El objetivo no es en absoluto servir a los intereses de la verdad histórica o el avance de la investigación científica, sino ensombrecer el nombre de los dirigentes de la revolución rusa y así ensuciarlos. Hugo Chávez ha declarado muchas veces que su concepción del socialismo del siglo XXI no tiene nada en común con la caricatura totalitaria y burocrática que existía en la Unión Soviética bajo Stalin o Breznev, pero ésta tampoco tenía nada que ver con las ideas de Marx y Lenin, las cuales eran profundamente democráticas.

En su programa de televisión *Aló Presidente* del 27 de marzo de 2005, Hugo Chávez explicó que él defendía el socialismo y la democracia participativa de acuerdo con “las ideas originales de Carlos Marx y Federico Engels”. Las palabras del presidente eran muy claras. ¿Cómo entendían la cuestión de la democracia Marx y Engels? Los fundadores del socialismo científico no inventaron proyectos para la nueva sociedad, como intenta hacer el camarada Dieterich. Se basaron en el movimiento real de la clase obrera, en particular, en la experiencia de la Comuna de París de 1871.

Marx explicaba que la clase obrera no puede apoderarse del viejo aparato del Estado y utilizarlo para cambiar la sociedad, y desarrolló su teoría sobre el poder obrero en *La Guerra Civil en Francia*. ¿Cuál es la esencia de esta teoría? Marx señalaba que el viejo aparato del

Estado no puede servir como instrumento para cambiar la sociedad, debe ser destruido y remplazado por un nuevo poder estatal –un estado obrero– que sería totalmente diferente de la vieja maquinaria estatal, “el poder estatal centralizado con sus ubicuos órganos como el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la judicatura”. Sería un semiestado, usando la expresión de Marx, dedicado a su propia extinción:

“La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento.

“La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del Gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los servidores públicos debían devengar salarios de obreros. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del Gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa ejercida hasta entonces por el Estado.

“Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo Gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el ‘poder de los curas’, decretando la separación de la Iglesia y el Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles”. (Carlos Marx. *La guerra civil en Francia*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. pp. 67-68.)

Esto no tiene ninguna relación con el régimen brutal y totalita-

rio de la Rusia estalinista, donde el Estado era un poder represivo monstruoso que se elevaba por encima de la sociedad. Incluso el término “dictadura” en tiempos de Marx tenía una connotación diferente de la que adquiere hoy en día. Después de la experiencia de Stalin, Hitler, Mussolini, Franco y Pinochet, la palabra dictadura significa campos de concentración, la Gestapo, la KGB, etc. Pero Marx se refería a la dictadura de la República Romana, que cuando estaba en estado de emergencia (normalmente en guerra) suspendía sus mecanismos democráticos normales para que un dictador mandara por un periodo temporal con poderes excepcionales.

La Comuna de París fue una forma de gobierno popular muy democrática. Lenin y los bolcheviques crearon el Estado Soviético tomando a ésta como modelo después de la Revolución de Octubre. Los obreros tomaron el poder a través de los soviets, que eran los órganos de representación popular más democráticos jamás creados. A pesar de las terribles condiciones de atraso existentes en Rusia, la clase obrera disfrutó de derechos democráticos. El programa del partido de 1919 especificaba que “todas las masas trabajadoras sin excepción deben ser inducidas a participar en los trabajos de la administración estatal”. La dirección de la economía planificada debía estar principalmente en manos de los sindicatos. Este documento fue traducido inmediatamente a los principales idiomas del mundo y distribuido de forma amplia. No obstante, en el momento de las purgas de 1936, ya era considerado como un documento peligroso, y todas sus copias fueron extraídas de todas las bibliotecas y librerías de la URSS.

## EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN

Estos principios marxistas fueron seguidos por Lenin en la revolución rusa. En uno de sus libros más famosos, *El Estado y la revolución*, escrito en las jornadas revolucionarias de 1917, Lenin estableció cuatro condiciones para el poder soviético, no para el socialismo ni el comunismo, sino para los primeros días del poder obrero. Utilizando como prototipo la Comuna de París, Lenin abogó por la desaparición del parlamentarismo, transformando “las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones ‘de trabajo’.” Esto se conseguiría eliminando la “división del trabajo legislativo y ejecutivo”.

- 1) “La completa elegibilidad y la revocabilidad *en cualquier momento* de todos los funcionarios sin excepción” y, así, “tienen que responder directamente ante sus electores”. “Democracia significa igualdad”.
- 2) “Se pasará inmediatamente a que *todos* desempeñen funciones de control y de inspección, a que *todos* sean ‘burócratas’ durante algún tiempo, para que, de este modo, *nadie* pueda convertirse en ‘burócrata’.” La democracia proletaria tomaría “inmediatamente medidas para cortar de raíz el burocratismo... [hasta llegar a] la completa destrucción del burocratismo” puesto que la “*esencia* del burocratismo” es la transformación de los funcionarios “en personas privilegiadas, divorciadas de las masas, situadas por encima de las masas”.
- 3) No deberían existir “destacamentos especiales de hombres armados” alejados de la sociedad, “cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión... no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión”. Utilizando el ejemplo de la Comuna de París, Lenin sugirió que eso significaba la “desaparición del ejército permanente”. En su lugar estarían las “masas armadas”.
- 4) El nuevo Estado (obrero) sería “la organización de la violencia para la supresión de la clase explotadora, es decir, la burguesía”. “Los trabajadores sólo necesitan el Estado para aplastar la resistencia de los explotadores”, que son una “minoría insignificante”, es decir, “los terratenientes y capitalistas”. Esto supondría una “inmensa expansión de la democracia... para los pobres, democracia para las masas” mientras, simultáneamente, impone “una serie de restricciones a la libertad de los opresores, los explotadores, los capitalistas... su resistencia debe ser rota por la fuerza: está claro que donde hay represión hay también violencia, no hay libertad ni democracia”. (Lenin, *El Estado y la revolución*. Madrid. Fundación Federico Engels. 1997. pp. 54-55.)

Como hemos visto, para Lenin la dictadura del proletariado significaba la introducción de la democracia completa para las masas. El nuevo Estado obrero ya no debería ser un Estado en el viejo sentido sino un *semiestado*, destinado a desaparecer gradualmente a medida que la sociedad avance hacia el socialismo y a una asociación libre de productores. Es verdad que, en unas condiciones difíciles, donde la revolución se quedó aislada en medio de un terrible atraso, hambre y analfabetismo, las distorsiones eran inevitables. Ya en 1920 Lenin

decía que “el nuestro es *un Estado obrero con deformaciones burocráticas*”. Pero eran deformaciones relativamente pequeñas y no tenían nada que ver con el monstruoso régimen que más tarde instauró Stalin.

La primera condición para el establecimiento de una verdadera democracia obrera es la participación activa de las masas en la revolución desde el principio. Una revolución por su misma esencia es obra de las masas y sólo puede triunfar en la medida que moviliza y arma a las masas. En noviembre de 1917, Lenin escribía el siguiente llamamiento en *Pravda*: “¡Camaradas trabajadores! Recordad que vosotros mismos gobernáis ahora el país. Nadie os ayudará si vosotros mismos no os unís y no tomáis en vuestras manos todos los asuntos del Estado. (...) *Poned manos a la obra desde abajo, sin esperar a nadie*”. (Lenin, *Obras Escogidas*, Vol. 2. *A la población*. Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 510. El subrayado es mío.)

En diciembre de 1917, Lenin escribió: “Una de las más importantes tareas, si no la más importante, de la hora presente consiste *en desarrollar todo lo posible esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de organización*. Hay que deshacer a toda costa el viejo prejuicio absurdo, salvaje, infame y odioso, según el cual sólo las llamadas ‘clases superiores’, sólo los ricos o los que han pasado por la escuela de los ricos, pueden administrar el Estado, dirigir, en el terreno de la organización, la construcción de la sociedad socialista”. (Lenin, *Obras Escogidas*. Vol. 2. *¿Cómo debe organizarse la emulación?* Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 542. El subrayado es mío.)

Hay cientos de citas similares en los escritos de Lenin, que expresan la misma idea: que el socialismo, desde el mismo inicio, debe ser construido por los propios trabajadores, por la iniciativa creativa de las masas. Estas líneas demuestran lo ansioso que estaba Lenin de que las masas se involucraran en la administración de la industria y el Estado. Es verdad que en última instancia la clase obrera perdió control del Estado, pero esto no fue el resultado de ningún error inherente a las ideas de Marx o de Lenin, sino el resultado de condiciones objetivas adversas.

La verdadera causa de los problemas a los que se enfrentaron los bolcheviques fue el aislamiento de la revolución. Lenin y Trotsky formaron la Internacional Comunista en 1919 como un instrumento para romper este aislamiento. Ésa era la única salida. El programa del partido de 1919 fue escrito en términos de un internacionalismo

proletario sin compromisos. Empezaba con la premisa de que la época de la revolución proletaria había comenzado. Explicaba que la “privación de los derechos políticos y de cualquier tipo de limitación a la libertad necesariamente son medidas temporales” debido a la guerra y que “el partido se encaminará a su sustitución y total eliminación”. Pero este objetivo tuvo que ser pospuesto debido a la invasión del Estado soviético por 21 ejércitos de intervención extranjera, que hundieron al país en un baño de sangre.

En el periodo del llamado Comunismo de Guerra, la defensa militar de la revolución era el factor decisivo. Los millones de personas que entraron en el Ejército Rojo necesitaban alimentación y ropa. La requisición era vital para la supervivencia de los obreros y los soldados. Se colocó a la sociedad rusa en estado de guerra. La llamada política del Comunismo de Guerra representaba un intento desesperado y heroico por defender la revolución contra todos sus enemigos.

El 7 de marzo de 1918, Lenin sopesó la situación: “Si examinamos la situación a escala histórica mundial, no cabe la menor duda de que si nuestra revolución se quedase sola, si no existiese un movimiento revolucionario en otros países, no existiría ninguna esperanza de que llegase a alcanzar el triunfo final. Si el Partido Bolchevique se ha hecho cargo de todo, lo ha hecho convencido de que la revolución madura en todos los países y que a la larga –y no a la corta– cualesquiera que fuesen las dificultades que hubiéramos de atravesar, cualesquiera que fuesen las derrotas que tuviésemos de paradas, la revolución socialista internacional tiene que venir, pues ya viene, tiene que madurar, pues ya madura y llegará a madurar del todo. Nuestra salvación de todas estas dificultades –repito– está en la revolución europea”. (Lenin, *Obras Completas*. Moscú. Editorial Progreso. 1980. Vol. 36, p. 12.)

Y concluía: “Pero, de todos modos, y con todas las peripecias posibles imaginables, si la revolución alemana no estalla, estamos perdidos”. (Ibíd., p. 16.) Semanas después repitió la misma idea: “Nuestro atraso nos ha hecho avanzar y pereceremos si no sabemos sostenernos hasta que encontremos el poderoso apoyo de los obreros sublevados de otros países”. (Ibíd., p. 243.)

La tarea principal era mantener el poder soviético hasta donde fuera posible. Lenin nunca consideró la posibilidad de un aislamiento prolongado del Estado soviético. O el aislamiento era roto o el

régimen soviético estaría condenado. Todo dependía de la revolución mundial. Su retraso creó enormes dificultades, que más tarde tuvieron consecuencias profundas. En vez de un proceso en el que el Estado acabara por diluirse, tuvo lugar lo opuesto. Sobre una base de pobreza extrema, agravada por la guerra civil y el bloqueo económico, la lucha por la existencia individual, por usar la frase de Marx, ni desapareció ni se suavizó, sino que en los años que siguieron asumió una ferocidad inusitada. En vez de construir sobre los cimientos del capitalismo más avanzado, la Unión Soviética estaba intentado superar problemas precapitalistas. La tarea se convirtió finalmente en “una carrera para alcanzar a América y Europa”. Esto estaba muy alejado del nivel más bajo del comunismo del que Marx hablaba. Los bolcheviques se vieron forzados a hacer frente a problemas económicos y culturales que en Occidente habían sido resueltos hacía mucho tiempo. Una vez, Lenin declaró que el socialismo era “poder soviético más la electrificación de todo el país”, para ilustrar las tareas básicas a abordar.

El terrible atraso de Rusia, unido al aislamiento de la revolución, empezó a pesar en la clase obrera soviética. Guerra civil, hambre y agotamiento físico les llevó a la apatía política y dio lugar a crecientes deformaciones burocráticas en el Estado y en el Partido. La ayuda internacional era vital para asegurar la supervivencia de la joven república soviética. Todo lo que los bolcheviques podían hacer era mantenerse en el poder —contra todos los pronósticos— tanto como pudieran, hasta que llegara ayuda de Occidente. “La historia no nos da nada gratuitamente”, escribió Trotsky en 1923, “la rebaja que nos concede en un campo —el de la política— se la cobra en el otro —el de la cultura—. En la misma medida en que fue fácil —desde luego, relativamente— la sacudida revolucionaria para el proletariado ruso, le resulta difícil la edificación socialista”. (León Trotsky, *Problemas de la vida cotidiana*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2004. p. 17.)

## DEL COMUNISMO DE GUERRA A LA NEP

El intransigente internacionalismo de Lenin no era producto de una utopía sentimental, sino, al contrario, de una evaluación realista de la situación. Lenin era bien consciente de que no había condiciones materiales para el socialismo en Rusia, aunque sí las había a escala mundial. La revolución socialista mundial evitaría la reaparición

de los rasgos de barbarie de la sociedad de clases a los que Marx se refería como la vieja basura, garantizando desde su nacimiento un nivel de desarrollo superior al de la sociedad capitalista. Ésta fue la razón por la que Lenin puso tanto énfasis en la perspectiva de la revolución internacional, y por la que dedicó tanto tiempo y energía a la construcción de la Internacional Comunista.

Con bastante rapidez, sobre la base de un amplio plan de producción a escala mundial y una nueva división mundial del trabajo, se daría impulso a un poderoso desarrollo de las fuerzas productivas. La ciencia y la técnica modernas serían usadas para aprovechar los recursos de la naturaleza, convirtiendo los desiertos en fértiles campos de cultivo. La destrucción del planeta y el derroche atroz del capitalismo se detendrían. En más o menos una generación, se sentarían los cimientos materiales para el socialismo. Con el paso del tiempo, el tremendo crecimiento de la producción eliminaría toda desigualdad material y proporcionaría tal superabundancia que elevaría de forma universal la calidad de vida a niveles inauditos. Todas las necesidades humanas básicas serían satisfechas por tal economía mundial planificada. Como consecuencia de ello, las clases se disolverían en la sociedad, junto a los últimos vestigios de la sociedad de clases: el dinero y el Estado. Esto daría lugar a un comunismo genuino, acabando con la dominación del hombre por el hombre y dando paso a la administración sobre las cosas, por usar la expresión de Engels.

Sin embargo, el derrocamiento del capitalismo no siguió esta pauta. En vez de encontrarnos con la toma del poder por la clase obrera en los países industrialmente avanzados, el sistema capitalista se rompió, como dijo Lenin, por su eslabón más débil. El débil capitalismo ruso pagó por la bancarrota del capitalismo mundial. La burguesía rusa había entrado en la escena histórica demasiado tarde y era incapaz de llevar a cabo las tareas de la revolución nacional democrática, que hacía ya mucho tiempo habían sido realizadas en Occidente. Sin embargo, debido a la ley del desarrollo desigual y combinado, el capital extranjero había establecido las factorías más grandes y modernas en las ciudades de Rusia, desarraigando al campesinado y creando un proletariado, prácticamente, de la noche a la mañana. Esta nueva clase obrera, basándose en la experiencia, estaba abierta a las ideas más modernas del movimiento obrero, que reflejaban sus necesidades —el marxismo—, y fue el primer proletariado en materializar una revolución socialista.

El hecho de que Rusia fuera un país atrasado no hubiera significado problema alguno si la revolución hubiera sido el prelude de una revolución socialista mundial victoriosa. Ése era el objetivo del Partido Bolchevique bajo el liderazgo de Lenin y Trotsky. El internacionalismo no era un gesto sentimental, sino que estaba enraizado en el carácter internacional del capitalismo y la lucha de clases. En palabras del propio Trotsky: “El socialismo es la organización de la producción social planificada destinada a satisfacer las necesidades humanas. La propiedad colectiva de los medios de producción no es el socialismo, sólo es su premisa legal. El problema de una sociedad socialista no se puede abstraer del carácter mundial de las fuerzas productivas en la actual etapa de desarrollo humano”. (Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, vol. 2, p. 570. Ed. Zyx. Madrid, 1973.)

Ni Lenin ni el Partido Bolchevique consideraron jamás la revolución rusa como una acción autosuficiente, sino como el principio de una revolución socialista mundial. La revolución rusa fue una fuente de inspiración para los trabajadores del mundo. En particular, dio un impulso poderoso a la revolución alemana. Pero la cobardía de los líderes de la socialdemocracia de Europa occidental condujo a la derrota de la revolución en Alemania, Italia y otros países, y al aislamiento de la revolución rusa en condiciones de terrible atraso. Ya en 1919 el número de trabajadores industriales se había reducido a un 76 por ciento del que fuera en 1917, mientras que el de trabajadores de la construcción era sólo de un 66 por ciento y el de ferroviarios un 63 por ciento. La cifra total de trabajadores industriales se redujo en más de la mitad. De los 3.000.000 que había en 1917 pasaron a 1.240.000 en 1920. Sólo la población de Petrogrado cayó de 2.400.000 en 1917 a 574.000 en agosto de 1920.

Bajo estas circunstancias, la contrarrevolución política estalinista se hizo inevitable. La degeneración burocrática de la revolución rusa no surgió de un defecto teórico en el bolchevismo, sino de ese aplastante atraso. La joven república soviética habría sido salvada por la solidaridad internacional de la clase obrera, pero su aislamiento fue la causa de enormes sufrimientos. La clase trabajadora rusa lo dio todo. Agotada físicamente, y numéricamente debilitada, se enfrentó a insalvables obstáculos de carácter cultural, económico y social. Hicieron falta esfuerzos hercúleos sólo para aguantar los ataques imperialistas.

Lenin tenía una actitud honesta y realista acerca de los terribles

problemas a los que el proletariado ruso se enfrentó como resultado de su atraso y aislamiento. En enero de 1919, explicó en un discurso ante sindicalistas rusos: “Los obreros nunca estuvieron separados por una Gran Muralla china de la vieja sociedad. Y han mantenido una parte importante de la mentalidad tradicional de la sociedad capitalista. Los obreros están construyendo una nueva sociedad sin haberse convertido ellos mismos en gente nueva, ni haberse limpiado de la basura del viejo mundo; esa basura todavía les llega hasta las rodillas. Sólo podemos soñar con limpiar esa basura. Sería totalmente utópico pensar que eso se puede hacer de una sola vez. Sería tan utópico que en la práctica sólo aplazaría el socialismo al reino del futuro”. (Lenin, *Obras completas*, volumen 25, pp. 424-5. En la edición inglesa.)

Bajo las condiciones tremendamente difíciles que siguieron a la guerra civil, los bolcheviques se vieron obligados a realizar una retirada táctica, haciendo concesiones al mercado y a los campesinos ricos (kulaks). Éste fue el origen de la Nueva Política Económica (NEP). En un corto periodo de tiempo, la actividad industrial comenzó a revivir, y para 1926 había alcanzado el nivel anterior a la guerra. Las cosechas se incrementaron más modestamente. La NEP ofreció cierto espacio, pero el despertar de las fuerzas del mercado trajo consigo una mayor diferenciación social.

Esta retirada se justificaba plenamente por el incremento de la producción que tuvo como consecuencia, pero permitió el enriquecimiento en el campo y la ciudad de aquellos elementos más hostiles al socialismo, dando paso a los peligros de la restauración capitalista. El crecimiento de los elementos de una naciente burguesía —los hombres de la NEP y los kulaks— fue una consecuencia indeseable de esta nueva política. Junto al resurgir de las divisiones de clase, la burocracia ascendente dentro del Estado y el Partido comenzó a mostrar su poder, con la esperanza de consolidar y extender su influencia. Bajo estas condiciones, el crecimiento de clases ajenas al proletariado y de elementos burocráticos representaba un peligro mortal para la revolución. Del continuo aislamiento del Estado obrero surgió la amenaza de una degeneración burocrática interna.

Al definir estas concesiones en el X Congreso, Lenin se refería a la aplastante presión de las masas campesinas sobre los obreros como “un peligro mucho mayor que todos los Denikin, Kolchak y Yudenich juntos. ¡Sería fatal equivocarnos en esto! Las dificultades

procedentes de los elementos pequeño-burgueses son enormes, y si hay que vencerlas debemos empujar todos al unísono porque, en un país campesino, sólo su propia determinación capacitará a la masa del proletariado para llevar a cabo la gran tarea de su dirección y su dictadura. La ayuda de los países de Europa Occidental está en camino aunque no es lo suficientemente rápida. Sin embargo, está llegando y aumentando”. (Lenin. *Obras completas*, Vol. 32, p. 179. En la edición inglesa.)

Lenin, como siempre, presenta la cuestión con claridad y honestidad. La retirada que la NEP significa había sido dictada por las enormes presiones del campesinado sobre el Estado obrero, aislado por el retraso de la revolución socialista en Occidente. Lenin se refirió siempre a ello como a un estado de cosas temporal, un balón de oxígeno hasta que la revolución socialista internacional viniera al rescate. Pero era extremadamente consciente de los peligros que aguardaban en el camino, especialmente los peligros que podría plantear un resurgimiento de elementos burgueses y pequeño burgueses con el crecimiento de la economía de mercado:

“El desarrollo de la pequeña producción y de la pequeña burguesía en las zonas rurales es un peligro extremadamente serio”, advirtió Lenin al X Congreso. Respondiendo a aquellos inclinados a la autocomplacencia, Lenin enfatizó: “¿Tenemos clases? Sí, las tenemos. ¿Tenemos una lucha de clases? ¡Sí, y de lo más encarnizada!”. (Lenin, *Obras completas*, Vol. 32, p. 212. En la edición inglesa.) Éstas fueron las apremiantes consideraciones que indujeron a Lenin a prohibir las fracciones en el X Congreso del Partido Bolchevique. Las razones se explicitan en el pasaje arriba citado, que explica claramente que estas medidas extraordinarias fueron dictadas por los peligros de clases ajenas al proletariado expresándose a través de grupos en el Partido y eran de carácter temporal.

## DIETERICH Y LA REVOLUCIÓN RUSA

Ya nos hemos acostumbrado a las calumnias de la burguesía y de los reformistas de derechas contra la revolución rusa, pero en las dos últimas décadas ha habido una nueva incorporación a la coral anticomunista: las obras “teóricas” de los ex estalinistas que intentan justificarse a ellos mismos renunciando al comunismo marxista y a todas sus obras. Éstas pueden clasificarse en dos variedades: las

que abiertamente renuncian al marxismo y al leninismo, y aquellas que lo hacen con falsas pretensiones. Las obras de Heinz Dieterich pertenecen a esta segunda categoría. En su entrevista en la revista *Mariátegui* leemos:

“P. A su juicio, ¿ha habido algún país socialista en la época moderna?”

“R. Depende de los criterios que se usen para tal juicio. Como científico economista y sociólogo, prefiero los parámetros que utilizaron Marx y Engels: economía de valor y democracia participativa. Y bajo esos criterios no ha habido una sociedad socialista desde la Revolución Francesa, aunque sí, muchos heroicos y trágicos intentos de lograrla”. (Entrevista con Heinz Dieterich. *Mariátegui*. 2/2/2007)

Leemos con incredulidad la afirmación que “no ha habido una sociedad socialista desde la Revolución Francesa”. ¿Significa esto que la Revolución Francesa fue una revolución socialista? ¿O quizás hubo una sociedad socialista antes de la revolución francesa? No lo sabemos, y el camarada Dieterich, que se especializa en imitar a la esfinge, no tiene ningún deseo de explicar sus misteriosas palabras. En compensación por su falta de explicación, nos recuerda que no es un economista ordinario sino un economista *científico*, y por si eso no fuera bastante, un sociólogo también. Bien, sólo eso debería ser suficiente para silenciar a los escépticos más recalcitrantes.

La Revolución Francesa fue una revolución burguesa. No fue y no pudo haber sido una revolución socialista, porque los medios de producción no habían alcanzado un nivel de desarrollo tal que fuera posible conseguir una sociedad sin clases. La industria se encontraba en su infancia y la clase obrera, en un estado embrionario. La revolución francesa de 1789-93 fue llevada a cabo por las masas plebeyas y semiproletarias de París y otras grandes ciudades, con el apoyo de los campesinos pobres. Hubo elementos comunistas (como también en la Revolución Inglesa del siglo anterior), pero éstos no podían prevalecer. Sólo las masas lucharon, pero al final fue la burguesía quien disfrutó de la victoria sobre el Antiguo Régimen.

Las condiciones materiales para el socialismo se desarrollaron en Europa Occidental durante el siglo XIX. El rápido desarrollo de la industria en Inglaterra creó las condiciones para el crecimiento de la

clase obrera, los sindicatos y organizaciones políticas. Los cartistas (chartists) compusieron el primer movimiento político de la clase obrera, que luchó por un programa de democracia política en la primera mitad del siglo XIX y estaba abierto a ideas socialistas y revolucionarias. Las revoluciones que barrieron el continente europeo en 1848-49, por primera vez mostraron el potencial revolucionario de la clase obrera, y también mostró la total bancarrota de los burgueses liberales, que jugaron siempre un papel contrarrevolucionario.

La derrota de las revoluciones en Francia, Alemania, Austria y Hungría allanó el camino para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo. Esto dio estabilidad al sistema capitalista, que aún se encontraba en su fase de vigor juvenil. La lucha de clases en Inglaterra estaba en suspenso después de la derrota de los cartistas. Engels posteriormente habló de los “cuarenta años” de hibernación del proletariado inglés. El largo retraso de la revolución socialista tenía una base material. Bajo esas circunstancias, todos los Proyectos Históricos en el mundo no hubieran supuesto la menor diferencia. La Comuna de París de 1871 fue una revolución proletaria que significó la formación del primer estado obrero del mundo. Esto aún no era socialismo. La Comuna ni siquiera nacionalizó el Banco de Francia —y éste fue uno de los mayores errores, como Marx indicó—. Los comuneros fueron aplastados por la contrarrevolución burguesa, y esto preparó el camino para un desarrollo mayor del capitalismo.

Hubo un largo periodo de expansión capitalista que duró aproximadamente de 1871 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. Éste fue un periodo de “globalización”, con la invención del telégrafo y el barco de vapor, con una expansión masiva de la red de ferrocarril en los EEUU, Rusia y otros países. También fue un periodo de imperialismo, de esclavitud en nuevas colonias y de incremento de conflictos entre las grandes potencias imperialistas.

En vez de pequeños talleres y “libre empresa”, se dio una concentración de capital, la formación de grandes cárteles, y la creciente dominación de los bancos y la exportación de capital. Esto dio paso al fenómeno que Lenin llamó desarrollo desigual y combinado. Los países coloniales y semicoloniales importaban bienes y capital manufacturados e exportaban materias primas. El imperialismo tenía a su disposición un vasto ejército de esclavos coloniales, que producían plusvalía a un nivel mucho mayor que los trabajadores en los

países de origen, creando así superbeneficios. Esto era explotación a gran escala y estaba basada precisamente en un intercambio desigual —el intercambio de más trabajo por menos—. Este intercambio desigual en los mercados mundiales existe hasta el día de hoy y es el principal mecanismo por el cual los países imperialistas continúan explotando y saqueando las antiguas colonias, aun cuando éstas hayan conseguido independencia formal.

En el pasado, el camarada Dieterich tenía ilusiones en el estalinismo. Aún habla de las antiguas economías estalinistas como de “socialismo real” y “único socialismo existente”. Sólo a partir de 1989 ha cambiado de opinión. La Unión Soviética ha desaparecido, así que ya no es *realmente existente*. Por lo tanto, declara todo el proyecto imposible. Esto es lo que los alemanes llaman “tirar al niño con el agua del baño”. En uno de sus artículos, el camarada Dieterich nos da una breve lección sobre la Revolución Rusa. Es *muy* breve. De hecho, la dedica sólo *cuatro líneas*:

“Al caer el poder burgués-zarista en Rusia (1917) la teoría revolucionaria tenía que cumplir con tres tareas: a) explicar los acontecimientos empíricos; b) conceptualizar las necesarias instituciones económicas, militares, culturales y políticas del futuro y c) legitimar las políticas de la vanguardia (partido) ante las mayorías”. (Heinz Dieterich. *La disyuntiva de Cuba. Capitalismo o Nuevo Socialismo*, en *Rebelión*, 17/3/2006.)

Una vez más Heinz Dieterich plantea la cuestión en términos idealistas. La tarea de los bolcheviques después del derrocamiento del zarismo no era *conceptualizar* “instituciones del futuro”, sino llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad bajo condiciones objetivas extremadamente difíciles. Las instituciones por las que la clase obrera tomó el poder y administró la sociedad no necesitaban ser *conceptualizadas en teoría*, porque ya *existían en la práctica*. Los soviets, que nacieron como comités de huelga ampliados en 1905, y reemergieron en febrero de 1917, nunca fueron “conceptualizados en teoría”. No fueron anticipados en los escritos de Marx, Engels o Lenin, sino improvisados por los mismos obreros. Nadie les dijo que tenían que establecer soviets, simplemente lo hicieron.

Para gente como Dieterich es impensable que la clase obrera pueda ser capaz de conseguir su propia emancipación. Consideran a los obreros como niños pequeños que tienen que ser llevados de la

mano al paraíso del socialismo del siglo XXI por intelectuales amables, señores y señoras que gracias a la bondad de su corazón se dignan a ponerse a la cabeza de la sufrida humanidad y dirigirla hacia la salvación. Esto no tiene nada que ver con el marxismo, que se basa en el automovimiento del proletariado revolucionario. Marx dijo: la tarea de la emancipación de la clase obrera es tarea de los propios obreros. La Revolución Rusa es la mejor prueba de esta aserción.

Por supuesto, la dirección es necesaria, el partido es necesario y la teoría es necesaria. Estas cosas son necesarias porque la clase obrera en sí misma no es homogénea, hay capas más avanzadas y más atrasadas. Marx señaló que la clase obrera sin organización es sólo materia prima para la explotación. Es necesario agrupar a los elementos más avanzados de la clase (la vanguardia) en un partido revolucionario que lucha por ganar la dirección del conjunto de la clase. No existe una contradicción entre esto y la afirmación de que la clase obrera debe emanciparse ella misma, y la Revolución de Octubre confirma categóricamente la verdad de esto.

Sin la dirección de Lenin y Trotsky, la Revolución Rusa no se hubiera dado en 1917. Lenin planteó dos alternativas posibles en 1917: o una república obrera o una reacción fascista. Sin la lucha llevada a cabo, en particular, por Lenin, con su inmensa autoridad personal, el movimiento hubiera caído, sin duda, bajo la bota de la reacción. La misma elección se alza frente al pueblo venezolano y boliviano ahora mismo: o se acaba la tarea revolucionaria que ha sido empezada, y eso significa expropiar a los terratenientes y capitalistas, o más tarde o más temprano se verán enfrentados a un intento de derrocamiento contrarrevolucionario.

### **LOGROS DE LA REVOLUCIÓN RUSA**

Hoy en día, está de moda minimizar los resultados obtenidos en la URSS, o incluso negarlos totalmente. Pero la más ligera consideración de los hechos nos lleva a una conclusión muy diferente. A pesar de todos los problemas, deficiencias y crímenes (lacras, por otra parte, de las que el capitalismo nos ofrece abundantísimos ejemplos a lo largo de su historia), los avances más asombrosos fueron conseguidos por la economía nacionalizada y planificada en la Unión Soviética en lo que fue, desde el punto de vista histórico, un periodo de tiempo remarcablemente corto.

La economía nacionalizada y planificada en la URSS dio muestras de una vitalidad extraordinaria durante décadas. Tal transformación no tiene precedentes en los anales de la historia humana. La revolución abolió radicalmente la propiedad privada de los medios de producción. Por primera vez en la historia, la viabilidad de la economía nacionalizada y planificada fue demostrada no en teoría, sino en la práctica. En más de una sexta parte de la superficie de la Tierra, en un experimento gigante sin precedentes, fue demostrado que era posible dirigir una sociedad sin capitalistas, terratenientes y prestamistas.

Rusia en 1917 era considerablemente más atrasada que Pakistán hoy en día. Bajo espantosas condiciones de atraso económico, social y cultural, el régimen de democracia obrera establecido por Lenin y Trotsky fue reemplazado por la dictadura burocrática de Stalin. Esto fue un revés terrible, que significó la liquidación del poder político de la clase obrera, pero no de las conquistas socio-económicas fundamentales de Octubre, las nuevas relaciones de propiedad, que tenían su expresión más clara en la economía nacionalizada y planificada.

La viabilidad del nuevo sistema productivo fue puesta a prueba de un modo severo en 1941-45, cuando la Unión Soviética fue invadida por la Alemania nazi con todos los recursos de Europa a su disposición. A pesar de la pérdida de 27 millones de vidas, la URSS derrotó a Hitler, y siguió, después de 1945, reconstruyendo su economía arruinada en un periodo de tiempo relativamente corto, transformándose en la segunda potencia mundial. De un país atrasado, semifeudal y en su mayor parte analfabeto en 1917, la URSS se convirtió en un país moderno, con una economía desarrollada, con una cuarta parte de los científicos del mundo, una sanidad y educación iguales o superiores a las que podíamos encontrar en Occidente, capaces de lanzar el primer satélite y de poner al primer hombre en órbita.

Estos asombrosos avances en un país que partió de un nivel más atrasado que el Pakistán de hoy, deben hacernos pensar. Uno puede tener simpatía por los ideales de la Revolución Bolchevique, o puede oponerse a ella, pero una transformación tan destacable en un periodo de tiempo tan breve exige la atención de personas que estén dispuestas a pensar. En un periodo de 50 años, la URSS aumentó su producto interior bruto nueve veces. A pesar de la terrible destrucción de la II Guerra Mundial, incrementó su PIB cinco veces de

1945 a 1979. En 1950, el PIB de la URSS era sólo el 33 por ciento del de los EEUU, y en 1979 ya era del 58 por ciento. A finales de los años 70, la Unión Soviética era una poderosa potencia industrial, que en términos absolutos ya había sobrepasado al resto del mundo en todo una serie de sectores clave. La URSS era el segundo productor industrial después de los EEUU y era el mayor productor de petróleo, acero, cemento, tractores y otra maquinaria. El programa espacial soviético era la envidia del mundo.

Tampoco está todo el éxito expresado en estas cifras. Todo esto se consiguió sin desempleo, un mal que era prácticamente desconocido en la Unión Soviética. De hecho, desde un punto de vista legal, el desempleo era considerado un crimen. Además, durante la mayor parte del periodo de posguerra no hubo inflación. La burocracia aprendió la verdad en la advertencia de Trotsky, que dijo que “la inflación es la sífilis de la economía planificada”. Después de la Segunda Guerra Mundial, durante bastante tiempo la burocracia se preocupó de mantener la inflación bajo control. Esto es particularmente cierto en relación a los precios de los productos de consumo básicos. Antes de la Perestroika (reconstrucción) la última subida de los precios de la carne y de los productos lácteos había sido en 1962: 20 años antes. La URSS tenía unos presupuestos equilibrados e incluso algunos años hubo superávit. Es interesante observar que ningún gobierno occidental ha sido capaz de conseguir este resultado (como muestran las condiciones de Maastricht), del mismo modo que tampoco han conseguido el objetivo de pleno empleo e inflación cero, elementos que sí existían en la Unión Soviética. Los críticos occidentales de la URSS nunca dicen nada sobre esto, ya que demostraba las posibilidades de una economía de transición, sin hablar de lo que sería el socialismo.

Ya en *La Ideología alemana*, obra escrita entre 1845 y 1846, Marx y Engels explicaron que “este desarrollo de las fuerzas productivas (que entraña ya, al mismo tiempo, una existencia empírica dada en un plano *histórico-universal*, y no en la existencia puramente local de los hombres) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez* y, por tanto, con la *pobreza*, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior”. (Carlos Marx y Federico Engels. *La ideología alemana*. Barcelona. L'Eina Editorial. 1988. p. 32.)

Por la frase “toda la porquería anterior”, Marx y Engels tenían en mente la desigualdad, la explotación, la opresión, la corrupción, la burocracia, el Estado y todos los otros males endémicos de la sociedad. Hoy, después de la caída del estalinismo en Rusia, los enemigos del socialismo intentan demostrar que las ideas del marxismo no pueden ponerse en práctica. Descuidan el pequeño detalle de que Rusia antes de 1917 era un país muy atrasado. Lenin y los bolcheviques, que estaban bastante versados en los escritos de Marx, sabían bien que las condiciones materiales para el socialismo en Rusia estaban ausentes. Pero Lenin y Trotsky nunca defendieron la idea de una revolución nacional o del “socialismo en un solo país” y menos aún en un país atrasado como Rusia. Los bolcheviques tomaron el poder en 1917 con la perspectiva de la Revolución Mundial. La Revolución de Octubre dio un poderoso ímpetu al resto de Europa, empezando por Alemania, donde la revolución podía haber triunfado si no hubiera sido por la cobarde traición de los líderes socialdemócratas que salvaron el capitalismo. El mundo entero pagó un precio terrible por ese crimen, con convulsiones económicas y sociales en las dos décadas de entreguerras, el triunfo de Hitler en Alemania, la Guerra Civil en España y, finalmente, los horrores de una nueva guerra mundial.

Como Trotsky explica: “Que la socialización de los medios de producción creados por los capitalistas representa un tremendo beneficio económico se puede demostrar hoy en día no sólo teóricamente, sino también con el experimento de la Unión de los Soviets, a pesar de las limitaciones de ese experimento. Es verdad que los reaccionarios capitalistas, no sin artificio, utilizan el régimen de Stalin como un espantajo contra las ideas socialistas. En realidad, Marx nunca dijo que el socialismo podía ser alcanzado en un solo país, y, además, en un país atrasado. Las continuas privaciones de las masas en la Unión Soviética, la omnipotencia de la casta privilegiada que se ha levantado sobre la nación y su miseria y, finalmente, la desenfundada ley de la cachiporra de los burócratas, no son consecuencias del método económico socialista, sino del aislamiento y del atraso de la Rusia soviética, cercada por los países capitalistas. Lo admirable es que en esas circunstancias excepcionalmente desfavorables, la economía planificada se las haya arreglado para demostrar sus beneficios insuperables”. (León Trotsky. *¿Qué es el marxismo?* Madrid. Fundación Federico Engels. 2003. p. 32.)

## LA ‘EXPLICACIÓN’ DE DIETERICH

¿Cómo explica Heinz Dieterich la caída de la URSS? Se refiere a menudo a la implosión de la Unión Soviética, pero en ningún sitio explica las razones de ello. Éste no es el lugar para explicar en profundidad las razones de la caída del estalinismo. Eso ya ha sido hecho en otro sitio (ver Ted Grant, *Rusia, de la revolución a la contrarrevolución*). Dieterich no ofrece una explicación seria de la caída de la URSS, por el simple hecho de que él mismo no es capaz de entenderla. Pero sin esa explicación no podemos dar un solo paso adelante. La primera pregunta formulada por trabajadores y jóvenes (y por muchos comunistas honestos que quieren aprender del pasado para no repetirlo) es si el socialismo es tan bueno, ¿por qué fracasó en Rusia? He aquí lo que Dieterich dice en un artículo en *Rebelión* (10/11/2005):

“5. Las condiciones para vencer a la civilización capitalista definitivamente han sido expuestas con claridad por Lenin, posiblemente el revolucionario socialista práctico-teórico más grande que haya conocido la época moderna. Esas condiciones son dos: a) una productividad del trabajo superior a la del capitalismo y, b) la democracia participativa real de las masas.

“6. Bajo Stalin, ambos criterios fueron vaciados de contenido real, socavando la viabilidad del Proyecto Histórico original a mediano plazo. La productividad del trabajo es, esencialmente, una función de dos factores: el nivel tecnológico de las fuerzas productivas y la tasa de plustrabajo, es decir, la relación entre trabajo excedente y trabajo necesario que mide el grado de explotación del productor directo.

“Dado que la URSS no disponía de tecnología avanzada, era imposible competir con la productividad laboral capitalista por esta vía. El aumento de la tasa del plustrabajo mediante la militarización del trabajo fue la respuesta de Stalin al dilema planteado, con la consecuencia de que las condiciones laborales y el “plan” de producción se convirtieran en fuerzas tan impositivas y enajenantes para el productor directo (trabajador), como lo habían sido el capitalista y el mercado en la economía anterior.

“El absolutismo político del sistema estalinista, con plena absorción y control burocrático de todos los circuitos posibles de autodeterminación y autoorganización democrática de la gente y del Estado, por un partido omnipotente y omnipresente, destruía el segundo criterio que Lenin había formulado como precondition para el triunfo definitivo sobre el capitalismo: la democracia participativa. De esta manera, la inviabilidad evolutiva del sistema a mediano plazo quedó sellada y su implosión era solo una cuestión de tiempo; salvo que se regresara al modelo leninista de la transición socialista.

“7. Lenin había definido el modo de producción socialista por: a) una productividad superior del trabajo a la del modo de producción capitalista y, b) la democracia real en economía, cultura y Estado. El primer criterio nació de las circunstancias de destrucción y subdesarrollo extremos de Rusia: se trató de una necesidad imperativa de su tiempo. Hoy día ya no es necesario postularlo de esta manera, porque la productividad laboral alcanzada por el género es suficiente para proporcionarle a la humanidad entera un nivel de vida adecuada”. (Heinz Dieterich. *Venezuela: modo de producción socialista y fase de transición*. Publicado en *Rebelión*. 10/11/2005.)

Resulta muy gratificante ver que Heinz Dieterich considera a Lenin como “posiblemente el revolucionario socialista práctico-teórico más grande que haya conocido la época moderna” (es de suponer que ha incluido la palabra “posiblemente” para dejar algo de espacio para Arno Peters y para él mismo). Sin embargo, hubiera sido mejor si hubiera explicado lo que Lenin tenía que decir sobre la verdadera democracia participativa de las masas y la naturaleza precisa del modelo leninista de transición socialista. Pero como él se ha olvidado de hacerlo, vayamos en su ayuda. El régimen establecido por la Revolución de Octubre no era ni totalitario ni burocrático, sino el régimen más democrático jamás visto en la Tierra –un régimen en el cual, por primera vez, millones de hombres y mujeres normales y corrientes derrocaron a sus explotadores, tomaron su destino en sus propias manos y, por lo menos, empezaron la tarea de transformar la sociedad–. Que esta tarea, bajo condiciones específicas, fuera desviada a senderos imprevistos por los líderes de la revolución, no invalida las ideas de la Revolución de Octubre, ni tampoco minimiza

el significado de los colosales avances hechos en la URSS en los 70 años que siguieron.

Después de la Revolución Bolchevique la economía nacionalizada y planificada alcanzó cotas de crecimiento sin precedentes: 20 por ciento cada año durante los primeros planes quinquenales y diez por ciento después de 1945. Pero en el periodo posterior a 1965, la tasa de crecimiento empezó a frenarse. Entre 1965 y 1970, el crecimiento fue del 5,4 por ciento. A lo largo de los siete años siguientes, entre 1971 y 1978, la media de crecimiento fue de sólo el 3,7 por ciento. Esto puede ser comparado con la media del 3,5 por ciento de las economías avanzadas de la OCDE. En otras palabras, la tasa de crecimiento de la Unión Soviética no era mucho mayor que las que se conseguían bajo el capitalismo, una situación desastrosa. Como resultado, el peso de la URSS en el total de la producción mundial cayó ligeramente del 12,5 por ciento en 1960 al 12,3 por ciento en 1979. En el mismo periodo, Japón incrementó su parte del total del 4,7 por ciento al 9,2 por ciento. Todos los discursos de Kruschev sobre alcanzar y sobrepasar a los EEUU se evaporaron en un momento.

Posteriormente, la tasa de crecimiento de la URSS continuó cayendo hasta el fin del periodo de Breznev (el “periodo de estancamiento”, como fue bautizado por Gorbachov), donde pasó a ser cero. ¿Cómo explicamos esto? Como señala Trotsky, una economía nacionalizada y planificada necesita democracia como el cuerpo humano necesita oxígeno. Sin el control democrático y la administración de la clase obrera, un régimen de nacionalización y planificación inevitablemente se paralizará, especialmente en una economía moderna, compleja y sofisticada. Este hecho se refleja gráficamente en la caída de la tasa de crecimiento de la economía soviética desde principios de la década de 1970, después de los éxitos sin precedentes de la economía planificada en el periodo anterior.

Los regímenes en la URSS y sus satélites de Europa Oriental en muchos sentidos eran lo opuesto al socialismo. No tenían nada que ver con el régimen de democracia obrera (democracia soviética) establecido por los bolcheviques en 1917. Éste fue completamente destruido por Stalin y la burocracia privilegiada a la que representaba. Bajo Stalin, Kruschev y Breznev, no hubo control obrero o participación democrática. Los jefes burocráticos decidían absolutamente todo. La economía de planificación centralizada funcionó parcialmente al principio, con un costo de grandes sacrificios para

las masas, en el periodo en el que la Unión Soviética estaba subdesarrollada. Pero en la década de 1970, gracias a las ventajas que dio la revolución y la abolición de los terratenientes y el capitalismo, Rusia se había transformado en una economía desarrollada, la segunda superpotencia. Se producían un millón de mercancías diferentes. En una economía avanzada, el método de mando burocrático no funciona. El conjunto de la economía se paralizó. De ser una barrera relativa, la burocracia se convirtió en un freno absoluto al desarrollo de la sociedad y, por lo tanto, la dominación de la burocracia estaba condenada.

Una vez alcanzada esta etapa, la burocracia dejó de jugar incluso un papel relativamente progresista que podría haber jugado en el pasado. He aquí la razón por la que el régimen soviético entró en crisis. Hoy esto parece obvio a todos, pero ser sabio después de los acontecimientos es relativamente fácil. No es tan fácil predecir procesos históricos por adelantado, pero éste es el caso de los notables escritos de Ted Grant sobre Rusia, que siguieron rigurosamente la línea de declive del estalinismo y en los cuales Ted predijo el resultado final un cuarto de siglo antes de la caída del muro de Berlín. Tan sólo aquí encontramos un análisis exhaustivo de las razones de la crisis del régimen burocrático, que incluso hoy sigue cerrado con siete llaves para muchos de los analistas de los acontecimientos en la antigua URSS.

El aislamiento de la Revolución Rusa en condiciones de extremo atraso económico y cultural fue el caldo de cultivo con el que la burocracia prosperó, echando de un modo gradual de los soviets a los obreros y concentrando el poder en sus propias manos. Bajo Stalin, todas las conquistas políticas de la Revolución de Octubre fueron eliminadas. La burocracia se constituyó en una casta que se elevó por encima de la clase obrera y gobernaba en su nombre. Como cualquier otra casta o clase dominante de la historia, usó al Estado para defender su poder y sus privilegios. Todos los elementos de la democracia obrera fueron brutalmente suprimidos y reemplazados por una repulsiva dictadura totalitaria. Al final, la voraz burocracia socavó y destruyó la economía nacionalizada y planificada, llevando a la tierra de Octubre de vuelta al capitalismo. Hoy en día, los antiguos líderes del PCUS, a los que se les solía llenar la boca con palabras como “socialismo” y “comunismo”, están cantando las maravillas de la economía de mercado. Tienen mucha razón al hacerlo, ya

que han saqueado el Estado y se han convertido en los propietarios de grandes monopolios privados.

Muchos de los recién nacidos capitalitas de Rusia son antiguos miembros de la nomenclatura, gente que no hace mucho llevaban el carné del partido comunista en el bolsillo y hablaban en nombre del “socialismo”. De hecho, no tenían nada que ver con el socialismo, el comunismo o la clase obrera. Eran parte de una casta dirigente totalmente parasitaria, que vivía en el lujo a costa de los obreros soviéticos. Ahora, con el mismo cinismo que siempre ha caracterizado a estos elementos, se han pasando abiertamente al capitalismo. Pero esta transformación milagrosa no podía ser consumada tan sencillamente. Estas gentes sentían una necesidad imperiosa de justificar su apostasía profiriendo insultos contra lo que daban a entender que habían creído tan sólo ayer. De ese modo, intentan lanzar arena a los ojos de las masas, mientras salvan sus conciencias –siempre asumiendo que poseen semejante cosa, lo cual es altamente improbable–. Pero incluso a los peores sinvergüenzas les gusta encontrar alguna justificación para sus acciones.

No obstante, lo que los críticos occidentales del marxismo no quieren dar a conocer es que el movimiento en la dirección del capitalismo en la antigua Unión Soviética y Europa del Este, lejos de mejorar la situación, ha causado un desastre social y económico absoluto. Ciertamente es que las fuerzas productivas se estancaron bajo Breznev, pero cuando se privatizó la economía, cayó un 60 por ciento –una caída increíble, mucho peor que la recesión de 1929-32 en los EEUU–. Bajo la economía planificada, el pueblo de la Unión Soviética disfrutó de unos niveles de esperanza de vida, salud y educación similares o superiores a los de muchos países capitalistas desarrollados. ¿Qué ocurrió con las condiciones de vida después de la restauración del capitalismo? El *Financial Times* del 14 de febrero de 1994, publicaba en portada un artículo sobre Rusia bajo el siguiente título: “Rusia se enfrenta a una crisis de población a medida que la tasa de mortalidad aumenta”. El artículo señalaba que “tan solo en el último año, la tasa de mortalidad se elevó un 20 por ciento, con 360.000 muertos más que en 1992. Los investigadores creen que la media de mortalidad de un hombre ruso se ha desplomado a los 59 años –muy por debajo de la media de los países industrializados y la más baja en Rusia desde principios de los años 60–”.

## LOS MITOS DE DIETERICH Y LA PREDICCIÓN DE TROTSKY

¿Cómo explica el camarada Dieterich la caída del estalinismo? En el artículo *La disyuntiva de Cuba. Capitalismo o nuevo socialismo*, leemos:

“La ‘necesidad’ ideológica, de identificar falsamente (mistificar) lo estatal con lo social, fue el pecado original de la teoría social científica y de la filosofía en los países socialistas. Se convirtió en mito fundador esterilizante de la naciente civilización soviética, que impidió la evolución posterior de la teoría revolucionaria, máxime, cuando bajo el poder del Partido-Estado estalinista se sancionaba hasta con la muerte a aquellos que Stalin consideraba los ‘enemigos del pueblo’: reformulación de la fórmula jacobina de los ‘enemigos de la revolución’, que no sólo se aplicaba a los trotskistas y la oposición de ‘derecha’ y de ‘izquierda’, sino que prevenía también contra todo intento de descubrir la verdad histórica de la nueva civilización”.

Aquí tenemos un espécimen típico del método de análisis idealista e impresionista de Dieterich. No nos da ninguna explicación real de la contrarrevolución política estalinista en Rusia. ¿Cuál es la razón de esta “necesidad ideológica”? No nos lo puede decir, ya *que no lo sabe*. Desde un punto de vista marxista, si una idea (incluso una idea incorrecta) se expresa y adquiere un apoyo importante en la sociedad, es evidente que esta idea representa los intereses de una clase o casta de la sociedad. La pregunta que hay que hacer (y que Dieterich nunca plantea) es ¿qué intereses representaba Stalin?, ¿qué le empujó a ordenar la encarcelación y el asesinato de cientos de miles de devotos leninistas (“trotskistas”)?

El camarada Dieterich nos hace referencias al famoso discurso secreto de Krushev en el XX Congreso del PCUS en 1956. ¿Cómo explicó Krushev los crímenes de Stalin? Los explicó como resultado del culto a la personalidad. Este discurso, que Dieterich considera como “un paso trascendental para volver a la constitucionalidad socialista, acompañado de la rehabilitación de innumerables víctimas” no *explicaba nada de nada*. Krushev y Gorbachov culparon a Stalin de los crímenes de esa época. Stalin fue un monstruo. Dieterich les da la razón. Pero un sólo hombre, por muy malvado que sea, no puede ser el único responsable de todos esos crímenes. Stalin representaba la contrarrevolución de la élite privilegiada, la casta burocrática de

millones de oficiales del Estado, del partido, de directivos de empresa, de generales y demás. De ahí obtuvo su poder. No podía haber llevado a cabo esos crímenes sin el apoyo de esa burocracia.

La casta de oficiales privilegiados usurpó el poder, quitándoselo a la clase obrera. Abolieron el movimiento hacia la igualdad y se otorgaron a sí mismos enormes privilegios, que aumentaron a lo largo de décadas. Los individuos que constituían el estrato superior de la sociedad rusa vivían como millonarios. La esposa de Gorbachov llevaba diamantes y vestidos importados de las tiendas de moda de París. ¿Qué tipo de socialismo es ése? Heinz Dieterich critica a Kruschev, pero no por las razones que debiera. Su crítica se basa en que las medidas tomadas por Kruschev no llevaron a “la profunda revisión del mito fundador de la sociedad soviética que hubiera podido devolver a la ciencia soviética y al arte el gran potencial de liberación inherente al materialismo dialéctico. La desestalinización política no fue seguida por una desestalinización epistemológica del discurso dominante, que era tan imprescindible e impostergable como la primera”. (Ibíd.)

En su artículo *Venezuela: Modo de producción socialista y fase de transición* publicado en *Rebelión* (10/11/2005), Dieterich dice: “la evolutiva inviabilidad del sistema a medio plazo quedó sellada y su implosión sólo era cuestión de tiempo, a menos que regresara al modelo leninista de transición socialista”. Esto es lo que el camarada Dieterich escribe *hoy*. Pero si la caída de la URSS y su vuelta al capitalismo eran inevitables, Heinz Dieterich debía haber sido capaz de predecirlo hace tiempo. ¿Dónde están las predicciones de Heinz Dieterich en relación a la caída de la URSS y su vuelta al capitalismo? Uno puede buscar en sus escritos en vano, ya que esas predicciones nunca fueron hechas. Por el contrario, nuestro Heinz, un antiguo estalinista, estaba tan hipnotizado por los logros del “socialismo real” que aún hoy utiliza esa expresión siempre que habla del estalinismo. No es muy difícil predecir cosas cuando ya han pasado, pero eso es todo lo que nuestro economista científico y sociólogo sabe hacer.

¿Dónde podemos encontrar un análisis marxista del estalinismo y una predicción clara y sin ambigüedades de cómo iba a terminar? Sólo lo podemos encontrar en un lugar: en un libro escrito en 1936 por un hombre que fue sin duda uno de los dos socialistas revolucionarios teóricos y prácticos más grandes que la era moderna ha conocido, el hombre que, junto a Lenin, dirigió a los obreros y cam-

pesinos rusos hacia el poder en octubre de 1917, León Trotsky. En *La Revolución Traicionada*, Trotsky no sólo predice que la burocracia estalinista puede acabar restaurando el capitalismo en la URSS; también dio una descripción precisa de lo que pasaría después: “*la caída de la dictadura burocrática actual, sin que fuera reemplazada por un nuevo poder socialista, anunciará también el regreso al sistema capitalista con una caída catastrófica de la economía y la cultura*”. Estas palabras, escritas en 1936, predicen exactamente lo que ha ocurrido en Rusia desde 1991.

En vez de tratar las bases materiales del estalinismo como expresión política de los intereses materiales de la burocracia, Dieterich lo atribuye al *mito fundacional de la naciente sociedad soviética*. Pero la sociedad soviética no fue fundada sobre ningún mito, sino sobre relaciones de producción, relaciones de clase reales y una estructura legal y una superestructura real erigidas por encima de esas relaciones. Sin tratar esas cuestiones, nunca podremos entender la evolución de la Unión Soviética, pero nuestro Heinz no las trata. En vez de eso, nos lleva al mundo fantasmagórico de la mitología. En vez de mantener los pies en la tierra, se nos invita a flotar suavemente hacia el reino de la fantasía. Esto es típicísimo del tipo de sociología burguesa que se enseña en las universidades de hoy en día, en las que Heinz Dieterich se siente más cómodo que con el marxismo. Los fundadores de la República Obrera Soviética, Lenin y Trotsky y el partido bolchevique que dirigían, no se guiaron por mitos, sino por las teorías científicas de Marx y Engels. El Estado que crearon se basaba en el modelo democrático de la Comuna de París y se expresó a través del dominio de los soviets.

“La desestalinización política”, se queja Dieterich, “no fue seguida por la desestalinización epistemológica del discurso dominante”. ¿Qué significa eso? Sólo puede significar lo siguiente: que Dieterich considera que Krushev realmente llevó a cabo una desestalinización en la práctica, pero que falló en hacerlo epistemológicamente. La epistemología es una rama de la filosofía que investiga el origen, la naturaleza, los métodos y los límites del conocimiento humano. Así, el único fallo que Dieterich le encuentra a Krushev es que *no llevó a cabo la desestalinización en esta rama de la filosofía soviética*. En *El Socialismo del Siglo XXI*, página 19, leemos: “La caída del socialismo ‘realmente existente’ aclaró aún más la lógica de este proceso, haciendo evidente que la llamada ‘Guerra Fría’ nunca fue más que un episodio en la larga guerra ‘norte-sur’, es decir, parte del secular

problema del colonialismo e imperialismo occidental, en el que la URSS no cumplió más que el trágico papel de Espartaco”.

Dieterich compara a gente como Stalin, Breznev y Gorbachov con el gran revolucionario y líder de los esclavos, Espartaco. Sería difícil pensar en una comparación más escandalosa. Igualar al líder del mayor levantamiento de esclavos de la historia con Stalin, quien organizó y creó campos de trabajos forzados, donde encarceló a cientos de miles de revolucionarios rusos, es una vergüenza. Pero ya estamos acostumbrados a las absurdidades del camarada Dieterich y no esperamos menos de él. Bajo Stalin, millones de ciudadanos soviéticos fueron enviados a morir de hambre a campos de concentración. Las tradiciones democráticas e internacionalistas de Lenin fueron totalmente pisoteadas. Los crímenes más terribles fueron cometidos contra la clase obrera. ¡Pero todo lo que Heinz Dieterich puede pensar en criticar es la epistemología! ¡Y nos quiere hacer creer que la causa de la caída de la Unión Soviética fueron los defectos en la epistemología soviética! ¡Tan sólo con que hubieran prestado atención a esa rama de la filosofía, todo hubiera sido lo mejor de lo mejor en los mundos socialistas realmente existentes! Aquí le decimos adiós a la realidad y ascendemos al fantástico mundo, no de la epistemología, sino precisamente de la *mitología*.

### ¿SOCIALISMO REAL?

En la misma obra, página 24, nos suelta de modo inocente la siguiente frase: “Y nadie que sea realista, se atrevería a pensar que lo que fue el socialismo ‘realmente existente’ sirva todavía para aglutinar una alternativa mundial, capaz de superar al capitalismo mediante un movimiento de masas”.

Igual que muchos otros ex admiradores de la URSS, Dieterich ahora lanza por la borda sus antiguas ideas como un hombre soltando lastre en un barco que se hunde, pero en ningún lugar nos dice por qué las ideas que defendió en el pasado deben ser ahora abandonadas, y por qué lo que él denomina socialismo realmente existente no sirve. Esto demuestra una actitud tremendamente ligera hacia la teoría y el movimiento socialista. Es cierto que el estalinismo fracasó, y que la burocracia, habiendo socavado el régimen de democracia socialista establecido por Lenin y Trotsky en 1917, destruyó en última instancia la URSS. Pero a menos que seamos capaces de

proveer a la clase obrera de una explicación de esta degeneración, seremos incapaces de convencer a la nueva generación de que el socialismo y el marxismo son la única vía alternativa al capitalismo senil. Sin embargo, 16 años después de la caída de la Unión Soviética, Dieterich no sólo es incapaz de dar esa explicación, sino que aún se refiere a la caricatura totalitaria que es el estalinismo como “socialismo”. Un mayor servicio a los enemigos del marxismo y el socialismo es difícil de imaginar.

Hoy, muchos comunistas honestos exigen saber la verdad sobre este “socialismo real”. Quieren entender por qué el “paraíso socialista”, tal y como era descrito por sus líderes no hace tanto, pudo derrumbarse como un castillo de naipes, sin ningún intento de defenderlo por parte de los obreros rusos. Piden conocer cómo es posible que la gran mayoría de los líderes del PCUS, que se jactaban de las maravillas del socialismo y el comunismo en el pasado, ahora se hayan convertido al capitalismo y se hayan transformado en una oligarquía capitalista que se ha enriquecido gracias al saqueo de la propiedad estatal. A esos comunistas honestos, Heinz Dieterich no tiene nada que decirles, excepto la afirmación de que el “socialismo real” ya no puede proporcionar una alternativa.

### LA NEGACIÓN DEL SOCIALISMO

En el artículo de Dieterich titulado *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo*, en el apartado titulado *Stalin y la teoría económica de la nueva civilización socialista*, leemos: “La segunda dificultad de los constructores del Nuevo Mundo socialista no era ideológica, sino teórica. La economía improvisada bajo las condiciones de la tiránica realidad rusa y el bloqueo económico-político del imperialismo, no fue la réplica de un sistema capitalista, pero tampoco representaba el modo de producción socialista que preveían la economía política y la ética política de Marx y Engels. Porque no se fundamentaba en el valor (insumos de tiempo, time inputs) y el intercambio de valores iguales (equivalencias), ni tampoco en la autodeterminación de los productores directos”.

Ya hemos explicado que las ideas de Dieterich sobre economía, que están basadas en el intercambio entre iguales (equivalencias), son disparates utópicos que no tienen nada que ver con la economía marxista, o con el mundo real en general. También hemos explica-

do que es físicamente imposible calcular la cantidad exacta de valor (time inputs) que contienen mercancías individuales, ya que tal tarea, además de ser totalmente innecesaria, agotaría toda la potencia de todos los ordenadores del planeta.

¿Qué decir sobre la “autodeterminación de los productores directos”? Esta fórmula es también incorrecta. Es una *noción anarquista* y no marxista. La idea de que los trabajadores de una empresa particular dirigirán y controlarán “su” fábrica, oficina o mina, negaría la posibilidad de la planificación socialista. Tendería a poner a un grupo de trabajadores en contradicción con otro grupo de trabajadores, y terminaría inevitablemente en un tipo de economía de mercado con competencia, dinero, beneficios y pérdidas en la que las empresas más productivas se harán ricas a costa de las menos productivas. Hasta aquí la utopía de Dieterich; pero ¿cómo analiza el carácter de la URSS?

“Se trataba de una realidad sui generis, un mestizaje, cuya descripción y explicación científica requería su propio paradigma teórico, es decir, una evolución del paradigma de los clásicos que fuese capaz de aprehender científicamente la nueva realidad económica”. (Ibíd.)

Algo que es sui generis es único, de su propia especie y, por lo tanto, no puede ser comparado de modo práctico con nada más. Según el camarada Dieterich un análisis de la URSS “requería su propio paradigma teórico, es decir, una evolución del paradigma de los clásicos”. Paradigma es una palabra que algunos científicos tienden a usar cuando no saben qué decir. Todo lo que nuestro Heinz está haciendo aquí es expresar su propio asombro y su incapacidad de decir algo útil o, incluso, comprensible sobre un tema importante que requiere una respuesta.

Nos informa de que la URSS “requiere su propio paradigma teórico”, pero en ningún lugar nos dice de qué tipo de paradigma teórico habla. No dice lo que es, ya que no tiene ni la más remota idea de lo que fue el estalinismo ni de donde surgió. Tampoco nos dice lo que habría que decir, o sea, que *el estalinismo representa la negación absoluta del socialismo como lo entendían Lenin y Marx*. Además, para entender este fenómeno importante, no necesitamos un “paradigma único”, sino una comprensión profunda del método marxista de análisis, pero esto es algo que el camarada Dieterich no posee en absoluto.

¿Es cierto que las ideas clásicas del marxismo son incapaces de arrojar luz al fenómeno del estalinismo? ¿Es el caso, como Dieterich defiende, que necesitamos un nuevo sistema ideológico y metodológico (“paradigma”)? No, no es en absoluto cierto. De hecho, sólo es posible entender la degeneración burocrática de la Revolución Rusa usando el método marxista de análisis: el materialismo histórico y la dialéctica. Esto es lo que permitió a León Trotsky analizar este fenómeno y predecir la caída de la URSS décadas antes de que ocurriera. De modo similar, sólo es posible adquirir una comprensión racional del funcionamiento de la economía soviética volviendo a los escritos económicos de Marx. Miremos como miremos esta cuestión, está claro que los precios de las mercancías, incluso en un Estado obrero, deben estar basados en algo: ¿en qué otra cosa puede ser excepto el valor del producto, el trabajo social necesario que éste contiene? Esta cuestión fue tratada por Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*:

“En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente. La expresión “el fruto del trabajo”, ya hoy recusable por su ambigüedad, pierde así todo sentido.

“De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad —después de hechas las obligadas deducciones— exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal

o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de esta bajo otra distinta.

“Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, por que bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

“Por eso, el derecho igual sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como término medio, y no en los casos individuales.

“A pesar de este progreso, este derecho igual sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el mismo rasero: por el trabajo.

“Pero unos individuos son superiores, física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un trabajador como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes individuales, y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad. El derecho sólo puede consistir,

por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando que se les coloque bajo un mismo punto de vista y se les mire solamente en un aspecto determinado; por ejemplo, en el caso dado, sólo en cuanto obreros, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: un obrero está casado y otro no; uno tiene más hijos que otro, etc., etc. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, uno obtiene de hecho más que otro, uno es más rico que otro, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

“Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

“En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!” (Carlos Marx. *Crítica del programa de Gotha*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2004. pp. 30-31.)

Más tarde, Lenin escribía: “La gran significación de la explicación de Marx está en que también aquí aplica consecuentemente la dialéctica materialista, la teoría del desarrollo, considerando el comunismo como algo que se desarrolla del capitalismo. En vez de definiciones escolásticas y artificiales, ‘imaginadas’, y de disputas estériles sobre palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo), Marx traza un análisis de lo que podríamos llamar las fases de madurez económica

del comunismo”. (Lenin. *El Estado y la revolución*. Madrid. Fundación Federico Engels. 1997. p. 97.)

Hemos citado estas obras con extensas citas para demostrar una vez más lo claro que Marx y Lenin han explicado sus ideas. Es una pena que lo mismo no pueda decirse de otro tipo de escritos que hemos tenido que leer últimamente.

### ¿FUNCIONABA LA LEY DEL VALOR EN LA URSS?

Heinz Dieterich escribe: “En la discusión de las relaciones mercantiles en la URSS tomó la siguiente posición. Observaba que los bienes de capital (medios de producción) no se vendían libremente, sino que se producían y asignaban a través del plan a sus destinatarios, hecho por el cual no podían ser considerados mercancías. En cambio, los medios de consumo sí podían adquirirse libremente, hecho, por el cual era innegable su carácter mercantil.

“Es evidente, que Stalin tenía razón en cuanto que la aplicación mecánica de la terminología capitalista a la economía soviética no era justificable, ni política ni científicamente. Pero, tampoco era teóricamente defendible identificar al nuevo Estado con la sociedad, en un sistema en el cual no existía la democracia participativa, o identificar el modelo económico que se desarrollaba como ‘socialista’.

La nueva economía no era capitalista porque no existía una clase de capitalistas privados que controlara las dos variables estratégicas de todo sistema económico: el excedente económico (surplus) y la tasa de inversión. Por eso era una falacia calificar el híbrido sistema soviético como capitalismo de Estado, como ocurría en determinados debates de los setenta (ver la polémica Bettelheim-Sweezy). Pero, por otra parte, sí seguía siendo esencialmente una economía de mercado regida por el precio y carente de los criterios decisivos de la economía socialista: valor y democracia económica. La determinación científica que con más rigor conceptual se acercaba a la nueva economía soviética, era la siguiente: una economía primordialmente de mercado, no crematística”. (Heinz Dieterich. *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo*.)

¡Confusión sobre confusión! En un momento Dieterich describe la URSS como “socialismo realmente existente” y en el siguiente

dice que la economía de la URSS es “esencialmente una economía de mercado regida por el precio y carente de los criterios decisivos de la economía socialista: valor y democracia económica”. Si era una economía de mercado, entonces debería haber seguido la ley de movimiento de una economía de mercado, esto es, booms y recesiones. Pero no había ni booms ni recesiones en la Rusia estalinista, que alcanzó niveles sin precedentes de crecimiento económico. Por lo tanto, si aceptamos el análisis de Heinz Dieterich deberíamos explicar un fenómeno totalmente nuevo, un sistema socio-económico completamente desconocido para el marxismo: una economía de mercado (o sea capitalismo) sin capitalistas privados, que abolió booms y recesiones. ¿Cuál es la naturaleza de esta extraña bestia, que “no es ni chicha ni limoná”? El camarada Dieterich no nos ilumina en este tema. Esto no nos debería sorprender, ya que él mismo lo desconoce. Simplemente repite una cantinela sin fin de frases contradictorias y espera que nadie se dé cuenta.

El camarada Dieterich es incapaz de pensar dialécticamente, sólo es capaz de pensar en términos de *capitalismo* y *socialismo* como categorías fijas, y por eso siempre acaba en estos berenjenales. Entre capitalismo y socialismo existe un periodo de transición, en el que la burguesía es expropiada y se instala una economía nacionalizada y planificada. Esto representa una conquista colosal y un paso adelante, como la historia de la URSS nos demostró, *pero aún no es socialismo*.

Incluso cuando caracterizamos a la URSS como una sociedad de transición, no agotamos la cuestión. Es necesario tener en cuenta las condiciones concretas en las que la Revolución de Octubre tuvo lugar. El problema era que los bolcheviques tomaron el poder en Rusia, una sociedad extremadamente atrasada de la que las condiciones materiales para la construcción del socialismo estaban ausentes. Lenin nunca alegó que el socialismo existiera en Rusia (ni mucho menos, el comunismo). Lo que existió en Rusia después de la Revolución de Octubre no era ni socialismo ni comunismo, sino un Estado obrero, o la dictadura del proletariado, como Marx lo llamaba. Además, como Lenin señaló a Bukharin en 1920, dado el extremo atraso de Rusia, era un Estado obrero con *deformaciones burocráticas*.

En la etapa de transición entre el capitalismo y el socialismo es inevitable que algunas facetas de la sociedad pasada (capitalismo) aún existan, incluyendo la teoría del valor, el dinero, los precios, los

salarios, etc. Por supuesto, en un Estado obrero, la ley del valor no funcionará del mismo modo que bajo el capitalismo. En una economía nacionalizada y planificada, la ley de movimiento de la economía de mercado (booms y recesiones) queda abolida. Ésta es una de las mayores ventajas de la economía planificada y nacionalizada, que permite un desarrollo colosal de las fuerzas productivas. La historia de la URSS, especialmente durante los cinco primeros planes quinquenales, confirma esto completamente. Pero la nacionalización de las fuerzas productivas, aunque es una precondition necesaria para el socialismo, por sí misma, no significa que el socialismo haya sido alcanzado. No significa que el estiércol pueda ser transformado en oro, como Trotsky observó.

Marx explica que bajo el socialismo todo lo que les correspondía a los directivos serían los salarios de administración, pero la burocracia soviética se apropió de mucho más que esto. Aparte de sus altos salarios y privilegios legales, coches, apartamentos de lujo, servicio doméstico, dachas y balnearios, etc., también tenían muchos privilegios y ventajas ilegales. Éstos no eran lo mismo que los beneficios de un capitalista privado, que al fin y al cabo juega un papel necesario en la economía de mercado, cualquier obrero entiende esto. Los trabajadores pueden ir a la huelga para incrementar su parte de la plusvalía creada y reducir la de los dueños, pero nunca se les ocurriría pedir que los dueños no debieran de tener ningún beneficio. En contraste, cada rublo apropiado por la burocracia por encima de sus salarios de administración era simplemente robo y parasitismo.

La Rusia soviética no era socialismo, sino una sociedad de transición en la que el capitalismo había sido abolido pero donde las leyes capitalistas aún operaban, aunque de un modo modificado, *junto con las leyes de la futura sociedad socialista (elementos de la planificación)*. Esto es sin duda una contradicción dialéctica, que fluye de la naturaleza contradictoria de una sociedad que ha roto con el pasado pero que aún no posee el nivel material, cultural y tecnológico suficiente que pueda permitir el paso inmediato a lo que Engels describía como “el reino de la libertad”. Es completamente absurdo referirse a la URSS como una “economía de mercado”, que para cualquier persona con un mínimo de conocimiento significa *capitalismo*. En la Unión Soviética los medios de producción estaban en manos del Estado, que tomaba todas las decisiones relativas a la inversión, distribución,

consumo y demás. Si todo es propiedad estatal y no existen los capitalistas privados (como incluso el camarada Dieterich puede ver), entonces las leyes de la economía de mercado capitalista se anulan. Uno puede llamar a la Rusia de Stalin lo que quiera, pero no era capitalismo.

La burocracia saqueó la economía en su propio interés y disfrutó de increíbles privilegios que no tenían ninguna justificación desde un punto de vista socialista. La riqueza que la burocracia se apropió era extraída de la plusvalía producida por los obreros soviéticos, pero esto no tenía nada en común con la forma en que los capitalistas extraen su plusvalía. El capitalista juega un papel necesario en la economía de mercado, invirtiendo dinero para obtener un beneficio. Pero este no era el caso en la Unión Soviética, donde los medios de producción tenían una propiedad social y cuyas decisiones de inversión no estaban determinadas por el beneficio privado.

### ‘TRABAJO NECESARIO Y TRABAJO EXCEDENTE’

En la URSS, el Estado se apropiaba del excedente creado por el trabajo de la clase obrera. Parte de ese excedente se gastaba en seguridad social, salud, educación, etc. Otra parte se reinvertía en industria, agricultura, ciencia y tecnología y en defensa. Éste también sería el caso en un Estado obrero sano, dirigido en líneas de democracia obrera. Bajo Lenin y Trotsky, el Estado soviético no gastaba las enormes sumas que la burocracia estalinista posteriormente dedicó a la defensa. Esto fue así porque los bolcheviques no se basaban sólo en el ejército rojo para la defensa de sus fronteras. Confiaban en la solidaridad internacional del proletariado, que de hecho salvó a la joven república obrera de la amenaza de intervención armada. Las clases dominantes en Gran Bretaña y Francia, enfrentándose con la amenaza de guerra civil, fueron forzadas a abandonar sus planes para la intervención militar, gracias a la presión de la clase obrera.

Lenin y Trotsky crearon la Internacional Comunista en 1919 como un instrumento para extender la revolución socialista a Europa y al resto del mundo —la única manera real de salvar al Estado soviético del peligro de guerra e intervención militar—. Pero Stalin, con su estrecha mentalidad nacional, usó a los partidos comunistas extranjeros de manera cínica como instrumento de la política exterior rusa, y después disolvió la Internacional Comunista en 1943

como gesto de buena voluntad hacia sus aliados británicos y americanos. Para Stalin y la burocracia, la defensa de la URSS se reducía a una cuestión de poder militar y maniobras diplomáticas. Esto llevó a una carrera armamentista con los EEUU, que fue una ruina para la economía soviética y jugó un papel significativo en su socavación. Una cantidad desproporcionada de la riqueza producida por los trabajadores de la URSS fue desviada de la inversión productiva y del aumento de los niveles de vida hacia un gasto militar derrochador.

Además, al descomunal gasto militar debemos añadir el mantenimiento de un enorme aparato de represión: la policía, la policía secreta, una vasta red de espías e informadores, prisiones y campos de concentración. Esto era necesario no para la defensa de la revolución contra los enemigos externos y de la contrarrevolución interna, sino para defender los privilegios de la burocracia contra la clase obrera.

En una discusión con economistas soviéticos en 1952, Stalin hizo la siguiente afirmación: “Los conceptos de *trabajo necesario* y *trabajo excedente* y *producto necesario* y *producto excedente* no son útiles en nuestra economía. ¿No entra todo eso en la seguridad social y la parte de defensa del trabajo necesario? ¿No está el obrero interesado en eso? En una economía socialista debemos hacer la siguiente distinción: *trabajo para cubrir las necesidades personales* y *trabajo para la sociedad*”. En esta cita, Stalin intenta disimular el papel parasitario de la burocracia por medio de una distorsión teórica. “Los conceptos de *trabajo necesario* y *trabajo excedente* y *producto necesario* y *producto excedente* no son útiles en nuestra economía”, dice. Pero desde un punto de vista marxista esto es incorrecto. *Stalin niega la existencia de trabajo necesario y trabajo excedente y producto necesario y producto excedente en la URSS, ya que desea ocultar el hecho de que la burocracia estaba explotando a la clase obrera.*

Esta explotación, sin embargo, no era la misma que bajo el capitalismo, donde los capitalistas privados extraen plusvalía de la clase obrera. Aquí la plusvalía se la apropia el Estado (lo que también pasaría en el caso de un Estado obrero sano, como ya hemos visto). ¿No es el caso que todo lo que entra en la seguridad social y la defensa es parte del trabajo necesario? ¿No está el obrero interesado en eso? En una economía socialista, debemos hacer la siguiente distinción: *trabajar para cubrir las necesidades personales* y *trabajar para la sociedad*. A esto el obrero soviético respondería: “Sí, es necesario proveer los fondos para la seguridad social y la defensa, y esto sig-

nifica trabajar por nuestras propias necesidades. Pero trabajar para la sociedad no es lo mismo que trabajar para pagar los privilegios injustificados y el estilo de vida de lujo de la burocracia parasitaria”. Por supuesto, los obreros soviéticos no respondieron de esta manera, *ya que nadie les preguntó*.

La burocracia no tenía ningún interés en las opiniones de los obreros, sólo en darles órdenes. Si hubieran tenido la tecnología informática que nuestro Heinz considera la llave mágica que abrirá todas las puertas al socialismo del siglo XXI, hubieran dado incluso más órdenes, pero no tendrían ningún interés en entrar en una discusión en Internet con los obreros. La primera pregunta que los trabajadores harían: ¿En una sociedad que se supone es socialista, cómo justifican ustedes esos tremendos diferenciales salariales y todos sus privilegios, grandes coches, dachas y servicio doméstico?

### LA SOCIEDAD DE TRANSICIÓN

En el periodo de transición entre capitalismo y socialismo muchas características del viejo sistema aún existirán, incluyendo el dinero y los precios. El Estado no puede determinar los precios de modo arbitrario, ni tampoco puede determinar la cantidad de dinero en circulación de modo arbitrario. El dinero es, después de todo, sólo una mercancía, aunque una mercancía de tipo especial (la mercancía de las mercancías). Engels ya se ocupó de esta cuestión en el *Anti-Dühring*: “Si el puñal tiene esa virtud económica mágica que le atribuye el señor Dühring, ¿por qué no ha conseguido a la larga ningún gobierno infundir a un dinero malo el ‘valor de distribución’ del dinero bueno, o a los *assignats* el del oro? ¿Y dónde está el puñal que asuma el mando en el mercado mundial?”. (Federico Engels. *Anti-Dühring*. Barcelona. Editorial Grijalbo. 1977. p. 197.)

Es inevitable que algunas de las categorías económicas heredadas del capitalismo permanezcan en el periodo de transición entre capitalismo y comunismo. Algunas de las leyes de la economía de mercado serán abolidas, pero otras se mantendrán, *aunque de forma modificada*. En *La Revolución Traicionada*, Trotsky explica:

“El papel del dinero en la economía soviética, lejos de haber terminado, debe desarrollarse a fondo. La época transitoria entre el capitalismo y el socialismo, considerada en su conjunto, no exige la

disminución de la circulación de mercancías, sino, por el contrario, su extremo desarrollo. Todas las ramas de la industria se transforman y crecen, se crean nuevas incesantemente, y todas deben determinar cuantitativa y cualitativamente sus situaciones recíprocas. La liquidación simultánea de la economía rural que producía para el consumo individual y el de la familia, significa la entrada en la circulación social, y por tanto, en la circulación monetaria, de toda la energía de trabajo que se dispersaba antes en los límites de una granja o de las paredes de una habitación. Por primera vez en la historia, todos los productos y todos los servicios pueden cambiarse unos por otros”. (León Trotsky. *La revolución traicionada*. Madrid. Fundación Federico Engels. 1991. p. 94.)

La nacionalización de los medios de producción y la introducción de la economía planificada marcan un gran paso adelante, ya que se oponen a la anarquía del mercado y la propiedad privada. El Estado puede regular y planificar la economía, pero sólo en los confines de la ley del valor. En el periodo de transición la ley del valor no es abolida sino modificada. Trotsky señala: “La nacionalización de los medios de producción, del crédito, la presión de las cooperativas y del Estado sobre el comercio interior, el monopolio del comercio exterior, la colectivización de la agricultura, la legislación sobre la herencia, imponen estrechos límites a la acumulación personal de dinero y dificultan la transformación del dinero en capital privado (usuario, comercial e industrial). Sin embargo, esta función del dinero, unida a la explotación no podrá ser liquidada al comienzo de la revolución proletaria, sino que será transferida, bajo un nuevo aspecto, al Estado comerciante, banquero e industrial universal. Por lo demás, las funciones más elementales del dinero, *medida de valor, medio de circulación y de pago*, se conservarán y adquirirán, al mismo tiempo, un campo de acción más amplio que el que tuvieron en el régimen capitalista”. (Ibíd., p. 94)

Por su propia naturaleza, una sociedad de transición mostrará rasgos de la vieja sociedad junto con elementos de la nueva sociedad socialista. De este modo, en la esfera económica, algunas de las leyes peculiares del socialismo se aplican junto con algunas de las que se han heredado del capitalismo. Esto es, por supuesto, una contradicción que debe ser superada por los subsiguientes acontecimientos. Con el posterior desarrollo de las fuerzas productivas, la reducción

de la jornada laboral y el incremento de la productividad hasta niveles nunca soñados, la mejora de las condiciones de vida y del nivel cultural del conjunto de la población, las condiciones madurarán para un mayor desarrollo del elemento socialista y la progresiva eliminación de los restos que queden del pasado. La velocidad y la facilidad con la que la transición se haga dependen sobre todo de las condiciones materiales de la sociedad.

Una economía nacionalizada y planificada, por supuesto, nos da una gran ventaja sobre el capitalismo. El Estado obrero puede regular conscientemente y planificar la producción (aunque dentro de los límites del nivel de desarrollo social y económico). Puede determinar la tasa de inversión, las proporciones entre medios de producción y medios de consumo, los precios de los artículos de consumo, etc. Heinz Dieterich imagina que es posible eliminar totalmente todos los elementos de explotación del capitalismo sin abolir el propio capitalismo. Esto, nos asegura, puede conseguirse simplemente aboliendo los precios y el intercambio de mercancías sobre la base del “principio de equivalencia”. De hecho, no será posible abolir los precios incluso en un Estado obrero, como ya hemos explicado. Aún menos posible lo es en base a la economía de mercado capitalista como lo propone Dieterich.

¿Es correcto, como mantiene Dieterich, que cada obrero recibirá la cantidad exacta de lo que él o ella ha producido (“la equivalencia de salarios”)? No, no es correcto. Incluso si esto fuera posible (y no lo es) significaría, de hecho, la continuidad de la desigualdad y no su abolición. Los obreros que son más fuertes, más cualificados etc., recibirían más que sus compañeros y compañeras que son más débiles o menos cualificados. Algunos grupos de trabajadores se encontrarían en una posición privilegiada de cara al resto de la clase, y en una posición para abusar de su estatus. Por ejemplo, los obreros de PDVSA en Venezuela, estarían en una posición de privilegio en relación a los trabajadores agrícolas y demás.

En el periodo de transición aún habrá producción de mercancías, aunque organizada por el Estado en vez de por los capitalistas privados. El Estado aún comprará la fuerza de trabajo y pagará salarios, aunque las diferencias entre salarios bajos y altos serán reducidas considerablemente desde el primer momento, y los diferenciales serán reducidos continuamente a medida que la sociedad se dirija al socialismo. La ley de la circulación de mercancías, incluyendo la

circulación de dinero, será mantenida en la economía de transición, junto con otros elementos de la vieja sociedad en el seno de la nueva sociedad: dinero, valor, plusvalía, etc. Trotsky explicaba que el único dinero real en Rusia (o en cualquier economía de transición –incluso en un Estado obrero ideal–) debe estar basado en el oro.

Incluso en un Estado obrero, la plusvalía será producida por la clase obrera, como en todos los sistemas económicos en los últimos 10.000 años más o menos. El Estado se apropiará la plusvalía producida por los trabajadores para invertirla en producción y dar los servicios sociales necesarios. En una democracia obrera, la manera en que esto se hace –las proporciones precisas dedicadas a la producción y al consumo, inversión e investigación científica, construcción y las artes–, será decidido democráticamente. Pero de todos modos, la plusvalía seguirá existiendo.

### LA SOLUCIÓN ¿CIBERNÉTICA?

La idea defendida por Dieterich de que la URSS cayó porque carecía de una ciencia cibernética e informática adecuadas es igualmente falsa. Si la burocracia hubiera introducido ordenadores sin un control y gestión democrática de la economía, hubiera generado un caos mayor. Un solo error burocrático (y había millones de errores de ese tipo cada día) introducido en un programa informático en conexión con una red de todos los ordenadores de la URSS habría elevado ese error a la enésima potencia, provocando una colapso total más rápido que lo que tardamos en decir “Heinz Dieterich”.

Una de las razones principales por las cuales la planificación centralizada fracasó en la URSS es por la falta de *feedback*. Los burócratas responsables de la planificación daban órdenes y esperaban que se cumplieran. Por algo se les llamaba “economías de mando”. Sabemos la razón de esto, *no había democracia obrera*. Pero para Heinz Dieterich el problema es otro. Era la incapacidad de procesar la información, o sea, no era un problema político, sino un problema técnico –*un problema cibernético*–. Esto es absolutamente falso. Los obreros no ofrecían información (no denunciaban la corrupción, las estafas, los errores y el sabotaje de la burocracia) no por que los canales de comunicación no existieran, sino porque no se atrevían a criticar. Cualquier obrero que criticara a la burocracia era despedido o encarcelado. Los autodenominados sindicatos, no eran sindicatos,

sino parte del Estado burocrático. El problema era, por lo tanto, político y no técnico.

A propósito, ya que ahora tenemos una avanzada tecnología informática, el “proyecto” socialista debe ser viable para el siglo XXI. No debería haber ningún problema, excepto por el pequeño detalle del que Dieterich no se ha percatado: que los banqueros y capitalistas aún son dueños de los medios de producción, incluyendo los ordenadores, todos los medios para producirlos, junto con los derechos de propiedad de los programas informáticos, la tecnología informática, los científicos y los laboratorios. Por alguna extraña razón, insisten en que estas cosas deben usarse para producirles beneficios y no para crear una “economía de equivalentes” en beneficio de la humanidad. ¿Qué vamos a hacer con este triste estado de cosas? Dieterich no dice nada.

Una vez que el camarada Dieterich ha abandonado la nacionalización y la planificación central del Estado como método para llegar al socialismo del siglo XXI, no tiene otra alternativa que retroceder a la economía de mercado, que espera transformar por arte de magia en una democracia participativa. Comparado con esto, el milagro de transformar el agua en vino (en las bodas de Canaán) es pan comido. Consideremos por un momento los problemas que conlleva la propuesta de Dieterich. Bajo el capitalismo los mercados se supone que procesan información de un modo descentralizado sin necesidad de reunir toda la información de un modo centralizado para después pasarla por la cadena de mando. En la práctica, los mercados no hacen nada por el estilo. Uno de los ejemplos más llamativos de la desinformación del mercado es el cambio climático. Según Nicolás Stern, un economista neoclásico con experiencia, éste es el ejemplo más claro del fracaso del mercado en toda la historia. Estamos en peligro de volver el planeta inhabitable y, no obstante, no hay ningún indicio procedente del mercado que nos lo indique. No se refleja para nada en los libros de contabilidad. Aceptar la lógica del mercado es equivalente a una rendición incondicional a la lógica del capitalismo.

La idea de que los mercados procesan información viene del economista burgués reaccionario Friederich Hayek durante el debate de entreguerras sobre “cálculo socialista”. Esto tuvo lugar en 1920, cuando el economista austriaco Ludwig von Mises declaró que los cálculos económicos bajo el socialismo eran imposibles. En los años

siguientes, los economistas pro-capitalistas recibieron un duro varapalo de socialistas educados en la escuela neoclásica de economía y que defendían sus ideas dentro de esa tradición. Hayek entonces desarrolló una segunda línea de defensa en este debate. Defendió el hecho de que, aunque no imposible, el cálculo económico racional sería muy complejo bajo el socialismo. Decía que el mercado hacía todos esos cálculos sin que nadie tenga que pensar sobre el conjunto de la economía. Hayek permaneció como una figura secundaria durante bastante tiempo después de la Segunda Guerra Mundial, pero la caída de las economías estalinistas dio vida a sus vetustas ideas y fueron publicadas como explicación de los acontecimientos.

La noción estalinista de planificación es un proceso de arriba abajo y su fracaso inevitable iba como anillo al dedo en manos de gente como Hayek. Tanto Hayek como Dieterich igualan socialismo a estalinismo. Primero el camarada Dieterich capitula ante la lógica del mercado, para entonces hacer aparecer una era de intercambio no equivalente, un concepto que es totalmente contrario al espíritu y la letra de Marx. La idea de que la planificación se puede hacer desde el centro, publicando decretos, ya fue ridiculizada por Trotsky en 1932 cuando dijo: “Si existiera una mente universal, como la que se proyectaba en la fantasía científica de Laplace —una mente que pudiera registrar simultáneamente todos los procesos de la naturaleza y de la sociedad, medir la dinámica de su movimiento, prever los resultados de sus reacciones recíprocas—, podría, por supuesto, trazar a priori un plan económico perfecto exhaustivo, empezando por el número de acres de trigo y terminando con el último botón de los chalecos”. (León Trotsky. *La economía soviética en peligro*. 1932.)

Como todos los otros ex marxistas, al abandonar el marxismo, Heinz no tiene ningún deseo de volver a las genuinas ideas del comunismo —las ideas y el programa de la Revolución de Octubre de Lenin y Trotsky y del partido bolchevique—. Por el contrario, intenta revisar el marxismo para sacarle todo su contenido revolucionario y de clase, y arrastrar el movimiento a las marismas del reformismo y la socialdemocracia. Sin embargo, ya que Dieterich sabe que la socialdemocracia tiene mala reputación en América Latina, donde la revolución avanza hacia el socialismo en todo el continente, se ha sido obligado a usar un subterfugio. Pretende haber inventado un concepto enteramente nuevo, que es superior al capitalismo o al socialismo real, que resolverá todos nuestros problemas y nos llevará de un modo tranquilo al reino de una nueva civilización.

Él mismo nos informa de esto de un modo bastante explícito. En la página 23 del *El Socialismo del Siglo XXI*, el camarada Dieterich nos informa de que no está ni a favor del capitalismo ni del denominado socialismo real de la URSS. En vez de eso, ha desarrollado una idea totalmente nueva de una sociedad de nuevo cuño, antes desconocida para el marxismo, que él llama “democracia participativa”. Este peculiar engendro, ni carne ni pescado, que no se encuentra en los escritos de Engels, Marx o Lenin, se nos presenta como un concepto totalmente nuevo. Si seguimos examinando, veremos, sin embargo, que no hay nada nuevo en esto, y que en realidad expresa las ilusiones utópico-democráticas de la pequeña burguesía.

### SOCIALISMO Y CONSUMISMO

En la entrevista de la revista *Mariátegui* (15/08/06) a Dieterich le preguntan: “Usted afirma que el consumismo es el opio del pueblo. ¿En el Socialismo del Siglo XXI desaparecería el consumismo?”

Puesto que el siglo XXI ya ha hecho desaparecer los beneficios y ha vuelto a los tigres vegetarianos, esta pregunta en particular puede parecer superflua y la respuesta previsible:

“Sí, porque una nueva economía no sólo es la contabilidad del valor y la participación democrática, sino se necesita también cambiar todo el perfil de la producción y del consumo, porque, tan sólo desde el punto de vista ecológico es insostenible el patrón de consumo que tenemos. Cualquier sociedad del futuro, incluyendo la capitalista, tendría que hacer cambios sustanciosos en este perfil de consumo y, creo que un socialismo va a tener una cara completamente diferente”.

Es cierto que el sistema capitalista es tremendamente derrochador y que la anarquía de la producción y la codicia del beneficio están amenazando el medio ambiente y poniendo el futuro del planeta en peligro. La única respuesta a todo esto es una economía socialista planificada a escala mundial. Simples reajustes del sistema (keynesianismo) son inútiles. Es necesario expropiar los bancos y los monopolios e instituir un plan democrático de producción que nos permita poner los intereses de la humanidad por delante de los beneficios privados.

Uno de los argumentos que surgen en este debate es la cuestión

de la energía finita y el calentamiento global. El uso de combustibles fósiles es sin duda limitado y causa numerosos problemas, pero las alternativas podrían haber sido desarrolladas hace décadas, si las grandes empresas petroleras no hubieran saboteado la investigación. La alternativa obvia es la fusión nuclear, que, a diferencia de la fisión nuclear, es limpia, barata y virtualmente ilimitada (el hidrógeno está presente en grandes cantidades en el agua, que tanto abunda en nuestro planeta). Hay muchos más ejemplos de cómo los problemas actuales puede ser resueltos fácilmente por el desarrollo de la tecnología adecuada y un plan racional de producción.

El argumento, a menudo repetido por ecologistas pequeño burgueses y rápidamente abrazado por los reformistas de derechas, de que “no podemos permitirnos mantener el actual nivel de consumo” es hipócrita y reaccionario. Los mismos intelectuales de clase media que sermonean a las masas diciendo que deben reducir su consumo no viven en condiciones de pobreza exactamente. Por otro lado, la burguesía es bastante habilidosa al usar esos argumentos para justificar el aumento de impuestos (de los pobres) y recortar los niveles de vida. El argumento de que el planeta no puede sustentar los actuales niveles de producción y consumo es totalmente falso, superficial y, en esencia, reaccionario. *Lo que es cierto es que el planeta no puede mantener indefinidamente el monstruoso saqueo y rapiña que se practica por las grandes multinacionales para su propio beneficio.*

Una economía planificada permitiría a la humanidad explotar los recursos naturales de un modo racional y científico, equilibrando las necesidades humanas de consumo y la necesidad de preservar y apreciar nuestro precioso mundo y pasar la herencia natural intacta a las generaciones futuras. El socialismo de nuestro tiempo no significará un régimen de austeridad. Todo lo contrario, una sociedad socialista genuina empezará en el punto más alto alcanzado por el capitalismo. Significará, no una reducción de los niveles de vida, sino un incremento en todos los sentidos de esas condiciones, junto con una reducción general de la jornada laboral. Ésta es la precondición de una verdadera democracia participativa, o sea, de una democracia obrera. Sin ella, todos los discursos sobre socialismo son demagogia barata.

Está claro, de todo lo que hemos leído, que el método del camarada Dieterich de cara al socialismo no tiene nada que ver con el marxismo. El socialismo, tal y como lo entendían Marx y Lenin,

presupone que el desarrollo de las fuerzas productivas ha llegado a un nivel suficiente que eliminaría todas las desigualdades materiales. La abolición de las clases no puede ser decretada. Debe surgir de la superabundancia de cosas, que elevará la calidad de vida a niveles inauditos.

Todas las necesidades humanas básicas estarán satisfechas y, por lo tanto, la lucha humillante por la existencia dejará de existir. Una reducción general de la jornada laboral proveerá las condiciones para un desarrollo de la cultura sin precedentes. Esto permitiría a todo el mundo participar en la administración de la industria, el Estado y la sociedad. Desde el principio, el Estado obrero se caracterizará por un nivel de participación democrática muy superior a la más avanzada república democrática burguesa. Como consecuencia, las clases se disolverán en la sociedad, junto con los últimos vestigios de la sociedad de clases —el dinero y el Estado—. Esto dará paso al comunismo genuino: la sustitución de la dominación del hombre por el hombre por la “administración de las cosas”, por usar la expresión de Engels. Esto, y sólo esto, es lo que los marxistas llaman socialismo. En última instancia, el éxito del socialismo sólo se puede garantizar por el socialismo a nivel mundial y una economía planificada socialista mundial.

La nacionalización de las fuerzas productivas fue un gran paso adelante, pero de ningún modo garantizaba la victoria del socialismo en Rusia. Como dijo Trotsky: “El socialismo es la organización de la producción social planificada y armoniosa para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva de los medios de producción aún no es socialismo, sólo es su premisa legal. El problema de una sociedad socialista no se puede abstraer del problema de las fuerzas productivas, que en la etapa actual del desarrollo humano son en su misma esencia mundiales”. (León Trotsky. *Historia de la Revolución Rusa*. Apéndice I. En la edición inglesa.)

# IX

## EL FUTURO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA



La liquidación de la economía planificada y centralizada y el paso a una economía de mercado significó en Rusia, como Trotsky había predicho brillantemente, un agudo declinar de la cultura. La contrarrevolución capitalista trajo prostitución, drogadicción, SIDA, pornografía, el chovinismo gran ruso, las centurias negras, pogromos, antisemitismo, astrología, superstición y la Iglesia ortodoxa rusa. Éstas son las “bendiciones” que el capitalismo ha llevado al pueblo ruso. El mismo destino esperará al pueblo de Cuba, si los elementos precapitalistas tienen éxito en sus planes para restaurarlo.

En Cuba, como en la Unión Soviética, hay elementos que quieren volver al capitalismo. No es necesario señalar que un retorno al capitalismo en Cuba sería un desastre terrible, no sólo para el pueblo cubano, sino para los trabajadores y los pueblos del mundo. ¡Debemos evitarlo por todos los medios! Pero no podremos evitarlo, si negamos la existencia misma de la amenaza. La amenaza viene de Washington, pero también de aquellas capas de Cuba a las que les gustaría ver la vuelta al capitalismo. Algunos de estos elementos se encuentran entre los nuevos ricos, otros entre capas corruptas del aparato estatal y administradores de empresas. Negar esto sería no haber aprendido nada de la experiencia soviética.

Fidel Castro, para honor suyo, se ha mantenido implacablemente opuesto a un eventual retorno al capitalismo. Rechaza con firmeza la privatización de los medios de producción y el desmantelamiento de la economía planificada. Se ha enfrentado valientemente y ha resistido a la presión y a las amenazas imperialistas. Esta postura merece ser apoyada, aunque en sí misma no pueda garantizar la supervivencia de la revolución cubana. El 17 de noviembre de 2005, Fidel avisó en la Universidad de La Habana de que la revolución cubana no era irreversible y que podría acabar como en la Unión Soviética. Hizo referencia a “nuestros defectos, de nuestros errores,

de nuestras desigualdades, de nuestras injusticias”. Y dijo: “Como ustedes saben, estamos envueltos en una batalla contra vicios, contra desvíos de recursos, contra robos, y ahí está esa fuerza, con la que no contábamos antes de la batalla de ideas, diseñada para librar esa batalla”. (<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html>)

Apeló al honor revolucionario, pero añadió que tales apelaciones eran insuficientes: “La Revolución va a establecer los controles que sean necesarios”. (Ibíd.) Control es precisamente lo que se necesita. Pero el único control en el que se puede confiar es el que se ejerce desde abajo —el control de la clase trabajadora—. Sin esto, los burócratas y gente sin escrúpulos pueden manipular controles y regulaciones, que no serán más que hojas de papel garabateadas. No se puede combatir a la burocracia con más burocracia. Fidel desea defender la revolución cubana al atacar aquellas distorsiones que amenazan con socavarla desde dentro. Pero muchos de esos que en público aplauden su discurso no harán nada para llevarlo a la práctica, porque hacer eso pondría en peligro sus privilegios.

Fidel Castro afirmó con razón: “la primera y verdadera revolución socialista, la primera en la historia, que surge en un país feudal, con hábitos y costumbres feudales en gran parte todavía, analfabeta la mayoría de la población”. (Ibíd.) Esa es la raíz del problema: “Todos esos factores históricos influyeron tremendamente en el pensamiento revolucionario, y hubo desde luego prácticas abusivas y en ocasiones repugnantes”. Fidel no especifica a qué se refiere, pero no puede haber duda alguna por el contexto de que está hablando de los crímenes del estalinismo. Por ejemplo, mencionó el pacto entre Hitler y Stalin: “Pienso que los planes imperialistas de lanzar a Hitler contra la URSS jamás habrían justificado el pacto de Hitler con Stalin, fue muy duro. Los partidos comunistas, que se caracterizaban por la disciplina, se vieron todos obligados a defender el Pacto Molotov-Ribbentrop y a desangrarse políticamente”. Y pasó a mencionar el papel de los estalinistas cubanos, quienes, siguiendo los dictados de Moscú, apoyaron desvergonzadamente al dictador Batista contra Castro y el movimiento revolucionario:

“Antes de ese pacto, la necesidad de unirse en la lucha antifascista condujo en Cuba a la alianza de los comunistas cubanos con Batista, y ya Batista había reprimido la famosa huelga de abril de 1934, que

vino después del golpe de Batista contra el gobierno provisional de 1933, de incuestionable carácter revolucionario y fruto, en gran parte, de la lucha heroica del movimiento obrero y los comunistas cubanos. Antes de aquella alianza antifascista, Batista había asesinado no se sabe a cuánta gente, había robado no se sabe cuánto dinero, era un peón del imperialismo yanqui; pero vino de Moscú la orden: organizar los frentes antifascistas. A pactar con el demonio. Aquí pactaron con el ABC fascista y con Batista, un fascista de otro tipo, un criminal y un saqueador del tesoro público.

“(…) Los militantes del Partido Comunista de Cuba eran los ciudadanos más disciplinados, más honrados y más sacrificados de este país, contribuían al Partido; los legisladores del Partido entregaban una proporción de su ingreso, eran la gente más honrada de este país, independientemente de la línea equivocada impuesta por Stalin al movimiento internacional”. (Ibíd.)

Refiriéndose a Stalin, dice: “Nosotros debemos tener el valor de reconocer nuestros propios errores precisamente por eso, porque únicamente así se alcanza el objetivo que se pretende alcanzar. Pues sí, se creó tremendo vicio de abuso de poder, de crueldad, y en especial el hábito de imponer la autoridad de un país, de un partido hegemónico, a los demás países y partidos”. (Ibíd.) Castro condenó la purga del ejército rojo por parte de Stalin: “Polonia fue invadida por los nazis, y el ejército soviético había sido purgado de sus mejores y más brillantes líderes, como los nazis esperaban”.

### LA AMENAZA BUROCRÁTICA

La Unión Soviética compraba azúcar cubano a 27 o 28 céntimos y pagaba en petróleo. La caída de la Unión Soviética colocó a la economía cubana en una situación muy delicada. Dio lugar al llamado periodo especial, que impuso severas restricciones al pueblo cubano y condujo a un incremento de las desigualdades. La presión del imperialismo norteamericano se intensificó. El colapso de la Unión Soviética tuvo claramente un gran efecto sobre Cuba. Muchos comunistas cubanos honestos se preguntaban cómo era posible que un país que supuestamente era socialista retornara al capitalismo tan fácilmente. ¿Es posible que un destino similar aguarde a Cuba? Castro también se formuló esta cuestión en su discurso:

“Pienso que la experiencia del primer Estado socialista, la URSS, Estado que debió arreglarse y nunca destruirse, ha sido muy amarga. No crea que no hemos pensado muchas veces en ese fenómeno increíble mediante el cual una de las más poderosas potencias del mundo, que había logrado equiparar su fuerza con la otra superpotencia, un país que aplastó al fascismo, se derrumbara como se derrumbó.

“(…) ¿Es que las revoluciones están llamadas a derrumbarse, o es que los hombres pueden hacer que las revoluciones se derrumben? ¿Pueden o no impedir los hombres, puede o no impedir la sociedad que las revoluciones se derrumben? Yo me he hecho a menudo estas preguntas. Y mire lo que le digo: los yanquis no pueden destruir este proceso revolucionario, porque tenemos todo un pueblo que ha aprendido a manejar las armas; todo un pueblo que, a pesar de nuestros errores, posee tal nivel de cultura, conocimiento y conciencia que jamás permitiría que este país vuelva a ser una colonia de ellos”. (Entrevista de Ignacio Ramonet a Fidel Castro. *Fidel Castro: “Mi relevo no supondrá ningún problema porque la revolución no se basa en ideas caudillistas”*, en *Rebelión*, 3/4/2006.)

Fidel Castro mostró una mayor conciencia y un mayor realismo que su audiencia. Señaló correctamente que el peligro más grande para la revolución era interno: la corrupción, los privilegios y la desigualdad.

¿Conocían todas estas desigualdades de las que estoy hablando? ¿Conocían ciertos hábitos generalizados? ¿Conocían que algunos ganaban en el mes cuarenta o cincuenta veces lo que gana uno de esos médicos que está allá en las montañas de Guatemala, miembro del contingente ‘Henry Reeve’? Puede estar en otros lugares distantes de África, o estar a miles de metros de altura, en las cordilleras del Himalaya salvando vidas y gana el 5%, el 10%, de lo que gana un ladronzuelo de estos que vende gasolina a los nuevos ricos, que desvía recursos de los puertos en camiones y por toneladas, que roba en las tiendas en divisa, que roba en un hotel cinco estrellas, a lo mejor cambiando la botellita de ron por una que se buscó, la pone en lugar de la otra y recauda todas las divisas con las que vendió los tragos que pueden salir de una botella de un ron, más o menos bueno”. (<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html>)

La colosal autoridad personal de Fidel Castro es un elemento muy importante en la situación, y Washington es bien consciente de ello. Se ha opuesto implacablemente a la restauración capitalista, y esto ha tenido un papel fundamental a la hora de mantener a raya las tendencias procapitalistas. Pero nadie vive eternamente, y la pregunta se está formulando abiertamente: ¿Qué ocurrirá cuando Castro ya no esté presente? En un momento de su discurso dice: “Hubo quienes creyeron que con métodos capitalistas iban a construir el socialismo. Es uno de los grandes errores históricos. No quiero hablar de eso, no quiero teorizar; pero tengo infinidad de ejemplos de que no se dio pie con bola en muchas cosas que se hicieron, quienes se suponían teóricos, que se habían empanfletado hasta el tuétano de los huesos en los libros de Marx, Engels, Lenin y todos los demás”.

Afirma claramente que hay quienes desean “construir el socialismo con métodos capitalistas”. Ésta es una clara referencia a los elementos pro-capitalistas de la burocracia, quienes esperan impacientemente a que Fidel Castro desaparezca de la escena para poder avanzar su agenda. Como no pueden hacer esto abiertamente, usarán la hoja de parra que es la llamada ruta china para disfrazar sus auténticas intenciones. Es necesario librar una lucha en todos los campos contra estos elementos procapitalistas, para defender las relaciones basadas en la propiedad nacionalizada establecidas por la revolución. Para conseguir esto eficientemente es esencial que los trabajadores y la juventud de Cuba se involucren activamente en el funcionamiento de la sociedad, la industria y el Estado.

Atacar militarmente a Cuba sería impensable, incluso para alguien tan estúpido como George W. Bush. Pero el principal peligro para la revolución cubana no es militar, sino económico, y viene de dentro, como Castro explicó: “Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra”. Es necesario meditar sobre estas palabras y sacar las conclusiones lógicas.

### EL DISCURSO DE PÉREZ ROQUE

El 23 de diciembre de 2005, Felipe Pérez Roque, Ministro de Asuntos Exteriores de Cuba, dio un discurso en la VI Sesión de la IV legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular (el parla-

mento cubano), con el título: “Año de la alternativa bolivariana de las Américas”. (Ver [http://cubaminrex.cu/Archivo/Canciller/2005/FPR\\_231205.htm](http://cubaminrex.cu/Archivo/Canciller/2005/FPR_231205.htm) ). Pérez Roque dijo: “Debemos prestar toda la atención a ese llamado hecho por Fidel en la universidad, a esa frase no pronunciada públicamente antes en la historia de la Revolución: La Revolución puede ser reversible y no por el enemigo que ha hecho todo lo posible por lograrlo, sino por nuestros errores”.

Se refirió a la crisis del Periodo Especial y a los problemas causados por el bloqueo. Advirtió sobre los planes del imperialismo norteamericano para conducir una “transición” en Cuba y convertirla en una colonia de los Estados Unidos: “El enemigo apuesta a la idea, entonces, de que la Revolución, como ocurrió antes, porque después de la Revolución Francesa hubo una contrarrevolución victoriosa, y así hay procesos que se perdieron, se cansaron, se desviaron, en el nuestro no ha ocurrido y no ha pasado poco tiempo, han pasado más de cuatro décadas y eso no ha ocurrido. Entonces, esa es la idea”. (Ibíd.)

“Los éxitos anteriores en la lucha no justifican la autocomplacencia o la idea de que eso puede ser eterno”, dijo. (Ibíd.) Estas palabras indican la preocupación entre algunos miembros en los puestos más altos del Partido y el Estado sobre la posibilidad de una contrarrevolución en Cuba, siendo conscientes de los peligros que amenazan desde dentro —en la burocracia, la corrupción y la desigualdad, que socavan la fe revolucionaria de las masas más que la propaganda de Miami y Washington—.

“Entonces, hay lecciones de ética. Martí preparó la Guerra necesaria y se negaba a que le compraran unos zapatos para reponer sus zapatos rotos”. Y continuó: “Por lo tanto, hay tres premisas que considero básicas: la primera, esta Revolución no puede ser derrotada, si los que la dirijan lo hacen a partir de la autoridad de su ejemplo como ocurre hoy, como ha ocurrido siempre. La Revolución llegó hasta aquí, en primer lugar, por la autoridad moral de su liderazgo. Se puede tener el poder y no tener autoridad, es lo que le pasa a Bush en su régimen, porque la autoridad no viene de las atribuciones escritas, viene de la ejemplaridad de los actos. Nosotros, la manera en que entendemos esa autoridad es esta: *Yo no lo entiendo bien, pero si Fidel lo dijo, yo estoy seguro de que eso es así*”. (Ibíd.)

No hay duda de que la enorme autoridad moral y personal de Fidel Castro es un elemento importantísimo para mantener a raya a los elementos pro-capitalistas. ¿Pero qué ocurrirá cuando Fidel Castro ya no esté presente? ¿Puede la revolución cubana depender de un solo hombre? Por supuesto que no. En última instancia, la revolución sólo puede confiar en una cosa para su defensa: la voluntad de las masas. La clase trabajadora y el pueblo de Cuba han mostrado su determinación para defender la revolución durante décadas. Estaban dispuestos a tolerar todo tipo de privaciones. Estarán preparados para hacer lo mismo en el futuro. Pero para que las masas defiendan la revolución, es necesario que tengan la perspectiva de que todos sus sacrificios no serán en vano: que servirán para traer la victoria final del socialismo. Esto sólo es posible si la revolución socialista triunfa en otros países, empezando por Venezuela.

La extensión de la revolución a América Latina, al menos, es esencial para la supervivencia y el fortalecimiento de la revolución cubana. Esto fue algo que Che Guevara comprendió muy bien, y hoy es también cierto. Es más, las condiciones para el éxito de la revolución en América Latina son hoy infinitamente mejores que las que había en 1967. Ése es el primer punto. Seguidamente, para que las masas hagan los sacrificios necesarios, es imperativo que entiendan que los sacrificios son para todo el mundo, sin distinción de rango o posición. Che Guevara era un ejemplo a seguir a este respecto. Se negó a aceptar su sueldo de ministro, recibiendo sólo su pequeña paga como comandante del ejército revolucionario y estaba implacablemente opuesto a cualquier privilegio.

Esta idea fue expresada en el programa del Partido Bolchevique de 1919. Ya había sido expresada por Lenin en *El Estado y la revolución*, que derivó de la experiencia de la Comuna de París. Marx describió la abolición de privilegios en la Comuna de la forma siguiente: “De los miembros de la Comuna hacia abajo, el servicio público tenía que ser realizado con el salario de un obrero. Los privilegios y las remuneraciones de los altos dignatarios desaparecieron junto con los propios altos dignatarios...”. (Marx, *La guerra civil en Francia*.) Ésta era la base de la democracia soviética establecida en 1917, que fue más tarde abolida por Stalin tras la muerte de Lenin. Sólo volviendo a las auténticas ideas de la Revolución de Octubre puede tener éxito la defensa de la revolución cubana. Aquellos que defenderán la revolución con la mayor de las determinaciones no se-

rán los burócratas, con sus cómodas vidas y aspiraciones burguesas, que desertarán al campo de la contrarrevolución tan pronto como las condiciones lo permitan. Aquellos que defenderán la revolución hasta el final son los trabajadores cubanos, quienes tienen mucho que perder si el capitalismo es restaurado. Como el camarada Pérez Roque dijo:

“La segunda [premisa], mientras nosotros conservemos el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo, como lo tenemos hoy, no sobre la base del consumo material, sino sobre la base de las ideas y las convicciones. Porque ya dije cómo los pueblos fueron desarmados y no salieron a las calles y no pelearon en los países socialistas cuando les desmantelaban el futuro y, sin embargo, vimos al pueblo pobre de Venezuela salir a las calles a defender el regreso de Chávez cuando le dieron el golpe oligárquico y militar organizado por los yanquis. Aquellos que no tenían nada se lanzaron a la calle, y la mayoría de los que se incorporaron al Ejército Rebelde no tenían nada, eran los campesinos y los trabajadores pobres; es decir, tienen que ser las ideas y las convicciones, y no la idea de que la gente nos va a apoyar más, porque tenga más”. (Ibíd.)

La comparación con los acontecimientos de abril de 2002 es muy apropiada. Esta fue la respuesta final a todos los cobardes y escépticos que dudaban de la capacidad de la clase trabajadora para luchar por un cambio social. Cuando Chávez fue derrocado por los contrarrevolucionarios y se encontraba en prisión aguardando una muerte segura, ¿quién le salvó? ¿Quién salvó la revolución venezolana en su momento de mayor necesidad? Sólo los obreros y campesinos venezolanos, sólo las amas de casa y los estudiantes, sólo los desempleados y los desposeídos: sólo los hombres y mujeres sin propiedades. Y lo mismo es cierto en Cuba. El camarada Pérez Roque trata honestamente con los hechos que subyacen en esta situación. No intenta ocultar el hecho de que una capa de la población ha perdido la fe en la revolución durante los últimos años.

“La Revolución no se puede sostener sin el apoyo del pueblo, lo que no quiere decir que no habría que empezarla otra vez; pero sería duro que fuera derrotada la Revolución que ha podido preservarse y que logró hacer la proeza histórica de preservarse aquí, como todos esta-

mos convencidos y le hemos ratificado hoy al Jefe de la Revolución que la defenderemos”. (Ibíd.)

“*La Revolución no se puede sostener sin el apoyo del pueblo*”. Esa es la esencia de la cuestión. Sin ese apoyo, la revolución cubana no podría nunca resistir las inaguantables presiones del imperialismo americano. Pero la lealtad de las masas está siendo sometida a tensiones intolerables, no sólo por factores externos, sino también internos. El crecimiento de la desigualdad, los privilegios y la corrupción está socavando la revolución desde dentro. Está alienando a sectores de la población, haciendo fermentar estados de ánimo enfermizos entre la juventud, de escepticismo y cinismo.

No se trata de “hacer otra vez la revolución desde el principio” o “que no habría que empezarla otra vez”. ¿No se han hecho ya suficientes sacrificios para llegar hasta aquí? Una persona que no es capaz de defender lo que ya ha conseguido, no será nunca capaz de avanzar hacia nuevas conquistas en el futuro. Si se restablece el capitalismo en Cuba —y deseamos fervientemente y estamos convencidos de que no será así— sería un terrible golpe para el movimiento revolucionario en toda América Latina y en todo el mundo. La juventud y los trabajadores cubanos tardarían bastante en recuperarse. Debemos hacer todo lo posible para evitarlo. La idea de que Cuba sería un lugar mejor para su pueblo si los capitalistas retornaran es falsa hasta la médula. Pérez Roque dice:

“En Cuba no puede haber una burguesía nacional patriótica como realidades en otros países tuvieron; en Cuba la burguesía fue siempre, y sería otra vez, si la dejamos salir, proyanqui, protransnacional y necesitaría la guardia rural, el ejército de Batista y los marines yanquis para reprimir e imponerse al pueblo”. (Ibíd.)

Esto también es correcto. En ningún lugar de América Latina la burguesía ha sido capaz de interpretar un papel progresista. En toda América Latina, las llamadas burguesías nacionales actúan como agentes locales del imperialismo. Una de las ideas más reaccionarias y dañinas puestas en circulación por los estalinistas fue el mito de la burguesía nacional progresista. Esta teoría, monstruosamente contrarrevolucionaria, que aún tiene el apoyo de los estalinistas de América Latina, condujo a los estalinistas cubanos a apoyar a Batista

y a oponerse a Castro. No debemos olvidar esto. Si los capitalistas volvieran, Cuba se convertiría en un municipio de Miami, por usar la expresión de Pérez Roque.

### LOS COMENTARIOS DE HEINZ DIETERICH SOBRE EL DISCURSO DE FIDEL

¿Qué es lo que Heinz tiene que decir sobre el discurso de Fidel?: “Es un terremoto epistemológico: el Comandante de la certeza, de la seguridad de la victoria final, reintroduce la dialéctica en el discurso oficial cubano, sin advertencia, sin preámbulo, sin ambages. Trata de dialectizar el estancamiento, diría Bertold Brecht”. (Dieterich. *Cuba: tres premisas para salvar la revolución, a la muerte de Fidel*, en *Rebelión*, 3/1/2006)

No sabemos qué diría Bertold Brecht, pero sí sabemos que Heinz Dieterich tiene un don incomparable para *mistificar* todo aquello encima de lo cual puede poner las manos. Y admiramos demasiado al gran dramaturgo alemán para hacerle responsable, incluso si es póstumamente, de tales mamarrachadas (*Quatsch* en buen alemán). Al contrario que Heinz Dieterich, Fidel Castro habló con admirable claridad y honestidad sobre los serios problemas a los que la revolución cubana se enfrenta. Pero para nuestro amigo Heinz es todo una cuestión de epistemología, o, para mistificarlo todo un poco más, se “trata de dialectizar el estancamiento”, un ejemplo verdaderamente maravilloso de *Dieterichspeak*.

Más adelante, Heinz centra su atención en Felipe Pérez Roque, a quien se refiere como al “talentoso canciller y ex secretario personal de Fidel”. Esta descarada adulación nos recuerda las tácticas empleadas por los eunucos bizantinos, quienes siempre estaban metidos en intrigas palaciegas en Constantinopla. Cantaban las alabanzas de alguien en público y después le apuñalaban por la espalda con toda tranquilidad. Con su manera típicamente árida y esquemática, Heinz Dieterich resume así los argumentos de Felipe Pérez Roque:

“Mantener la autoridad moral de la dirigencia, mediante un liderazgo basado en el ejemplo y sin privilegios frente al pueblo. 2. Garantizar el apoyo de la mayoría de la población, ‘no sobre la base del consumo material, sino sobre la base de las ideas y las convicciones’. 3. Impedir que surja una nueva burguesía que ‘sería otra vez, si la dejamos salir,

pro yanqui, pro transnacional... No podemos caer en ingenuidades...; el tema decisivo es quién recibe el ingreso: si las mayorías y el pueblo o la minoría oligárquica transnacional y pro yanqui...; el tema es de quién es la propiedad, si del pueblo, las mayorías, o si es de la minoría corrupta y plegada... al imperialismo yanqui” (Dieterich, *Cuba: tres premisas para salvar la Revolución, a la muerte de Fidel*, Aporrea, 3/1/2006)

El fundador del socialismo del siglo XXI pasa entonces a puntuar al Canciller cubano de uno a diez, como si estuviera corrigiendo un ensayo de uno de sus estudiantes: “La primera propuesta del Canciller es, evidentemente, correcta y necesaria. Habrá que ver si la futura configuración del sistema político cubano permitirá imponerla. En cuanto al segundo imperativo, que se refiere a la dialéctica entre lo espiritual y lo material, hay que tomar en cuenta el *dictum* de Lenin de que la estabilidad de una clase dominante, en este caso, una clase dirigente, no puede desvincularse de su capacidad de resolver la “tarea de la producción”. Dedicemos el siguiente punto a este problema”.

Lo que “la dialéctica entre lo espiritual y lo material” significa es algo que cada uno tendrá que adivinar por su cuenta. Nosotros no tenemos ni idea, al igual que Dieterich, a quien, como hemos visto, se le llena la boca de frases altisonantes que no significan nada en absoluto. Pero continuemos:

“La idea central expresada por Fidel en noviembre y ahora por Felipe es, que la lealtad del pueblo a los dirigentes y su proyecto histórico deba derivarse primordialmente de la ética (valores, ideas y convicciones) y no del consumismo. Definida así, la unidad dialéctica de los contrarios de la realidad cubana no es reflejada adecuadamente. La contradicción correcta sería: ética y consumo, no ética y consumismo”.

“Para toda época hay, como ya explicaba Marx, un fondo de consunción del trabajador históricamente determinado que se expresa, en términos del proceso de valorización del capital, en el *capital variable*. Ese fondo de consunción determina, esencialmente y en forma estratificada, la calidad de vida material de la gente. Actualmente, este patrón de consumo dominante a nivel global es el de la clase media del Primer Mundo y aunque siga inalcanzable para las mayorías, ejerce una atracción irresistible: a tal grado que muchos arriesgan la vida para llegar a los países respectivos”. (Ibíd.)

El camarada Dieterich dice *Fidel y Felipe* para mostrar al lector la familiaridad que le une a los líderes de la revolución cubana (igualmente, podría referirse a Marx y Engels como a *Carlitos y Freddy*). Habrá de perdonarnos, pues, si continuamos refiriéndonos a él como *nuestro amigo Heinz*, que viene a tener, más o menos, la misma razón de ser. Y dado que esta *falsa familiaridad* no es sino una forma de preparar una crítica fundamental a las ideas de Fidel y Felipe, estamos seguros de que nuestro Heinz no se molestará si hacemos un par de pequeñas críticas a su argumentación.

Inmediatamente, Heinz muestra su extrema insatisfacción con las ideas expresadas por los dos líderes cubanos. “La unidad dialéctica de los contrarios de la realidad cubana no es reflejada adecuadamente”, se queja. Pero aún peor: “La contradicción correcta sería: ética y consumo, no ética y consumismo”. ¿Qué viene a significar todo esto? Se sabe que en los años que siguieron al colapso de la Unión Soviética, las masas cubanas sufrieron grandes privaciones materiales, que se hicieron más intensas por el bloqueo criminal impuesto por el imperialismo. Sólo gradualmente ha conseguido Cuba reimponer cierto equilibrio. Pero está claro para todo el mundo que este estado de cosas es muy frágil y no puede durar. Ése fue el verdadero significado de los discursos de Castro y Pérez Roque.

¿Qué ocurrirá cuando Fidel Castro abandone la escena definitivamente? Sabemos que hay gente en Cuba –al igual que la hubo en Rusia– que espera en las sombras, preparada para imponer un programa capitalista y hacerse con los activos privatizados. Y como en Rusia, un gran número de esos elementos se hacen llamar comunistas. Tienen posiciones privilegiadas de las que no dudarán en hacer uso cuando el tiempo sea propicio para saquear la propiedad del Estado, convirtiéndose en capitalistas. La única esperanza, como Pérez Roque señaló, es confiar en los obreros y agricultores cubanos y en las secciones revolucionarias de la juventud, quienes no tienen interés en volver al capitalismo.

La necesidad más imperiosa es fortalecer a la vanguardia proletaria y reforzar ese sector que quiere luchar para defender la economía nacionalizada y planificada y que permanece leal a las ideas del marxismo leninismo. Es necesario abrir una discusión seria sobre las perspectivas de las revoluciones cubana y venezolana y sobre el movimiento marxista a escala mundial. Tal discusión sería incompleta sin la participación de los trotskistas, que son los más firmes defen-

sores de las revoluciones venezolana y cubana. En última instancia, sin embargo, la única garantía auténtica para la revolución cubana es la extensión de la revolución socialista a lo largo y a lo ancho de América Latina, como el Che Guevara mantuvo hasta el final.

### UNA VEZ MÁS SOBRE EL ‘SOCIALISMO REAL’

Heinz Dieterich se indigna profundamente ante la afirmación de que nadie sabe cómo construir el socialismo: “Para la superación de este estancamiento teórico no es útil la tesis de que nadie sabe cómo construir el socialismo de nuestro siglo”. ¿Quién posee tal conocimiento? Pues nuestro amigo Dieterich, por supuesto. Habiendo desdeñado toda la historia de la filosofía y de las ciencias sociales de Cuba y América Latina, el camarada Dieterich se dispone animoso a lidiar con los “países del socialismo histórico”: “El discurso académico del socialismo realmente existente se sustenta sobre las bases de una filosofía idealista de la identidad, tal como las encontramos en la filosofía de la historia de Hegel, que identifica la evolución humana con la teleología cristiana, y en el romanticismo semi-ilustrado de Rousseau, cuando equipara la ‘voluntad general’ (el Estado) con las ‘voluntades individuales’ (la sociedad)”.

“En la ideología socialista se procede de manera semejante al *identificar equivocadamente la propiedad estatal con la social, el excedente (surplus) estatal con el social* y la política del Partido con la voluntad de las mayorías. Tal método liquida a la dialéctica de la realidad, es decir a la contradictoriedad que es la fuente de su movimiento, y la vuelve canónica. ‘Canónica’ en el sentido, de estructurar la realidad conforme a *patrones sagrados* del sujeto”.

“Esto explica porque en las últimas décadas no se hayan desarrollado paradigmas científico-revolucionarios de importancia en la sociología, economía, teoría del Estado o teoría de Marx y Engels, en los países socialistas. Esto es, nada de importancia para la ciencia ni para la lucha de los pueblos. No hay productos teóricos en estos campos que fuesen comparables a la teología de la liberación, al Cepalismo, a la teoría de la dependencia o al bolivarianismo-desarrollismo del Bloque Regional de Poder”. (Dieterich, *La disyuntiva de Cuba. Capitalismo o nuevo socialismo*, en *Rebelión*, 17/3/06)

Podemos estar de acuerdo con Heinz Dieterich sobre el estado lamentable de la filosofía y las ciencias sociales de la Rusia estalinista. Un hombre, escribiendo en el Museo Británico, fue capaz de producir *El capital*. Sin embargo, la Unión Soviética, con los colosales recursos del Estado a su disposición, no produjo ni un solo trabajo de filosofía o economía política marxista importantes en el medio siglo que siguió a la muerte de Lenin.

Lo que deberíamos preguntarnos es por qué esto fue así. ¿No había suficiente gente inteligente en la URSS? No, había muchos filósofos capaces, al igual que hubo muchos artistas talentosos y científicos brillantes. El problema es que la URSS, a pesar de todas las formidables ventajas de la economía nacionalizada y planificada, no era capaz de sacar lo mejor de esta galaxia de talento humano. La razón de esto era el régimen totalitario y burocrático, que asfixiaba toda iniciativa y estrangulaba la libertad artística.

Para poder desarrollar su potencial a su máximo grado, el pensamiento humano necesita libertad: libertad para discutir y debatir, libertad de hacer experimentos y, también, para cometer errores. Sabemos que no todos los experimentos científicos tienen éxito, en el sentido de que no alcanzan los resultados deseados. Pero incluso un experimento “sin éxito” es útil, en tanto en cuanto muestra qué caminos no han de seguirse. Si esto es cierto acerca de las ciencias, lo es aún más sobre el arte, la literatura y la música. El arte no puede florecer en un régimen totalitario y burocrático, donde se espera que el artista produzca trabajos de acuerdo a las instrucciones del Estado. Las normas artísticas del llamado realismo socialista no eran ni socialistas ni realistas, sino meramente un reflejo de los prejuicios y estrechez de miras de la casta de funcionarios, que son similares a los prejuicios de los filisteos pequeño burgueses que por todos lados encontramos. Es ciertamente un milagro que, a pesar de este mezquino tutelaje, la Unión Soviética fuera capaz de producir escritores y compositores de estatura (las artes visuales sufrieron más). Genios como Shostakovich compusieron obras maestras no gracias a la burocracia estalinista, sino a pesar de ella.

Las mismas observaciones se aplican a la filosofía. La filosofía exige libertad para discutir y debatir las grandes cuestiones sin reglas ni restricciones mezquinas. En un Estado obrero sano, esto sería promovido (suponiendo siempre que los escritores no tomaran parte en propaganda contrarrevolucionaria). Pero en un régimen estali-

nista este no es el caso. Como casta usurpadora que habla en nombre del socialismo, la burocracia no puede permitir libertad alguna en la esfera social o artística de la vida. No puede permitir ningún cuestionamiento a su posición de liderazgo. Como las tendencias y partidos políticos estaban prohibidos, los sabuesos burocráticos estaban siempre husmeando “desviaciones” en otras esferas: el arte, la literatura, la filosofía e, incluso, la música y la genética. La línea del partido (es decir, la voluntad de Stalin y la burocracia) debía ser obedecida en todo sin cuestionamiento alguno. Tal régimen no anima a desarrollar un pensamiento creativo y original, sino todo lo contrario. Anima al conformismo, al servilismo, a la rutina y al arribismo.

El escritor está siempre mirando por encima del hombro para ver si el “jefe” está contento con lo que escribe, y escribe sólo aquello que satisface a quienes ostentan la autoridad, porque éstos determinan si será publicado, cuánto ganará o si tendrá un bonito apartamento en Moscú o languidecerá en alguna provincia olvidada de Dios. Fueron estas condiciones materiales las que condujeron a la mediocridad de la filosofía soviética (aunque hubo honrosas excepciones). El pensamiento burocrático es mediocre por definición. Ninguna gran obra fue producida nunca por un comité. Pero es precisamente esta parte material la que el camarada Dieterich ignora. Éste se acerca a la cuestión, como hace con todas las otras, desde un punto de vista puramente idealista y místico.

### EL ENFOQUE IDEALISTA DE DIETERICH

Dejemos a un lado perlas literarias como por ejemplo “‘Canónica’ en el sentido de estructurar la realidad conforme a patrones sagrados del sujeto” y “‘Cepalismo (...) la teoría de la dependencia o (...) bolivarianismo-desarrollismo del Bloque Regional de Poder’”. Permitamos que otras mentes más sutiles que las nuestras se batan el cobre intentando encontrar algún sentido a esta ridícula verborrea. La vida es corta y hemos de centrar la atención en asuntos más importantes. Inmediatamente vemos el carácter idealista de la presentación, que sólo puede ser parcialmente disfrazada por la manera confusa e incoherente que tanto distingue a Heinz como autor. En primer lugar, lo que deberíamos estar discutiendo no es “el discurso académico del socialismo realmente existente”, sino *lo que realmente ocurrió en la Unión Soviética*, no lo que decía la burocracia moscovita

sobre sí misma, sino *qué era en realidad y qué hizo*. Más aún, la burocracia estalinista no se sustentaba “sobre las bases de una filosofía idealista de la identidad”, sino sobre la base de un *Estado totalitario respaldado por la policía, las prisiones, los campos de concentración y la KGB*.

“En la ideología socialista se procede de manera semejante al identificar equivocadamente la propiedad estatal con la social, el excedente (surplus) estatal con el social y la política del Partido con la voluntad de las mayorías”. (Ibíd.) Esto es lo que escribe el camarada Dieterich. ¿Qué significa? ¿A qué ideología socialista se refiere? Si se refiere a la monstruosa caricatura estalinista que durante décadas se enseñó en las escuelas y en los institutos del Partido, entonces debería decirlo. Pero no, habla *de la ideología socialista en general*. Heinz Dieterich razona de la siguiente manera: 1) La razón para la degeneración y hundimiento de la Unión Soviética tiene que buscarse en causas ideológicas (es decir, *ideas*). 2) Si aceptamos esto, debemos también aceptar que hay algún defecto original en la “ideología socialista” —es decir, *algún defecto original en el Marxismo*—. 3) “La ideología socialista” (el marxismo) es lo mismo que el estalinismo. 4) El colapso de la Unión Soviética es también el colapso de las “viejas ideas”, es decir, del marxismo. 5) Consecuentemente, debemos buscar nuevas ideas. 6) Consecuentemente, debemos abrazar el “socialismo del siglo XXI” de Heinz Dieterich.

Veremos cómo esto es aplicado al caso de Cuba. ¿Cuál es la posición de Dieterich en Cuba? En un artículo en la revista *Mariátegui* (15/08/06) se le pregunta:

“Ante la enfermedad del comandante Fidel Castro ¿El fin de la revolución cubana podría ser el mismo que el de la revolución rusa?  
- Pienso que la posibilidad es real, y la señaló el mismo Fidel en noviembre de 2005 en la Universidad de la Habana, planteando la posible reversibilidad de la revolución por errores propios. Me parece que el peligro es real, creo que si no hay reformas significativas en la superestructura del socialismo histórico y de la economía de mercado que tienen, si no hacen esas reformas a fondo, en pocos años va a revertir el capitalismo”.

El camarada Dieterich continúa en otra publicación: “Pasada la

génesis de la revolución y formada la gente bajo el sistema educativo revolucionario, sin embargo, sería normal que esa función fuese asimilada por las instituciones, y sólo excepcionalmente por los líderes”. (Heinz Dieterich, *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo*.)

¿Qué es este misterioso “sistema educativo revolucionario”? Probablemente quiera enviar a los trabajadores a la escuela, donde puedan aprender todo lo concerniente al socialismo del siglo XXI, los Proyectos Históricos, las instituciones del futuro, el intercambio de equivalentes, los Bloques Regionales de Poder, y otras fascinantes materias. Una vez hayan demostrado su dominio en todas y cada una de ellas, probablemente se digne a concederles un diploma que acredite su graduación con honores, pudiendo entonces comenzar a pensar en cambiar la sociedad. Una vez más, Dieterich voltea la realidad, poniéndola patas arriba. La clase obrera, tanto en la Rusia de 1917 como en la Venezuela de 2008, no aprende de libros y “sistemas educativos”, sino de la vida, de la experiencia y, especialmente, de los grandes acontecimientos. En una revolución, los acontecimientos se suceden rápidamente, las condiciones de vida de las masas cambian de manera abrupta, y son estos cambios los que transforman la conciencia de las masas. Si hay un partido revolucionario presente, como el Partido Bolchevique en 1917, las masas, comenzando por las capas más adelantadas, aprenderán mucho más rápido. Eso es todo.

En condiciones normales, los hombres y las mujeres aprenden lentamente, por un proceso de aproximaciones sucesivas. Pero en una revolución, los cambios se producen tan repentinamente que no hay tiempo para que la clase en su conjunto pueda aprender de tal manera. Cada error se paga muy caro. Es la tarea de la vanguardia, organizada en un partido, aprender de la experiencia histórica de la clase obrera a nivel internacional y aplicar estas lecciones a las condiciones concretas de la lucha de clases en su propio país. Debe intentar ganarse al resto de la clase explicando y trabajando pacientemente. Esta tarea se ve facilitada por el hecho de que en una revolución las masas aprenden diez veces más deprisa que en tiempos “normales”. Ése es el único “sistema educativo revolucionario”: la experiencia de las propias masas.

Una vez los trabajadores estén “educados”, dice Dieterich, puede permitírseles que tomen decisiones, o más correctamente, la toma de

decisiones puede dejarse tranquilamente a “la institución”, mientras que los líderes sólo deberían tomar decisiones de “forma excepcional”. Tras la jerga democrática podemos ver la mentalidad *puramente burocrática* de Heinz Dieterich. En el Tercer Congreso Soviético de toda Rusia, en enero de 1918, Lenin dijo:

“A menudo delegaciones de trabajadores y campesinos se acercan al gobierno y preguntan, por ejemplo, qué han de hacer con tal o cual tierra. Y frecuentemente me siento avergonzado cuando veo que no tienen una posición muy definida. Y les digo: vosotros sois el poder, haced lo que queráis, tomad lo que queráis, nosotros os apoyaremos”. (Lenin, *Obras completas*, Volumen 26, pág. 468.) En el Séptimo Congreso del Partido, unos pocos meses después, enfatizaba que “...*la minoría, el partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos*”. (Lenin. *Obras Completas*. Moscú. Editorial Progreso. 1980. Vol. 36. p. 57.)

Estas declaraciones de Lenin, de las que se pueden encontrar otras muchas en sentido similar, reflejan su profunda confianza en la capacidad de la clase trabajadora para decidir su futuro. Contrasta agudamente con las mentiras de los historiadores burgueses, que intentan siempre enturbiar las ideas democráticas del leninismo con los crímenes del estalinismo. Esta “dictadura del proletariado” era, en todos los sentidos, una genuina democracia obrera, al contrario que el régimen totalitario de Stalin que la sucedió. El poder político estaba en manos de las masas representadas en los soviets. *El socialismo significa que la administración y el control de la industria, la sociedad y el Estado deben estar en manos de la clase trabajadora desde el principio*. No es una cuestión de que alguien esté por encima de los trabajadores y tome decisiones en su nombre, incluso si esto es sólo “ocasionalmente”. Lenin habría considerado tal idea una abominación, como las citas anteriores muestran con claridad.

## EL SOCIALISMO Y EL MERCADO

Dieterich aconseja a los cubanos la necesidad de introducir reformas para evitar la vuelta al capitalismo. La mayoría de los cubanos estaría de acuerdo con él. Pero hay reformas y reformas. Algunas, sin duda alguna, ayudarían a evitar la restauración capitalista, *pero hay*

*otras que tendrían precisamente el efecto contrario.* Al igual que un borracho se tambalea con paso incierto de bar en bar, nuestro Heinz va de confusión en confusión teórica.

“Para la organización de la economía soviética había potencialmente tres sujetos: el Estado, el mercado y la sociedad. A cada uno respondería una forma de propiedad particular: la estatal o pública, la privada y la social. Siendo la revolución de carácter anticapitalista, el mercado, es decir, una clase empresarial, fue excluido como opción organizadora. Debido al escaso desarrollo de las fuerzas productivas, los destrozos de la guerra y al bajo nivel cultural del pueblo (analfabetismo), era igualmente casi imposible que la población (sociedad) organizara satisfactoriamente la economía en ese gigantesco país. Quedó entonces, el Estado como operador principal de la economía y, en consecuencia, la propiedad estatal o pública como dominante”. (Dieterich, *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo.*)

Para empezar, hemos de hacer notar que este párrafo constituye una *velada apología del estalinismo*. Según Heinz, Rusia estaba demasiado atrasada y los trabajadores eran en su mayoría analfabetos y demasiado ignorantes como para poder administrar la sociedad. ¿De qué periodo está hablando aquí el camarada Dieterich? A menos que encontremos respuesta a esta pregunta, no es posible encontrar sentido alguno a lo que escribe. Como es habitual, se expresa en la más confusa de las maneras. ¿Qué quiere decir con eso de “potencialmente tres sujetos (...) para la organización de la economía soviética”? Ni siquiera tiene sentido gramaticalmente y, políticamente, mucho menos. *Tras la Revolución de Octubre la economía nacionalizada y planificada fue administrada por el Estado con la participación democrática de la clase obrera a través de los soviets.* Sin embargo, la revolución se enfrentó a enormes dificultades. No habían acabado los trabajadores y campesinos de tomar el poder cuando hubieron de enfrentarse a una intervención armada imperialista para derrocar al poder soviético. Lenin y los bolcheviques comprendieron muy bien que si la revolución no se extendía hacia Occidente, estarían condenados.

Dieterich habla de la NEP de Lenin en Rusia. ¿Pero qué era la NEP y cómo se puso en marcha? Los primeros años del poder soviético estuvieron caracterizados por agudas dificultades económicas, en parte resultado de la Primera Guerra Mundial y de la guerra civil

y, en parte, de la oposición de los pequeños campesinos propietarios a las medidas socialistas de los bolcheviques. Durante la guerra civil nueve millones de personas murieron de hambre, enfermedad y frío. La economía estaba en ruinas, al borde del abismo. Para poner freno a este catastrófico declinar, se introdujeron medidas drásticas para poner a la industria de nuevo en funcionamiento, para alimentar a los trabajadores hambrientos y acabar con el goteo constante de gentes que abandonaban la ciudad por el campo.

Dieterich está a favor de una economía mixta. Incluso en un Estado obrero con una economía nacionalizada, sería correcto dejar parte de la economía en manos privadas: pequeñas tiendas, negocios familiares, pequeñas explotaciones agrícolas, etc. Estas empresas no tienen ningún papel independiente en la economía. Dependen totalmente de los grandes bancos y monopolios, supermercados, grandes compañías de transporte, etc. En un Estado obrero serían completamente dependientes del sector estatal, que las trataría mucho mejor de cómo son ahora tratadas por los monopolios que las explotan implacablemente, conduciéndolas a la bancarrota. No tenemos planes para imitar a los estalinistas de Bulgaria, quienes en 1945 nacionalizaron hasta a los limpiabotas.

Sin embargo, cuando Dieterich habla de una “economía mixta” está hablando de algo totalmente diferente. Se opone a la expropiación de los bancos y grandes industrias en Venezuela (excepto PDVSA, que ya está nacionalizada). Es decir, está a favor de dejar intacto el poder económico de la oligarquía, confinando el elemento “socialista” en la economía a los pequeños negocios administrados en forma de cooperativa. Es decir, por “economía mixta” no entiende una economía socialista, donde las palancas más importantes de la economía están en manos del Estado (y el Estado en manos de los trabajadores) y donde hay un pequeño sector privado que consiste principalmente en pequeños negocios. Tiene en mente una economía capitalista, en la que la mayoría de los sectores clave de la economía están en manos de terratenientes, banqueros y capitalistas, y una minoría, que consiste principalmente en pequeños negocios que funcionan como cooperativas. *Es decir, defiende un sistema que es precisamente el opuesto de la NEP de Lenin.*

El camarada Dieterich dice que “La gran burguesía en Cuba no se debe permitir ni se necesita permitir, porque el Estado ya la sustituye en sus funciones económicas. El complejo de innovación-pro-

ducción-comercialización de biotecnología, por ejemplo, cumple las funciones de las empresas transnacionales (competitividad, innovación, capital) junto con contenidos de una economía más humana que la capitalista”. Pero inmediatamente añade que:

“Queda entonces, el problema de la pequeña burguesía, es decir, de la pequeña producción mercantil. Recordemos las advertencias de Lenin sobre esta clase, pero recordemos también: a) que en cierto momento histórico tuvo que implementar la NEP, con la certeza de poder controlar las tendencias burguesas mediante el enorme poder monopólico del Estado soviético; b) que en ningún país del mundo el Estado ha sido capaz de proporcionar servicios de calidad adecuados, por ejemplo, en la gastronomía; c) ningún Estado ha podido darle a las ciudades esa diversidad de pequeñas empresas, tiendas, subculturas, etcétera, que les da vida, lo que es particularmente importante en economías de turismo; d) que el control político-económico de esa clase puede lograrse probablemente con el sistema impositivo y judicial; e) en la economía global del ALCA, las garantías de reproducción económica del pequeño empresario solo se las puede proporcionar el Estado a través del proteccionismo y de los subsidios, lo que es una razón fundamental, porque FEDEINDUSTRIA en Venezuela está con el proceso bolivariano y porque el pequeño campesino y empresario latinoamericano apoya al ALBA”.

“En resumen: la situación de la pequeña burguesía en la URSS bajo Lenin fue totalmente diferente a la de la pequeña burguesía latinoamericana hoy y habrá que analizarla en concreto para saber hasta qué grado se pueda tolerarla o no”. (Heinz Dieterich, *Cuba: tres premisas para salvar la revolución, a la muerte de Fidel Castro.*)

En una economía nacionalizada y planificada, donde el Estado está en manos de la clase trabajadora, como fue el caso de Rusia cuando Lenin y Trotsky estuvieron a la cabeza del Partido Bolchevique, se puede permitir la existencia de un cierto número de pequeños negocios. Pero Lenin siempre avisó de los peligros que esto suponía. Tras los pequeños negocios está el poderoso capitalismo mundial y las enormes presiones del mercado capitalista mundial. Bajo ciertas condiciones, el sector privado puede convertirse en una correa de transmisión que facilitaría la penetración de estas poderosas presiones, que pueden poner en peligro la propia existencia

de una economía nacionalizada y planificada. Lenin honestamente describió la NEP como un paso atrás. Advirtió de sus consecuencias e insistió en que los trabajadores soviéticos debían tener sindicatos independientes para defenderse de los hombres de la NEP y los burócratas.

“El Estado proletario puede, sin variar su esencia, admitir la libertad de comercio y el desarrollo del capitalismo sólo hasta ciertos límites y únicamente a condición de una regulación por parte del Estado (vigilancia, control, determinación de formas, orden, etc.) del comercio privado y del capitalismo privado. El éxito de tal regulación depende no sólo del poder estatal, sino más aún, del grado de madurez del proletariado y de las masas trabajadoras en general, de su nivel cultural, etc. Pero aún cuando se efectúe con todo el éxito tal regulación, subsiste indiscutiblemente el antagonismo de los intereses de clase entre el trabajo y el capital. Por eso, una de las tareas más importantes de los sindicatos es, desde este momento, la defensa, en todos los aspectos y por todos los medios, de los intereses de clase del proletariado en su lucha contra el capital. Esta tarea debe ser colocada abiertamente en uno de los primeros lugares; el aparato de los sindicatos debe ser reconstruido en correspondencia con esto, modificado o complementado (deben organizarse comisiones para el arbitraje de conflictos, deben crearse fondos para los casos de huelgas, fondos de ayuda mutua, etc.)”. (Lenin. *Acerca del papel y de las tareas de los sindicatos en las condiciones de la Nueva Política Económica*. Obras Escogidas. Volumen III. Moscú. Editorial Progreso. 1961. pp. 670-671.)

En el corazón mismo de la NEP estaba la introducción de un impuesto en especies, que permitía a los campesinos disponer de sus excedentes de producción en el mercado abierto. Esta concesión a las fuerzas del mercado pronto dio como resultado en el fortalecimiento de los elementos burgueses en las ciudades y, particularmente, en el campo. Condujo a la desnacionalización de la industria a pequeña escala y los servicios; el establecimiento de conglomerados para el abastecimiento, financiación y venta de productos de la industria a gran escala y la garantía de las concesiones a los inversores extranjeros. Era permisible sólo en tanto en cuanto el Estado mantuviera un férreo control sobre los sectores clave de la economía (industria a gran escala, banca y comercio exterior).

La NEP permitió la revitalización de la economía soviética y, para 1926-27, la mayoría de los indicadores económicos estaban a niveles iguales o superiores a los de antes de la guerra. Pero la recuperación vía fuerzas de mercado estuvo acompañada por la reaparición de elementos de la clase capitalista tanto en el campo (los kulaks) como en la ciudad (los hombres de la NEP). Hubo un crecimiento del desempleo entre la clase obrera y una pérdida de dinamismo revolucionario. En sus últimos escritos y discursos, Lenin advirtió repetidamente del peligro de la restauración capitalista. Detrás de los hombres de la NEP y los kulaks se encontraba el poderoso imperialismo mundial. La NEP podía convertirse en el mecanismo de transmisión por el cual el imperialismo mundial podría penetrar en la Unión Soviética. Podría incluso expresarse a través del propio Partido Comunista. Al final de su vida Lenin estaba alarmado por las tendencias capitalistas que la NEP había desatado. Siempre consideró la NEP como una medida temporal introducida en un periodo de extremo peligro. Intentó usar el balón de oxígeno que le ofrecía la recuperación económica para fortalecer los elementos socialistas y gradualmente revertir las políticas de mercado del periodo de la NEP, pero cayó enfermo y murió antes de poder hacerlo.

Es francamente irresponsable jugar con analogías históricas sin explicar el contexto específico y los límites dentro de los que los acontecimientos se fueron desarrollando. La propuesta del camarada Dieterich de hacer concesiones a elementos pequeño burgueses lleva consigo un peligro extremo de restauración capitalista en las condiciones actuales en Cuba. El hecho de que Cuba esté sólo a unas pocas millas de la nación imperialista más rica y poderosa significa que detrás de esa pequeña burguesía autóctona hay fuerzas poderosas: los grandes monopolios que dominan el mercado mundial y el imperialismo norteamericano, que están intentando restaurar el capitalismo en la isla por todos los medios. Es completamente falso y carece de principios citar a la “NEP de Lenin” como una política aplicable a Cuba, sin hacer una sola referencia a las advertencias de Lenin en relación a la NEP y particularmente a sus últimos discursos. En el XI Congreso del Partido Comunista Ruso, —el último al que asistió— Lenin enfatizó repetidamente los peligros para el Estado y el Partido que surgían de las presiones del atraso y de la burocracia. Comentando sobre la dirección del Estado, Lenin advirtió:

“Pues bien, ha pasado un año, el Estado se encuentra en nuestras manos, pero ¿ha actuado en la nueva política económica durante este año a nuestra voluntad? No. Y no lo queremos reconocer así: el Estado no ha actuado a nuestra manera. ¿Y cómo ha actuado? Se escapa el automóvil de entre las manos; al parecer, hay sentada en él un apersona, que lo quía, pero el automóvil no marcha hacia donde lo guían, sino donde lo conduce alguien, algo clandestino, o algo que está fuera de la ley, o que Dios sabe de dónde habrá salido, o tal vez unos especuladores, tal vez unos capitalistas privados, o tal vez unos y otros; *pero el automóvil no marcha justamente como se lo imagina el que va sentado al volante, y muy a menudo marcha de manera completamente distinta*”. (Lenin. *Informe política del Comité Central del PC (b) de Rusia*. 27 de marzo. *Obras Escogidas*. Vol. III. Moscú. Editorial Progreso. 1976. p. 794. El subrayado es mío).

En el mismo congreso Lenin explicó, en un lenguaje claro y sin ambigüedades, la posibilidad de la degeneración de la revolución como resultado de las presiones que clases ajenas al proletariado pudieran ejercer. Los elementos más perspicaces de la burguesía emigrada, el grupo *Smena Vekh* de Ustriálov, ponían sus esperanzas en las tendencias burocrático burguesas que se manifestaban en la sociedad soviética, como un paso en la dirección de la restauración capitalista. Más tarde, el mismo grupo aplaudió y animó a los estalinistas en su lucha contra el “trotskismo”. En el XI Congreso, Lenin citó las palabras de Ustriálov:

“Estoy de acuerdo con el apoyo al Poder soviético en Rusia, dice Ustriálov, a pesar de haber sido un demócrata constitucionalista, burgués y defensor de la intervención, y estoy de acuerdo con el apoyo al Poder soviético, porque ha adoptado un camino por el cual rueda hacia un vulgar poder burgués”. (Ibíd., p. 710) El grupo *Smeina Vej*, a quien Lenin dio crédito por su clarividencia de clase, comprendió correctamente la lucha de Stalin contra Trotsky, no en términos de personalidades, sino como una *cuestión de clase*, como un paso atrás en las tradiciones revolucionarias de Octubre. En referencia a los puntos de vista de *Smeina Vej*, Lenin dijo: “Hay que decir con franqueza que cosas como aquellas de que habla Ustriálov son posibles. La historia conoce conversiones de toda clase; en política no es cosa seria, ni mucho menos, confiar en la convic-

ción, en la lealtad y otras magníficas cualidades morales. Cualidades morales magníficas las poseen sólo un contado número de personas, pero las que resuelven el desenlace histórico son las grandes masas, las cuales, si este pequeño número de personas no se adapta a ellas, a veces las tratan con no mucha delicadeza”. (Ibíd., p. 710).

Tras la muerte de Lenin, Trotsky y la Oposición de Izquierdas exigieron el final del giro a la derecha y el retorno a las políticas de Lenin. Pero la fracción de Stalin-Bujarin, que ejercía el liderazgo, ignoró todos los avisos y requerimientos. Esto puso a la revolución en peligro extremo. Para 1928 los peligros de una restauración capitalista eran evidentes incluso para Stalin. Se vio obligado a abandonar la NEP y lanzar el programa de colectivización y un Plan Quinquenal que la Oposición de Izquierdas había estado defendiendo. Pero Stalin llevó adelante esta política de una manera gansteril, burocrática y ultraizquierdista, que causó una dislocación muy seria en la economía, provocando un desastre agrícola y la muerte por hambruna de millones de personas.

“La máquina ya no obedece al conductor”, es decir, el Estado ya no estaba bajo el control de los comunistas, de los trabajadores, sino que se alzaba cada vez más sobre la sociedad. Las advertencias de Lenin son pertinentes para la Cuba de hoy. Personas que no tienen deseo alguno de volver al capitalismo bien pueden convertirse en agentes de fuerzas sobre las que no tienen control. Si los comunistas cubanos fueran tan inocentes como para seguir el consejo de Heinz Dieterich —el Ustriálov del siglo XX— muy pronto se encontrarían descendiendo hacia el capitalismo por una pendiente resbaladiza, que haría muy difícil la vuelta atrás. ¡Sí, la historia conoce todo tipo de transformaciones!

### **LOS PERIODOS HEROICO Y ANTIHEROICO**

La degeneración burocrática de la revolución rusa no fue resultado de ningún defecto de la teoría marxista, o del hecho de que el genoma humano no había sido descubierto todavía, o, incluso, de la ausencia de conocimientos informáticos, sino que fue la inevitable consecuencia del aislamiento de la revolución en las condiciones económicas y culturales más espantosas. Desde un punto de vista

marxista, no hay nada que nos sorprenda sobre esto. Pero no es suficiente para nuestro Heinz, quien siempre anda anhelando algo nuevo. ¿Cómo explica Heinz la degeneración burocrática de la Unión Soviética? Veamos:

“En primer lugar, un problema ideológico irresoluble. Pasada la fase heroica de una revolución, las mayorías no quieren laborar mayoritariamente para la gloria de un Estado. Convertida la revolución en cotidianidad, los Stachanovs, los “sábados rojos” y los mártires se vuelven minoría y las mayorías esperan del Estado socialista que les proporcionen determinados servicios, como lo esperan de cualquier otro tipo de Estado”.

“Estarán dispuestas a trabajar para sus mistificaciones, como el Rey, la Patria, Dios o “la sociedad”, pero no para un aparato de control y dominación como es el Estado. Enfrentado a este problema, una revolución laica y socialista como la soviética tenía pocas opciones disponibles: de hecho una sola: identificar el Estado con la sociedad, de tal manera que el trabajo en tierras (sowchoses y kolchoses) o fábricas estatales era trabajo para la sociedad, es decir, para uno mismo. La volonteé generale de Rousseau y de los jacobinos, la voluntad general y el interés individual se volvieron, de esta manera, uno solo”. (Heinz Dieterich. *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo.*)

Incluso el lenguaje usado por el camarada Dieterich contiene una idea reaccionaria: la clase obrera, según parece, está dispuesta a “trabajar para sus mistificaciones, como el Rey, la Patria, Dios o ‘la sociedad’, pero no para un aparato de control y dominación como es el Estado”. Este comentario desdeñoso lleva consigo una *calumnia contrarrevolucionaria* contra la clase obrera. Muestra la auténtica actitud del fundador del “Socialismo del siglo XXI” hacia la clase obrera: la actitud despreciativa de un intelectual pretencioso y un burócrata reformista y conservador. Afirma que los trabajadores son ignorantes y tendentes a las mistificaciones. Están dispuestos a seguir ciegamente como corderos “al Rey, la Patria, Dios, o ‘la sociedad’ (?)”, pero no están dispuestos a hacer sacrificios por un Estado (obrero).

Si este fuera el caso, ¿cómo fue que los obreros rusos tomaron el poder en 1917? Ese hecho suponía sacrificios muy serios. Muchos sacrificaron su vida por la causa de una revolución socialista. ¿Era

esto también una mistificación? ¿Acaso estos trabajadores rusos retrógrados, ignorantes y tendentes a las mistificaciones religiosas y monárquicas, decidieron repentinamente enrolarse en la “academia revolucionaria” de Dieterich para recibir un diploma con matrícula de honor en socialismo del siglo XXI? Dado que nuestro Heinz no había nacido todavía, esta opción, desafortunadamente, no estaba disponible, como lo está ahora, afortunadamente para nosotros. Estamos, por tanto, obligados a buscar explicaciones alternativas a cómo tuvo lugar esta transformación milagrosa.

Naturalmente, nuestro Heinz tiene una sencilla explicación. Esta fue la “fase heroica de la revolución”, ya ves. Y en una “fase heroica”, naturalmente, la gente se comporta *heroicamente*. Por otro lado, en una fase antiheroica, la gente nunca se comportará de forma heroica. *Quod erat demonstrandum!* (Que en buen latín significa: “he demostrado lo que quería demostrar”). La lógica es *casi* impecable, pero, desafortunadamente, no explica nada. ¿En qué consistió esta “fase heroica” de la revolución? ¿Cómo fue que el rebaño antiheroico decidió convertirse en heroico de la noche a la mañana, y por qué posteriormente decidieron volver, de nuevo, a ser antiheroicos? En todo esto nuestro Heinz guarda el silencio de un muerto. Como es habitual, meramente presupone lo que ha de ser primero probado. Pero ya nos hemos acostumbrado a esta manera de argumentar, decididamente antiheroica.

En el verano de 1914, los obreros, no sólo de Rusia, sino también de Alemania, Francia y Gran Bretaña, fueron movilizados por la maquinaria de guerra de sus respectivos países para luchar en una guerra imperialista. La mayoría de ellos fue voluntariamente, creyendo, como les decía la propaganda de la clase dominante, que estaban luchando para defender su país, sus familias, etc. contra un terrible enemigo externo (el militarismo alemán, los bárbaros rusos, etc.). Por supuesto, todo era una gran mentira, como finalmente descubrieron. Pero la única manera en la que podían descubrirlo por ellos mismos era a través de su experiencia, ya que esa es la manera en la que los trabajadores de todos los países aprenden, y no acudiendo a las clases de nuestro Heinz sobre el socialismo del siglo XXI.

¿No había nadie que les pudiera haber explicado esto en 1914? ¿No había ninguna fuerza que contrapesara la propaganda de los imperialistas? Sí, tal fuerza existía: la *Internacional Socialista*, que representaba a millones de trabajadores organizados en Gran Bretaña,

Alemania, Austria, Rusia y en todos los otros países beligerantes. Formalmente, los partidos de la Segunda Internacional (Socialista) defendían el socialismo y el marxismo. En una serie de congresos internacionales antes de 1914 habían votado a favor de resoluciones en las que se obligaban a oponerse a la guerra imperialista y, en caso de que ésta estallara, a movilizar a las masas para derrocar el sistema capitalista. Pero en el verano de 1914, los líderes de todos y cada uno de estos partidos (excepto los rusos y los serbios) apoyaron la guerra.

Fue la traición de los líderes de la Internacional Socialdemócrata lo que destruyó cualquier posibilidad de resistencia obrera a la guerra imperialista. Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht lo denunciaron como lo que fue: una monstruosa traición de la Internacional. Rosa Luxemburgo describió la Segunda Internacional como “un cadáver pestilente”. No fue la “falsa conciencia” de los trabajadores lo que causó esa situación, sino la traición criminal de los líderes reformistas, a quienes Lenin describió como “socialtraidores”. A pesar de ello, Heinz Dieterich mantiene un silencio diplomático sobre este asunto. Prefiere *culpar a la clase obrera*. Y esto es típico de todo su enfoque.

Dado que, según Dieterich, la clase trabajadora tenía la culpa de la guerra (por su firme apego a la monarquía, la religión, etc.), ¿cómo explica entonces el hecho de que los mismos trabajadores (no había otros) derrocaran después al zar y llevaran a cabo levantamientos revolucionarios en Alemania, Hungría y otros países? Dieterich no tiene explicación alguna para esto, salvo las sandeces acerca de “fases heroicas”. Pero eso no es ninguna explicación. ¿Cómo explica el camarada Dieterich el hecho de que en un momento los trabajadores estén en una “fase reaccionaria” (1914) y después entren de una forma misteriosa en una “fase heroica” (1917)? ¿Cómo se explica esto?

La verdadera razón es que la clase trabajadora, habiendo pasado a través de la cruel escuela de la guerra imperialista, empezó a sacar conclusiones revolucionarias de su propia experiencia. Nadie les enseñó. El Partido Bolchevique se encontraba débil y disperso. Sus líderes estaban en el exilio o en Siberia. En enero de 1917, Lenin, que se encontraba exiliado en Suiza, casi completamente incomunicado de los trabajadores de Rusia, se dirigió a un mitin de la Juventud Socialista Suiza. En su discurso, Lenin dijo: “Nosotros, los viejos, no viviremos para ver las batallas decisivas de la revolución que se

avecina”. Un mes más tarde, el zar fue derrocado. En menos de un año, los bolcheviques habían tomado el poder.

Bajo la superficie, la conciencia de las masas había ido cambiando lentamente. Trotsky describió este proceso como el proceso molecular de la revolución. Es un proceso que avanza tan gradualmente que frecuentemente es imperceptible, incluso para los revolucionarios. Éstos, a veces, sacan conclusiones erróneas de la aparente apatía y la ausencia en la superficie de signos que manifiesten la frustración acumulada, la ira y la amargura. Es muy similar al incremento gradual de la presión bajo la superficie terrestre anterior a un terremoto. Este proceso es también invisible para el observador superficial, que no penetra más allá de la superficie, sin tener en cuenta la ebullición que tiene lugar en las entrañas de la tierra. Cuando ocurre la erupción, produce un asombro generalizado.

Todo tipo de personas “educadas” ofrecen explicaciones que generalmente no van más allá de la causa inmediata y no explican nada en absoluto. Así, se dice que la Revolución de Febrero fue causada por una escasez de pan. Pero en los años que siguieron a la Revolución de Octubre, la escasez de pan fue mucho peor que antes, como consecuencia de la guerra civil provocada por la reacción contrarrevolucionaria y la invasión de 21 ejércitos extranjeros de intervención. ¿Por qué esto no produjo una nueva revolución? Esta pregunta nunca se plantea, y no puede responderse si se persiste en confundir el incidente inmediato que impulsó el movimiento con sus causas profundas, es decir, en confundir accidente con necesidad, como los viejos libros de texto, que afirmaban que la Primera Guerra Mundial fue causada por el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, y no por la acumulación de contradicciones entre los principales poderes imperialistas antes de 1914.

Los trabajadores “estarán dispuestos a trabajar para sus mistificaciones, como el Rey, la Patria, Dios o ‘la sociedad’, *pero no para un aparato de control y dominación como es el Estado*”. Así es como el camarada Dieterich describe la actitud de la clase trabajadora rusa. ¡Pero, aguarda un momento! Desde un punto de vista marxista, el Estado es siempre un instrumento de dominación de una clase sobre otra. Pero existe una diferencia fundamental entre el viejo Estado capitalista, que representa el *control y dominación de una minoría sobre la mayoría* y un Estado obrero (la dictadura del proletariado), que representa la *dominación de la mayoría sobre una pequeña minoría de explotadores*. El tipo

de Estado previsto por Marx y Lenin era un *semi-Estado*, en el que la clase trabajadora ejercería el control de la industria, la sociedad y el Estado. Era un Estado diseñado para “desvanecerse”. Este fue el Estado establecido por los bolcheviques en 1917 y recibido y respaldado con entusiasmo por la sobrecogedora mayoría de la sociedad: los obreros y los campesinos pobres. Este Estado no tenía nada en común con el Estado monstruosamente burocrático y totalitario que Stalin erigió sobre el cuerpo sin vida del partido de Lenin.

¿Qué quiere decir Dieterich cuando habla de la “fase heroica” de la revolución rusa? En 1917 la clase obrera ejercía el control del Estado soviético a través de sus órganos democráticos de poder. He aquí una genuina *democracia participativa*. Fue el Estado más democrático de toda la historia. Pero cuando la Revolución Rusa quedó aislada en condiciones de terrible atraso, la situación cambió. Como Trotsky explicó, la revolución es un tremendo devorador de energía humana física y nerviosa. Incluso antes del momento en que Lenin se vio obligado a batirse en retirada con la introducción de la NEP, la clase obrera estaba gravemente debilitada.

Tras años de guerra mundial, revolución y guerra civil, las masas estaban agotadas. Muchos de los elementos más avanzados habían muerto en la sangrienta guerra civil, que se prolongó hasta 1921. Antes de la introducción de la NEP, el control de los trabajadores sobre el Estado estaba comenzando a debilitarse. La burocracia soviética comenzó a mostrar sus músculos y a sentirse consciente de su poder. Los funcionarios comenzaron a apartar a codazos a los obreros y a tomar el control del Estado. Éste fue un proceso gradual que tuvo lugar a lo largo de más de una década. La raíz de todo esto se encuentra en las *condiciones materiales*. El “heroísmo” nada tiene que ver con ello.

### REFORMISMO BURGUÉS

En *El dilema cubano: capitalismo o nuevo socialismo* (Abril de 2006), Heinz Dieterich escribe: “Hacia mediados de los años setenta, la ideología socialista arriba descrita había agotado su capacidad de cohesionar el proyecto histórico de 1917 y dar pautas estratégicas para el futuro. Las revelaciones sobre el estalinismo, la opresión militar soviética en la RDA (1953), Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968) y el cisma con el socialismo chino, le habían quitado la legitimidad

histórica mundial de la cual gozaba en los años veinte. Esta crisis del paradigma ideológico heredado, agudizada por la crisis del modelo de acumulación extensiva de posguerra, obligaba a los líderes socialistas a escoger entre tres caminos si querían mantenerse en el poder: a) regresar controladamente al mercado; b) avanzar hacia el socialismo del siglo XXI o, c) tratar de combinar elementos de ambos sistemas en el ‘mercado socialista’.”

Siguiendo su habitual método idealista, antimarxista, Dieterich atribuye el declinar y caída del estalinismo a una *ideología*, que, además, persiste en llamar “socialista”. Como de costumbre, no explica nada. Sólo afirma que la “ideología socialista” (el estalinismo) se había “agotado” hacia mediados de los años setenta del siglo pasado. ¿Por qué? ¿Por qué se agotó? ¿Y por qué esto tuvo lugar hacia mediados de los setenta y no diez o veinte años antes? No lo dice, porque no lo sabe. Hace una lista de los crímenes del estalinismo, tales como la represión militar soviética en la República Democrática Alemana (1953), Hungría (1956), y Checoslovaquia (1968), y la escisión con el “socialismo” chino, informándonos de que estos eventos le arrebataron la “legitimidad histórica mundial” de la que había disfrutado en los años veinte. Esto nos trae a la memoria las líneas que Byron escribió ridiculizando a otro poeta inglés, Ernest Hartley Coleridge:

*Explicando metafísica a la nación,  
Ojalá explicara su explicación.*

En primer lugar, hemos de hacer notar que las cosas que, según el camarada Dieterich, quitaron al estalinismo su “legitimidad histórica mundial” no fueron ideológicas, sino muy prácticas en su carácter. Los obreros de Berlín Oriental, Budapest y Praga no fueron reprimidos con argumentos ideológicos o discursos, sino con tanques y balas. Y los camaradas rusos y chinos no mantuvieron fraternales debates en la frontera a base de dialéctica, sino enfrentamientos con *cobetes y ametralladoras*. Los crímenes del estalinismo no comenzaron con las cosas que Heinz Dieterich menciona. Se conocían desde hacía décadas. Pero no condujeron a la caída de la Unión Soviética. ¿Por qué no? Una vez más, para poder comprender esto, debemos retornar al método marxista, el método materialista, que explica el desarrollo histórico, no con mitologías y argumentos

moralistas, sino, en última instancia, en términos del desarrollo de las fuerzas productivas.

Es inútil acercarse a la historia desde una perspectiva preñada de moralismo abstracto. El capitalismo, en palabras de Marx, entró en la escena histórica supurando sangre por todos los poros. Aún así, se estableció con éxito como el sistema socio-económico dominante a escala mundial en los siglos XIX y XX. La razón es muy sencilla: a pesar de su naturaleza explotadora e inhumana, el capitalismo condujo a un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas: industria, agricultura, ciencia y tecnología. Esto, a su vez, creó la base material para una nueva sociedad socialista en el futuro.

Es cierto que la burocracia estalinista actuó como un enorme freno sobre el desarrollo de la cultura, que fomentó la mediocridad y el conformismo servil. Pero éstos son sólo los efectos secundarios de la contradicción fundamental que socavó la economía nacionalizada y planificada y condujo al colapso de la Unión Soviética. Sí, es cierto que el régimen estalinista que el camarada Dieterich solía elogiar, jugó un papel muy negativo en este campo. ¿Pero qué es lo que elige comparar con la falta de desarrollo de las ciencias sociales en la Rusia estalinista? De todo lo que podría haber elegido, decide citar el cepalismo y la teoría de la dependencia. ¿Cuáles son estas maravillosas ideas que el camarada Dieterich encuentra tan atractivas? No son nada más que vulgar keynesianismo, es decir, *reformismo burgués*, aplicado a los países del llamado Tercer Mundo.

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) fue creada en 1948 como un cuerpo de las Naciones Unidas que se ocupaba del desarrollo económico de América Latina. En la década de los cincuenta del siglo pasado, bajo la dirección de Raúl Presbich, desarrolló la idea de que el obstáculo para el crecimiento económico del continente era su dependencia de los países capitalistas avanzados. ¿Cuál fue su solución? La intervención del Estado en la economía, la sustitución de importaciones, el proteccionismo, etc. Este keynesianismo rápidamente condujo a la hiperinflación y el estancamiento económico, tan pronto como el precio del petróleo se desplomó. Varias de las figuras del cepalismo se encontraron poniendo en práctica planes de ajuste estructural y terapias de choque (enormes cortes en gastos sociales y ataques generalizados a los salarios y las condiciones de trabajo) en los años ochenta y noventa del pasado siglo, mostrando la imposibilidad de las políticas reformistas en América Latina.

Fernando Enrique Cardoso, que estaba ligado a la CEPAL y era uno de los mayores teóricos de la “teoría de la dependencia” en los años 60, se convirtió luego en ministro de finanzas y, posteriormente, en primer ministro de Brasil, aplicando un programa de recortes y “ajustes” profundamente antiobrero. Esto es lo que nuestro Heinz elige para alabar. De la misma manera que elogia la democracia burguesa como una alternativa al “socialismo real”, alaba el reformismo burgués como una alternativa a la revolución socialista.

La defensa que hace Dieterich del cepalismo es aún más escandalosa en el caso de Venezuela. Éstas fueron precisamente las ideas llevadas a cabo por el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez entre 1974 y 1979, cuando, apoyándose en los altos precios del petróleo, intentó industrializar el país. Esta política tuvo el mismo efecto desastroso que en otros países. Condujo a crisis inflacionarias y a un agudo cambio en 1989, cuando Carlos Andrés Pérez usó al ejército para aplastar el caracazo —un levantamiento popular contra su paquete de recortes—. La repetición de la vieja y desacreditada fórmula del reformismo y la socialdemocracia latinoamericana no es sólo *mediocre*, sino completamente *antisocialista* y *antirrevolucionaria*.

### ¿LA ‘VÍA CHINA’?

“Significativamente, ninguno (!) de los partidos socialistas optó por el avance hacia el socialismo del Siglo XXI. La explicación de este increíble fenómeno se encuentra en tres razones: 1. la falta de una teoría científica de la transición hacia el nuevo socialismo, o lo que es lo mismo, la incapacidad de los partidos comunistas de entender el socialismo como un fenómeno en desarrollo, con el cual apenas habían compartido una etapa arcaica que canonizaron como única; no hay parámetro más claro para indicar la pérdida de la dialéctica en esos partidos y líderes, que este; 2. un partido anquilosado por el pragmatismo y el oportunismo que administraba un proceso revolucionario, en lugar de dirigirlo y, 3. un Partido-Estado carente de facultades cibernéticas”.

“Ante tal escenario los líderes titubearon. Oscilaron entre avances hacia el mercado capitalista y regresos hacia la ortodoxia socialista, hasta que las condiciones objetivas, el imperialismo y/o la propia población acabaron con sus gobiernos por la fuerza. Sólo el liderazgo

chino post-Mao se mantuvo estable, porque escogió conscientemente (bajo Deng Xiao Ping) el camino de la modernización capitalista autocrática que Alemania, Japón y los tigres asiáticos habían recorrido anteriormente con fulminante éxito”. (Dieterich, *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo*.)

La última frase nos hace rascarnos la cabeza, pensativos. ¿Qué significa? Si *el* camino de la modernización capitalista autocrática ha sido un éxito fulminante, ¿por qué no abogar por él en Cuba y Venezuela? Nuestro amigo Heinz mantiene un silencio diplomático, pero evidentemente no piensa que el “socialismo chino” sea algo malo. Es más, sabemos que hay algunos en Cuba y Venezuela que piensan que éste es, de hecho, el camino a seguir. Al menos Heinz no intenta engañarnos en esta cuestión. No habla del *socialismo* chino, sino que directamente dice que China ha entrado en el camino de la modernización *capitalista* autocrática. Esa apreciación es correcta, así como también es correcto afirmar que China ha logrado espectaculares resultados, aunque un análisis más cuidadoso mostrará que estos resultados fueron alcanzados al combinar los tremendos avances hechos por la economía nacionalizada y planificada en el pasado medio siglo con la participación en el mercado mundial.

*Aquellos que defienden la “vía china” para Cuba y Venezuela están defendiendo el capitalismo.* Seamos claros. Adoptar el modelo chino en Venezuela supone detener la revolución, mantener la propiedad privada de los medios de producción y la destrucción de los elementos de control obrero y de democracia que se hayan conquistado, para poner todo el poder en manos de una burocracia privilegiada con lazos orgánicos con el gran capital. *Ése es el programa de la contrarrevolución en toda regla.* Es un escándalo que alguien asociado con el movimiento bolivariano pueda defenderlo.

Para Cuba es aún peor. Es el programa de privatización de la economía nacionalizada y la conversión de la industria del Estado en monopolios privados. Es decir, significa la destrucción de todas las conquistas fundamentales de la Revolución Cubana y todo esto se haría bajo la bandera del Partido Comunista, como en China. Los burócratas gobernarían, pero lo harían como si fueran capitalistas privados y multimillonarios, que pueden transmitir sus riquezas a sus descendientes como propiedad privada. Uno puede apreciar que tal programa ejercería un enorme atractivo sobre la capa más corrupta

y reaccionaria de los funcionarios y administrativos del Estado. Pero no será tan atractivo para millones de trabajadores cubanos. La clase trabajadora no tiene interés en la privatización de las industrias y la creación de una clase de capitalistas burocráticos y millonarios que les explotarían y robarían, como está ocurriendo ahora en China. Las condiciones de vida de los obreros y campesinos chinos se han hundido rápidamente hasta niveles como los descritos por Carlos Marx en *El capital* o por Carlos Dickens en sus recreaciones literarias de la dura existencia de la clase obrera en la Inglaterra victoriana.

Los obreros, la juventud revolucionaria y los sectores más avanzados de la inteligencia cubana nunca aceptarán la destrucción de sus conquistas revolucionarias sin luchar. Tampoco sería tan fácil hacer del Partido Comunista un instrumento para la contrarrevolución capitalista. Antes de que eso ocurriera habría una lucha feroz entre los traidores y elementos pro burgueses y los genuinos comunistas que desean defender las conquistas de la revolución cubana a toda costa. En esta lucha los trotskistas estarán incondicionalmente al lado de estos últimos. ¿Al lado de quién estará Heinz Dieterich?

### ¿CRISIS ESTRATÉGICA: MEDIDAS TÁCTICAS?

“Las lecciones para la isla son claras. El viejo paradigma socialista no sostendrá más a la Revolución cubana, porque no se basa en una verdad histórica vigente, sino en una ideología del pasado. Ante tal situación, algunos mejoramientos económicos en el hogar, como ollas de presión y focos eléctricos de ahorro, no lograrán estabilizar el proceso. La dimensión de la crisis es estratégica: es el fin de un proyecto histórico. Y ante esta dimensión del problema, medidas tácticas no serán suficientes para llenar el doble vacío que deja el agotamiento del proyecto histórico fundacional y la desaparición de la generación heroica”.

“Si la Revolución no comprende o niega que la crisis es paradigmática; si, en consecuencia, no trata de dar el paso hacia el socialismo del siglo XXI y si no implementa medidas económicas-políticas inmediatas que le hacen entender a la población que una sociedad más democrática y de nivel de vida la espera, difícilmente habrá fuerza en el mundo para salvarla”. (Dieterich. *La disyuntiva de Cuba: capitalismo o nuevo socialismo*.)

Al menos en un punto podemos estar de acuerdo con el camarada Dieterich: la victoria de la contrarrevolución capitalista en Cuba no sólo sería una tragedia para la humanidad, sería un duro golpe para la revolución socialista en Venezuela, en América Latina y a escala mundial. Es el deber de todo trabajador consciente luchar contra ello con todas sus energías y con todos los medios a su disposición. ¿Pero cómo “combate” el camarada Dieterich la contrarrevolución burguesa? Dirige la mayor parte de su fuego, no contra la burguesía, sino contra el “viejo paradigma socialista (...) porque no se basa en una verdad histórica vigente, sino en una ideología del pasado”. ¿Qué es este viejo “paradigma”? Es la “vieja” idea de que el socialismo debe basarse en una economía nacionalizada y planificada. ¿Y cuál es la “ideología del pasado” que “no se basa en una verdad histórica vigente”? El marxismo, por supuesto.

Heinz está molesto con los líderes del Partido Comunista Cubano (y con todos los demás), porque aún no “han visto la luz” y abrazado su teoría del Socialismo del siglo XXI. “Significativamente, ninguno de los partidos socialistas optó por el avance hacia el socialismo del Siglo XXI,” farfulla. ¿Y por qué no? Por “la falta de una teoría científica de la transición hacia el nuevo socialismo, o lo que es lo mismo, la incapacidad de los partidos comunistas de entender el socialismo como un fenómeno en desarrollo”. (Ibíd.)

Es una triste prueba del estado en el que se encuentra la humanidad que cuando el profeta del Socialismo del siglo XXI hace su aparición con los diez mandamientos grabados en piedra (o mejor dicho, editados en Internet) nadie le preste la menor atención. El pobre Heinz no puede disimular su frustración ante este estado de cosas, al que considera “increíble”. ¿Acaso no ha escrito innumerables libros y artículos sobre ello? ¿Acaso los comunistas cubanos no saben leer? Por supuesto que saben. Cuba es bien conocida por el alto nivel educativo de su población. Entonces debe ser que son incapaces de comprenderle —es decir, porque son todos estúpidos—. Sí, parece increíble, pero ¿qué otra explicación puede haber desde el punto de vista de Heinz? El camarada Dieterich podrá consolarse al pensar que él no es el primer profeta que sufre tales tribulaciones. El propio Moisés experimentó grandes dificultades para conseguir que los antiguos israelitas dejaran de bailar alrededor de cierto becerro de oro, y Jesús en vano tiró sus perlas a los cerdos. El fundador del Socialismo del siglo XXI está condenado a aventurarse en el trase-

gado sendero de Juan Bautista: *vox clamans in deserto* (una voz que clama en el desierto) ¡Qué triste lugar es este mundo pecador para un pobre profeta a quien nadie comprende!

### ¿SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?

La revolución socialista no puede ser un acto único y simultáneo. Las condiciones políticas y sociales de cada país tienen su propia dinámica y dialéctica. La Revolución de Octubre tuvo lugar en un país muy atrasado, donde las condiciones materiales para el socialismo no existían, pero Lenin y los bolcheviques nunca lo vieron como un acto suficiente en sí mismo, sino como la primera etapa de la revolución mundial, que inevitablemente habría de extenderse durante décadas. Se podría decir lo mismo de la revolución cubana (y venezolana). La fuerza de la economía cubana yace en la nacionalización de los medios de producción y su dirección planificada. Su debilidad consiste en su aislamiento. Como Trotsky explicó: “La debilidad de la economía soviética, además del atraso heredado, se encontraba en su aislamiento, es decir, es su incapacidad para ganar acceso a los recursos de la economía mundial, en forma de créditos internacionales y financiamiento en general, lo que tiene un papel decisivo en la economía mundial”. (Introducción a la edición alemana de *La revolución permanente*.) En su discurso al XI Congreso del Partido, el 27 de marzo de 1922, Lenin habló del mercado mundial, “al que estamos subordinados, al que estamos atados, y del que no podemos escapar”.

Cuba ha conseguido solucionar parcialmente este problema al incrementar el peso del sector turístico, mediante las exportaciones de níquel y a través de los envíos de dinero que efectúan los cubanos que viven en el extranjero. Pero esto ha creado nuevas contradicciones. Algunos cubanos tienen acceso a divisas, mientras que otros no. Esto crea una diferencia entre quienes “tienen” y quienes “no tienen” —en realidad una economía en dos niveles—. Esto plantea una seria amenaza a la economía nacionalizada y planificada. Fomenta la corrupción y todo tipo de prácticas deshonestas. No es posible eliminar estas prácticas recurriendo a la represión y las exhortaciones moralistas. Honestos cubanos de a pie se ven forzados hasta cierto punto a participar en esta “economía paralela” para poder sobrevivir. Entretanto, las contradicciones heredadas del pasado capitalista

y subdesarrollado de Cuba no han desaparecido, a pesar de los logros de la economía planificada, sino que han sido fomentadas por la reciente recuperación después de años de privaciones. Podrían reavivarse y agravarse con el crecimiento de la economía cubana. El superarlas exige que haya acceso a los recursos del mercado mundial.

El auténtico peligro para el socialismo no es la intervención imperialista (abandonaron esa idea después de que se quemaran los dedos en Playa Girón), sino la penetración de bienes extranjeros y baratos de mayor calidad que los productos domésticos. Si la clase dominante estadounidense fuera más inteligente abandonaría el bloqueo a Cuba y fomentaría el comercio. Esto socavaría la economía nacionalizada mucho más eficientemente que cualquier bloqueo. Pero los imperialistas norteamericanos son excepcionalmente estúpidos. Están demasiado cegados por el odio hacia “el régimen de Castro” como para comprender incluso cuáles son sus propios intereses. El aislamiento de Cuba crea todo tipo de escaseces y cuellos de botella, que se expresan en los problemas diarios que experimentan los trabajadores y las amas de casa. Las condiciones de las masas han mejorado en comparación con el pasado, pero no siguen la marcha de las expectativas. Hay dificultades particulares con el transporte, el alojamiento y la alimentación. La situación se hace más insostenible por el hecho de que hay gente con más fácil acceso a divisas y bienes que otros.

Trotsky explicó el tipo de programa que sería necesario para un Estado obrero que se encontrara aislado durante un tiempo: “Un programa realista para un Estado obrero aislado no puede plantearse el objetivo de lograr ‘independencia’ de la economía mundial, mucho menos la construcción de una sociedad socialista nacional ‘en el periodo más breve’. La tarea no es lograr el ritmo máximo abstracto, sino el ritmo óptimo, es decir, el mejor, el que emana de las condiciones económicas tanto internas como mundiales, que fortalece la situación del proletariado, preparando los elementos nacionales de la futura sociedad socialista internacional, y al mismo tiempo y, sobre todo, mejora sistemáticamente el nivel de vida del proletariado y fortalece su alianza con las masas no explotadoras del campo. Esta perspectiva ha de permanecer durante todo el periodo preparatorio, es decir, hasta que el triunfo de la revolución en los países avanzados, libere a la Unión Soviética de su actual situación de aislamiento”. (Trotsky, Introducción a la edición alemana de *La revolución permanente*.)

Si no era posible construir una sociedad socialista autosuficiente en Rusia y en China, mucho menos sería posible en Cuba y Venezuela. Existe una interdependencia indivisible entre las revoluciones de Cuba, de Venezuela y del resto del continente americano. Los éxitos del movimiento revolucionario en Venezuela presuponen un movimiento revolucionario en Bolivia y Ecuador, y viceversa. Ni en Venezuela ni en Bolivia ni en Cuba ni en ninguna otra parte es posible construir una sociedad socialista independiente. Tendrán que entrar como partes integrantes de un todo superior. He aquí la base del internacionalismo marxista.

El orden socialista presupone un alto nivel de tecnología y cultura, y la solidaridad entre la población. En cada uno de los países de América Latina, las condiciones materiales para esto son insuficientes. No obstante, el triunfo del socialismo en América Latina creará un bloque de poder formidable, movilizándolo millones de personas y con unos recursos y reservas inmensas. ¿Qué país capitalista, o coalición de países, se atrevería a contemplar una intervención militar en semejantes circunstancias? En esta situación, los imperialistas norteamericanos, lejos de contemplar una intervención militar contra América Latina, se verían enfrentados con sublevaciones revolucionarias en los propios Estados Unidos.

En el transcurso de varios planes quinquenales, una federación socialista de América Latina sería capaz de construir una sociedad socialista poderosa con sus propias fuerzas y con un nivel de vida superior al de los Estados Unidos y con un régimen democrático basado en la participación activa del conjunto de la población en la administración de la economía, la sociedad y el Estado. Esto significaría un golpe mortal para el capitalismo mundial, reduciendo al mínimo, si no a cero, la posibilidad de una intervención externa. Crearía un movimiento irresistible hacia la revolución socialista mundial.

### OSCURANTISMO PLATÓNICO

Dieterich es mordaz con esta propuesta: “La ética idealista que sigue al oscurantismo platónico, reforzado diariamente por la hipocresía moralina del catolicismo, desconoce ese consumo —lo material-sensual-carnal— como “valor”. Para el socialismo revolucionario y la ciencia, que parten del binomio constitutivo de la materialidad-

energía del universo, toda ética ha de ser materialista-dialéctica, que inevitablemente considera a la reproducción, el goce y la sensualidad de lo material como parte integral de la condición humana. Y, de hecho, la mayoría de la humanidad actúa empíricamente sobre este patrón. Para ella, alcanzar la calidad de vida históricamente determinada es un valor: tan fuerte o aun más fuerte como ciertos valores morales o “virtudes espirituales”. Dialécticamente, lo material se convierte en su contrario, lo espiritual”. (Dieterich, *Cuba: tres premisas para salvar la revolución a la muerte de Fidel Castro*.)

El párrafo anterior es un espléndido ejemplo del oscurantismo dieterichiano. ¿Qué es el “binomio constitutivo de la materialidad-energía del universo”? Sólo Dios y Heinz Dieterich conocen la respuesta. Una vez más, en busca del significado de sus palabras, tendremos que abrirnos camino a machetazos en esta jungla de sintaxis retorcida que es la prosa del camarada Dieterich (agotadora tarea, por otra parte). Se nos dice que para el socialismo revolucionario y la ciencia “toda ética ha de ser materialista-dialéctica, que inevitablemente considera a la reproducción, el goce y la sensualidad de lo material como parte integral de la condición humana”.

En primer lugar, el materialismo histórico (que es sólo una aplicación particular de la dialéctica materialista) nos enseña que ha habido muchos sistemas éticos diferentes a lo largo de la historia y, que todos ellos, en última instancia, son sólo una expresión idealizada de los intereses materiales de las diferentes clases y subclases. ¿Pero acaso alguno de ellos se ha basado en los principios del materialismo dialéctico? Desde luego, pero no podemos decir que sea así de las éticas platónica, católica o kantiana. Tampoco se puede decir de la ética del proletariado revolucionario moderno, de la Comuna de París o de la Revolución de Octubre.

El proletariado tiene una moralidad de clase, que se opone a la moralidad de la clase dominante. Defiende los principios básicos de igualdad y solidaridad de clase, en oposición al egoísmo y la hipocresía de la moralidad burguesa. Los revolucionarios también tienen principios éticos y morales. La ley básica de la revolución puede resumirse simplemente así: la salvación de la revolución es la ley suprema. Es moral aquello que sirve para elevar la conciencia revolucionaria del proletariado; es inmoral aquello que la reduce. Desde este punto de vista revolucionario, reformistas de todo tipo retrasan el crecimiento de la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora,

y eso es inmoral. Y, dado que el camarada Dieterich es un reformista con cierta vergüenza de su reformismo y quiere camuflarlo con una fraseología pseudo-revolucionaria (“materialista-dialéctica”), consideramos que sus actividades están en flagrante violación de los principios fundamentales de la moralidad revolucionaria proletaria.

Pero volvamos a la “ética materialista-dialéctica” del camarada Dieterich. ¿Qué nos enseña? Algo realmente digno de atención: “*la reproducción, el goce y la sensualidad de lo material*” es “*parte integral de la condición humana*” y que *la mayoría* de la humanidad actúa sobre esa pauta. ¡Vaya descubrimiento! Nuestro Heinz nos informa que a los seres humanos les gusta comer, beber y reproducirse (asumimos que esto es lo que él quiere decir con “el goce y la sensualidad de lo material”, aunque la frase carece de sentido gramatical). Estas cosas son “parte integral de la condición humana” y *la mayoría* de la humanidad actúa sobre esa pauta.

Éramos más o menos conscientes de que la mayoría de la gente come, bebe, hace el amor y disfruta de “lo material” siempre que tiene ocasión de ello, aunque estaremos eternamente agradecidos al camarada Dieterich por habérselo señalado. ¿Pero quiénes son la *minoría* que no hace esas cosas? Incluso los monjes tibetanos y los ascetas hindúes comen y beben de vez en cuando. Estas actividades forman parte de la condición humana, de tal manera que no podemos pensar en excepción alguna (excepto, quizás, en cuanto a la reproducción). Sólo podemos concluir que nuestro Heinz sabe algo que nosotros desconocemos y que, en su Socialismo del siglo XXI, ni hombres ni mujeres necesitarán comer, beber o reproducirse o, puesto de otro modo, “gozar de lo material”, lo que, sin duda alguna, nos ahorrará bastante tiempo e inconveniencias. Sin embargo, como la humanidad no ha alcanzado todavía tal estado de dicha, hemos de estar de acuerdo con el camarada Dieterich en que, desafortunadamente, la mayoría de la gente aún necesita comer, beber y reproducirse, y en que idealmente la sociedad debería proporcionarles las condiciones necesarias para dar cumplida cuenta de estas necesidades.

### IGUALDAD DE SACRIFICIO

Perseguir la construcción de una sociedad socialista aislada, fuera de la perspectiva del socialismo internacional, es totalmente utópico.

Esto ha sido demostrado de sobra por Rusia y China. Estos países eran, después de todo, subcontinentes con enormes poblaciones y gigantescos recursos. Aún así, la búsqueda de la autarquía condujo al desastre y allanó el camino para la restauración capitalista. ¿Significa esto que el futuro de una Cuba socialista es imposible? No, nada por el estilo. La tarea es asegurar el fortalecimiento de la economía planificada y nacionalizada en Cuba hasta que haya nuevas victorias de la revolución socialista en América Latina y a escala mundial. En 1930, en un momento en el que Stalin, en busca de la reaccionaria utopía del socialismo en un solo país, se dedicaba a las locas aventuras de las colectivizaciones forzosas y del “plan quinquenal en cuatro años”, Trotsky escribió lo siguiente:

“La colectivización de las haciendas campesinas es, evidentemente, una parte necesaria y primordial de la transformación socialista de la sociedad. Sin embargo, las proporciones y el empuje de la colectivización no sólo se hallan determinados por la voluntad de un gobierno, sino que dependen en última instancia de los factores económicos: de la altura a que se halle el nivel económico del país, de las relaciones entre la industria y la agricultura, y, por consiguiente, de los recursos técnicos de esta última.

“La industrialización es el resorte propulsor de toda la cultura moderna, y, por ello, la única base concebible del socialismo. En las condiciones de la Unión Soviética, la industrialización implica, ante todo, el reforzamiento de la base del proletariado como clase gobernante. Al mismo tiempo, crea las premisas materiales y técnicas para la colectivización de la agricultura. El ritmo de estos dos procesos guarda una relación íntima de interdependencia. El proletariado está interesado en que ambos procesos adquieran el impulso máximo, pues es ésta la mejor defensa que la nueva sociedad que se está edificando puede encontrar contra el peligro exterior, al propio tiempo que echa los cimientos para la elevación sistemática del nivel material de vida de las clases trabajadoras.

“No obstante, el desarrollo asequible se ve limitado por el nivel material y cultural del país, por las relaciones recíprocas entre la ciudad y el campo y por las necesidades inaplazables de las masas, las cuales sólo hasta un cierto límite, pueden sacrificar su día de hoy en aras del

de mañana. El ritmo máximo, es decir, el mejor, el más ventajoso, es no sólo el que imprime un rápido desarrollo a la industria y a la colectivización en un momento dado, sino el que garantiza asimismo la consistencia necesaria del régimen social de la dictadura proletaria, lo cual quiere decir, ante todo, el robustecimiento de la alianza de los obreros y campesinos, preparando de este modo la posibilidad de triunfos ulteriores”. (León Trotsky. *La revolución permanente*. Madrid. Fundación Federico Engels. 2001. p. 20.)

Estas líneas expresan con admirable claridad el dilema central al que se enfrenta la revolución cubana: cómo mantener la economía nacionalizada y planificada y asegurar el crecimiento económico, mientras simultáneamente garantiza un incremento sostenido del nivel de vida de las masas. Las palabras de Trotsky están en total oposición con las oscuras mistificaciones y contorsiones intelectuales de Dieterich. La cuestión es muy simple: el problema del consumo no es de carácter secundario. Los trabajadores cubanos son leales a la revolución y a sus ideales socialistas. Comprenden la importancia de las conquistas realizadas por la economía planificada y nacionalizada en términos de salud, educación, cultura y otros ámbitos importantes de la vida. Las capas decisivas de la sociedad se oponen, sin duda alguna, a la restauración del capitalismo y a la privatización de la economía. Lo que ocurrió en Rusia es un horrible aviso de lo que esto supondría.

¿Es posible combatir la corrupción y el burocratismo con exhortaciones a la moral revolucionaria? La cuestión de la moral es fundamental en toda guerra y, de hecho, la revolución cubana está en estado de guerra con los elementos procapitalistas. Esto es un elemento importante en la situación. La cuestión es ¿quién prevalecerá? La revolución puede contar con una gran reserva de apoyo entre amplias capas de la población. Pero el imperialismo tiene de su lado un enorme poder económico. Posee una gigantesca máquina de propaganda que está constantemente bombardeando a la población cubana con la idea de que la vida es mejor bajo el capitalismo. La pregunta es: ¿Qué efecto está teniendo? Fidel Castro y Pérez Roque hacen llamados a la conciencia revolucionaria y la ética. Las masas de Cuba han mostrado repetidamente que están dispuestas a hacer grandes sacrificios, pero sólo bajo la condición de que el sacrificio afecte a todos por igual. La existencia de la burocracia y la

corrupción socava la moral de la población y, por tanto, pone a toda la revolución en peligro. Ésta no es una cuestión secundaria. Lo que está en juego es la propia supervivencia de la revolución.

Dieterich continúa: “Siendo el patrón de consumo y de cultura popular hoy día predominantemente un patrón universal, no una variable nacional, el choque en Cuba se produce entre el patrón universalizado de consumo de clase media primermundista —que le llega anualmente a la población por vía de dos millones de turistas y, cotidianamente por las películas estadounidenses que transmite la televisión— y el estándar de vida que permiten el nivel de las fuerzas productivas y el sistema redistributivo del país”. (Heinz Dieterich. *Cuba: tres premisas para salvar la Revolución, a la muerte de Fidel*, en *Rebelión*. 3 de enero de 2006.)

Hasta cierto punto, éste es un comentario justo. ¿Pero cuál es la solución propuesta por el camarada Dieterich?

“Apelar a la disciplina revolucionaria y los valores éticos en las actuales circunstancias de Cuba, tener que ser como Fidel o el Che, no cambiará el panorama general de la situación, porque las condiciones objetivas no sostienen ese discurso. Para las mayorías será más eficiente discutir democráticamente las alternativas de consumo, por ejemplo, si prefieren más hospitales o transporte, o vivienda, consumo privado, etcétera, y las vías de contemporizar ese patrón con las posibilidades del país.

“Mayor educación, conocimiento e información no son un antídoto al consumo. Cuanto más ‘insumos’ de ese tipo se proporcionan, más conciencia y más sujeto se genera. Y más sujeto significa, inevitablemente, más deseo de democracia. Democracia en todos los sentidos —formal, social, participativa— que se convierte, al igual que el consumo históricamente ‘justo y necesario’, en un valor fundamental de la praxis humana; valor, al que el gobierno tiene que dar respuestas, para no generar resistencias que el sistema no pueda absorber”. (Ibíd.)

No hay duda alguna de que la entrada de bienes y divisas extranjeras, junto a la presión incesante de los medios de comunicación, son armas poderosas en manos del imperialismo.

Se crea la impresión de que en los Estados Unidos todo el mundo disfruta de un alto nivel de vida, lo que es falso, pero esto tiene su efecto sobre ciertas capas de la población, especialmente la juventud, que nunca ha tenido la experiencia de vivir bajo el capitalismo y se siente atraída hacia el consumismo. Estos estados de ánimo pueden combatirse parcialmente con propaganda revolucionaria, educación y explicación. Pero estamos de acuerdo con el camarada Dieterich en que existen límites sobre la capacidad de éxito de estas prácticas. Entonces, ¿qué es lo que él sugiere?

“De la cibernética tecnológica y cognitiva sabemos que un problema sistémico detectado puede tratar de arreglarse (post festum) con regulaciones proporcionales, integrales o diferenciales. Más eficiente, por supuesto, es la normativización preventiva que es posible en eventos estadísticamente detectables. Ambos requisitos se cumplen en Cuba. Las dramáticas llamadas de atención de Fidel y Felipe se refieren a la regulación preventiva, es decir, la necesidad de tomar medidas antes de que suceda la muerte de Fidel; y las actitudes de la población cubana constituyen ‘eventos’ estadísticamente medibles”. (Ibíd.)

Este es otro ejemplo más del galimatías dieterichiano. No perderemos más tiempo intentando encontrarle algún significado a este sinsentido. Sigamos adelante, machete en mano, con la esperanza de que, al final, podamos encontrar al menos una frase que tenga sentido:

“El canciller define con razón el surplus o excedente económico como decisivo en la economía. Pero hay que ampliar la determinación: no solo es clave quién lo recibe sino quién decide sobre él y en qué forma. Este es el tema de la democracia económica que en la crematística burguesa es tabú, pero que en la economía socialista es la clave de su desempeño. Mientras las mayorías están de hecho excluidas de las decisiones sobre el uso del surplus (inversión, consumo, presupuesto nacional, pago de la deuda externa, etc.), no les importará realmente si es el Estado, las transnacionales o los gringos que se queden con él”.

“Al igual que en el falso dilema de ‘ética versus consumismo’, la afirmación de que lo decisivo es si el pueblo o las transnacionales reciban

el ingreso o tengan la propiedad productiva, distorsiona la dialéctica real de los contrarios. El plusproducto cubano, en su mayor parte, no lo reciben ni las transnacionales, ni las mayorías: lo recibe el Estado. Y este es el punto nodal de los problemas del robo y del mercado que Fidel ha denunciado”.

“La propiedad productiva en Cuba se encuentra, esencialmente, en manos del Estado, no en manos de las mayorías. Si fuera de las mayorías, las mayorías la protegerían, porque es de sentido común que nadie se roba a sí mismo. El hecho de que se la roba y maltrata tiene una lectura irrefutable: la propiedad estatal es percibida por muchos como una propiedad ajena o anónima, que se puede privatizar a través del robo. Mientras esto sea así, será difícil acabar con la corrupción y el robo, como muestra el ejemplo de China. En consecuencia, la idea de la economía socialista, producir altruistamente para todos, se hace inviable”.

“La percepción de la propiedad estatal productiva como algo alienado, semejante a la propiedad del capitalista, que se puede privatizar, se reafirma diariamente por el hecho, de que la gente no tiene incidencia real sobre su uso. Propiedad significa en la economía de mercado esencialmente, el derecho a enajenar activos económicos. Por bien o mal, esto no existe en Cuba. Pero el trabajador tampoco determina el beneficio de esta propiedad, su plusproducto, hecho por el cual tampoco sería poseedor. Al no ser propietario ni poseedor real de la propiedad productiva individual o colectiva, el productor directo no la protege”. (Ibíd.)

Aquí, por casualidad, el camarada Dieterich ha dicho algo serio. Para que los trabajadores estén dispuestos a defender el Estado cubano, deben primero estar convencidos de que el Estado les pertenece. En una economía nacionalizada y planificada, la plusvalía creada por la clase trabajadora está en las manos del Estado. Pero qué debería hacerse con esa plusvalía —qué parte se debería dedicar a la inversión y qué parte al consumo, por ejemplo— debe decidirse a través de un debate democrático en el que todo el mundo participe. Los trabajadores aceptarán ciertas limitaciones en el consumo en tanto en cuanto hayan tomado parte en el proceso de toma de decisiones económicas.

Las masas están dispuestas a hacer grandes sacrificios para defender la revolución. Sin embargo, en última instancia, la cuestión del nivel de vida y las condiciones de aquellas serán un factor decisivo. Más aún, ésta no es una cuestión absoluta, sino relativa. La presencia de la nación imperialista más rica y poderosa a sólo unos pocos kilómetros de distancia es un factor de gran importancia, como el papel que desempeñan los envíos de divisas, el turismo y el carácter dual de la economía, que se expresa en la existencia de dos divisas. No se puede negar la presencia de tendencias capitalistas en la isla. Si lo ignoramos, es por nuestra cuenta y riesgo. Ese el mensaje principal de los discursos de Fidel Castro y Felipe Pérez Roque.

Sin embargo, como Trotsky explica, las masas están dispuestas a sacrificar su hoy por su mañana *sólo hasta cierto punto*. Los trabajadores cubanos han demostrado durante décadas su disposición a hacer sacrificios para defender la revolución. Continuarán haciéndolo, pero sólo si están convencidos de ciertas cosas e incluso entonces, sólo hasta cierto punto. Más allá, todas las exhortaciones a la moral revolucionaria, los ideales, etc., se tornan inútiles e, incluso, contraproducentes. Exhortaciones constantes a hacer sacrificios engendrarán actitudes escépticas e incluso cínicas, si no se respaldan con sólidos resultados. En primer lugar, los trabajadores deben estar convencidos de que hay igualdad de sacrificio para todos. Esto no significa que todo el mundo deba recibir el mismo salario o vivir exactamente en las mismas condiciones. Pero significa que privilegios excesivos son inadmisibles. Este principio se consagró en el programa de 1919 del Partido Bolchevique y se basaba en *El Estado y la revolución* de Lenin, que, a su vez, estaba basado en la Comuna de París.

### ‘LA CIBERNÉTICA COGNITIVA’

“En junio del 2002 Felipe había hablado sobre el mismo tema y ante el mismo Foro, concluyendo en aquella ocasión que en la eventual ausencia del Comandante la defensa de la Revolución pasaba por la defensa del partido único, la economía centralizada, la unidad política y la preservación de las fuerzas armadas. Mantener al Partido único es posiblemente vital mientras dure la agresión imperialista, pero igualmente vital es dotarle de un carácter cibernético real, si se quiere evitar que el proyecto termine como la URSS y la RDA”. (Ibíd.)

Es cierto que el régimen totalitario y burocrático de la RDA socavó la economía nacionalizada y planificada, y preparó el camino para el retorno al capitalismo. Pero eso no es, de ninguna manera, el final de la historia. La experiencia de más de 20 años de capitalismo ha hecho a la gente de la antigua RDA revisar sus impresiones. Para gran disgusto de la burguesía, los habitantes de la antigua Alemania Oriental ven ahora que las cosas no estaban tan mal antes. Por supuesto, no quieren volver a un Estado totalitario de partido único, con una casta privilegiada de oficiales del Partido y la Stasi, con su ejército de informadores. Pero recuerdan que en la RDA no había desempleo y que todo el mundo tenía el derecho a una educación y a una sanidad decentes. No había un ambiente de competición a muerte, de pez grande comiéndose al pequeño, del egoísmo y la avaricia que caracterizan al capitalismo.

Lo que quieren es lo mismo que nosotros defendemos, a saber, una economía nacionalizada y planificada pero con democracia —una sociedad en la que los trabajadores gobiernen, no sólo en nombre, sino en la práctica—. En otras palabras, quieren lo que Lenin propuso en 1917, cuando estableció las condiciones básicas para una democracia obrera. Lo que fracasó en Rusia y en la RDA no fue el socialismo, sino el estalinismo. Cuando la clase obrera de Alemania se movilice para cambiar la sociedad —como lo harán en el futuro— expropiarán los bancos y grandes emporios, pero insistirán en un régimen democrático, con control obrero sobre la industria y el Estado. Sobre la base de las altamente desarrolladas industrias, ciencia y tecnología alemanas, se moverán rápidamente hacia el socialismo.

¿Cómo “evitar que el proyecto termine como la URSS y la RDA”? Nosotros, marxistas, decimos que volviendo al proyecto original de Lenin. Heinz Dieterich dice que la respuesta es *la cibernética cognitiva*: “Lenin, quién conceptualizó el partido del centralismo democrático sabía, por supuesto, que todo sistema de conducción política duradero tiene que garantizar tres flujos simétricos de información y debate real: a) entre las fracciones de la vanguardia o la cúspide del poder real, por ejemplo, del Buró Político y del Comité Central; b) entre estos centros de decisión y la elite informativa y política del país, que, en teoría, serían los cuadros medios y miembros del partido; c) entre la vanguardia, los cuadros medios y las masas. Esa calidad cibernética o retroalimentaria es fundamental para la opti-

mización de la práctica de todo sistema cibernético cognitivo, como lo son el Estado, el partido y el ser humano”. (Ibíd.)

Lenin estaría igual de alucinado que nosotros si supiera que el Partido Bolchevique era *un sistema cibernético cognitivo*. De hecho, el Partido Bolchevique era el partido más democrático que haya existido jamás. No era sólo cuestión de transmitir información, sino de un genuino y constante debate y discusión a todos los niveles del Partido. Todo esto cambió bajo Stalin. El régimen democrático del leninismo fue abolido y el Partido de Lenin fue físicamente exterminado. ¿Cómo trata el camarada Dieterich esta cuestión?

“En la praxis, particularmente bajo Stalin, el necesario equilibrio entre democracia real y verticalidad, es decir entre las estructuras de comunicación y poder simétricas y asimétricas, fue abandonado a favor de la verticalidad. Los procesos de Moscú fueron el *rite de passage* (anuncio de transición) del nuevo partido vertical y la advertencia pública sobre la desaparición de la democracia en la URSS; fueron el equivalente secular de las hogueras de la Inquisición en América, cuyas cenizas señalizaban el precio de disentir del nuevo orden. Rituales de sometimiento de la personalidad, como la ‘crítica y autocrítica’, cumplieron el papel de humillación del confesionario clerical, y los informes de la policía política definieron la calidad y las posibilidades de vida de los ciudadanos”.

“De esta manera, Stalin generó una institución y una cultura política del conformismo que liquidó la institucionalidad y cultura de la esfera pública de las sociedades presocialistas, desde el ágora griego hasta los clubes literarios de la Revolución francesa. De hecho, la esfera pública de debate estratégico del sistema burgués, que le es constitutivo, desapareció de la superestructura del socialismo realmente existente con fatales consecuencias para la evolución socialista, dejando a la superestructura política burguesa con una superioridad funcional en la optimización de las decisiones”. (Ibíd.)

“Esto no significa que los gobiernos burgueses no cometan errores, sino que la superestructura burguesa ofrece evidentemente una considerable capacidad de percepción y de adaptabilidad a los cambios estructurales, lo que no ha sido observado en los sistemas de partido único del socialismo histórico”.

El camarada Dieterich se limita a una mera descripción, junto con sus habituales juicios moralistas. A estas alturas todo el mundo conoce los crímenes de Stalin. La cuestión es, sin embargo, *¿por qué y cómo sucedió todo esto?* ¿Cómo explicamos la degeneración burocrática y totalitaria de la Revolución Rusa? A esta pregunta el camarada Dieterich no tiene respuesta. Pero esto es precisamente lo que ha de explicarse.

“La pregunta real es, por lo tanto: ¿Cómo podemos garantizar el carácter vanguardista o cibernético de los sistemas de conducción que llamamos Estado y partido?

“La calidad de cualquier sistema de regulación depende esencialmente de dos parámetros: a) su sensibilidad, es decir el tiempo que transcurre hasta el descubrimiento o reconocimiento de una desviación del sistema, del valor programado (*Sollwert*) y, b) el tiempo que el sistema requiere para corregir la desviación (*Istwert*). Ambos parámetros determinan el comportamiento dinámico del sistema, en este caso del Partido-Estado, y dependen, a su vez, de la calidad y cantidad de las mediciones del estado del sistema (p.e., sondeos de opinión) y del poder relativo de las diversas corrientes y fracciones de la clase dirigente, por ejemplo, de la corriente revolucionaria, la socialdemócrata, la tecnócrata, etcétera”. (Heinz Dieterich. *Cuba: tres premisas para salvar la Revolución, a la muerte de Fidel*, en *Rebelión*. 3 de enero de 2006.)

La cibernética para Heinz Dieterich es una especie de combinación entre el Arco de Covenant y la piedra filosofal. Es una llave mágica que abre todas las puertas, una medicina que cura todas las enfermedades. De hecho, la cibernética es meramente el estudio de los flujos de información. Puede usarse para analizar un cuerpo vivo o en relación a la inteligencia artificial. Nuestro Heinz intenta usarla para analizar la sociedad. Eso es perfectamente legítimo en sí mismo, pero presentar la cibernética como una panacea es un método falso de principio a fin. En el tipo de círculos universitarios que el camarada Dieterich habita, se ha puesto de moda hoy por hoy mirar la economía en términos de flujos de información e, incluso, afirmar que manejar información es la actividad económica central de la sociedad. ¿Pero por qué necesitamos esta información? Es parte

de un proceso de transformación de la naturaleza externa, en otras palabras, del *trabajo*. No hay problema alguno en estudiar flujos de información, en tanto en cuanto se comprenda que éstos están conectados al mundo del trabajo humano. Pero para nuestro Heinz, es mucho más que eso.

Como de costumbre, el profeta del Socialismo del siglo XXI está usando la cibernética como un *sustituto* para entender la sociedad como un cuerpo que trabaja para ganarse la vida. Debe haber justificado el teorizar sobre la sociedad de esa manera en algún momento del pasado, pero, en la obra que citamos, lo da por supuesto. Como siempre, *asume lo que ha de probarse*. Como siempre, es malintencionadamente oscuro. Solamente un alemán escribiendo en español podría arreglárselas para definir “Wert” (Sollwert e Istwert) en términos de *tiempo*, y salir indemne. Intenta analizar la sociedad cubana en términos cibernéticos y del flujo circular de información. Pero lo hace de forma completamente idealista y formalista. Se envían los mensajes, pero la “cabeza” no recibe inmediatamente el “feedback”, como por ejemplo: mis dedos se queman porque están sobre el fuego. Este es su parámetro (a) o *Sollwert*. Podría haber entonces un retraso a la hora de reaccionar ante este mensaje, retirando los dedos del fuego, por ejemplo. Éste es el parámetro (b) o *Istwert*. ¿Hay alguna profundidad en esto? No, sólo pretenciosidad elevada a la enésima potencia, de hecho, a lo absurdo.

En realidad, el problema no es cibernético. Es *burocrático*. La razón por la que la burocracia no recibió información de vuelta fue porque dictaba sus órdenes a la población y tenía, además, diferentes intereses materiales que los de la gente común a quien estaba dictando órdenes. Su mecanismo de “feedback” estaba apagado, porque no tenían ningún interés en escuchar. Tanto Fidel como Roque plantearon el problema central como un problema de burocracia, y este análisis es mucho más acertado que las abstracciones y complicados meandros de Dieterich. Es difícil seguir a nuestro Heinz en sus constantes acrobacias mentales. Pero, de cualquier forma, armémonos de valor e intentemos seguirle en sus últimas contorsiones intelectuales.

“Cuando Fidel preguntó en el discurso de noviembre, por qué los economistas cubanos no se dieron cuenta de lo insensato de mantener el sector azucarero después de la caída de la URSS, se refiere

al parámetro 'a'. Pero la respuesta real se encuentra más bien en el parámetro 'b'. Si los economistas cubanos no detectaron el contrasentido de mantener el sector azucarero, significa que carecen de formación profesional y sentido común. Con todas las reservas frente a mis colegas, me parece que esto es un supuesto irreal. Es mucho más probable que no hablaron porque la superestructura cubana no prevé la esfera pública de debate estratégico que habría sido el lugar para discutir la advertencia respectiva”.

“Otro ejemplo del parámetro 'b' puede tomarse de la Revolución Bolivariana. Durante el gobierno bolivariano los latifundistas han asesinado a más de 130 líderes campesinos, sin que uno sólo de los autores intelectuales y materiales de estos asesinatos esté en la cárcel. ¿Cuánto tiempo de corrección de esa 'desviación' contrarrevolucionaria y del Estado de derecho tiene la Revolución, para no perder credibilidad y poder en su supuesta 'guerra de muerte al latifundio?'”

“La interrogante de Felipe es vital, siempre que reciba una respuesta no formal, sino material; no táctica sino estratégica. Si no se logra devolver al partido único la dialéctica o cibernética intencionada por Lenin y la restitución de esferas públicas de debate estratégico y masivo, junto con la transparencia pública de sus interacciones, no estará en condiciones de defender a la Revolución a la muerte de Fidel”.

“El mismo Canciller entiende a fondo que la cibernética del Partido es la clave del futuro. Al explicar en su discurso, porque Cuba no ha caído como la URSS, cita a García Márquez: 'La explicación de Cuba es que Fidel es al mismo tiempo el Jefe del gobierno y el líder de la oposición'. Felipe agrega: 'Es el principal inconforme con lo hecho, el principal crítico de la obra y eso le da una peculiaridad a nuestro proceso'.”

“La pregunta política de vida o muerte para el Partido Comunista es, por lo tanto: ¿Cuál será el sistema de dialéctica institucional que sustituirá el papel de dialéctica personal de Fidel?” (Ibíd.)

Parece ser que la conclusión que Dieterich saca en relación a Cuba es que Fidel Castro es el “cerebro” que puede detectar qué es lo que está pasando y hacer los ajustes necesarios (“dialéctica personalizada”). Después de todo, el significado original de la dialé-

ctica en griego era el de una conversación. Pero esto plantea algunos problemas serios. En primer lugar, ningún individuo puede tener un conocimiento minucioso de cada detalle de la economía nacional. Ésta no es sólo una concepción idealista, sino simple misticismo. En segundo lugar, incluso si el camarada Fidel estuviera dotado de esos milagrosos poderes, ¿qué ocurrirá cuando éste desaparezca?

### DIETERICH Y LA DEMOCRACIA BURGUESA

Cuba necesita instituciones de democracia (“dialéctica institucional”), nos dice el camarada Dieterich. Pero la cuestión es: ¿Qué tipo de democracia? La democracia es una abstracción, un cascarón vacío que se puede rellenar con diferentes contenidos de clase. Pareciera que lo que Dieterich tiene en mente es alguna forma imprecisa de democracia burguesa (“esferas públicas de debate estratégico y masivo”). Heinz considera las encuestas de opinión como un mecanismo cibernético. Pero todo el mundo sabe la forma en que las encuestas de opinión son escandalosamente manipuladas en las democracias burguesas. En realidad, la democracia obrera es un perfecto flujo de información cibernética, dado que quienes toman las decisiones las llevan a cabo colectivamente, ajustándolas, si las cosas no van de acuerdo con el plan trazado. El socialismo presupone la participación activa de los trabajadores.

Los marxistas se oponen al estalinismo desde la defensa de la clase trabajadora y la democracia soviética leninista. El camarada Dieterich se opone al estalinismo desde el punto de vista de la pequeña burguesía y la democracia vulgar. Tras atacar al estalinismo, Dieterich canta alabanzas a la *democracia burguesa*, que “evidentemente ofrece una considerable capacidad de percepción y adaptabilidad a los cambios estructurales, lo que no se ha apreciado en los sistemas de partido único del socialismo histórico”. Bien es verdad que habla de “errores”, pero, al fin y al cabo, ¿quién no comete errores? No encontramos aquí el más mínimo análisis marxista. No es una cuestión de errores, sino de contenido de clase. Evidentemente, el camarada Dieterich no es consciente de que la democracia burguesa formal no es más que otra forma de expresar la *dictadura del gran capital*. Enfoca la cuestión de la democracia, no desde un punto de vista de clase, sino desde una posición puramente técnica (“superioridad funcional en la optimización de las decisiones”).

De hecho, ni siquiera esto es correcto. A pesar de todos los crímenes del estalinismo, y a pesar de sus distorsiones burocráticas, la economía nacionalizada y planificada de la Unión Soviética era superior a la anarquía del capitalismo y demostró su superioridad en numerosas ocasiones, particularmente en la Segunda Guerra Mundial. Sólo una economía nacionalizada y planificada podía realizar el milagro de transportar a miles de kilómetros todas las industrias rusas para reubicarlas en lugar seguro, más allá de los Urales. Gracias a la existencia de un plan central, fue posible tomar decisiones que serían impensables para una economía basada en las fuerzas del mercado. No fue en absoluto la supuesta superioridad de la democracia burguesa lo que provocó el colapso de la Unión Soviética, como Dieterich parece imaginar. Hipnotizado por esta supuesta superioridad, Dieterich va de mal en peor:

“Esto se puede ejemplificar con la guerra de Irak. Los grandes debates sobre posibles retiradas del conflicto, se dan en el Congreso estadounidense, en las televisoras, en los diarios más importantes del país, el New York Times y el Washington Post y en las universidades”. (Ibíd.)

¡Nuestro amigo Heinz no podría haber elegido un ejemplo peor para ilustrar la supuesta superioridad de la democracia burguesa! La invasión criminal de Irak fue una aventura irresponsable, incluso si lo consideramos desde la defensa de los intereses reales del imperialismo. ¿Cómo se llegó a esta decisión? ¿Fue resultado de un debate libre y democrático y del “feedback” del público estadounidense y sus líderes? No, la decisión se tomó en secreto, a puertas cerradas a cal y canto, incluso antes del 11 de septiembre, por la camarilla en torno a Bush y Rumsfeld en la Casa Blanca. No fue un “error”, sino *el típico modo en el que todas las decisiones importantes se toman en una democracia burguesa formal*. En semejante “democracia” todo el mundo puede decir (casi) lo que quiera, en tanto en cuanto las juntas de administración de los grandes bancos y monopolios decidan lo que ocurre.

Es cierto que en una democracia formal hay ciertos mecanismos a través de los cuales se pueden expresar diferentes opiniones. Hay una “prensa libre” que es propiedad de y está controlada por un puñado de magnates, y que siempre defiende los intereses de la clase capitalista en su conjunto. Hay partidos políticos, como el Republi-

cano y el Demócrata en los Estados Unidos, que defienden a la misma clase, pero con métodos ligeramente distintos (estos métodos se distinguen cada vez menos). Hay parlamentos y elecciones, que ofrecen a las masas la ilusión de que existe un control democrático y de que los gobernantes son responsables ante ellos. En realidad, todo esto es un gigantesco engaño, aunque en ciertas ocasiones estos mecanismos democráticos puedan servir eficazmente para defender los intereses de la clase dominante, como cuando fueron utilizados para deshacerse de Richard Nixon, cuando éste se convirtió en una fuente de problemas para ellos.

Heinz Dieterich compara el “socialismo realmente existente” con la democracia burguesa, y sale a favor de esta última: “En el socialismo realmente existente, esa esfera pública no existe. Los debates estratégicos se dan detrás de las puertas cerradas en los más altos gremios del partido. Después la posición oficial es bajada y discutida en las instancias inferiores del partido. Finalmente se divulga entre las mayorías a través de la prensa y mesas redondas en la televisión”.

“Del debate estratégico constitutivo están excluidas las mayorías y lo que ven en la televisión son discusiones tácticas o simples repeticiones de la visión oficial, proporcionados siempre por los mismos periodistas. A diferencia de lo que sucedió en la maravillosa experiencia de los parlamentos obreros, el ciudadano se convierte en espectador del proceso político-económico, no en su demiurgo”. (Dieterich, *Cuba: tres premisas para salvar la revolución*, en *Rebelión*, 3/1/2006.)

Notamos de pasada que las líneas de la cita anterior podrían aplicarse con exactitud al mecanismo de la democracia burguesa formal que nuestro Heinz encuentra tan apetitoso. Todas las decisiones importantes se toman a puerta cerrada en las reuniones ejecutivas de los grandes bancos y monopolios. Quienes toman estas decisiones no han sido elegidos democráticamente y no son responsables ante nadie. La llamada democracia de los accionistas es otro engaño, dado que la gran mayoría de las acciones están invariablemente en manos de un pequeño número de poderosos individuos e instituciones. Luego, los grandes capitalistas informan a nuestros “representantes electos” en el parlamento de lo que han decidido, y aquellos actúan de acuerdo con esas decisiones. Hacen esto directa o indirectamente,

a través de un ejército de lobbyistas profesionales, la corrupción, los donativos a los fondos del partido y otros mil mecanismos bien elaborados, a través de los cuales la burguesía mantiene el control de la política y las instituciones políticas en los países “libres”.

El propio parlamento es cada vez más irrelevante, a medida que todas las decisiones importantes se toman por pequeños grupos fuera de él. En el caso del Reino Unido, que, a pesar de todo, es probablemente uno de los países capitalistas más democráticos, el poder ha pasado del parlamento al gabinete ministerial, y de éste a una camarilla de consejeros no electos en torno al primer ministro. En Estados Unidos éste es también el caso, pero en un grado mayor. Todo el poder está en manos de la camarilla en torno a Bush en la Casa Blanca. La única razón por la que el Congreso está comenzando a reafirmarse es que Bush —como Nixon— está empezando a pisarle los pies al gran capital con sus aventuras en el Oriente Medio, y los grandes capitalistas quieren cortarle las alas.

Una democracia burguesa es en realidad un disfraz para la dictadura de los bancos y los monopolios. En la época moderna, donde la concentración de capital ha alcanzado proporciones sin precedentes, el poder de los grandes monopolios nunca ha tenido un carácter tan absoluto. Normalmente, la clase capitalista prefiere un régimen democrático, que es la forma de gobierno más económica. Puede permitir la ilusión democrática mientras, en la práctica, todos los elementos de control y poder permanecen firmemente en sus manos. Controlan a los representantes parlamentarios con mil hilos invisibles. Son dueños de los bancos y los monopolios y, por tanto, pueden ejercer una presión colosal sobre el gobierno. Son dueños de los medios de comunicación y pueden moldear la opinión pública. Finalmente, pueden gobernar apoyándose en los líderes del movimiento obrero, quienes no tienen intención alguna de ir más allá de los límites del sistema.

La democracia burguesa es una planta muy frágil, que normalmente sólo existe cuando la clase en el poder no se siente directamente amenazada por un cambio revolucionario. Bajo condiciones de crecimiento económico, la burguesía puede permitirse ofrecer ciertas reformas y concesiones para mitigar los antagonismos de clase. Cuando la lucha de clases sobrepasa estos límites, la burguesía se quita la sonriente careta de la democracia y comienza a organizar golpes de Estado y dictaduras. Como vimos una vez más en el

intento de golpe de estado del 11 de abril de 2002 en Venezuela, la burguesía puede pasar de la democracia a la dictadura con la facilidad con la que un hombre pasa del compartimento de fumadores al de no fumadores en un tren.

### LA POSTURA DE DIETERICH DESENMASCARADA

Tras el anuncio de que Fidel Castro ya no iba a presentarse a ninguna posición en el Consejo de Estado de Cuba por razones de salud, el debate en torno al futuro de la revolución cubana se intensificó. Naturalmente, nuestro Heinz no podía permanecer con la boca cerrada. Le faltó tiempo para pronunciar una encíclica a los cubanos, diciéndoles lo que tenían que hacer. De repente, las ideas de Dieterich acerca de la revolución cubana adquirieron una claridad cristalina –lo que no deja de ser un logro extraordinario para el más oscuro de los escritores–. He aquí lo que dijo:

“Yo he sostenido múltiples veces, en palabras y por escrito, dentro y fuera de Cuba, que la única salida socialista para Cuba radica en una combinación del desarrollismo estatal (modelo alemán, Japón, tigres asiáticos, China) con la democracia y economía participativa del Socialismo del Siglo XXI. A la luz de la historia y ciencia económica me parece evidente que el sistema cubano no tiene otros grados de libertad evolutivos”. (Dieterich, *El desmentido de Hans Modrow y el extraño papel de Prensa Latina*, 22 de febrero de 2008.)

¿Qué significa esto? Queda completamente claro que Dieterich está aconsejando a Cuba que siga el modelo de desarrollo de Alemania, Japón, los tigres asiáticos y China. Ahora bien, que nosotros sepamos, todos estos países son capitalistas (en cuanto a China, el propio Dieterich ha admitido que lo que ahí estamos presenciando es un proceso de desarrollo *capitalista*). *Esto significa que está abogando por un modelo capitalista para Cuba.* Por supuesto, intenta encubrir sus intenciones “combinándolo” con “la democracia y economía participativa del Socialismo del Siglo XXI”. Pero, como ya hemos visto, la esencia de este llamado socialismo del siglo XXI es que los medios de producción queden en manos privadas. Por si hubiese alguna duda, vamos a citar otro artículo de Dieterich en el que analiza las últimas medidas tomadas por Raúl Castro:

“1.- Es fundamental precisar la formulación de que Cuba adopta ‘el modelo chino’. Es más preciso decir, que Cuba adopta una lógica de acumulación desarrollista iniciada hace casi cuatro siglos en Europa (Cromwell), que ha mostrado ser la ‘única en el sistema mundial, capaz de superar la miseria neocolonial’”. (Dieterich, *La modernización de Cuba bajo el Comandante Raúl Castro y la preservación del socialismo*, 6 de abril 2008.)

Como siempre, las referencias históricas de Dieterich muestran una confusión total. En los tiempos de Cromwell, Inglaterra no era en absoluto un país inmerso en la “miseria neocolonial”, sino una potencia colonialista emergente, próspera y beligerante, que esclavizaba a los irlandeses, establecía colonias en el Caribe y se enfrentó con la potencia colonialista rival de Holanda para el dominio de los mares. Sin embargo, más importante que sus incursiones en el siglo XVII, es lo que dice a los cubanos hoy. ¿Qué es la “acumulación desarrollista iniciada hace casi cuatro siglos en Europa”? Esto es sólo la manera enrevesada en que Dieterich dice *capitalismo*.

Dieterich está diciendo que Cuba emprenderá la vía capitalista y que esto es algo muy bueno porque es el único sistema en el mundo “que ha mostrado ser la única en el sistema mundial, capaz de superar la miseria neocolonial”. ¿De veras? ¿Acaso el capitalismo ha solucionado los terribles problemas de las masas en África, Asia y América Latina? Hacer la pregunta es contestarla. La historia de los últimos cien años demuestra precisamente la imposibilidad de solucionar los problemas de los pueblos de los países coloniales y semicoloniales en base al capitalismo. Incluso cuando la burguesía nacional logra la independencia formal del dominio extranjero, en la aplastante mayoría de los casos, ha demostrado ser incapaz de hacer avanzar la sociedad.

Consideremos el subcontinente indio. Desde 1947 ni una sola de las tareas fundamentales de la revolución democrático burguesa ha sido resuelta. La cuestión agrícola, la cuestión nacional, la modernización de la sociedad –ninguna de estas cosas ha sido lograda–. La podrida burguesía india ni siquiera ha conseguido abolir el bárbaro sistema de castas. Y la llamada independencia nacional, por la cual el pueblo luchó tan valientemente, es un fraude palpable. Tras más de medio siglo de independencia formal, India Pakistán y Bangladesh

permanecen bajo el dominio del imperialismo mundial. La única diferencia es que en vez del dominio burocrático militar directo de Inglaterra han caído bajo el dominio del imperialismo a través del mercado mundial.

Lo que es verdad para Asia es mil veces más verdad para África. El Congo, con toda su riqueza mineral colosal, se encuentra en un estado de caos. Cuatro millones de personas fueron masacradas en la reciente guerra civil. Kenia, Uganda, Ruanda, Zimbabwe... ¿acaso estos son ejemplos de cómo “superar la miseria neocolonial”? Todos han seguido el camino del capitalismo, ¿y con qué resultados? Incluso cuando escribo estas líneas hay motines por la escasez de alimentos en África oriental, el subcontinente indio, Haití y las Filipinas.

Más increíble aún, Dieterich ignora el detalle inconveniente de que la burguesía no ha logrado desarrollar el potencial colosal de América Latina en 200 años. Recordémonos que Carlos Andrés Pérez era un abogado entusiasta de la economía de mercado —precisamente el modelo de la “acumulación desarrollista iniciada hace casi cuatro siglos en Europa”—. Después de 200 años pedir a la burguesía latinoamericana que comience a desarrollar el continente ahora es pedir peras al olmo. Es otro ejemplo más del “realismo” de Dieterich, que siempre implica la rendición total al capitalismo y al mercado.

De hecho, no fue el capitalismo sino la economía nacionalizada y planificada que transformó la atrasada Rusia zarista de su condición de miseria semifeudal a una potencia industrial poderosa en unas pocas décadas. ¡Una transformación tan espectacular jamás se ha visto en la historia! Fue una economía nacionalizada y planificada que transformó China de una nación semicolonial oprimida a una economía moderna potente. Y fue una economía nacionalizada y planificada que permitió que Cuba lograra avances extraordinarios en la educación, salud y cultura que eran la envidia de toda América Latina. A pesar de todo esto, Dieterich insiste que el único modelo de desarrollo posible para Cuba es un modelo capitalista.

Lo que está diciendo es que el único modelo de desarrollo posible para Cuba es un modelo capitalista. Pero bajo condiciones modernas, la vuelta al capitalismo sólo podría significar la rápida penetración de la isla por el capital extranjero y su transformación en un satélite de los EEUU. En otras palabras, significaría que Cuba pronto se vería reducida nuevamente a un estado de *miseria neocolonial*.

En cuanto a Cuba, como en cualquier otro tema, las ideas de Dieterich son claramente reaccionarias y antisocialistas y, si fueran adoptadas por el pueblo cubano, significarían un desastre para el futuro de la revolución cubana. Para los que nos basamos en el marxismo, está bastante claro que el único camino adelante para Cuba es una vuelta al programa de Lenin de democracia obrera, de una participación genuina de la población en la administración de la economía y del Estado, y al mismo tiempo una política internacionalista capaz de romper el aislamiento de la revolución mediante el triunfo de la revolución socialista en Venezuela, Bolivia, Ecuador y el continente latinoamericano en su conjunto. *Lo que es menester no es la vuelta al capitalismo, sino una Cuba socialista en una Federación Socialista de América Latina.*

**X**

¿NACIONALISMO O INTERNACIONALISMO?



## INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

“Este acceso a las reservas intelectuales de la humanidad es factible, tanto para la fase estratégica de la lucha (la institucionalidad posburguesa), como para su fase transicional, la integración bolivariana de América Latina y el Caribe. Un solo ejemplo para la fase transicional. Con cien mil dólares, el gobierno venezolano puede obtener en seis meses todos los conocimientos (el expertise) que se necesiten para la integración económica de América Latina”. (Heinz Dieterich. *La Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez II Parte*. (5/3/2005).

¿Qué quiere decir Heinz Dieterich con estas palabras? Cuando hablamos de los recursos de la humanidad sabemos qué queremos decir: la suma total de los recursos del planeta, su tierra y todos los recursos minerales que hay bajo la superficie, sus mares y todo lo que está en ellos, su industria, ciencia y tecnología, su mano de obra y creatividad intelectual, es decir, la riqueza del mundo, ya sea en su forma física o potencial. Todo esto, nos dice Heinz, ahora está a nuestra disposición (al menos un “acceso factible”). Esto es una novedad para nosotros. Por lo que sabemos, los recursos de la humanidad no son accesibles a todos, *porque están en manos privadas*. Tan pronto como intentemos poner las manos en estos recursos, los propietarios enviarán a la policía o nos lanzarán los perros, o adoptarán otro tipo de métodos desagradables para disuadirnos de nuestro objetivo. Pero en la misma frase, Dieterich ya inicia la retirada, incluso antes de que sienta la mano del policía en su cuello. Aparentemente, tiene en mente no todos los *recursos de la humanidad*, sino sólo los recursos de América Latina.

Nosotros nos consideramos gente muy moderada con un apetito modesto, y, por tanto, estamos dispuestos a reducir nuestras espec-

tativas y limitarnos a los recursos de la humanidad en América Latina. Después de todo, son considerables. El continente, junto con el Caribe, contiene enormes recursos y un inmenso potencial sin explotar. Aquí tenemos el petróleo de Venezuela y Ecuador; el gas y la riqueza mineral de Bolivia; el cobre de Chile; el gran potencial agrícola e industrial de Brasil y Argentina; el ingente y subexplotado potencial humano en un continente rodeado de océanos repletos de peces y lleno de ríos y bosques, con una asombrosa gama de climas y paisajes. Es decir, tenemos todo el potencial para crear un paraíso en la tierra.

La brillante idea de Simón Bolívar, un gran visionario y revolucionario, de unir América Latina hoy mantiene toda su validez. Pero 200 años más tarde, ¿en qué se ha convertido esta visión? Después de su muerte, El Libertador fue traicionado por la burguesía de América Latina, que ha balcanizado el continente, lo ha reducido a una serie de estados nacionales artificiales que dividen el cuerpo vivo de la Patria Grande, separando pueblos que hablan la misma lengua, que tienen la misma historia, tradiciones, cultura e intereses. He aquí la verdadera explicación de por qué un inmenso continente puede estar dominado durante tanto tiempo por el imperialismo yanqui. Doscientos años son suficientes para que la burguesía demuestre lo que es capaz de hacer por América Latina. La burguesía ha sido juzgada en el banquillo de la Historia y ha sido declarada culpable. La débil y degenerada burguesía de América Latina ha convertido lo que podría ser un paraíso terrenal en un infierno para millones de hombres y mujeres. Incluso la independencia nacional, ganada con tanto sacrificio y tanta sangre, se convierte en un fraude. La burguesía nacional latinoamericana es sólo el funcionariado local del imperialismo y las grandes empresas transnacionales que han dominado y saqueado el continente durante tanto tiempo.

La idea original del Libertador era unir América Latina por medios revolucionarios. Hoy apoyamos esta idea con entusiasmo. Pero necesitamos añadir sólo una pequeña enmienda. Después de dos siglos, la burguesía ha demostrado su carácter reaccionario y su total incapacidad para llevar adelante la tarea progresista de unir el continente. Por lo tanto, la única forma en la que se puede conseguir esta gran misión histórica es a través del derrocamiento revolucionario de los terratenientes y capitalistas. La unificación de América Latina será una realidad sólo cuando la clase obrera se ponga a la cabeza de

la nación y tome el poder en sus manos. O se consigue en la forma de una federación socialista o no se conseguirá en absoluto. ¿Es esta la idea que tiene en mente Dieterich? No, no lo es. Ya hemos visto que se opone a la expropiación de la propiedad de la oligarquía y que está, por tanto, en contra de la revolución socialista. Pero, si dejamos intacto el poder económico de los oligarcas, ¿qué perspectiva puede haber de unión de América Latina?

Dieterich quiere parar la revolución en Venezuela, evitar cualquier nueva nacionalización. Si lo consigue, significará no sólo el final de cualquier perspectiva de socialismo en Venezuela (ya sea en el siglo XXI o en cualquier otro), sino también la derrota final de la revolución bolivariana y el regreso al poder de la burguesía contrarrevolucionaria venezolana. Regresaremos a este tema más tarde, pero, por ahora, veremos cuál es la receta de nuestro amigo Heinz para América Latina: “Este acceso a las reservas intelectuales de la humanidad es factible, tanto para la fase estratégica de la lucha (la institucionalidad posburguesa), como para su fase transicional, la integración bolivariana de América Latina y el Caribe. Un solo ejemplo para la fase transicional”. (Ibíd.)

¿Qué significa “la fase estratégica de la lucha” y en qué forma difiere de “la fase transicional” en América Latina? Evidentemente, al camarada Dieterich le gusta mantener a la gente intrigada, ya que no ofrece explicación. Pero en la mayoría de los diccionarios la palabra “estratégica” significa “*relativa a objetivos a largo plazo*”. ¿Cuáles son estos objetivos? Una vez más, tu suposición es tan buena como la mía. Probablemente, la famosa “economía de equivalencia”, una frase que tiene el importante mérito de que realmente nadie sabe qué significa. En cuanto a la “fase transicional”, uno se pregunta, *¿transición de qué a qué?* Puesto que una vez más no hay respuesta, no tenemos más remedio que adivinar su significado. El significado normal de una fase transicional en el lenguaje marxista es la fase entre el capitalismo y el socialismo. León Trotsky escribió *La revolución traicionada* en 1936, que contiene casi todo lo que se necesita decir sobre este tema. Sin duda, Dieterich no quiere oír hablar de las ideas de Trotsky (otro punto en el que está en desacuerdo con Hugo Chávez). Eso no importa demasiado, porque Trotsky basó su programa casi totalmente en el programa del Partido Bolchevique de 1917 y en los documentos programáticos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. La cuestión aquí, por tan-

to, no es si Trotsky tenía razón, sino si las ideas del marxismo son correctas.

¿Cómo plantea Dieterich la cuestión? Rechaza el programa de transición para la revolución socialista. No quiere oír nada de nacionalización, control obrero o gobierno de obreros y campesinos. Cita sólo un ejemplo de su “fase transicional”: “Con cien mil dólares, el gobierno venezolano puede obtener en seis meses todos los conocimientos (el expertise) que se necesiten para la integración económica de América Latina”. Hemos oído hablar de gobierno barato, pero es la primera vez que oímos hablar de la *revolución barata*. Es realmente una oferta muy singular. Por la trivial suma de 100.000 dólares, en sólo seis meses, el gobierno venezolano podría tener a su disposición todo el conocimiento necesario para la integración económica de América Latina. ¿A qué estamos esperando?

He aquí una lógica defectuosa. Asume que lo que impide la unificación de América Latina es la *falta de conocimiento*. De la misma manera, se supone que fue la falta de conocimiento (de ordenadores) la razón por la que Marx, Engels, Lenin y todos los demás hasta el fundador del socialismo del siglo XXI fueron incapaces de llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. Pero no es así. Incluso si imaginamos que sabemos todo lo que necesitamos saber respecto a la integración económica de América Latina, ¿eliminaría eso todos los obstáculos que hay para ponerla en práctica? No, no lo haría. *El principal obstáculo para llevar a cabo la unificación de América Latina no es la ignorancia, sino los intereses creados de los oligarcas que tienen el poder económico en sus manos.*

Nuestro Heinz aborda la cuestión no como un revolucionario, sino como un reformista; no como un materialista, sino como un idealista; no como un realista, sino como un utópico irremediable. Esta circunstancia se puede ver claramente en las siguientes líneas: “Si lanza un concurso internacional por Internet sobre, digamos, ocho problemas de la integración económica —la moneda de referencia, un Banco Central, los polos de desarrollo de alta tecnología, la competitividad global, las ventajas comparativas, etcétera— y concede premios de diez mil dólares en cada rubro, tendrá en seis meses una avalancha de propuestas desde todo el mundo que dinamizaría extraordinariamente la formación del Bloque Regional de Poder Latinoamericano”. (Ibíd.)

¡Esto no tiene precio! ¡La manera de conseguir la unificación de América Latina es lanzar *un concurso internacional* sobre Internet con un premio de diez mil dólares! Cuando hemos recuperado la compostura, después de un ataque incontrolable de risa, se nos ocurre preguntar a Heinz ¿qué ha pasado con todos aquellos individuos desinteresados que, según él, hacen cola para ofrecer sus servicios a la humanidad de forma totalmente gratuita? Ahora resulta que hay que ofrecerles *un soborno de diez mil dólares* por sus servicios a la humanidad. Esto no demuestra demasiada confianza en el futuro de la economía de equivalencia, donde todo el egoísmo capitalista desaparecerá. Una vez celebrado su concurso y distribuido su premio generoso (o más bien, no su, sino el del gobierno de Venezuela) a estos sirvientes desinteresados de la humanidad, todo lo que tiene que hacer Heinz es sentarse y esperar el resultado inevitable, que inmediatamente será la formación del Bloque de Poder Regional Latinoamericano (BPRL). Exactamente por qué mecanismo esta operación funcionaría, sigue siendo un gran misterio. Los sirvientes desinteresados de la humanidad recogen sus ganancias y las depositan en un banco, donde cobrarán una buena tasa de interés y, de repente, el movimiento hacia el BRPL se dinamizará de una forma irresistible. ¿Por qué razón? Sólo Heinz conoce la respuesta, pero opta por no compartir su secreto con nosotros.

Es difícil saber si el fundador del socialismo del siglo XXI está haciendo un chiste a nuestra costa. Pero no, habla de todo esto con total seriedad, lo que lo hace más divertido todavía. Sin embargo, debemos intentar encontrar algún contenido sólido a todo este sinsentido. Debemos hacer otra pregunta que Dieterich prefiere no contestar, a saber, ¿en qué consiste ese bloque? Respuesta: consiste en un bloque entre varios gobiernos existentes en América Latina, que Dieterich considera progresistas, como el gobierno de Lula en Brasil. El propósito de este bloque parece ser evitar la agresión del imperialismo norteamericano contra Venezuela (presumiblemente, también contra Bolivia).

### EL ‘BLOQUE REGIONAL DE PODER’

La actual situación mundial realmente no tiene precedentes en la Historia. Nunca antes se ha concentrado un poder tan colosal en manos de un solo Estado. Ni siquiera el Imperio Romano en

su momento culminante poseyó una supremacía tan colosal como la que disfruta hoy en día los EEUU. Nunca en los últimos 300 años ha existido una superpotencia similar. Siempre han existido al menos dos o tres grandes potencias, peleando por la supremacía, Gran Bretaña, Alemania, Francia, España, etc. Con poder colosal viene una arrogancia colosal. Bush y la camarilla dominante de Washington creen que pueden intervenir en cualquier parte del mundo sin ninguna clase de restricción. Es un regreso a la vieja diplomacia cañonera, que el imperialismo británico siguió en el pasado.

Los reformistas y los pacifistas, hipnotizados por el supuesto poder absoluto del imperialismo norteamericano, dicen que, frente a un poder tan arrollador, toda resistencia es inútil. En lugar de luchar contra el imperialismo estadounidense dicen que es mejor buscar un *modus vivendi*, porque cualquier intento de ir más allá de los límites establecidos por Washington inevitablemente llevará al desastre. Éste es el mensaje real que Heinz Dieterich quiere transmitir, aunque, como es habitual, recurre a sus “tácticas de calamar” para ocultar la realidad.

¿Es verdad, como imaginan los reformistas, que el poder del imperialismo norteamericano no tiene límites? No, no es cierto. La realidad es que los imperialistas han ido más allá de sus propias posibilidades. Vemos los límites del poder del imperialismo en Afganistán e Irak. Con 160.000 soldados, los estadounidenses no pueden controlar Irak. La ocupación de este país les cuesta al menos mil millones de dólares semanales, además de los miles de soldados norteamericanos muertos y heridos. Ni siquiera la nación más rica del planeta puede mantener indefinidamente esta hemorragia de sangre y oro. Tendrán que retirarse con el rabo entre las piernas.

A pesar de su enorme poder, el imperialismo estadounidense realmente es un coloso con pies de barro. Casi a diario estallan nuevos incendios por todas partes. Durante años, el imperialismo norteamericano ha intentado destruir la revolución cubana. Bush hablaba de un “eje del mal” y le puso nombre: Irak, Irán y Corea del Norte. Después añadió Venezuela a su lista de “Estados malvados” que supuestamente amenazan la paz y la estabilidad. Sin embargo, Washington no ha podido imponer por medios militares su poder en América Latina, como había hecho anteriormente. En el pasado, ya habría enviado a los Marines a Venezuela, pero ahora es incapaz de hacerlo.

Cada vez más, podemos ver los límites del imperialismo norteamericano en América Latina. Los alarmistas pequeño burgueses dicen: “¡Que vienen los norteamericanos!” Como el personaje del cuento, están constantemente gritando “¡que viene el lobo!”, intentando asustar a la gente. Pero el imperialismo norteamericano está empantanado en Irak y Afganistán y por el momento no puede abrir directamente otro frente. Cualquier intento de intervenir militarmente en Venezuela se encontraría con una tremenda reacción de las masas de toda América Latina. Los efectos se sentirían dentro de los propios EEUU, donde hay millones de hispanos que viven en la pobreza y existe un sentimiento general de descontento que se refleja en la oposición de masas a la aventura iraquí y en el colapso del apoyo a Bush.

Dieterich siempre utiliza la amenaza de la intervención imperialista para hablar en contra de las medidas revolucionarias. Dice que la clase obrera de América Latina no debe de ninguna manera tomar el poder. En su lugar debe apoyar a los gobiernos burgueses “progresistas” y estos últimos deben estar unidos para negociar con el imperialismo y así conseguir un acuerdo mejor para la Patria Grande. Por ejemplo, en la revista *Mariátegui* (15/08/2006) le preguntaban:

“¿Cómo percibe al nuevo eje del mal del Pacífico: Alan García, Michelle Bachelet y Álvaro Uribe?”

“Siento que la posibilidad de ese eje del mal del Pacífico depende, de la capacidad del eje del bien del Atlántico, de ampliar el MERCOSUR, profundizarlo y democratizarlo. En si, ese eje del Pacífico no tiene el poder demográfico ni territorial ni económico, para ser una alternativa al bloque bolivariano. Pero, como el enemigo, esto lo sabe muy bien, van a tratar de impedir que la integración del bloque bolivariano avance más, y si no avanza más y retrocede, entonces puede ser que ese eje del mal del Pacífico, pueda hacer alianzas bilaterales con Paraguay o con otros países y trate de romper el bloque del Atlántico”.

Observamos que este “economista científico” abandona aquí toda pretensión de aproximación científica y utiliza el lenguaje de la demonología (el eje del mal, frente al eje del bien). En lugar de una política de clase tenemos la habitual posición moralista y sen-

timental hacia la Patria Grande. No es una sorpresa. Después de todo, la política exterior es la continuación de la política interior. Como Dieterich ha adoptado una política de colaboración de clases en casa, necesariamente debe adoptar la misma política con relación a los otros Estados. Sólo es una extensión en el plano internacional de la política reformista que defiende a escala nacional. Si los obreros y campesinos venezolanos deben llegar a un acuerdo amistoso con la oligarquía venezolana, prometiendo lealmente no tocar nunca la propiedad privada de los terratenientes, banqueros y capitalistas, entonces lo lógico es que la revolución bolivariana también llegue a un acuerdo amistoso con los oligarcas y gobiernos burgueses del resto de América Latina. Lo único que uno debe hacer es distinguir cuidadosamente entre los capitalistas buenos, que pertenecen al “eje del bien”, y los capitalistas malos que pertenecen al “eje del mal”.

¿Qué países incluye en este hipotético bloque de poder regional o “eje del bien”? Argentina, Brasil, Bolivia, Cuba y Venezuela. Este hecho presupone que todos estos países tienen los mismos intereses y la misma política exterior. Pero esta situación está lejos de la realidad. Cuba y Venezuela han adoptado una postura antiimperialista enérgica. En Cuba, los terratenientes y los capitalistas fueron expropiados y en Venezuela nos movemos en la misma dirección, aunque el proceso está lejos de haberse completado y todavía podría revertirse. Pero Brasil y Argentina, a pesar del tinte izquierdista de Lula y Cristina Fernández de Kirchner, son estados capitalistas que no muestran ningún síntoma de moverse en esta dirección. En la política interior intentan pacificar a las masas con ciertos gestos (keynesianismo) y en política exterior intentan mantener buenas relaciones con el imperialismo y, mientras, no rompen abiertamente con Venezuela. Para terminar con el aislamiento diplomático que Washington pretende imponer sobre Venezuela, el gobierno bolivariano ha desarrollado relaciones con estos países, algo que es comprensible. Pero, en última instancia, no se puede confiar nada en estos arreglos diplomáticos, que pueden cambiar como las dunas del desierto, según la dirección en la que sople el viento.

Alguien dijo en cierta ocasión: las naciones no tienen amigos, sólo intereses. Los gobiernos de Brasil y Argentina pueden cambiar en cualquier momento, dejando a Venezuela en la estacada. Incluso ahora, Washington presiona constantemente a los gobiernos de Lula y Cristina Fernández de Kirchner, y no podrán resistir estas presio-

nes. Además, la política de nacionalizaciones en Venezuela no es en absoluto de su agrado. Da ideas peligrosas a las masas de Argentina y Brasil, que dirán: ¿si eso se puede hacer en Venezuela, por qué no aquí? Los imperialistas comprenden lo mismo que nosotros: hay un proceso revolucionario en Venezuela y las masas se mueven para cambiar la sociedad. En el periodo pasado, para Washington todos los socialistas eran “comunistas”, pero ahora el imperialismo norteamericano necesita pactar con los socialistas “buenos”, como Lula y Bachelet, para aislar a Chávez. Incluso intentó arrastrar a Morales en un momento dado. Ese fue el significado de la gira de Bush por América Latina en 2007 y el intento de firmar acuerdos comerciales bilaterales con Brasil y otros países de la región.

En público, las relaciones entre Chávez, Lula y Cristina Fernández son cordiales. Los presidentes de Brasil y Argentina no pueden posicionarse en contra de Chávez, porque provocarían una tormenta de protestas en casa. Pero en privado su apoyo a la revolución bolivariana, siempre poco entusiasta, es cada vez más frío. Cuando la revolución comience a tomar medidas serias contra la propiedad privada, su actitud se endurecerá. Y en todo momento Washington está susurrando en sus oídos: no seas tonto, ¿no ves que Chávez nos pone en peligro tanto a ti como a nosotros? Este hombre está loco, hay que detenerle. Debes utilizar tu influencia para presionarle y detener esta locura revolucionaria. Desestabilizará todo el continente... etcétera.

La idea de que países con gobiernos y economías tan diferentes puedan presentar un frente unido efectivo contra el imperialismo mundial es sólo una estupidez. Para empezar, en el caso de Brasil y Argentina, los dos gigantes económicos de América Latina, tienen serias contradicciones económicas y son rivales tradicionales en la economía regional. Sobre bases capitalistas esta rivalidad persistirá. En el caso de una recesión mundial, que es inevitable en el próximo periodo, la competencia por los mercados en América Latina se intensificará, especialmente entre estos dos países. Incluso, es posible que, debido a la presión, se rompa Mercosur.

Hay otras contradicciones. Cuando Bolivia nacionalizó la empresa de propiedad brasileña Petrobras, hubo aullidos de protesta en Brasil. Es verdad que más tarde se llegó a un acuerdo precario. Pero este incidente demuestra que cada burguesía nacional defiende celosamente sus propios intereses y tiene una actitud reaccionaria hacia

el movimiento revolucionario. Por el contrario, las nacionalizaciones en Bolivia fueron recibidas con entusiasmo por Venezuela. Este hecho demuestra el conflicto real de intereses que existe detrás de las manifestaciones públicas de solidaridad entre estos países.

Más tarde, el senado brasileño atacó al gobierno de Venezuela por negarse a renovar la licencia a la contrarrevolucionaria RCTV. Chávez, con razón, señaló que se trataba de una interferencia injustificada en los asuntos internos de Venezuela y amenazó con que Venezuela abandonaría Mercosur si continuaba este tipo de situaciones. Este pequeño incidente nos dice mucho sobre la verdadera naturaleza de Mercosur y los intereses de clase que hay detrás. La idea de que los miembros de Mercosur puedan crear un bloque poderoso y estable capaz de negociar con el imperialismo y así, presumiblemente, extraer más concesiones y llegar a un *modus vivendi* con el imperialismo, es otro de los planes utópicos de Dieterich.

La inclusión de Cuba en su bloque sirve para subrayar su naturaleza utópica. Los imperialistas estadounidenses han dejado suficientemente claro que no tienen intención alguna de negociar con Cuba, por la misma razón que no tienen intención de negociar con Venezuela. Estos países representan una amenaza directa a los intereses del imperialismo norteamericano, debido al ejemplo que dan a los millones de explotados y oprimidos de América Latina. Los imperialistas están decididos a destruir las revoluciones cubana y venezolana. Quien no comprenda esta idea es incapaz de comprender nada.

Está claro que el imperialismo norteamericano intenta aislar internacionalmente a Venezuela y, en particular, ha intentado instigar en su contra a la OEA. En estas circunstancias, es obviamente necesario que el gobierno bolivariano haga todo lo que pueda por romper ese aislamiento. Esto significa que es permisible mantener negociaciones con gobiernos como el de Lula para intentar bloquear las intrigas diplomáticas de Washington, que pretenden enfrentar a Brasil y Venezuela.

Todo esto es evidente y ni siquiera es digno de ser mencionado. Los revolucionarios deben aprender a dominar el arte de la manobra diplomática, igual que deben aprender cualquier otro aspecto del arte de la guerra (la diplomacia es realmente un aspecto subordinado de la guerra). Pero que Dios ayude al revolucionario que permita que le engañen mediante la diplomacia o que intente sustituir

la política revolucionaria por acuerdos diplomáticos. Si realmente creemos que la revolución bolivariana debe transformarse en una revolución socialista o fracasar, entonces debemos actuar de manera consecuente. Debemos dar pasos para expropiar a la oligarquía, y hacer un llamado a los obreros y campesinos de América Latina para seguir este ejemplo.

“Pero esto provocará a la oposición y a los estadounidenses”, protestará Dieterich. “Pondrá en peligro la revolución bolivariana”. A lo que responderemos: las fuerzas contrarrevolucionarias no necesitan que se las provoque. Ya están provocadas y lo han estado casi desde el mismo día en que fue elegido Chávez. Lo que las provoca no es este o aquel discurso de Chávez, o uno u otro decreto, lo que las provoca es la existencia misma de la revolución bolivariana. Han intentado ya derrocarla en, al menos, tres ocasiones. Si no se destruye su poder económico, lo volverán a intentar una y otra vez, hasta que tengan éxito.

El presidente Chávez intentó reducir la amenaza de Colombia, en parte, intentando construir un acercamiento o entendimiento con Uribe. Pero esta política ahora está en ruinas. Uribe, claramente empujado por Washington, rompió brutalmente las relaciones con Chávez, supuestamente por sus contactos con las guerrillas de las FARC y con oficiales del ejército colombiano, durante su intento de mediar por los rehenes. Este hecho demuestra la limitación de la diplomacia burguesa a la hora de defender la revolución venezolana. Las maniobras diplomáticas son necesarias, pero sólo pueden jugar un papel subordinado.

Un gobierno revolucionario en Venezuela debe aplicar una política exterior revolucionaria, destinada a extender la revolución a toda América. El objetivo estratégico es la unificación revolucionaria de América Latina. Pero esto sólo se puede conseguir mediante el derrocamiento de los terratenientes y los capitalistas. Esto hay que tenerlo siempre muy en cuenta. En la guerra, algunas veces las tácticas pueden divergir de la meta estratégica global, pero la táctica nunca debe estar en abierta contradicción con la estrategia global. Una cosa es maniobrar con los gobiernos burgueses de otros países para evitar el aislamiento de Venezuela y ganar tiempo; otra cosa es comprometer los objetivos socialistas revolucionarios por bloques

sin principios con los enemigos del socialismo, que es lo que propone Heinz Dieterich.

“¡Pero si vamos demasiado lejos alienaremos a nuestros aliados de América Latina y destruiremos el BRPL!” gritará. A lo que responderemos: la revolución venezolana necesita aliados, pero necesita aliados que realmente estén dispuestos a defenderla y luchar por ella, no falsos amigos que la abandonarán en el momento decisivo. La revolución tiene tales aliados: no son los gobiernos, que fácilmente se pueden volver contra nosotros y pasarse al lado de Washington, sino que son los millones de obreros y campesinos, los pobres, la juventud revolucionaria e intelectuales progresistas de América Latina y de todo el mundo. Ésa es la única gente en la que realmente podemos basarnos.

### ¿MARX O LIST?

La Biblia dice: “*Como perro que vuelve a su vómito, el necio que repite su necedad*” (Proverbios 26:11). En lenguaje llano significa: *alguna gente no aprende nunca de sus errores*. Ése es claramente el problema del camarada Dieterich. En una entrevista en *Junge Welt* (7/1/2006) Carsten Schiefer le hace la siguiente pregunta:

“P.- ¿Cómo caracterizaría a la dirección de la revolución bolivariana en América Latina? ¿Hasta dónde ha llegado?”

“Dieterich.- Yo diría que el proceso se podría caracterizar en términos de cinco macrodinámicas. La primera es el desarrollo del *capitalismo de estado* del tipo que propagó Friedrich List en Alemania hace 180 años y en Venezuela está diseñado como un desarrollo indígena. Eso no es nada nuevo. El invento es inglés, los alemanes y los japoneses lo copiaron. Hoy, China y los tigres asiáticos siguen este patrón porque *es la única clase de desarrollo que es posible hoy dentro del contexto del capitalismo mundial*. Se podría hablar de una especie de *capitalismo de estado de un carácter keynesiano que incluye la dignidad nacional*”. (El subrayado es mío.)

No es casualidad que Dieterich cite a Federico List, a quien Marx y Engels consideraban el *arquetipo de filisteo vulgar y economista pequeño*

*burgués*. En realidad, apenas sería posible encontrar un economista cuyas ideas fueran más ajenas y repugnantes a Marx que las de List, a quien Dieterich toma como modelo. He aquí algunos ejemplos de lo que Marx escribió sobre él en *Esbozo de un artículo acerca del libro de Federico List: Das Nationale System der Politischen Oekonomie* (marzo 1945).

“En todas partes él permite que la cosa siga existiendo, pero idealiza la expresión de ella. Trataremos de analizar esto en detalle. Es justamente esta fraseología idealista vacía la que le permite ignorar las barreras reales que hay en el camino de sus piadosos deseos y satisfacer las fantasías más absurdas (¿Qué hubiera sido de la burguesía francesa e inglesa si primero hubieran pedido permiso a la alta nobleza, a la apreciada burocracia y a las antiguas dinastías dominantes para dar a la ‘industria’ la ‘fuerza de la ley?’)”. (Carlos Marx. *Draft of an Article on Friedrich List’s Book: Das Nationale System der Politischen Oekonomie*. Obras Completas. Vol. 4. p. 265. En la edición inglesa).

“El burgués alemán es religioso incluso cuando es un industrial. Da marcha atrás al hablar sobre los desagradables valores de cambio que él codicia y habla de las fuerzas productivas [*von produktivkräften*]; retrocede al hablar sobre la competencia y habla de una confederación nacional de fuerzas productivas; no se atreve a hablar de su interés privado y habla del interés nacional. Cuando se observa el cinismo clásico y franco con el que la burguesía inglesa y francesa, representada en su primer —al menos al inicio de su dominio— portavoz científico de la economía política, elevaba la riqueza a la categoría de dios y sacrificaba despiadadamente todo ante ella, a este Moloch, en la ciencia también, y cuando, por otro lado, se mira la manera idealizadora y pomposa de Herr List, que en medio de la economía política desprecia la riqueza de los ‘hombres honrados’ y conoce los más altos propósitos, uno se siente obligado a encontrarse ‘triste’ porque en el momento actual no haya un solo día para la riqueza”. (Ibíd.)

“El filisteo alemán revela aquí su carácter ‘nacional’ de muchas maneras.

“1) En la economía política general, sólo ve sistemas confeccionados en salas de estudio académico. Que el desarrollo de una ciencia como es la economía política está relacionada con el movimiento real de la

sociedad, o que es sólo su expresión teórica [3], Herr List, por supuesto, ni lo sospecha. Un teórico alemán”. (Ibíd.)

Cada una de estas palabras es aplicable a Heinz Dieterich, el Federico List del siglo XXI. Incluso sus comentarios sobre el estilo literario de List describe acertadamente la escuela literaria de nuestro Heinz: “Continuamente hace gala de una retórica torpe y prolija, cuyo torbellino siempre termina empujándolo a la deriva, y cuya esencia consiste en repeticiones continuas acerca de tarifas arancelarias y las auténticas fábricas [...] alemanas”. (Ibíd., pp. 266-67.) Y si el estilo es similar, el contenido es idéntico: moralina pequeño burguesa sentimental y vacía en lugar de un análisis científico. ¿En qué consistía la sabiduría económica de List? *Tarifas arancelarias*. Esto reflejaba la debilidad del capitalismo alemán en aquella época con relación a sus rivales franceses e ingleses. “¡Debemos proteger ‘nuestra patria’ con tarifas arancelarias!” Esa era la posición de List, que intentaba empujar a la clase obrera alemana detrás de los capitalistas alemanes sobre bases nacionalistas. ¿Qué tenía que decir Marx sobre este aspecto? Marx escribe lo siguiente:

“¿Entonces qué quiere el filisteo alemán? Quiere ser un *burgués*, un explotador, dentro del país, pero, por otra parte, no quiere ser explotado fuera del país. Se hincha haciéndose pasar por la ‘nación’ con relación a los países extranjeros y dice: No me someto a las leyes de la competencia, que son contrarias a mi dignidad nacional; como nación yo soy un ser superior al mercader.

“La nacionalidad del obrero no es ni francesa, ni inglesa, ni alemana, es el *trabajo*, la *esclavitud libre*, el *automercader*. Su gobierno no es ni francés, ni inglés, ni alemán, es el capital. Su aire natal no es ni francés, ni inglés, ni alemán, es el aire fabril. La tierra a la que pertenece no es ni francesa, ni inglesa, ni alemana, está a pocos pies *bajo tierra*. Dentro del país, el dinero es la patria del industrial. De este modo, el filisteo alemán quiere que las leyes de la competencia, del valor de cambio, del mercadeo, pierdan su poder ¡en las fronteras de su propio país! ¡Está dispuesto a reconocer el poder de la sociedad burguesa sólo en la medida en que está de acuerdo con *sus intereses*, los intereses de su clase! No quiera caer víctima ante un poder al que quiere *sacrificar* a otros, y al que se quiere sacrificar ¡dentro de su propio país! ¡Fuera

del país quiere aparecer y ser tratado como un ser diferente al que es dentro del país y como él se comporta dentro del país! ¡Quiere dejar existir la causa y abolir uno de sus *efectos*! Deberíamos demostrarle que venderse dentro del país tiene como consecuencia necesaria venderse fuera, que la competencia, que le da su poder dentro del país, no le impide volverse impotente fuera del país; que el Estado, que él subordina a la sociedad burguesa dentro del país, no le puede proteger de la acción de la sociedad burguesa fuera del país.

“Sin embargo, el burgués individual lucha contra los demás, *como una clase* el burgués tiene un interés común, y esta comunidad de intereses, que va dirigida contra el proletariado dentro del país, va dirigida contra la burguesía de otras naciones fuera del país. He aquí lo que el burgués llama su nacionalidad”. (Ibíd., p.280.)

De estas líneas podemos ver el abismo que separa el filisteísmo nacionalista del pequeño burgués List del internacionalismo proletario de Marx. Nosotros defendemos con firmeza la tradición de Marx. Heinz Dieterich está muy claramente en contra de Carlos Marx y a favor de Federico List. Aquí al menos el camarada Dieterich es bastante claro e inequívoco (¡agradezcamos a Dios las pequeñas clemencias!). Lo que defiende para Venezuela no es en absoluto el socialismo, sino el capitalismo de estado: “*una especie de capitalismo de estado de carácter keynesiano*”. Es decir, defiende el mismo modelo inventado por List y que adoptó la socialdemocracia europea en el período de 1945-1979, un modelo que colapsó en una oleada inflacionaria a finales de los años setenta y que tanto la burguesía como los socialdemócratas han abandonado, *porque no funcionó*. Ahora nuestro amigo Heinz considera que es “*la única clase de desarrollo que es posible hoy dentro del contexto del capitalismo mundial*”. ¿Está perfectamente claro? Sí, está bastante claro, y contradice de manera evidente la idea que ha expresado en muchas ocasiones Hugo Chávez, quien afirma que la alternativa ante la raza humana es *capitalismo o socialismo*.

Aquí, además, Heinz se enreda en una serie de contradicciones insolubles. Por un lado, acepta la existencia del capitalismo a escala mundial y no ve ninguna posibilidad de derrocarlo (si la ve, la mantiene muy callada). Por otro lado, piensa que es posible para Venezuela seguir su propio camino sobre la base de aplicar el tipo de política económica que fue inventada por los ingleses y que después

copiaron los alemanes y los japoneses. ¿Cuáles son estas políticas que Heinz admira tanto? Son las políticas de proteccionismo que adoptaron los países antes mencionados en la fase naciente de desarrollo capitalista. Aquí nuestro amigo tiene un poco de razón. El argumento de los economistas liberales sobre la necesidad absoluta del libre comercio refleja la situación actual del desarrollo del capitalismo en EEUU, Japón, Francia, Gran Bretaña y Alemania. Pero en el pasado la melodía era muy diferente. En los primeros días del capitalismo todos eran proteccionistas. Sus débiles e incipientes industrias requerían el proteccionismo frente a la libre competencia, que las habría destruido. Sólo cuando sus industrias fueron lo suficientemente fuertes como para competir en los mercados mundiales, se convirtieron a las virtudes del libre comercio. Por eso List, reflejando los intereses de la débil burguesía alemana a mediados del siglo XIX, defendía tarifas proteccionistas.

Marx explicó hace tiempo que el capitalismo, empezando con el establecimiento del mercado nacional, desarrolla necesariamente el mercado mundial. Hoy, el dominio aplastante del mercado mundial se ha establecido a un nivel nunca visto. Todos los estados nacionales, incluso los más grandes y poderosos, están obligados a participar en el mercado mundial y se encuentran subordinados a él. En este contexto, el concepto de soberanía nacional ha perdido la mayor parte de su significado. Aquellos estados que consiguen librarse de los grilletes de la dominación imperialista directa ahora se encuentran subyugados por el imperialismo mediante el mecanismo del comercio mundial y el dominio completo de las gigantescas empresas transnacionales e inversores extranjeros.

Es posible que los países coloniales débiles consigan un respiro sobre la base del proteccionismo. El caso de Malasia en los últimos años es un ejemplo. Sin embargo, estas medidas sólo pueden funcionar *durante un tiempo y hasta cierto grado*. En última instancia, será imposible que Venezuela se pueda librar del poderoso empuje del mercado mundial, que es la manifestación más importante de la época actual. La idea de que Venezuela puede en cierta forma apartarse de la economía mundial es totalmente falsa. Si Rusia y China, con sus gigantescos mercados internos e inmensas reservas, no fueron capaces de mantener un régimen de autarquía, ¿cómo lo podría conseguir Venezuela, que es una economía mucho más pequeña? La única salida real para proteger la economía nacional frente a los es-

tragos del capital extranjero es a través de un monopolio estatal del comercio exterior, la piedra angular de una economía nacionalizada y planificada.

Aquí, una vez más, Heinz lo enreda todo. En la entrevista mencionada en *Junge Welt*, dice: “Ni el desarrollo socio-económico democrático, ni la defensa contra EEUU o los intereses europeos, o ni siquiera el desarrollo separado del socialismo en Venezuela son posible. Es posible sólo en el contexto de un bloque regional latinoamericano. Venezuela seguramente no será capaz de desarrollar económicamente en líneas social-democráticas o hacer una transición al socialismo sin un bloque regional que incluya a Cuba, Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay.

“El resultado de todo es que la insistencia en las medidas adoptadas por el gobierno se basa en la perspectiva de desarrollo de la economía de mercado. Venezuela es naturalmente una economía capitalista del tercer mundo, completamente distorsionada en su estructura de producción porque todo depende del petróleo; está enteramente distorsionada además por su falta de diversificación en el mercado global, sin una única tecnología para el futuro, etc.

“Por un lado, el gobierno debe concentrar sus esfuerzos en una acción reparadora, mientras que por el otro mejora el nivel de la fuerza de trabajo y combate la absoluta pobreza. De esto último salen medidas como la campaña de alfabetización, la apertura de nuevas escuelas, universidades y clínicas. Ese es el centro de la tarea política. Al mismo tiempo, un intento de hacer algún avance en el proyecto socialista, en primer lugar comenzando a pensar colectivamente”.

¿Qué significa todo esto? En primer lugar, la perspectiva del socialismo se manifiesta por su ausencia. Nuestro profesor considera que Venezuela es “naturalmente una economía capitalista tercermundista”, que está destinada a “desarrollarse económicamente en líneas social-democráticas”. ¿En qué consiste este desarrollo en líneas social-democráticas? En primer lugar, *el mantenimiento de una economía de mercado capitalista para el futuro previsible*. En segundo, una acción reparadora (es decir, reformas) para aliviar la pobreza, abordar el analfabetismo, etc. En otras palabras, continuar con lo que el gobierno bolivariano ha hecho en el periodo que va desde 1998. Eso

significa, en la práctica, el abandono de la transformación socialista, o su aplazamiento hasta un futuro lejano.

## SOCIALISMO E INTERNACIONALISMO

Marx y Engels no eran internacionalistas por razones sentimentales sino científicas. La tendencia del capitalismo es al desarrollo de un mercado mundial, algo ya pronosticado en *El Manifiesto Comunista*. El internacionalismo socialista no es un sueño utópico, sino que emana inevitablemente del desarrollo del propio capitalismo. La formación de la Unión Europea era una admisión tácita por parte de la burguesía de que los viejos estados nacionales han superado su utilidad y se han convertido en barreras reaccionarias para el libre desarrollo de las fuerzas productivas.

¿Cuál es la alternativa a la globalización capitalista, es decir, al dominio del mundo entero por un puñado de gigantescas corporaciones y estados imperialistas? Dieterich contraponen a la globalización el nacionalismo burgués. Nosotros la contraponemos a la lucha de clases y a la lucha por el socialismo, nacional e internacionalmente. La posición de Heinz Dieterich significa el abandono total del marxismo y el leninismo. *Significa el abandono de la posición proletaria a favor del filisteísmo burgués o pequeño burgués nacional*. Uno busca en vano en todos los artículos de Heinz Dieterich para encontrar el más mínimo atisbo de una posición de clase. Hace referencia en un lenguaje sentimental a “nuestra gran patria latinoamericana”, sin explicar que esta “patria” está formada por explotadores y explotados, amos y esclavos.

Los marxistas no escondemos las contradicciones de clase, todo lo contrario, las sacamos a la superficie. Como Lenin explica en *Notas críticas sobre la cuestión nacional*: “En las sociedades anónimas tenemos juntos y completamente fundidos a capitalistas de diferentes naciones. En las fábricas trabajan juntos obreros de diferentes naciones. En toda cuestión política realmente seria y realmente profunda los agrupamientos se realizan por clases y no por naciones”. (Lenin. *Notas críticas sobre la cuestión nacional*. Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 23.) ¿Qué tienen en común el trabajador argentino con el propietario de una fábrica argentina? ¿Qué tiene en común el campesino sin tierra de Brasil con el latifundista brasileño? ¿Qué tiene en común el proletario venezolano con el oligarca venezolano? En otra obra Lenin escribe:

“Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen una completa solidaridad y la más estrecha unión de los obreros de todas las naciones, exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nación”. (Lenin. *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 33.)

Lenin siempre escribía de una manera muy clara e inequívoca. No hay manera de malentender su significado. Y su significado es este: para los marxistas, en todo momento y en todas las condiciones, la cuestión de clase es lo primero. *Defendemos la sagrada unidad de la clase obrera, independientemente de nacionalidad, lenguaje, color o religión. Nos oponemos al nacionalismo y estamos a favor del internacionalismo*. Para combatir las perniciosas ilusiones difundidas por los nacionalistas burgueses y pequeño burgueses, Lenin advertía: “El proletariado no puede apoyar ningún afanzamiento del nacionalismo; por el contrario, apoya todo lo que contribuye a borrar las diferencias nacionales y a derribar las barreras nacionales, todo lo que sirve para estrechar más y más los vínculos entre las nacionalidades, todo lo que conduce a la fusión de las naciones. Obrar de otro modo equivaldría a pasarse al lado del reaccionario filisteísmo nacionalista”. (Ibíd.)

*El Manifiesto Comunista* explica que la revolución proletaria, aunque nacional en su forma, es internacional en su contenido. La clase obrera primero debe ajustar cuentas con su propia burguesía y llevar a cabo la revolución en su propio país. La revolución ha comenzado en Venezuela y se mueve en dirección hacia la transformación socialista de la sociedad, a pesar de los arduos esfuerzos de reformistas como Heinz Dieterich para impedirlo. El deber de los trabajadores y campesinos de Venezuela es derrocar el poder de la oligarquía y tomar el poder en sus propias manos. La revolución socialista puede triunfar en Venezuela, pero no se puede consolidar a menos que se extienda por lo menos al resto de América Latina.

La teoría antimarxista del “socialismo en un solo país”, expuesta por primera vez por Stalin en el otoño de 1924, iba en contra de todo lo que habían defendido los bolcheviques y la Internacional Comunista. Esta noción nunca habría sido consentida por Marx o Lenin. A menos que el estado soviético hubiera conseguido romper su asilamiento, Lenin pensaba que la Revolución de Octubre no podría sobrevivir durante mucho tiempo. Esta idea se repite una y otra

vez en sus escritos y discursos después de la revolución. Al final, los movimientos revolucionarios de Alemania, Hungría, Italia y otros países fueron derrotados, pero fueron suficientes para detener los intentos del imperialismo de derrocar a los bolcheviques mediante una intervención armada. El estado obrero ruso sobrevivió, pero el prolongado aislamiento en condiciones de atraso extremo provocó un proceso de degeneración burocrática, que fue la base para la contrarrevolución política estalinista.

La revolución cubana desde el principio estuvo inspirada por el internacionalismo proletario. Éste estaba personificado por Che Guevara, ese líder excepcional de la revolución cubana. Che nació argentino y luchó en primera línea de la revolución cubana. Pero en realidad era un verdadero internacionalista y un ciudadano del mundo. Como Bolívar, él tenía la perspectiva de una revolución latinoamericana. Después de su trágica muerte, hubo muchos intentos de convertir a Che Guevara en un icono inofensivo, una cara sobre una camiseta. Fue presentado por la burguesía como un idealista utópico y un romántico bienintencionado. ¡Esto es indigno de la memoria de un gran revolucionario! Che Guevara no era un soñador utópico sino un realista revolucionario. No fue casualidad que Che intentara extender la revolución a otros países, no sólo de América Latina sino también de África. Comprendía muy bien que, en última instancia, el futuro de la revolución cubana se decidiría por esto.

Desde el mismo comienzo, el destino de la revolución cubana ha estado vinculado a los acontecimientos mundiales. ¿Cómo podría ser de otra manera, cuando la revolución desde su nacimiento estuvo amenazada por el estado imperialista más poderoso del planeta? La revolución cubana, como la revolución rusa, tuvo un tremendo impacto internacional, especialmente en América Latina y el Caribe. Eso sigue siendo así hoy. El Che intentó encender la chispa que pusiera en llamas todo el continente. Quizá erró en cómo hacerlo, pero nadie puede cuestionar sus intenciones, y su idea fundamental era correcta: la única manera de salvar la revolución cubana era extendiéndola a América Latina.

Desgraciadamente, de la experiencia cubana se sacaron algunas conclusiones equivocadas. El intento de exportar el modelo de guerra de guerrillas y focos llevó a una terrible derrota tras otra. Para ello había varias razones. En primer lugar, la insurgencia cubana pilló al imperialismo norteamericano por sorpresa. Pero pronto aprendie-

ron las lecciones, y cada vez que aparecía un “foco”, lo aplastaban antes de que pudiera extenderse. Un hecho más importante es que la mayoría de la población de América Latina ahora vive en ciudades. La guerra de guerrillas es un método de lucha típico del campesinado. Por lo tanto, mientras que la guerra de guerrillas puede jugar un papel importante como auxiliar, no puede jugar el papel principal en la revolución socialista. Ése está reservado para la clase obrera en las ciudades y, por tanto, las tácticas se deben adaptar a esa situación. Esto se ha visto en la experiencia de Venezuela, donde el intento de organizar una guerra de guerrillas fue un absoluto fracaso. La revolución venezolana se está desarrollando esencialmente como una revolución urbana, basada en las masas de las ciudades y apoyada por el campesinado. El Movimiento Bolivariano de Hugo Chávez ha utilizado la lucha parlamentaria muy eficazmente para movilizar a las masas. Pero ha sido el movimiento de las masas el que ha derrotado a la contrarrevolución en tres ocasiones.

El destino de la revolución cubana ahora está orgánicamente unido al de la revolución venezolana. Las dos se determinan mutuamente. Si la revolución venezolana es derrotada, la revolución cubana estará en un gran peligro. Se debe hacer todo lo posible para evitarlo. Pero debemos aprender de la historia, la revolución venezolana ha conseguido milagros, pero no está acabada. Como la revolución cubana, la revolución venezolana empezó como una revolución democrático-nacional. En sus primeras etapas, Hugo Chávez defendía el programa de la democracia burguesa avanzada. Pero la experiencia ha demostrado que la oligarquía y el imperialismo son los enemigos mortales de la democracia. No cejarán hasta detener la revolución. Por lo tanto, intentar limitar la revolución bolivariana a las tareas democrático-burguesas, es decir, parar la revolución, sería preparar el camino para el inevitable derrumbe de la revolución. ¿Por qué el imperialismo norteamericano está decidido a destruir las revoluciones cubana y venezolana? Debido al efecto que están teniendo a escala continental. A los imperialistas les aterroriza que Cuba y Venezuela se conviertan en puntos focales. Por esa razón, están decididos a liquidarlas.

La idea del Che era abrir veinte vietnams en América Latina. No era una mala idea, pero no era posible en aquella época, en parte, porque las condiciones no habían madurado lo suficiente, pero principalmente debido al modelo equivocado de guerra de guerrillas

que se siguió. Pero ahora las cosas son diferentes. La crisis del capitalismo ha tenido efectos devastadores en América Latina y tiene consecuencias revolucionarias. Las condiciones para la revolución maduran en todas partes. En realidad, en el momento actual, no hay un solo régimen capitalista estable desde Tierra del Fuego a Río Grande. Con una dirección correcta, no hay razón para que no triunfen revoluciones proletarias en uno o varios países de América Latina en el próximo periodo. *Lo que hace falta no es ni nacionalismo ni bloques con la burguesía reaccionaria, sino un programa socialista revolucionario y el internacionalismo proletario revolucionario.*

### ¡POR UNA POLÍTICA INTERNACIONALISTA!

El socialismo es internacionalista o no es nada. Nuestra política debe ser una política clasista, una política antiimperialista y antimilitarista. Pero esta política sólo puede triunfar si está firmemente unida a una política anticapitalista y a la perspectiva del socialismo, nacional e internacionalmente. Heinz Dieterich considera una utopía la alternativa socialista. Pero no debería sorprendernos, ya que él considera la revolución socialista en general una utopía. En su lugar, nos ofrece otra de sus alternativas supuestamente “realistas”, a saber, el Bloque Regional de Poder. Esta es una alternativa reformista burguesa a la idea bolivariana de la lucha revolucionaria por la unidad de América Latina. Las dos ideas no tienen absolutamente nada en común. La primera es la idea de unir los regímenes burgueses existentes de América Latina sin tocar las actuales relaciones de propiedad ni expropiar a la oligarquía. La segunda es la idea revolucionaria de unir a los obreros y campesinos de América Latina en una lucha común contra el imperialismo y las oligarquías, la única manera de establecer una unión genuina y duradera de los pueblos del continente en una federación socialista.

Como Simón Bolívar, defendemos enérgicamente la unión de América Latina, pero reconocemos que, sobre la base del capitalismo, esta idea siempre será una utopía. Mientras las oligarquías posean la tierra, los bancos y las industrias, el único futuro posible para América Latina es el desempleo, los recortes y la miseria para millones. *La única alternativa es una Federación Socialista de América Latina.* ¿Es difícil esta perspectiva? Sí, la lucha por el socialismo es difícil. Toda gran causa en la Historia siempre ha sido difícil. ¿Pero acaso

no es mucho más difícil aceptar la situación actual de desempleo, recortes, guerras, hambre de masas y todos los demás horrores que el capitalismo ha preparado para los pueblos del mundo? A pesar del potencial colosal, la burguesía ha fracasado a la hora de dar a los pueblos de América Latina el futuro que se merecen. Durante casi dos siglos, la burguesía ha gobernado América Latina, ¿qué ha conseguido? Las fuerzas productivas, estancadas, mientras que la agricultura está en ruinas. En todas partes vemos desempleo y pobreza. Los jóvenes se enfrentan a esta elección: desempleo o emigración. ¿Qué queda de la independencia nacional, cuando todo el continente rápidamente cae en brazos del gigante del norte?

La victoria del socialismo en Venezuela tendría repercusiones profundas e inmediatas en el resto de América Latina. ¿Cuánto tiempo podría mantener el poder la oligarquía en Bolivia, Ecuador y Perú? Una oleada revolucionaria recorrería América Latina y tendría un efecto al norte de Río Grande, donde el descontento aumenta y la población latina ahora es la minoría étnica más grande. Una economía socialista planificada crearía la posibilidad de movilizar las fuerzas productivas de América Latina, su fértil tierra, su industria, ciencia y tecnología y, sobre todo, el enorme potencial creativo de su población, con el objetivo de transformar la sociedad. El grandioso talento de los pueblos de América Latina, sus artistas, científicos, estudiantes, intelectuales, escritores y arquitectos, florecerían como nunca antes en la larga historia de este rico, maravilloso, hermoso y diverso continente. Transformaría todo el mundo, pondría las bases para una federación socialista mundial. Esa es la única perspectiva por la que merece la pena luchar en la primera década del siglo XXI: la perspectiva de una América Latina socialista, el primer paso adelante gigante hacia un nuevo orden mundial socialista.



# XI

## EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN



## EL ESTADO DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

El Estado es la cuestión fundamental en todas las revoluciones. La cuestión del Estado ha ocupado siempre una posición central en la teoría marxista. El Estado es una fuerza represiva especial, que se sitúa por encima de la sociedad, alienándose más y más con respecto a ésta. Los orígenes de esta fuerza se encuentran en el pasado remoto. Las primeras formas de la sociedad de clases muestran al Estado como a un monstruo que devora enormes cantidades de trabajo y reprime y niega a las masas todo derecho. Al mismo tiempo, desarrollando la división del trabajo, organizándose la sociedad y llevando a cabo la cooperación a niveles muy superiores a los anteriores, permitió la movilización de grandes cantidades de fuerza de trabajo, elevando así el trabajo productivo de la sociedad a alturas nunca antes soñadas. Esto, a su vez, permitió un salto de gigante a la cultura y a la ciencia.

“Estas relaciones reales, lejos de ser creadas por el poder del Estado, son, por el contrario, el poder creador de él. Los individuos que dominan bajo estas relaciones tienen, independientemente de que su poder deba constituir como *Estado*, que dar necesariamente a su voluntad, condicionada por dichas determinadas relaciones, una expresión general como voluntad del Estado, como ley, expresión cuyo contenido está dado siempre por las relaciones de esta clase, como con la mayor claridad demuestran el derecho y el penal”. (Carlos Marx y Federico Engels. *La ideología alemana*. Barcelona. L’Aina Editorial. 1988. pp. 346-347).

La burocracia estatal tiene intereses poderosos que le son propios. Se pueden encontrar rasgos similares en todos los Estados,

incluso en los más democráticos. El Estado, en última instancia, consiste en cuerpos especiales de hombres armados cuyo propósito es precisamente regular la lucha de clases, manteniéndola dentro de límites aceptables. En periodos de normalidad, la clase dominante ejercita su control sobre el Estado. Pero hay ciertos periodos en los que la intensidad de la lucha de clases alcanza niveles que sobrepasan los “límites de lo aceptable”. En tales periodos revolucionarios es cuando se presenta la cuestión del poder. O la clase revolucionaria derroca al antiguo Estado, sustituyéndolo por un nuevo poder, o la clase dominante aplasta la revolución e impondrá una dictadura —el poder del Estado de forma abierta y desnuda, en contraposición al poder del Estado envuelto en ropajes “democráticos” —.

Sin embargo, hay otra variante que se ha visto en diferentes formas en momentos distintos a lo largo de la Historia. Cuando las clases en lucha han batallado la una contra la otra sin un resultado claro, y cuando la lucha entre las clases alcanza una especie de estado inestable de equilibrio, el propio Estado puede alzarse por encima de la sociedad y adquirir un grado importante de independencia. En tiempos modernos, este fenómeno es conocido como bonapartismo, en el mundo antiguo toma el nombre de cesarismo.

Dieterich y Peters muestran una total confusión en la cuestión del Estado, y no de extrañar. En la página 101 de *El Socialismo del Siglo XXI* nos encontramos con otra contradicción más en la teoría del socialismo del siglo XXI. El marxismo explica que el Estado es siempre un instrumento para la opresión de una clase sobre otra. Aún así, Arno Peters nos informa de que “en tanto en cuanto la sociedad tenga una estructura jerárquica, continúa, por tanto, manteniendo una organización militar que requiere su participación”. Lo que esto quiere decir es que bajo el Socialismo del siglo XXI no sólo habrá capitalistas, sino también un Estado capitalista. El Estado, como Lenin explicó, es en última instancia *grupos de hombres armados en defensa de la propiedad*. En la visión de Arno Peters del socialismo del siglo XXI tenemos al Estado en toda su gloria: un ejército permanente, una fuerza policial, jueces, prisiones organizadas en líneas estrictamente jerárquicas... Naturalmente, todo esto requiere de una enorme burocracia, que sin duda alguna devorará una considerable cantidad de la riqueza producida por la clase obrera, y no sólo los “salarios de equivalencia”.

Aunque Arno no lidia con ello en detalle, no es difícil ver qué

aspecto tendrían estas organizaciones militares. Dice que serán *jerárquicas*. Pero si es una *organización jerárquica*, en la que los oficiales pueden sólo recibir *los salarios de equivalencia*, ¿cómo se identificará esta jerarquía? Está claro que bajo el Socialismo del siglo XXI, los generales, los mariscales de campo y los comandantes se vestirán con los uniformes más extravagantes y se cubrirán de insignias, como, de hecho, ocurre ahora. De la misma manera en que Dieterich pretende mantener la economía capitalista de mercado, pero combinándola con democracia y socialismo, desea también retener al Estado, pero volviéndolo inocuo —como un bulldog con dentadura de corcho—. En la página 61 se nos informa de que el Estado es necesario, y siempre será necesario porque “Tiene que seguir atendiendo ciertas necesidades generales de la sociedad, como la salud y el orden público, pero todas sus funciones generales pasan por el filtro de su carácter y sus tareas de clase”. En la página 62 también se nos informa de que: “El interés particular de los amos del sistema determina y distorsiona todas las funciones generales del Estado”.

Según Dieterich, el Estado es necesario, y supuestamente continuará existiendo en el socialismo del siglo XXI, no sólo para proveernos de médicos y hospitales, sino también de policías del siglo XXI equipados con porras del siglo XXI para dar una amistosa lección a los delincuentes del siglo XXI que perturben la paz y molesten a los ciudadanos de orden —igualito que ahora—. Se nos asegura, sin embargo, que bajo el socialismo del siglo XXI, el Estado será completamente diferente del Estado que ahora existe: “Éste es el significado del Estado clasista que históricamente sustituyó al proto-Estado hace alrededor de seis mil años y que desaparecerá con la democracia participativa. En su lugar habrá una nueva autoridad pública que priorizará los intereses generales y que, al perder sus funciones de clase pierde su identidad represiva”. (Dieterich, *El Socialismo del Siglo XXI*, página 62.) En un tremendo lío se apila confusión tras confusión. Una vez más, Dieterich tergiversa la Historia. ¿Cuál es ese proto-Estado que supuestamente fue abolido hace 6000 años? Sólo Arno Peters lo sabe.

## DIETERICH Y ENGELS SOBRE LA CUESTIÓN DEL ESTADO

Marx, Engels y Lenin explicaron muchas veces que todo Estado es un instrumento de represión. ¿Cómo es posible mantener el

Estado, que por definición es un instrumento para la represión, y despojarle de sus características represivas? Sólo alguien que ignore por completo el abecé del marxismo podría sugerir tal cosa. Es lo mismo que “democratizar” el capitalismo, introduciendo el socialismo sin la expropiación de los capitalistas, o enseñar a los tigres a comer lechuga. A cada paso Dieterich se contradice a sí mismo en la cuestión del Estado. En la página xvii de *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*, el Estado *es superado y consignado al vertedero de la Historia*. Se nos dice que un tal Mr Robert Kurz (“un maestro de la pluma”) ha resuelto la cuestión de la siguiente manera:

“La última aventura de la humanidad, por lo tanto, consiste en la ‘superación de la economía de mercado *más allá de las viejas ideas del socialismo de Estado*, que ya no tienen vigencia’”. (El subrayado es mío.) Pero en la página 21 nos encontramos de nuevo con el Estado, esta vez como “*un Estado de las mayorías*”. En una sociedad capitalista, la *mayoría* está constituida por obreros, campesinos, los pobres de las ciudades y el campo y las clases medias. Éstos son gobernados por una minoría de explotadores: los terratenientes, banqueros y capitalistas, con sus familias y acólitos. Para abolir el capitalismo y moverse hacia el socialismo es necesario que la mayoría expropie a la minoría.

¿Cómo se hace esto? La clase obrera ha de colocarse a la cabeza de la sociedad, reuniendo junto a ella a las otras capas oprimidas y explotadas. Un gobierno de los trabajadores nacionalizaría los bancos, la tierra y las industrias clave y comenzaría a reorganizar la economía en líneas socialistas. Habiendo expropiado a los capitalistas, sería posible instituir una economía socialista planificada. Libres de los grilletes que la propiedad privada le impone, el potencial productivo de la industria y la agricultura se realizará completamente. Esta es la condición previa para mejorar las condiciones de vida y levantar el nivel cultural de las masas, que es, a su vez, necesario para la participación de la clase trabajadora en el control y funcionamiento de la industria, la sociedad y el Estado.

En el periodo de transición entre capitalismo y socialismo, el Estado existirá todavía, junto con el dinero, el trabajo asalariado, ciertas desigualdades y otras lacras de la vieja sociedad. Pero un Estado obrero es fundamentalmente diferente de otros Estados. Es un Estado que se dedica a su propia extinción o, por usar la frase de Engels, un semi-Estado, como la Comuna de París. En su obra

maestra *El Estado y la revolución*, escrita al calor de la revolución de 1917, Lenin resumió con brillantez la teoría marxista del Estado. Basándose en la experiencia de la Comuna de París, Marx y Engels señalaron: “La Comuna ha demostrado, sobre todo, que *‘la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como es y servirse de ella para sus propios fines’*”. (Carlos Marx y Federico Engels. *El Manifiesto Comunista*. Prefacio a la edición alemana de 1872. Madrid. Fundación Federico Engels. 2005. p. 68)

Engels explicó que la clase obrera no podía simplemente tomar el Estado existente y usarlo para transformar la sociedad:

“El proletariado toma en sus manos el Poder del Estado y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases, y, con ello, al Estado como tal. La sociedad hasta el presente, movida entre los antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, o sea, de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y por tanto, particularmente para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre o el vasallaje y el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad, será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esta lucha, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión, el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad: la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en

un campo tras otro de la vida social y se adormecerá por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será ‘abolido’; se extingue. Partiendo de esto es como hay que juzgar el valor de esa frase sobre el ‘Estado popular libre’ en lo que toca a su justificación provisional como consigna de agitación y en lo que se refiere a su falta absoluta de fundamento científico. Partiendo de esto es también como debe ser considerada la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana”. (Engels. *Anti-Dübring*, Parte III. Socialismo.)

Sobre la cuestión de la democracia, el camarada Dieterich también muestra un punto de vista superficial y filisteo. Cuando dice democracia formal quiere decir democracia burguesa, que es sólo otro nombre para la dictadura de los bancos y los grandes monopolios. Al referirse al abismo insalvable que separa la democracia burguesa moderna y las ideas originales de “los padres fundadores”, comete un doble error. Ya en las páginas de *El Manifiesto Comunista*, Marx explicó la verdadera naturaleza de la democracia burguesa: “el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa”. (Capítulo I, burgueses y proletarios.) Curiosamente, los “padres fundadores”, de los que Dieterich habla en términos tan reverentes, creían en un sufragio restrictivo, que excluía no sólo a las mujeres y los esclavos, sino también a la mayoría de la clase obrera. Hicieron falta décadas de lucha para que la clase obrera conquistase el derecho a voto y otros derechos democráticos. Como resultado, en una mayoría de países hay más democracia ahora que antes, no menos. Sin embargo, la realidad es que la democracia formal burguesa es ahora justo lo mismo que era en los días de Marx: una hoja de parra que oculta convenientemente la cruda realidad del dominio de la burguesía.

## DEMOCRACIA Y DICTADURA

Naturalmente, habiendo conquistado ciertos derechos democráticos, la clase trabajadora los usará plenamente para defender sus intereses, desarrollar la lucha de clases y luchar por la transformación socialista de la sociedad. Haremos uso de todas y cada una de las oportunidades democráticas que se nos abren, no sólo del derecho

a la huelga y la manifestación, sino también a la participación en elecciones. La revolución venezolana muestra la importancia de la lucha parlamentaria. En ciertas circunstancias, sería incluso posible llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad a través del parlamento. Pero sólo bajo una condición: que los revolucionarios socialistas, tras haber ganado una mayoría en el parlamento, movilizaran a los obreros y campesinos fuera del parlamento para expropiar a los terratenientes, banqueros y capitalistas.

Los marxistas no rechazamos la lucha parlamentaria. La lucha parlamentaria es sólo un aspecto de la lucha de clases, como cualquier otro. Sin embargo, debemos tener siempre presentes las limitaciones del parlamentarismo. No debemos olvidar que las cuestiones fundamentales no pueden ser nunca resueltas por parlamentos, leyes o constituciones. En el análisis final, las cuestiones fundamentales serán decididas fuera del parlamento: en las fábricas, en las calles, en los pueblos y en los cuarteles. Si se requiere alguna prueba para justificar esta afirmación, habremos sólo de referirnos a los acontecimientos que tuvieron lugar en Venezuela en abril de 2002. Dieterich hace una referencia de pasada a esto en las páginas 56 y 57 de *El Socialismo del Siglo XXI*:

“Si en determinadas circunstancias, las mayorías logran elegir un gobierno verdaderamente popular y democrático, la clase dominante desconoce sus propias reglas constitucionales y da un golpe de estado. Este cínico mecanismo se conoce en las “ciencias políticas” como la paradoja de la democracia. Las instituciones democráticas sólo son para los amigos de la democracia, no para sus enemigos. Traducido a buen romance: la democracia formal sólo es para los amigos de la burguesía, no para el pueblo dispuesto a cambiar la sociedad estructural y pacíficamente: lección que Salvador Allende pagó caro”.

Toda la historia muestra que ninguna clase dominante ha cedido su poder y privilegios sin luchar. Cuando la clase dominante “democrática” ve que su poder y privilegios están amenazados por un gobierno elegido democráticamente, recurrirá a métodos extraparlamentarios para socavar, subvertir y derrocar a este gobierno. Bajo tales circunstancias, llamadas a la legalidad, a la constitución, etc., son inútiles y contraproducentes. Todo esto es cierto, pero ¿qué conclu-

sión saca el camarada Dieterich de ello? Hace una breve referencia a la suerte de Salvador Allende, pero no nos dice qué tenía que haber hecho Allende para prevenir la victoria de la contrarrevolución.

La conclusión que Dieterich quiere que nosotros saquemos es la siguiente: que el error de Allende fue ir demasiado lejos y demasiado deprisa, con lo que provocó la ira de la clase dominante y de los poderes fácticos, quienes respondieron con un golpe de estado. Ésa es la razón por la que Heinz Dieterich está continuamente aconsejado al presidente Chávez que modere sus políticas y no vaya “demasiado lejos”, no nacionalice la tierra, los bancos y las industrias, no toque para nada la propiedad privada, por miedo a provocar las iras de la oligarquía y el imperialismo. Dieterich recuerda al niño que en la fábula gritaba siempre “que viene el lobo”. La cuestión, sin embargo, es qué hacemos para que el lobo no venga. Para esto nuestro amigo no tiene respuesta.

Cualquiera que conozca algo sobre Chile sabe que era perfectamente posible para Allende haber derrotado la contrarrevolución. Tenía el apoyo de millones de obreros y campesinos y una parte importante del ejército, no sólo de los soldados rasos, sino también de muchos oficiales, que le avisaron del golpe conminándole a actuar. El error de Allende fue confiar en la buena fe de generales supuestamente democráticos, como Pinochet, en la fuerza de la ley, en la constitución, etc. Consecuentemente, se negó a armar a los trabajadores para que defendieran al gobierno, incluso cuando las masas pedían armas en el periodo anterior al 11 de septiembre.

El resultado fue una derrota sangrienta y un golpe de estado feroz que costó decenas de miles de vidas. La verdadera lección de Chile es ésta: es imposible pacificar la contrarrevolución con bonitos discursos sobre la democracia. Es necesario desarmar la contrarrevolución y forzarla a doblegarse ante la voluntad de la mayoría. No es posible hacer media revolución. Finalmente, una clase debe vencer y otra debe perder. Para obtener el éxito, la clase trabajadora debe tomar el poder en sus propias manos. Esto significa que debe armarse y expropiar a la oligarquía. No hay otro camino.

“¡Pero esto significa una guerra civil y un baño de sangre!”, protestarán los reformistas. Al contrario, la única manera de evitar un baño de sangre y una guerra civil es pasar a la ofensiva. Si la clase trabajadora y sus líderes se muestran firmes e implacables, las fuerzas

reaccionarias serán debilitadas y pasarán a la defensiva. Pero si las fuerzas revolucionarias se muestran débiles, vacilantes e indecisas, la contrarrevolución se reforzará y pasará a la ofensiva. Hemos visto esta lección en repetidas ocasiones a lo largo de la revolución bolivariana.

### OLIGARQUÍA CONTRARREVOLUCIONARIA

Desde el principio, la oligarquía y el imperialismo adoptaron una actitud beligerante hacia la revolución. En al menos tres ocasiones intentaron derrocar al gobierno democráticamente elegido de Hugo Chávez. Pero en cada una de estas ocasiones, fueron derrotados por el movimiento revolucionario de las masas. En abril de 2002, los terratenientes, banqueros y capitalistas venezolanos, junto a oficiales reaccionarios del ejército, líderes sindicales corruptos y la jerarquía reaccionaria de la Iglesia, derrocaron al gobierno legítimo de Venezuela y tomaron el poder con el apoyo activo del imperialismo norteamericano. El presidente Chávez fue arrestado y probablemente habría sido asesinado de no haber sido por el magnífico levantamiento del pueblo de Venezuela, que derrotó el golpe en 48 horas.

No hay duda alguna de que si el presidente Chávez hubiese llamado a las masas a tomar el poder el 13 de abril, éstas lo podrían haber hecho sin guerra civil, pacíficamente. Los contrarrevolucionarios estaban hechos añicos, divididos y desmoralizados. Las calles, las fábricas y los cuarteles estaban bajo el control de las fuerzas revolucionarias. Desafortunadamente, a esas alturas, la revolución bolivariana aún permanecía dentro del marco del capitalismo y no tenía otra perspectiva. El presidente intentó negociar con la oposición. ¿Cuál fue el resultado de esta política de moderación? ¿Adoptó la oposición una actitud más moderada? ¿Abandonaron sus planes contrarrevolucionarios? Al contrario, sólo vieron debilidad por parte del gobierno e inmediatamente comenzaron a preparar otra ofensiva contrarrevolucionaria.

El sabotaje patronal, que comenzó a finales de 2002 y duró dos meses, representó una seria amenaza para la revolución bolivariana. Su objetivo era crear el caos económico y preparar el camino para un segundo golpe de estado. Podrían haber tenido éxito, si no hubiera sido por el maravilloso movimiento de la clase obrera, que ocupó las fábricas y las instalaciones petroleras, expulsaron a los elementos contrarrevolucionarios e introdujeron el control obrero. Esto fue

lo que salvó la revolución. Desafortunadamente, se volvió a repetir el mismo error. El presidente Chávez intentó alcanzar un acuerdo con la oposición. ¿Cuál fue el resultado de este intento conciliador? ¿Detuvo la contrarrevolución? No, les permitió reagruparse y reorganizarse. Los contrarrevolucionarios recuperaron los ánimos y comenzaron a preparar una nueva ofensiva contrarrevolucionaria. Usaron la constitución bolivariana para organizar un referéndum revocatorio en 2004. Sólo el magnífico ánimo revolucionario de las masas trabajadoras pudo derrotarles una vez más.

¿Qué demuestra todo esto? Una sola cosa: que la oligarquía contrarrevolucionaria y sus patrocinadores imperialistas nunca estarán satisfechos hasta que Chávez sea derrocado y la revolución bolivariana destruida. No se les puede ganar con dulces palabras y sonrisas, o con llamadas a la legalidad y la constitución. La oposición boicoteó las elecciones legislativas en diciembre de 2005, porque iba a ser abrumadoramente derrotada. Esto era una indicación de que la oligarquía estaba preparándose para recurrir a medidas extraparlamentarias. Es cierto que, después de tres derrotas consecutivas, los líderes de la oposición adoptaron una imagen más moderada. Pero eso era sólo una táctica. Se movilizaron seriamente para las elecciones presidenciales, y si Rosales hubiera ganado, la sonriente máscara democrática se habría caído pronto. Animadas por una victoria, las fuerzas contrarrevolucionarias hubieran pasado a la ofensiva.

De nuevo, las masas se aseguraron que esto no ocurriera. La abrumadora victoria de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de diciembre de 2006 creó condiciones favorables para un avance decisivo de la revolución bolivariana. Las masas quieren ver que las cosas cambian. Exigen acciones decididas contra la oligarquía y los contrarrevolucionarios. El presidente Chávez ha indicado repetidamente que quiere hacer irreversible la revolución y avanzar hacia el socialismo. Pero no todos los líderes bolivarianos están contentos con esto. Hay una quinta columna dentro del movimiento bolivariano, especialmente en el nivel más alto, que quiere detener la revolución y alcanzar un acuerdo con la oposición contrarrevolucionaria. Esto sería una receta para el desastre. Desmoralizaría a las masas y haría el juego a la contrarrevolución. La revolución, si ha de tener éxito, sólo puede tomar una dirección: hacia adelante.

Las condiciones en las que la revolución se desarrolla diferirán de un país a otro y de un periodo a otro. Eso es obvio. Y es también

obvio que las tácticas específicas del partido revolucionario también diferirán de acuerdo con estas circunstancias. Cuestiones tales como el peso específico del proletariado en la población, sus relaciones con otras clases, la fortaleza de sus organizaciones, su experiencia, nivel cultural, tradiciones nacionales y temperamento, entran todas en la ecuación. Las condiciones para llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad en Venezuela en este momento son particularmente favorables. Hugo Chávez ha usado las elecciones para movilizar a las capas más amplias de la sociedad por el socialismo y, de ese modo, ha elevado la confianza y el espíritu de lucha, mientras desmoraliza y desorienta a las fuerzas de la reacción. Esto es muy importante, *pero sólo plantea la cuestión del poder: no la resuelve.*

Escribir una constitución progresista crea un marco legal con la intención de regular la lucha de clases, pero de ninguna manera es suficiente garantía de un final pacífico. Al contrario, tal arreglo sólo sirve para retrasar el conflicto final y para darle un carácter aún más convulso y violento, cuando éste finalmente llegue. Las expectativas de las masas se ven realizadas y concentradas, y sus aspiraciones encuentran espacios amplios donde desarrollarse. Así, en los tiempos modernos, las masas desarrollan grandes ilusiones en los representantes parlamentarios y en la posibilidad de resolver sus problemas más acuciantes acudiendo a votar en las elecciones. No obstante, las cuestiones fundamentales de la sociedad no pueden ser resueltas de esta manera. En realidad, la clase dominante sólo lo tolerará hasta el grado en que no amenace sus poderes y privilegios. Las clases propietarias no están interesadas en leyes y constituciones y no dudarán en preparar conspiraciones y golpes de estado a espaldas de las instituciones democráticas.

¿Qué se necesita para llevar la revolución hasta el final en Venezuela? Se debería hacer un llamado a los obreros, campesinos y soldados para que tomaran la tierra y las fábricas, organizaran comités democráticamente elegidos y arrestaran a los elementos contrarrevolucionarios. Es necesario aprobar una ley habilitadora que expropie la tierra, los bancos y las industrias clave, bajo el control democrático de los trabajadores. Esto sería suficiente para eliminar el poder de los terratenientes, los banqueros y los capitalistas y establecer una economía nacionalizada y planificada. El presidente debería usar la televisión para hacer un llamamiento a las masas para que apoyasen estas medidas y pasasen a la acción para vencer la resistencia de los

contrarrevolucionarios. Se debería establecer una milicia de obreros y campesinos para guardar el orden y evitar provocaciones. Se deberían introducir medidas con efecto inmediato para elevar las pensiones y los salarios, reducir la jornada de trabajo y mejorar las condiciones de vida de los pequeños campesinos y tenderos.

Tales medidas, apoyándose en el movimiento revolucionario de las masas fuera del parlamento, serían más que suficientes para asegurar una transformación pacífica con un mínimo de conflictos. Para crédito suyo, Chávez ha dado ya algunos pasos en la dirección de la nacionalización. Pero consejeros como Dieterich constantemente le urgen a parar el proceso, a no llevar a cabo más nacionalizaciones, etc., etc. Reformistas y burócratas le rodean y ejercen presión sobre él. Si estos elementos prevalecen, el resultado no será una transición pacífica, sino lo contrario.

### DE CÓMO DIETERICH 'AYUDA' A CHÁVEZ

En 1999, Dieterich, según cuenta él mismo, predijo que los militares llevarían a cabo un golpe contra Chávez, una predicción que el presidente no tomó en serio entonces. Probablemente, la razón por la que Chávez no prestó demasiada atención a esto es que Dieterich ha venido haciendo estas mismas predicciones con tediosa regularidad. Cada pocos meses predice que el presidente será derrocado o asesinado. Tales predicciones tienen el mismo valor científico que las de alguien que repitiese continuamente: “son las nueve en punto”. Seguro que acertaría al menos dos veces cada 24 horas. Sin embargo, a diferencia de la predicción en relación a la hora del día, predicciones sobre tramas contrarrevolucionarias requieren de alguna acción que las compense. La cuestión es: *¿Qué acción?*

De hecho, no se requieren grandes dotes de vidente para predecir que los contrarrevolucionarios están tramando un golpe o que en el cuartel general de la CIA les gustaría ver muerto a Chávez. Que hay una amenaza de las fuerzas contrarrevolucionarias en Venezuela es evidente y ha sido así desde el primer día. ¿Pero cómo hemos de reaccionar ante ella? ¿Tomamos medidas para desarmar a la contrarrevolución y expropiar a la oligarquía, o nos retiramos y aguamos nuestro programa para satisfacer a la oposición —en otras palabras, hacemos nosotros mismos el trabajo de la contrarrevolución—? Aquí encontraremos una diferencia fundamental entre lo que Heinz Die-

terich escribía hace 30 años y lo que escribe ahora. Es la diferencia entre alguien que está preparado para luchar y derrotar al enemigo y un tímido burgués reformista que se asusta de su propia sombra e intenta comunicar su miedo a todo el que anda a su alrededor. He aquí una prueba palpable de que el refrán “más sabe el diablo por viejo que por diablo” no es siempre cierto.

El 6 de marzo de 2005, Heinz Dieterich escribió en *Rebelión* un artículo con el título *La revolución mundial pasa por Hugo Chávez (II)*. El título del punto 3 es absolutamente “hegeliano” en carácter: *Al Socialismo del Siglo XXI, con la ayuda del Espíritu Mundial*. Dieterich comienza: “En una audaz operación de comando, Hugo Chávez estableció el 27 de febrero del 2005 su ‘cabeza de playa’ de vanguardia mundial en el campo de batalla ideológica con la burguesía, al proclamar la necesidad de ‘inventar el socialismo del siglo XXI’ y ‘seguir alejándonos del capitalismo’. Caso seguido, el Comandante consolidó la posición con dos divisiones de blindados indestructibles, cuando enfatizó que el socialismo en Venezuela sería de carácter democrático y participativo, ‘en concordancia con las ideas originales de Carlos Marx y Federico Engels’”.

Hugo Chávez fue ciertamente audaz y valiente cuando declaró al mundo que la revolución bolivariana sólo podría alcanzar sus objetivos luchando por el socialismo de acuerdo a las ideas originales de Carlos Marx y Federico Engels. Por primera vez desde la caída de la Unión Soviética un líder de rango mundial tenía el valor de hablar de socialismo y marxismo. Esto era algo que merecía el aplauso más entusiasta de los socialistas del mundo entero, y quien esto escribe así lo saludó. Sin embargo, no todo el mundo era igual de entusiasta al respecto.

Yo estaba presente en el mitin de masas de Caracas cuando el presidente declaró públicamente que él era un socialista. Los miles de trabajadores chavistas presentes se pusieron de pie y aplaudieron en ovación cerrada. Pero yo estaba sentado al lado de los ministros bolivarianos y noté que no todos aplaudieron y, otros, lo hicieron con poco entusiasmo. Evidentemente, la declaración les pilló por sorpresa. Al día siguiente los contrarrevolucionarios despoticaban enfurecidos. Era algo de esperar. Pero otros círculos de la “izquierda”, aunque aplaudieron educadamente, no estaban tampoco muy contentos con el apoyo de Chávez al socialismo revolucionario. La tinta de ese discurso no estaba aún seca sobre el papel cuando una

multitud variopinta de reformistas, socialdemócratas y revisionistas se apresuraron a “corregir” al presidente y a modificar su mensaje, añadiéndole generosas cantidades de la más cristalina agua del grifo.

Los comentarios de Dieterich citados anteriormente son un ejemplo preciso de esto. En primer lugar, no tratamos aquí de ninguna “operación de comando”, sino de un *discurso*. No había ninguna “cabeza de playa” y no estaba presente ninguna “división de blindados indestructibles”. Una vez más, el camarada Dieterich hace uso de su *retórica altisonante* y *frases r-r-r-revolucionarias* para encubrir la *esencia tímidamente reformista* de su propio mensaje. Cuando quiera que se refiera al presidente Chávez, recurre siempre a una especie de servil adulación, que no es más que un ardid con el que intenta ocultar el hecho de que en realidad está contradiciendo lo que el presidente Chávez dijo.

Éste no es el método de debate claro y honesto que encontramos en las reuniones obreras. Es el método de la argumentación tortuosa e indirecta que ha caracterizado a los seminarios universitarios desde los tiempos de los escolásticos, quienes solían discutir sobre cuántos ángeles serían capaces de bailar en la cabeza de un alfiler. Para ser más exactos, es el método de un cortesano que adula para engañar. Más adelante veremos cuál es la verdadera actitud de Dieterich hacia las auténticas operaciones de comando revolucionarias, divisiones blindadas y cabezas de playa. Por el momento, valga recordar las palabras de Lenin, cuando decía que *la palabrería y la adulación han destruido más de una revolución*.

Esperemos que tales cosas no destruyan la revolución bolivariana. Para evitar esto, es absolutamente necesario que los cuadros del Movimiento Bolivariano den la espalda a aquellos que desean aguar las ideas del socialismo y detener la revolución. Deberían realizar un cuidadoso estudio de lo que Marx, Engels, Lenin y Trotsky realmente dijeron, para comprender la auténtica naturaleza del socialismo, prescindiendo de los servicios de interpretación de Dieterich y otros como él. Como Heinz tiene una desmesurada pasión por las listas, hagamos pues una breve lista con sus argumentos centrales. ¿Cuál es el mensaje central de Dieterich? Despojado de toda retórica, es básicamente éste:

- 1) Lo que queremos no es el socialismo, tal y como fue defendido por Marx y Lenin, sino el “socialismo del siglo XXI” inventado por Heinz Dieterich.

- 2) Este socialismo es esencialmente lo mismo que “el capitalismo con rostro humano”.
- 3) Para hacer realidad tal socialismo no es necesario expropiar a la burguesía: bajo el socialismo del siglo XXI los terratenientes poseerán la tierra, los capitalistas poseerán las fábricas y los banqueros los bancos –igual que ahora–.
- 4) Por tanto, ninguna revolución es necesaria.
- 5) Consecuentemente, la revolución bolivariana ha ido ya lo suficientemente lejos (más bien, ha ido demasiado lejos) y debe detenerse antes de que provoque a la burguesía.

Así, en pocas líneas, la “cabeza de playa” se disuelve, las “divisiones de blindados indestructibles” son destruidas, los comandos están en plena retirada y el general Heinz Dieterich está demostrando su audacia revolucionaria ondeando la bandera blanca con todo el entusiasmo del mundo. ¿Qué perspectiva nos ofrece el camarada Dieterich? No ofrece ningún programa concreto para alcanzar el socialismo, ya sea en el siglo XXI o en el XXXI. *Intenta asustarnos con el espectro de la contrarrevolución y los golpes de estado, sugiriendo que no deberíamos expropiar a los capitalistas por miedo a provocarles.* Por otro lado, escribe:

“De la misma manera como el absolutismo político-económico feudal sufrió su democratización a través de los derechos democráticos formales, así ha de sufrir su democratización el absolutismo económico-político del gran capital mediante la extensión de las decisiones mayoritarias hacia todas las esferas sociales. Sin embargo, la democratización del sistema burgués es equivalente a su negación, porque su carácter predominantemente plutocrático es incompatible con la democracia real en lo político, económico, cultural y militar. La democracia real es el fin de la civilización del capital”. (Dieterich. *El Socialismo del Siglo XXI*, página 59.)

¿Qué se supone que significa esto? En su manera típicamente ahistórica, Heinz Dieterich tergiversa completamente la historia de la revolución democrático-burguesa. ¿Cómo fue “democratizado” el absolutismo feudal? Dieterich sugiere que esto se alcanzó gracias a algún tipo de proceso pacífico y gradual. Esto es totalmente falso. Los regímenes absolutos de Francia e Inglaterra fueron derrocados

por revoluciones. En ambos casos, los monarcas absolutistas fueron “democratizados” al serles separadas las cabezas de sus regios cuerpos. Si el camarada Dieterich quisiera decir que el capitalismo será “democratizado” de una forma similar a ésta, podríamos, al menos, comprenderle. Pero él no quiere decir tal cosa.

Lo que Dieterich entiende por “democratización” es, en sus propias palabras, “la extensión de las decisiones mayoritarias hacia todas las esferas sociales”. ¿A qué esferas sociales se refiere? “A lo militar, cultural, económico y político”. Esto suena muy bien, ¿pero qué significa en la práctica? ¿Cómo es posible introducir la democracia en el ejército, las escuelas y las universidades, las fabricas y el gobierno a escala local y nacional, mientras la clase dominante continúe reteniendo el poder económico y del Estado? La respuesta es clara: no es posible.

Empecemos por el ejemplo más claro: el ejército. ¿Cómo propone Dieterich democratizar el ejército? ¿Está a favor de la elección de los oficiales? ¿Está a favor de dar a los soldados todos sus derechos civiles y políticos, incluyendo el derecho a formar sindicatos e ir a la huelga? Ciertamente no, ya que esto sería “ir demasiado lejos y provocaría a la reacción”. ¿Cómo propone democratizar la economía? ¿Está a favor del control obrero en las fábricas, la abolición de los secretos empresariales y otras medidas para abolir la dictadura de los empresarios? Ciertamente no, eso sería cuestionar el Sagrado Derecho del Gerente —el equivalente en el siglo XXI del Sagrado Derecho de los Reyes—.

Lo que Heinz Dieterich quiere es mantener el capitalismo, pero haciendo desaparecer de él todas sus características opresivas y negativas. Quiere un capitalismo democrático, un capitalismo agradable o un “capitalismo con rostro humano”. En otras palabras, quiere *cuadrar el círculo*.

## EL PAPEL CONTRARREVOLUCIONARIO DE LA BURGUESÍA

Como sabemos, el camarada Dieterich es muy generoso con sus consejos. Sentado en su escritorio en el Distrito Federal de México, medita sobre todos los problemas que acechan a los pueblos de América Latina y luego entrega su veredicto con la misma gravedad con la que un juez de la corte suprema dicta sentencia. En un artículo titulado *La trampa de las Asambleas Constituyentes en América Latina* (4/12/2006) escribe:

“La teoría del derecho constitucional es esencialmente el resultado de las revoluciones burguesas de Francia, Alemania y Estados Unidos. Nació bajo el espíritu (*Zeitgeist*) de la ilustración, que propagó la ilusión de que el poder pudiera ser contenido en la razón. Fue una ilusión contra la realidad, pronto convertido en ideología. Tal como el *Code Napoléon* plasmaba los intereses de explotación de la nueva clase dominante burguesa, su Magna Carta le daba forma a sus intereses de dominación”.

“Aplicando la lógica de las ciencias militares, podemos entender a la Constitución como un objetivo final de la guerra, pero jamás como el teatro de operaciones de la guerra ni como un instrumento bélico. La Constitución siempre es el *resultado* de la lucha por el macropoder nacional, no es, ni puede ser, un *medio de conquista* del poder”.

“La Constitución es el Palacio de Versalles, donde termina la Primera Guerra Mundial y los vencedores definen el orden de postguerra. Pero, antes de firmar la Magna Carta del orden de postguerra, hay que ganar en los teatros de operaciones de *Verdun* y del frente oriental”.

El camarada Dieterich se deja llevar hasta el paroxismo en su rabia contra el pecado original del “constitucionalismo latinoamericano”. Así truena:

“Es obvio que el constitucionalismo latinoamericano, cual producto de la burguesía atlántica, es eurocéntrico, burgues-colonizador, racista y estadista, y que, como tal, tiene que ser cambiado de raíz. Teóricamente, tal tarea no presenta problema, porque tanto la crítica de la izquierda histórica, por ejemplo, de Karl Marx en el 18. Brumario, como la crítica de la derecha histórica, v.gr., del nacionalsocialista Carl Schmitt, han dejado al desnudo el carácter de clase del constitucionalismo burgués. Reconocer el cambio constitucional como elemento programático de la lucha del futuro es correcto; convertirlo en el campo de batalla política del momento, sin embargo, puede ser un grave error”.

Después de todos estos rayos y truenos revolucionarios, el lector no puede sino sentirse ligeramente aturdido. De un plumazo, nues-

tro Heinz ha mandado toda reforma constitucional y cada una de las asambleas constituyentes de América Latina al vertedero de la Historia. Denuncia la idea de que la Asamblea Constituyente puede erigirse en escenario para la lucha de clases e insiste en que el campo de batalla para la lucha de clases se encuentra en algún otro lugar. La precisa localización de este “otro lugar” es, sin embargo, todavía incierta. Todo esto es muy revolucionario, al menos suena muy revolucionario, lo que seguramente es la misma cosa. En una obra de Richard Sheridan, el autor satírico irlandés del siglo XVIII, uno de los personajes, que es adicto al juego, dice: “Nunca pierdo a las cartas, o por lo menos, nunca tengo la sensación de que estoy perdiendo —que es lo mismo—”. Para desgracia de este personaje, no era para nada la misma cosa. Y para desgracia del camarada Dieterich, *sonar* revolucionario no es lo mismo que *ser* revolucionario.

Dieterich se refiere a las constituciones establecidas por las revoluciones burguesas en Francia, Alemania y los Estados Unidos, y señala que estos documentos sólo “plasmaban los intereses de explotación de la nueva clase dominante burguesa”. Esto es bastante cierto, como Marx y Engels indicaron mucho tiempo antes de que el camarada Dieterich tuviera siquiera la oportunidad de pensar en ello. Sin embargo, la lucha por constituciones democráticas en el pasado fue una parte importante de la lucha revolucionaria contra los viejos regímenes autocráticos de Europa y tuvo un papel de lo más importante al despertar a las masas en su lucha contra el viejo orden feudal.

Esto fue cierto tanto en los Estados Unidos como en Francia, aunque no fue así en Alemania, donde la burguesía traicionó la revolución democrática en 1848-49, tal y como Marx y Engels explicaron. Éstos señalaron que la burguesía había desempeñado un papel contrarrevolucionario, que condujo a la derrota de la revolución. Eran particularmente mordaces en sus críticas a los burgueses liberales alemanes, quienes jugaron al constitucionalismo en la Asamblea de Frankfurt. De hecho, Alemania sólo logró una constitución democrática en 1918, pero no fue resultado del triunfo de una revolución democrático-burguesa, sino de la derrota de una revolución proletaria a consecuencia de la traición de la socialdemocracia alemana.

Desde entonces, la burguesía ha jugado un papel contrarrevolucionario, y esto ha conducido a la traición de la revolución democrático-burguesa en un país tras otro. Las consecuencias de esto

han sido particularmente serias en América Latina. Casi 200 años después de la muerte de El Libertador, ¿han sido las tareas de la revolución democrático-burguesa llevadas a cabo en América Latina? En la mayoría de los casos no ha sido así. ¿Cuáles son las principales tareas de la revolución democrático-burguesa? La reforma agraria, la independencia nacional, la modernización de la economía y la sociedad, la separación de la Iglesia del Estado y la introducción de una constitución democrática. ¿Se han llevado a cabo estas tareas?

En la mayoría de los casos no ha sido así o se han realizado de forma muy parcial. *El hecho de que en la primera década del siglo XXI estemos aún hablando de asambleas constituyentes en América Latina es en sí mismo una condena para la burguesía, que ha sido incapaz de llevar a cabo las principales tareas de su propia revolución.* Por todos lados la corrupta y podrida burguesía de América Latina desempeña un papel contrarrevolucionario. Las tareas de la revolución democrático-burguesa (o, por usar la más correcta expresión de Lenin, la revolución nacional democrática) sólo pueden ser realizadas por la clase obrera junto a sus aliados naturales, los campesinos pobres, los pobres de las ciudades y la pequeña burguesía revolucionaria.

Si decimos “a” hemos de decir también “b”, “c” y “d”. La clase obrera debe incluir en su programa revolucionario las tareas que no fueron realizadas por la burguesía. Esto incluye no sólo una solución revolucionaria al problema de la tierra y la independencia nacional, sino también una constitución democrática. La lucha por la Constitución Bolivariana en Venezuela ha tenido un papel importante a la hora de movilizar a las masas en su lucha contra la oligarquía. Es un arma importante en manos de los obreros y los campesinos. ¿Es esto cierto o falso, camarada Dieterich? Enfrentado a esta pregunta, el profesor se revuelve incómodo. Pronuncia unas palabras dignas de la Sibila, quien contestaba a las preguntas de los antiguos griegos en términos ambiguos e incomprensibles. Dieterich dice: “Reconocer el cambio constitucional como elemento programático de la lucha del futuro es correcto; convertirlo en el campo de batalla política del momento, sin embargo, puede ser un grave error”.

¿Qué significa esto? La idea de que deberíamos posponer la lucha por una constitución democrática para el futuro significa que no deberíamos luchar por la democracia hoy. Eso estaría bien si las reivindicaciones democráticas hubieran sido cumplidas, pero ése, como sabemos, no es en absoluto el caso en todos los países al sur del

Río Grande. El camarada Dieterich no dice que el parlamentarismo en general es inútil, pero razona en contra de convocar una Asamblea Constituyente en Bolivia. Estamos de acuerdo con él. Pero no podríamos estar en mayor desacuerdo con las razones que da, a saber, que supuestamente hay un balance de fuerzas desfavorable en Bolivia. Aún menos podemos aceptar las “soluciones” que sugiere (déficit en el gasto y convocatoria de nuevas elecciones).

Hay algo más que el camarada Dieterich ha dejado por escrito sobre Bolivia. En un artículo llamado *Evo Morales, el socialismo comunitario y el Bloque Regional del Poder*, publicado en *Rebelión* (25/12/05), Dieterich menciona una conversación con García Linera (el vicepresidente de Evo Morales), en la que explica sus ideas sobre el socialismo basado en el “capitalismo andino”. Así es como Dieterich lo entendió: “Si traducimos esta formulación a un lenguaje más preciso tenemos que decir que se trata de un modelo de desarrollismo keynesiano tercermundista, es decir, una economía de mercado con una fuerte función desarrollista y proteccionista del Estado, dentro de una superestructura política burguesa en un entorno de destrucción socio-económica neocolonial abismal”.

Para retraducir el “lenguaje más preciso” de Dieterich a algo comprensible, el socialismo de García Linera *no es para nada socialismo, sino capitalismo con reformas*. Dieterich pasa luego a argumentar que esto es muy positivo y que no debería esperarse nada más de Evo Morales y el MAS: “En tales condiciones sería descabellado esperar o pedir que el MAS se convierta en vanguardia socialista que arrastre a América Latina hacia el postcapitalismo”.

¿Cuál es la razón para esto? Que toda América Latina (con la excepción de Cuba), nos dice, es capitalista: “Lo que no hay es una economía socialista, ni una superestructura socialista, ni la ‘voluntad socialista’ de Lula, Kirchner, Tabaré y Duarte, ni movimientos de masas ni estructuras socialistas”. La lógica del camarada Dieterich es fácil de ver: sería estúpido que el MAS en Bolivia se moviera en dirección al socialismo, porque no hay ningún otro país en América Latina donde exista el socialismo. Si seguimos esta lógica, *entonces nunca habrá una situación en la que sea correcto moverse hacia el socialismo*.

¿Qué hubiera pasado si Bolívar, San Martín, Sucre y los otros libertadores hubieran seguido tal lógica? Nunca hubieran intentado comenzar la lucha por la independencia. Podríamos oír a Dieterich en 1800: “No hay países independientes en la Patria Grande, en tal

situación sería descabellado esperar o pedir que Bolívar se convierta en la vanguardia independentista que arrastre América Latina hacia el poscolonialismo”. Entonces, ¿qué, según Dieterich, es el socialismo hoy en América Latina? “El concepto del socialismo latinoamericano hoy día, con las sendas excepciones de Venezuela y Cuba, es una idea evolutiva que proporciona el horizonte estratégico de las luchas de masas y de los líderes progresistas de la Patria Grande”. ¡Ah, el socialismo es algo en el horizonte, que algún día en un futuro lejano y distante habrá de alcanzarse a través de la evolución!

### LA BURGUESÍA Y LA DEMOCRACIA

Dieterich da por supuesto que la burguesía siempre prefiere las dictaduras, pero esto no es siempre así. Las formas con las que la clase dominante ejerce su gobierno pueden cambiar muy fácilmente, dependiendo de las circunstancias. De hecho, uno de los rasgos de la presente situación en el mundo colonial es el cambio efectuado por el imperialismo, que ha pasado de apoyar dictaduras militares a respaldar “gobiernos democráticos” allí donde ha sido posible. En el último periodo, Washington ha retirado su apoyo a títeres en quienes se había apoyado en el pasado (Papa Doc, Mobutu, Noriega, Fujimori, Saddam Hussein, etc.).

Las dos razones principales para este cambio son, de un lado, el hecho de que el estalinismo ya no supone amenaza alguna y, por consiguiente, bajo la presión de las masas, los imperialistas se pueden permitir conceder una democracia formal, en tanto en cuanto no amenace sus intereses estratégicos y económicos. Por otro lado, los gobiernos dictatoriales tienden a adquirir una dinámica propia. Las dictaduras crean un aparato burocrático caro y grande, los propios dictadores tienen cierta tendencia al nepotismo y al lujo, lo que acaba devorando una parte importante del pastel que las compañías multinacionales son capaces de extraer de estos países. Algunos incluso se permiten el lujo de enfrentarse a sus amos y causan problemas a los americanos. Este fue el caso de Noriega en Panamá y de Saddam Hussein en Irak, por nombrar sólo a un par de ellos.

Mientras la presión del movimiento de masas no amenace la existencia del sistema capitalista, la democracia es el medio más económico de gobierno desde un punto de vista capitalista. En cualquier caso, las decisiones más importantes seguirán tomándose en Was-

hington, París y Londres. El hecho de que, por ahora, el imperialismo prefiera el gobierno “democrático” no significa que siempre sea capaz de lograrlo, o que no pueda dar marcha atrás y apoyar regímenes dictatoriales si le resulta conveniente hacerlo. Si el golpe de abril de 2002 en Venezuela hubiera tenido éxito, ¿acaso alguien duda de que la burguesía hubiera introducido una feroz dictadura para “dar una lección a las masas” o que Washington hubiera apoyado tal régimen?

El ultimísimo “love affair” entre el imperialismo y la democracia durará sólo mientras la democracia formal sea capaz de garantizar su dominación económica. De todas formas, ¿qué tipo de democracia es ésta? Como mucho, la podemos considerar una semidemocracia, un fraude y una hoja de parra para cubrir el dominio de los bancos, los monopolios y el imperialismo. Y tan pronto como la clase obrera y el campesinado presenten un serio desafío al gobierno del capitalismo, recurrirán de nuevo, sin la menor indecisión, a los mismos viejos métodos de las despiadadas dictaduras.

En América Latina, la mayoría de los regímenes dictatoriales cayeron, y tenemos ahora democracias burguesas “normales” en casi la totalidad del continente. Pero para la burguesía y el imperialismo hay sólo un paso entre la democracia formal (la dictadura del Capital disfrazada) y una dictadura abierta. En tanto en cuanto la clase dominante de estos países no se oponga a los intereses de las grandes transnacionales, tendrán todo el apoyo del imperialismo norteamericano. No dudarán en dar ese paso cuando las condiciones lo exijan. Sólo recurrirán a esto, cuando el movimiento de la clase obrera amenace de manera fundamental el dominio del capital, como en el caso de Venezuela. Pero Venezuela también muestra el problema al que se enfrentarán. Por el momento, no sólo en Venezuela, sino en toda América Latina, el péndulo está batiendo hacia la izquierda. En el último periodo hemos presenciado movimientos gigantescos de la clase trabajadora. Huelgas, huelgas generales e insurrecciones regionales han tenido lugar en Bolivia. En Ecuador y Perú el movimiento revolucionario está creciendo y ganando fuerza día tras día.

En único problema es la ausencia de una alternativa política clara en forma de partido revolucionario marxista, capaz de ofrecer una expresión organizada a las aspiraciones revolucionarias de las masas. Un confuso hablar sobre la lucha por la democracia y la justicia social no ayuda a que el movimiento de las masas se alce a la altura de las

tareas que la Historia le impone. Sólo un programa revolucionario y socialista puede señalar el camino hacia la victoria. Por supuesto, la clase obrera debe luchar por las reivindicaciones democráticas. *Pero debe hacerlo con sus propios métodos, bajo su propia e independiente bandera de clase, y las verá como parte de la lucha para derrocar a la oligarquía y tomar el poder en sus propias manos.*

Pero formular la cuestión como Dieterich lo hace –posponer la lucha por las reivindicaciones democráticas “para el futuro”– es completamente erróneo y (como todas sus otras posiciones) tendería a desmovilizar al movimiento de masas, haciendo que éste se entregase a la burguesía en bandeja de plata. No hace falta decir que, desde un punto de vista marxista, la lucha por los derechos democráticos está en general subordinada a la lucha por el socialismo. Pero de esa correcta afirmación al argumento de que la clase obrera debe abstenerse de la lucha por una constitución democrática, o debe posponerla para un futuro remoto, hay un abismo insalvable que nada tiene que ver con el marxismo o la revolución.

He aquí lo que Lenin tenía que decir sobre la lucha por las reivindicaciones democráticas y la relación de ésta y la lucha revolucionaria por el socialismo: “Debemos *combinar* la lucha revolucionaria contra el capitalismo con un programa y tácticas revolucionarias para el conjunto de las reivindicaciones democráticas: república, milicia, elección de los funcionarios por el pueblo, igualdad jurídica de la mujer, derecho de las naciones a la autodeterminación, etc. Mientras exista el capitalismo, todas estas reivindicaciones sólo pueden realizarse como excepción y, además, de un modo incompleto y desvirtuado. Apoyándonos en las realizaciones democráticas ya conquistadas y denunciando su carácter incompleto en el régimen capitalista, exigimos el derrocamiento del capitalismo, la expropiación de la burguesía, como base indispensable para acabar con la miseria de las masas y también realizar *completa e íntegramente* todas las transformaciones democráticas. Algunas de estas transformaciones serán iniciadas antes del derrocamiento de la burguesía, otras *en el* curso de su derrocamiento y otras después de dicho derrocamiento.

“La revolución social no una batalla única, sino una época que comprende toda una serie de batallas por transformaciones económicas y democráticas en todos los órdenes, batallas que sólo pueden culminar con la expropiación de la burguesía. Justamente en nombre de este

objetivo final, debemos formular en términos rigurosamente revolucionarios *cada una* de nuestras reivindicaciones democráticas. Bien se puede concebir que los obreros de un país determinado derroquen a la burguesía *antes* de que se realice íntegramente siquiera sea una de las transformaciones democráticas esenciales. Pero es absolutamente inconcebible<sup>3</sup> que el proletariado, como una clase histórica, pueda vencer a la burguesía sin estar preparado para ello por una educación en el espíritu democrático más consecuencia y más enérgicamente revolucionario”. (Lenin. *El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación*. Obras Completas. Vol. 27. Moscú. Editorial Progreso. 1981. p. 65-66. El subrayado en el original).

### ‘EL MINIPODER LOCAL’

El marxismo no es anarquismo. Los marxistas no han renunciado nunca a la lucha parlamentaria o a la lucha por los derechos democráticos. Pero entendemos muy bien los límites de la legalidad burguesa y el parlamentarismo. Ése es otro asunto. Si lo que Dieterich quiere decir es que es imposible resolver los problemas fundamentales de la sociedad por medios parlamentarios, eso sería correcto. Pero no es eso lo que Dieterich dice. Veamos de nuevo lo que escribe: “Aplicando la lógica de las ciencias militares, podemos entender a la Constitución como un objetivo final de la guerra, pero jamás como el teatro de operaciones de la guerra ni como un instrumento bélico. La Constitución siempre es el *resultado* de la lucha por el macropoder nacional, no es, ni puede ser, un *medio de conquista* del poder”.

“La Constitución es el Palacio de Versailles, donde termina la Primera Guerra Mundial y los vencedores definen el orden de postguerra. Pero, antes de firmar la Magna Carta del orden de postguerra, hay que ganar en los teatros de operaciones de *Verdun* y del frente oriental”. (Dieterich, *La trampa de las Asambleas Constituyentes en América Latina*, en *Rebelión*, 4/12/2006.)

A pesar de todo el vocerío y la retórica acerca de campos de batalla, la guerra y la conquista del poder, vemos que las intenciones reales del profesor Dieterich son mucho más limitadas. Pero antes de que lidiemos con estas intenciones, no podemos pasar por alto un

par de pequeños detalles de naturaleza terminológica. Dieterich se refiere aquí a “la lucha por el macropoder nacional”. No encontramos el término macropoder en el diccionario de la Real Academia. Ha sido especialmente inventado por el camarada Dieterich, quien, no satisfecho con revisar el marxismo, está también empecinado en revisar la lengua de Cervantes.

¿Qué es la “lucha por el macropoder nacional”? Debe ser algo diferente de la lucha por el “minipoder local”, el amado concepto del ejército de semianarquistas, semireformistas exmarxistas que ha descendido recientemente sobre América Latina, como una verdadera plaga de langostas hambrientas. Con todo el fervor de un converso reciente, los misioneros de la Nueva Izquierda predicán al pagano el evangelio del socialismo no estatal. Siguiendo los pasos de Toni Negri y otros, intentan disuadir a los trabajadores de que tomen el poder del Estado, defendiendo, en vez de ello, todo tipo de iniciativas locales, políticas comunitarias y cooperativas.

Este tipo de política tiene el extraordinario mérito de sugerir que es posible construir un nuevo tipo de sociedad, aboliendo para siempre la explotación del hombre por el hombre (sin mencionar la de la mujer por la mujer) sin desafiar al Estado o al dominio de los grandes bancos y monopolios. Esto puede lograrse, dicen, simplemente ignorando el Estado y construyendo todo tipo de cosas que circunvalan y evitan por completo el mercado. Así, dicen, el socialismo puede alcanzarse sin necesidad de una revolución, sin que a las señoras burguesas se les desarregle el peinado, y todos viviremos felices y comeremos perdices por toda la eternidad. Esto es lo que la lucha por el “minipoder local” significa.

Vemos aquí que las “nuevas y originales” formulaciones de Dieterich son sólo los restos recalentados de la cena de ayer, principalmente de escritores premarxistas que expresaron estas mismas ideas con mucha mayor claridad que él. No hay absolutamente nada nuevo en estas ideas raídas, que han sido copiadas palabra por palabra de los viejos textos premarxistas de Proudhon, Saint-Simon y Robert Owen. La única diferencia es que cuando estos grandes pioneros del socialismo escribieron por primera vez sus obras socialistas utópicas, éstas eran originales e imaginativas, mientras que nuestros utópicos del siglo XXI son unos simples plagiadores —y unos muy torpes—.

A principios del siglo XIX, cuando el proletariado no se había

desarrollado todavía como una poderosa fuerza independiente, los socialistas utópicos, representaron un papel de lo más progresista, a pesar de lo deficiente de sus puntos de vista, cuya naturaleza inmadura reflejaba el estado embrionario del proletariado. Pero intentar arrastrarnos ahora de vuelta a ese mismo estado embrionario, después de los colosales descubrimientos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, después de la experiencia de la Revolución Rusa y de los titánicos acontecimientos de los últimos 100 años, es totalmente reaccionario.

Los intelectuales de la llamada Nueva Izquierda —las gentes bien-intencionadas y completamente inofensivas de *Le Monde Diplomatique*, Attac, el Foro Social Mundial, etc.— se imaginan que son radicales, pero en realidad están profundamente enraizados en el capitalismo. Quizás sea esa la razón por la que las facturas del Foro Social Mundial son pagadas por instituciones capitalistas como la Fundación Ford. Es una inversión bastante buena, ya que ayuda a distraer la atención de las masas hacia interminables debates, en los que nunca se decide nada. Este tipo de cosa es mucho peor que un parlamento burgués, donde de forma ocasional se deciden algunas cosas e incluso se aprueban algunas leyes que benefician a la clase trabajadora. Por contra, el tipo de “miniparlamentos” que representan el Foro Social Mundial, las ONGs y demás, no deciden nada de nada y, aún así, dan la impresión de que en sus reuniones y asambleas se toman decisiones importantes. Y se crea la opinión de que son un sustituto de la acción revolucionaria “a nivel de base”, que están “más cercanos” al pueblo, etc., etc.

Justamente este tipo de vacua demagogia y de gestos de cara a la galería son los que Marcos y los zapatistas han venido exhibiendo durante años en México. Han intentado establecer un “minipoder local”, junto con una “economía de equivalencias”. Exigen autonomía para Chiapas. Pretenden así sustituir la lucha revolucionaria por el poder, y esto no es más que una trampa para los campesinos oprimidos de Chiapas. Si el pueblo de Chiapas obtuviera la autonomía mañana, ¿qué resolvería esto? ¿Resolvería los problemas más apremiantes de las masas? ¿Resolvería la pobreza, el desempleo, el problema de los campesinos sin tierra? No, no lo haría. Los obreros y campesinos de Chiapas vivirían en un gueto, una especie de Bantustán, aislados de las fuentes de riqueza y de poder y totalmente dependientes de las burguesías mexicana y estadounidense. Esta-

rían incluso peor de lo que están hoy. La naturaleza utópica y reaccionaria del “minipoder local” zapatista se reveló manifiestamente durante la crisis revolucionaria que conmovió al Estado burgués en México en 2006.

En México la revolución democrático-burguesa fue llevada a cabo hace ya mucho tiempo. La burguesía mexicana ha tenido casi un siglo para demostrar lo que es capaz de hacer. El resultado ha sido un completo desastre para el pueblo mexicano. El programa del EZLN no es socialista en absoluto, sino, como mucho, un programa democrático burgués, pero incluso sus modestas reivindicaciones no pueden ser logradas dentro de los límites del capitalismo. Esto es una confirmación de la teoría de la revolución permanente. Los líderes del EZLN no tienen un programa que pueda atraer a la clase obrera y sus esfuerzos para extender su campo de influencia más allá de su base campesina se han orientado principalmente a los intelectuales pequeño burgueses y las clases medias de las ciudades. Debemos recordar que en el México de hoy, el 70 por ciento de la población vive en áreas urbanas. La clave de la revolución en México, y en el resto de América Latina, se encuentra, no con el campesinado, sino en los millones de personas que forman la base del movimiento obrero.

En teoría, en México hay un régimen democrático, pero en la práctica la oligarquía niega al pueblo sus derechos democráticos. Esto fue lo que presenciamos en las últimas elecciones, cuando López Obrador fue derrotado fraudulentamente. ¿Era correcto luchar contra el fraude electoral en México? Por supuesto, lo era. El no haber alzado a las masas en la lucha contra el fraude —es decir, en la afirmación de sus derechos democráticos— hubiera sido una rendición miserable. Todo el mundo en México sabe que López Obrador ganó las elecciones y que Calderón no ha sido elegido democráticamente. Los obreros y campesinos querían deshacerse del gobierno reaccionario de Vicente Fox y el PAN, y marcharon detrás de López Obrador y el PRD. La reacción de la clase dominante mexicana, en obvio acuerdo con Washington, fue intentar evitar la candidatura de López Obrador. La razón por la que Bush estaba decidido a detener la victoria de López Obrador es que temía un nuevo Chávez a las puertas de su casa.

El 31 de julio de 2006, tres millones de personas se lanzaron a la calle exigiendo que se reconociera al candidato del PRD, López

Obrador. En Oaxaca hubo una insurrección que duró meses, incluyendo la formación de un soviet (la APPO o Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca), una milicia popular y la toma de la televisión. La insurrección oaxaqueña fue aplastada por la fuerza, con cientos de personas arrestadas y un número desconocido de asesinados por las fuerzas de seguridad. No hubo, por supuesto, ni una sola palabra sobre todo esto en nuestra “prensa libre”, que sólo comienza a gritar “dictadura” cuando los intereses de los ricos se encuentran amenazados. Las limitaciones del movimiento zapatista fueron claramente desenmascaradas en el curso de este movimiento revolucionario que sacudió México hasta sus cimientos.

Heinz Dieterich vive en México. Y es un gran admirador de los zapatistas (el EZLN y el subcomandante Marcos). Sin embargo, parece que últimamente ha cambiado de opinión. En una entrevista en la revista *Mariátegui* (15/08/06) leemos este interesante diálogo:

“¿Por qué afirma que el Sub Comandante Marcos trabaja para la derecha mexicana?”

“Porque Marcos cuando salió de Chiapas e hizo la llamada Otra Campaña, protegido por una escolta de la Policía Federal, decía que no había que votar, que los movimientos sociales no deberían votar por ninguno de los tres partidos políticos en contienda. Una llamada al abstencionismo obviamente favorecía a la derecha, si hubiera llamado a votar por López Obrador, que es el candidato del pueblo, quizá hubiésemos ganado. Es decir, él ha hecho el trabajo de la derecha”.

Por una vez estamos de acuerdo con Heinz Dieterich. Los marxistas siempre toman como punto de partida el auténtico movimiento de las masas en su lucha por las reivindicaciones más urgentes e inmediatas. Participamos en el movimiento de las masas, luchando en primera línea, pero al mismo tiempo explicamos a los elementos más avanzados que es necesario ir más allá, transformar la lucha en un asalto total contra el sistema capitalista. En México, millones de trabajadores y campesinos salieron a la calle para protestar contra el fraude electoral. Las masas buscaban un cambio y votaron por López Obrador. Los zapatistas y todos los grupos ultraizquierdistas y pseudomarxistas de México se negaron a apoyar al PRD. Cuando las masas tomaron las calles de la ciudad de México, ¿qué posición

tomaron los zapatistas? Apoyaron a la llamada Otra Campaña, es decir, en la práctica, actuaron para el beneficio de Fox y el PAN. Esto les desacreditó ante los millones de mexicanos de a pie, obreros y campesinos. Éste es un buen ejemplo de cómo no deberían actuar los revolucionarios.

### LA LUCHA PARLAMENTARIA

Para retornar por un momento “la lucha por el macropoder nacional” (la terminología dieterichiana para referirse a la lucha por el poder del Estado), debemos preguntar primero en qué consiste esta lucha. Dado que el profesor Dieterich ha denunciado el constitucionalismo burgués en términos tan despreciativos, debemos asumir que defiende la lucha de las masas fuera del parlamento, la lucha de clases en su forma más pura, la lucha para derrocar al parlamento burgués y reemplazarlo por el gobierno del proletariado. Seguramente, un mensaje revolucionario tan serio como el de Dieterich no puede interpretarse de ninguna otra forma. Pues, no exactamente... Así lo explica él: “Todo partido o movimiento latinoamericano que gana las elecciones sobre la base de un programa desarrollista y bolivariano, tiene que escoger el centro de gravedad de su política de transformación. El objetivo de escoger este *centrum gravitatis* es la consolidación y ampliación del poder propio, a costo del poder de las fuerzas oligárquico-imperiales”. (Dieterich. *La trampa de las asambleas constituyentes en la revolución latinoamericana*; en *Rebelión*, 4/12/2006.)

Nadie comprende muy bien qué significa “escoger el centro de gravedad de su política de transformación”. Para intentar ayudarnos, Heinz traduce la frase al latín, donde pasa a ser el *centrum gravitatis*, pero esto no nos hace avanzar en lo más mínimo, ya que ideas enlodadas no mejoran ni traducidas al chino mandarín. En tanto en cuanto sea posible traducir el anterior pasaje a un lenguaje medianamente inteligible, éste vendría a decir: *si ganas una elección, debes intentar decidir la mejor manera de ganar la siguiente elección*. Éste es un buen consejo al que cualquier político del mundo no podría sino decir *amén*. No parece, sin embargo, que añada nada nuevo a la suma total del conocimiento humano, incluso si lo expresamos en latín. Habiendo elegido su camino, el camarada Dieterich continúa marchando por él con fervorosa determinación:

“La determinación de este centro de gravitación política del nuevo gobierno es una función de los centros de gravitación del enemigo, es decir, de los puntos, donde el enemigo concentra su mayor cantidad de masa. Habiendo entendido correctamente la correlación de fuerzas, su naturaleza y su ubicación en espacio y tiempo, entre el gobierno transformador y la Derecha, el gobierno tiene que determinar, si está obligado: a) a una defensa estratégica o si puede pasar de inmediato a una ofensiva estratégica, y, b) si decide atacar, con qué fuerzas y contra qué centro de gravitación del enemigo. Recordamos que la relación entre defensiva y ofensiva es, por supuesto, dialéctica”. (Ibíd.)

¡Esto, “por supuesto”, no tiene precio! Tras perderse (y perder a sus lectores) en una masa de prosa informe, el camarada Dieterich no está completamente seguro de dónde ha ido a parar, pero sí está seguro (por supuesto) de que por algún sitio ha salido. Cualquiera sabe lo que significa esta palabrería. Intentemos una vez más traducirlo al lenguaje de los mortales comunes: *una vez elegido, el gobierno debe comprender lo que puede y no puede hacer*. ¡Qué profundidad! ¡Qué comprensión del arte político y la estrategia militar! ¿Cuál es la verdadera correlación de fuerzas y cuáles son esos puntos de gravedad de las fuerzas de la reacción? El camarada Dieterich nos ilumina:

“Los puntos de mayor concentración de masa, y por lo tanto, de mayor poder y peligro, de la burguesía derrotada *electoralmente*, son: sus Fuerzas Armadas; sus medios de comunicación nacionales; sus grandes capitales; la jerarquía eclesiástica; la superestructura jurídica, particularmente las corruptas y reaccionarias Cortes Supremas; la superestructura legislativa y sectores del ejecutivo civil; el control ideológico de determinadas clases sociales; los medios de comunicación internacionales; las corporaciones transnacionales, y los intereses del imperialismo estadounidense y europeo”. (Ibíd.)

El camarada Dieterich ha hecho que todos sus lectores tiemblen como gallinas aterrorizadas. Ante tal ristra de feroces enemigos, qué nos queda por hacer, sino izar la bandera blanca y rogar clemencia. Particularmente, cuando el camarada Dieterich insiste que no es lo mismo “que haya ganado con el 75% de los votos, con dos tercios,

con la mayoría absoluta (51%) o con una mayoría relativa —y estos centros de gravitación del enemigo, determinan el campo de batalla y la forma de guerra que tienen que escoger los nuevos gobernantes, si no quieren ser derrotados a mediano plazo—”.

Es cierto que la lucha de clases nunca puede decidirse por la aritmética parlamentaria. La clase dominante no se deja impresionar por esas cosas. En general, los terratenientes y los capitalistas (y también los imperialistas) prefieren una democracia burguesa formal, porque es la forma más económica y eficaz de expresar su dominio de clase. Pero la burguesía sólo respeta las leyes de la democracia en tanto en cuanto su poder y privilegios no se encuentren amenazados. En el momento en que esto ocurra, la sonriente máscara democrática cae, y se recurrirá a conspiraciones y golpes de estado para derrocar al gobierno democráticamente elegido.

Sí, todo esto es perfectamente verdad y se confirma en las experiencias recientes de Bolivia y Venezuela. Pero, ¿es cierto decir que los resultados de las elecciones son un asunto que merece indiferencia, que no nos dicen nada sobre la auténtica correlación de fuerzas de clase? No, no lo es en absoluto. Lenin, que no era para nada un cretino parlamentario, prestaba mucha atención a las estadísticas parlamentarias (y a cualquier otro tipo de estadísticas que pudieran arrojar alguna luz sobre la correlación de fuerzas de clase). Es cierto que los resultados de una elección sólo nos ofrecen una instantánea del estado de ánimo de las masas en un momento particular y que esto puede cambiar y no agota la cuestión sobre la relación entre las clases. Pero, dentro de estos límites, las estadísticas electorales pueden decirnos mucho sobre el estado de la lucha de clases.

La lucha electoral puede tener un papel importante en la lucha de clases. En el caso de Venezuela, sirvió para movilizar, unir y galvanizar a las masas tras la derrota del caracazo y el fracaso del levantamiento militar de 1992. Las masas marcharon detrás de Chávez e infligieron una derrota tras otra a la oligarquía y al imperialismo. Con cada derrota electoral, las fuerzas de la reacción fueron debilitadas, desorientadas y desmoralizadas, mientras que el pueblo se vio animado y fortalecido. Un punto de inflexión decisivo fue la derrota de la contrarrevolución en el referéndum revocatorio de 2004. Esto desmoralizó a las fuerzas contrarrevolucionarias, que habían sido derrotadas en otras dos ocasiones previamente: en abril de 2002, durante el golpe, y durante el cierre patronal que siguió. En general, la

pequeña burguesía tiene un carácter inestable y se desanima con facilidad. Carece de la energía del proletariado. Necesita ir de éxito en éxito, y los fracasos le afectan gravemente. Ante la grandiosa victoria electoral de los chapistas, la oposición se desmoralizó por completo y se convenció de que nada más se podía hacer, de que Chávez era invencible. Por el contrario, las masas sintieron su propio poder y, como resultado de ello, salieron reforzadas.

Ésa era la situación hasta diciembre de 2007, cuando el Movimiento Bolivariano sufrió su primer revés electoral con la derrota del Referéndum Constitucional. ¿Cuál fue la razón de esta derrota? ¿Estaban protestando las masas porque la revolución había ido demasiado lejos, demasiado rápido? ¿O era una expresión de la “correlación de fuerzas desfavorable”, como mantiene Dieterich? No, no era nada de esto. Era una advertencia a la dirección bolivariana de que las masas están cansándose de discursos interminables, desfiles y referéndums que no resuelven nada. En diciembre de 2006 las masas votaron abrumadoramente por un cambio, pero no ha habido ningún cambio fundamental. Esto fue una protesta por el lento ritmo de la revolución. Es decir, era una protesta contra la política de los reformistas que están siguiendo la línea de Heinz Dieterich. Esto está poniendo en peligro la revolución bolivariana.

### LA EXPERIENCIA BOLIVIANA

En Bolivia, en al menos dos ocasiones en los dos últimos años, existían las condiciones objetivas para que la clase trabajadora tomara el poder. La clase obrera de Bolivia manifestó una energía, valor e iniciativa colosales. Derrocaron en dos ocasiones al gobierno, no a través de elecciones, sino a través de la acción directa de las masas. En la segunda ocasión, entre mayo y junio de 2005, advertí que, si los líderes de la COB no tomaban el poder, se perdería la iniciativa, descarrilando todo el movimiento, que tendría luego que pasar por la escuela del parlamentarismo burgués. La evidencia posteriormente demostró cuán correcta era esta posición. ¿Qué tiene que decir el camarada Dieterich sobre los acontecimientos en Bolivia? Critica la idea de la Asamblea Constituyente. Quien escribe estas líneas también la criticó, pero desde un punto de vista completamente diferente. En política, no sólo importa lo que se dice, sino quién lo dice y con qué propósito. Critiqué la idea de la Asamblea Constituyente,

porque no iba lo suficientemente lejos, mientras que el camarada Dieterich la critica por ir demasiado lejos.

Critiqué la idea de la Asamblea Constituyente, porque la correlación de fuerzas en aquel momento era más que suficiente para que la clase obrera tomara el poder, mientras que el camarada Dieterich piensa que la correlación de fuerzas entre las clases es tan desfavorable que ni siquiera permite la convocatoria de una Asamblea Constituyente, y que un “paso tan atrevido” sólo conseguirá la enemistad de los reaccionarios, conduciendo al desastre. ¿Es cierto que la clase obrera podía haber tomado el poder en Bolivia? Sí, es totalmente cierto, y este hecho fue reconocido por uno de los líderes de la COB, Jaime Solares, quien en una declaración pública afirmó que “la razón por la que no tomamos el poder es porque no tenemos un partido revolucionario”. Este hecho es obvio en Bolivia para cualquier trabajador con una cabeza sobre los hombros, pero no es tan obvio para Heinz Dieterich, obsesionado como está con el poder del Estado burgués y del imperialismo y la supuesta debilidad de la clase obrera. De hecho, existe una debilidad, pero ésta no es por parte de los obreros y campesinos de Bolivia, quienes han hecho todo lo posible para transformar la sociedad. *La debilidad es por parte de la dirección.*

Según Dieterich, la clase obrera de Bolivia es demasiado débil incluso para lograr una Asamblea Constituyente, no hablemos ya de conquistar el poder. Además, a los imperialistas no les gustaría. De hecho, fueron precisamente los imperialistas quienes apoyaron la idea de una Asamblea Constituyente para Bolivia, cuando vieron el peligro de que el poder se escapara de entre las manos de la impotente burguesía boliviana. El Banco Mundial salió a favor de la Asamblea Constituyente de forma pública. ¿Por qué lo hicieron? ¿Actuaron movidos por algún sentimiento caritativo hacia el pueblo de Bolivia? En ese caso, ¿por qué no lo defendieron antes? No, no fue un acto inspirado por la caridad (una emoción que no está normalmente asociada con el Banco Mundial), sino por el miedo.

Muy a menudo ocurre que los estrategas del capitalismo llegan a las mismas conclusiones que los marxistas. Los más devotos defensores del imperialismo tienen una comprensión de la revolución mucho mejor que la de nuestro esforzado académico en México. Washington comprendió muy bien la auténtica correlación de fuerzas de clase. Vieron que las masas estaban moviéndose hacia la toma

del poder, y que la podrida y corrupta burguesía boliviana era incapaz de controlar la situación. Bajo tales circunstancias, los imperialistas hicieron lo que siempre hacen: pasar de la bota derecha a la bota izquierda y entregar el poder a los reformistas.

La clase dominante, cuando se enfrenta a la posibilidad de perderlo todo, estará siempre dispuesta a hacer concesiones. No tuvieron otra opción que convocar elecciones. Desafortunadamente, los líderes de la COB boicotearon las elecciones, que, a pesar de ello, Evo Morales ganó con una gran mayoría. Esto fue un duro golpe contra los partidos de la oligarquía. Naturalmente, los imperialistas y la oligarquía no tenían intención alguna de permitir que esto continuara. Rápidamente pasaron a la ofensiva, uniendo a las fuerzas de la contrarrevolución bajo la bandera de la “autonomía”, es decir, la división del cuerpo vivo de Bolivia. Los obreros y campesinos se movilizaron contra la contrarrevolución y salieron a la calle. ¿Qué conclusiones saca nuestro amigo Dieterich de todo esto?

“La lucha por una nueva Constitución, iniciada con fuerzas que no tengan una clara superioridad sobre las del enemigo, es decir, con fuerzas que no garantizan su derrota, se convierte en un error político estratégico”. (Heinz Dieterich. *La trampa de las asambleas constituyentes en la revolución latinoamericana.*)

Una vez más Dieterich se coloca la gorra de estratega militar. Gravemente nos advierte de que no debemos comenzar una batalla a menos que tengamos “una clara superioridad sobre las [tropas] del enemigo, es decir, con fuerzas que no *garantizan su derrota*” (El subrayado es mío.) En cualquier guerra un buen comandante evitará entrar en combate allí donde es probable que sea derrotado. Ese es un lugar común tan profundo como todos los otros lugares comunes en los que nuestro sabio profesor es un consumado especialista. ¡Pero esperemos un minuto! Una cosa es evitar la batalla cuando el enemigo disfruta de una clara superioridad, y otra muy diferente es exigir una garantía de victoria como condición previa al combate. Cuando compramos un televisor, podemos pedir que nos den una garantía, y nos darán una la mar de decente, válida por doce meses, partes y mano de obra incluida. Lamentablemente, en la guerra no encontramos garantía alguna, y el resultado de cada batalla se forja en la propia lucha. Si uno pudiera poseer tal tipo de garantía, enton-

ces el camarada Dieterich sería un general con talentos mayores a los de Napoleón, Cromwell y Alejandro Magno juntos. Pero como no se puede, Dieterich no los tiene.

Un general que evita la batalla porque piensa que las condiciones no son favorables puede, o no, ser un buen general. Un general que se niega a plantear batalla a menos que tenga garantías de éxito por escrito es un cobarde y un charlatán. Imaginemos que en 1812 Dieterich hubiera estado al cargo de los ejércitos revolucionarios en vez de Bolívar. ¿Qué habría dicho? “Nuestras fuerzas son muy pequeñas y nuestro enemigo nos supera ampliamente. Además, tiene el apoyo de un poderoso imperio, un montón de dinero y el respaldo de la Iglesia Católica Apostólica Romana. ¡No! No podemos seguir adelante, a menos que obtengamos una garantía de victoria”. Las fuerzas revolucionarias se habrían dispersado antes de disparar un solo tiro, y los pueblos de América Latina estarían aún viviendo bajo el yugo español. Afortunadamente, el Libertador estaba hecho de una pasta diferente a la de nuestro amigo de México.

El camarada Dieterich argumenta que “tener una nueva Constitución sin tener una abrumadora superioridad de fuerzas reales, no tiene importancia alguna” porque “ninguna clase dominante o dirigente en el mundo, sea feudal, burguesa o socialista real, actúa conforme a la Constitución cuando esto no convenga a sus intereses. Creer, que la Constitución determina la realpolitik de un gobierno o que se pueda lograr esto en una sociedad de clases, es simplemente ilusorio, aunque sea éticamente deseable”. (Ibíd.)

Nuestro amigo alcanza aquí cimas jamás conquistadas de la casuística jesuita. Que la clase dominante sólo aceptará las reglas de la democracia formal en tanto en cuanto su poder y privilegios estén garantizados, es algo que los marxistas saben muy bien. Pero de esta proposición ¿se sigue acaso que hemos de ser indiferentes a la forma de gobierno de la sociedad de clases? Ésa es una formulación estúpida que nada tiene que ver con el marxismo, que afirma que la clase trabajadora debe siempre luchar por alcanzar la forma más avanzada de democracia burguesa. Esto es elemental, pero no agota la cuestión. El hecho de que los trabajadores deban luchar por las reivindicaciones democráticas más avanzadas no viene dictado por ilusiones en la democracia burguesa formal, que es sólo una versión camuflada de la dictadura de la burguesía. La clase trabajadora está interesada en la democracia, porque necesita el campo de acción

más amplio y libre, sobre el que desarrollar la lucha de clases y luchar por el socialismo. Que sea “éticamente deseable” no viene al caso. Quien no entienda esta proposición elemental, no ha comprendido el abecé del marxismo y la lucha de clases.

La Asamblea Constituyente ha resultado ser una trampa para las masas de Bolivia. La oligarquía, respaldada por el imperialismo, la ha usado para construir un bastión contra la revolución. Están haciendo uso de la regla de dos tercios en la votación para bloquear toda legislación progresista y sabotear el gobierno de Evo Morales, mientras simultáneamente movilizan a las fuerzas contrarrevolucionarias en las calles. ¿Qué otra cosa podría esperarse? Es estúpido imaginar que incluso la constitución e instituciones parlamentarias más democráticas de la Tierra puedan resolver las contradicciones fundamentales de la sociedad. La constitución bolivariana es la más democrática del mundo, pero eso no impidió que la oligarquía venezolana organizara el golpe de abril de 2002. La contrarrevolución no fue derrotada por constituciones de papel, sino sólo por la movilización de las masas revolucionarias. Bolivia no es diferente.

Pero de esta proposición elemental se pueden derivar conclusiones muy diferentes. El reformista Dieterich dice: dado que la burguesía ostenta el poder y no acepta reformas democráticas y progresistas, debemos ser cuidadosos para no enfadar a los reaccionarios. Los marxistas dicen: dado que los terratenientes y capitalistas forman un bloque reaccionario opuesto a cualquier reforma democrática y progresista, debemos luchar por las reivindicaciones más avanzadas y enfrentarnos a los reaccionarios a todos los niveles, no sólo en el parlamento, sino también en las calles, en las fábricas, en el campo y los cuarteles del ejército, y no debemos cejar en nuestra lucha hasta que hayamos derrotado y desarmado al enemigo, y esto sólo se puede lograr con la expropiación revolucionaria de los terratenientes y capitalistas. Una vez más, Heinz Dieterich intenta asustar a las masas con el espectro de la contrarrevolución y una burguesía supuestamente invencible. Dice:

“La reacción tiene a su favor la mayoría absoluta de los prefectos (seis de nueve); el Senado; la Iglesia; el gran Capital nacional e internacional y la Corte Suprema de Justicia. En tal situación deciden las armas. Estas también están con la reacción, porque la mayoría de los generales están en contra del proceso de transformación. En estas

condiciones, el triunfo del gobierno no es posible. El objetivo gubernamental del conflicto se reduce, en consecuencia, a evitar la derrota y alcanzar un compromiso aceptable”. (Ibíd.)

Así, según Dieterich, el gobierno de Evo Morales no puede ganar. ¿Qué consejo ofrece nuestro amigo al gobierno boliviano? Sólo una conclusión es posible: si no puedes ganar, debes entregarte al enemigo, ondea la bandera blanca y mendiga algunas concesiones que hagan de la derrota algo menos vergonzoso. Ese hablar acerca de “un compromiso aceptable” es una broma de mal gusto. ¿Qué compromiso aceptable puede haber entre los obreros y campesinos bolivianos y la oligarquía que les ha oprimido durante generaciones? El único compromiso aceptable para los terratenientes y capitalistas sería al del burro y el hombre cabalgando a lomos del mismo. ¿Por qué dice Dieterich que el gobierno no puede ganar? Porque la reacción es demasiado fuerte. ¿Por qué es la reacción demasiado fuerte? Porque tiene a su lado a la mayoría de los prefectos, senadores, jueces, banqueros, capitalistas y generales del ejército. ¡Pero espera un momento, amigo mío! ¿Cuántos prefectos, senadores, jueces, banqueros, capitalistas y generales del ejército hay en Bolivia? Algunos cientos o miles. Es cierto que pueden contar con el apoyo de un sector de la clase media y de los elementos más conservadores de la población. ¿Pero cuántos son éstos? ¿Cuántos de entre ellos están dispuestos a luchar y morir por defender a la oligarquía?

Los resultados electorales mostraron la auténtica correlación de fuerzas. Esa es la razón por la cual nuestro amigo Heinz no dice nada sobre estas estadísticas. Más del 50 por ciento votó por Evo Morales, y los viejos partidos de la burguesía boliviana fueron hechos añicos. Fue un resultado sin precedentes, que mostraba el ardiente deseo de cambio por parte de las masas. Ignorar este hecho, como Dieterich hace, es dar una impresión completamente falsa de la auténtica correlación de fuerzas en Bolivia. ¡Ah!, pero esto es sólo una cuestión de votos, contestará nuestro amigo: las elecciones, las leyes y las asambleas constituyentes no deciden nada. Sí, ese es el caso: por sí mismas, estas cosas no deciden nada. Lo que es decisivo es la lucha de clases fuera del parlamento. Pero lo que los resultados electorales revelaron fue que la correlación de fuerzas entre las clases es enormemente favorable para la revolución y desfavorable para la contrarrevolución burguesa, *con una condición: que la fuerza de los trabajadores se organice y movilice para aplastar la contrarrevolución.*

## LA CUESTIÓN DE LA VIOLENCIA

Puede ser que el gobierno de Evo Morales sea finalmente derrocado por la burguesía contrarrevolucionaria. Ciertamente, ésta está haciendo todo lo que puede, en colaboración con el imperialismo norteamericano, para que sea así. Están, por supuesto, recurriendo a métodos extraparlamentarios para alcanzar sus fines. ¡Naturalmente! ¿Quién podría esperar algo diferente de una burguesía podrida y reaccionaria, tanto en Bolivia como en cualquier otro país? Pero si la burguesía tiene éxito en sus planes contrarrevolucionarios, no será, como el camarada Dieterich dice, debido a una correlación desfavorable de fuerzas, sino a las vacilaciones y debilidades de Evo Morales y los reformistas bolivianos.

El hecho de que la burguesía contrarrevolucionaria de Santa Cruz esté amenazando con dividir el país, es decir, con destruir Bolivia como nación, es en sí mismo un signo de debilidad, no de fuerza. A pesar de controlar una mayoría de los prefectos, senadores, jueces, banqueros, capitalistas y generales del ejército, la burguesía reaccionaria boliviana no comparte la confianza de Dieterich en lo inevitable de su victoria. Exigir la división de Bolivia refleja desesperación, no confianza, ya que no sería aceptado por el ejército, no hablemos ya de los trabajadores. ¿Qué se debería hacer? Heinz Dieterich dice: debemos rendirnos a la contrarrevolución burguesa, porque la correlación de fuerzas no es favorable. Debemos negociar con el enemigo y llegar a un “compromiso” para evitar el desastre. ¿No es monstruosa esta situación? Un diminuto grupo de parásitos ricachones tiene secuestrado a todo un país, desafiando imprudentemente la voluntad de la mayoría, y Dieterich nos aconseja que esta mayoría “alcance un compromiso aceptable” con los chantajista, porque éstos son “demasiado fuertes” para luchar contra ellos.

Esto es lo que nuestro amigo Heinz llama realismo político. De hecho, esto es lo opuesto al realismo. Supongamos por un momento que el gobierno boliviano siguiera el consejo de Dieterich. ¿Qué ocurriría? Los reaccionarios se envalentonarían, y las masas se sentirían amargamente decepcionadas. Al día siguiente, la derecha exigiría nuevas concesiones. ¿Qué diría entonces nuestro Heinz? Exigiría que el gobierno *siguiera echándose atrás*, que abandonara toda reforma “irrealista” para mejorar la vida de las masas, así como la resistencia

contra las imposiciones imperialistas y su pretensión de llevar a cabo la reforma agraria. “¡No somos suficientemente fuertes!” diría. “La correlación de fuerzas no nos es favorable”. Por cada paso atrás que Evo Morales dé, la burguesía exigirá diez más. Por cada paso atrás del gobierno, los trabajadores y campesinos que votaron por él, y que constituyen su única base fiable, se sentirán más y más desencantados y decepcionados, mientras que los reaccionarios se empezarán a sentir más seguros y se volverán más agresivos y violentos. De hecho, esto ya está ocurriendo.

Animados por la debilidad del gobierno, la contrarrevolución burguesa ha pasado a la ofensiva. El sabotaje de la derecha en el parlamento está siendo suplementado por los fascistas en las calles con un número creciente de provocaciones agresivas. Están intentado crear desorden y caos, para crear las condiciones favorables a conspiraciones derechistas entre la cúpula militar, que posiblemente conduzcan a un golpe militar, una vez las masas hayan caído en un estado de apatía. *Así, los métodos defendidos por el camarada Dieterich tienen resultados que son diametralmente opuestos a los que pretende conseguir.*

Sobre el papel, los argumentos de Dieterich parecen muy sólidos e inteligentes. Pero, de hecho, pueden ser reducidos a una sola idea: cómo, en última instancia, las cuestiones fundamentales son decididas por las armas, y, dado que la clase dominante tiene el control del Estado, incluyendo al ejército, no podemos tener éxito. Señalemos de inmediato que esto no es sólo sobre Venezuela o Bolivia: *es un argumento que niega la posibilidad de revolución en general.* Es evidente que en tiempos de normalidad la clase dominante controla el Estado, la judicatura, la burocracia, las prisiones, el ejército, la policía y los servicios secretos. Ese era el caso de Rusia en 1917, y también de Francia en 1789. Ese hecho no evitó las revoluciones rusa y francesa. En tiempos más recientes, el sha de Persia tenía un ejército grande y muy poderoso y la policía secreta más brutal y eficaz en el mundo, la SAVAK. Pero una vez que las masas tomaron las calles, todo el edificio represivo se vino abajo como un castillo de naipes.

Sí, farfulla el camarada Dieterich, pero hubo un montón de sangre derramada, y nosotros deseamos evitar los derramamientos de sangre. Por ceñirnos a los hechos, la Revolución de Octubre en Rusia fue un acontecimiento relativamente pacífico, al menos en Petrogrado. Un historiador burgués, Orlando Figes (en absoluto un amigo de los bolcheviques) lo describió como una “operación policial”. La

razón de esto es que los bolcheviques ya habían conquistado a una gran mayoría de los obreros y soldados (incluso Stalin reconoció que “el camarada Trotsky fue responsable de ganarse a la guarnición de Petrogrado”). Nueve décimas partes del trabajo que suponía la insurrección se llevaron a cabo a lo largo de los nueve meses que la precedieron.

El camarada Dieterich está tan obsesionado con la cuestión del ejército que no ha comprendido el hecho de que detrás de las bayonetas hay seres humanos, gente que piensa y que puede ser influida por el estado de ánimo general dentro de la sociedad. Sí, el régimen zarista tenía a los generales, pero no contaba con los soldados rasos. ¿Y para qué sirven los generales sin un ejército? A la hora de la verdad, los generales y todo el Estado zarista se encontraron suspendidos en el aire.

Como el resto de intelectuales reformistas, Dieterich no tiene confianza en la clase trabajadora, y los movimientos de masas no entran dentro de su restringido campo de visión. En realidad, estos intelectuales “amigos del pueblo” sólo ven las alturas de la sociedad. Son como una persona que sólo puede ver la superficie del océano, pero que ignora las poderosas corrientes que se mueven por debajo de ésta. No es necesario decir que este enfoque no tiene nada en común con el marxismo. Al final de su artículo, Dieterich nos informa de que “Hay que ganar la guerra real, no la guerra de papel. Una nueva Constitución no impide los golpes de Estado de la contrarrevolución, como vimos el 11 de abril del 2002 en Venezuela y el 11 de octubre del 2006, en Bolivia”. (Dieterich, *La trampa de las asambleas constituyentes en la revolución latinoamericana*, en *Rebelión*, 4/12/2006.)

Hasta aquí, estamos por completo de acuerdo con el camarada Dieterich. Una constitución democrática no evita los golpes contrarrevolucionarios, aunque esto no es un argumento en contra de las constituciones democráticas. Sólo expresa las limitaciones de la democracia burguesa en general. Lenin explicó que la dialéctica de la democracia parlamentaria conduce inevitablemente a una intensificación de la lucha de clases fuera del parlamento y que eso, en última instancia, es decisivo. El golpe del 11 de abril de 2002 en Venezuela es prueba de ello. ¿Pero qué ocurrió con el golpe del 11 de octubre de 2006 en Bolivia? *Tal golpe nunca tuvo lugar*. Fue confiadamente predicho por el camarada Dieterich en artículos que se distribuyeron internacionalmente, pero el susodicho golpe nunca llegó. Esto nos

dice mucho acerca del método del camarada Dieterich. La predicción de Heinz sobre un golpe de estado en Bolivia resultó falsa en 2006, pero si Evo Morales continúa con sus vacilaciones, bien puede al final resultar cierta. Sin embargo, si ocurre, no será por las razones que ofrece el camarada Dieterich, sino por otras muy diferentes.

### CÓMO NO EVITAR UN GOLPE

Por ahora, nuestro amigo Heinz nos ha explicado con detalle qué *no evita* los golpes contrarrevolucionarios. Esperamos, conteniendo el aliento, sus opiniones sobre qué *sí* los evita. He aquí lo que dice: “Lo que impide los golpes es el poder real y, por eso, todo nuevo gobierno latinoamericano que desconoce la Doctrina Monroe y los intereses de las transnacionales, tiene que concentrar sus escasos recursos en la guerra real, no en la del papel y de los conceptos”. (Ibíd.)

A estas alturas el lector no habrá tenido más remedio que acostumbrarse a los circunloquios de Heinz —una manera muy indirecta de expresarse, basada en el principio de economía de escribir, a saber, nunca hay que usar una palabra cuando basta con tres—. Este estilo de escribir y hablar es altamente apreciado en los círculos universitarios, donde uno tiene todo el tiempo del mundo para discutir teorías fascinantes de las cuales el resto de la humanidad nunca ha oído hablar y en las que no tiene el más mínimo interés. Habiéndose deshecho sin esfuerzo de esas detestables “guerras de papeles o conceptos” —cuya naturaleza exacta nunca nos ha explicado— Heinz nos dice ahora qué quiere decir cuando habla de la “guerra real”. ¿Cuál es la solución mágica de Heinz para prevenir golpes contrarrevolucionarios, no sólo en Bolivia y en Venezuela, sino en toda América Latina? Dejémosle explicarse:

“La primera necesidad de estos gobiernos, por ejemplo, el Sandinista en Nicaragua o el de Alianza País en Ecuador, consiste en ampliar su base de poder mediante los pocos mecanismos que están a su disposición. Dos vías son importantes en este sentido: a) invertir rápidamente y generosamente en la deuda social, aunque sea por endeudamiento externo, si no haya excedente fiscal suficiente, y, b) tratar de adelantar elecciones para generarse una base de poder dentro de la superestructura burguesa, de la cual, de todas formas no se

puede salir, mientras el cambio se realice dentro del parlamentarismo burgués”. (Ibíd.)

En la medida en que es posible extraer alguna idea clara de tal lo-dazal, es sólo esto: para prevenir los golpes contrarrevolucionarios, el gobierno debe, en primer lugar, *ampliar su base de poder*. ¿Cómo habrá de hacer esto? Invirtiendo más dinero (mucho más dinero) en gastos sociales. ¿Cómo habrá de obtener este dinero? Tomando prestado e incrementando la deuda pública y convocando nuevas elecciones. Heinz cree que podemos persuadir a los terratenientes y capitalistas de que somos unos tipos inofensivos, si confinamos nuestro programa al gasto social. De hecho, la oligarquía considera estas reformas parte de una conspiración comunista y se opone a ellas con uñas y dientes. Ve cualquier incremento de impuestos como parte de esta misma conspiración. Los capitalistas están respondiendo con una huelga de capitales (los capitalistas pueden ir a la huelga igual que los trabajadores) y cerrando fábricas. No es casual que la primera acción de los contrarrevolucionarios en abril de 2002 fuera anunciar la abolición de todas estas reformas.

Heinz Dieterich no quiere enfrentarse a la clase dominante. No desea aparecer como un radical. Por consiguiente, no quiere que los “gobiernos transformadores” de América Latina incrementen los impuestos a los ricos, y mucho menos, que sean expropiados. De este modo, Dieterich defiende alegremente los *déficits presupuestarios* keynesianos como un medio para evitar tales disgustos. Sin embargo, los gobiernos no pueden gastar el dinero que no tienen, y si intentan hacerlo, acabarán en lágrimas. Uno no tiene que ser un genio o un catedrático de sociología o economía política para comprender que las deudas, antes o después, se pagan y con intereses. Este es también el caso del déficit presupuestario. Todos los intentos anteriores de solucionar los problemas del capitalismo con tales medios han conducido a una inflación colosal, que posteriormente ha acabado en una recesión. Esa fue precisamente la experiencia de Argentina y de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos al final de la década de los setenta del siglo pasado.

La única respuesta realista al sabotaje de los patronos es el lema lanzado por el presidente Chávez: “Fábrica cerrada, fábrica tomada”. El sabotaje patronal en 2002 y 2003 fue derrotado por una maravillosa movilización de los obreros, quienes, sin partido, dirección

ni perspectivas claras, ocuparon las fábricas y las instalaciones de PDVSA, expulsaron a los patrones y a los burócratas y tomaron en sus propias manos las riendas de la industria. Pero Heinz Dieterich no puede ver nada de esto. Para él, el movimiento revolucionario de las masas es un libro cerrado con siete llaves:

“El instrumento ejecutivo idóneo para tal política son los decretos ejecutivos. La implementación de la política neoliberal se hizo en gran medida mediante decretos ejecutivos, previstos ya en la teoría política de John Locke como medio legítimo de gobernación. Este instrumento dificulta el bloqueo parlamentario de la reacción”. (Dieterich, *La trampa de las asambleas constituyentes en la revolución latinoamericana*; en *Rebelión*, 4/12/2006.)

La referencia a la teoría política de John Locke es un ejemplo de la pedantería del pensamiento de Dieterich. *Poco importa a la burguesía si las acciones políticas que van en contra de sus intereses fueron validadas como “medios legítimos de gobierno” por John Locke, el Papa de Roma o Santa Claus.* La cuestión sobre qué es o no legítimo no es decidida por la teoría política, sino por la lucha de clases. Dieterich cae aquí en *guerras de papel y conceptos*. La *guerra real* —es decir, *la lucha de clases*— no aparece en ninguno de sus pronunciamientos.

Heinz recomienda *realizar reformas mediante decretos ejecutivos*. ¡Pero, espera un momento, Heinz! ¿No acababas de decir que éramos muy débiles para enfrentarnos a la clase dominante? ¿No argumentabas que el enemigo era demasiado fuerte para luchar contra él, ya que controla todas las palancas del Estado, incluyendo al ejército? ¿Y no habías afirmado repetidamente que de todas formas no podemos esperar nada de un parlamento burgués? Como puedes ver, nuestra memoria no es del todo tan mala, y no hemos olvidado por completo lo que acabas de escribir hace unos cuantos párrafos.

A pesar de todas estas objeciones, nuestro Heinz está muy satisfecho consigo mismo y muestra con orgullo sus argumentos, como un muchacho, sus zapatos nuevos. En realidad, éstos están llenos de agujeros. Pero Dieterich parece felizmente ignorante de estas contradicciones. En vez de explicar y justificar sus argumentos, *meramente los repite hasta la saciedad*, como si por repetirlos fueran a ser más correctos. “Decretos ejecutivos, un generoso *deficit spending* [utiliza la frase en inglés para demostrar nuevamente su habilidad con los idio-

mas] para las mayorías, a fin de ampliar la base social del gobierno transformador y la neutralización de los intentos golpistas, este sería el escenario para ganar tiempo y llegar rápidamente a nuevas elecciones que puedan proporcionar una sólida superioridad de poder político frente al enemigo de clase”. (Ibíd.)

### ¿CUÁL ES LA RESPUESTA DE DIETERICH?

Acabamos de recibir la receta del Padre del Socialismo del siglo XXI para salvar a la revolución. Esto nos trae inmediatamente a la mente las palabras del poeta romano: *parturient montes, nascetur ridiculus mus* (Se ponen de parto los montes y dan a luz un ridículo ratón). El camarada Dieterich imagina que gobernar por decreto evitará, de alguna manera, golpes contrarrevolucionarios. Es decir, cree que la lucha de clases puede ser resuelta por mecanismos legales y regulaciones. *Olvida que en Venezuela fue precisamente el decreto de las 49 Leyes Habilitadoras dictado por Chávez en diciembre de 2001 (incluyendo la reforma agraria entre otras) lo que convenció a la clase dominante de que tenía que organizar un golpe y disparó los preparativos para llevarlo a cabo.*

Que las medidas progresistas sean aprobadas por la mayoría del parlamento o decretadas desde el ejecutivo no cambia nada sustancial. La oposición de la burguesía reaccionaria no se reducirá, sino que más bien crecerá, si las medidas se aprueban como resultado de un decreto ejecutivo. Gritarán “dictadura” y redoblarán su agitación contrarrevolucionaria, dentro y fuera del parlamento, como ocurrió en Venezuela en 2002. Usarán esto para azotar a las clases medias (a las que Heinz tiene en tan gran estima) y conducir las a la histeria. Los medios internacionales de comunicación amplificarán con sus tambores el grito de “dictadura”, intensificando su campaña para desacreditar la revolución y aislarla internacionalmente.

Los gobiernos transformadores pueden prevenir el golpe y expandir su base de poder con una montaña de deuda (*deficit spending*, como le gusta decir a nuestro Heinz) y convocar luego a nuevas elecciones. Entre tanto, supongo, el enemigo de clase nos lo agradecerá permaneciendo tranquilamente en la cama, absteniéndose educadamente de llevar a cabo golpe contrarrevolucionario alguno, porque se le ha informado de que los decretos presidenciales han sido aprobados como “medios legítimos de gobierno” por un filósofo político inglés del siglo XVII. Uno se restriega los ojos con in-

credulidad. ¡Esto se supone que es un ejemplo del *pensamiento realista supremo*! En Venezuela, el presidente Chávez ha gastado enormes cantidades de dinero en reformas sociales (las misiones). Ha ganado muchas elecciones en el ámbito nacional y local y ganó el referéndum revocatorio en 2005. ¿Acaso todo esto abolió el riesgo de un golpe de estado? En absoluto. Y si vamos a creer lo que escribe Heinz Dieterich (no estamos totalmente seguros de que él mismo lo crea), este riesgo sigue presente, y si no se toman las medidas necesarias para expropiar a la oligarquía, llevando la revolución hasta sus últimas consecuencias, todo esto puede terminar en un nuevo golpe de estado y el triunfo de la contrarrevolución en el futuro.

¿Cuál es el problema central del Socialismo del siglo XXI? Heinz nos informa ahora del problema y de la consiguiente solución: “La solución secular del siglo XXI es esta: como no tenemos acceso a las *supercomputadoras* del tipo Marx, Engels o Einstein, tenemos que sustituirlas – hasta que aparezcan nuevas – con redes de computadoras personales, cuya capacidad conjunta de procesamiento de datos se asemeja, en ciertos aspectos, a la de las supercomputadoras: esperando, además, que en algún momento se produzcan las transiciones de fase (saltos cualitativos) del proceso hacia los nuevos paradigmas de la civilización postcapitalista”. (Dieterich, *La Revolución Mundial pasa por Hugo Chávez II parte*, en Aporrea, 5/3/2005.)

Los marxistas hemos mantenido siempre que, para cambiar la sociedad, son necesarios un partido y una dirección revolucionarios. Es cierto que ha habido casos donde la revolución se ha llevado a cabo –aunque no consolidado– sin un partido revolucionario, como en la Comuna de París. Pero está claro que la tarea de llevar adelante la revolución socialista se realizaría mucho más fácilmente si existiera una dirección capacitada y experimentada. El Partido Bolchevique bajo el liderazgo de Lenin y Trotsky fue un factor decisivo que permitió a los trabajadores rusos tomar el poder con un mínimo de violencia en 1917. Hasta ahora nadie ha propuesto una alternativa seria al partido revolucionario. ¿Qué es entonces lo que el camarada Dieterich propone?

Heinz tiene una alternativa muy seria: su *ordenador portátil*, que está conectado a un gran número de otros ordenadores portátiles a lo largo y ancho del mundo, conectado a nivel local, nacional y global, encendido las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Heinz está convencido de que este superordenador del siglo XXI

hará innecesarias en el futuro reliquias como el partido revolucionario. Transformará a los líderes y genios, como Marx, Einstein o el mismo Arno Peters, en algo superfluo. El Espíritu Mundial de Dieterich resulta que es *una red de ordenadores*. La solución es deliciosamente sencilla. Al combinar los pensamientos de millones de mentes normales y corrientes, al final aparecerá un pensamiento genial:

“Esta solución o método de potenciar el poder de la hormiga individual mediante su trabajo en redes coordinadas, se conoce en el mundo informático, en una modalidad, como *Internet-based Distributed Computing projects*. Este concepto quiere decir, que se resuelve una tarea compleja a través de la participación voluntaria de los dueños de computadoras personales que por x-motivo deciden aportar tiempo computacional y trabajo a la resolución de esa tarea, sin pedir remuneraciones monetarias o de ningún otra clase”. (Ibíd.)

Y aún nos informa de que: “El programa más exitoso de este tipo es el SETI de la Universidad de California en Berkeley que desde su concepción en 1999 ha contado con la colaboración de mas de cinco millones de participantes, que en total han contribuido gratuitamente más de dos millones de año (sic) de tiempo computacional agregado al proyecto. Se trata de la red computacional más poderosa de todos los tiempos. (...) Poner este “Espíritu Mundial” al servicio de la emancipación de la humanidad, mediante su contribución gratuita y solidaria en el Nuevo Proyecto Histórico (NPH) del Socialismo del siglo XXI es fácil”. (Ibíd.)

Hay una teoría basada en las leyes de la probabilidad, que afirma que si le diéramos una máquina de escribir a un mono y le dejáramos con ella un tiempo infinito, acabaría, tarde o temprano, produciendo las obras completas de Shakespeare. Pero esta es una típica abstracción matemática. En la práctica, nuestro mono podrá pegarle lo que quiera a la máquina de escribir y jamás será capaz de escribir una sola línea de un soneto de Shakespeare, no hablemos ya de las obras completas. ¿Cuáles son entonces las posibilidades de futuro de la red de ordenadores del siglo XXI del camarada Dieterich? Si alguien no dice más que *disparates*, y estos disparates son diseminados por el mundo a través de Internet, donde se le añaden más *disparates del mismo tipo*, el resultado final no será un pensamiento genial, sino *sólo disparates elevados a la enésima potencia*.

Si los autores de estos disparates cobran o no por sus servicios a la humanidad, no es relevante. Los abastecedores de disparates son gente muy generosa. Se suelen contentar con dar a conocer sus disparates completamente gratis, por el placer que experimentan al escuchar sus propias estupideces. Cualquiera que haya sufrido la experiencia de estar atrapado por uno de estos individuos en una fiesta, sabrá que tales personas siempre han existido. Internet sólo les ofrece un espacio mayor en el que disfrutar de su pasatiempo favorito.

Los ordenadores e Internet tendrán, sin duda alguna, un papel importantísimo en la economía mundial socialista democráticamente planificada del futuro. Las funciones de contabilidad y control, que son centrales a la hora de dirigir empresas individuales, se facilitarán en gran medida gracias al uso de poderosos ordenadores que cabrán en un bolsillo. El control obrero funcionará con facilidad sobre esta base. Por otro lado, una federación socialista mundial puede ser gobernada en líneas democráticas con el voto electrónico y conferencias a través de Internet. Esta tecnología ya existe.

Pero aquí nos encontramos con el primer error fatal en el argumento central de Dieterich, que es que la existencia de la ciencia informática significa que el socialismo puede tener éxito ahora, mientras no podía haberlo tenido antes. También afirma que ésta fue una de las razones para el fracaso del “socialismo realmente existente” en Rusia. Ambos argumentos son falsos. Es correcto decir que no sólo los ordenadores, sino también los avances de la tecnología moderna en general, ofrecen la base material para el socialismo. La pregunta a formularse debe ser: *Si el potencial existe, ¿por qué no se realiza?* El camarada Dieterich nunca hace esta pregunta, porque no tiene respuesta para ella.

La pregunta es ésta: ¿Es posible alcanzar el socialismo (ya sea del siglo XXI o de cualquier otro siglo) en tanto en cuanto la tierra, los bancos, y las industrias clave permanezcan en manos de los terratenientes, banqueros y capitalistas? El camarada Dieterich dice que sí es posible. Pero inmediatamente se contradice. Ha dedicado un montón de tiempo a explicar que la búsqueda del beneficio empresarial (crematística) es la fuente de todos los problemas de la humanidad. *Pero los capitalistas sólo invierten para extraer beneficios del trabajo no remunerado de la clase obrera.* Si continúan poseyendo y controlando los medios de producción, se entiende que el único motor de la

producción será el beneficio privado. ¿Dónde queda entonces el colosal potencial de la economía computerizada? Precisamente donde estaba antes: *como un mero potencial y nada más que potencial*.

Partiendo de una idea correcta —la de que los logros de la ciencia y la tecnología moderna proporcionan la base material para el socialismo—, pasa por alto un pequeño problema: a saber, que estas fuerzas productivas están en manos de la burguesía y constituyen la base de su riqueza y poder. Para que las fuerzas productivas que han sido desarrolladas bajo el capitalismo sean usadas para el bien de la humanidad y plenamente desarrolladas, en otras palabras, para que el presente potencial en ciencia y tecnología cese de ser meramente potencia y se convierta en realidad, es necesario eliminar la propiedad privada sobre ellas.

Aquí el problema es que Heinz Dieterich, que habla y habla sobre historia y prehistoria, el genoma humano y la teoría de la relatividad, la evolución humana y la religión, el pasado y el futuro, se olvida de responder a una pregunta muy simple: *¿Cómo pasamos de A a B?* Es imposible conseguir los resultados deseados de los ordenadores (y de todo lo demás) en tanto en cuanto todas las decisiones económicas más importantes sean tomadas por un puñado de ricos cuyo interés es su ganancia personal. Pero esta minoría no está dispuesta a entregar su riqueza y poder sin luchar. Éste es el problema central que el camarada Dieterich desea ignorar: *el problema del poder*.

## XII

LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA



## LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA EN LA ENCRUCIJADA

La revolución venezolana ha sido una fuente de inspiración para los obreros, campesinos y jóvenes de toda América Latina y a escala mundial. Las masas revolucionarias han conseguido milagros. Pero la revolución venezolana no se ha completado. No se puede completar hasta que expropie a la oligarquía y nacionalice la tierra, los bancos y las industrias clave que están en manos privadas. Después de casi una década, esta tarea no se ha cumplido, y esto representa una amenaza para el futuro de la revolución. En esencia, éste es un problema de dirección. Hugo Chávez ha demostrado ser un luchador antiimperialista valiente y un demócrata consecuente. Pero no basta con eso. La oligarquía venezolana se opone encarnizadamente a la revolución, detrás de ella está el poderoso imperialismo norteamericano. Tarde o temprano, la revolución venezolana se enfrentará a una disyuntiva. E igual que la revolución cubana fue capaz de llevar a cabo la expropiación del latifundismo y el capitalismo, la revolución venezolana tendrá que encontrar la decisión necesaria para seguir el mismo curso. Ése es realmente el único camino.

En todo este proceso están jugando un papel pernicioso los reformistas, estalinistas y burócratas que han ocupado puestos clave en el movimiento bolivariano y que intentan poner freno a la revolución, paralizarla desde dentro y eliminar todos los elementos de verdadero socialismo. Esta gente le dice constantemente a Chávez que no vaya demasiado rápido, que sea “más moderado” y que no toque la propiedad privada de la oligarquía. Desde que Chávez planteó por primera vez la cuestión del socialismo en Venezuela, los reformistas y los estalinistas han concentrado todas sus energías en revertir la dirección socialista de la revolución, alegando que la nacionalización de la tierra, los bancos y las industrias sería un desastre, que

las masas no están maduras para el socialismo, que la expropiación de la oligarquía alienará a la clase media y otras cosas similares. El defensor y “teórico” más ferviente de esta línea de capitulación es Heinz Dieterich.

La revolución bolivariana ahora está en la encrucijada. Ha alcanzado el punto crítico en que las decisiones que se tomen tendrán una influencia determinante en el destino de la revolución. El papel de la dirección es de gran importancia. Pero aquí tenemos la primera de las debilidades. En ausencia de una dirección proletaria revolucionaria firme, armada con las ideas científicas del marxismo, la dirección la ha tomado el Movimiento Bolivariano. Éste incluye en sus filas a millones de obreros, campesinos y jóvenes revolucionarios, que aspiran al socialismo, pero carece de un programa claro y elaborado, de una política y de una estrategia para cumplir las aspiraciones de las masas.

En ausencia de estos elementos clave, el movimiento cae bajo la presión de fuerzas de clase contradictorias, que se reflejan en sus filas y especialmente en la dirección. Esta situación provoca inestabilidad, con constantes vacilaciones y dudas. Estas contradicciones, que en el fondo son la expresión de contradicciones de clase, se reflejan en la evolución política del propio Chávez. Ningún observador imparcial puede negar que durante la última década Hugo Chávez ha evolucionado de una manera sorprendente. Partiendo del programa de la democracia revolucionaria más avanzada, ha entrado repetidamente en conflicto con los terratenientes, banqueros y capitalistas venezolanos, con la jerarquía de la Iglesia y con el imperialismo norteamericano. En todos estos conflictos, se ha basado en las masas de trabajadores, campesinos y pobres, que representan la verdadera fuerza motriz de la revolución bolivariana, su única base real de apoyo.

Una y otra vez las masas, mostrando un instinto revolucionario infalible, han derrotado a las fuerzas de la contrarrevolución. Este hecho engendró una ilusión peligrosa en la dirección y en las propias masas, como si la revolución fuera una especie de marcha triunfal que barrería automáticamente todos los obstáculos. En lugar de una ideología científica y una política revolucionaria consistente, una especie de fatalismo revolucionario caló en la mente de los dirigentes: que todo era lo mejor en el mejor de los mundos bolivarianos. No importaban los errores que cometiera la dirección, porque las masas

siempre responderían, los contrarrevolucionarios serían derrotados y la revolución triunfaría. El corolario de este fatalismo revolucionario fue la idea de que la revolución bolivariana tenía todo el tiempo del mundo, que el socialismo finalmente llegaría, incluso aunque hubiera que esperar cincuenta o cien años.

Es irónico que esta idea (más exactamente, este prejuicio) sea presentada por Dieterich y otros como algo “nuevo y original”. En realidad, procede directamente del cubo de la basura del desacreditado liberalismo del siglo XIX. La burguesía, en un momento en que aún era capaz de jugar un papel progresista en el desarrollo de las fuerzas productivas, creía en la inevitabilidad del progreso, que hoy es mejor que ayer y mañana será mejor que hoy. La idea (ahora abandonada totalmente por la burguesía y sus filósofos “posmodernos”) más tarde fue adoptada por los dirigentes reformistas del movimiento obrero internacional, en el periodo de auge capitalista antes de 1914. Los socialdemócratas reformistas decían que la revolución ya no era necesaria, que lenta, gradual, pacíficamente, la socialdemocracia cambiaría la sociedad hasta que un día llegaría el socialismo sin que nadie se diese cuenta. Estas ilusiones reformistas quedaron hechas añicos con el estallido de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa que la siguió. No obstante, ahora las han sacado del cubo de la basura de la historia, las han desempolvado y presentado como la última palabra del “realismo” socialista del siglo XXI.

Un corolario más es que la revolución bolivariana debe limitarse a los estrechos confines de la ley y constituciones burguesas. Esto es irónico, cuando la burguesía venezolana ha demostrado un desprecio absoluto por todas las leyes y constituciones. Ha realizado un sabotaje económico y constantes conspiraciones, ha boicoteado elecciones y ha salido a las calles con protestas violentas, ha llevado a cabo un golpe de estado contra un gobierno elegido democráticamente y, de no haber sido por la iniciativa revolucionaria de las masas en las calles, no habría vacilado en asesinar al Presidente y establecer una dictadura violenta conforme al modelo del Chile de Pinochet. Todo esto es bien sabido y no hay que explicarlo. En la defensa de sus intereses de clase, la burguesía no ha mostrado ningún respeto por las leyes ni las constituciones. Aún así, se espera que las masas cumplan al pie de la letra la legislación existente y obedezcan las “reglas del juego”, como si se tratara de un juego de ajedrez o de béisbol. Desgraciadamente, la lucha de clases no es un juego, no

tiene reglas ni árbitro. La única regla es que al final una clase debe ganar y otra perder. Y, como decían los romanos: *¡Vae Victis!* (¡Ay de los vencidos!).

Al principio, estos métodos parecían funcionar. Durante casi diez años, las masas han participado lealmente en cada referéndum y elección, votando arrolladoramente por Chávez. Con eso, votaban por el socialismo, por un cambio fundamental en sus condiciones de vida. En las elecciones presidenciales de diciembre de 2006 le dieron el mayor voto de la historia de Venezuela. Fue un mandato por el cambio. Pero aunque se tomaron algunas medidas progresistas, incluidas nacionalizaciones, el ritmo del cambio era demasiado lento para satisfacer las reivindicaciones y aspiraciones de las masas. Habría sido totalmente posible para el Presidente introducir una Ley Habilitante en la Asamblea Nacional para nacionalizar la tierra, los bancos y las industrias clave bajo el control y dirección de los trabajadores. Eso habría roto el poder de la oligarquía venezolana. Además, se podría haber hecho legalmente por un parlamento elegido democráticamente, ya que en una democracia los representantes elegidos por el pueblo se supone que son soberanos. Dejemos que los abogados pleiteen por este tipo de cuestiones. El pueblo espera que el gobierno que ellos han elegido actúe de acuerdo con sus intereses y lo haga con determinación.

En lugar de la acción decidida contra la oligarquía, que habría entusiasmado y movilizado a las masas, a éstas se les presentó otro referéndum constitucional. Pero, ¿cuántos referendos y elecciones son necesarios para hacer lo que quieren las masas? El pueblo está cansado de tantas elecciones, de tantos votos, de tantos discursos vacíos sobre el socialismo, que les presentan una imagen maravillosa que no se corresponde con lo que ellos ven cada día. ¿Qué ven las masas? Después de casi una década de lucha, ven a los mismos ricos y poderosos que aún poseen la tierra, los bancos, las fábricas, los periódicos y la televisión. Los mismos corruptos en posiciones de poder: gobernadores, alcaldes, funcionarios del Estado y del Movimiento Bolivariano, y en Miraflores también, que llevan camisetas rojas y hablan sobre el socialismo del siglo XXI, pero que son arribistas y burócratas que no tienen nada en común con el socialismo o la revolución.

Las masas no ven que se tomen acciones contra los funcionarios corruptos que se llenan los bolsillos y minan la revolución desde

dentro. Ven que no se toman medidas contra los capitalistas que sabotean la economía y que se niegan a invertir en producción y aumentan los precios. Ven que no se emprenden acciones contra los conspiradores que derrocaron al Presidente en abril de 2002. Ven a los terratenientes que asesinan a activistas campesinos con impunidad. Ven que alimentos esenciales escasean y ven a los portavoces del gobierno negando que existan problemas. Ven todas estas cosas y se preguntan: ¿Para esto hemos votado?

La fuerza fundamental de Hugo Chávez es que él ha expresado las profundas aspiraciones de las masas. Cualquiera que haya estado presente en un mitin de masas en Caracas, habrá presenciado la química electrizante que existe entre el Presidente y las masas. Se alimentan mutuamente. Las masas ven sus aspiraciones reflejadas en los discursos del Presidente, y el Presidente gira más a la izquierda sobre la base de la reacción de las masas y a su vez da un nuevo impulso a estas aspiraciones. Esta “química revolucionaria” la ha entendido la burguesía, que intenta romper el vínculo entre Chávez y las masas. Han planeado asesinar al Presidente, convencidos de que esta desaparición provocaría la fragmentación y desintegración del Movimiento Bolivariano. Han organizado una conspiración en las capas superiores del Movimiento Bolivariano para sustituirle por un candidato que sea más “moderado”, es decir, más permeable a las presiones de la burguesía.

El propósito principal de la derrota del referéndum constitucional no era en absoluto “evitar una dictadura” (ninguna de las propuestas de la reforma se podría interpretar en este sentido), sino impedir que Chávez vuelva a presentarse para la presidencia. Esto abriría el camino para el éxito de la conspiración que es conocida como “chavismo sin Chávez”. Es bien sabido que la burocracia contrarrevolucionaria ha tomado medidas para aislar a Chávez de las masas creando un anillo férreo alrededor del Palacio de Miraflores. La amenaza de asesinato es real y justifica una rígida seguridad. Pero también se puede utilizar como pretexto de los secretarios para filtrar y censurar, garantizar que sólo ciertas personas tengan acceso al despacho del Presidente, mientras que otras son excluidas por motivos políticos. Con estos métodos se reduce la presión de las masas y del ala de izquierdas, mientras que aumenta la presión de la burguesía y de los reformistas.

La estrecha derrota en el referéndum presidencial es presentada

como un giro al “centro”, es decir, a la derecha, y como una prueba de que es necesario conciliarse con la clase media (es decir, capitular ante la burguesía). Ésa es la línea difundida asiduamente por Dieterich y los reformistas. Si Chávez les escucha, y hay algunas pruebas de que lo hace, la revolución estará en un peligro extremo. Los argumentos de los reformistas son falsos hasta la médula. La oposición no ganó el referéndum constitucional: lo perdieron los bolivarianos. Después de esfuerzos sobrehumanos, la oposición sólo aumentó en 200.000 votos, aproximadamente, mientras que los chavistas bajaron en casi tres millones. Eso no demuestra un giro al “centro”, todo lo contrario, lo que existe es una creciente y enorme polarización entre las clases. También demuestra que hay elementos de cansancio y desilusión en las masas que son la base del Movimiento Bolivariano.

La derrota en el referéndum constitucional fue una advertencia de que las masas se están cansando de una situación de discursos interminables sobre socialismo y revolución, que no llevan a ningún cambio fundamental en sus condiciones de vida. Las masas han sido muy pacientes, pero su paciencia se agota. La idea de que siempre seguirán a los líderes, esa idea falsa y peligrosa del fatalismo revolucionario, ha demostrado estar totalmente vacía. Dieterich dice que el referéndum constitucional se perdió porque Chávez intentó ir demasiado lejos y rápido. ¡Todo lo contrario! Es el ritmo lento de la revolución lo que está provocando desilusión en una capa creciente de las masas. Para ellas, el problema no es que haya ido demasiado lejos y rápido, sino que ha ido demasiado lento y no suficientemente lejos.

Si esta desilusión de las masas continúa, provocará apatía y desesperanza. Es el momento de convertir las palabras en acción, de tomar medidas decisivas para desarmar a la contrarrevolución y expropiar a la oligarquía. De no ser así, las fuerzas de la reacción prepararán una contraofensiva, que puede minar la revolución y preparar una derrota seria. ¿Es inevitable la derrota? No, por supuesto que no. La revolución puede triunfar, pero sólo a condición de que el ala reformista sea desenmascarada y derrotada políticamente. El movimiento debe ser purgado de burócratas, arribistas y elementos burgueses, debe defender firmemente un programa socialista. Sólo puede triunfar con esta condición; de otra manera, no.

## UNA VARIANTE PECULIAR DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

La teoría de la revolución permanente fue desarrollada primero por Trotsky ya en 1904. La revolución permanente, mientras acepta que las tareas objetivas a las que se enfrentan los trabajadores rusos son las de la revolución democrática burguesa, sin embargo, explicaba cómo en un país atrasado en la época del imperialismo, la “burguesía nacional” estaba inseparablemente unida, por un lado, a los remanentes del feudalismo y, por el otro, al capital imperialista, por lo tanto era totalmente incapaz de cumplir con ninguna de sus tareas históricas. La podredumbre de los liberales burgueses y su papel contrarrevolucionario en la revolución democrática burguesa, ya fue señalada por Marx y Engels en 1848 y confirmada repetidamente por la experiencia de la revolución colonial en estos últimos cien años.

La situación es aún más evidente hoy. La burguesía nacional en los países coloniales entró demasiado tarde en la escena de la historia, cuando el mundo ya se había dividido entre un puñado de potencias imperialistas. No era capaz de jugar ningún papel progresista y nació totalmente subordinada a sus antiguos amos coloniales. La débil y degenerada burguesía en Asia, América Latina y África depende demasiado del capital extranjero y del imperialismo como para hacer avanzar a la sociedad. Está atada con mil hilos, no sólo al capital extranjero, sino también a la clase de terratenientes, con quien forma un bloque reaccionario que representa un baluarte contra el progreso. Cualquiera que sean las diferencias que puedan existir entre estos elementos, son insignificantes en comparación con el miedo que los une frente a las masas. Sólo el proletariado, aliado con los campesinos y pobres urbanos, puede resolver los problemas de la sociedad tomando el poder en sus propias manos, expropiando a los imperialistas y a la burguesía, y comenzar la tarea de transformar la sociedad en líneas socialistas.

Situándose al frente de la nación, dirigiendo a las capas oprimidas de la sociedad (pequeña burguesía urbana y rural), el proletariado podría tomar el poder y después llevar a cabo las tareas de la revolución democrática burguesa (principalmente la reforma agraria, la unificación y la liberación del país del dominio extranjero). Sin embargo, una vez en el poder, el proletariado no se detendría ahí sino que comenzaría a poner en práctica medidas socialistas como

la expropiación de los capitalistas. Y como estas tareas no se pueden resolver en un solo país, especialmente en un país atrasado, esto sólo sería el comienzo de la revolución mundial. De esta manera la revolución es “permanente” en dos sentidos: porque comienza con las tareas burguesas y continúa con las socialistas, y porque empieza en un país y continúa a escala internacional.

En Venezuela, la teoría de la revolución permanente de Trotsky se está expresando de una forma peculiar. Chávez llegó al poder en un primer momento con el programa de la revolución democrática burguesa (o, más exactamente, revolución democrática nacional). No propuso ir más allá de los límites del capitalismo. Pero la experiencia demostró la imposibilidad de llevar a cabo las tareas de la revolución democrática nacional sobre la base del capitalismo. Hugo Chávez ha aprendido muchas lecciones de la experiencia viva de la Revolución Bolivariana. Empezando como un demócrata revolucionario, ha llegado a la conclusión de que, para conseguir sus objetivos, la revolución debe ir más allá de los límites del capitalismo. Esto significa que es necesario expropiar a la burguesía e ir caminando hacia el socialismo. No hay ninguna otra solución.

Las masas son la fuerza motriz del proceso. Hasta ahora, todos los intentos de la oligarquía y de Washington de derrocar a Chávez mediante un ataque directo han fracasado. La reacción no puede derrocar a Chávez, en este momento. Pero esa situación no puede continuar indefinidamente. Es una lucha en la que una parte u otra debe ganar. El referéndum constitucional de diciembre de 2007 fue una grave advertencia. El talón de Aquiles es la debilidad de la dirección. El movimiento bolivariano es un movimiento heterogéneo y confuso, que refleja en sus filas la extrema polarización que hay en las fuerzas de clase de la sociedad. Chávez, con el apoyo de las masas, estaba yendo hacia la expropiación de los terratenientes y los capitalistas. El imperialismo se basa en el ala de derechas chavista. Por arriba, hay muchos elementos reaccionarios y contrarrevolucionarios. Este hecho significa que en el movimiento bolivariano hay una división en líneas de clase.

### **¡LA REVOLUCIÓN NO SE PUEDE DETENER A MEDIO CAMINO!**

Para conseguir el objetivo del socialismo, lo que hace falta no es un “proyecto histórico”, como el defendido por el reformista utó-

pico Dieterich, sino *un programa revolucionario que vincule la lucha por las reivindicaciones inmediatas de las masas con la perspectiva de la transformación socialista de la sociedad, es decir, un programa de transición*. En su programa semanal de televisión, *Aló Presidente*, emitido el domingo 22 de abril de 2007, el presidente Chávez aconsejó a todos los venezolanos que leyeran y estudiaran los escritos de León Trotsky, y recomendó favorablemente *El programa de transición*, que fue escrito por Trotsky para el congreso fundacional de la IV Internacional en 1938.

Respondiendo a la llamada de un televidente del programa, Chávez explicó que recientemente había leído un folleto que “vale su peso en oro” y añadió: “No me puedo clasificar como trotskista, no, pero tengo tendencia, porque yo respeto mucho el pensamiento de León Trotsky, y cada vez que lo respeto más lo percibo mucho mejor. La revolución permanente, por ejemplo, es una tesis importantísima. Hay que leer, hay que estudiar, todos, aquí nadie está aprendiendo’, afirmó”. Chávez subrayó la idea de Trotsky sobre el hecho de que las condiciones para el socialismo estaban maduras y dijo que ése es el caso de Venezuela. El presidente Chávez dijo que le había llamado la atención la declaración de Trotsky de que en Europa y otros países, las condiciones para el socialismo no sólo estaban maduras, sino que comenzaban a pudrirse. “A mí me llamó la atención poderosamente esa expresión, María Cristina [Ministra del Poder Popular para la Industria Eléctrica y el Comercio], porque nunca yo la había leído, o sea lo que eso significa, las condiciones pueden estar, si no las vemos, si no las captamos, si no sabemos aprovechar el momento, se empiezan a descomponer, como cualquier producto natural de la tierra, el mango, etc.”.

Esta idea es absolutamente correcta. En la actualidad, las condiciones objetivas para la revolución socialista en Venezuela son enormemente favorables. Pero esta situación no será eterna. Venezuela aún no ha roto con el capitalismo, sino que se encuentra en una posición a medio camino que no es nada estable. En ello hay grandes peligros. Es imposible hacer media revolución. El peligro es que, al introducir algunas medidas de nacionalización y otras reformas progresistas, Chávez haga imposible el funcionamiento del capitalismo, sin haber creado los mecanismos necesarios de planificación y control que son las condiciones previas para una economía socialista planificada.

En el mismo discurso, Chávez hace referencia también a la tesis

central del programa de transición de Trotsky, cuando explica que “la crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria”. Chávez continúa: “Y entonces apunta León Trotsky a algo importantísimo, y él dice que se empezaban a descomponer no por culpa de los trabajadores, sino de la dirigencia, que no veía, que no sabía, que era cobarde, que se subordinó a los mandatos del capitalismo, de las democracias burguesas, los sindicatos. Bueno, se acoplaron al sistema, los grandes partidos comunistas, la Internacional Comunista se acopló al sistema y entonces nadie supo aprovechar por falta de dirigencia y de liderazgo oportuno, audaz, inteligente, que orientara la ofensiva popular, aquellas condiciones. Y luego vino la Segunda Guerra Mundial y sabemos lo que ocurrió, y después de la Segunda Guerra Mundial, y luego terminó el siglo con la caída soviética y la caída de los llamados socialismos reales”.

Estas palabras nos sitúan en un mundo que no tiene nada que ver con aquellos que defienden que no puede haber socialismo en Venezuela, porque el nivel de conciencia de los trabajadores no “es suficientemente alto”. Y, por sorprendente que pueda parecer, hay personas, incluso en Venezuela, que defienden precisamente esta idea. Una de ellas es Heinz Dieterich, cuyas opiniones ahora son bien conocidas por nosotros. Pero Dieterich no está solo. Las palabras de Chávez también representan un ataque a los dirigentes estalinistas del Partido Comunista de Venezuela (PCV), que se han negado a entrar en el nuevo Partido Socialista Unido de Venezuela. El PCV es un partido que tiene muchos militantes obreros honestos y valientes, pero la dirección ha jugado un papel lamentable durante la revolución bolivariana. En lugar de ser un partido de vanguardia, defendiendo desde el principio que el socialismo era la única salida, ha hecho precisamente lo contrario. Se ha pasado los primeros años de la revolución defendiendo enérgicamente que la revolución venezolana sólo estaba en su “fase democrática antiimperialista” y que el socialismo no estaba en el orden del día. Sólo cuando Chávez habló de socialismo, el PCV se atrevió a mencionar la palabra. E incluso ahora, aún insiste en que la “etapa” actual es la de la “liberación nacional”, y que una de sus reivindicaciones sería “una multifacética alianza de clases y capas sociales, incluida la burguesía no monopolista”. (*Tesis del XIII Congreso*. 2007.)

Desde que Chávez comenzó a hablar de socialismo en enero de 2005, esta cuestión se ha convertido en un tema importante de de-

bate por toda Venezuela. Las declaraciones de Chávez en el sentido de que bajo el capitalismo no había solución a los problemas de las masas y que el camino adelante era el socialismo, representó un avance importante en su desarrollo político. Comenzó intentando la reforma del sistema y dando a las masas de pobres venezolanos unos servicios de educación y sanidad decentes, pero se dio cuenta a través de su propia experiencia de que eso no era posible bajo el capitalismo. Tan pronto como mencionó el socialismo, los reformistas, los burócratas e infiltrados contrarrevolucionarios dentro del movimiento bolivariano se quedaron aterrorizados. No podían abierta y públicamente contradecir al Presidente, porque sus palabras conectaban con los sentimientos y aspiraciones de las masas. En su lugar, intentaron diluir el contenido de lo que había dicho. El jefe de todos es Heinz Dieterich, que ha intentado desarrollar una justificación “teórica” contra el socialismo, vistiéndola con las ropas del “socialismo del siglo XXI”. Básicamente, él argumenta que el socialismo no significa la expropiación de los medios de producción, sino una economía mixta. Es decir, el socialismo, para Dieterich, realmente significa... capitalismo. Como un mago, Dieterich piensa que la declaración de Chávez a favor del socialismo se mete en un sombrero y se saca conejo capitalista.

Chávez en los primeros meses de 2007 expresó su impaciencia creciente con las tácticas dilatorias de la burocracia y de la contrarrevolución dentro del movimiento. En sus comentarios sobre Trotsky insistió en lo siguiente: “Bueno, aquí están dadas las condiciones, yo creo que ese pensamiento o esa reflexión de Trotsky es útil para el momento que estamos viviendo, aquí las condiciones están dadas, en Venezuela y en América Latina, no me voy a meter con Europa en este momento, ni con Asia, ahí hay otras realidades, otros tiempos, otras dinámicas, pero en América Latina están dadas las condiciones, y en Venezuela, pero, por supuesto, para hacer una verdadera revolución”. ¡Qué diferencia con los reformistas y estalinistas que, incluso en la situación actual de Venezuela, aún alegan que no están maduras las condiciones para la revolución!

### DIETERICH Y LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

Comparemos ahora todo esto con las ideas planteadas por el camarada Dieterich. En la entrevista publicada en *Rebelión* (2/1/07) leemos:

“P. ¿Hay condiciones para implementar el socialismo del siglo XXI en Venezuela?

“R. Sí, ahora sí las hay. Menciono solo algunos. Dos tercios de la población votaron por el Presidente con pleno conocimiento de su bandera del Socialismo del Siglo XXI. Esto es un mandato sustancioso de los ciudadanos. El avance del sistema educativo, económico y de la conciencia del pueblo han sido notables. La integración latinoamericana y la destrucción de la Doctrina Monroe parecen ya imparables. Las Fuerzas Armadas ahora son confiables y tres sectores clave de la economía nacional están en manos del gobierno: el Estado, PdVSA-CVG, y más de cien mil cooperativas”.

Hasta ahora, todo bien, o así parece. No obstante, en una entrevista publicada en *Junge Welt* dice *precisamente lo contrario*. Evidentemente, cuando él dice que las condiciones existen para introducir el socialismo en Venezuela, quiere decir que existen las condiciones para su *jugueteo reformista*, que no supone peligro alguno para el dominio del capital. Y nos hace una severa advertencia: “Cualquier otro intento de dar pasos hacia el socialismo en las condiciones actuales llevaría rápidamente al colapso del sistema *porque no hay bases de poder para que se ejecute*” (El subrayado es mío).

Dieterich ahora enumera los factores que supuestamente *hacen imposible la transformación socialista de la sociedad en Venezuela*: “El Estado burgués no ha sido destruido, simplemente se ha reorganizado en una nueva manera de gobernar. La Iglesia no ha perdido su influencia. El 80 por ciento de los medios de comunicación están en manos de grandes empresas opuestas al gobierno. También está ausente el tipo de correlación de fuerzas de poder que permitiría una repetición de lo ocurrido en Cuba o la Unión Soviética”. Si el Estado burgués aún no está destruido, la tarea es destruirlo y reconstruirlo desde abajo. Y si el 80 por ciento de los medios de comunicación están en manos de grandes empresas opuestas al gobierno, entonces es urgente que se ponga fin a esta situación inaceptable. Las grandes empresas deberían ser expropiadas y los medios de comunicación deberían ponerse en manos del pueblo.

Nuestro amigo exclamará que eso sería totalitarismo. En absoluto, respondemos nosotros. Una vez nacionalizada la prensa, pode-

mos garantizar el acceso a los periódicos, la radio y la televisión para todos los partidos y organizaciones de masas, sindicatos, cooperativas, etc., en proporción a su peso específico real en la sociedad. Sobre esa base, las distintas tendencias del movimiento bolivariano, de obreros y campesinos, tendrían varios periódicos diarios y canales de televisión, y los actuales propietarios de los medios de comunicación privados tendrían el mismo derecho que ahora disfrutamos nosotros: vender pequeños folletos y boletines en las esquinas, defendiendo las bondades del capitalismo a cualquiera que quiera escucharles. Solón de Atenas hace mucho tiempo respondió a los argumentos legalistas de los reformistas: “Las leyes son semejantes a las telas de araña; detienen a lo débil y ligero y son deshechas por lo fuerte y poderoso”. Es inútil dar a la oligarquía lecciones de moralidad y ley.

La melodía que Dieterich canta incansablemente nos suena muy familiar. La hemos escuchado antes en muchas ocasiones. Conocemos la música y también la letra. La cantaron los mencheviques mucho antes de 1917, sólo que ellos lo hacían mejor que Dieterich. Hicieron todo lo que pudieron para convencer a los obreros y campesinos rusos de que no podían tomar el poder. ¡Que no había condiciones! La realidad es que las condiciones de Rusia en 1917 eran mil veces más difíciles que en Venezuela actualmente. Sin embargo, los obreros y campesinos rusos, bajo la dirección del partido de Lenin y Trotsky, echaron a un lado a los reformistas y tomaron el poder en la Revolución de Octubre.

### UNA VEZ MÁS SOBRE LA NEP

Heinz insiste en que la revolución venezolana no puede ir más allá que la NEP en Rusia, la cual malinterpreta completamente, como ya hemos explicado. Dice lo siguiente: “La nueva política económica debe ser aplicada de tal manera que los sectores sociales que hasta ahora han estado marginados se fortalezcan: pequeños campesinos, trabajadores industriales, pequeñas empresas. *Naturalmente, eso no lleva automáticamente al socialismo.* Pero se puede hacer un proceso paralelo mediante la preparación de las estructuras para la economía de equivalencia. Esa es la diferencia decisiva”.

El quid de la cuestión es que lo que Dieterich defiende *naturalmente* no puede conducir y no conducirá al socialismo (la palabra

“automáticamente” la añade para confundir la cuestión). Entonces, ¿a qué llevará? A un “*proceso paralelo [...] mediante la preparación de las estructuras para la economía de equivalencia*”. ¡Lo que quiere decir se deja a la interpretación de cada uno! Las palabras están impresas en una página en blanco y negro, pero nadie puede decir qué significan.

¿Qué es una “economía de equivalencia”? Es algo desconocido en toda la literatura marxista (y, también, en la literatura no marxista). Es un bicho raro, que no es capitalismo ni socialismo, ni nada entre ambos. En realidad, es un producto del cerebro siempre inventivo del camarada Dieterich, que, simplemente, se lo ha sacado de la manga para confundir la cuestión. Dieterich dice: “*No es cuestión primero de hacer una revolución democrática y después en algún momento posterior la revolución socialista*. Es cuestión de hacer ambas al mismo tiempo por caminos paralelos. Esa es la nueva solución para América Latina: salvaguardarse frente a la Doctrina Monroe y sobrevivir mientras se introduce el desarrollo socialista.

“En otras revoluciones ¿cómo se avanzó hacia el socialismo? Lenin definía distintos requisitos para diferentes momentos. Primero hubo la electrificación. Eso significaba la percepción de que no existían las condiciones objetivas para el socialismo, que sólo ellos podrían crear. Eso permitió la colectivización de la agricultura. Todo el movimiento de granjas colectivas fue el resultado de una necesidad política, por el futuro de la revolución, para poner bajo el control del partido el potencial que existía dentro de la población y tomar una decisión sobre ello. Ese fue el factor decisivo. Y Lenin se dio cuenta, por supuesto, que la Unión Soviética seguiría siendo burguesa a medio plazo si los campesinos no se ponían bajo la dirección ideológica del partido y los trabajadores”.

Esta presentación es totalmente deshonesta. En primer lugar, Dieterich confunde las ideas de Lenin sobre la *construcción del socialismo* con su posición sobre la *revolución socialista*. Las dos cosas son completamente diferentes. En otras partes escribe: “En mi opinión, lo único que hoy se puede hacer en Venezuela es lo que hizo Lenin con la Nueva Política Económica. *Cualquier otro intento de dar pasos hacia el socialismo en las condiciones actuales llevaría rápidamente al colapso del sistema, porque no existen las bases para poder ejecutarlo*”. (El subrayado es mío).

Hay una pequeña diferencia entre la NEP en la Unión Soviética y la situación actual. *En Rusia la clase obrera ya había tomado el poder. Había destruido el viejo Estado capitalista y establecido el poder de los soviets de trabajadores. Los bolcheviques estaban al timón del Estado obrero, la tierra, los bancos y las principales industrias estaban nacionalizados.* En esas condiciones, las conquistas fundamentales de la Revolución de Octubre estaban en manos seguras, y era posible dar ciertas concesiones a los capitalistas extranjeros sin poner en peligro el poder soviético. Lenin ofreció concesiones a los inversores extranjeros en Rusia. Esta medida era correcta y necesaria.

Los bolcheviques no tenían medios económicos ni tecnológicos para desarrollar la inmensa riqueza mineral de Siberia. Era correcto ofrecer concesiones a las empresas extranjeras para hacerlo. Podrían conseguir grandes beneficios, con la condición de que cumplieran las leyes laborales soviéticas y pagaran impuestos al Estado. Cuando Lenin se vio obligado a dar un paso atrás en 1921, debido al aislamiento de la revolución rusa en unas condiciones de hambre y atraso extremos, los bolcheviques mantuvieron un control firme del Estado: la tierra, los bancos y el grueso de la industria estaban en manos del Estado, que también mantenía el monopolio del comercio exterior. Quizá Heinz ha olvidado este “pequeño detalle”, quizá nunca lo supo, o quizá prefiere no recordarlo. De cualquier manera, su referencia a la NEP en Rusia está totalmente fuera de lugar y es engañosa.

Si Dieterich está a favor de la NEP de Lenin, ¿asumimos que está a favor de que la clase obrera tome el poder en Venezuela, que expropie a la burguesía y se haga cargo de los sectores decisivos de la economía? En estas circunstancias y *sólo en estas circunstancias* sería correcto hablar de una política tipo NEP. Sin embargo, cuando Dieterich habla de economía mixta, está hablando de algo totalmente diferente. Se opone a la expropiación de los bancos y las grandes industrias en Venezuela (excepto PDVSA, que ya está nacionalizada). Es decir, está a favor de dejar intacto el poder económico de la oligarquía, limitando el elemento “socialista” de la economía a las pequeñas empresas que funcionan como cooperativas.

Por “economía mixta” él no entiende una economía socialista donde el grueso de la economía esté en manos del Estado (y el Estado esté en manos de la clase obrera) y haya un sector privado pequeño formado principalmente por pequeñas empresas. Él tiene

en mente una economía capitalista donde la mayoría de los sectores clave de la economía esté en manos de los terratenientes, banqueros y capitalistas, y una minoría, formada principalmente por pequeñas empresas, funcione en régimen de cooperativas. *Es decir, defiende un sistema que es precisamente lo contrario a la NEP de Lenin.*

## EL PAPEL DE LAS MASAS

La clave del éxito de la revolución bolivariana es la participación activa de las masas. La revolución se mantendrá o caerá dependiendo de si las masas toman la iniciativa y la clase obrera consigue situarse a la cabeza de la nación. El movimiento desde abajo cobra fuerza cada día, incluso cada hora. Los obreros están empezando a ocupar las fábricas bajo la bandera del Freteco, y los campesinos a tomar las tierras bajo la bandera del Frente Campesino Ezequiel Zamora. La idea del control obrero gana terreno. El debate sobre el socialismo ha penetrado en cada una de las capas de la sociedad. Hay fermento revolucionario a todos los niveles. A pesar de todo esto, el camarada Dieterich no quiere ver el movimiento revolucionario real de las masas y niega su existencia. Se comporta como el almirante Nelson, que miraba a través del telescopio con su ojo tuerto para no ver una señal que le desagradara. Dieterich no tiene en absoluto confianza en el potencial revolucionario de las masas. No figuran como una fuerza creativa independiente en su Nuevo Proyecto Histórico. Es precisamente lo contrario a la idea de Marx cuando dijo que la tarea de la emancipación de la clase obrera era tarea de la propia clase obrera. En el prólogo de su obra maestra del materialismo histórico, *Historia de la Revolución Rusa*, León Trotsky describe de la siguiente manera la mecánica fundamental de la revolución:

*“El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo*

régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. *La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos?*. (León Trotsky. *Historia de la Revolución Rusa*. Bilbao. Editorial ZERO SA. 1974. p.8. El subrayado es mío.)

En periodos normales las masas no participan en política. Las condiciones de vida bajo el capitalismo son barreras insuperables en su camino, las largas horas de trabajo, el cansancio físico y mental, etc. Normalmente, la gente se limita a dejar a otros las decisiones que afectan a sus vidas, el concejal, el político profesional, el dirigente sindical, etc. Sin embargo, en determinados momentos críticos, las masas irrumpen en la escena de la historia, toman su vida y su destino en sus manos y se transforman de agentes pasivos en protagonistas del proceso histórico. Habría que estar muy ciego o ser muy obtuso para no ver que ésta es precisamente la situación que ahora existe en Venezuela. En los últimos años, pero especialmente desde el intento de golpe de estado de abril de 2002, millones de trabajadores y campesinos se han puesto en movimiento y luchan por cambiar la sociedad. Las masas, ya sea en Venezuela o en cualquier otro país, sólo pueden aprender de su experiencia. La clase obrera tiene que pasar por la experiencia de la revolución para distinguir entre las distintas tendencias, programas y dirigentes. Aprende por el método de aproximaciones sucesivas.

Trotsky explica: “Las distintas etapas del proceso revolucionario, consolidadas por el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirido por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Entonces comienza la reacción: decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, difusión del indiferentismo y consiguiente consolidación de las posiciones adquiridas por las fuerzas contrarrevolucionarias. Tal es, al menos, el esquema de las revoluciones tradicionales.

“Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los caudillos que en modo alguno queremos negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante, de este proceso. Sin una organización dirigente, la

energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor”. (Ibíd., pp. 8-9.)

Estas palabras se pueden aplicar perfectamente a la situación en Venezuela. Es imposible comprender el proceso limitándose a un análisis de los dirigentes, sus orígenes de clase, declaraciones y programas. Esto es similar a la espuma de las olas del océano, que son sólo el reflejo superficial de las profundas corrientes que hay debajo de la superficie. El problema con Dieterich es que él es totalmente incapaz de comprender que la fuerza motriz fundamental de la revolución venezolana son las masas. El movimiento de las masas, las masas como una fuerza creativa, como la fuerza motriz de la revolución, es algo que nuestro Heinz es incapaz de aceptar. En común con todos los demás esnobs intelectuales que habitan el sofocante mundo de la “izquierda” universitaria, él tiene un profundo desprecio hacia las masas, a las que ve exclusivamente en términos del “pobre pueblo sufridor” que las damas y caballeros “educados” de las universidades están destinados a salvar de su ignorancia.

Ninguna persona seria puede negar que fueron los millones de obreros, campesinos y pobres urbanos normales y corrientes los que en la etapa decisiva han salvado la revolución y la han impulsado hacia adelante. El comportamiento de los obreros y campesinos venezolanos durante la última década ha sido ejemplar y ha demostrado un nivel muy alto de conciencia revolucionaria. Es verdad que si las masas hubieran tenido la guía de un verdadero partido marxista, el proceso habría sido mucho más fácil y, probablemente, ya habría terminado en una victoria. Pero lo realmente asombroso es lo lejos que han llegado las masas incluso sin el timonel de un partido marxista. La formación del PSUV fue un gran paso adelante pero en sí mismo no es suficiente. El partido debe ser armado con una teoría científica, con una política y un programa para cambiar la sociedad. La necesidad de la teoría marxista nunca ha sido más urgente. En una revolución no hay tiempo para juegos o para complacerse con experimentos utópicos del tipo Dieterich. No hay tiempo de aprender mediante aproximaciones sucesivas, porque en una revolución un error puede tener consecuencias muy serias.

Aquellos que niegan la necesidad de la teoría revolucionaria alegan que las masas pueden aprender todo lo que necesitan saber a

través de su propia experiencia, sin la ayuda de partidos o dirigentes. Esta idea es completamente pueril. Si necesitas instalar un cuarto de baño tendrás que pedir ayuda a un fontanero. ¿Qué pensarías de un fontanero que te dice que nunca ha reparado un grifo o estudiado fontanería, pero que está seguro de que puede resolver el problema mediante aproximaciones sucesivas? ¿Qué pensarías de un dentista que, cuando llegas con un dolor de muelas te dice tranquilamente que nunca ha extraído una muela ni estudiado odontología, pero que está dispuesto a experimentar contigo? Ninguna persona sensata permitiría que este dentista se acercase a su boca. No obstante, parece que las revoluciones, donde hay mucho más en juego que en una muela cariada, se pueden abordar de una manera totalmente frívola. Ésta es una receta para el desastre.

La teoría ocupa el lugar en las revoluciones que la estrategia militar ocupa en la guerra. Una estrategia equivocada en la guerra inevitablemente llevará a errores en la táctica y en las operaciones prácticas. Eso socavará la moral de las tropas y llevará a todo tipo de errores graves, derrotas y pérdidas de vida innecesarias. Ocurre lo mismo en la revolución. Los errores en la teoría tarde o temprano se reflejarán en errores en la práctica. Un error en la vida cotidiana a menudo se puede rectificar. Los errores cotidianos normalmente no son cuestiones de vida o muerte, pero las revoluciones son luchas a vida y muerte, y los errores se pueden pagar muy caros. Por consiguiente, los revolucionarios consecuentes deben prestar una atención seria a la teoría. Deben estudiar cuidadosamente las revoluciones pasadas y sacar las lecciones y conclusiones necesarias de ellas. Una actitud arrogante que dice: “No tengo nada que aprender de las revoluciones pasadas en otros países”, está totalmente fuera de lugar. De la misma manera, la idea defendida por gente como Heinz Dieterich de que es necesario deshacerse de las “viejas” ideas de Marx y Lenin, y buscar una teoría completamente nueva y original del “socialismo del siglo XXI” es absolutamente falsa y perjudicial.

La realidad es que bajo la influencia de las “ideas nuevas y originales” de los reformistas ya se han cometido muchos errores en Venezuela. Se han perdido oportunidades muy buenas. Cuando las masas derrotaron el golpe de abril de 2002, las fuerzas contrarrevolucionarias estaban desmoralizadas y desorganizadas. En aquel momento habría sido posible llevar a cabo la transformación socialista pacífica de la sociedad. La oligarquía estaba impotente y no tenía

fuerza con la que poder evitarlo. Pero se perdió la oportunidad. Los contrarrevolucionarios pudieron reagruparse para una nueva ofensiva, el sabotaje económico de los empresarios, unos meses después. Hasta el día de hoy, increíblemente, no está en prisión ni uno solo de los conspiradores. Para que triunfe, la revolución bolivariana debe armarse. Pero las primeras armas que se necesitan son las ideas, las ideas correctas, científicas y revolucionarias que realmente corresponden a la situación y a las necesidades de las masas. El propio Marx dijo que las ideas se convierten en una fuerza material cuando calan en la mente de las masas. Y las únicas ideas revolucionarias realmente consistentes son las ideas del marxismo. Es absolutamente imperativo que los trabajadores y los jóvenes de Venezuela, empezando por los activistas, la vanguardia proletaria, se empapen de estas maravillosas ideas. Son como una brújula que apunta infaliblemente a la victoria de la revolución socialista.

### EL PAPEL DE LA CLASE OBRERA

Heinz Dieterich ignora totalmente la composición de clase de la sociedad y la lucha de clases, que propone eliminar mediante la aplicación de la economía de equivalencia y otras ideas “nuevas y originales”. ¿Por qué Dieterich sólo hace referencia a las “mayorías” o a los “marginados de la humanidad” en el contexto de la lucha contra el capitalismo? Es bien sabido que Marx y Lenin consideraban que la clase obrera era la fuerza principal que llevaría a cabo la revolución socialista, en alianza con sus aliados naturales, los campesinos pobres. ¿Estaban equivocados? Si es así, ¿por qué? Y, ¿quiénes son los marginados de la humanidad a los que hace referencia Dieterich? No lo dice, así que tendremos que buscar un intérprete.

El punto de vista marxista es completamente diferente al concepto sentimental y utópico de Dieterich. ¿Por qué Marx se basó en el proletariado y no en los estudiantes, intelectuales o lumpemproletariado? No fue por razones arbitrarias sino *debido al papel especial del proletariado en la producción y al reflejo consiguiente de esta situación en la conciencia de clase*. Los marxistas analizan las diferentes clases y capas de la sociedad, explican su relación con la clase dominante y entre sí. En última instancia, esta relación está determinada por su papel en la producción. Existe una minoría de explotadores que ostentan y controlan los medios de producción; y existe la clase obrera, que

crea la riqueza de la sociedad mediante su trabajo. Hay muchas subdivisiones, pero éstas son las dos clases fundamentales de la sociedad. Si ignoramos este hecho, o intentamos borrar las fronteras de las clases hablando de “mayorías” no especificadas, inmediatamente abandonamos el socialismo científico y entramos en el reino de la mistificación y la confusión. Ésta es, en realidad, la característica más notable de la versión del “socialismo del siglo XXI” de Dieterich.

El papel dirigente del proletariado en la revolución nace del papel de los obreros en la producción y del hecho de que la participación en los medios de producción colectivos (sociales) hace que la clase obrera desarrolle una conciencia socialista (colectiva). Eso no ocurre con ninguna otra clase. A través de la experiencia de su vida, el proletariado aprende a comprender la organización colectiva y la disciplina. Es el resultado de la dura escuela de la explotación y de la producción capitalista, que prepara al trabajador para la lucha de clases. La clase obrera y la burguesía son dos clases relativamente homogéneas. Constituyen dos polos opuestos, en una posición de mutuo y exclusivo antagonismo. Pueden existir periodos de tregua entre ellas, pero tarde o temprano la lucha de clases entre el trabajo asalariado y el Capital vuelve a reaparecer, asumiendo un mayor o menor grado de intensidad.

Las armas normales del proletariado son los métodos de la lucha de masas —la huelga, la huelga general, las manifestaciones de masas—, que actúan como una escuela que le prepara para la tarea final de tomar en sus manos el control de la sociedad. El movimiento obrero en todas partes es una escuela de democracia. Antes de que los trabajadores decidan ir a la huelga, hay una discusión democrática, en la que se pueden escuchar opiniones a favor y en contra. Pero una vez se ha votado, los trabajadores actúan como una sola persona. Aquellos que intentan desafiar la decisión democrática de los trabajadores y romper la huelga, son tratados como esquiroles. El piquete es la expresión concreta de la voluntad de la mayoría. En el transcurso de una huelga, los trabajadores participan, piensan y discuten. Todo trabajador sabe que se aprende más durante un día de huelga que en años de actividad normal. En realidad, toda huelga contiene elementos de una revolución, y una revolución es como una huelga a gran escala. Muchos de los procesos que ocurren en la clase obrera son análogos, aunque los dos tienen un rumbo cualitativamente diferente. Pero en ambos casos, el elemento clave es la

participación activa y consciente de la clase obrera, que comienza a tomar su destino en sus manos en lugar de dejar las decisiones importantes en manos de otros. Ésta es la esencia del socialismo o, para ser más exactos, del poder obrero.

La pregunta a la que Dieterich nunca ha respondido seriamente es: ¿cómo la clase capitalista, que es una pequeña minoría, consigue mantener su dominio sobre las “mayorías”? No puede responder, porque no comprende la naturaleza de clase de la sociedad. Su definición anticientífica de la división de la sociedad en dos categorías abstractas sin ningún contenido concreto, hace imposible comprender la verdadera dinámica clasista de la sociedad burguesa. Sería imposible para la burguesía mantenerse en el poder durante un solo día, si no fuera por el apoyo de otros grupos dentro de la sociedad. Entre el proletariado y la burguesía hay otras clases y subclases, que proporcionan a la burguesía el apoyo necesario para mantener el poder. Hay millones de subexplotadores y de sub-subexplotadores, sin cuyo apoyo los partidos burgueses nunca ganarían unas elecciones. Hay pequeños propietarios, pequeños empresarios, pequeños comerciantes, profesionales, abogados, jueces, funcionarios y profesores universitarios. Después, están los trabajadores “autónomos”. Por último, en el fondo del montón, está el lumpemproletariado, los elementos desclasados, mendigos, criminales, etcétera.

Si miramos más de cerca, las “mayorías” de Heinz Dieterich son realmente un ramillete muy mezclado. Además, la composición de clase en un país como Venezuela es mucho más complicada y variada que, por ejemplo, en Francia, EEUU o Japón. En particular, el campesinado juega un papel muy importante. Como en Rusia en 1917, sería imposible para los obreros tomar el poder sin aliados, y los aliados naturales de la clase obrera son los campesinos pobres. Formalmente, el campesinado es una clase de pequeños propietarios. En Rusia, los campesinos sin tierra, que lucharon al lado de los bolcheviques en 1917, sin embargo, carecían de una conciencia socialista. Aspiraban a la posesión de la tierra, es decir, aspiraban a transformarse en pequeños propietarios agrarios. La consigna “la tierra para quien la trabaja”, a pesar de su tremendo significado revolucionario, tenía un contenido burgués y no socialista. Eso se expresó después de la llegada al poder de los bolcheviques.

No obstante, eso no quiere decir que los campesinos no puedan adoptar un punto de vista socialista. En la revolución española de

los años treinta, los campesinos de Cataluña, Aragón y Andalucía ocuparon los grandes latifundios y los convirtieron en propiedad colectiva bajo el control democrático. Hoy, en Venezuela, el campesinado es una minoría y no tiene el mismo peso específico que el campesinado de la Rusia zarista, al que pertenecía la aplastante mayoría de la sociedad. Pero la lucha de los campesinos venezolanos contra los grandes terratenientes, un sector clave de la oligarquía, es una parte muy importante de la revolución. Los campesinos sin tierra son realmente proletarios rurales. En la lucha por el socialismo estarán firmemente al lado de la clase obrera. Ellos han mostrado una conciencia de clase revolucionaria muy elevada. Bajo la dirección de organizaciones como el Frente Nacional Campesino Ezequiel Zamora, los campesinos luchan por la expropiación de las grandes haciendas y su transformación en propiedad colectiva, administrada por los propios trabajadores agrícolas. Éste es el único programa correcto para el campesinado venezolano, que, junto con la clase obrera urbana, luchará por la nacionalización de la tierra y la expropiación de la oligarquía.

Sin embargo, en última instancia, el destino de la revolución venezolana se decidirá en las ciudades, donde vive entre un 85 y 90 por ciento de la población. La clase obrera debe situarse a la cabeza de todas las demás clases oprimidas: los campesinos y los pobres urbanos, los desempleados, vendedores callejeros y los habitantes de las chabolas, los aliados naturales del proletariado, que también han mostrado un espíritu tremendamente revolucionario. Estas son las auténticas fuerzas vivas de la sociedad venezolana. Una alianza militante —para la lucha contra el enemigo común— entre estas clases, que arrastrarán tras ellas a las capas bajas de la clase media, a los pequeños comerciantes, etc., movilizará a la mayor parte de la población y los unirá en una fuerza irresistible que barrerá todo lo que se le ponga por delante.

### CÓMO NO GANARSE A LA CLASE MEDIA

Un argumento utilizado a menudo por Dieterich y otros reformistas es que es necesario ganarse a la clase media y, por lo tanto, no debemos ir demasiado lejos en el ataque al capitalismo. La primera mitad de esta declaración es correcta, pero contradice de lleno a la segunda mitad. Es tan posible como necesario ganarse a una par-

te grande de la clase media, pero nunca conseguiremos hacerlo si aceptamos la política de los reformistas, que sólo pueden alienar a la masa de la pequeña burguesía y empujarla a los brazos de la contrarrevolución. Utilizando su poder económico y control de los medios de comunicación, las clases explotadoras han movilizado a la masa de la clase media venezolana para oponerse a la revolución. Bajo la falsa bandera de la democracia, han organizado disturbios callejeros y enfrentamientos. Sus tropas de choque son los hijos de los ricos, los “*sifrinos*”, parásitos adinerados, que se oponen fanáticamente a las masas. La pequeña burguesía enrabiada está resentida por las concesiones que se hacen a los pobres, porque las ven como una amenaza para sus propios privilegios. Hacen mucho ruido cuando es necesario, pero realmente son sólo polvo humano, fácilmente removible por el viento cuando se enfrenten al movimiento de las masas.

Sin embargo, como hemos explicado, la pequeña burguesía no es una clase homogénea. Hay contradicciones dentro de la clase media que se pueden expresar en escisiones en la oposición. Las capas superiores de la clase media están formadas por elementos privilegiados, abogados prósperos, profesores universitarios, directores de bancos y políticos, que están más cerca de la oligarquía y son sus fervientes seguidores. Las capas inferiores, los pequeños comerciantes, pequeños campesinos, oficinistas de bancos, etc., están más cerca de la clase obrera y se les puede ganar para la causa. No obstante, la manera de ganarse a las filas inferiores de la pequeña burguesía no es haciendo concesiones a sus dirigentes (realmente, sus explotadores políticos), sino pasando a la ofensiva contra los grandes banqueros y capitalistas, mostrando una actitud de firmeza y decisión absolutas.

Un sector de la oposición consiste en gente engañada por los contrarrevolucionarios. Se las puede ganar para la revolución. La manera de conseguirlo, no obstante, es llevando a cabo medidas para expropiar a los grandes capitalistas y adoptando medidas que favorezcan a los pequeños comerciantes y pequeños empresarios. Deben estar convencidos de que la revolución es invencible y de que sus intereses estarán mejor representados si unen sus fuerzas con la de la clase obrera contra los grandes bancos y monopolios. En una entrevista publicada en *Rebelión* el 25 de abril de 2004 titulada, *Sin apoyo de la clase media el proceso se puede perder*, le preguntan a Dieterich por qué la oposición en Venezuela es tan violenta, a lo que responde:

“Creo que hay tanta virulencia y que se ha perdido mucho del capital que existía antes, porque no se le ha hecho comprender a la clase media y a la pequeña burguesía que el proceso no es su enemigo. Últimamente se ha introducido el concepto de los trabajadores como sujeto de la transformación, lo que a mi juicio significa volver a repetir *el error del lenguaje excluyente*”. (El subrayado es mío). Para este profesor universitario *todo es una cuestión de lenguaje*. Sólo si Chávez moderara su lenguaje y comenzase a parecer un poco más moderado, esto le calmaría los nervios a la clase media e inmediatamente haría que la oposición y su manada corriera en tropel a la bandera del bolivarianismo. ¡Si todo fuera tan sencillo! Para empezar, estaremos de acuerdo con Heinz en al menos algo. Estamos de acuerdo en que es necesario hacer un llamamiento a la clase media (que, a propósito, es exactamente lo mismo que la pequeña burguesía) e intentaríamos ganarnos al menos a una parte de ella para la causa de la revolución. La pregunta es: ¿cómo se hace esto? En una entrevista en *Junge Welt* Dieterich dice:

“La toma del poder en gran medida se ha conseguido, aunque no tan decisivamente como deseáramos. La cuestión es si tendrá más éxito en la etapa formativa que en la Unión Soviética y China, o si fracasará. Tenemos la ventaja de estos dos ejemplos históricos: hoy tenemos claro lo que es la economía de no mercado y tenemos capacidades técnicas que no existían en ninguno de estos dos ejemplos. Por esa razón, yo diría que hoy, por primera vez, existen las condiciones objetivas que se pueden utilizar para convertir esta fase de transición en resolución por el socialismo.

*“Pero en cualquier caso todo se debe hacer democráticamente. Si en algún momento la gente dice: ‘hemos alcanzado el nivel de desarrollo de Costa Rica y eso está lo suficientemente bien para nosotros, no queremos experimentos socialistas en Venezuela’, entonces no se debe hacer nada. La democracia significa el gobierno de la mayoría. Si la mayoría está satisfecha con unas condiciones sociales cuasi del primer mundo y no desea ir más allá, no se puede imponer el socialismo”*. (El subrayado es mío).

El camarada Dieterich dice que el socialismo no se puede imponer, sino que se debe “hacer democráticamente”. ¿Qué se supone

que significa eso? *La mayoría en Venezuela es la masa de trabajadores, campesinos y pobres, que forman la base del movimiento bolivariano y que han votado masivamente a favor de Chávez y el socialismo.* Por lo tanto, en lo que concierne a la clase obrera, no se trata de “imponer” el socialismo. Aquellos que se oponen al socialismo y se quejan a gritos de las imposiciones y las dictaduras son una minoría, la minúscula minoría de explotadores, que han movilizado a un sector de la clase media para luchar en las calles contra un gobierno elegido democráticamente. En Venezuela sólo la clase media (y no todos sus miembros) es la que disfruta de unas “condiciones sociales cuasi del primer mundo” y por esa razón no quiere ir más allá. En la misma categoría social debemos incluir también a una gran parte de la burocracia bolivariana, que disfruta de una posición privilegiada y en secreto simpatiza con la oposición.

La llamada democracia burguesa es un gigantesco fraude, detrás está la dictadura del gran capital. Esta dictadura oprime no sólo a los trabajadores, sino también a la clase media. Lo que hace falta no es el fraude falso de la democracia burguesa formal, donde el poder real está en manos de los grandes bancos y monopolios, sino la democracia real, una democracia de la clase trabajadora, basada en la propiedad colectiva de la tierra, los bancos y la industria. Es lógico que aquellos sectores de la sociedad con algo que perder se opongan al socialismo y exijan que se frene la revolución bolivariana. Pero no son la mayoría, sino la minoría. La democracia es el gobierno de la mayoría, y la minoría debe aceptar la decisión de la mayoría. Aún así, Heinz Dieterich dice reiteradamente que, a menos que la clase media esté de acuerdo, es un error llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad. En otras palabras, dice que la mayoría debe aceptar la decisión de la minoría, es decir, lo contrario a la democracia.

### CÓMO GANARSE A LA CLASE MEDIA

¿Cómo ganarse a la clase media? Sin duda alguna, no mostrando debilidad ni vacilación. Winston Churchill solía decir que el ataque es la mejor forma de defensa. Es absolutamente necesario llevar la revolución hasta el final. Es necesario poner fin al dominio completo que ejercen los terratenientes y capitalistas sobre la economía, nacionalizando los bancos, la tierra y las principales industrias bajo el control democrático y administración de los trabajadores. Los

reformistas están convencidos de que los discursos socialistas de Chávez, las expropiaciones y la cogestión revolucionaria implantada después de esas expropiaciones son errores que alejan a la clase media, provocan al imperialismo y minimizan el apoyo a la revolución. En realidad, ocurre lo contrario. Lo que provoca al imperialismo son aquellas medidas que no le sirven para subyugar a las masas y no le permiten continuar explotando la riqueza del país, como siempre ha hecho. El apoyo a Chávez caerá si los discursos sobre el socialismo no se traducen rápidamente en acción. El resultado del referéndum constitucional de diciembre de 2007 fue una advertencia en este sentido.

Las masas de trabajadores y clase media necesitan ver que el socialismo no es un sueño lejano, sino una solución inmediata a sus problemas. No queremos nacionalizar cada una de las pequeñas tiendas o negocios. No es necesario ni deseable. Deberíamos intentar ganarnos a la clase media señalando que nuestros enemigos son los grandes capitalistas y el imperialismo. Hay que dejar claro que estas medidas de nacionalización sólo van dirigidas a los grandes capitalistas, banqueros y terratenientes. No tenemos intención de nacionalizar las pequeñas empresas, granjas o tiendas. Éstas no juegan un papel independiente en la economía, porque dependen totalmente de los grandes bancos, supermercados, etc. Haremos un llamamiento a los pequeños comerciantes y demás, para que apoyen el programa de la nacionalización, porque está de acuerdo con sus intereses. La nacionalización de los bancos permitirá al gobierno garantizar a los pequeños negocios crédito barato y fácil. La nacionalización de las grandes fábricas de fertilizantes permitirá vender fertilizante barato a los campesinos. Con la eliminación de los intermediarios y la nacionalización de los supermercados y las grandes empresas de distribución y transporte, podremos proporcionar a los campesinos un mercado garantizado para sus productos y a un precio justo, al mismo tiempo que se reduce el precio al consumidor.

Sin nacionalizar los altos sectores clave de la economía no será posible ni siquiera dar medio paso en dirección al socialismo. Al actuar de esta manera, el Presidente ignoró totalmente el consejo de sus autoproclamados asesores, incluido Heinz Dieterich. Éste último probablemente no estaría muy contento y sin duda murmuraría (por infinitésima vez) sombrías advertencias sobre el peligro de provocar a la reacción y al imperialismo. Pero los trabajadores

de Venezuela y del resto del mundo estaban encantados con que la revolución diera golpes contundentes contra sus enemigos. Ellos tienen mucha razón y Dieterich está muy equivocado.

Inmediatamente después de llegar al cargo, el Presidente anunció un amplio programa de nacionalizaciones. “Todo lo que fue privatizado será nacionalizado”, afirmó. Las noticias de las nacionalizaciones inmediatamente provocaron una oleada de ataques histéricos de los defensores del capitalismo. El martes 15 de mayo de 2007, James Ingham, el corresponsal de *BBC News* en Caracas, publicó un artículo titulado *La nacionalización recorre Venezuela*, y comienza así: “Los inversores privados y la oposición política le odian, los seguidores del Presidente Hugo Chávez le adoran. Un torbellino de nacionalizaciones y amenazas a empresas privadas está cambiando el clima económico de Venezuela, y amenaza con ampliar una división social tensa. Chávez está intensificando su campaña para convertir Venezuela en un Estado socialista. Está tomando más control de los bienes del país y advirtiendo a las empresas que si no están de acuerdo con su visión entonces las tomará”.

¡De eso es precisamente de lo que el camarada Dieterich nos está advirtiendo! Nos ha avisado de que si llevamos a cabo acciones contra la propiedad privada, nos ganaremos la implacable enemistad de los propietarios. Todo el mundo se pondrá en contra nuestra. La opinión pública, George Bush, incluso la *BBC* se pondrá contra nosotros. ¡Todo el mundo se volverá contra nosotros! ¿Todo el mundo? No, no todos. El anuncio del presidente Chávez fue recibido con júbilo por los trabajadores. El anuncio de amplias medidas de nacionalización fue recibido con entusiasmo por los trabajadores de Venezuela y de otros países. Representaba un gran paso adelante para la revolución venezolana y un golpe serio contra el capitalismo y el imperialismo. ¿Qué dice Heinz Dieterich sobre eso? No lo sabemos. Probablemente ha permanecido callado para no molestar al Presidente.

Durante años, los propagandistas del Capital han extendido con frecuencia el mito de que el capitalismo funciona mejor que la economía planificada, y el cuento de que las maravillas del mercado a largo plazo resolverán todos los problemas, afirmación a la que Keynes respondió con la famosa frase: a largo plazo todos estaremos muertos. La aplicación de la economía de mercado en América Latina ha sido un auténtico desastre para las masas, que no se han be-

neficiado del crecimiento económico de la década pasada, que sólo ha servido para aumentar los enormes beneficios de los banqueros, capitalistas y, sobre todo, los gigantes monopolios extranjeros como Exxon. La preocupación de estos caballeros no es que los venezolanos carezcan de la habilidad para explotar los difíciles campos petroleros, sino que los propietarios de Exxon se verán privados de sus jugosos beneficios.

Los monopolios extranjeros han saqueado la riqueza petrolera de Venezuela durante generaciones. Han extraído una enorme cantidad del botín a costa del pueblo venezolano. Durante la mayor parte del tiempo ni siquiera han pagado impuestos. Pero ahora, cuando el pueblo de Venezuela quiere recuperar lo que es suyo, estos buitres gordos y mimados exigen una compensación. El pueblo venezolano es el que debería exigir una compensación a las transnacionales por toda la riqueza que les ha robado durante décadas. Las nacionalizaciones que se han hecho eran absolutamente necesarias, pero en sí mismas no son suficientes para romper el poder de la oligarquía y crear una economía socialista. La nacionalización de los bancos es absolutamente esencial si Venezuela finalmente rompe con el capitalismo. Los bancos son un instrumento fundamental en una economía socialista planificada y deben estar en manos del Estado. Eso permitirá al Estado distribuir los recursos y la inversión de acuerdo con las necesidades generales de la sociedad, no para el beneficio de un puñado de parásitos adinerados. *La cuestión de la nacionalización es el punto central de esta etapa crítica y de la resolución de esta cuestión depende el futuro de la revolución.*

En abril de 2008, Chávez anunció la nacionalización de una gran parte de las industrias productoras de carne y derivados lácteos, así como la nacionalización de la industria del cemento y la renacionalización de SIDOR. Estas nacionalizaciones son importantes, porque demuestran la contradicción fundamental entre la propiedad privada y los intereses de la mayoría de los venezolanos. Las fábricas de productos lácteos se negaban a procesar leche debido a los precios fijos introducidos por el gobierno. Tres compañías multinacionales de cemento controlan el mercado venezolano, y mientras que Venezuela necesita de cemento para construir viviendas, carreteras, hospitales y escuelas, aquellas estaban exportando una gran parte de sus productos para el mercado mundial, donde podían conseguir precios más altos y al mismo tiempo fijar precios artificialmente altos

para el mercado interior. SIDOR, privatizada en 1997 y propiedad de una multinacional argentina, estaba obteniendo superganancias mediante el uso de electricidad y materias primas baratas del Estado, la sobreexplotación de los obreros, y después vendiendo acero en el mercado mundial, que Venezuela tuvo que comprar en forma de productos manufacturados.

Estas nacionalizaciones son un paso en el sentido correcto. Pero no bastan. Los bancos, los monopolios y la mayoría de la tierra permanecen en manos privadas, de modo que la economía venezolana no puede ser integrada en un conjunto racional. Nacionalizaciones parciales e intervención estatal crearán una situación en la cual el funcionamiento normal del mercado capitalista resulta imposible. Agravará la fuga de capital y animará la resistencia y el sabotaje de los capitalistas, creando así nuevas escaseces, desempleo y caos. Lo que hace falta es un plan nacional de producción, discutido y decidido por los propios trabajadores para que las necesidades urgentes del pueblo venezolano puedan ser satisfechas.

Damos la bienvenida entusiasta a medidas como la nacionalización de SIDOR, pero debemos señalar que el proceso no se ha acabado. Es totalmente equivocado decir, como hacen los burócratas y reformistas, que debemos proceder lenta y gradualmente para no ofender a la burguesía ni provocar al imperialismo. La burguesía ya está suficientemente ofendida, y los imperialistas están más que provocados. Hay síntomas preocupantes de que no todo va bien en la economía. La inflación está subiendo y está afectando más duramente a los sectores más pobres, están apareciendo escaseces a distintos niveles. Los capitalistas están respondiendo con una huelga de capital, y se extiende el sabotaje, la corrupción y la obstrucción burocrática.

Al retrasar el enfrentamiento inevitable entre las clases, sólo estamos dando tiempo a las fuerzas contrarrevolucionarias para reagruparse y organizar nuevos golpes contra la revolución. Más grave aún, permite a los capitalistas continuar con su sabotaje creando escaseces artificiales y desorganizando la producción, y existe el peligro de que las masas se cansen de tantas privaciones y caigan en la apatía y la indiferencia. Eso es precisamente lo que quieren los reaccionarios. Una vez que la correlación de fuerzas empiece a cambiar en detrimento de la revolución, los contrarrevolucionarios golpearán de nuevo. Y tienen muchos aliados ocultos en la dirección

del movimiento bolivariano, que desean parar la revolución y están a la espera de una oportunidad para volverse contra el Presidente. El peligro está ahí, y, por tanto, debemos actuar con urgencia para atajar el problema de raíz.

La lucha por el control obrero es un elemento importante en la revolución. Pero el control obrero puede ser sólo una fase efímera, si no lleva a la expropiación. Este hecho demuestra la naturaleza inacabada de la revolución y subraya las contradicciones que hay dentro de ella y los peligros a los que se enfrenta. En Inveval, los obreros ocuparon la fábrica y empezaron a producir bajo control obrero, exigiendo su expropiación bajo el control de los trabajadores. Organizaron un comité de fábrica para dirigir la empresa y organizar la lucha por la nacionalización, que finalmente tuvo éxito. Ésa es exactamente la aplicación práctica de lo que Trotsky decía en *El programa de transición*, donde escribía:

“*Las huelgas con ocupación de fábricas*, una de las más recientes manifestaciones de esta iniciativa, rebasan los límites del régimen capitalista normal. Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporaria de las empresas asesta un golpe al ídolo de la propiedad capitalista. Toda huelga de ocupación plantea prácticamente el problema de saber quién es el dueño de la fábrica: el capitalista o los obreros. Si la ocupación promueve esta cuestión episódicamente, el *comité de fábrica* da a la misma una expresión organizada. Elegido por todos los obreros y empleados de la empresa, el comité de fábrica crea de golpe un contrapeso a la voluntad de la administración”. (León Trotsky. *El programa de transición*. Madrid. Editorial Akal. 1977. p. 20).

En momentos revolucionarios no basta con dirigir la lucha cotidiana por las reivindicaciones inmediatas sobre salarios y condiciones laborales, hay que elevar a los trabajadores hacia la idea de la toma del poder. Como Trotsky explica: “El sindicato no es un fin en sí, sino sólo uno de los medios a emplear en la marcha hacia la revolución proletaria”, y añade, “en los periodos de auge excepcional del movimiento obrero (...) es necesario crear organizaciones ad hoc, que abarquen toda la masa en lucha, los comités de huelga, los comités de fábrica, y en fin, los soviets”. (Ibíd., p. 21.)

## EL PAPEL DEL REFORMISMO

Chávez ha demostrado que es posible para los revolucionarios utilizar las instituciones de la democracia burguesa formal para movilizar a las masas para la transformación de la sociedad. Esta política le ha permitido ganar una elección tras otra, y ha servido para aglutinar y organizar a millones de obreros y campesinos para cambiar la sociedad. Sin embargo, la revolución todavía no ha pasado el punto crítico donde la cantidad se convierte en calidad. Existen fuerzas poderosas que intentan frenar la revolución, sabotarla y debilitarla desde dentro. Las fuerzas burguesas contrarrevolucionarias son demasiado débiles como para cumplir esta tarea. La está realizando la burocracia bolivariana, el ala de derechas, que representa la quinta columna de la contrarrevolución dentro del movimiento, que trabaja intensamente para aislar al Presidente y sabotear sus decretos. El ala reformista siente terror de las masas y la revolución, y es temerosa de la burguesía y la contrarrevolución. Están haciendo todo lo que está a su alcance para detener la revolución e impedir que tome una dirección socialista.

Los estalinistas venezolanos son los reformistas más consecuentes. Repiten los mismos argumentos que los mencheviques rusos, arguyen que la revolución bolivariana debe limitarse a la lucha por las tareas democrático burguesas. Dicen que la revolución venezolana se encuentra en la etapa democrática y que las tareas socialistas no están en el orden del día. Defienden el socialismo de boquilla, pero sólo en un futuro difuso y lejano. Actúan como los Borbones, que “no olvidaban nada y no aprendían nada”. Se presentan como los dirigentes del proletariado, pero en realidad defienden una política burguesa. El PCV se niega a entrar en el PSUV y se ha dividido por esta cuestión. Pero tanto la fracción que ha entrado en el PSUV como la que se ha quedado fuera defienden la teoría menchevique-estalinista de las dos etapas. Dicen que no se debe tocar la propiedad privada, que debemos seguir dentro de los límites del capitalismo, es decir, defienden una posición de derecha que, de aceptarse, significaría la derrota inevitable de la revolución venezolana.

Heinz Dieterich no tiene partido, ni organización y tampoco base en la clase obrera o en las “mayorías” a las que constantemente hace referencia. Se representa sólo a sí mismo. Pero tiene un amigo y seguidores poderosos: el ala de derechas del movimiento boliva-

riano, la burocracia y los reformistas. Éstos se aseguran de que sus libros se publiquen en grandes ediciones y que sus ideas se sigan ampliamente. Esto es bastante natural, porque el debate actual sobre el socialismo representa una amenaza seria para los reformistas. Hacen todo lo que está en sus manos para levantar una barrera que impida a los obreros, campesinos y jóvenes armarse con las ideas del marxismo.

### CONTRADICCIONES EN EL MOVIMIENTO BOLIVARIANO

Las elecciones presidenciales de diciembre de 2006 marcaron otro giro a la izquierda en la revolución bolivariana. El ala de derechas del movimiento bolivariano cada vez estaba más preocupada por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, con Chávez hablando de trotskismo en la ceremonia de juramento del nuevo gabinete, adoptando una posición aún más a la izquierda. Las líneas de batalla estaban dibujadas, y las divisiones dentro del movimiento bolivariano comenzaban a ser públicas y se expresaban en la política sobre la fundación del nuevo partido. Chávez era sumamente consciente de ello y en la primera reunión de promotores del nuevo Partido Socialista Unido, el 24 de marzo de 2007, explicaba cómo “según se profundiza la revolución, cuando se extiende, estas contradicciones saldrán abiertamente, incluso algunas que hasta ahora han estado tapadas, se intensificarán, porque aquí estamos tratando con cuestiones económicas, y no hay nada que afecte a capitalista más que su billetera”.

Hablando de la necesidad de una dirección revolucionaria, Chávez citó a Lenin: “Ahora, la dirigencia, por eso insisto yo tanto en un partido, en la necesidad de un partido, porque no hemos tenido dirigencia revolucionaria a la altura del momento que estamos viviendo, una dirigencia a la altura del momento que estamos viviendo, unida, orientada en función de una estrategia, unida, como decía Vladimir Illich Lenin, una maquinaria que sea capaz de articular millones de voluntades en una sola voluntad, eso es imprescindible para llevar adelante una revolución, si no se pierde como los ríos cuando se desbordan, como el Yaracuy cuando llega allá al Caribe, se pierde el cauce y se convierte en laguna, se convierte como en un Delta pero lagunoso, o de lagunas”. Estas palabras de Chávez estaban en sintonía y reflejaban las conclusiones de decenas de mi-

les de activistas revolucionarios en Venezuela, en las fábricas, en los barrios, en el campo. Cada vez están más impacientes y quieren que la revolución triunfe de una vez por todas. Pero hay otras presiones poderosas que están empujando en el sentido contrario. El destino de la revolución bolivariana será determinado por el resultado de esta lucha entre fuerzas opuestas, que en el fondo es la lucha entre clases mutuamente excluyentes.

Desde el punto de vista de la clase obrera mundial, la importancia de estos acontecimientos es evidente. Desde la caída de la Unión Soviética, la burguesía ha estado organizando una campaña furiosa contra las ideas del socialismo y el marxismo. Proclamaron solemnemente el final del comunismo y el socialismo. Estaban tan seguros de sí mismos que incluso proclamaron el final de la historia. Pero la historia no ha terminado, apenas ha comenzado. Después de una década y media, los trabajadores del mundo pueden ver la cruda realidad del dominio capitalista. Prometieron un mundo de paz, prosperidad y democracia. Ahora todas las ilusiones de la burguesía están en ruinas. Cada vez más gente es consciente de que el capitalismo no puede ofrecer un futuro a la humanidad. En todas partes se pueden encontrar inicios de un despertar: trabajadores, campesinos, jóvenes, se han puesto en marcha. La idea de que la revolución y el socialismo están fuera del orden del día ha quedado desacreditada en la práctica. La revolución ha comenzado en Venezuela y se extiende a través de América Latina, como una roca pesada arrojada a un estanque. Las ondas de la revolución comienzan a sentirse en EEUU y Europa. A escala mundial, la gente se pregunta, ¿qué está ocurriendo en Venezuela y qué significa?

No es necesario estar al cien por cien de acuerdo con Hugo Chávez o idealizar la revolución bolivariana para comprender el significado colosal de estos acontecimientos. Por primera vez en décadas, un líder mundial importante ha proclamado la necesidad del socialismo mundial y ha condenado el capitalismo como esclavitud. Ha hablado públicamente ante millones de personas sobre la necesidad de leer a Marx, Lenin, Rosa Luxemburgo y Trotsky. Chávez ha movilizado a millones de trabajadores, campesinos y jóvenes bajo la bandera de la revolución socialista. El significado de todo esto no pasa desapercibido para los imperialistas, que hacen todo lo que está en su poder para estrangular la revolución en su cuna. Están movilizando fuerzas poderosas para aplastar la revolución venezolana. Los

trabajadores del mundo deben movilizar al poderoso movimiento obrero internacional para detenerlos. Pero los enemigos más peligrosos de la revolución bolivariana se encuentran dentro del propio movimiento.

### LA OFENSIVA DE BADEL

Las declaraciones del general Raúl Isaías Baduel el 5 de noviembre de 2007, cuando se posicionó en contra del referéndum por la reforma constitucional, fueron una parte clave de la ofensiva contrarrevolucionaria contra Chávez. No obstante, hasta su retiro en julio de 2007, Baduel era Ministro de Defensa y aparentemente aliado de Hugo Chávez. Unos pocos meses más tarde Baduel se posicionó en contra del Presidente. En una conferencia de prensa, describió los cambios propuestos por el Presidente como un “golpe de estado de hecho” y una “imposición no democrática que nos haría retroceder de una manera trágica”. Este ataque tenía claramente la intención de provocar una escisión en las filas del Movimiento Bolivariano y promover el “no” en el referéndum sobre los cambios constitucionales previsto para el 2 de diciembre.

No es una coincidencia que el general Baduel escribiera el prefacio del libro de Heinz Dieterich, *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, y que ayudara en su presentación en Venezuela. Se puede decir que Heinz Dieterich no es responsable de las ideas y acciones de Baduel. ¿Pero cuál fue su reacción ante las declaraciones del general? ¿Se distanció de Baduel? ¿Rechazó lo que dijo Baduel? En absoluto. El 8 de noviembre apareció en *Rebelión* un artículo de Heinz Dieterich titulado: *La ruptura Chávez-Baduel: impedir el colapso del proyecto popular*, cuyo texto completo puede encontrarse en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=58708>

Heinz Dieterich nos dice que “entender las causas objetivas, posibles consecuencias y soluciones de este conflicto es, por lo tanto, fundamental para evitar un triunfo de la oligarquía y del imperialismo”. ¿Cuáles eran las “causas objetivas”? Dieterich, de manera modesta, nos informa de que él tiene “una relación personal de aprecio de muchos años con ambos personajes”. A Heinz siempre le gusta decir que está cerca de tal o que se ha reunido con cual. Su intención es dotarse de una autoridad especial y perspicacia en los asuntos de Estado. Cree tener el derecho no sólo a decirnos lo “que realmente

significa Chávez”, sino también a decirle al propio Chávez lo que realmente él quiere decir. Desgraciadamente, ahora se encuentra en dificultades, porque Baduel y Chávez están enfrentados totalmente. ¿Cómo sale Heinz de esta pequeña dificultad? A pesar de su amistad con ambos hombres, “no haré una apología de ninguno de los dos protagonistas, sino un análisis racional que pretende contribuir a una solución progresista de la grave situación”.

La *sibila* en la antigua Grecia hacía declaraciones misteriosas que nadie podía comprender. Los sacerdotes después interpretaban estas declaraciones para el público ignorante. Necesitaríamos los servicios de tal sacerdote para responder a una pregunta muy simple: en el conflicto entre Chávez y Baduel ¿dónde se posicionó Heinz Dieterich? Estuvo en el “medio”. Intentó actuar como un árbitro entre los dos, en este proceso se situó por encima de ambos, ya que el árbitro siempre decide en caso de conflicto y la decisión arbitral es la final.

### UNA EXPLICACIÓN TRIVIAL

Intentando cumplir su papel de Sibila-árbitro, Heinz nos informa: “Una variable clave para entender el conflicto es la personalidad de ambos militares, pero no es el momento de introducir esa variable en el análisis”.

Esto es clásico de Heinz Dieterich. Significa: “Conozco a estos dos hombres mejor que vosotros. Los conozco mejor que nadie. En realidad, los conozco mejor que ellos mismos. También sé que esto, en el fondo, sólo es un conflicto de personalidades. Pero no les diré cómo o por qué lo sé, porque entonces ¡ustedes sabrían tanto como yo!”

Sólo una mente superficial intenta interpretar los acontecimientos políticos importantes en términos de personalidades. Se trata de una aproximación trivial a la historia y la política. Está al nivel de las novelas sentimentales y el periodismo de chismorreo. No explica nada en absoluto. Si las personalidades de Chávez y Baduel ahora son diferentes, también lo eran hace cinco o diez años. ¿Por qué el enfrentamiento ocurre ahora y no entonces?

En realidad, el conflicto entre Chávez y Baduel es, en el fondo, una cuestión de clase. Los elementos psicológicos y personales juegan, en el mejor de los casos, un papel secundario. Estos hombres no actúan en el vacío social. Baduel refleja las ideas, los intereses y

la psicología de la burguesía, mientras que Chávez expresa las aspiraciones, los intereses y la psicología de las masas de pobres y oprimidos. Por eso Baduel, inmediatamente, fue recibido como un héroe y salvador por la burguesía y los medios de comunicación, a nivel nacional e internacional, mientras que Chávez expresaba las aspiraciones de las masas pobres y oprimidas. Una vez más, sólo un ciego no podría ver esto.

### DIETERICH DEFIENDE A BADUEL

Ahora llegamos a las causas del conflicto. Heinz nos dice: “Las acusaciones de que Baduel se ha vendido a la extrema derecha, que su anticomunismo le ha ganado o que es un traidor, no llevan al meollo del problema”. ¡En realidad es una formulación muy extraña! O Baduel se ha vendido a la derecha y es un traidor, o no lo ha hecho y no lo es. ¿Qué piensa el camarada Dieterich? No sabemos. No lo dice. Todo lo que dice es que estas acusaciones “no llevan al meollo del problema”. ¿Qué tipo de afirmación es ésta? Es de la clase de circunloquios de un abogado y una sofistería que se supone explica algo, pero que sólo intenta desviar nuestra atención.

Dieterich ansía por presentar a su amigo de la manera más favorable. Nos dice: “Es un hombre que actúa por convicciones, no por conveniencias”. Estas palabras suponen la defensa del general que está atacando la revolución y apoya a la oposición contrarrevolucionaria. Incluso si aceptamos lo que dice Dieterich, que Baduel sólo actúa por convicción, esa no sería una justificación. Un contrarrevolucionario que actúa por convicción, no por conveniencia, es más peligroso que un enemigo que está guiado por consideraciones personales a corto plazo.

Nos recuerda que él “se enfrentó al golpe del 11 de abril [2002]” y nos dice que el hecho de que no participara en el intento de golpe de Chávez de 1992 “tiene su explicación, que los líderes involucrados conocen y que algún día será pública”. Una vez más se pone la capa de sibila e insinúa que él (Heinz Dieterich) conoce muchos secretos que ignoramos y sobre los que no puede hablar. Es un argumento muy interesante. Es como un hombre al que se le pide que pague el alquiler al final de mes y dice: “Conozco una fórmula secreta que me permitirá ganar a la lotería, pero no puedo hablar ahora de ello”. Esto podría impresionar a muchas personas, pero no convencerá al

casero ni le impedirá que eche al inquilino, junto con sus fórmulas secretas, a la calle.

¿Por qué Baduel se opuso a la reforma el 5 de noviembre? Baduel era incapaz de aceptar el proyecto del gobierno, porque él ya estaba excluido, según nos informa Dieterich: “Estaba marginado, y la responsabilidad principal de esta marginación es del gobierno”. ¡Aquí lo tenemos! El fallo de la situación no es de Baduel, porque el pobre ya estaba “excluido”. ¿Entonces quién tenía la culpa? ¡El gobierno y el Presidente, por supuesto! ¿Qué significa esto? En este conflicto que, como ya hemos explicado, es un enfrentamiento de clase, un choque entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, Dieterich está al lado de la segunda contra la primera. Ningún tipo de sofistería ni ambigüedad podrá ocultarlo.

La línea de argumentación utilizada por Dieterich es absolutamente típica: es la sofistería del abogado. Haremos una analogía que lo aclarará. Un hombre es acusado de quemar la casa de su vecino con él y su familia dentro. Es llevado a juicio y su abogado defensor es un amigo al que conoce desde hace muchos años. ¿Su amigo puede decir que no es culpable? No, no puede hacer eso, porque la casa fue quemada a la luz del día y todo el mundo vio quién lo hizo. El caso parece perdido, entonces el abogado recurre a un truco para salvar a su amigo. ¿Qué argumento utiliza? No niega la acusación (porque no puede), pero dice que la acusación “no va al meollo del problema”.

De esta manera comienza a confundir al jurado y a desviar la atención de la acusación central, después continúa creando una cortina de humo con cuestiones irrelevantes:

- 1) Conozco al acusado desde hace muchos años y es un hombre bueno.
- 2) El acusado sólo actúa por convicción. Sólo quemó la casa por convicción, en realidad, siempre quema casas por convicción.
- 3) La casa era muy fea y merecía ser quemada.
- 4) Los vecinos habían dejado de invitarlo a cenar, y esta situación le hizo sentirse marginado. Por lo tanto, los vecinos son los responsables de sus acciones y merecieron ser quemados.

Cuando esta retórica de abogado se despoja de todo adorno, su deshonestidad es clara para cualquier persona inteligente. El aboga-

do no niega que su cliente es culpable de los cargos, pero le defiende como persona e intenta presentar sus acciones criminales de la mejor manera posible. Después procede a justificar el propio crimen y hace que las víctimas del crimen parezcan los agresores y el criminal, la víctima real. Si el abogado es lo suficientemente habilidoso, algunas veces puede tener éxito en convencer al jurado para que libere al criminal, que inmediatamente procede a quemar más casas.

### UN CONTRARREVOLUCIONARIO ‘SINCERO’

Heinz Dieterich, como hemos visto, no negó que Baduel se hubiera pasado a la oposición contrarrevolucionaria. No podía negarlo, porque todos en Venezuela sabían que era verdad. Por esa razón intentó justificar sus acciones, presentando su discurso contrarrevolucionario como el proceder de un verdadero demócrata y un patriota. Dijo que actuaba sólo por convicción, no por soborno u otros motivos.

Puesto que no hemos estado presentes en las reuniones entre el general y la oposición, ni hemos tenido acceso a su cuenta bancaria, no tenemos forma de saber si es verdadero o falso. Sin embargo, debemos observar que Dieterich se contradice cuando escribe: “Parte del efecto [de la declaración de Baduel] consistió en que unos 18 días antes todavía había apoyado públicamente la reforma constitucional”. ¿Cómo un “hombre de convicción” cambió sus convicciones sobre la Constitución en un espacio de 18 días? Evidentemente, las convicciones del general se parecen a las del político que decía: “Bien, ¡si no te gustan mis principios, los cambiaré!”

Incluso si aceptamos que Baduel actuara sólo por convicción, este argumento no dice nada. Muchos de los mayores villanos de la historia han actuado por convicción. El loco emperador Nerón sin duda actuó por convicción cuando quemó Roma y culpó a los cristianos. Adolfo Hitler siempre actuó sobre la base de convicciones muy profundas, convicciones de superioridad racial y fascismo. Tanto Tony Blair como George Bush, según se dice, estuvieron motivados por profundas convicciones, convicciones imperialistas, que les convencen de que tienen el derecho divino de dominar el mundo. Para justificar su apoyo a la invasión criminal de Irak, Blair le dijo al pueblo británico: “Lo hice porque yo creía sinceramente que tenía razón”. ¿Este hecho hace que los crímenes de estos hombres sean

menos atroces, ya que eran sinceros y “actuaban por convicción”?

Muchos de la oposición venezolana están profundamente convencidos de que Chávez es un revolucionario peligroso, una amenaza para el orden social existente, y que, por tanto, debe ser derrocado, e incluso asesinado, para salvar a la Patria. Sí, lo creen sinceramente. Y desde su punto de vista de clase están en lo correcto. Están actuando por convicción. La oposición contrarrevolucionaria defiende con sinceridad el punto de vista de los terratenientes, los banqueros y los capitalistas. Baduel sinceramente defiende a la oposición contrarrevolucionaria. Y Dieterich sinceramente (suponemos) defiende a Baduel. Sin embargo, no estamos interesados en si ellos son sinceros o no, sino en qué intereses defienden.

La única manera de que podamos juzgar las acciones de Baduel no es desde el punto de vista de la sinceridad personal, sino desde un punto de vista de clase. Por nuestra parte, defendemos sinceramente el punto de vista del socialismo y la clase obrera. Defendemos al presidente Chávez contra los ataques de la contrarrevolución. No hacerlo en esta situación sería una traición. Y también es la única manera en que podemos interpretar las acciones de aquellos que utilizan sofistería legalista para defenderle.

Si a un pirómano se le permite escapar de la justicia debido a los argumentos de abogados ladinos, entonces estará libre para quemar casas. Si se tolera a un contrarrevolucionario, éste participará en conspiraciones contrarrevolucionarias que amenazan la vida de muchas más personas que un solo pirómano. En nuestra opinión, la revolución bolivariana ya ha sido demasiado indulgente con los contrarrevolucionarios. ¿Cuántos golpistas de abril de 2002 están en prisión? Hasta hace poco, ninguno, por lo que sabemos. Éste es un error serio, y la revolución pagará un precio muy caro por esta indulgencia.

### **BADUEL Y DIETERICH**

El propio Baduel explicaba cuál era su verdadera preocupación en el momento de su discurso de despedida como Ministro de Defensa. Aunque vistió su discurso con fraseología socialista, lo que dijo estaba muy claro. Por ejemplo, dijo que “el socialismo es la distribución de la riqueza, pero antes de que se pueda distribuir la riqueza hay que crearla”, lo cual es un argumento típico de los re-

formistas en todas partes contra el socialismo y la nacionalización. Añadió que “un régimen de producción socialista no es compatible con un sistema político que es profundamente democrático con contraofertas y divisiones de poder”, añadiendo que “*debemos alejarnos de la ortodoxia marxista* que dice que la democracia con la división de poderes es sólo un instrumento de dominación burguesa”. Y añadió: “sí, debemos ir hacia el socialismo, pero se debe hacer *sin caos ni desorganización*”.

Utilizando una analogía extraña con la Nueva Política Económica de Lenin, declaró: “no podemos permitir que nuestro sistema se convierta en un tipo de capitalismo de estado, donde el estado es el único propietario de los medios de producción”. Y añadió: “el comunismo de guerra en la Unión Soviética nos enseñó que no se pueden implantar cambios profundos en el sistema económico (...) la abolición total de la propiedad privada y la socialización brutal de los medios de producción siempre tienen un efecto negativo en la producción de bienes y servicios, y provoca descontento general entre la población”. Está bastante claro lo que estaba diciendo. Estas analogías incorrectas con el comunismo de guerra y la NEP en Rusia sólo son una cobertura de lo que realmente estaba diciendo: “no deberíamos avanzar hacia la nacionalización de la economía”.

Algunas personas en ese momento dijeron que el discurso de Baduel no era una crítica a Chávez, sino más bien, que sólo estaba planteando su idea del “socialismo democrático” (es decir, reformas dentro de los límites del capitalismo). A propósito, éstas son las mismas ideas que Heinz Dieterich ha estado planteando con el nombre de “Socialismo del Siglo XXI”, socialismo sin nacionalización de los medios de producción, es decir... ¡capitalismo! Por esta razón Baduel era tan entusiasta de las ideas de Dieterich y escribió el prólogo de la edición venezolana de su libro: *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*. En este prólogo, Baduel dice cosas muy elogiosas sobre el libro de Dieterich: “Primero, el gran honor que siento al hacerlo, ya que reconozco en esta obra una grandísima contribución a la construcción de la teoría de la nueva sociedad no capitalista” y añade, a pesar del llamamiento hecho por el Presidente a participar en el debate sobre el socialismo: “sin embargo pasado un tiempo, el aporte de Heinz Dieterich, permanece como una referencia casi única y obligada debido a la claridad y sencillez de sus ideas”. Baduel estaba en realidad tan impresionado con las ideas de Dieterich

que sugirió, con respecto al capítulo 7 de su libro: “considero que este nuevo capítulo pudiese muy bien ser publicado como una obra aparte y ser reproducido para su distribución masiva en escuelas, universidades, sindicatos, fábricas, hospitales, comunidades campesinas, consejos comunales y en fin en todos los espacios donde hace falta generar un debate y sana discusión sobre el socialismo que queremos construir”.

¡Estas palabras deben ser realmente embarazosas para Dieterich! La persona que hace sólo unos pocos meses alababa sus ideas tanto, ahora ha roto con el proyecto bolivariano y se ha unido a la contrarrevolución. Quizá ésta sea la razón por la que Dieterich era tan entusiasta a la hora de argumentar que Baduel no es realmente un contrarrevolucionario y que, en última instancia, Chávez y Baduel deberían formar una alianza. Pero se podría decir que las ideas de Baduel han cambiado y que, por lo tanto, Dieterich no es realmente responsable de su última evolución ideológica. Nada podía estar más alejado de la verdad. Lo que atrajo a Baduel de Dieterich fue la idea de éste último de que se puede tener “socialismo” sin la nacionalización de los medios de producción. Ése era el tipo de socialismo con el que Baduel podría vivir. Y eso es lo que explicó en su discurso de despedida el 23 de julio. ¿Qué dijo en su discurso del 5 de noviembre? Exactamente lo mismo. Citemos con detalle:

“Según esto, la motivación de la reforma constitucional, tal como se ha presentado es llevar al pueblo venezolano hacia un proceso de transición, hacia algo que se denomina de manera genérica ‘socialismo’ sin indicar claramente a que se refiere este término. Como ya indique en otra ocasión cuando entregue el Ministerio de la Defensa, la palabra socialismo no tiene un significado uniforme y puede incluir regímenes como el de Pol Pot en Camboya y la Unión Soviética Estalinista, hasta el llamado Socialismo Nórdico o el Socialismo Democrático Europeo. ¿A que socialismo se nos quiere llevar? ¿Por qué no se le dice al pueblo claramente hacia donde se piensa conducir a la nación? Tenemos como pueblo que exigir que se nos diga claramente el destino de nuestro futuro y no se nos mienta con un supuesto socialismo a la venezolana”.

¡El propio Baduel admite que sus ideas no han cambiado! Y el mismo Dieterich describía el discurso de despedida de Baduel como

“un gran paso hacia el socialismo del siglo XXI” (Ver: *Hugo Chávez, Raúl Baduel, Raúl Castro y el Bloque Regional de Poder Popular avanzan el Socialismo del futuro*, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=54425>).

La razón por la que Baduel se ha pasado a la oposición es clara: ve que todo lo que se habla de socialismo podría realmente significar socialismo y no está de acuerdo con eso. Estaba contento con aceptar el socialismo variedad Dieterich (es decir, socialdemocracia), pero se opone totalmente al genuino socialismo. Chávez explicó esto muy bien cuando dijo: “cuando un submarino se sumerge, la presión se incrementa y puede soltar un tornillo flojo, los puntos débiles van a ir saliendo. Es bueno que salgan”.

### UN CANDIDATO PARA EL BONAPARTISMO

Heinz Dieterich es un reformista utópico, un académico que vive en un mundo de sueños y (por alguna razón) se considera un supremo realista político. No sería justo describirle como un contrarrevolucionario. No, el profesor detesta la contrarrevolución y desea evitarla. No sería correcto describirle como un revolucionario, porque también teme la revolución, que es impulsada hacia delante por las “masas poco instruidas”, que irá mucho más lejos (ya ha ido muy lejos) y provocará (ha provocado ya) a la contrarrevolución. Para Heinz *todos los extremos son malos y debe haber moderación en todas las cosas*. Por lo tanto, la respuesta está en el *centro*.

Heinz Dieterich insiste en que el general no ha girado a la derecha. Entonces, ¿hacia dónde ha girado? Ahora es *el candidato del centro*, según nos informa Heinz. Pero, ¿qué es el centro? En Venezuela no hay centro, excepto en la febril imaginación de Heinz Dieterich. En Venezuela hay una profunda polarización entre izquierda y derecha, es decir, una intensa polarización entre las clases, que ahora se ha convertido en un abismo insalvable. Todo el mundo lo sabe. La oposición lo sabe, las masas también, Hugo Chávez lo sabe, Baduel también, el Departamento de Estado de EEUU es consciente de esta situación, un niño de seis años lo comprende, incluso George W. Bush lo sabe. Pero Heinz Dieterich, no. Él pretende resolver todos los problemas de la revolución uniendo a todos en el centro y formando una alianza entre Chávez y Baduel.

Esto significa *unir la revolución con la contrarrevolución*, que sólo es un poco más difícil que unir el fuego con el agua, que convertir el plo-

mo en oro o cuadrar el círculo. Sin embargo, nuestro amigo Heinz no es un hombre que se desanime con estos pequeños detalles. Baduel, nos dice, es muy inteligente al posicionarse como candidato a líder del centro. Pero el general tiene un pequeño problema. *El centro no existe*. Después de haber roto con el Movimiento Bolivariano (donde siempre ha estado a la derecha) no tiene otra alternativa que *girar aún más a la derecha*.

Baduel no tiene otra alternativa que encontrar una causa común con la oposición, con quien no tiene diferencias reales. Algunos de los opositores más estúpidos no le quieren. Todo lo que esté remotamente conectado con el *chavismo* lo ven como enemigo. Pero los más inteligentes que dirigen la oposición le darán la bienvenida con los brazos abiertos. Más importante aún, el Departamento de Estado Norteamericano, que mueve los hilos de la oposición, le dará, seguro, la bienvenida con los brazos abiertos. Esta circunstancia tiene su propia lógica.

Baduel eligió el momento para garantizar el máximo impacto sobre la opinión pública, nacional e internacionalmente. Naturalmente, los medios de comunicación, controlados por las grandes empresas, le dieron mucha publicidad, le alabaron como un héroe. Era el héroe del momento para los contrarrevolucionarios. Se propuso como el futuro salvador de la nación, una nación que ha abandonado el camino de la “democracia” y se desliza hacia el caos y la anarquía. Era necesaria una mano firme para salvar a la nación. Eso significa la mano de un general y, éste, es Baduel.

Para cualquiera que tenga el más mínimo conocimiento de la historia, *este es el lenguaje del bonapartismo*. La verdadera analogía histórica para Baduel no es Cincinnatus, sino Napoleón Bonaparte, que llegó al poder sobre el cadáver de la Revolución Francesa. Fue Bonaparte el que se aupó al poder con la consigna de la unidad nacional y el orden. Eso significó aplastar a las masas revolucionarias, que bajo los jacobinos habían “ido demasiado lejos”. Significó la destitución y el asesinato de Robespierre y los demás líderes revolucionarios y el Terror Blanco contra sus seguidores. Supuso la restauración del rango y el privilegio, la dominación de Francia por los banqueros y capitalistas, aliados con los que habían conseguido sus fortunas de la revolución mediante la corrupción y el arribismo, y que estaban convencidos de que la revolución había ido demasiado lejos.

Si lo consigue, Baduel no será el candidato del centro inexistente,

sino el *candidato de la reacción*. No será el candidato de la clase media, sino de la oligarquía que explota los temores y prejuicios de la clase media. No será el candidato de la moderación y la democracia, sino de la violenta contrarrevolución. Cuando él habla de unidad, lo que quiere decir es la noción bonapartista de situarse por “encima de todas las clases” y hablar por la Nación. Pero no existe la Nación aparte de las clases que conforman la Nación. El líder bonapartista que pretende hablar por la Nación en realidad habla por los ricos y poderosos que poseen la riqueza de la nación y que celosamente la guardan.

Los intentos de Dieterich de demostrar que hay más de dos lados en el conflicto en Venezuela, y que hay un llamado Centro, con el que Chávez debería de negociar y llegar a acuerdos, son en vano. El ex general Baduel, que, como hemos visto, era tan entusiasta de las ideas de Dieterich, ahora ha recibido una medalla como “paladín de la libertad” otorgada por el Partido Nacional Democrático Cubano, un pequeño partido de extrema derecha con base en Miami, que apoya a gente como el reaccionario terrorista Posada Carriles.

### EL ESTADO Y LA LUCHA CONTRA LA BUROCRACIA

En Venezuela, el viejo aparato del Estado, aunque debilitado, aún está en pie. Hay gobernadores contrarrevolucionarios disfrazados de bolivarianos, restos de burócratas de la Cuarta República, elementos corruptos y arribistas en cada nivel. Este hecho sirve para subrayar algo en lo que siempre hemos insistido los marxistas: los trabajadores no pueden tomar la maquinaria estatal existente y utilizarla para sus propios fines. En Venezuela, la cuestión del armamento de los trabajadores y los campesinos, la creación de milicias populares (en *El programa de transición* se habla de ello) es crucial, y se podría hacer de una manera bastante sencilla. Si los trabajadores se unieran en una fuerza de reserva y guardia territorial, de una manera organizada fábrica a fábrica, eso permitiría la creación de una milicia popular bajo el control de los trabajadores.

La contrarrevolución cada vez está más alarmada por el giro a la izquierda de la revolución. Sabotean cualquier experiencia de control obrero. En los últimos meses también han intentado de nuevo sabotear la economía, provocando escasez de alimentos básicos. La salida es construir un nuevo Estado revolucionario basado en los

comités de fábrica y los barrios. Para llevar a cabo esta tarea son necesarios un partido revolucionario y una dirección revolucionaria. Por eso, todos los revolucionarios deberían ser parte del nuevo Partido Socialista Unido de Venezuela, acompañando a las masas en su experiencia y exponiendo las ideas de Trotsky, las ideas del marxismo, que proporcionan la guía más precisa para la victoria total de la revolución. Eso es exactamente lo que los camaradas de la Corriente Marxista Revolucionaria están haciendo, y lo que gente como Dietrich y todos los demás reformistas y burócratas intentan bloquear.

Para triunfar, la revolución bolivariana debe purgar al movimiento de elementos de clases ajenas y transformarlo en un instrumento adecuado para cambiar la sociedad. El lanzamiento del Partido Socialista Unido (PSUV) proporciona a los trabajadores, campesinos y jóvenes revolucionarios la posibilidad de hacerlo. Deben fortalecer al partido y ganarse a nuevas capas de revolucionarios entre las masas que estén completamente entregadas a la causa del socialismo. Deben desenmascarar y expulsar a los elementos corruptos, arribistas y burócratas que se han unido al movimiento sólo por su propio interés y que lo traicionarán tan pronto como se les presente la oportunidad. El nuevo partido puede convertirse en un genuino partido revolucionario de los trabajadores sólo si es escrupulosamente democrático. La base debe decidir todas las cuestiones, y la dirección debe ser elegida y revocable y debe estar formada por elementos de comprobada honestidad y dedicación a la causa del socialismo y de la clase obrera.

Los sindicatos son el otro elemento clave de la ecuación. Los marxistas luchan por la unidad sindical, mientras que al mismo tiempo luchan por un movimiento sindical democrático y militante. Los sindicatos deben dar apoyo a las medidas progresistas del gobierno, especialmente a las nacionalizaciones, y luchar por extender todas las medidas para mejorar los niveles de vida de las masas y golpear a la oligarquía. Pero los sindicatos deben mantener una independencia total del Estado. Sólo sindicatos libres e independientes pueden defender los intereses de los trabajadores, mientras al mismo tiempo defienden al gobierno revolucionario contra sus enemigos.

El oportunismo y el sectarismo son dos enemigos gemelos. La lucha contra el oportunismo consiste, por un lado, en la lucha contra la corrupción, el arribismo y el burocratismo, por otro lado, la lucha contra las ideas ajenas que han penetrado en el movimiento,

y especialmente en sectores de la dirección, que han sucumbido a la influencia del reformismo y han abandonado la línea revolucionaria. Los obreros y campesinos están luchando por el pan y la tierra. La burguesía contrarrevolucionaria lucha para defender su poder y privilegios y para destruir la revolución. Y el fundador del socialismo del siglo XXI pronuncia discursos sobre la paz, la colaboración de clases y la “economía de equivalencia”. En esta situación tan grave, las recetas reformistas-utópicas de Dieterich quedan desenmascaradas como totalmente vacías. Sería de risa, si no fuera porque estas recetas se distribuyen ampliamente y son promovidas por razones más que evidentes.

### LA LUCHA POR EL PAN

“Leyendo a Lenin, que hizo un llamamiento al pueblo ruso para luchar contra la escasez de carne y pan, observamos el mismo método; han pasado cien años pero hicieron lo mismo con el pueblo ruso; el viejo Estado capitalista aún vive. No me estoy refiriendo al Estado sino a la situación capitalista, el sistema, sobre todo en el terreno económico y esta es otra parte de la cuestión, el socialismo necesita entrar en la arena económica, si no ocurre no será socialismo lo que estamos construyendo, no estaremos haciendo una revolución”. (Extracto del discurso de Hugo Chávez en la primera reunión de propulsores del Partido Socialista Unido de Venezuela. 24/3/2007.)

Las escaseces regulares de productos alimenticios básicos en los mercados y supermercados, tanto públicos como privados, son parte de una guerra económica contra la revolución bolivariana. La oligarquía, especialmente en el sector agrario, está organizando un sabotaje económico abierto. Esto no es nuevo, pero desde principios de 2007 la intensidad y regularidad de la “escasez organizada” claramente ha aumentado. Hay escasez de productos básicos como huevos, leche y carne. El suministro de algunos productos en los mercados es irregular y sus precios están por encima del precio oficial establecido por el gobierno. Casi dos tercios (64,3 por ciento) de la capacidad productiva de la industria láctea aún están ociosos. Seis plantas, con un total de capacidad de producción diaria de 4,7 millones de litros de leche, producen sólo 1,7 millones o un 35,7 por ciento de la capacidad total. Es un juego de tira y afloja entre la

revolución y la contrarrevolución en el terreno estratégico del suministro de comida.

Esta confrontación está minando los esfuerzos del gobierno por garantizar alimentos. También es un terreno donde salen a la superficie las debilidades de la revolución. El simple hecho de que las principales plantas procesadoras de alimentos, transporte y redes de distribución estén aún en manos privadas, es decir, *en manos capitalistas*, es una amenaza seria contra la revolución. Los capitalistas en otros sectores de la industria de procesamiento de alimentos repiten al unísono “manteneos alejados de nuestros márgenes de beneficio o, de lo contrario, os mataremos de hambre”. Por parte de los empresarios ésta es una manera de vengarse de los controles de precios, pero también es una herramienta política destinada a desestabilizar el país, intentando fomentar el malestar y finalmente minar la confianza entre las masas en la efectividad de las reformas sociales de la revolución. Es parte de una estrategia más general de sabotear el proceso revolucionario desde dentro.

Estas escaseces organizadas también afectan a la conocida red pública de mercados de comida barata, los Mercales, algunos de los cuales se han quejado de que el volumen de mercancías recibidas se ha reducido un 80 por ciento. La corrupción es una parte del problema, cuando las mercancías se desvían de estos supermercados para venderlos a precios más altos en los mercados privados. Esta situación subraya los límites del desarrollo de una red pública de supermercados junto a una red privada. ¡Pero ése es precisamente el modelo de socialismo del siglo XXI que defiende Dieterich! ¿Cuál es el problema? El problema es que incluso las reformas más moderadas y medidas parciales de propiedad pública, cooperativas, etc., que se han introducido son mucho más de lo que la burguesía está dispuesta a aceptar. Ésta está decidida a sabotearlas. ¿Qué demuestra esto? Sólo una cosa: que se debe resolver la contradicción entre la propiedad privada y la pública. O los elementos socialistas liquidan a los elementos capitalistas o éstos últimos liquidarán a los primeros. No existe un camino intermedio.

Se aprobó una ley contra el acaparamiento y la especulación. Se han comenzado a crear almacenes estratégicos de alimentos para garantizar comida durante tres meses en caso de emergencia, y los servicios de inteligencia se han puesto en funcionamiento para descubrir almacenes secretos en todo el país. El problema es que, para

la lucha contra el acaparamiento, la especulación y los aumentos ilegales de precios, el gobierno se está basando en el viejo aparato del Estado capitalista, cuya ineficacia y corrupción, así como sus vínculos con la oligarquía, son notorios. A través de este aparato la burocracia está sabotando los esfuerzos del gobierno. Ésta es la manera reformista de tratar el problema y es ineficaz. Para tener éxito se debería dar un contenido leninista a los controles de precios. Para conseguir un control de precios efectivo y combatir con éxito el fenómeno del acaparamiento, las masas y sus organizaciones deben ponerse en acción, a través de la elección de organismos inspectores basados, por ejemplo, en los consejos comunitarios y en los consejos de fábrica. Ellos llevarían a cabo la tarea de controlar los precios, descubrir los almacenes secretos, etc. Ellos garantizarían que no hay impunidad y que la ley se utilizaría contra los especuladores.

Sin embargo, los controles de precios sólo son una medida a medio camino. En una economía capitalista como la de Venezuela, cualquier intento de imponer controles de precios se encontrará con la respuesta de un sabotaje económico de los empresarios y más intentos de desestabilizar la economía. La respuesta del gobierno en la crisis de la industria láctea ha sido crear nuevas plantas procesadoras de leche propiedad del Estado. Es un paso en la dirección correcta, pero aún no es suficiente para cubrir la demanda nacional de leche o para compensar el déficit de producción del sector privado. Para conseguirlo, algunos sectores del gobierno han propuesto la solución de aumentar las importaciones. Para garantizar un nivel suficiente de producción láctea se deberían expropiar las plantas procesadoras y nacionalizarlas bajo el control de los obreros y campesinos. Hay que llevar a cabo las mismas medidas en relación a otras ramas de la industria alimenticia. Después, es necesario integrarlas en un plan urgente de producción de alimentos (incluido el desarrollo de la agricultura mediante la expropiación a los grandes terratenientes) y la distribución basada no en cumplir los márgenes de beneficio, sino en las necesidades sociales de la revolución.

La burguesía está intentando sabotear la revolución, utilizando las palancas que tiene en sus manos: la propiedad de la tierra y de la industria. El objetivo es provocar caos económico y culpar al gobierno, socavando de este modo la confianza en el gobierno y preparando el terreno para la reacción. El sabotaje económico y la manera de combatirlo es una cuestión importante en esta etapa de

la revolución venezolana. Es una prueba de fuego para las distintas tendencias políticas que hay dentro del movimiento bolivariano.

### LA REVOLUCIÓN Y EL PARLAMENTO

Los ultraizquierdistas y anarquistas imaginan que no es posible utilizar el parlamento para fines revolucionarios. Esta idea no tiene nada en común con el marxismo. Estamos obligados a utilizar el parlamento como estamos obligados a utilizar cualquier otra plataforma o institución democrática para organizar y movilizar a las masas. Sin embargo, es necesario comprender los límites del parlamentarismo. Hugo Chávez utilizó el parlamento y las elecciones de manera muy efectiva para organizar y movilizar a las masas después de la derrota del caracazo. Esto ha sido un elemento importante en la situación. Las victorias electorales de los bolivarianos han servido para desmoralizar y desorientar a la oposición y debilitar a los contrarrevolucionarios. Pero, en última instancia, el parlamento no puede resolver las cuestiones fundamentales. La burguesía hará todo lo que esté en sus manos para sabotear y hundir la economía con el fin de derribar a un gobierno que promueve una política socialista. Lo hemos visto muchas veces en el pasado. Cuando no les gusta determinada política, organizan conspiraciones, sabotaje económico, especulación contra la moneda y otras cosas por el estilo. Por esa razón, es necesario movilizar a la clase obrera fuera del parlamento para crear comités elegidos en cada centro de trabajo, para establecer la administración y el control obrero de las industrias nacionalizadas, para evitar el sabotaje de los capitalistas.

Es necesario hacer un llamamiento a los miembros de la policía y de las fuerzas armadas para que apoyen al gobierno elegido democráticamente (muchos de los oficiales y la aplastante mayoría de la tropa son seguidores de Chávez), inmediatamente aprobar una ley que reconozca el derecho democrático de los soldados a entrar en partidos y sindicatos, la legalización del derecho de huelga para soldados y policías, y exhortándolos a que arresten a cualquier oficial que conspire contra el gobierno. Hay que tomar medidas para ganarse a la clase media, a los pequeños empresarios y a los tenderos, que están siendo arruinados por las grandes empresas y bancos. Sobre todo, una economía nacionalizada y planificada bajo el control y dirección de la clase obrera nos permitirá eliminar el desempleo e

introducir la jornada laboral de seis horas durante cuatro días a la semana, mientras que se aumenta la producción y suben los salarios.

Movilizando a la clase obrera sobre esta base, Chávez rápidamente cortaría el camino a la reacción. Cualquier intento de organizar una conspiración contrarrevolucionaria sería barrido rápidamente. En estas condiciones, sería totalmente posible una transformación pacífica de la sociedad. El ejemplo de un Estado obrero democrático en Venezuela tendría un impacto mucho mayor que el de Rusia en 1917. Dada la enorme fuerza de la clase obrera y el callejón sin salida del capitalismo en todas partes, los regímenes burgueses de América Latina caerían rápidamente, creando las bases para una Federación Socialista de América Latina y, por último, el socialismo mundial. Ésa es la perspectiva que ofrecemos.

En realidad, lo que proponemos no es tan difícil. Si los dirigentes reformistas dedicaran una décima parte de las energías que gastan en defender el capitalismo en movilizar a la poderosa clase obrera para cambiar la sociedad, la transformación socialista de la sociedad se podría conseguir rápida y fácilmente. Pero advertimos que, si no lo hacen, prepararán el camino para una catástrofe de la clase obrera. Si no se lleva a cabo la transformación total de la sociedad en Venezuela, el funcionamiento normal del capitalismo sería imposible, creando las condiciones para conspiraciones de la burguesía con la cúpula de las fuerzas armadas para un golpe de estado, que en esta ocasión podría triunfar.

### ¿ES POSIBLE UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA?

El argumento central de Dieterich y todos los demás reformistas es que un ataque a la propiedad privada de la oligarquía significaría un caos terrible, guerra civil y las calles llenas de sangre. En realidad, eso no es así. Es posible llevar a cabo una revolución social sin guerra civil, con una condición: que la clase obrera y su dirección actúen con determinación y energía para desarmar a los contrarrevolucionarios y movilizar a las masas para la transformación revolucionaria de la sociedad. Lenin, en sus escritos y discursos a partir de marzo de 1917 hasta la víspera de la insurrección de octubre, constantemente insiste en la cuestión de que los dirigentes reformistas deberían tomar el poder en sus manos, y que eso garantizaría la transformación pacífica de la sociedad. Insistía en que los bolcheviques estaban

incondicionalmente a favor de esto, y que, *si los dirigentes reformistas llegaban al poder, los bolcheviques se limitarían a la lucha pacífica para conseguir la mayoría dentro de los soviets*. Aquí tenemos un par de ejemplos de cómo Lenin plantea la cuestión (hay muchos más):

“Al parecer, no todos los partidarios de la consigna de ‘¡Todo el poder a los Soviets!’ comprendían en grado suficiente que se trataba de la consigna de desarrollo pacífico ascensional de la revolución. Y al decir pacífico no nos referimos sólo a que nadie, ninguna clase, ninguna fuerza importante, hubiera podido entonces (desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio) oponerse al paso del poder a los Soviets e impedirlo. Eso no es todo. El desarrollo pacífico habría podido realizarse entonces también en el sentido de que la lucha de las clases y de los partidos dentro de los Soviets, si éstos hubieran asumido oportunamente todo el poder del Estado, habría transcurrido del modo más pacífico y menos doloroso”. (Lenin. *A propósito de las consignas*. Obras Completas. Vol. 33. Moscú. Editorial Progreso. 1980. p. 13.)

“Creo que los bolcheviques no pondrían otras condiciones, confiando en que la verdadera y completa libertad de agitación y la inmediata aplicación de nuevos principios democráticos en la composición de los Soviets (nuevas elecciones) y en su funcionamiento garantizarían de por sí el avance pacífico de la revolución y *pondrían fin pacíficamente* a las luchas entre los partidos dentro de los Soviets.

“¿Quizá esto sea ya imposible? Quizá. Pero si existe, aunque sólo sea una posibilidad entre cien, valdría la pena intentarlo”. (Lenin. *Acerva de los compromisos*. *Ibíd.*, Vol. 35. p. 141)

“Nuestra tarea es ayudar a hacer todo lo posible para asegurar una ‘última’ oportunidad para que la revolución se desarrolle de una manera pacífica, ayudando con la presentación de nuestro programa, dejando claro su carácter general y nacional, su absoluta armonía con los intereses y las reivindicaciones de la amplia mayoría de la población.

“Después de haber tomado el poder, el soviét, actualmente, todavía puede –y probablemente sea su última oportunidad– asegurar el desarrollo pacífico de la revolución, las elecciones pacíficas para ele-

gir los diputados del pueblo, la lucha pacífica de los partidos dentro de los soviets, poner a prueba, en la práctica, los programas de los distintos partidos, transferir pacíficamente el poder de un partido a otro”. (Lenin. *Obras completas*. Vol. 21. pp. 257-263-264. En la edición inglesa).

Y así es como Trotsky resume la postura en la *Historia de la Revolución Rusa*:

“La transmisión del poder a los soviets significaba la transmisión directa de dicho poder a los conciliadores, *cosa que podía llevarse a cabo pacíficamente, mediante el puro y simple licenciamiento del gobierno burgués, que se sostenía gracias a la buena voluntad de los conciliadores y a los restos de confianza que en ellos tenían las masas*. La dictadura de los obreros y soldados era un hecho, a partir del 27 de febrero. Pero los obreros y soldados no se daban cuenta de ello. Habían confiado el poder a los conciliadores, los cuales, a su vez, lo habían transmitido a la burguesía. El cálculo de los bolcheviques respecto a la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución se basaba no en que la burguesía habría de ceder voluntariamente el poder a los obreros y soldados, sino en que éstos impedirían a tiempo que los conciliadores cedieran el poder a la burguesía.

“La concentración del poder en los soviets, bajo el régimen de la democracia soviética, hubiera dado a los bolcheviques completa posibilidad de conquistar la mayoría en esos soviets y, por consiguiente, de formar un gobierno sobre la base de su programa. *No hacía falta para ello el levantamiento armado. El cambio de partidos en el poder se hubiera efectuado de un modo pacífico. Todos los esfuerzos del partido, entre abril y julio, estaban orientados en el sentido de asegurar el desarrollo pacífico de la revolución a través de los soviets. ‘Explicar pacientemente’, era la clave de la política bolchevique*”. (León Trotsky. *Historia de la Revolución Rusa*. Vol. II. Bilbao. Editorial ZERO S.A. p. 1973. p.257. El subrayado es mío.)

En realidad, habría sido totalmente posible llevar a cabo la transferencia pacífica del poder, sin guerra civil ni derramamiento de sangre en Venezuela en abril de 2002. Desgraciadamente, la oportunidad se perdió, y los contrarrevolucionarios pudieron reagruparse y preparar una nueva ofensiva. La táctica de la conciliación con

el enemigo de clase, abogada por “realistas” como Dieterich, lejos de garantizar una solución pacífica, tendrá resultados precisamente opuestos a los anticipados.

### CEGUERA REFORMISTA

No hay nadie más ciego que el que no quiere ver. A pesar de todo, aún hay gente que continúa defendiendo que hay que ralentizar el ritmo de la revolución para calmar al imperialismo y la contrarrevolución. Puede que sean sinceros en sus ideas, pero están dando consejos falsos y peligrosos. O la revolución llega hasta el final o perecerá. En el momento actual, como ha señalado el mismo Chávez, la revolución venezolana se parece a Sísifo, el personaje de la mitología griega que fue condenado por Zeus a empujar un enorme canto rodado hacia lo alto de una escarpada montaña, para después arrojarla desde arriba y volverla a subir y así por toda la eternidad. Con un poco de esfuerzo el canto puede ser empujado hasta lo alto de la montaña y el problema se resolvería. Pero si nos detenemos, el canto retrocedería y aplastaría a mucha gente en su camino.

Los reformistas se consideran grandes realistas. Pero en realidad son los utópicos más ciegos. Quieren un capitalismo “más humano”. Exigir que el capitalismo sea humano es como encerrar una zapatilla en una jaula y pedirle que cante. No es casualidad que los capitalistas venezolanos sean los enemigos más encarnizados de la revolución bolivariana. No es casualidad que luchen con todos sus medios para destruirla y derrocar a Chávez. Nunca se podrán reconciliar con la revolución. Las palabras bonitas no les convencerán, deben ser derrotados y desarmados. Debe terminar su poder económico, no hay otro camino.

Después del golpe de abril de 2002, Hugo Chávez intentó ser conciliador con los reaccionarios. Intentó negociar con ellos e incluso readmitió a los viejos directores de PDVSA. Ellos le recompensaron organizando el cierre patronal, que provocó un daño serio a la economía venezolana. ¿Cuál fue el resultado? ¿Acaso la moderación y la cautela mostradas por el Presidente después del fracaso del golpe de 2002 impresionó a los contrarrevolucionarios? ¿Les calmó? No lo hizo. *Les animó*. Los contrarrevolucionarios se reagruparon y prepararon una nueva ofensiva: la presunta huelga, que tenía como objetivo paralizar la economía. Todo el mundo sabe que esta “huel-

ga” estuvo organizada y planificada por la CIA con la ayuda de los empresarios venezolanos y los burócratas sindicales corruptos de la CTV. De nuevo, este intento fue derrotado por el movimiento revolucionario de los trabajadores venezolanos.

¿Qué lecciones podemos sacar de esto? ¿Podemos concluir que la actitud conciliadora es la única manera de desarmar a la contrarrevolución y al imperialismo? Sólo un necio podría decir eso. La conclusión real que debemos sacar de esto es *que la debilidad invita la agresión*. La experiencia ha demostrado que la única base firme de apoyo a la revolución son las masas, y en la primera fila de las masas, la clase obrera. Las masas quieren defender a Chávez. ¿Cómo lo hacen? Sólo intensificando el movimiento desde abajo, creando comités de acción, aprendiendo el manejo de las armas. La manera de ayudar a Chávez es luchar de manera implacable contra los enemigos de la revolución, echarles de los puestos de poder que tienen y preparar el camino para una reorganización radical de la sociedad.

En otras palabras, la clave del éxito consiste en desarrollar y fortalecer el movimiento independiente de la clase obrera y, sobre todo, construir una genuina ala marxista del movimiento. Nuestro consejo a los trabajadores de Venezuela es: ¡confiad sólo en vuestra propia fuerza y fortaleza! ¡Confiad sólo en el movimiento revolucionario de las masas! Ésa es la única fuerza que puede barrer todos los obstáculos, derrotar la contrarrevolución y hacer que las masas comiencen a tomar el poder en sus propias manos. Ésa es la única garantía de éxito.

La única manera de llevar a cabo la revolución es movilizándolo a las masas para la acción directa. La tarea más urgente es la formación de comités de acción, comités para la defensa de la revolución. La revolución sólo puede defenderse de sus enemigos, si está armada. La consigna ahora sería una milicia popular. Hace cuatro años Chávez hizo un llamamiento para el armamento del pueblo. Dijo lo siguiente: “Cada pescador, estudiante, todo miembro del pueblo, debe aprender cómo se utiliza un rifle, porque ése es el concepto del pueblo armado junto con las fuerzas nacionales armadas para defender la soberanía del suelo sagrado de Venezuela”. Esta idea es mil veces acertada. Un pueblo que no está preparado para defender su libertad con las armas en la mano no merece ser libre. El armamento general de la población es la condición *sine qua non*, no sólo para la defensa de la revolución contra los enemigos internos y externos,

sino para llevar hasta el final la revolución y defender los derechos democráticos de la población.

Las palabras del presidente Chávez se deberían traducir inmediatamente en hechos. En vista de la amenaza que representan los enemigos internos y externos de la revolución, el gobierno debería crear escuelas especiales para el entrenamiento militar de la población. Oficiales competentes leales a la revolución deberían proporcionar la formación necesaria para el uso de las armas, así como la instrucción adecuada sobre tácticas y estrategia. La única manera de responder a la amenaza de agresión es con la formación de una milicia popular de masas. Cada barrio obrero, fábrica, pueblo, escuela, debe convertirse en un baluarte de la revolución, dispuesto a luchar.

### **¡EL SOCIALISMO ES LA ÚNICA SALIDA!**

Lenin dijo en una ocasión que el capitalismo es horror sin fin. Basta con echar una mirada rápida a la situación del planeta para ver lo acertado de esta afirmación. La crisis económica, las guerras, el terrorismo, las convulsiones políticas, el hambre, la enfermedad y la pobreza, no son un fenómeno separado e inconexo. Son sólo los síntomas externos de la crisis global del capitalismo. El mal económico que afecta a todo el continente de América Latina es parte de esta crisis general. A pesar de sus recursos casi ilimitados, el continente está atormentado por un tremendo sufrimiento humano, hambre, malnutrición, analfabetismo y enfermedad. El abismo que separa a los ricos de los pobres se ha ampliado hasta convertirse en un abismo insalvable. Esto provoca una mezcla explosiva, que socava la estabilidad y provoca frecuentes convulsiones políticas y sociales.

Para ser más claros, el problema central es el imperialismo y el capitalismo. Las gigantescas corporaciones intentan controlar todo el mundo y saquearlo en su beneficio. Para ello cuentan con el apoyo de los grandes imperialistas, en primer lugar EEUU, que disfruta de un poder sin precedentes, que utiliza para poner y quitar gobiernos, y someter a países y continentes enteros a su voluntad. Ni uno de los problemas a los que se enfrentan las masas se puede resolver sin una lucha frontal contra el capitalismo y el imperialismo. He aquí el primer punto de desacuerdo con los reformistas. Ellos creen que es

posible conseguir nuestros objetivos sin una ruptura radical con el capitalismo. Aceptan que las cosas hoy quizás no son tan bonitas como a ellos les gustaría, pero que pueden cambiar. Lo que hace falta es un poco de paciencia y moderación, y después todo saldrá bien.

La forma en que Dieterich aborda toda la cuestión se resume en un plan abstracto y vacío que no tiene en cuenta las contradicciones de clase de la sociedad ni el empeño de la oligarquía y el imperialismo en detener la revolución. Dieterich habla mucho sobre la “contrarrevolución burguesa avanzada por la oligarquía interior y los sectores reaccionarios del capitalismo mundial”. Pero no tiene la más mínima idea de cómo luchar contra esta amenaza. En realidad, su política garantizaría la victoria de la contrarrevolución y la derrota de la revolución. Es como un hombre que se encuentra a un matón en la esquina y le dice: “¡Por favor no se moleste en romperme los dientes, lo haré yo solo!” Como todos los reformistas de la historia, Dieterich está ansioso por demostrar sólo una cosa: que la *clase obrera no puede tomar el poder ni debe hacerlo*. Ése es todo el resumen de su sabiduría y la realidad de su mensaje, una vez desaparecida toda la verborrea académica. Constantemente intenta asustar a la clase obrera con el espectro de la contrarrevolución: ¡que vienen los gringos! ¡La oligarquía nos derrocará! ¡Asesinarán al Presidente! ¡Recordad lo que ocurrió en Chile! Y así repite obstinadamente la aburrida letanía.

Cuando Simón Bolívar levantó por primera vez la bandera de la rebelión contra el poderoso Imperio Español, a muchos les parecía algo totalmente imposible. Sin duda, si Dieterich hubiera vivido en aquella época habría despreciado al Libertador, como hace con los marxistas. Pero Bolívar, comenzando con un minúsculo grupo de seguidores, finalmente triunfó, como Chávez, cuya causa al principio parecía inútil, triunfó porque movilizó a las masas por la lucha contra la oligarquía. La batalla no se ha perdido aún y la victoria tampoco está garantizada. Nunca lo está. Pero una cosa está clara, la única garantía de éxito es movilizar a las masas para la lucha revolucionaria.

O la mayor de las victorias o la más terrible de las derrotas, ésas son las dos únicas alternativas que tiene ante sí la revolución bolivariana. Aquellos que prometen un camino fácil, el camino del compromiso de clase, en realidad juegan un papel reaccionario, creando

falsas esperanzas e ilusiones, y desarmando a las masas frente a las fuerzas de la contrarrevolución, que no tienen esas ilusiones y están preparando el derrocamiento de Chávez tan pronto como lo permitan las condiciones. Actúan constantemente para destruir la revolución. La idea de que ellos dejarán sus actividades contrarrevolucionarias si “demostramos moderación” y deseos de conciliación con los reaccionarios es una locura y muy peligrosa. Todo lo contrario, este comportamiento sólo servirá para envalentonarlos y animarlos.

Por supuesto, aislada, la revolución venezolana finalmente no puede triunfar. Pero no estaría aislada demasiado tiempo. La Venezuela revolucionaria debe hacer un llamamiento a los obreros y campesinos del resto de América Latina para que sigan su ejemplo. Dadas las condiciones que existen en todo el continente, este llamamiento no caería en terreno baldío. La jornada laboral se reduciría inmediatamente a 30 horas semanales sin pérdida de salario. Como reforma, demostraría la superioridad de los métodos socialistas. Tendría consecuencias inmensas en todo el mundo. Pero lo que es aún más importante, como explicó Lenin, daría el tiempo necesario para que toda la clase obrera dirigiera la industria y el Estado.

Un plan socialista de producción, controlado de arriba abajo por la clase obrera, aumentaría inmensamente la producción, a pesar de la reducción de horas. La ciencia y la técnica, liberadas de las cadenas del beneficio privado, se desarrollarían a un nivel no visto. La democracia ya no tendría su actual carácter restringido, sino que se expresaría en la administración de la sociedad por el conjunto de la población. Se pondrían las bases para un gran florecimiento del arte, la ciencia y la cultura, rescatando toda la rica herencia cultural de todos los pueblos del continente. Eso es lo que Engels calificó como el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad. *Ése sería el verdadero socialismo del siglo XXI: la única salida para el pueblo de Venezuela, América Latina y el mundo entero.*